



EL OCTAVO

KAREN ENGELMANN

La codicia, el poder de la cartomancia y la magia del destino. El futuro de un país depende de una misteriosa baraja...



Lectulandia

Estocolmo, 1789. El reinado de Gustavo III se tambalea.

Emil Larsson, un joven oficial de aduanas vividor, bebedor y jugador visita regularmente el exclusivo salón de Sofia Sparrow, mujer influyente de la sociedad de la capital sueca. La señora Sparrow ve grandes cosas para el futuro de Emil cuando decide echarle las cartas del Octavo, un poderoso tipo de cartomancia que puede ayudar al joven a solucionar su futuro si consigue averiguar quiénes son las ocho personas que se esconden tras cada uno de los naipes.

Sin embargo, Emil y Sofia pronto se darán cuenta de que tras las cartas se esconde mucho más que la felicidad del joven o su fortuna: en medio de la revolución y el caos que pueden derrocar al rey Gustavo, no se puede estar seguro de quién es amigo y quién enemigo...

Lectulandia

Karen Engelmann

El octavo

ePub r1.0

Pesas5802 26-12-2016

Título original: *The Stockholm octavo*

Karen Engelmann, 2012

Traducción: Santiago del Rey

Editor digital: Pesas5802

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Erik

1771 El príncipe heredero Gustavo se entera de la muerte de su padre mientras asiste a la Ópera de París.

1772 Coronación de Gustavo III, rey de Suecia y Finlandia. Organiza un golpe de Estado contra la aristocracia dominante.



1782 Gustavo inaugura la Ópera Real en un nuevo teatro lírico en Estocolmo.

1777 Gustavo se reúne con su prima, la emperatriz Catalina de Rusia, que ve Suecia como una extensión potencial de su imperio.

1788 Gustavo crea el Teatro Dramático Real de Suecia.

Se declara la guerra contra Rusia.

1786 Gustavo funda la Academia Sueca.

1789 Se aprueba la Ley de Unidad y Seguridad, que otorga unos derechos sin precedentes a los plebeyos y un poder casi absoluto al rey. Los Patriotas rivales, apoyados por un hermano menor del rey, el duque Carlos, unen sus fuerzas contra Gustavo. Diecinueve de sus cabecillas son apresados.

1770

1780

1770 El príncipe heredero francés, Luis Augusto, se casa con María Antonieta de Austria.

1774 El conde Axel von Fersen el joven, de Suecia, conoce a la delfina María Antonieta en un baile de máscaras en París. Corren rumores de que se han convertido en amantes.



Luis XVI es coronado rey de Francia.

1784 El rey y la reina de Francia reciben en la corte a Gustavo III. El conde Axel von Fersen forma parte del séquito.

1789 Los Estados Generales se convierten en Asamblea Nacional. Promulgada la Declaración de los Derechos del Hombre.

Toma de la Bastilla.

Una multitud de mujeres parisinas asaltan Versalles. El rey y la reina son trasladados a las Tullerías de París.

Francia

Febrero Temiendo que se extienda la Revolución, Gustavo prohíbe las noticias sobre Francia en la prensa sueca.

Gustavo planea una intervención armada en Francia con una coalición de fuerzas europeas. Pretende dirigir personalmente el ejército de las monarquías.

Agosto Gustavo III proclama su victoria en la guerra contra Rusia, a costa de 40 000 vidas y 23 millones de riksdalers. Suecia se encuentra al borde de la bancarrota.

Junio Gustavo viaja a Aix-la-Chapelle para recibir al rey y la reina de Francia, huidos de París. Al fracasar el plan, reanuda sus esfuerzos para alzar un ejército invasor.

1790

1791

Diciembre Gustavo convoca un Parlamento para 1792 con el fin de abordar la crisis financiera del país. Tiene planes para modernizar aún más el gobierno.

Febrero El Parlamento concluye con un gran triunfo político de Gustavo, enardeciendo a la oposición de los Patriotas.

Marzo Gustavo III recibe un disparo en su teatro de la Ópera, durante un baile de máscaras celebrado el 16 de marzo de 1792.

1792

Junio La familia real francesa intenta huir. El conde Axel von Fersen conduce la carroza durante la primera etapa del viaje. Finalmente, los reyes son capturados en Varennes.

Agosto Austria y Prusia se comprometen a intervenir para preservar la monarquía francesa si se suman las grandes potencias europeas.

Septiembre Luis XVI acepta formalmente la nueva Constitución francesa. Francia se convierte en una monarquía constitucional.

Febrero El conde Axel von Fersen visita en secreto las Tullerías, con planes para una nueva huida. Luis XVI rechaza la propuesta.

Abril La Asamblea francesa declara la guerra a Austria. Se introduce el uso de la guillotina.

La multitud ataca las Tullerías. El rey y la reina son encerrados en la torre del Temple.

Septiembre Ejecución sumaria de 1 200 presos (Masacres de Septiembre).

Diciembre Luis XVI es sometido a juicio como «ciudadano Capeto» y condenado a muerte tras una votación muy ajustada. Su ejecución tiene lugar en enero de 1793.

RELACIÓN DE PERSONAJES

EMIL LARSSON. Un *sekretaire* soltero de la oficina de Aduanas de Estocolmo (la Ciudad).

SRA. SOFIA SPARROW. Propietaria de una casa de juego en el callejón de los Franciscanos, donde ejerce también como vidente y experta en cartomancia.

REY GUSTAVO III. Soberano de Suecia desde 1771. Cliente y amigo de la señora Sparrow.

DUQUE CARLOS. Hermano del rey y simpatizante de los Patriotas, un grupo aristocrático que se opone a Gustavo.

GENERAL CARL PECHLIN. Enemigo inveterado de Gustavo III y líder de los Patriotas.

LA UZANNE. Baronesa Kristina Elizabet Louisa Uzanne: coleccionista de abanicos, profesora, defensora a ultranza de la aristocracia y valedora del duque Carlos.

CARLOTTA VINGSTRÖM. Codiciada hija de un rico comerciante de vinos y protegida de la Uzanne.

CAPITÁN HINKEN. Contrabandista.

JOHANNA BLOOM (JOHANNA GREY). Aprendiz de boticaria, fugada de su pueblo a la ciudad.

MAESTRO FREDRIK LIND. Calígrafo principal de la Ciudad.

CHRISTIAN NORDÉN. Fabricante de abanicos sueco formado en París y refugiado de la Francia revolucionaria.

MARGOT NORDÉN. Esposa francesa de Christian Nordén.

LARS NORDÉN. Hermano menor de Christian Nordén.

ANNA MARIA PLOMGREN. Una viuda de guerra.

Así como.

DIVERSOS Y VARIOPINTOS VECINOS DE LA CIUDAD.

El Octavo de Estocolmo nunca aparecerá en documentos oficiales; la cartomancia no es materia propia de archivos, y los que recurrían a ella eran principalmente jugadores, comerciantes y mujeres, quienes raramente reciben atención académica. No por ello deja de ser una disciplina digna de consideración; de ahí estas notas. He reconstruido la historia a partir de los retazos de mi memoria... la mayor parte de los cuales tienden a dejar al memorialista en buen lugar. Esos retazos se entrelazan con informaciones extraídas de archivos oficiales, registros eclesiásticos, testigos poco fiables, embusteros descarados y personas que «vieron» cosas a través de los ojos de sus criados y conocidos, o a quienes les juraron que eran ciertas parientes lejanos que a su vez las habían oído de tercera o cuarta mano. Una parte sustancial de tales fuentes se esforzaron en ser sinceras,

pues no tenían nada que ocultar; en algunos casos se iban con gusto de la lengua, ya que la verdad habría de hundir una reputación que, sabían bien, se basaba en el engaño. Busqué versiones que se solaparan, así como repeticiones que confirmasen los hechos, y presté atención a las fuentes más fidedignas. Pero a veces no las había, así que parte de lo que voy a relatar se basa en conjeturas y rumores.

Es lo que se conoce también como «historia».

EMIL LARSSON 1793

PRIMERA PARTE

Arte et Marte

Arte y Guerra

Inscripción sobre la entrada de la Riddarhuset —la Casa de los Nobles— en Estocolmo.

Capítulo uno

ESTOCOLMO-1789

*Fuentes: E.L., Agente de policía X., Sr. F., Barón G***, Sra. S., Archivero D.B. - Riddarhuset.*

Estocolmo se conoce como la Venecia del Norte, y con toda justicia. Los viajeros afirman que es tan compleja, tan magnífica y misteriosa como su hermana del sur. En el helado lago Mälaren y en los intrincados canales navegables del mar Báltico se reflejan imponentes palacios, casas de color amarillo pajizo, puentes de suprema elegancia y bulliciosos esquifes que transportan a la población entre las catorce islas que forman la ciudad. Pero en vez de expandirse hacia una Italia de soleados cultivos, este espléndido archipiélago se halla rodeado de bosques frondosos: una masa verde azulada infestada de lobos y bestias salvajes que marca la entrada a un país más antiguo, a la dura vida campesina que subsiste más allá de la Ciudad. En aquel entonces, no obstante, a punto de entrar en la última década del siglo, en las postrimerías del reinado de su ilustrada majestad el rey Gustavo III, yo raramente pensaba en las tierras del interior y en su hambrienta población. La Ciudad tenía mucho que ofrecer, y la vida parecía preñada de oportunidades.

Es cierto que, a primera vista, no parecían tiempos idílicos. En muchas casas se criaban animales de granja, los techos de césped se desmoronaban de tan podridos y era imposible no reparar en las marcas de la sífilis, en las toses cascadas y en otras mil señales de las dolencias que asolaban a la población. Las campanadas a muerto sonaban a todas horas, pues la muerte se encontraba más a sus anchas en Estocolmo que en cualquier otra ciudad europea. El hedor a aguas residuales, a comida putrefacta y a cuerpos mugrientos mancillaba el aire. Pero junto a ese cuadro sombrío, uno podía atisbar una chaqueta de muaré azul con un bordado de pájaros dorados, oír el lujoso frufnú de un vestido de tafetán —o unos fragmentos de poesía francesa— y aspirar una fragancia de pomada de rosa y agua de colonia en la misma ráfaga de aire que traía una melodía de Bach, Bellman o Kraus. Tales detalles constituían el verdadero sello de la era gustaviana. Y yo deseaba que esa edad dorada perdurase eternamente.

Sus últimos compases resultarían inolvidables, pero a la gran mayoría le pasó desapercibido el principio del fin. Esto no era de extrañar; la gente esperaba un brote de violencia acompañado de una revolución: América, Holanda y Francia ofrecían ejemplos recién acuñados. Pero aquella noche de febrero, cuando nuestra propia revolución silenciosa dio comienzo, la Ciudad permanecía en calma, las calles se encontraban casi desiertas y yo estaba jugando a cartas en el local de la señora Sparrow.

A mí me apasionaban las cartas, como a todo el mundo en la Ciudad. Los juegos de naipes estaban presentes en cualquier reunión social, y si no te sumabas a ellos, no

quedabas como un grosero sino más bien como un muerto. La gente se divertía con el juego que estuviera en marcha en cada ocasión, aunque el Boston *whist* era sin lugar a dudas el más apreciado. El juego, al igual que la prostitución, carecía de gremio y escudo de armas, pero era una profesión reconocida como uno de los pilares de la sociedad. Además, creaba una suerte de corredor social: personas con las que jamás te habrías relacionado en otras circunstancias podían encontrarse sentadas al otro lado de la mesa durante una partida; en especial si te contabas entre los jugadores más empedernidos que tenían acceso a los salones de la señora Sofia Sparrow.

El derecho de acceso a su establecimiento era muy codiciado, pues aunque la compañía fuese variopinta —gentes ilustres y de baja estofa, damas y caballeros indistintamente—, se requería para entrar una recomendación personal, tras la cual la propia señora Sparrow, que era de origen francés, examinaba a sus nuevos invitados según un sistema que nadie era capaz de descifrar: grado de destreza, encanto, posición política y tal vez sus propias percepciones ocultistas. Si no estabas a la altura de sus exigencias, no se te permitía volver. A mí me llegó la invitación de un espía de la policía con el que había establecido un intercambio de información y de bienes que me resultaba muy útil en mi trabajo para la oficina de Aduanas. Yo quería convertirme en un habitual del establecimiento de la señora Sparrow y hacer fortuna en todos los sentidos. Del mismo modo que nuestro rey Gustavo había tomado una gélida y provinciana ciudad situada a trasmano y la había convertido en un faro de cultura y refinamiento, yo pretendía subir y pasar de simple mozo de los recados a respetado *sekretaire* de capa roja.

Los salones de la señora Sparrow se hallaban en el segundo piso de una vieja casa de gablete escalonado, en el número 35 del callejón de los Franciscanos, pintada del característico color amarillo de la Ciudad. Se accedía a ella a través del arco de un portal en cuya piedra angular había un rostro vigilante tallado. Algunos clientes aseguraban que sus ojos se movían, pero cuando yo iba allí lo único que se movía era el dinero que entraba y salía de mis bolsillos. Aquella primera noche, lo reconozco, el estómago se me revolvía de pura expectación, pero en cuanto subimos la sinuosa escalera de piedra y llegamos al vestíbulo, me sentí completamente a mis anchas. El lugar, iluminado con candelabros y provisto de cómodas sillas, era cálido y alegre. El espía se encargó de hacer las presentaciones ante la señora Sparrow. Una joven criada me ofreció una copa de *brandy* de una bandeja. Las alfombras amortiguaban el bullicio de la concurrencia y las cortinas de damasco negro azulado que cubrían las ventanas mantenían los salones en una penumbra permanente. Una atmósfera apropiada tanto para los jugadores que ocupaban las mesas como para los que acudían a hacer una consulta, pues en una habitación privada, en lo alto de una angosta escalera, la señora Sparrow ejercía su oficio de vidente. Se decía que daba consejo al rey Gustavo. En todo caso, su doble habilidad con las cartas le brindaba a ella unos bonitos ingresos y a su exclusiva clientela, un delicioso escalofrío adicional.

El espía encontró una mesa y reclutó a un tercer jugador, conocido suyo. Mientras

yo buscaba a un cuarto fácil de desplumar, se acercó un hombre risueño de negras encías y le susurró algo al oído al espía, arrancándole una sonrisa a su rostro de ordinario impasible. Me senté, saqué una de las barajas del estuche e igualé los bordes con unos golpecitos.

—¿Buenas noticias? —pregunté.

—Según se mire —respondió el hombre.

El espía se sentó y dio una palmada en la silla contigua, invitándolo a unirse a la partida.

—Usted —me dijo— se cuenta entre los partidarios del rey, ¿no es así, señor Larsson?

Asentí; yo era un ferviente Realista, al igual que la señora Sparrow, a juzgar por los retratos del rey Gustavo y de Luis XVI de Francia colgados en el vestíbulo.

El hombre me tendió la mano y dijo su nombre, pero yo lo olvidé en el acto; luego acercó su silla a la mesa con un chirrido.

—La Casa de los Nobles está en pie de guerra. El rey Gustavo ha encarcelado a veinte cabecillas de los Patriotas. Al general Pechlin, al viejo Von Fersen e incluso a Henrik Uzanne.

—Habrán hecho por una vez algo notable —dije, barajando.

—Es más bien por lo que no han hecho, señor Larsson. —El hombre de repulsiva sonrisa se inclinó sobre la mesa y alzó la mano para pedir silencio—. La nobleza se negó a firmar la Ley de Unidad y Seguridad promovida por el rey. Estaban furiosos ante la idea de conceder a los plebeyos derechos y privilegios reservados a la aristocracia. El golpe de Estado de Gustavo los ha detenido antes de que su disidencia se propagara y pudiera cerrar el paso a esta legislación liberal. Los tres Estados inferiores han firmado. Gustavo ha firmado. La ley ya está en vigor.

Sostuve las cartas en mis manos y observé cómo los otros tres hombres contemplaban esa visión de una nueva Suecia.

—Tales acciones provocan sangrientas revueltas en otros lugares —explicó el espía con tono reverente—. Gustavo ha desarmado la amenaza de un plumazo.

—¿Desarmado? —dijo el tercer jugador, apurando su vaso—. La nobleza se unirá y responderá con violencia, como hizo ya en el 43, y como hace en todas partes. Ahí tienen ustedes la unidad de esa famosa ley.

—¿Y dónde está la seguridad? —pregunté. Nadie respondió, así que esgrimí la baraja—. ¿Boston?

La señora Sparrow, que había escuchado atentamente, me hizo un gesto de aprobación con la cabeza; ella prefería que se dejara la política para otro momento. Repartí cuatro manos; las cartas vueltas sobre el tapete verde.

—¿El hermano del rey ha sido encarcelado? —preguntó el espía, intrigado por el destino de uno de sus principales objetivos—. Carlos ha sido últimamente el líder *de facto* de los Patriotas.

—¿El duque Carlos, un líder? —El hombre de las encías podridas hizo una mueca

—. El duque cambia de bando igual que de mujer. Gustavo no lo considera capaz de conspirar contra la corona y lo demuestra colmándolo de favores. Nombró a su querido hermano gobernador militar de Estocolmo.

—Y gracias a ello dormiremos todos mejor esta noche —dije, abanicándome con mis cartas—. Pero ahora tienen ustedes que hacer sus apuestas.

La conversación se interrumpió. Solo se oía el chasquido de los naipes, el tintineo de las monedas y el crujido de los billetes de banco. A mí me fue extraordinariamente bien esa noche, pues había perfeccionado mi destreza en el juego. También le fue bien al espía. A la señora Sparrow le interesaba complacer a la policía, aunque no sé cómo se las arregló para influir en el juego, pues él no era buen jugador.

Cuando iban a dar las tres, me levanté para estirar las piernas. La señora Sparrow se me acercó y tomó mi mano entre las suyas. Ella había pasado hacía mucho la flor de su juventud e iba vestida con sencillez; en la neblina de las velas y el alcohol, sin embargo, aún relucía su antiguo esplendor. La señora Sparrow contuvo el aliento y trazó una línea en mi palma con un dedo largo y delgado. Sus manos, frías y suaves, parecían acunar las mías y a la vez flotar sobre ellas. Lo único que pensé en ese momento fue que aquella mujer habría destacado como carterista. Pero ella no estaba para menudencias (luego me revisé los bolsillos), y su mirada era cálida y serena.

—Señor Larsson, tiene usted un talento innato para las cartas, y es en mis salones donde obtendrá con ellas los mejores resultados. Creo que tenemos muchas partidas por delante.

La calidez de aquel triunfo me recorrió de pies a cabeza, y recuerdo que me llevé sus manos a los labios para sellar nuestro vínculo con un beso.

Esa noche de cartas fue el inicio de dos años de extraordinaria buena fortuna en las mesas de juego y, a su debido tiempo, me llevó a conocer el Octavo: una forma de adivinación solo conocida por la señora Sparrow. Para practicarla, había que repartir ocho cartas de una antigua y misteriosa baraja que no se parecía a ninguna que yo hubiera visto. A diferencia de las gitanas de la plaza del mercado, expertas en vaguedades, ella seguía un método riguroso inspirado en sus propias visiones. El juego revelaba la identidad de las ocho personas que darían lugar al acontecimiento captado en su visión: un suceso que llevaría aparejada una transformación, un renacimiento de la persona que le consultaba. Naturalmente, un renacimiento implica una muerte, pero eso nunca se mencionaba cuando se echaban las cartas.

La noche concluyó con una serie de brindis inspirados por la ebriedad general. Brindamos por el rey Gustavo, por Suecia y por la ciudad que amábamos.

—Por la Ciudad —dijo la señora Sparrow, chocando su copa con la mía. El líquido ambarino me salpicó en la mano.

—Por Estocolmo —respondí, con la garganta atenzada por la emoción— y por la era gustaviana.

Capítulo dos

DOS AÑOS ESPLÉNDIDOS Y UN DÍA INFAUSTO

Fuente: E. L.

A los seis meses de mi primera visita, me gané con las cartas la posición de socio de la señora Sparrow. Según me dijo, solo conocía a dos jugadores con mis dotes: uno era ella misma y el otro estaba muerto. Era un cumplido, no una amenaza.

Aunque la señora Sparrow hacía trampas a veces —como todo el mundo—, rara vez usaba los recursos vulgares de los fulleros, como marcar las cartas con el «pliegue» o el «espolón». Tampoco favorecía en exceso a la casa, con lo cual los jugadores consideraban que el suyo era un establecimiento fiable y elegante. Tenía un método de mezcla falsa por hojeo indetectable y ejecutaba con una sola mano un corte de fantasía con la inocencia de una niñera. Solo usaba una baraja preparada en las ocasiones más acuciantes, y era capaz de hacer un empalme y de reemplazar una carta en un abrir y cerrar de ojos.

A veces nuestras trampas no estaban pensadas para ganar, sino solo para lograr que un jugador indeseable abandonara el salón por su propia voluntad. Empleábamos una táctica que ella llamaba el «empujón». La señora Sparrow me señalaba el objetivo. Yo apostaba sumas considerables y manejaba mis cartas de manera que el jugador perdiera, sin reparar en cuál fuera el resultado para mí. Perdía mucho más de lo que ganaba y, claro está, a nadie se le ocurre sospechar que un perdedor esté haciendo trampas. Tras una noche o dos como máximo aplicando este método, los fulleros captaban el mensaje y no volvían. Con los espías costaba más tiempo, no siendo jugadores empedernidos, pero también ellos acababan largándose. La señora Sparrow recompensaba mi discreta complicidad cubriendo con creces mis pérdidas y compartiendo conmigo las botellas más exclusivas de su bodega.

Confirmando su predicción inicial, tras un año en el parvulario de la señora Sparrow había ganado lo suficiente para adquirir un puesto de *sekretaire* en la oficina de Aduanas: un ascenso de categoría casi imposible para alguien salido de la nada. Yo solo tenía por familia a unos granjeros crueles y mojigatos de la provincia de Småland, pero nos habíamos separado hacía mucho y para siempre. El único grupo que poseía ascendiente sobre mí era una hermandad extraoficial conocida en la Ciudad como la Orden de Baco, una pandilla emotiva y generosa capaz de pasar fácilmente de las lágrimas a las risas, y propensa a entonar canciones a deshoras, aunque sus miembros estuvieran demasiado borrachos para tenerse en pie y excesivamente esquilmados para pagarse la bebida. La admisión en la orden requería pasar muchas horas en las setecientas tabernas de Estocolmo, y también que su sumo sacerdote, el genial compositor Carl Michael Bellman, te hubiera encontrado en el arroyo completamente borracho por lo menos dos veces. Al final, la hermandad resultó demasiado extenuante tanto para mí como para mi bolsa, y decidí emplear mis

noches libres jugando a las cartas. Cuando no estaba en las mesas, me sentaba en mi casa frente a un espejo y practicaba con los naipes. Mi dedicación me unió estrechamente a la señora Sparrow y mi suerte siguió mejorando.

En la primavera de 1791 tenía la sensación de conocer a todo el mundo en la Ciudad, al menos de vista: desde las putas de la calle Baggens hasta los miembros de la nobleza que les daban trabajo. Ellos, en cambio, no me conocían a mí, pues yo me aseguraba de que así fuese. Tanto desde un punto de vista personal como profesional, me convenía ser totalmente olvidable: un método infalible para ahorrarse enredos, obligaciones e incluso venganzas. Mi manto rojo de *sekretaire* me abría las puertas y las bolsas, así como un número considerable de suaves muslos blancos. Además de mi salario, recibía un porcentaje por la venta de todos los bienes confiscados, lo que me permitió «importar» una excelente selección de vinos, botas italianas de gran calidad y otros artículos domésticos para las nuevas habitaciones que había ocupado en el callejón del Sastre, en el centro mismo de la Ciudad. Me presentaba en la oficina a mediodía para archivar documentos y recibir las tareas asignadas, me iba a las tres a tomar café con mis colegas en El Gato Negro y luego volvía a casa para cenar frugalmente y echarme una siesta antes de salir. Mi principal misión era descubrir a los contrabandistas e inspeccionar cargamentos sospechosos, un trabajo que se llevaba a cabo sobre todo de noche, en los muelles y almacenes. Me pasaba gran cantidad de tiempo reuniendo información en los cafés, posadas y tabernas, que se hallaban salpicados por la Ciudad como otros tantos alegres faroles, y me relacionaba con damas y caballeros de todos los estamentos. Ellos tomaban mis ávidas preguntas por una encandilada fascinación. Era el trabajo ideal para un hombre soltero, y todavía más para un jugador como yo, dotado de la astucia necesaria para descifrar caras y gestos y capaz de olerse un farol a la legua.

Entonces surgió una grieta en mi vida perfecta.

Era un delicioso lunes de junio, el día después de Pentecostés. El superior de la Aduana, un hombre de exagerada devoción y agrio aliento, me llamó a su oficina nada más llegar. Aunque yo asistía puntualmente al servicio dominical (podían multarte, de lo contrario), el superior afirmó que eso no bastaba en el caso de un hombre que pasaba su tiempo en compañía de borrachos, ladrones, jugadores y mujeres de vida alegre. Yo le hice notar que eso formaba parte de mis obligaciones y añadí que el mismísimo Salvador había cultivado tales compañías. El superior frunció el ceño.

—Pero no eran esas las únicas compañías que Él frecuentaba —dijo, enlazando las manos sobre su escritorio—. Señor Larsson, existe un antídoto humano contra el veneno que le rodea.

Yo estaba totalmente perdido.

—¿Un grupo de discípulos? —pregunté.

Él se sonrojó ligeramente.

—No, señor Larsson. El sagrado matrimonio. —Se levantó, se inclinó sobre el

escritorio y me tendió un ínfimo folleto titulado *Un argumento en favor de los lazos sagrados*—. El gobierno anima a las jóvenes mediante la Lotería de la Virgen. Yo contribuiré por mi parte en esta oficina mediante un nuevo requisito para todos los *sekretaires*: el matrimonio. El obispo Celsius aprueba totalmente la idea. Usted, señor Larsson, es el único *sekretaire* que ni siquiera tiene prometida. Exijo el anuncio de su compromiso para el solsticio de verano.

Abrí el panfleto y fingí leerlo mientras consideraba la idea de una dimisión inmediata. Pero aunque estaba sacando mucho provecho de las cartas, todas las ganancias podían evaporarse en una mano muy cargada, y la cárcel aguardaba a los tahúres que perdían sus facultades, cosa que les acababa sucediendo a todos. No, yo no me desprendería de mi capa roja, de mi distinguido título, del confort que acababa de conquistar: mis habitaciones en el corazón de la Ciudad. Con suerte, sacaría una dote decente y un ama de llaves permanente. Como mínimo, el matrimonio me garantizaría aquella vida que tanto estimaba.

Capítulo tres

EL OCTAVO

*Fuentes: E. L, Sra. S., A. Vingström, Lady N***, Lady C. Kallingbad.*

En cada calle había casamenteras y vecinas entrometidas capaces de nombrar a una docena de muchachas casaderas, todas ellas pobres o decididamente solteronas. Elaboré obedientemente una lista para mostrársela al superior, pero conseguí ganar tiempo manifestando mi inquietud ante un matrimonio desprovisto de verdaderos sentimientos. Él se ofreció a hacer averiguaciones en mi nombre en sus círculos más «exclusivos», aunque no me cabía duda de que tales doncellas serían castas, feas e insulsas. Justo cuando ya parecía que habría de escoger entre ese lamentable rebaño, apareció Carlotta Vingström. Fue un encuentro casual mientras hacía negocios con su padre, un próspero comerciante de vinos que iba a adquirir un cargamento confiscado procedente de España. Carlotta tenía el pelo de color miel, un cutis de melocotón maduro y la voluptuosa figura que confiere una mesa abundante. Verla rodeada de todas aquellas botellas y barriles me inspiró la idea de comprarle un ramo ese mismo día. ¡Quizá conservaría mi capa roja y hallaría además la dicha conyugal!

Su madre debía de estar sin duda preparándola para ascender un peldaño o dos en la escala social, pero Carlotta me ofreció una mirada coqueta a los pocos minutos de que nos presentaran. Corrí a casa para iniciar una correspondencia con ella; las palabras, sin embargo, no acudían a mí. Yo no tenía ni idea de cómo cortejar a una mujer. Así pues, dirigí mis pasos aquella noche de verano a la casa Sparrow para jugar una partida de Boston y tomarme un oporto decente, pensando que tal vez las cartas me inspirasen. Era domingo, una noche popular para bailes y fiestas, y se oía a lo lejos el estruendo de una trompa, sin duda procedente de alguna bacanal. Ese sonido me levantó el ánimo, y subí de dos en dos los peldaños de la sinuosa escalera. La criada del establecimiento, Katarina, me recibió con la fría neutralidad que reservaba a los clientes y yo me sumé enseguida a una mesa llena de jugadores ricos y novatos. Iba a depositar sobre el tapete una reina ganadora cuando la señora Sparrow se acercó y me susurró al oído:

—Permítame unas palabras, señor Larsson. Es importante.

Me levanté de la silla, como dictaba la cortesía, y la seguí por el pasillo.

—¿Hay algún problema? —susurré, advirtiendo que entrelazaba las manos con fuerza.

—Ningún problema. He tenido una visión y, cuando concierne a otro, estoy obligada a comunicárselo de inmediato. —Se detuvo, me cogió la mano y observó mi palma atentamente—. También aquí están presentes las indicaciones. —Levantó la vista y sonrió—. Amor y conexión.

—¿De verdad? —dije. Me había pillado por sorpresa.

—La verdad es lo que afronto en mis visiones. Y no siempre resulta tan tierna. Venga.

Se volvió hacia las escaleras y yo la seguí a la estancia de cortinajes y gruesas alfombras, pero allí no olía a tabaco, sino a lavanda, y la temperatura era más fresca. El mobiliario, íntimo y sencillo, estaba compuesto únicamente por una mesa redonda con cuatro sillas, un aparador con *brandy* y agua y dos sillones colocados junto a una estufa de cerámica verde musgo. Yo había asistido a media docena de sus sesiones de adivinación con las cartas, normalmente cuando algún cliente tímido y solitario deseaba que se encontrara otro mortal presente. Todas esas lecturas, salvo una, me habían parecido una frivolidad. Pero en esa única ocasión que menciono, la señora Sparrow anunció que le estaba llegando una visión y nos pidió que no la mirásemos. Cerré los párpados con fuerza, pero noté tal energía en la estancia y tal gravedad en la voz de la señora Sparrow que se me erizó todo el vello de los brazos. Cierta *Lady N**** fue informada entonces de su destino en los términos más crudos y espeluznantes que quepa imaginar. La mujer salió de allí pálida y temblorosa, y no volvió jamás. Me convencí de que todo era teatro, pero no mucho después las funestas predicciones se hicieron realidad. Desde entonces me había vuelto más cauteloso respecto a las dotes de la señora Sparrow (y menos dispuesto a participar en sus lecturas). Una visión de amor y conexión, sin embargo, era un augurio innegablemente positivo.

—Así pues —dije—, ¿en qué consistía su visión?

—No mi visión: la suya, señor Larsson. Me ha venido esta tarde. —La señora Sparrow dio un sorbo de un vaso de agua que había sobre el aparador—. Nunca sé cuándo llegará una visión, pero después de tantos años ya soy capaz de percibir los signos de su llegada. Es un curioso gusto metálico que empieza en el fondo de la garganta y sube poco a poco a la lengua como una serpiente.

Nos sentamos a la mesa y ella puso las manos planas sobre su regazo; cerró un instante los ojos y, al abrirlos, me sonrió.

—He visto una extensión de oro reluciente, como monedas bailando al son de una música celestial. Luego se han fundido todas en una, creando un camino dorado. Era por ese camino por donde avanzaba usted. —Se arrellanó en su silla—. Es un hombre afortunado, señor Larsson. El amor y la conexión les llega a muy pocos.

Sentí la grata tensión que se produce cuando las preguntas y las respuestas convergen, y le hablé de la norma dictada por el superior que me obligaba a convertirme en un respetable hombre casado para conservar mi puesto en la Aduana.

—Entonces esa visión no es casual —dijo.

—Sin embargo, yo no deseo lazos serios de ninguna clase.

Ella alargó el brazo sobre la mesa y puso una mano sobre la mía.

—A veces son difíciles de evitar. Las personas entran en nuestras vidas sin permiso, y deciden quedarse sin nuestra invitación. Nos brindan conocimientos que no buscamos y regalos que no queremos. Pero las necesitamos, de todas formas.

Se agachó. Abrió un cajón oculto bajo el borde de la mesa y sacó un mazo de cartas y un paño de muselina enrollado.

—Estas cartas se emplean en mi forma más elevada de adivinación: el Octavo. Dado el fulgor de la visión que he tenido sobre usted, es esta baraja la que quiero utilizar en su caso.

Mezcló las cartas con cuidado, cortó el mazo en tres montones y luego apiló los tres en uno solo. Le pregunté a la señora Sparrow para qué necesitaba cartas; sin duda bastaba con su visión. Ella le dio la vuelta a la baraja y con un rápido barrido la extendió sobre la mesa en un amplio arco.

—Las cartas están asentadas en la tierra, pero hablan el lenguaje de lo desconocido. Me sirven de traductores y de guías, y pueden mostrarnos cómo se concretará su visión. —Se echó hacia delante y me habló entre susurros—. Hace mucho tiempo que empecé a discernir pautas en mis lecturas, y también en mi propia vida, relacionadas con el número ocho. He llegado a la conclusión de que estamos regidos por números, señor Larsson. Creo que Dios no es un padre, sino una cifra infinita, lo que se expresa a la perfección en el ocho. El ocho es el símbolo ancestral de la eternidad. Acostado, es el signo que los matemáticos llaman lemniscata. De pie, un hombre destinado a caer de nuevo en el infinito. Hay una expresión matemática de esta filosofía que se conoce como Divina Geometría.

Desenrolló el paño de muselina. En el centro había un cuadrado rojo rodeado por ocho rectángulos del tamaño exacto de un naipe que formaban entre todos un octágono. El cuadrado y los rectángulos estaban numerados y rotulados. Sobre este dibujo había formas geométricas muy precisas dibujadas con finísimos trazos. La señora Sparrow resiguió con el dedo índice la silueta del círculo y el cuadrado central.

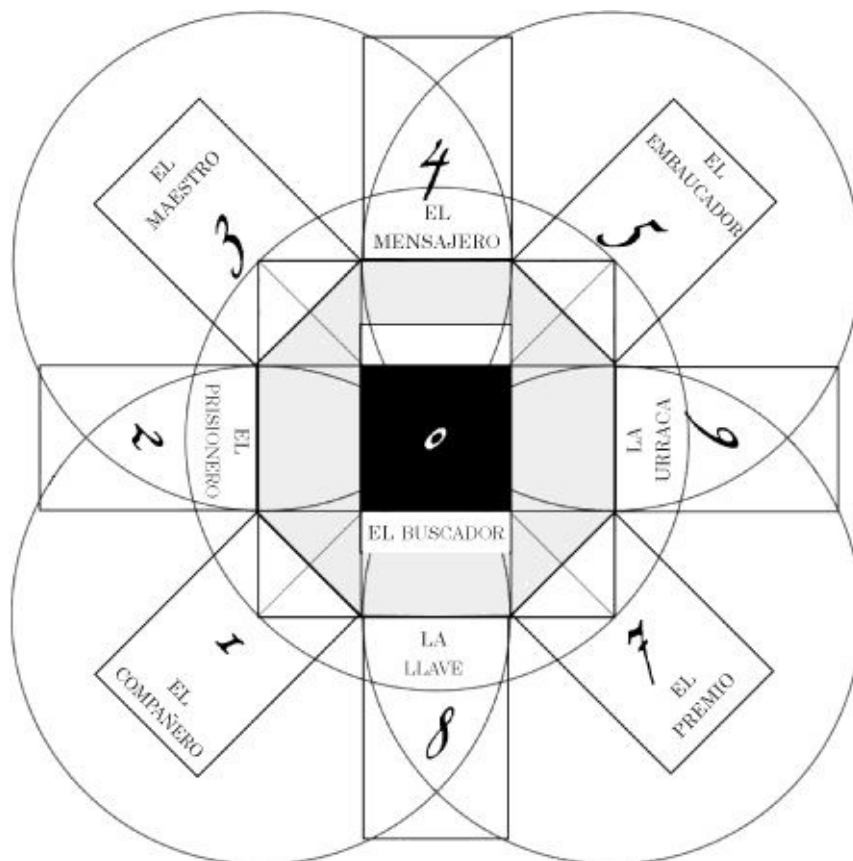
—El círculo central es el cielo; el cuadrado que hay en su interior, la tierra. Ambos se hallan atravesados por la cruz formada por los cuatro elementos. Los puntos de intersección forman a su vez el octágono: la forma sagrada.

—¿De dónde procede esta geometría? —pregunté. Las matemáticas y la magia estaban muy en boga en aquel entonces.

—Desde luego no la encontrará en el opúsculo de un mercadillo. Este es un conocimiento exclusivo de las sociedades secretas, una ciencia antiquísima reservada a una élite. Tengo prohibido explicarle cuál ha sido mi fuente, pero digamos que de vez en cuando hay un caballero dispuesto a educar a una dama. Yo solo recibí la instrucción más elemental, pero esta filosofía se encuentra plasmada por todas partes para que la estudiemos. Vaya a la iglesia de Katarina, en el Distrito Sur; la torre que hay allí emite un importante mensaje. Vaya a cualquier iglesia, señor Larsson. La fuente bautismal es casi siempre un octágono. Esta figura representa el octavo día de la creación, cuando el ciclo de la vida comienza de nuevo. Es el octavo día después de que Jesús entrara en Jerusalén. El Octavo viene a ser la baraja de la resurrección.

—¿Y qué es el cuadrado pequeño del centro? —pregunté.

—Representa su alma aguardando el renacimiento. Lo quiera o no, usted se verá radicalmente transformado por un acontecimiento que inspira un Octavo. —La señora Sparrow alargó el brazo y me puso dos dedos en mitad del pecho. Sentí los dos círculos conectados sobre mi esternón—. Tiene que atravesar los lazos del ocho para llegar al final —dijo.



Se me había quedado de repente la boca seca.

—Pero no hay final para el ocho.

Ella me dirigió una sonrisa deslumbrante y apartó la mano.

—Del mismo modo que no hay final para el alma. —La señora Sparrow prosiguió —: Las cartas que situamos aquí representan a ocho personas. —Tocó cada uno de los rectángulos del paño—. El acontecimiento que haya de sobrevenirle al Buscador, sea cual sea, está conectado con una serie de ocho personas. Y las ocho han de estar en su sitio para que el acontecimiento se produzca.

—A mí no me gusta ver a más de tres personas a la vez, señora Sparrow, y esas tres, frente a mí en una mesa de juego.

—No pueden ser menos, y tampoco encontrará más. Las ocho pueden identificarse fácilmente de un modo retrospectivo. Pero al extender sobre la mesa el Octavo, es posible identificarlas antes de que el acontecimiento se haya producido. El Buscador puede entonces manipularlo en la dirección que desee. Solo debe empujar a los ocho en tal sentido. Piénselo como si fuera el destino asociándose con el libre albedrío.

—¿Y qué tipo de acontecimiento le impulsa a usar el Octavo?

—Ha de ser algo de gran trascendencia, un punto de inflexión. Para la mayoría, solo hay uno o dos en la vida. Pero yo he conocido personas incluso con cuatro. La experiencia de amor y conexión que he percibido en su caso es un acontecimiento de esa clase. A menudo, el desencadenante es una visión.

—¡Eso me da esperanzas de llegar a recorrer ese sendero dorado! Pero yo he asistido a sus lecturas otras veces y nunca la había visto disponer las cartas en un octágono.

—En efecto, señor Larsson. Esto no es para todo el mundo. Yo he de ofrecerme a echar las cartas del Octavo. Y el Buscador debe aceptar. Más aún: debe prestar juramento de que lo seguirá hasta el final.

—¿Los demás Buscadores llegaron a influir en los acontecimientos pronosticados?

—Solo aquellos que cumplieron su juramento. El mundo cambió para cada uno de ellos, y me atrevo a afirmar que en su favor. Los demás fueron arrasados por la tormenta que habían preferido ignorar. Puedo asegurarle, por mi parte, que el conocimiento que extraje de mi último Octavo me brindó una seguridad y un consuelo extraordinarios.

—Seguridad y consuelo... —Señalé la botella de *brandy* de la mesita auxiliar. La señora Sparrow asintió y yo me serví una copa. Podía utilizar el Octavo para llevar a Carlotta Vingström a mi lecho matrimonial. Lo cual aseguraría mi posición en la Aduana y me aportaría sin lugar a dudas una generosa dote. Eso sin contar los placeres de las excelentes bodegas del señor Vingström. ¡Un camino dorado, en efecto! Me senté y me froté las manos para calentármelas, como hacía antes de cada mano de cartas—. Me gustaría jugar a ese juego del ocho —dije.

—¿Me lo pide, entonces? No se trata de un juego.

—Sí —contesté, entrelazando las manos en mi regazo.

—¿Y jura que lo completará?

Di otro sorbo de *brandy* y dejé la copa a un lado.

—Sí.

Se hizo un silencio mortal. La señora Sparrow presionó el mazo con fuerza entre las palmas; luego me lo ofreció.

—Escoja una carta. La que más se le parezca.

Así empezaban siempre sus lecturas. Cuando una persona acudía con un interrogante, la señora Sparrow le pedía que escogiera la carta que mejor la representara a la luz de la pregunta que planteaba. Huelga decir que casi siempre eran reyes y reinas, o una sota a veces, las elegidas. Durante las lecturas habituales, además, apenas distinguías las cartas; cómo ibas a distinguir las entre la penumbra, la luz parpadeante de las velas y los gritos ahogados de los buscadores, que inevitablemente te distraían. Pero esta vez no se trataba de la baraja habitual. Las cartas, antiguas pero no excesivamente gastadas, estaban impresas con tinta negra y coloreadas a mano. Eran alemanas y, en lugar de los palos habituales de corazones,

diamantes, tréboles y picas, estaban marcadas con Copas, Libros, Vasijas de Vino y una especie de champiñones que eran en realidad Tampones de Impresión. Las figuras eran dos Sotas, la Superior y la Inferior, y el Rey. La Reina quedaba relegada al número diez. Tanto las figuras como los puntos estaban decorados con intrincados dibujos de flora y fauna, así como con figuras humanas de todos los estamentos sociales. Sentí la tentación de escoger una carta que mostraba a tres hombres bebiendo desafortadamente de una gigantesca tinaja de vino, porque me trajo el entrañable recuerdo de la Orden de Baco.

—Procure, señor Larsson, no actuar ni como un adulator ni como un detractor de sí mismo en este juego. Tómese su tiempo. Encuéntrese de verdad a sí mismo.

Repasé la baraja entera tres veces antes de escoger la mía. La carta mostraba la figura de un joven caminando, pero mirando hacia atrás por encima del hombro, como si alguien lo estuviera siguiendo. Había un libro en el suelo, prácticamente a sus pies, aunque él no le prestaba atención. Una flor se alzaba a su lado, aunque también le pasaba inadvertida. Lo que atrajo de verdad mi mirada fue que el joven llevaba un manto rojo, como el de un *sekretaire*. La señora Sparrow tomó la carta, sonriendo, y la colocó en el recuadro central.

—La Sota Inferior de Libros. Me parece que ha escogido bien. Los Libros son el signo del esfuerzo y a mí me consta que usted se ha esforzado mucho para conseguir su capa. Pero este hombre tiene a mano muchos recursos (el libro, la espada, la flor) y sin embargo no utiliza ninguno. Todavía.

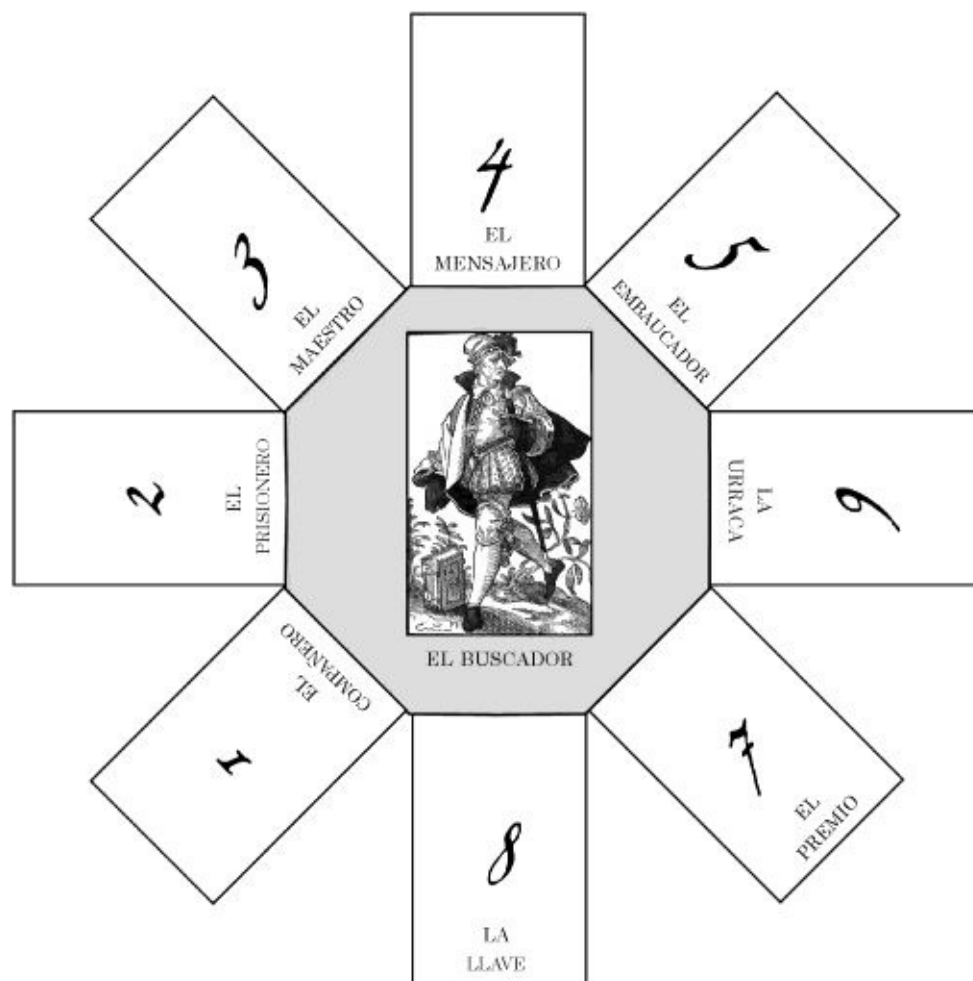
Noté que se me ponía la carne de gallina. Ella señaló el diagrama con la cabeza.



—Este cuadro muestra los papeles que jugarán sus ocho personas. Quizá no aparezcan en el orden exacto, y sus papeles no siempre son evidentes a primera vista;

el Maestro puede parecer un bufón; el Prisionero puede dar la impresión de que no necesita ser liberado. El Octavo requiere que eche usted una tercera y una cuarta mirada a la gente que le rodea, y que desconfíe de los juicios apresurados.

Volvió a barajar y me pidió que cortara; luego cerró los ojos, presionó de nuevo el mazo entre sus palmas y, con sumo cuidado, puso una carta debajo y a la izquierda del Buscador.



—Primera carta. El Compañero —dijo.

A continuación, colocó siete cartas más alrededor, en el sentido de las agujas del reloj, para formar un octógono:

2. El Prisionero.
3. El Maestro.
4. El Mensajero.
5. El Embaucador.
6. La Urraca.
7. El Premio.
8. La Llave.

Contempló las cartas largo rato, musitando los nombres de cada una.

—Bueno, ¿quiénes son? —pregunté al fin, con los ojos fijos en la encantadora Reina de Vasijas de Vino. ¿Carlotta?

—Aún no lo sé. Hemos de volver a repartir hasta que aparezca una carta dos veces; es la señal de que ha venido para quedarse. Entonces se coloca en la primera posición del cuadro.

Me dio un momento para que memorizase las ocho; las recogió todas, salvo la Sota Inferior de Libros, y barajó.

—Segunda ronda. Preste atención.

Fue sacando otras ocho cartas. Yo miraba atentamente, buscando la Reina, pero esta serie era totalmente distinta.

—¿Dónde se ha metido mi dama adorada? —pregunté.

Ella deslizó las ocho cartas de nuevo en el mazo y empezó el proceso una vez más.

—Si no vuelve a salir ninguna en esta ronda, utilizo yeso y una pizarra para tomar nota.

La señora Sparrow se entretuvo esta vez un buen rato apretando las cartas entre las palmas antes de repartir. Yo lo observaba todo con atención, pero no percibía nada extraño, salvo que hacía un calor excesivo en la habitación.

—¿Puedo entornar la ventana? —susurré.

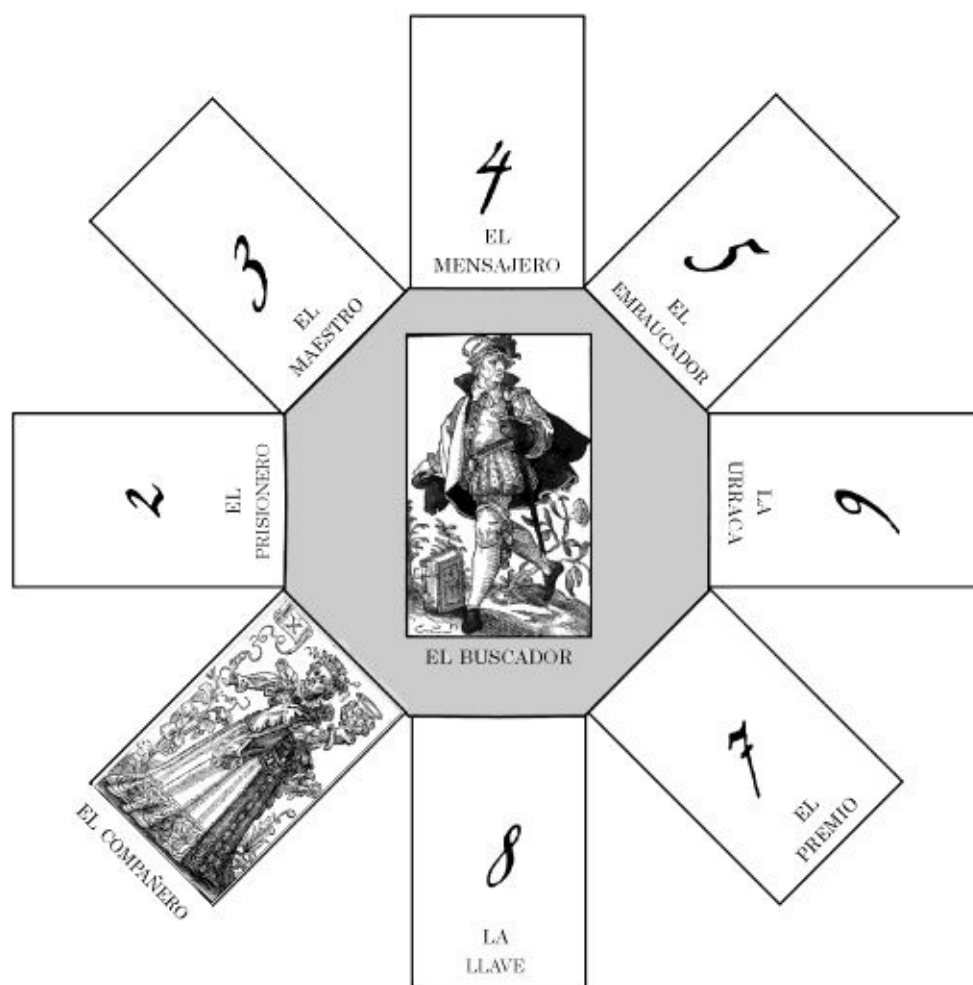
—¡Chissst! —siseó; luego repartió por tercera vez.

—¡Ahí está! —Sentí esa emoción que experimentan todos los jugadores cuando aparece la carta que están esperando.



—Su Compañera. —La señora Sparrow colocó la Reina de Vasijas de Vino en la primera posición del cuadro y se arrellanó en su silla. No sonreía tal como lo hacía con las ingenuas en busca de romance—. La Compañera es de una importancia crucial, porque los ocho se reunirán en su órbita. La Compañera aparecerá en su vida,

en sus conversaciones, en sus sueños. Se sentirá atraída hacia usted y usted hacia ella. Puede que colaboren, o puede que se opongan.



—Estoy seguro de que formaremos una pareja armónica —dije.

—La Reina de Vasijas de Vino es una mujer con poder y recursos: las Vasijas de Vino son el palo de la abundancia. Normalmente significan dinero. Pero cualquier carta puede jugar el papel de benefactor o de adversario. ¿Ve la manga falsa? ¿Ve que se ha quitado los guantes? Hay una vid retorcida a su lado. En otras palabras, ande con cautela.

—Me siento totalmente a salvo, señora Sparrow. Al fin y al cabo, ¿esa manga no podría ser una cuestión de moda?, ¿y no se habrá quitado los guantes para que yo pueda estrechar su cálida mano? En cuanto a la vid retorcida, representa una fértil cosecha; y la vasija trae un vino embriagador a mi mesa, sin duda procedente de las bodegas Vingström. —Ya me imaginaba la boca suave y carnosa de Carlotta.

—No sea tan engreído, señor Larsson —respondió con un bufido—. Esto no es una partida como las que ha jugado hasta ahora. La Compañera puede conducirle al amor y no ser en modo alguno la amante. Quedan otras siete personas que conocer.

—Pero podría ser ella —apunté.

—Podría ser —consintió a regañadientes. Recogió la baraja y la dejó boca abajo en el centro del diagrama.

—¿Qué ocurre? ¿Ya vamos a dejarlo? —dijo, levantando demasiado la voz para una escena tan íntima.

—El ritual ya está iniciado. Una vez ocupada una posición, no se tocan las cartas hasta el día siguiente.

—Pero usted lo ha creado; puede cambiar el ritual si quiere.

—No. El ritual surge a través de mí, no de mí. Procede de lo Divino. O de las propias cartas, no lo sé. El Octavo requiere ocho noches consecutivas. Nos veremos de nuevo mañana y las seis noches siguientes.

Sacó tinta y pluma del cajón que había bajo la mesa y anotó mi carta y la de mi compañera en un delgado diario de cuero.

—Venga hacia las once —dijo, secando la página con la arena de un cubilete.

—¿De veras debo venir cada noche?

—Sí, señor Larsson. Ha hecho un juramento.

—Me imagino que su clientela habitual no tendrá paciencia para un juego tan prolongado.

Ella se echó a reír y fue a coger su pipa de arcilla y su piedra.

—Nunca echo las cartas del Octavo a simples curiosos. Sería como pedirle a la tabernera que pensara como un alquimista. Esto es muy serio. Y es mucho lo que está en juego.

—¿Y qué es lo que está en juego exactamente?

Ella encendió una vela con la piedra y la acercó a su pipa, succionando con fuerza para atraer la llama a la cazoleta. Aspiró una bocanada de humo y exhaló un aro perfecto.

—El amor, señor Larsson —dijo, mientras asomaba media sonrisa a sus labios—. Amor y conexión.

Capítulo cuatro

LA MÁS ALTA RECOMENDACIÓN

Fuentes: E. L., Sra. S., Katarina E.

Inspirado por la aparición de la Reina de Vasijas de Vino, le escribí a Carlotta a la mañana siguiente y recibí una respuesta en el correo de la tarde. Me decía que encontraba fascinante mi historia sobre las ocho cartas y muy convincente mi estilo, y que volvería a ponerse en contacto conmigo para fijar una hora y un lugar donde pudiéramos encontrarnos. ¡Mis primeros progresos hacia el camino de oro! Comunicué al superior y a mis colegas de Aduanas que ya tenía en el anzuelo una presa con vistas al matrimonio y que pronto lo celebraríamos con un ponche bien cargado. Las once de la noche tardaban demasiado en llegar, así que salí más temprano hacia el callejón de los Franciscanos con el propósito de pasar un rato jugando al *whist*. Llamé con los nudillos y, luego de una larga espera, Katarina entreabrió la puerta.

—Ah, *sekretaire*. La señora Sparrow ha dicho que vendría usted a las once.

Atisbé más allá de la criada. El pasillo estaba vacío y los salones de juego a oscuras.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Tendrá que esperar aquí —dijo Katarina, haciéndome pasar al vestíbulo reservado a las artes adivinatorias, una reducida antecámara situada cerca de la escalera de la habitación superior. Estaba iluminada con una vela que ardía bajo el globo de cristal de un candelabro y solo contenía, por lo demás, tres sillas pegadas a la pared. Esperé casi una hora y finalmente oí pasos en la escalera. Salí al pasillo para averiguar quién había mantenido las mesas de juego en silencio. Entonces oí hablar a la señora Sparrow con un tono acuciante:

—No, Gustavo, esa visión era una advertencia para ti.

¡Así que era cierto! Retrocedí a la sala de espera y, parapetado detrás de la puerta, observé a mi rey. La primera vez que había visto a Gustavo había sido en su coronación, cuando yo tenía ocho años y él, un joven adorado entonces, solo veinticinco. Mientras pasaba en su carroza aquella encantadora mañana de mayo capté un centelleo dorado en el límpido aire azul y atrapé una de las monedas que había arrojado, sin duda dirigida a mí. En las dos décadas transcurridas desde entonces, Gustavo había creado una corte deslumbrante, fundando el Teatro Real, la Ópera y la Academia Sueca. Voltaire lo había llamado el Monarca Ilustrado.

A punto de marcharse ya, el rey se puso un guante de cuero blanco cuyo ribete de hilo plateado relucía a la luz de un solitario candelabro.

—Yo no veo tu visión de un modo tan sombrío, Sofia.

La señora Sparrow soltó un bufido de impaciencia ante esas palabras y él se giró en redondo, de tal manera que pude verle la cara. Gustavo se había vuelto barrigón e

iba encorvado, como si el peso de los años estuviera abrumándolo poco a poco. Tenía el aspecto de un hombre cualquiera de mediana edad que, como los demás, acudía allí en busca de respuestas.

—Ese bufido ha sonado más bien grosero, Sofia. Y tú sabes que no pretendía faltarte al respeto. Cuéntame otra vez la visión, y te diré lo que yo deduzco de ella.

La señora Sparrow cerró los ojos.

—El sol se está poniendo; el cielo va del azul oscuro a un ardiente anaranjado en el oeste, con algunos cúmulos nubosos en lo alto. Hay una casa enorme, magnífica como un palacio, y un gran carruaje negro de viaje esperando fuera. Los caballos resoplan y se encabritan, desesperados por huir. Se levanta el viento, un vendaval feroz. El carruaje, los caballos y el magnífico palacio se desmoronan como si fuesen de arena y resbalan por la Ciudad como diamantes, como estrellas, para caer por fin en las profundidades negro-azuladas de la bahía del Caballero y desaparecer. Todo perdido, Gustavo. Todo. —Lo sujetó del brazo con vehemencia—. Es ese viento lo que me parece alarmante. No hay modo de pararlo.

—No podemos parar el viento, querida amiga. Yo tengo la intención de aprovecharlo para navegar. —Gustavo tomó la mano de la señora Sparrow y la sostuvo en la suya—. Me fascina esta visión, Sofia. Has interpretado mal su significado. No por falta de destreza, sino de información. Trata de mirarlo desde mi perspectiva: un crepúsculo ardiente, una casa regia pero vacía, barrida por un violento vendaval. Todo eso apunta a la revolución de Francia, a la situación del rey y la reina, retenidos ilegalmente contra su voluntad. —Gustavo bajó la voz, pero su excitación se traslucía igualmente—. Esta visión confirma el éxito del plan de rescate que ya está en marcha. En el centro mismo de los preparativos de fuga hay un carruaje negro de viaje como el que tú has descrito. La familia real viajará disfrazada hasta una fortaleza en la frontera con Luxemburgo. El joven conde Von Fersen está ahora mismo en París para ejecutar el plan. Él se mantiene leal a la corona, a diferencia de su padre, que es de los Patriotas. Hacia el solsticio de verano partirá el carruaje, la casa real quedará salvada y los traidores revolucionarios se esparcirán como una nube de polvo en las aguas del Sena.

—Conoces mis sentimientos por Francia. Me llenaría de júbilo tu éxito —dijo la señora Sparrow—. Pero esta visión es tuya y el viento... es un signo terrible. Debes mirar hacia tu propia casa.

—Cierto, mi casa parece vacía ahora. —Gustavo le soltó la mano y arrancó un hilillo suelto de su guante—. Conceder algunos privilegios a los plebeyos ha servido para revelar las verdaderas lealtades de mi corte. Pero yo debo apoyar a las monarquías de todas las naciones si la nobleza ha de sobrevivir. —Hizo un ademán y surgió un oficial desde el fondo del pasillo en penumbra—. He nacido para gobernar, así como tú naciste para ejercer la Videncia. No podemos liberarnos de esa carga, por más que lo deseemos.

—Quédate, por favor —dijo ella—. Podríamos empezar el Octavo esta misma

noche.

—No me es posible concederte ocho noches, aunque me encantaría. Parto hacia Aix-la-Chapelle en unas horas. Aguardaré allí para recibir a la familia real francesa. —Tomó la capa de seda azul que le ofrecía su oficial y le tendió una bolsita de cuero a la señora Sparrow—. Gracias por tu preocupación, Sofia.

—Somos viejos amigos, Gustavo —dijo ella suavemente.

—Cuento con los pocos que me quedan —respondió él—. El jefe de policía se encuentra a tu disposición, por si lo necesitaras. Y el obispo Celsius está haciendo penitencia; ni él ni sus clérigos volverán a molestarte. —El rey se inclinó y le dio un beso en cada mejilla—. Vendré de nuevo cuando el rey de Francia esté a buen recaudo. Entonces habrás de pagarme tú a mí para interpretar las señales.

Ella se echó a reír ante estas palabras. Oí cómo se alejaban sus pasos. Afuera no sonó el traqueteo de ningún carruaje; solo debían dar un corto paseo desde el callejón de los Franciscanos hasta la Gran Iglesia. El palacio quedaba justo detrás.

—Señora Sparrow —susurré desde la sala de espera. Ella se giró, sobresaltada—. Soy el señor Larsson.

Se relajó en el acto, pero su voz resonó con severidad.

—Gustavo no ve con buenos ojos a los espías, aunque estén a su servicio.

—Afortunadamente, Katarina me ha dejado entrar —dije, todavía fascinado por aquel atisbo íntimo de mi monarca—. ¿Se encuentra el rey a menudo en su compañía?

—No con la frecuencia que a mí me gustaría. Somos amigos desde hace más de veinte años, señor Larsson.

—¿Y cómo pudo conocer al rey? Debía de ser usted una muchacha entonces.

—Gustavo se dirigía a Francia con su hermano menor, Federico Adolfo. El duque Carlos no estaba invitado. Su madre no lo consideraba digno.

—¿Y los príncipes necesitaban a una vidente?

Ella se rio y se sentó en una silla de la sala de espera.

—Necesitaban a una lavandera que hablara un francés excelente. Mi padre era maestro artesano y trabajaba en el palacio Drottningholm. Se enteró y ofreció mis servicios, pensando que sería para mí una oportunidad de servir al monarca y de asegurarme un empleo. Los pretendientes evitaban a una chica con el don de la Videncia, así que depositamos grandes esperanzas en aquella ocasión. Además, mi padre deseaba con vehemencia que yo visitara mi tierra natal: temía que la olvidara. Mi francés era intachable, y mi madre me había enseñado los secretos de la lejía y el almidón. Así pues, entré a formar parte del alegre séquito como criada. Mi Videncia, sin embargo, picó la curiosidad del príncipe heredero, con lo que todos me trataban bien. Gustavo y su hermano pequeño, Federico, tomaron París por asalto: bailes y cacerías con el rey Luis y María Antonieta, un encuentro con los Montgolfier y su gigantesco globo y visitas a los salones más exclusivos. A Carlos no se le ha pasado aún el enojo por haber sido marginado.

—Entonces, ¿leyó las cartas para Gustavo en París?

—Aún no había aprendido a leerlas; fueron mis visiones lo que le transmití. La corona estaba a punto de recaer en él, y se lo dije. Algunos se burlaron de mí y me llamaron ramera diabólica y cosas peores. Pero Gustavo me protegió lealmente y yo acerté; el anciano rey murió mientras nos encontrábamos en París, y Gustavo fue coronado el mes de mayo siguiente, en 1772. Todavía sigue valorando a quienes poseen la intuición y recurre a muchos de los que practican las artes adivinatorias: magos, astrólogos, geománticos. Recientemente ha contratado a un alquimista para que colme de oro los cofres reales.

Me senté en la silla contigua.

—¿Y qué necesidad se encarga de colmar usted?

—La necesidad de amistad genuina y de verdad. Y nada más. —Me miró con los ojos entornados—. Son muy pocos los que se atreven a ofrecer estas cosas, y menos los que son escuchados, como ha observado. Pero es un gran rey, señor Larsson.

—Un gran rey —repetí—. Y sin duda él está en lo cierto, señora Sparrow. Me refiero a la visión. Su perspectiva del mundo excede con mucho a la nuestra.

—Pero sigue siendo un hombre, señor Larsson. Solo ve lo que quiere ver. —Se arrellanó en la silla con los ojos cerrados, como si fuera a dormirse allí mismo—. Será mejor que pasemos a usted —gruñó, frotándose los ojos.

Subimos las escaleras y tomamos asiento. Un chaparrón de verano tamborileaba en la ventana; la habitación estaba más fresca que la noche anterior. La señora Sparrow sacó del mazo las dos cartas que ya conocíamos, barajó un buen rato y lo puso en el centro de la mesa.

Corté y ella empezó a repartir. Tras cuatro rondas, emergió la segunda carta de mi Octavo, el Prisionero: el As de Tampones de Impresión. Ambos nos inclinamos para examinarla.

Había una cara de querubín centrada en lo alto de un escudo heráldico. Justo bajo su barbilla, planeaba un pájaro. Más abajo, había dos leones enfrentados en campos separados; uno de ellos sostenía una semilla o un rizoma.

—El As es una persona joven o de experiencia limitada, con una mente impresionable. Significa nuevos comienzos. Puede ser varón o hembra —dijo la señora Sparrow.

—Espadañas. Sin duda será alguien pobre —dije, reparando en las dos que se alzaban a uno y otro lado del Tampón, por encima de la cara de querubín. Me acordé de mis empobrecidos primos, que habían llegado a utilizar las cabezas de espadaña que no se comían como velas, empapándolas de cera y encendiendo el tallo como si fuera una mecha.

—No necesariamente. El Tampón es un signo de negocios y comercio, así que podría tratarse de alguien capaz de apañárselas con pocos medios. Mantendrá una estrecha relación con su Compañera; y la Reina de Vasijas de Vino es una carta de riqueza, así que ese alguien tal vez prospere gracias a la amistad con ella. En todo

caso, se trata de su Prisionero.



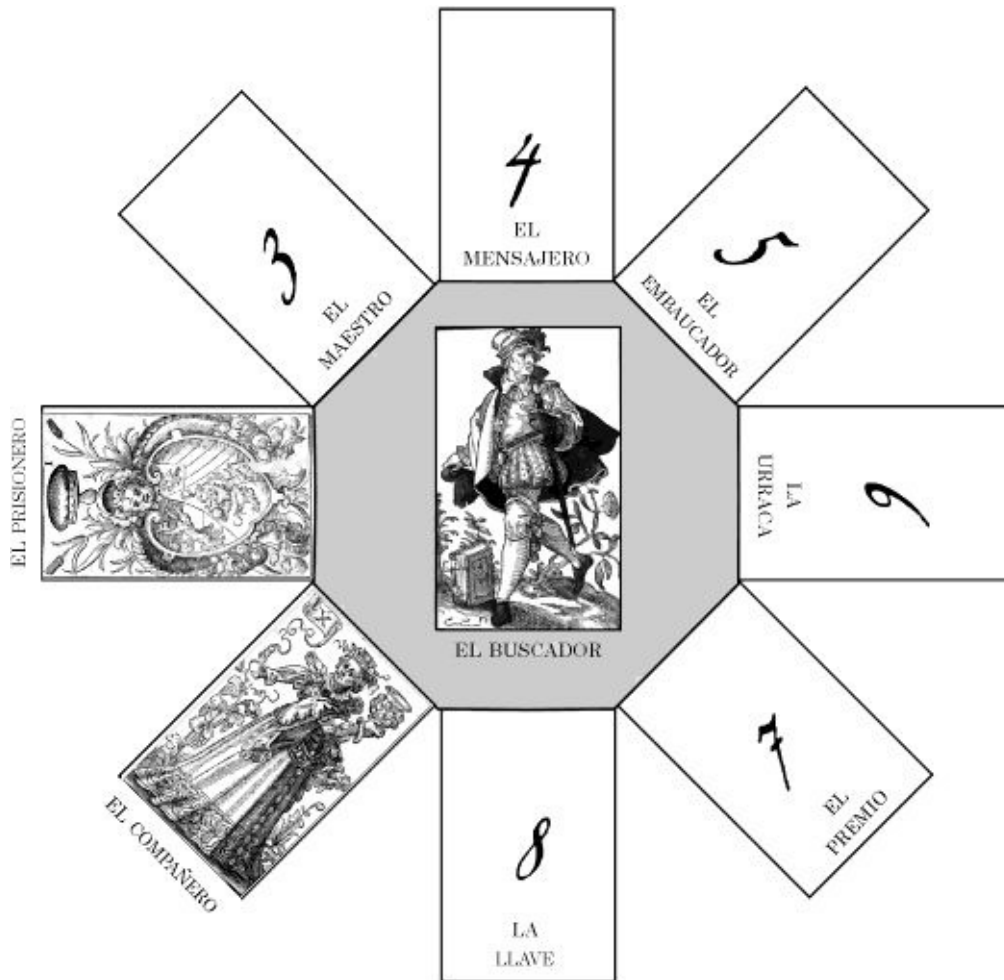
Observé al encantador querubín.

—¿Podría ser Carlotta?

—Tal vez, pero las cartas no convocan a sus equivalentes vivos hasta que los ocho se encuentran en su sitio.

—¡Ya no puedo esperar más, señora Sparrow!

—Pues habrá de hacerlo. Son solo seis días más —dijo, sonriendo ante mi impaciencia—. No va a partir con Gustavo para recibir a la familia real francesa, ¿verdad, señor Larsson?



—Mi reina está aquí, en la Ciudad.

—Cuando sepa con seguridad de quién se trata, puede mantener atado a su Prisionero o liberarlo, como mejor le convenga para alcanzar su verdadero objetivo. Sea cual sea.

—Usted sabe cuál es mi verdadero objetivo.

Capítulo cinco

UN JUEGO DE AZAR

Fuentes: E. L., Sra. S., Katarina E., Lady C. Kallingbad, portero E., A. Nordell, y otros.

Puede afirmarse con justicia que todo el mundo pierde a las cartas. Lo interesante es cómo y qué pierden, y qué ocurre a resultas de ello. El conde Oxenstierna se portó como un perfecto caballero cuando perdió dos enormes parcelas de tierra jugando a La Belle. Todos los presentes observaron atónitos sus impecables modales, pero la tormenta que se desató después en su casa constituyó un jugoso tema de conversación durante meses. Al parecer intervinieron la esposa, los hijos mayores, varios miembros del servicio e incluso los dos loberos irlandeses. Pero las habladurías y alusiones son apenas un aperitivo en comparación con el apasionante festín de una pérdida importante presenciada en carne y hueso. Es lo que sucedió cuando vi a dos damas adineradas apostándose sus abanicos más preciados. Oí con claridad cómo caía en la trampa una de las jugadoras y, desde ese momento, presté atención a la partida, en vez de seguir concentrado con todo mi ser en los hermosos senos de Carlotta Vingström. La jugadora involucrada en aquel lance de azar era la baronesa Uzanne, de todos conocida como la Uzanne, una mujer que jamás perdía.

Permítanme que les hable de la Uzanne. Había sido bautizada como Kristina Elizabeth Louisa Gyllenpalm y, aunque todos esos nombres tenían regias connotaciones, no los usaba nunca. De niña, la llamaban la Joven Señora. Después de casarse, *Madame*. Para referirse a ella, sin embargo, decían simplemente la Uzanne. Tal vez porque solo podía haber una. La Uzanne coleccionaba abanicos. Se había quedado fascinada con ellos por primera vez a los quince años, cuando observó cómo una prima de su misma edad (aunque no tan rica ni tan bella) cautivaba a un salón entero con su sofisticada manera de abanicarse. La Uzanne, todavía la Joven Señora a la sazón, convenció a su prima para que la instruyera en ese llamativo lenguaje. Tanto los hombres como las mujeres reconocían aquellas señales y, como con cualquier idioma, cuanto más se practicaba, más podías llegar a expresar. Muy pronto las habilidades de la alumna superaron a las de su maestra. Golpes secos, caídas, giros de muñeca, latigazos, aleteos y lánguidos y prolongados movimientos se ocupaban de llenar el vacío dejado por las palabras impronunciables del deseo. La Uzanne sabía con qué ángulo debía sostener el abanico sobre sus pechos si quería o no que la mirasen como a una cortesana. También sabía que le bastaba con mirar de cierta manera por encima de un abanico medio plegado para atraer a cualquier hombre a su lado. La buena sociedad, admirada, empezó a reclamar la presencia de la Joven Señora en sus salones y bailes. La prima, muerta de celos, intentó vengarse emparejando a la Uzanne con un vulgar imbécil en el cotillón de primavera. Esta adoptó por su parte el personaje de tierna casamentera y dio a conocer la situación de

virgen ansiosa de su querida prima a un barón finlandés epiléptico que acababa de enviudar y quería llenar el vacío de su lecho matrimonial. La Uzanne derramó encantadoras lágrimas de cocodrilo mientras le decía adiós a su prima, embarcada con dirección a Åbo, un horrible villorrio que ejercía las funciones de capital de Finlandia.

La Uzanne había encontrado su arma predilecta. Practicó sin cesar durante años, viajando a París y Viena para aprender de las amantes y las reinas que detentaban el trono entre bastidores, visitando a los fabricantes de abanicos y recopilando consejos y trucos. A los diecinueve años obtuvo su mayor triunfo: encandiló con su habilidad al joven y rico barón Henrik Uzanne hasta hacerlo caer en sus brazos y meterlo en su cama. Antes de tres meses ya se habían desposado. Solo su hermana mayor, que había estado prometida a aquel noble, se sintió contrariada. La Joven Señora asumió entonces el Uzanne de su marido, un viejo apellido de origen francés llegado a Suecia un siglo antes (a través de un ambicioso mercenario que ascendió a base de estocadas, pero eso nunca lo mencionaba).

Henrik era la conquista perfecta: extremadamente solicitado, aristocrático, apuesto, de agradable compañía y con dinero suficiente para dejar que ella hiciera lo que le viniera en gana. Con el tiempo, la Uzanne descubrió que Henrik era algo más que un simple trofeo de su inigualable maestría. Él la amaba y ella encontró en él la pasión de su vida. Henrik estaba profundamente implicado en la vida política y la introdujo en los juegos del poder, mucho más apasionantes que los del amor y la corte. Al principio él se limitó a complacer su curiosidad, pero luego descubrió que su esposa era una observadora y una analista dotada de gran astucia. La Uzanne y su Henrik conspiraban con los Patriotas para volver a implantar un gobierno de la nobleza, con un rey títere encarnado por el duque Carlos. Esas maquinaciones los unieron mucho más de lo que suelen estarlo la mayoría de matrimonios; nadie entendía que no cultivaran las aventuras clandestinas como los demás. Henrik suspiraba por tener hijos, pero la Uzanne no deseaba convertirse en madre todavía. Además de la vanidad y los riesgos del parto, pensaba que los niños constituían la mayor molestia que cupiera imaginar. Le dio manga ancha a Henrik con sus propias doncellas, con las cuales tuvo varios bastardos adorables, y así solventó aquel pequeño motivo de fricción. Por desgracia, cuando juzgó sensato engendrar un heredero, ya era demasiado tarde.

Henrik consentía por su parte la pasión de la Uzanne por los abanicos y ella reunió, con el tiempo, una colección sin igual. Abarcaba todos los colores, todos los países, todos los modelos. Madera de sándalo italiana, calado español, vitela rusa, plata inglesa, seda japonesa y cualquier tipo de material francés. Eso sí, la Uzanne era capaz de llegar muy lejos para conseguir los abanicos que ella calificaba de Carácter y Novedad. Los abanicos de Carácter encarnaban una emoción única, y en su colección figuraban ejemplares de Anheló, Melancolía, Furia, *Ennui*, Lujuria, Romance y diversas formas de Locura. Los abanicos de Novedad incluían modelos

telescopios, de *double-entente*, que se abrían en ambas direcciones y revelaban dos caras diferentes (Henrik apreciaba en especial la variedad pornográfica), de tela articulada, abanicos *puzzle*, de láminas con orificios, de varillas con relojes, de guardas con termómetros, e incluso un abanico cuya gema de remache ocultaba una pizca de rapé o de arsénico. Cuando Henrik le regaló el *Casiopea* por su aniversario, ella lo catalogó como la joya de la corona de su colección. El *Casiopea* combinaba el Carácter de Autoridad Irresistible y la Novedad de un bolsillo secreto en la varilla central, con la maestría y la belleza más exquisita y con esa misteriosa conexión que une a un artista con su instrumento. La *Uzanne* y *Casiopea* encajaban tal como encajan en un estrecho sofá dos amantes que saben de qué modo moverse para obtener el máximo efecto.

Con el tiempo, las damas de la Ciudad acabaron suplicando a la *Uzanne* que les revelara sus secretos, pero ella sabía bien que el conocimiento era algo valioso. Muy pronto las hijas de las familias aristocráticas empezaron a acudir de todas partes y a pagar grandes sumas para ser adiestradas por la *Uzanne*. Las madres de esas jóvenes debutantes veían que, bajo su tutela, las chicas se volvían sagaces y refinadas, capaces de brillar incluso en los círculos más rutilantes del continente. Y las hijas mismas veían ante sí una larga cola de pretendientes: oficiales embadurnados de colonia que se apretaban contra ellas con su uniforme azul oscuro, diplomáticos que les susurraban al oído palabras intraducibles, nobles que tocaban osadamente sus manos, sus pechos y sus muslos, que separaban sus labios con la lengua, que las abrían como un abanico manejado por un experto (lenta, muy lentamente, hasta quedar tan abierto que podría romperse). Aun así, un batallón de pretendientes no pasaba de ser una fruslería. La *Uzanne* sabía que el abanico poseía poderes infinitamente más grandes.

Tras muchos años de práctica y estudio, la *Uzanne* podía dirigir el flujo de información con su abanico allí donde estuviera. Era capaz de enviar palabras a unos oídos para los que no estaban destinadas, o de atraerlas a los suyos, así como de guiar la atención de uno o de muchos a través del éter con un leve ajuste del ángulo y la velocidad de sus movimientos. Se trataba de una combinación deslumbrante de arte y habilidad que servía de tarjeta de visita, de vínculo social e indicador de estatus. Pero era también el instrumento ideal para una mujer deseosa de participar en los juegos habitualmente reservados a los poderosos. Y un abanico jamás despertaría la sospecha de ser un arma.

En 1789, la *Uzanne* y Henrik sintieron que tenían sus objetivos políticos al alcance de la mano: Suecia se hallaba muy quebrantada por la desastrosa guerra de Gustavo contra Rusia; su consejo era objeto de graves sospechas de delito financiero y el temor a la revolución alimentaba un deseo generalizado de regreso a la tradición. Ni ella ni Henrik previeron, sin embargo, la Ley de Unidad y Seguridad, que constituía a la vez un golpe de Estado y una revolución incruenta. Cuando Gustavo encarceló a los líderes Patriotas, todo se fue al traste. Henrik nunca se recobró de la

terrible experiencia, pese a las benignas condiciones de su confinamiento en el castillo Fredrikshovs. Cuando murió de neumonía, en noviembre de aquel año, la Uzanne creyó que su vida había concluido. Permaneció en cama durante casi un mes, hasta que el duque Carlos la convenció para que asistiera con él y la Pequeña Duquesa al servicio religioso de Navidad. Durante el año siguiente vistió solo de negro, apenas recibió visitas, se negó a acudir a la corte y canceló definitivamente su clase para jóvenes de buena cuna. Pero la frustración ante la naturaleza en apariencia invencible de Gustavo, la ambigüedad permanente del duque Carlos respecto a su hermano y un insaciable deseo de venganza la impulsaron a salir de su aislamiento para servir a su nación.

En 1791, la Uzanne formaba parte de nuevo de la multitud de intrigas y movimientos que se producían en la Ciudad. El 20 de junio de ese año —el solsticio de verano—, la Uzanne asistió con su *Casiopea* a una fiesta improvisada que prometía contactos políticos, además de las partidas de cartas, chismorreos y diversiones habituales. Era, para ella, la combinación perfecta, y se empeñó en que su nueva protegida, Carlotta Vingström, la acompañara. Carlotta y yo habíamos intercambiado varias notas urgentes relativas a esa misma noche, pues teníamos planes de dar un paseo. Pero el compromiso con la baronesa era un honor y una obligación irreprochable. Y constituía la oportunidad que me hacía falta. Carlotta y yo manteníamos una correspondencia diaria desde hacía casi dos semanas, y yo frecuentaba la tienda de vinos de su padre, aunque no habíamos hablado todavía de nada serio. Conseguí silenciar la insistencia del superior con una excelente botella de tempranillo, insinuando que era la primera de una larga serie procedente de las bodegas de mis inminentes suegros: en la noche del solsticio manifestaría mis intenciones y exigiría una respuesta.

Me había hecho un plan osado para forzar la entrada: todo con tal de estar con ella. Sabía que colarme en la fiesta resultaría sencillo, aunque eso no se lo conté a Carlotta, pues la dirección que figuraba en la invitación era el número 35 del callejón de los Franciscanos. Yo tenía que estar allí a las once para descubrir la tercera carta de mi Octavo y la señora Sparrow por nada del mundo me habría pedido que rompiera mi juramento.

La velada empezó muy bien: a las siete en punto mi casera, la señora Murbeck, me entregó una última nota de Carlotta, en la cual reconocía el gran riesgo que estaba corriendo por ella. Estaba convencida de que yo encajaría fácilmente entre aquella sociedad ilustre y me expresaba su deseo de reunirse conmigo a solas una vez concluida la fiesta. Con un conjunto recién planchado de ropa primorosa y un chorro de colonia, corrí al callejón de los Franciscanos. Las campanas de la Gran Iglesia tocaban las ocho en punto, pero el cielo brillaba como a mediodía. Las calles y las casas de la Ciudad estaban decoradas con ramos de abedul y flores trenzadas en guirnaldas. Aquí y allá los postes de verano señalaban la festividad, rematados con coronas, envueltos en follaje y con las cintas de colores ondeando al viento que subía

desde la bahía. Los invitados llegaban ruidosamente entre el traqueteo de sus carruajes y las voces con las que se saludaban unos a otros. Entonces se detuvo una carroza negra especialmente elegante con un blasón baronial y, por encima del redoble de los cascos, sonó el parloteo inconfundible que solo una Carlotta totalmente excitada era capaz de producir.

—*Madame*, tengo mucho que contarle acerca de esta casa. —Carlotta apareció en una oleada de seda color limón—. Pero he aguardado a que llegáramos para que pudiera experimentar el misterio por sí misma. Si se sirve mirar la piedra angular del arco... ¿Ve la cara? Dicen que se mueve. —La Uzanne se asomó—. Esta, *Madame*, es una casa llena de espíritus.

—No me parece una información de utilidad, Carlotta. Lo que yo quiero saber es por qué el duque Carlos nos ha traído a este sitio en medio de la nada —dijo la Uzanne, con voz sorprendentemente melódica. Yo me esperaba a una oronda matrona, parecida a un gran pastel: el pastel medio devorado que ha quedado de la fiesta de anoche. La Uzanne apenas tocó la mano que le ofrecía el lacayo al emerger del carruaje. Su pálido vestido relucía sobre el negro barnizado de la puerta. Era un traje largo de línea muy esbelta, en el nuevo estilo *à l'anglaise*, y el fajín verde mar de la cintura realzaba enormemente su figura. Llevaba su pelo oscuro sin empolvar, peinado con sencillez, y se lo repasó una vez con la mano, como para asegurarse de que estaba todo en su sitio. En el juego de luces y sombras de la calleja parecía de la edad de Carlotta.

—El duque Carlos desea una audiencia con la adivina que vive aquí. —Carlotta se mordió el labio, pero siguió mirando el rostro de piedra—. *Madame*, he consultado a las fuentes más fiables y todas aseguran que esa vidente es infalible.

—Nadie es infalible, Carlotta, pese a lo que desearía el papa. —La Uzanne desplegó un abanico a tal velocidad que me dejó paralizado—. ¿Y por qué ha elegido el duque Carlos a esta charlatana en particular?

—Porque es consejera del rey Gustavo. —La Uzanne detuvo el abanico en seco, pero guardó un silencio arrogante. Carlotta prosiguió—: El duque Carlos comparte con su hermano el interés por el ocultismo y viene en busca de confirmaciones y orientación. ¿Y quién mejor para ello que una fuente directa de la buena fortuna de su hermano? El duque ha insistido en que la vidente estuviera disponible, ella personalmente y también sus salones, a pesar de haber avisado con escasa antelación.

—¿Y Gustavo está dispuesto a compartirla?

—Oh, no. Gustavo no tiene ni idea. Está de viaje. —Carlotta bajó la voz—. Esa mujer es una Realista ferviente, *Madame*. Ella se negó en principio a ver al duque. Y naturalmente, el interés de Carlos no hizo más que avivarse con sus excusas, así que dejó bien claro que no aceptaría un rechazo. —Las dos damas entraron en la escalera—. Lo que no acabo de entender es por qué el duque no ha venido solo. ¿Para qué visitar a un oráculo en medio de una fiesta del solsticio?

La Uzanne imprimió a su abanico un movimiento relajado.

—El duque Carlos es un hombre que desea el cambio, pero necesita que reafirmen su confianza. Precisa compañía.

Miré cómo subían la escalera, alzándose las faldas y descubriendo sus medias blancas, los zapatos de satén con tacones curvados y la suave silueta de sus tobillos, iluminada por los diminutos faroles de latón colocados en cada peldaño. Carlotta era una mujer succulenta, pero poseía la elasticidad de una muchacha. La Uzanne se movía con una gracia que solo se adquiere tras años de educación aristocrática, lo cual amplificaba su belleza. Era esa clase de mujer que deseas tocar, sabiendo que no deberías, pero sintiendo que tal vez tendrías la temeridad necesaria para intentarlo. Las seguí a respetuosa distancia, observando cómo ascendía majestuosamente ante mí el exquisito trasero de Carlotta.

Katarina alzó una ceja, pero no me impidió sumarme al resto de invitados. En el vestíbulo, la Uzanne se detuvo en seco y se volvió hacia los cuadros de los monarcas suecos y franceses.

—Falta un retrato real en esta galería de reyes —dijo—. El del duque Carlos. A menos que esta colección solo contemple a aquellos cuyo tiempo ya ha pasado.

Hubo un latido de puro silencio; luego sonaron unos cuantos aplausos y un murmullo de comentarios.

La señora Sparrow observaba la escena desde el otro extremo del pasillo. Iba con un vestido verde claro y un chal de cachemira, lo que resultaba más adecuado para la fecha. Llevaba su pelo castaño sin empolvar, sin peluca ni sombrero, recogido sencillamente en un rodete en la nuca. Su rostro parecía una máscara. Solo sus manos, crispadas a ambos lados, delataban la cólera que sentía. Junto a ella se encontraba un hombre menudo con un uniforme militar de corte y tejido extraordinariamente refinados. Con experta elegancia, este se adelantó y depositó un prolongado beso en la mano enguantada de la Uzanne, mientras echaba una ojeada a Carlotta, que permanecía rezagada unos pasos.

Katarina vino por detrás y me dio un pellizco en el brazo.

—Es él. El duque Carlos. —Yo me esperaba que ese héroe militar y regio casanova tuviera un físico más imponente—. Ha dejado abandonada a su esposa en el lago Mälaren y a su amante al otro lado del puente, en la isla del Rey —cuchicheó.

—Insisto en que esta noche nos ocupemos aquí únicamente del futuro, *Madame Uzanne* —dijo el duque Carlos, y le susurró algo al oído. Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de la Uzanne, quien, volviéndose hacia el fondo del pasillo, captó la mirada de la señora Sparrow y mantuvo los ojos fijos en ella unos instantes. Habrían seguido así un buen rato si el duque no hubiera arrastrado a la Uzanne hacia las salas de juego.

—El duque cree que, por haber venido por su cuenta, la señora Sparrow lo encontrará más purificado para su sesión con los espíritus, pero tal vez suba las escaleras mancillado, después de todo —dijo Katarina, conteniendo la risa.

Yo disimulé la mía con una tos. Observé cómo Carlotta le era presentada al duque

Carlos. Él le tomó la mano y la estrechó entre las suyas largo tiempo, cosa que hizo que mi rostro se ruborizase. Luego se excusó y fue en busca de la señora Sparrow, quien lo guio por la escalera a la habitación superior. Un oficial se apostó abajo, cerrando el paso a cualquier curioso.

Seguí a Carlotta y a la Uzanne a la sala de juego, en donde se habían reunido casi cuarenta invitados. Las caras y los vestidos de las mujeres palidecían en la penumbra; los caballeros, vestidos con tonos más neutros, se desvanecían como espíritus. El aire, caliente y cerrado, olía a perfume, tabaco y sudor. Las risas sonaban algo forzadas; las mesas permanecían vacías. Un ambiente de expectación reducía la avidez habitual por el juego y la comida.

—No puedo creer que haya conocido a su excelencia —dijo con tono reverente Carlotta—. He conocido al duque. Ay, *Madame*, ¿cree usted que las indicaciones serán favorables?

—Esa fascinación por la magia es una debilidad. El duque debe emplear medios más fiables —dijo la Uzanne, abriendo muy despacio su abanico.

—Pero el duque...

—Tengo sed, Carlotta. Tómese usted también algún refresco para despejarse. Y deje de morderse el labio.

La joven se alejó a toda prisa. Su formidable benefactora empezó a agitar el abanico con un ritmo regular: más despacio al moverlo hacia fuera, con un golpe seco al llevarlo hacia sí. La Uzanne parecía centrar toda su atención en las damas presentes, o más bien en los abanicos que exhibían: esta velada era una ocasión para observar sin prisas los abanicos que habían llegado recientemente a la Ciudad, y también una oportunidad para ampliar sus conocimientos y su colección. Observó con paciencia. Confiaba en atisbar algún ejemplar nuevo o singular. Si aparecía alguno deseable, llamaría a su dueña, le sonsacaría su valor y procedencia y luego decidiría si valía la pena hacerse con él. Tras unos minutos de observación, sacó de un bolsillo interior de la falda un lápiz y una libreta con tapas de marfil y tomó unas notas. Luego centró toda su atención en los caballeros y empezó a pasearse por la estancia para captar sus palabras. Yo recogí algunos retazos de conversación mientras la seguía: Gustavo iba a entregar las riendas del Parlamento y la tarea de los ministerios a una pandilla de tenderos ignorantes y brutos labriegos. Suecia corría un gravísimo peligro y necesitaba la estabilidad y la firme tradición que solo los Patriotas podían aportar. Había que derrocar al tirano y controlar a su bastardo heredero. El duque Carlos debía ascender al trono. Si la vidente le proporcionara una señal, ¡él se decidiría a hacerlo!

El fervor de estas péfidas conversaciones iba en aumento, y también la velocidad del abanico de la Uzanne, hasta que finalmente todas las cabezas se volvieron y las voces se apagaron: el duque Carlos apareció al pie de la escalera con la señora Sparrow del brazo. Sonreía calurosamente, con una expresión admirada en su rostro. La señora Sparrow estaba pálida y tenía la vista fija en el suelo.

—Que Gustavo la haya acaparado para sí desde París añade una nueva injuria al lejano insulto de haberme dejado aquí. Me llena de contento conocerla por fin.

El duque tomó su mano y la besó en un gesto de gratitud. Todos los presentes prorrumpieron en aplausos y se agolparon para acercársele, alzando las voces con excitación; las indicaciones habían sido favorables. La señora Sparrow hizo una rápida reverencia y se alejó rápidamente hacia el saloncito de la parte trasera, limpiándose la mano en la falda. Yo la agarré de la manga mientras pasaba presurosa. Se detuvo y me miró.

—¿Usted?

—¡Señora Sparrow! —cuchicheé—. ¿Una reunión de Patriotas? ¿Aquí?

—Yo no lo solicité. Dios sabe que no. Pero ¿por qué demonios está usted aquí, señor Larsson? —preguntó, alarmada.

—He venido por mi Octavo. Y por Carlotta —susurré—. Carlotta Vingström. Es la acompañante de la Uzanne.

—Vaya usted y aguace bien el oído —susurró, señalando al duque—. Estoy obligada bajo juramento a comunicar mis visiones, y temo que él pretenda actuar basándose en ellas. Vaya, de prisa, pero sea discreto —dijo, y se alejó precipitadamente antes de que pudiera protestar.

La curiosidad y ahora cierta dosis de cautela me mantuvieron en los márgenes de la estancia. Me abrí paso hacia el vestíbulo, donde el duque Carlos y la Uzanne conversaban con el general Carl Pechlin, un inveterado enemigo de Gustavo. Pechlin cambiaba de bando político con más frecuencia de lo que un caballero cambia de calcetines, y siempre se decantaba por los enemigos más poderosos del rey. Si aún seguía libre, se decía, era porque nadie oía sus pérfidas conversaciones. Me pegué a un corrillo cercano de invitados para escuchar, asegurándome de que mi rostro permanecía en la penumbra.

—Duque Carlos, usted difícilmente necesita la confirmación de una baraja de cartas —decía la Uzanne.

El duque estaba colorado y se estiró los puños con nerviosa excitación.

—No había ninguna baraja, *Madame*. Esa mujer, la Sparrow, ha entrado en un estado de agitación. No me ha permitido observar su transformación. —El duque alzó la vista hacia las escaleras de la habitación superior—. Ha hablado de dos coronas. Ha dicho que llevaré dos.

—Entonces somos doblemente afortunados —dijo Pechlin, aferrando el mango de marfil de su bastón con sus manos salpicadas de manchas—. ¿Le ha dado algún consejo?

—He preguntado con insistencia, pero ella no me ha dicho nada. —El duque frunció el ceño, como si en cierto modo lo hubieran timado—. Deben aconsejarme ustedes, queridos amigos. Yo no sé bien qué camino habrá de llevarme a esa gloriosa visión.

—Hay un solo camino —dijo Pechlin—, y aunque parezca oscuro, nos conducirá

a todos hacia la luz. Él debe desaparecer. Para siempre.

—Demasiado oscuro, caballero, demasiado oscuro. —El duque se volvió hacia la Uzanne con el ceño fruncido—. Pareces un ángel esta noche, Kristina. Es magnífico verte sin luto. Quizá tú puedas ofrecer una muestra más delicada de sabiduría.

—Yo diría que hay muchos caminos hacia la victoria y que los más obvios no son siempre los mejores —apuntó ella—. Su desaparición, sí, pero no eterna. Simplemente alejado en cuerpo, incluso en alma. Me inclino por un combate más refinado.

—No hay lugar para una mujer en la batalla, duque Carlos —dijo Pechlin.

El duque no hizo caso de sus palabras y deslizó la mano alrededor del fajín de seda verde de la Uzanne, con los ojos y el aliento pendientes de sus pechos.

—¿Qué armas llevarías tú?

—Las que no puede llevar un hombre —contestó ella con una sonrisa, alzando el rostro del duque con la punta del abanico.

El duque Carlos se le acercó aún más, casi rozando con los labios el lóbulo de su oreja.

—Un inglés dijo en una ocasión: «Las mujeres van armadas con abanicos, así como los hombres van con espadas, y a veces causan con ellos más bajas».

—El frufú del cerco de una falda, un suspiro, el murmullo de un abanico... ¿Cree usted que son esos los medios para derribar una corona? —dijo Pechlin.

—Usted se ha pasado veinte años intentándolo sin éxito, general Pechlin, y disponía de todos los recursos de un hombre para hacerlo —contraatacó la Uzanne, mientras sus mejillas se coloreaban de rosa bajo el velo de polvos blancos.

Pechlin alzó la vista hacia el techo.

—¿Conoce la fábula del sol y el viento, duque Carlos? Hicieron una apuesta a ver quién obligaba al viajero a quitarse la capa. No es el aire, sino el fuego lo que prevalece. Yo he cuidado esa llama desde el golpe de Estado de Gustavo del año 72.

—Yo poseo tanto el viento como el fuego, caballero, y mi fuego es más reciente. Acabo de abandonar el luto —dijo la Uzanne, cerrando con un chasquido el abanico.

—Yo fui encarcelado por Gustavo junto con su marido, *Madame*, y con otros dieciocho nobles. ¿Cree que el ardor me ha abandonado por ello?

El duque Carlos retiró la mano lentamente de la cintura de la Uzanne y le hizo una reverencia a Pechlin.

—¿Ha habido jamás un general más firme? —Le besó la mano a la Uzanne—. ¿Ha habido jamás una amazona más seductora?

—Señor. —Ella le dedicó una fría inclinación a Pechlin.

—*Madame*. —Este hizo una reverencia, pero muy leve.

—¡*Madame!* —Carlotta, aliviada al encontrarla al fin, corrió hacia ella—. ¡Ay, Dios!

Se detuvo en seco y se inclinó graciosamente ante el duque, sujetando ante sí como una ofrenda dos copas de ponche de menta cuyas hojitas se pegaban al cristal

empañado.

—¡La magia de la velada continúa! Llega usted en el momento perfecto, querida ninfa. —El duque Carlos tomó las copas así ofrecidas y le entregó una a la Uzanne y otra a Pechlin—. Llevaré dos coronas: una por el aire, otra por el fuego. Deben ustedes brindar como si fueran el sol y el viento, que viven en los cielos en perfecta armonía.

Sonó un débil y desganado tintineo, mientras ambos se tragaban su orgullo.

—Que empiece ya el juego, ¡y buena suerte a todos! —anunció el duque con voz jovial. Luego se volvió hacia Pechlin—. ¿Ha dicho usted, general, que tiene una mesa reservada?

El general tomó al duque del brazo, apartándolo de la Uzanne.

—Una mesa excelente situada en un rincón, donde quizá podamos estudiar esa visión de dos coronas con personas serias. Mis hombres se encargarán de que no nos interrumpan.

—He de contarle la noticia de esta visión a la Pequeña Duquesa... y a mi amante, desde luego. Es bueno que vaya a tener dos coronas, ¿eh? —le dijo el duque a Pechlin.

—Creo que quizá deberíamos guardarnos los detalles por ahora, hasta que tengamos un plan.

La Uzanne observó cómo se alejaban del brazo, abriendo el abanico hasta la mitad y cerrándolo, una y otra vez.

—Disfrute del juego, *Madame* —le dijo Pechlin por encima del hombro.

Carlotta esperó respetuosamente a que el duque estuviera a cierta distancia.

—Pensaba que sería más alto —dijo.

—La corona le añade estatura a cualquier hombre —replicó la Uzanne—. Hasta el adulator que lleva del brazo se ve elevado.

Fui un momento a transmitirle estas conversaciones a la señora Sparrow, que estaba dándole indicaciones a un criado para que descargara un cajón de vino por la escalera trasera. Se volvió sobresaltada al oírme, sacudiéndose la paja de la falda.

—¿Puede ir a sentarse con el duque? —preguntó.

—No, imposible.

—No, claro. Y se darán cuenta si se pone a merodear. —Apretó los labios mientras pensaba—. Entonces péguese a la Uzanne y aguarde una señal.

—¿Una señal, de qué? —pregunté.

—No lo sé —dijo, frustrada—. Venga a verme a la habitación superior cuando se hayan ido todos los invitados.

—Es que he hecho planes...

—Nos espera nuestra tercera carta esta noche. Aunque haya que sacarla mucho después de las once. Y ahora vaya, señor Larsson, vaya sin dilación.

No discutí más; me llevaría conmigo a Carlotta. A ella le encantaría conocer al nuevo oráculo del duque Carlos.

Un porte sereno es la primera regla del profesional, así que me tomé las cosas con calma y me bebí medio vaso de ponche antes de acercarme a las salas de juego. Carlotta y la Uzanne avanzaban con sus amplios vestidos entre las pesadas sillas y los grupos de mesas cubiertas con tapete verde. La Uzanne seguía a Carlotta, dejando que fuera ella quien se abriera paso entre el gentío, pero sus ojos no se apartaban de la mesa del duque y de las inmediatamente contiguas, que ya se habían llenado de jugadores. Se acercó a Carlos y habló con él brevemente, aunque no fue invitada a tomar asiento. Volvió a seguir a Carlotta hacia el lado opuesto del salón, moviendo sin cesar el abanico junto a su oído, para atraer las palabras del duque a la máxima distancia de la que era capaz.

Carlotta se había bebido su refresco demasiado deprisa y se le habían encendido las mejillas.

—*Madame*, tengo la mesa perfecta: podemos ver y ser vistas, y no está demasiado cerca de los músicos, pero sí del bufet, el cual, ay *Madame*, está preparado con una porcelana bávara de lo más preciosa, y hay montones de fresas en campanas de cristal, caviar ruso, frambuesas, salmón escalfado en gelatina, espárragos blancos, melocotones especiados y...

—En el futuro procure colocarnos con la cabeza, o al menos con el corazón, Carlotta, no con el estómago.

Carlotta hizo una reverencia de lado para admitir su error.

—Ah, ahí está nuestra mesa de juego y... hum, nuestra querida amiga, la señora Von Hälsen. —Se detuvo un instante para ajustar su trayectoria ante aquel inesperado obstáculo—. ¡Qué encantador que pueda sumarse al juego con nosotras, señora Von Hälsen! ¿Ve usted?, he dejado mi fajín sobre las sillas para reservar nuestros lugares, y desde luego esperamos que se quede aquí con nosotras para echar una partidita entre amigas —dijo Carlotta con impecable hipocresía.

Lo único que yo sabía de la señora Von Hälsen se basaba en unos cuantos párrafos de sórdido chismorreó aparecidos en la revista *Novedades*.

—¿*Madame*? —Carlotta se volvió hacia la Uzanne para dejarle a ella la última palabra.

Viendo cómo alzaba las cejas la señora Von Hälsen, era evidente que no era su intención compartir mesa con Carlotta y la Uzanne, pero ahora estaba atrapada: marcharse sin más constituiría una grave falta de cortesía, aunque al mismo tiempo debía pedir permiso si pretendía quedarse. La Uzanne, como persona superior, hizo una ligera venia, se sentó a la derecha de la señora Von Hälsen y empezó a intercambiar con ella las frases usuales de cumplido. Pero su rostro adquirió una expresión de intensa curiosidad cuando la otra abrió su abanico.

—Qué belleza tan sumamente exquisita, señora Von Hälsen. Cuénteme —dijo la Uzanne con voz cálida y suave.

La señora Von Hälsen extendió con delicadeza su abanico sobre la mesa.

—Se llama *Eva*.

Eva estaba confeccionada con varillas doradas de ébano y la tela era un finísimo algodón blanco exquisitamente pintado con un gran cartucho egipcio enmarcando un jardín suntuoso. Se veían frondosos árboles tropicales cargados de fruta madura, en rojos y morados, que daban sombra a macizos de flores de multitud de colores. El cielo, sin una nube, era de un reluciente azul. En el centro había un pavo real con la cola desplegada y en cuyo plumaje se distinguían infinidad de ojos. Entre las sombras de la arboleda se insinuaba —apenas visible— la silueta de una mujer, de pie junto a una rama de la que colgaba un amasijo de gruesas enredaderas. *Eva* no solo era un precioso espécimen del arte parisino de mediados de siglo, sino que poseía el carácter de lo que una entendida definiría como Tentación. La Uzanne no tenía en su vasta colección ningún abanico de esas características.

—Daría mucho por poseer un abanico semejante —dijo.

—Yo ya he dado mucho por él —dijo la señora Von Hälsen, cerrando el abanico y dejándolo sobre su regazo.

—¿Qué juego prefiere usted, señora Von Hälsen? —preguntó la Uzanne con cortesía.

—El Boston, *Madame*. ¿Existe otro acaso? —respondió la mujer, tomando una de las dos barajas que había sobre la mesa y ofreciéndosela a la Uzanne—. *Madame* reparte.

—¿Tenemos al cuarto jugador? —preguntó Carlotta, volviéndose hacia mí. Yo había ocupado el asiento de una ventana cercana, desde donde podía observar cómodamente la partida, y negué con la cabeza. No quería llamar la atención, siendo como era un intruso.

—Mi joven sobrina, la señorita Fläder. —La señora Von Hälsen le hizo señas a una graciosa muchacha de pelo muy rubio, con una cara redonda ahora rosada por el calor y el ponche, y esta se apresuró a sumarse a la mesa, sentándose frente a la Uzanne. No abría apenas la boca y, cuando lo hacía, se la tapaba con una mano; tal vez le faltaba algún diente.

Se repartieron las cincuenta y dos cartas en cuatro manos de trece. El jugador situado a la izquierda del que repartía abría el juego; los demás habían de seguir. La carta más alta se llevaba la baza; el jugador que obtenía más bazas ganaba la partida. Aunque el protocolo del Boston *whist* exigía no pronunciar palabra alguna durante el juego, era desternillante comprobar cuánta gente poseía una cara tan locuaz como una lengua. Carlotta constituía un ejemplo perfecto: sus narinas se contraían del modo más encantador cuando creía tener unas cartas excelentes, y aunque raramente fuese el caso, era una optimista incorregible. Las cejas de la señora Von Hälsen eran por sí solas como banderines de señales, y el efecto quedaba acentuado por la línea de carboncillo que se había aplicado para la velada. La señorita Fläder padecía un caso grave de risita ebria, combinada con hipidos que intentaba reprimir apretando mucho los labios. Perdió una suma considerable, y no parecía que le importase un comino. Pero cuando la Uzanne depositó sobre la mesa la última carta de las treces iniciales,

mantuvo su rostro encantador tan inmóvil como un mármol griego.

—He fallado una vez más.

La Uzanne estaba perdiendo de forma continuada. No sumas enormes, pero sí lo bastante importantes como para que la señora Von Hälsen se confiara en su buena suerte. Me di cuenta de que la Uzanne era una auténtica jugadora y que le estaba tendiendo una trampa para derrotarla.

La Uzanne poseía de entrada una mente privilegiada para cualquier juego, pues todos son, en el fondo, juegos de poder. Su habilidad con los abanicos se traslucía en la destreza y la gracia con que manejaba las cartas. Ella tenía la intención de desplegar todos sus talentos sobre la mesa, pues en ese momento solo deseaba una cosa: el abanico de la señora Von Hälsen. E iba a quedárselo, sin la menor duda. Las damas pararon solo una vez para tomar unos refrescos, y la señora Von Hälsen no quiso ni oír hablar de un cambio de jugadores, ni menos aún de dar por concluido el juego. Declaró que hacía tiempo que no sentía el calor de la fortuna tan cerca.

Hacia las diez, cada mesa era un mundo en sí mismo. La señora Sparrow circulaba entre ellas como solía hacer siempre, convertida en una callada observadora que traía barajas nuevas o indicaba a los criados que repusieran una botella. No se acercaba a la mesa del duque Carlos; los jugadores ahuyentaban a cualquiera que lo intentara. Pero sí rodeaba a menudo la mesa de la Uzanne y se olió enseguida que había una estratagema en marcha.

La Uzanne apartó sus cartas con gesto hastiado.

—Ha acabado conmigo, señora Von Hälsen. Terminaré en la prisión-hilandería de Långholmen si apuesto un penique más.

La señora Von Hälsen la miró cariacontecida. Sus cejas parecían querer reunirse para darse consuelo. Dio unos golpecitos sobre la mesa con la punta de su precioso *Eva*.

—Al menos una partida más...

La Uzanne tamborileó con los dedos; su rostro se iluminó repentinamente.

—No carece de precedentes poner sobre la mesa otros objetos. Podríamos apostarnos los abanicos. El mío es tremendamente anticuado, fíjese qué largo es. Las perdedoras siempre pueden consolarse comprándose uno nuevo.

—Ah, *Madame*, me encantaría un abanico nuevo —dijo Carlotta, poniendo sobre la mesa un mediocre ejemplar italiano, un mero *souvenir*. La señorita Fläder, que llevaba un abanico inglés de tercera categoría, con un papel impreso en lugar de tela, dio una palmada y lo arrojó junto al italiano. La señora Von Hälsen, sin embargo, bajó la mirada y frunció el ceño.

—Pongan precio a los suyos, señoras. Yo ofreceré dinero a cambio. Mi abanico es anticuado, pero le tengo mucho apego.

La Uzanne aguardó un momento; luego tomó su propio abanico, toqueteando sus guardas de marfil.

—Como usted, yo lamentaría perder a un viejo amigo, pero el duque nos ha

ordenado mirar al futuro esta noche —dijo, y abrió el suyo con el dedo meñique de la mano izquierda, revelando la cara de seda pintada—. Le ofrezco *Casiopea* —añadió suavemente—. Fue un regalo de mi difunto marido, Henrik.

Casiopea era un abanico muy largo, de unos dos palmos. Las guardas y las varillas eran de simple marfil; el remache, una tachuela de plata con una gema azul incrustada. La cara de la tela tenía pintado un paisaje misterioso: un cielo de un intenso violeta y, más abajo, de un tono cobalto que se desvanecía en un crepúsculo anaranjado, con jirones de nubes trazando largas estelas rojas y una bandada de pájaros alejándose. Me incliné hacia delante para contemplar mejor aquella escena extrañamente familiar. Un carruaje negro aguardaba frente a una casa señorial imponente, dispuesto a transportarlo a uno al reino de los sentidos.

Carlotta ladeó la cabeza para examinar el abanico.

—Pero, disculpe, *Madame*, ¿por qué se llama *Casiopea*? Debería llamarlo Viajero, o Visitante. Lo digo por el carruaje.

—Yo nunca cambio el nombre que ha recibido un abanico, en especial cuando ha sido bautizado por una mujer de tanto talento y notoriedad.

—¿Y de quién se trata? —preguntó la señora Von Hälsen.

—Henrik jura... juraba... que había pertenecido a *madame* de Montespan, la primera amante de Luis XIV. La cara de la tela parece evocar una cita en el *château* campestre de su amante, el rey. —La Uzanne le dio la vuelta al abanico, mostrando una seda teñida de color índigo salpicada de lentejuelas y de diminutas cuentas de cristal—. Las constelaciones del reverso evocan el misterio y los placeres de la noche. Y sus muchos secretos. El nombre de *madame* de Montespan quedará para siempre asociado al amor y a un extraordinario atractivo, pero también a la magia negra y al *Affaire des Poisons*. ¿Les cuento el secreto de mi abanico? —Las damas asintieron con avidez y se acercaron todavía más—. Si miran atentamente verán que el *Casiopea* tiene, en el anverso, una funda de seda sobre la varilla central. En el interior de la funda puede haber una pluma con un pedazo de papel que contenga un mensaje secreto, o una finísima varita de madera embebida de un perfume narcótico, o algo... bueno, quizás algo más peligroso.

Las damas soltaron una risita nerviosa. La Uzanne miró con una sonrisa a la señora Von Hälsen y dejó el *Casiopea* sobre la mesa, con la cara hacia arriba.

—¿Apostamos?

La señora Von Hälsen se sentía casi forzada a complacer a la Uzanne, pero experimentaba también la falsa confianza de su racha ganadora, lubricada con los efectos del ponche. Tomó la segunda baraja en sus manos regordetas y repartió. Jugaron una ronda y la Uzanne se llevó la baza. Entonces, repentinamente, la señorita Fläder se quedó inmóvil y el color abandonó sus mejillas. Tuvo que excusarse abruptamente.

—¿Y ahora, qué? —dijo Carlotta—. Nos quedan aún doce bazas más y las apuestas ya están hechas.

—Lamentaría ver terminada su partida antes de que haya empezado siquiera. — La señora Sparrow emergió de las sombras del rincón y se situó junto a la mesa—. ¿Me permiten?

No era nada insólito que ella jugase, pero sentarse con alguien de la posición de la Uzanne, que era además una enemiga política, constituía una osadía. Al principio creí que la señora Sparrow solo pretendía complacer a sus invitadas, pero luego comprendí que tramaba algo, pues las manos se le crispaban de un modo angustioso.

—Ah, nuestra anfitriona —dijo la señora Von Hälsen con falso entusiasmo. Carlotta recobró en el acto la seriedad y se escudó tras sus cartas. Las dos damas aguardaron el veredicto de la Uzanne, que levantó la vista un instante, imperturbable.

La señora Sparrow se metió la mano en un bolsillo de la cintura, sacó un abanico de marfil calado y lo colocó, abierto, en el centro de la mesa. El marfil tenía una ligera pátina amarillenta, producida sin duda por los muchos años de uso; y aunque era un ejemplar tan pequeño que podría haber pertenecido a una niña, el calado era de una calidad que no habría desentonado en una princesa; por si fuera poco, la larga borla roja de seda que colgaba del mango estaba entretejida de oro.

—Un tesoro de Oriente. Mejoraré aun más la apuesta.

El rostro de la Uzanne se iluminó con una especie de lujuria. Los abanicos para niñas eran extremadamente raros.

—Tome asiento, por favor.

Las jugadoras cogieron de nuevo sus cartas y se dispusieron a reanudar la partida. Nadie advirtió el imperceptible gesto que me dirigió la señora Sparrow por encima de las cabezas de las demás. Me estaba pidiendo que le diera al juego un empujón. Observé los dedos de la señora Sparrow: los dos primeros de la mano izquierda cruzaron el dorso de sus cartas. Dos jugadoras alrededor de la mesa: quería que perdiera la Uzanne. Esta había perdido de forma continuada durante toda la noche, pero ahora desprendía un brillo que un jugador experto sabe percibir: era esta la partida que la Uzanne había estado esperando para ganar. Me levanté de mi asiento y me acerqué.

La señora Sparrow captó mi mirada e inclinó la cabeza hacia los abanicos que reposaban sobre la mesa. Si era posible, no solo empujaría a la Uzanne a la derrota, sino que manejaría las apuestas en una determinada dirección. Se llevó las cartas a los labios. Yo solo le había visto esa señal una vez: la señora Sparrow quería ganar. Lo cual era doblemente peligroso, pues en cualquier partida las sospechas de juego sucio recaían en ella, pero la Uzanne era perspicaz y estaba totalmente sobria. La señora Sparrow dejó las cartas boca abajo sobre la mesa.

—Creo que, según las reglas, una tiene derecho a ver la última baza, ¿no es así?

La Uzanne le tendió las cuatro cartas y la señora Sparrow las estudió atentamente un minuto; luego se las devolvió.

—¿Puedo examinar también las apuestas? —preguntó con cortesía la señora Sparrow. Primero tomó el abanico inglés de papel y se lo entregó a la señora Von

Hälsen—. Yo he ocupado el lugar de su sobrina y he reemplazado su apuesta con la mía, así que ella ya no participa en la partida. Esas son las normas de la casa; confío en que las apruebe.

Ella asintió. La señora Sparrow estudió el abanico italiano de Carlotta; luego tomó el de la propia Von Hälsen, *Eva*.

—Como la primera noche cálida de junio en un jardín secreto. La pérdida de la inocencia —dijo.

La señora Von Hälsen asintió, pero una leve sombra de inquietud asomó en su frente. Entonces la señora Sparrow tomó el *Casiopea* y contempló la imagen de la carroza de viaje.

—Esto lo conozco —murmuró como para sí.

—¿De veras? —dijo la Uzanne, con escéptico desdén—. Es viejo. Y es francés.

—Como yo —dijo la señora Sparrow en voz baja mientras dejaba con todo cuidado el abanico abierto en el centro de la mesa, junto con los demás.

—¿Proseguimos? —preguntó la señora Von Hälsen, deseosa de recuperar su *Eva*.

La partida comenzó de nuevo. La señora Sparrow permanecía inmóvil en su silla, con los ojos entornados. Solo sus manos se movían mientras jugaba sus cartas. Le haría falta toda su destreza, pues no tenía la posibilidad de empalmar una carta ni de manipular la baraja al cortar. Las dos bazas siguientes se las llevó la Uzanne, y la cuarta la señora Sparrow. La señora Von Hälsen estaba empapada de sudor. Sentía que su racha ganadora se le escapaba y sus cejas permanecían todo el rato fruncidas de inquietud. Dos bazas fueron a parar a sus manos, pero su rostro era todavía un poema. La Uzanne mantenía su mirada imperturbable, convencida de su superioridad. Carlotta, entre tanto, intentaba reprimir los bostezos y agitaba sus cartas como un abanico en miniatura; todas las demás se las veían. Se las arregló para ganar una baza, pero muy pronto la señora Sparrow y la Uzanne quedaron empatadas a cuatro.

—Señora Sparrow, juega usted como si estuviera en juego su futuro —dijo la Uzanne con un atisbo de sorpresa, esperando tal vez que su anfitriona fuera a perder gentilmente ante una dama de su posición.

La señora Sparrow no le sostuvo la mirada; siguió con la vista fija en la tela abierta de *Casiopea*.

—No solo mi futuro, *Madame*, sino el de todos nosotros.

—Creía que la adivinación había concluido por esta noche —dijo la Uzanne fríamente—. Quizás está usted leyendo nuestras cartas también.

—Oh, qué misterioso —dijo Carlotta con lengua entorpecida.

—Silencio, vaca borracha —ordenó la Uzanne.

La conmoción de semejante réplica reverberó por todo el salón y atrajo a más espectadores a la mesa. Carlotta reprimió de inmediato su expresión horrorizada; sabía que no tenía sentido responder. Yo, sin embargo, resolví que había que impedir que la Uzanne ganase la partida al precio que fuera. Con solo dos bazas restantes, no había muchas opciones. Me acerqué a una mesa vacía y tomé una baraja sobrante,

aunque no sabía si me daría tiempo de encontrar la carta que necesitaba, y mucho menos de pasarla sin ser visto. Rodeando con cautela la mesa, observé las cartas que quedaban en manos de las damas. Carlotta no tenía nada. La señora Von Hälsen acaso se llevara una baza más, pero la Uzanne podía imponerse si salían las cartas adecuadas, y le quedaba una figura para la última baza. La señora Sparrow no se encontraba en buena posición. No me quedaba más remedio que reclutar a la señora Von Hälsen para que ayudase a dar el empujón. Y todavía habría de arreglármelas para pasar una carta. Le comuniqué con una seña a la señora Sparrow que saliera con picas.

Ella puso sobre la mesa la mejor carta que le quedaba, la jota de picas. Carlotta tiró el tres de corazones. La Uzanne sonrió y sacó a relucir la reina de picas. La señora Von Hälsen se irguió en su silla. Noté en su rostro cómo se debatía. Podía llevarse la baza si quería, pero también podía ganarse el favor de la Uzanne tirando «por descuido» una carta de otro palo y brindándole a ella la victoria. Me retiré al fondo del salón y empecé a cantar (bastante mal) unas líneas modificadas de la *Elegía sobre la reyerta en la taberna Gröna Lund*, de Bellman, como una señal desesperada dirigida a la señora Von Hälsen para que no se dejase vencer y situara a la Uzanne en pie de igualdad con ella como perdedora.

De una partida demasiado disputada.

A menudo se arrepienten las hermanas.

¡Pum, pum, pum, mi espalda es azul!

Para no llevarse un coscorrón.

Es mejor ahorrarse la ocasión.

¡Pam, pam, pam, ay, no juegues más!

Muchos espectadores empezaron a reírse y unieron sus voces a la mía, y muy pronto el duque Carlos y su séquito también estaban en pie. La Uzanne cerró los ojos, con indignación, y dijo: «Esa melodía está plagiada de Händel». Yo me abrí paso hacia la señora Sparrow y le rocé el hombro al tiempo que estrechaba la mano de un viejo camarada de parranda. En ese instante, le introduje a ella una carta entre las costillas y el antebrazo, un truco bastante tosco que solo el alboroto reinante permitió que pasara desapercibido. Si había alguien capaz de sacar de allí la carta sin que se notara, era la señora Sparrow.

Me volví hacia la mesa, riendo y bromeando con los demás mientras seguíamos cantando. La señora Von Hälsen lanzó una alegre mirada en mi dirección. Inclinandome hacia la señora Sparrow con una sonrisa y un gesto de asentimiento, me hundí de nuevo en las sombras del asiento de la ventana. La partida terminaría empatada si la Uzanne ganaba esta baza, pero yo ya no podía hacer más.

La señora Von Hälsen miró a la Uzanne; tapaba con una mano sus dos cartas restantes, mientras con la otra tamborileaba nerviosamente sobre el tapete, muy cerca de los abanicos. Tenía los ojos fijos en el jardín verde de *Eva* y en el marfil perfecto de la *Princesa china*, ambos extendidos en el centro de la mesa. La señora Von

Hälsen miró a la señora Sparrow, que le devolvió la mirada con una expresión de cálido interés, y acto seguido colocó delicadamente el rey de picas sobre la reina de la Uzanne, llevándose las cartas con un floreo. Luego abrió la ronda final con el ocho de diamantes, una carta perdedora. Su semblante parecía sereno. La Uzanne levantó la vista hacia la señora Von Hälsen y las comisuras de sus labios se curvaron levemente. Pero entonces la señora Sparrow puso el rey de diamantes sobre la mesa. Carlotta arrojó el cuatro de tréboles con un suspiro. La Uzanne depositó la reina, con el rostro todavía de mármol. La señora Von Hälsen se volvió y le puso a la señora Sparrow una mano en el brazo.

—Me alegro mucho —dijo.

Las mujeres son las jugadoras más extrañas que hay.

Los espectadores empezaron a aplaudir. Carlotta se sumó a los aplausos hasta que la Uzanne la agarró de la muñeca y dio un golpe sobre la mesa.

—Creía que el rey ya había salido antes —dijo.

—Ha sido la jota, cuando yo he tirado el as. En la cuarta ronda —dijo la señora Sparrow, sacando el as y la jota de diamantes de su montón y recogiendo a continuación toda la baraja—. Los jugadores confunden a menudo una jota con un rey.

La señora Sparrow tomó *Casiopea* y lo cerró, haciendo luego lo mismo con los otros abanicos. Se levantó de la mesa, sujetando los cuatro abanicos con sus manos trémulas, como si fueran leña seca, y se volvió hacia la señora Von Hälsen.

—He tenido suerte con las cartas de su sobrina y la buena fortuna debe compartirse. Haga el favor de venir a verme otro día con ella. —Dicho esto, hizo una venia y desapareció por el oscuro pasillo hacia sus habitaciones privadas.

Yo no veía la cara de la Uzanne, pero Carlotta se inclinó para besarla en la mejilla.

—Bueno, bueno, *Madame*. Usted misma ha dicho que hemos de mirar al futuro. —Carlotta vaciló, y yo percibí en su rostro cómo se imponía su buen corazón a su posición social—. He oído que planean una alegre excursión para sorprender la mañana en Djurgården. ¿Quiere venir?

Me levanté de mi asiento e intenté hacerle señas a Carlotta para indicarle que eso no podía ser. Yo pensaba declararle mis intenciones en cuanto nos quedáramos solos. Pero ahora ella solo tenía ojos para su afligida benefactora.

La Uzanne sacó su lápiz y su libretita de marfil y escribió «SPARROW» con mano temblorosa. Tenía círculos de humedad bajo los brazos y los pechos, que empapaban las flores bordadas de su vestido. Se volvió hacia su cariñosa acompañante.

—Sí, Carlotta, hemos de pensar en nuestro futuro. Pero yo ya tengo planes, y usted también. —Carlotta la miró perpleja—. Le he concertado una cita con el teniente Halland. Está muy relacionado con el duque Carlos y emparentado con los De Geers.

—¡Los De Geers! —Carlotta se llevó una mano al pecho. Se trataba de una familia noble de legendaria riqueza—. ¿Dónde está? —preguntó, mirando alrededor con su sonrisa más encantadora.

Las dos damas se dirigieron hacia el grupo del duque Carlos y la Uzanne puso a Carlotta en manos de un oficial ebrio provisto de un rebelde vello facial. Intervenir entonces habría causado en el mejor de los casos una situación embarazosa, y en el peor un duelo, de manera que permanecí rígidamente en las inmediaciones, observando cómo besaba el patán la mano sin guante de Carlotta, y cómo admiraba ella su uniforme. No hubo ni tan siquiera una mirada en mi dirección mientras el fervor de sus mutuas atenciones iba en aumento. Cuando Carlotta tomó al oficial del brazo y, arimándose bien, alzó sus tiernos labios hacia él, me convencí a mí mismo de que ella solo estaba siguiendo el juego y complaciendo a la vez a la Uzanne y a su madre. Pero era un suplicio percibir su evidente placer.

La Uzanne parecía querer intercambiar algo más que unas palabras con el duque Carlos, pues se inclinaba hacia él con la más seductora de las posturas, pero Pechlin se incorporó repentinamente y pidió en voz alta el carruaje del duque. Los invitados restantes empezaron a despedirse y los criados de la casa los siguieron haciendo reverencias y recogiendo los vasos vacíos. Yo desaparecí entre la multitud y regresé dando un rodeo al patio sumido en sombras. La luz del cielo empezaba a adquirir un aire nocturno; ahora nos aguardaban las horas azules, cuando el sol permanece suspendido en el horizonte y solo las estrellas más intensas logran hacerse visibles. Uno se siente atrapado entre la noche y el día en un mundo extraño de color celeste, del mismo modo que yo me sentía atrapado entre los iniciales signos alentadores de Carlotta y su actual desaparición. Aguardé a que todo el mundo hubiera salido, subí por la escalera de servicio y me senté en la habitación superior, a la espera de que la señora Sparrow pudiera echarme las cartas.

Capítulo seis

CASIOPEA

Fuentes: E. L., Sra. S.

La señora Sparrow estaba pálida y cansada; tenía unas ojeras más marcadas de lo normal. Dejó en la mesa una bandeja con dos copas y una botella, y se sentó frente a mí, tan rígida como el respaldo recto de su silla de madera.

—Una noche de solsticio muy agitada, señor Larsson.

Me pasé las manos por el pelo y por la barba que empezaba a despuntar en mi barbilla.

—Sí. Y nada ha salido como yo había planeado. ¿Ha visto salir a mi Carlotta con ese... zoquete? ¡Me han robado mi futuro!

Ella tomó de la bandeja un objeto alargado envuelto en seda azul. Las manos le temblaban ligeramente mientras lo desenvolvía. Era el *Casiopea*.

—¡El abanico! ¡Qué manera de arriesgarse por una cosa tan insignificante!

—No es insignificante. La Uzanne me ha entregado una pieza muy valiosa. En especial si la historia sobre su procedencia es cierta. Preguntaré al fabricante de abanicos, Christian Nordén. Sin duda él lo sabrá.

—Sé que su valor equivale al salario de un mes. —Me serví una copa de armañac. A través de la escalera me llegaba el ruido de los platos y las voces de los criados, que trajinaban abajo—. Espero un porcentaje, por cierto.

—No tengo intención de venderlo, pero le compensaré, desde luego. —Sostuvo el *Casiopea* de cara—. ¿Reconoce la imagen? —Le dio la vuelta para mirar el paisaje pintado—. La luz del crepúsculo pasando del índigo al anaranjado, el arco de nubes en lo alto del cielo. La casa señorial, el carruaje negro de viaje... Es la visión que tuve para Gustavo.

—¡Es cierto! —Me incliné para examinar aquella seductora escena, y me imaginé a mí mismo subiendo al carruaje y siendo transportado a un mundo de placeres inconcebibles—. He tenido una extraña sensación cuando lo he visto en la mesa...

La señora Sparrow parecía maravillada y alarmada a la vez.

—Gustavo sostenía que la visión apuntaba a Francia, pero es su propia casa la que se encuentra en peligro. Eso ha quedado bien claro esta noche. —Pasó un dedo por la tela del abanico—. Debo recurrir otra vez al Octavo.

—Pero si he oído decir al rey que no tenía tiempo...

—No, señor Larsson. Hablo de echarme el Octavo a mí misma. —Plegó el *Casiopea* y empezó a envolverlo de nuevo en su capullo de seda—. Es cierto que Gustavo está relacionado con esa visión, pero me equivoqué al creer que se refería a él. No, la visión se refiere a mí. A mí me ha sido confiada la misión de proteger su casa.

La señora Sparrow se metió el *Casiopea* en el bolsillo y le dio unos golpecitos,

como si fuera a desvanecerse.

—Con el debido respeto, me pregunto qué puede ofrecer usted para proteger a un rey —dije.

—Mi Octavo. El conocimiento que me proporcionará mi Octavo puede desbaratar la traición antes de que se produzca.

—Gustavo ha resistido veinte años de maquinaciones, señora Sparrow. Y en cuanto a los Patriotas que hemos visto hoy... El duque Carlos odia un día a su hermano y derrama lágrimas de amor y devoción al siguiente. Pechlin tiene un pie en la tumba. Y la Uzanne es... una coleccionista de abanicos.

—Y muy experta, sin duda. El *Casiopea* es un objeto poderoso, y pienso utilizarlo. Tal vez tengamos que desarmarlo o hechizarlo. Tal vez tengamos que destruirlo.

—¿Tengamos? ¿Por qué me incluye?

Ella tomó su pipa de la mesita y la encendió con una vela.

—Somos socios, señor Larsson. Yo puedo ocuparme del duque Carlos; cree en la adivinación y vendrá a mí. Pero quiero que usted averigüe más acerca de la Uzanne: quiénes son sus aliados, cuáles son sus debilidades, cómo pretende hacer subir al trono al duque. De hecho, ¿no le parece que la Reina de Vasijas de Vino encaja muy bien con la Uzanne? Su Compañera.

—No la veo en ese papel. ¿Y cómo voy a arreglármelas para acercarme a la Uzanne? ¿Jugando a cartas?

—Utilice la puerta que le proporciona su Carlotta.

—¿Carlotta? Ella se ha largado con ese imbécil uniformado sin guiñarme siquiera un ojo. —Apuré mi vaso de un trago—. Aunque por otra parte, la pobre chica no tenía otro remedio. Es una... ¡prisionera! —Dejé el vaso vacío y me erguí en la silla—. Mi Octavo, señora Sparrow. Ya casi es medianoche.

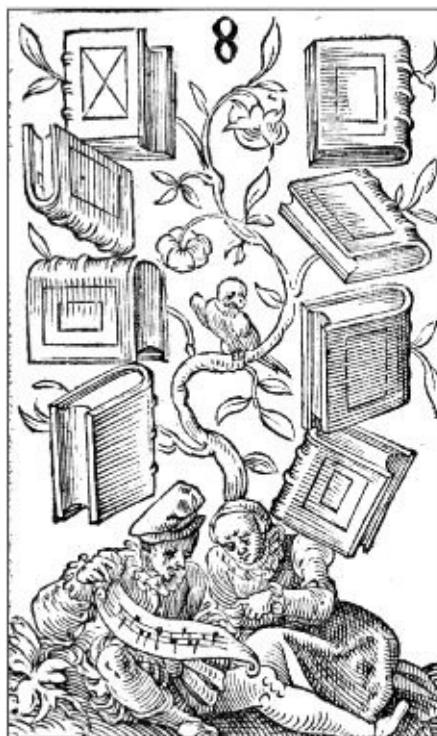
Asintió y preparó la mesa para las cartas.

—Esta noche vamos a buscar un Maestro que le instruya.

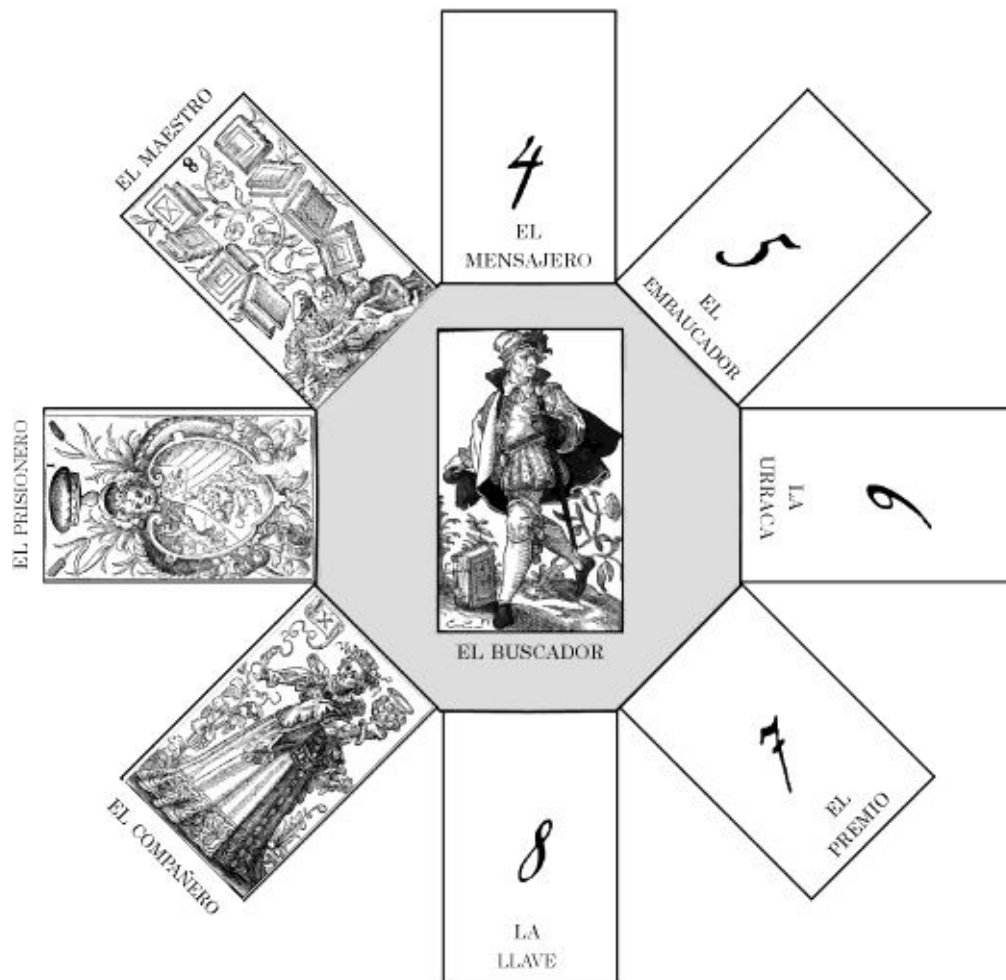
No hablamos mientras repartía. Tras cinco rondas, apareció la tercera carta de mi Octavo.

—El Maestro: el ocho de Libros. Los Libros son el palo de los conflictos.

—Creía que había dicho que era el del esfuerzo.



—Cada palo tiene algo bueno y algo malo. Ciertas formas de esfuerzo son negativas. El conocimiento es sagrado, eleva al hombre hacia el cielo, pero la gente se deja vencer y esclavizar por un dogma o unas leyes crueles. Las nuevas ideas compiten con las viejas; la ciencia trastorna y mejora el mundo a la vez. —Examinó la imagen durante un minuto—. Según esta carta, su Maestro podría ser un hombre o una mujer. Hay dos flores, una blanca y una roja. Una oposición. Pero el número ocho significa renacimiento; quizá su Maestro ansía algo así también. Es alguien que quiere ascender. Tal vez por el árbol del conocimiento, tal vez por el árbol del éxito. Pero aunque inteligente, su Maestro es propenso a la adulación y la imitación. ¿Ve el loro?



—Se me ocurre de buenas a primeras que podría ser el superior de la Aduana. Siempre está graznando versículos de la Biblia y dándome consejo sobre la esposa que debería escoger.

—Hmm... —Dio una chupada a su pipa—. Pero la música que comparten estos dos personajes con tanto desparpajo no hace pensar en un himno sagrado.

—Yo pensaba cantar un himno a Eros esta noche con Carlotta —dije, observando a la pareja de la carta.

Capítulo siete

EL RABO DE CERDO

Fuentes: E. L., C. Hinken, J. Bloom.

Aunque pasé una noche breve y agitada, me levanté temprano al día siguiente y le escribí a Carlotta una carta llena de fervor. Era una página entera plagada de cumplidos, seguida de otra de pura consternación por su partida, junto con mi perdón y unas palabras tranquilizadoras, asegurándole que la mismísima vidente que había aconsejado al duque Carlos me había dado por anticipado noticias de nuestro amor y conexión. Que el Octavo no se hubiera completado aún no importaba; yo tenía plena confianza en su feliz desenlace. Cuando bajé con esta misiva en la mano, mi casera, la señora Murbeck (una mujer a la que yo trataba de evitar a toda costa), empezó con su sermón habitual sobre mi modo de trasnochar y mis frecuentes resacas. Yo la interrumpí comunicándole mi compromiso inminente. La noticia la transformó en la más tierna de las amigas. Llamó de inmediato a su hijo, al que siempre estaba regañando, y me ofreció sus servicios como mensajero de mis amores. A la hora de la cena, sin embargo, no había llegado ninguna respuesta de Carlotta, cosa que me irritó como la picadura de un tábano, hasta que comprendí que así era el juego del cortejo y que ella poseía ahora el poder de hacerme sufrir.

Mi misión aquella noche desdichada me llevó, chapoteando entre charcos y rodaderas de carro, a uno de los muchos muelles de Skeppsholmen, una isla situada al este de la Ciudad. Protegido con una gruesa capa y unas botas altas, observé un barco desvencijado que parecía haber sufrido más sacudidas y zarandeos que una puta vieja. Tales navíos eran con frecuencia objeto de las redadas de la Aduana. Se trataba de auténticos deshechos flotantes y solo navegaban con ellos los desesperados, como último recurso, o las bandas de criminales, que podían abandonarlos en caso necesario sin lamentar demasiado la pérdida. Aquel barco estaba lleno de contrabando y había zarpado de Riga. Por una travesía exitosa de esa naturaleza valía la pena correr grandes riesgos. Con Francia desposeída por la Revolución de su lugar como centro del mundo civilizado, los artículos de lujo escaseaban y los aranceles de importación se habían vuelto muy elevados. El barco venía cargado de encajes: un adorno de producción caro y muy popular entre hombres, mujeres y niños, incluso entre algunos perros falderos, de modo que el cargamento representaba una pequeña fortuna. A mí, el mal tiempo y las horas intempestivas no me disuadían. Tenía derecho a una parte de los bienes confiscados.

Habían llegado ya dos policías, y el capitán del barco se encontraba entre ellos rodeado por la luz de sus linternas. Era un hombre enjuto y fuerte, de cara arrugada, y tenía una pequeña concertina en las manos. Me hizo una respetuosa inclinación al identificar mi capa roja.

—Ha sido una noche espantosa, *sekretaire*, y yo he acabado dando con mis

huesos en las islas Feather —dijo, estrechándome la mano—. Vayamos a refugiarnos a la taberna más cercana para que pueda contarle la historia en un lugar seco y con una bebida caliente. Pago yo, claro.

Le dije a la policía que aquello era asunto de la Aduana y que me ocuparía del bribón personalmente. El capitán y yo nos dirigimos a la taberna El Rabo de Cerdo, donde un farol parpadeaba bajo la lluvia a modo de saludo, aunque con aquel tiempo espantoso la mayoría de bebedores —salvo los más dedicados— se habían quedado en casa.

—Preferiría no saber su nombre —dijo—, por si me hicieran preguntas luego.

—La mayoría no lo conoce —respondí—, aunque yo sí sé el suyo. En la Aduana se habla de usted a menudo, capitán Hinken.

Hizo un gesto de hastío, como desechando un cumplido que ya había recibido muchas veces.

—Soy un hombre que resulta útil conocer, porque puedo transportar cualquier cosa, o a cualquiera, desde el punto A hasta el punto Ö sin que el resto del alfabeto se entere. —Pidió a gritos ponche caliente mirando vagamente hacia el tabernero y tomó asiento—. Encarna usted a la perfección la imagen de un funcionario de la Aduana, *sekretaire*. Con la estatura y el peso de un soldado, y una cara de rasgos regulares. Podría pasar usted por cualquiera, y sin duda deben de tomarlo a menudo por otra persona. A primera vista, un hombre afable y de fiar. Examinado más de cerca...

—Me halaga usted, capitán.

—De ninguna manera, *sekretaire*. Cualquier joven dama estaría de acuerdo. —Volvió a reclamar nuestras bebidas y el tabernero se acercó a toda prisa con nuestras jarras. Hinken esperó a que se alejase para continuar—. Soy marino, *sekretaire*, así que la prisión es para mí lo más parecido al infierno en este mundo. Quizá podamos llegar a un acuerdo.

Asentí, aunque sin manifestar demasiado entusiasmo. Hinken me ofreció una caja de vodka ruso y una docena de rollos de encaje como pago parcial si yo redactaba un informe certificando que su barco cumplía con la ley y lo dejaba zarpar de inmediato a San Petersburgo. Cerramos el trato en tres cajas de licor y medio cajón de artículos, junto con la promesa de un transporte discreto en el futuro si llegaba a hacerme falta. Hinken envió al mozo de la cocina a su barco con un mensaje para el primer oficial y, antes de que termináramos la primera ronda, apareció la mercancía. Me guardé un rollo de encaje en mi cartera y acordamos que el resto me lo llevarían a mis habitaciones. Era un precio barato para el capitán —el encaje resultó ser de ese tipo fibroso que usaría una pescadera para adornar un corpiño, y el vodka era mediocre—, pero aun así resultaba un buen trato para mí. En la Ciudad se podían vender licores de todo tipo, y una novedad como la tela de encaje habría de resultarme muy práctica cuando necesitara convencer a alguien. Al final, acabaría cobrándomelo todo.

Hinken tenía algo más que ofrecer: traía noticias frescas de las revoluciones en Europa. Inglaterra aún estaba lamiéndose las heridas por la reducción de sus colonias.

El alzamiento republicano de Holanda había sido aplastado por los prusianos. Francia empezaba a vomitar el contenido de su enfermedad. El rey Gustavo había prohibido las noticias de Francia por temor a que incitaran a cometer acciones similares en Suecia, así que los parroquianos de El Rabo de Cerdo lo escuchaban absortos.

—Los franceses cantan *Ah! Ça ira!*, una canción inspirada por un revolucionario americano llamado Franklin. Pero yo no creo que acabe resultando bien. Los emigrados ya son multitud: ratas que saben que el barco se hunde rápidamente. Todo apunta a una tremenda tormenta, *sekretaire* —dijo Hinken— y todo lo que viene de Francia sopla hacia el norte.

—Nosotros ya hemos tenido nuestra revolución, y sin ninguna tormenta, por cortesía del rey —dije.

Hinken frunció los labios y meneó la cabeza con solemnidad.

—No. La tormenta todavía ha de llegar.

Las noticias habían ensombrecido el ambiente de la taberna, así que le pedí a Hinken que sacara su concertina y tocara algo alegre. Llamé a la criada para que nos sirviera otra ronda, confiando en que una cara bonita contribuiría a levantarme el ánimo. La chica vino enseguida, aunque no diría que de entrada levantase nada con su presencia. Era extremadamente flaca; tenía la cara chupada, unos ojos azul claro bajo unas cejas ralas, la nariz corta, los labios delgados y un pelo castaño nada memorable recogido detrás con un nudo. Su atuendo era tosco y de un gris tan lúgubre que delataba sin más que acababa de llegar de alguna aldea remota. Pero su piel me llamó la atención: era delicada y blanca como la leche, y las sombras alrededor de sus ojos, de un tono lavanda. No tenía pecas ni ninguna marca, ni siquiera en las manos, cosa sorprendente en una chica que había de trabajar para ganarse el sustento.

—Pobre muchacha —le dije a Hinken—, no durará mucho aquí.

—Espero que no, señor —espetó ella secamente, dejando la bandeja sobre la mesa—. ¿Tiene alguna queja de mi servicio?

—De ningún modo, señorita —dije, cogiendo mi bebida.

—Apenas hemos reparado en usted —añadió Hinken, tomando la suya.

—Y me alegra oír que tiene más altas aspiraciones —dije—. Pero por su indumentaria diría que viene usted...

—¿De la tumba? —me interrumpió, apoyando la bandeja vacía contra su pecho—. Acierta de lleno, pues acabo de resucitar y estoy muy necesitada de ropas más vistosas. ¿Qué desearía que lucieran las criadas, señor *sekretaire*? ¿Quizás unas mangas acabadas en níveos encajes? Y si no blancos, de un color crudo también resultarían adecuados. —Señaló con un gesto el cajón con los sobornos de Hinken—. A lo mejor me puede usted ayudar a ponerme a la altura de sus gustos refinados, *sekretaire*. No haría falta mucho para sellar mis labios.

A mí no me interesaba que mi transacción con Hinken fuese objeto de chismorreos, y no podía negarse que la muchacha había hecho una jugada inteligente.

Le di un rollo de tela de la caja y volví a sentarme con un bufido.

—¿Puede traernos pan y unas salchichas, señorita...?

—Señorita Grey —dijo ella, yéndose hacia la trastienda.

Hinken y yo estallamos en carcajadas, pero Hinken se detuvo bruscamente cuando la señorita Grey se volvió a mirarnos con lágrimas en los ojos.

—Vaya a saber cuál es su historia —dijo.

Yo tardé casi un año en conocerla.

La joven se llamaba Grey de verdad y, cuando llegó a la Ciudad procedente de Gefle, una pequeña población que quedaba a dos jornadas al norte, el apellido le encajaba a la perfección. Pues Johanna Grey, y toda la familia Grey, solo llevaba ropa gris. La madre de Johanna, extraordinariamente devota, decía que adornarse con prendas de colores era una afrenta al Todopoderoso. Los seres humanos nacían desprovistos de color y habían de pasar sus vidas entregados a la oración hasta que cruzaran el puente de la muerte para entrar en un rutilante paraíso. El color de ropa que la señora Grey prefería para vivir en la tierra era el color de la penitencia y venía a ser un recordatorio del sufrimiento: como un cielo de noviembre preñado de frío y de lluvia. Como la señora Grey veía la falta de color como un signo de pureza, le untaba a Johanna la piel con cremas para que no se le bronceara y llenara de pecas con el sol. La piel de Johanna conservó una blancura translúcida que otras solo obtenían con el uso de polvos de arsénico. Además de su etérea palidez, el propio trabajo de Johanna contribuía a mantenerla alejada de las otras chicas del pueblo. Sus dos hermanos mayores habían perecido a causa del cólera, y el señor Grey necesitaba ayuda en la botica de la familia. Al cumplir los catorce años, Johanna había aprendido a leer y escribir, sabía un poco de latín, francés, botánica y rudimentos de farmacopea, pero su tarea principal era cultivar, encontrar o preparar los ingredientes que componían muchas de las medicinas más sencillas: diente de león, enebro, manzanilla, escaramujo, estramonio, flor de saúco, gayuba, matalobos. Una o dos veces al mes, en las estaciones templadas, recogía sanguijuelas plantándose con las piernas desnudas en el estanque hasta que las tenía cubiertas de gusanos. Esa cosecha de flora y fauna ayudaba a costear las especias y medicinas que no podían cultivar, recoger o elaborar ellos mismos.

Johanna descubrió entre aquellas flores y plantas todo un arcoíris y empezó a preparar pigmentos e infusiones para reproducir los colores. Estudió los tintes de las raíces, de las semillas, flores y cortezas que recogía; los secaba y trituraba hasta convertirlos en polvo. Mezclar los pigmentos con aceite de linaza y alcohol producía magníficos resultados. A su padre le decía que era un modo de estudiar botánica y farmacopea, y a su madre que era una forma personal de oración. Algunos de los compuestos tenían propiedades medicinales, y Johanna les propuso a sus padres utilizar sus tónicos para mejorar los ingresos familiares. Eran bebidas muy gustosas y resultaron ser populares y reconfortantes, en particular una que el señor Grey apodó como el Tónico de los Excesos. Estaba compuesta de jengibre, cardamomo y

schnapps, contenía diminutas flores blancas de milenrama suspendidas en el líquido transparente y curaba muchas resacas en todo el condado, además de aportar una suma considerable a la caja.

La familia Grey pasó un año de prosperidad y relativa calma, hasta que a Johanna le vino, a los dieciséis, el período. La señora Grey, vislumbrando en ese acontecimiento la entrada de su hija en las aguas procelosas de la edad adulta, empezó a lanzarle todos los días largas diatribas contra el pecado mortal de la lujuria. Le hacía leer al señor Grey historias espeluznantes del Antiguo Testamento sobre ramerías desmembradas y, cuando encontró la cinta verde helecho que Johanna ocultaba en sus enaguas, la quemó como si fuera el primer germen del vicio. Pero en este terreno no debían haberse inquietado, pues Johanna no tenía apetitos carnales, ni había recibido siquiera la más mínima atención del sexo opuesto. Era como si el aire neutro que presidía su apariencia se hubiera combinado con un borrador del ángel de la castidad. A ella ni en sueños se le había ocurrido deslizar su propia mano por la suave piel de sus pechos, ni mucho menos descender hacia el vientre para explorar lo que había entre sus piernas. El único deseo que le inspiraba su recién adquirida madurez era el de bañarse con más frecuencia. Cuando la señora Grey percibió la virtud inherente de su hija, lo consideró una bendición del Todopoderoso y empezó a buscar un marido adecuado. El señor Grey se puso por su parte a buscar un nuevo aprendiz. Pero las cosas no salieron según los planes del Señor, o de los Grey. Ni según los planes de la joven Johanna.

Hinken cogió a Johanna de la muñeca y le puso a la fuerza una moneda en la mano.

—No pretendíamos herirla, señorita Grey.

—Tiene usted un corazón sensible, capitán —dije, deseando de repente haber sido yo el generoso.

—Se vuelve sensible con la práctica, *sekretaire* —apuntó ella.

Busqué una moneda en mi bolsillo y se la di.

—Puedo empezar con una cantidad pequeña, supongo.

—Una llave pequeña abre a veces una gran puerta —respondió ella, alejándose.

Hinken y yo entrechocamos nuestras jarras y volvimos nuestra atención hacia una bulliciosa mesa de jugadores. Estaban metidos hasta las cejas en una partida de *poch*, un juego de cartas alemán que se disputa en un tablero de apuestas provisto de ocho casilleros alrededor de un pozo central. Seguí las apuestas unos minutos, pero luego me concentré en el tablero y en sus ochos casilleros, que me recordaron mi cita con la señora Sparrow. Los casilleros estaban etiquetados con palabras como MATRIMONIO, REY y CABRA. Eran más de las once y arrugué el ceño ante la perspectiva de arrastrarme hasta el callejón de los Franciscanos bajo la oscuridad y la lluvia. Pero me llevaría una buena reprimenda si no me presentaba.

Hinken me dio un codazo en las costillas.

—Qué cara más agria, *sekretaire*. A ver si se la alegramos con una canción. Aquí

está la música que había solicitado. —Tomó la concertina, que había dejado sobre el banco, y tocó para entrar en calor una simple escala: *do, re, mi, fa, sol, la, si, do*.

—Esto es lo que se llama una octava, ¿no? —pregunté—. La primera y la última nota son la misma. —Hinken asintió—. ¿Y por qué es necesaria la repetición de una nota? ¿Por qué no pueden ser siete? ¿Por qué han de ser ocho?

Hinken frunció el ceño ante aquella pregunta desconcertante; tocó varias veces la escala, en los dos sentidos, dejando fuera la última nota. Bajó la concertina y se encogió de hombros.

—No suena bien. Tienen que estar las ocho.

—Entonces... ¿se trata de una Verdad? —dije, bajando la voz—. ¿En un sentido más amplio?

Hinken volvió a encogerse de hombros y continuó tocando. Pero tras un par de lúgubres baladas más bien desafinadas, el tabernero se hartó y le dijo que parase. Anunciaron la última ronda, y el chirrido de las sillas y los bancos al ser colocados sobre las mesas de madera se mezcló con el ruido de platos y vasos que venía de la trastienda. Johanna esparció una mezcla de serrín y arena por el suelo, y empezó a barrer.

—¿Qué más sabe de octavos y ochos? —le pregunté a Hinken.

Johanna se aproximó a la mesa, barriendo tan despacio que apenas se oía la escoba.

—A mí el ocho siempre me ha dado buena suerte, señor *sekretaire*. Solo hay siete mares, pero mi barco se llama *El Ocho*. Henry, lo llamo yo.

Johanna se apoyó en su escoba.

—Mi padre es boticario y le compró hierbas a un chino que tenía un tatuaje en forma de ocho. Le empezaba en el dedo medio y le subía por el antebrazo hasta el codo. El chino veneraba a los Ocho Genios, que dan riqueza y una larga vida. Y le dijo a mi padre que el ocho es el número más afortunado.

Hinken asintió.

—Y los orientales son los hijos de puta más afortunados que hay. Todos los que he conocido conservaban todos los dientes —dijo—. Pero ¿por qué lo pregunta?

—Una adivina ha empezado a echarme ocho cartas de una baraja llamada el Octavo —dije—. Ya debería estar allí para que me eche la carta siguiente. —Me volví hacia la mesa vecina y miré el tablero de *poch*, ahora abandonado, con sus ocho casilleros alrededor de un círculo vacío—. La vidente me obligó a jurar que terminaría de completar la serie, y me dijo que el proceso me llevaría a un renacimiento.

—¿Y qué renacimiento puede aportarle ese Octavo? ¿Riqueza y larga vida, como los genios del chino? —preguntó Johanna.

—Me dijo que me traería amor y conexión, pero eso lo lograré de todos modos, con cartas o sin ellas. Estoy casi prometido.

—Mi enhorabuena. —Hinken me dio una palmada en la espalda—. Y mi pésame.

Estiré los brazos por encima de la cabeza y escuché el crujido de mis omoplatos.

—Tal vez podría dejarlo para mañana por la noche...

Hinken se levantó bruscamente, agarrándome del brazo para no caerse.

—Es peligroso incumplir un juramento, sobre todo si la vidente tiene un don. Podría echarle una maldición.

Aunque la señora Sparrow no desearía perder a su cómplice de artimañas, ella había afirmado que los Buscadores que descuidaban el Octavo perdían el rumbo. Sería mejor asegurar por todos los medios mi prometedor travesía con Carlotta.

—Tiene razón, Hinken. Lo más sensato será seguir hasta el final. No deja de ser un seguro adicional de mi éxito.

—Trace bien su ruta y llegará al destino de su elección —me aconsejó Hinken mientras se ponía el abrigo—. Lo escoltaría yo mismo hasta esa adivina, pero ya comprenderá que es mejor para los dos que nos separemos aquí.

—¿Y cómo podré encontrarlo para reclamarle el favor que me debe? —respondí, recogiendo mi capa roja del suelo.

El capitán abrió la puerta y la lluvia helada me azotó la cara.

—La Tía Von Platen, la que regenta la casa anaranjada de la calle Baggens, es prima mía. Yo me alojo en el desván cuando estoy en tierra, y también durante los meses de hielo. Ella sabrá dónde encontrarme.

Solté un silbido y asentí. Johanna volvió a coger su escoba con un floreo. Hasta ella conocía la infame casa anaranjada de la calle de las putas.

—Espero tener ese placer —dije.

Capítulo ocho

LA MARCA DE LOS DIENTES

Fuentes: E. L., Señora S.

Habría sido más rápido tomar una barca para volver a la Ciudad, pero aunque hubiera encontrado una, el viaje me habría dejado empapado y mareado, y la remera no habría dejado de maldecirme por obligarla a bogar contra el viento. Por fortuna, hice el trayecto cómodamente sentado en un carruaje que olía a mohó, con la única compañía del ruido de los cascos y el tamborileo intermitente de la lluvia. Esperaba que no fuera demasiado tarde y que la señora Sparrow me preparase un café bien cargado con crema y terrones de azúcar.

Me bajé cerca de la Gran Iglesia para tomar un poco el fresco y descendí a tumbos por el callejón de los Franciscanos, que estaba envuelto en sombras y en una densa niebla. Había una invitadora franja de luz en una de las ventanas de la casa, así que subí las escaleras y llamé. Katarina entreabrió la puerta, con unos cercos azulados de cansancio bajo los ojos.

—Katarina —dije—, me esperaban a las once, pero he sufrido un lamentable retraso.

—La señora está con una visita, señor Larsson, y ya es muy tarde.

Iba a cerrarme en las narices, pero yo saqué el rollo de encaje de mi cartera y se lo ofrecí. Abrió los ojos con incredulidad, tomó el rollo y me hizo seguirla hasta el vestíbulo de artes adivinatorias. Caminaba de puntillas y yo la imité a mi modo más bien ebrio, para no molestar a mi anfitriona, que debía de estar sin duda ocupada con los espíritus.

Me sentía húmedo y pegajoso, así que me quité la chaqueta y las botas y las puse a secar junto a la estufa. Mis pies despedían un hedor horrible. Abrí la ventana para ventilar un poco y muy pronto me puse a tiritar con el gélido aire nocturno. Para combatir el frío, empecé a caminar de un lado para otro, asomándome al pasillo cada pocas vueltas para ver si aquel cliente tan tardío de la señora Sparrow se despedía de una vez. Al fin, oí pasos en la escalera y se abrió la puerta con un chirrido.

—Llega demasiado tarde —dijo la señora Sparrow.

—Pero he hecho un juramento.

Ella bajó la mirada a mis pies descalzos, arrugó la nariz y fue a acompañar a su cliente a la puerta. Me apresuré a recoger mis botas. Al regresar, la señora Sparrow se plantó de brazos cruzados en el umbral.

—¿Tiene alguna excusa?

—El trabajo me ha retenido en Skeppsholmen. Ya sabe que mi puesto en la Aduana peligra y que no puedo holgazanear, ni siquiera por el Octavo —contesté.

Ella meneó la cabeza, exasperada, y subimos en silencio a la habitación superior.

—El Mensajero debe llegar esta noche. Espero que esté cerca, porque me siento

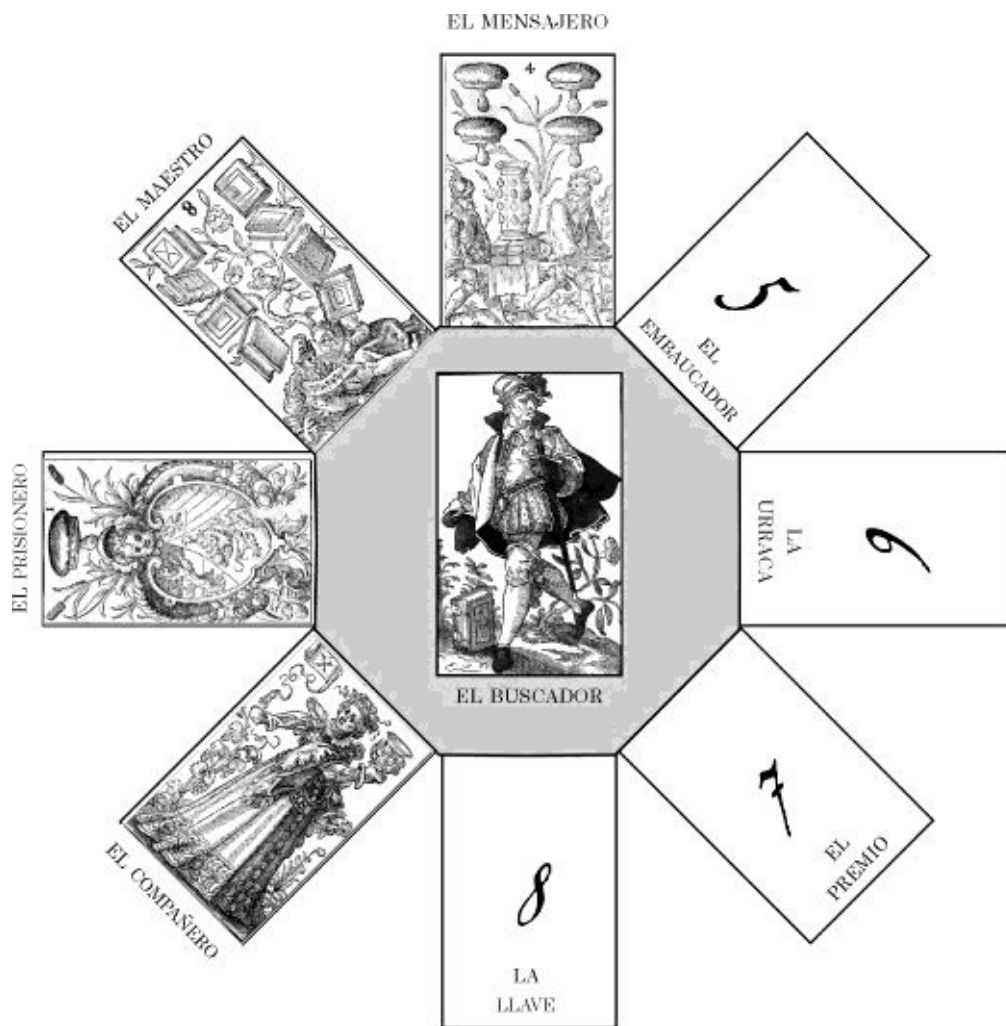
muy cansada —dijo, bostezando, mientras extendía el paño con el diagrama y preparaba la baraja.

El Mensajero debía de estar en Skåne por lo menos, porque tardó nueve rondas en aparecer.



—Mire, más Tampones. Pero lo que lleva encima de ese paquete es una vasija de vino, el signo de su Compañera —me dijo la señora Sparrow.

—Esta mañana le he enviado una carta a Carlotta —expliqué, tratando frenéticamente de recordar los detalles—. ¡Y ha sido el hijo de mi casera quien la ha llevado!



La señora Sparrow no hizo caso de mi agitación.

—Su Mensajero será un correo de fiar, bien para traerle una misiva, bien para entregarla en su nombre. Puede ser una única vez o muchas. Piense en cuántas familias han visto modificado su destino por una carta extraviada, o por una noticia llegada justo en un momento de necesidad.

—He de asegurarme de que mi misiva ha sido entregada —dije, incorporándome a medias.

La señora Sparrow me dio un golpecito en el brazo.

—Preste atención. El número cuatro es un número bien asentado en el suelo, así que el Mensajero será sólido y veraz. Un hombre práctico que comercia con objetos valiosos. Industrioso, también; vuelven a aparecer espadañas. Próspero, a juzgar por los finos ropajes. Pero mira atrás, y no es hacia su compañero. Un hombre inquieto porque lo persiguen. O un hombre atormentado por los remordimientos, tal vez.

—No puede haber ningún otro comerciante de vinos llamado Vingström —murmuré, pensando aún en la carta.

—¿Ha oído algo de lo que le he dicho? —preguntó ella.

Afuera empezó otra vez el aguacero. Me removí en mi silla y miré a la señora Sparrow.

—Quizá cometió usted un error. Sobre mi visión. Yo nunca en mi vida he tenido

un golpe de buena suerte.

—No hay ningún error. La visión se refería a usted. Y la mayoría de veces la buena fortuna se basa en un duro trabajo —dijo con una inflexión de cansancio en la voz.

Asentí y empecé a jugar con la cera derretida de una vela que se había consumido.

—¿En qué está pensando, Emil? —preguntó, suavizando su tono.

—Verá, señora Sparrow... Cuando era niño, la gente decía que yo estaba maldito.

—Increíble. —Encendió otra vez la vela, pero en lugar de volver a la mesa se acomodó en uno de los sillones junto a la estufa—. Pero cuénteme. Nunca hallará unos oídos más comprensivos.

—Yo tenía casi doce años y mi madre estaba embarazada de un bastardo. Creyó que no iba a sobrevivir y me dijo que tenía que hablarme de mi propio nacimiento. Al parecer, yo nací con dos dientes diminutos plantados en la parte delantera de la encía inferior. Mi madre creyó que eso quería decir que tenía un don especial, pero la vieja partera corrió a buscar al cura, diciendo que era el signo de la Bestia. La partera hizo correr la voz y, cuando mi madre se presentó en la iglesia de Katarina para el bautismo, las viejas se pusieron a escupir en el suelo y a hacer signos contra el mal de ojo. Pronto todo el Distrito Sur hirvió de murmuraciones. El vecino del piso de abajo insinuó que podía ser un duende y que debían llevarme a las montañas y devolverme. Otros decían que madre había de llevarme al barbero para que me arrancaran los dientes; mejor no tener ninguno que crecer y convertirme en el hijo de Satán y morder la mano de los bienaventurados. Madre se negó, pero los vecinos nunca lo olvidaron.

Crucé la habitación y me senté en el brazo del sillón, frente a la señora Sparrow.

—Mientras crecía, mi madre procuraba tenerme siempre cerca y me ocultaba entre los pliegues de sus faldas. Me enseñó a refrenar mi lengua y a llamar la atención lo menos posible. Así aprendí a escuchar y observar; me ejercité en pasar desapercibido. Cuando le pregunté a mi madre qué había ocurrido con aquellos dientes de bebé, ella me dijo que desaparecieron milagrosamente dos semanas después de mi nacimiento.

A la señora Sparrow se le había ido congestionando la cara de ira a medida que avanzaba en mi relato.

—¿Y cómo fue eso?

—Yo creo que madre me los fue moviendo hasta sacármelos. O quizá se me cayeron solos. Mi padre, mi madre y mi hermana, nacida muerta, ya están en la tumba. A veces, sin embargo, me pregunto si no habré sido maldito realmente. —Tragué saliva y la miré por fin a los ojos—. Mire cómo van las cosas con Carlotta. ¿Cómo voy a hallar amor y conexión si el diablo me ha marcado como uno de los suyos?

—Tonterías. El diablo no marca a nadie. Pero todo el mundo está dispuesto a ver

su marca en el prójimo, especialmente en tiempos de incertidumbre. El miedo se impone entonces a la razón y la gente identifica el mal sin haberse parado nunca a buscar el bien. —Se levantó, fue a la mesa y se inclinó sobre las cinco cartas—. Está usted marcado para algo muy distinto, señor Larsson. Cuando todo el Octavo esté desplegado, lo verá.

Capítulo nueve

LOS BILLETES DEL DIABLO

Fuentes: E. L., Señora S., A. Vingström.

Al día siguiente, después de tomarme un café en El Gato Negro, me pasé por la tienda de vinos Vingström para ver si me encontraba a Carlotta y comprobar si había recibido mi carta. La acogida del señor Vingström me animó considerablemente, pero su esposa me tumbó con una sola frase cuando pregunté cómo estaba su hija:

—Carlotta está prometida, señor Larsson.

Me tragué atropelladamente el sorbo de crianza.

—¿Con quién?

—Vamos, vamos, Magda, no podemos afirmarlo aún —replicó el señor Vingström.

Ella alzó una mano para silenciar a su marido; luego giró en redondo y se retiró a la bodega con un portazo.

—¿Es cierto, señor Vingström? —pregunté, jugueteando nerviosamente con mi copa.

Él se acercó a la puerta de la bodega y abrió una rendija para comprobar si realmente se había ido su mujer.

—La benefactora de Carlotta le ha presentado un posible partido: un teniente con ciertas conexiones aristocráticas. La señora Vingström confía en recibir pronto la noticia del compromiso. —Sirvió un trago de vino en una copa y lo agitó—. Por mi parte, lo considero un pimpollo torcido y desprovisto de vigor para resistir las tormentas del matrimonio. Especialmente con mi Carlotta. —Se paseó el vino por la boca y luego lo escupió en un cuenco de peltre—. ¿Quiere probarlo? —dijo, sonriendo.

Me tomé una copa con el señor Vingström, elogiando a Carlotta e imaginándome todo el tiempo lo que sería poder llamarlo «padre». No resultaba desagradable la idea, aunque sí extraña, porque él era un comprador de mis bienes confiscados y, además, yo nunca en mi vida había llamado padre a nadie. Al despedirme, nos estrechamos las manos.

—Envíele un caluroso saludo a su encantadora hija. Por encima de todo, merece ser feliz.

Vagué lánguidamente, cené en El Pavo Real y después me dirigí al callejón de los Franciscanos. Estuve jugando a cartas hasta que Katarina me dio un golpecito en el hombro.

Arriba, la señora Sparrow ya estaba lista, sentada frente a la mesa.

—Póngase cómodo, señor Larsson. El Embaucador suele requerir su tiempo.

Tras doce rondas agotadoras, la señora Sparrow examinó la carta aparecida por

segunda vez.

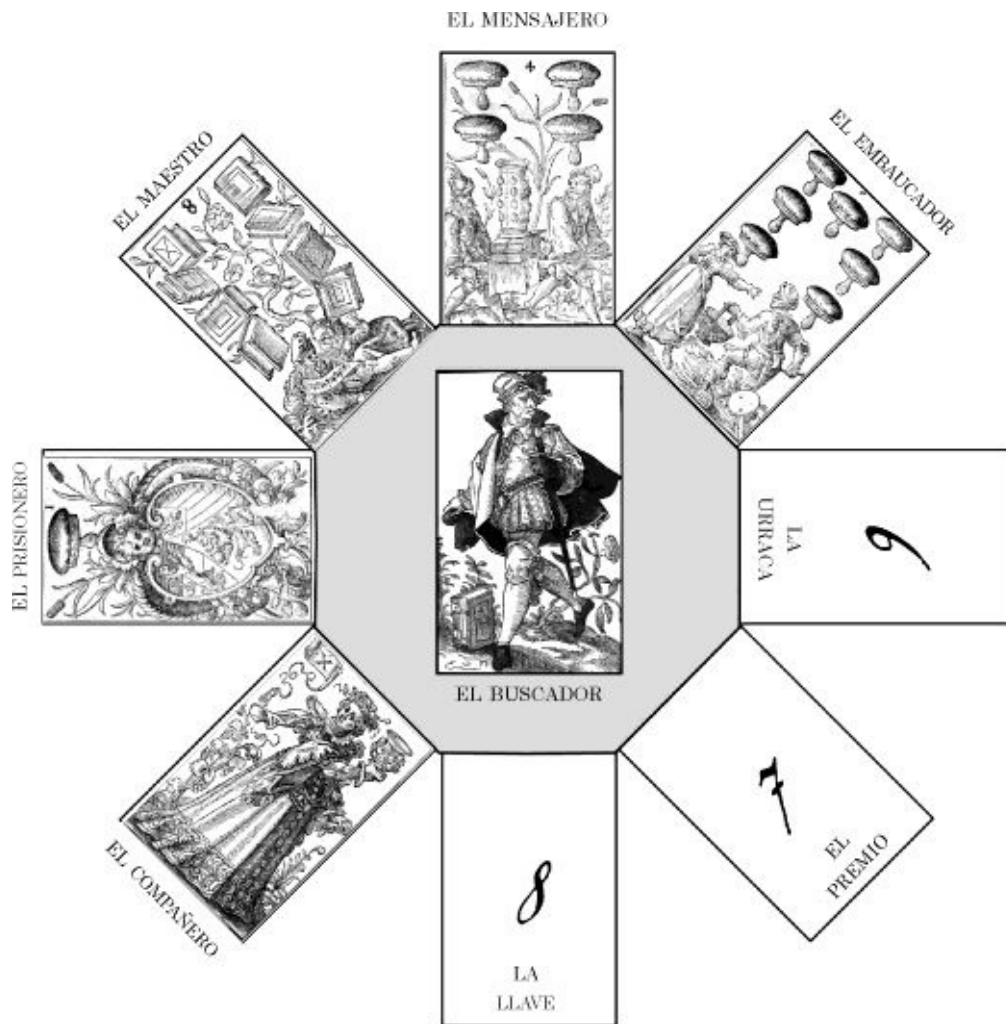
—Otra vez Tampones. Aquí tenemos a otra persona industriosa, pero tal vez no sea lo que parece. El Embaucador puede hacer el papel de bufón del rey y, con frecuencia, es su mejor consejero. Aunque, bueno, por otro lado... el Embaucador es otro de los nombres de Satán, ¿no?



Me tendió la carta.

—Se parece a la señora Murbeck. —Ella alzó las cejas—. Mi casera. Se pasa la vida riñendo a su hijo.

—No vaya a precipitarse, señor Larsson. Su Embaucador puede parecer una cosa y ser otra, como la vieja bruja del cuento, que se convierte en una encantadora doncella cuando la tratan con respeto y verdadero afecto. O como el mago disfrazado de tonto, cuyo único propósito es tenderte una trampa. El Embaucador es una carta con la que debe andarse con cuidado, en especial siendo un siete, que es el número de abracadabra.



Examiné la carta más de cerca.

—El hombre parece demasiado idiota para ser un mago. Pero la mujer no está para tonterías. Mire cómo lanza una maldición.

—¿Seguro que es una maldición y no una bendición?

—¡Ajá! —exclamé, sintiendo que me subía la sangre a la cara—. ¡Son los Vingström! Los he visto hoy, y el padre de Carlotta ha sido muy cordial, pero la madre se ha retirado furiosa... tras hacerle un gesto amenazador a su marido. La cesta volcada puede significar que he perdido a Carlotta; no me ha enviado ni una línea y la madre dice que pronto estará prometida.

—Se precipita en sacar conclusiones. Todavía no hemos completado los ocho. Y las familias son complicadas. Lo digo más por observación que por experiencia, me temo. —Se levantó y se sirvió un vaso de agua—. ¿Qué me dice de su familia? Me resultaría más fácil leer su Octavo si supiera más de usted.

Me levanté y fui a abrir la ventana, dejando que las suaves cortinas se agitaran sobre mis mejillas.

—Mi familia es la Ciudad.

—Pero tenía usted padres... ¿Y quizá hermanos, y primos?

—Según me han contado, mi padre era músico. Murió antes de que yo llegara a conocerlo. A mí me pusieron el nombre de su mejor amigo, un violinista francés.

Pero Emil es un nombre excesivamente refinado para mí. Todo el mundo me llama Larsson. O *sekretaire*, ahora.

—Me gusta Emil. Tal vez tendrá que ponerse usted a su altura —dijo—. Es como Sofia.

Me encogí de hombros y proseguí.

—Al morir mi madre, nadie quiso hacerse cargo de mí y me enviaron a vivir con unos primos lejanos: una familia de nueve miembros que arañaban la tierra pedregosa de Småland y creían dedicarse al cultivo. Durante dos años saqué las rocas del suelo, contemplé los negros bosques de pino y comí pan de corteza y carne en salazón de cualquier bestia muerta que mi tío se traía a rastras a casa. Durante un crudo mes de invierno comimos únicamente tejón y gachas aguadas. —La señora Sparrow hizo una mueca—. Pero fue allí donde descubrí la maravillosa distracción de los juegos de cartas. Aprendí de un vecino, la única persona amable y decente que encontré en aquel lugar. Él me regaló una baraja la Noche de Reyes: un gesto de generosidad inspirado quizá por la compasión. Cuando mi tío, un hombre muy beato, encontró las cartas, las quemó y me dio una tremenda paliza. Proclamó públicamente en el servicio dominical que yo manejaba los billetes del diablo y que era indigno de compañía humana. Y me desterró al establo.

—Conozco las desdichas de ser relegado —murmuró la señora Sparrow.

—Hui, volví a la Ciudad y me gané el sustento trabajando de farolero, pajarero y, finalmente, de estibador. ¿Sabe qué me compré con los primeros chelines que me sobraron?

—Una buena comida, supongo.

—Me compré cincuenta y dos billetes del diablo, señora Sparrow. Y lo cierto es que me han llevado lejos: empecé en el muelle, donde los estibadores llenan las horas muertas jugando al *rummy* y apostando unas pocas monedas. Me sirvió para aguantar hasta que conocí a Rasmus Bleking, un *sekretaire* de la oficina de Aduanas. Él necesitaba a un chico que se conociera la Ciudad como la palma de la mano y supiera mantener la boca cerrada. Había que hacer todo lo que pidiera, lo cual acabó siendo prácticamente todo su trabajo. Bleking me ofrecía a cambio una magra asignación, una comida diaria y el desván de la habitación que él ocupaba en una choza del Distrito Sur, cerca del lago Fatburs, un estanque lleno de mierda, basura y cadáveres. —La señora Sparrow contuvo el aliento—. Pero yo tenía mis billetes y mi viaje no había hecho más que empezar. Bleking era un negado para el juego y yo me ofrecí a enseñarle todo lo que sabía. Nunca le regalé una partida; me quedaba su dinero con todas las de la ley. Jugamos día y noche hasta que se convirtió en un contrincante decente. A cambio, Bleking me enseñó a leer y escribir. Un buen negocio para él, porque así podía hacerle todo el papeleo de la Aduana; pero todavía mejor para mí, pues cuando él murió, conservé su trabajo y su habitación y pude resistir a trancas y barrancas. Hasta que las cartas me trajeron al callejón de los Franciscanos y la conocí a usted. El año pasado compré el título de *sekretaire* de Bleking y me vine a vivir otra

vez con mi familia, quiero decir, a la Ciudad.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—He llegado a mi destino, señora Sparrow. Me quedaré en la Ciudad, en la oficina de la Aduana, hasta que venda mi puesto o me muera. Suponiendo, eso sí, que mi Octavo tome forma lo bastante deprisa como para complacer al Superior. Él está dispuesto a esperar hasta el día de su santo, que cae en agosto, pero solo porque odia a los De Geers.

Capítulo diez

EL COCINERO Y LA SERPIENTE

Fuentes: E. L., Señora Sparrow.

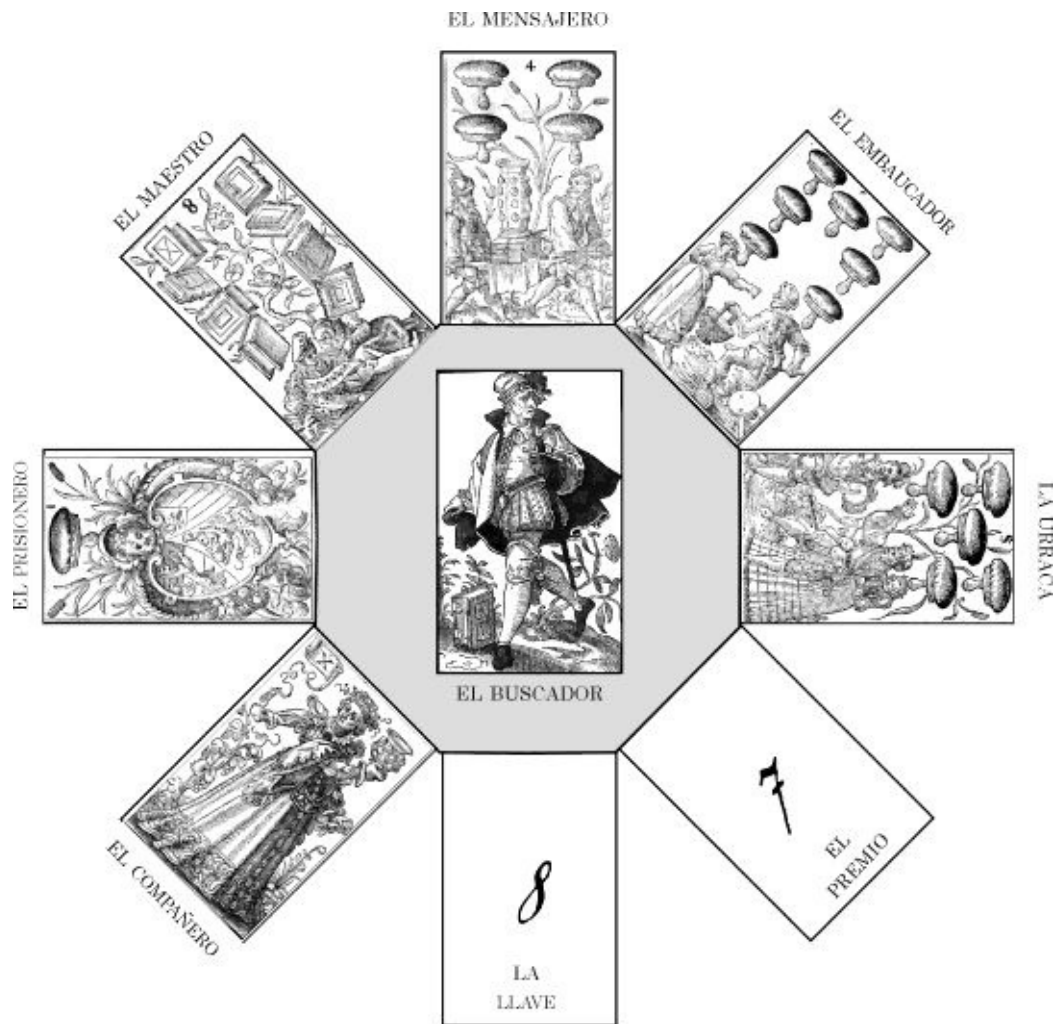
La Aduana no podía haber resultado más espantosa aquel día. La clasificación interminable de documentos oficiales y el monótono zumbido del superior bastaron para provocarme un terrible dolor de cabeza. Hasta El Gato Negro me falló, pues habían mezclado el café con achicoria para ahorrar unas monedas. Lo peor era que no había sabido nada de Carlotta. El teniente tenía la sartén por el mango, aunque entonces recordé que yo contaba con la ventaja de mi Octavo.



Por la noche, una ligera bruma se apoderó de las calles, aunque la luna llena brillaba en lo alto creando una nube irisada que envolvía toda la Ciudad. Había magia en el aire y volví a recuperar la esperanza.

—El teniente ha subestimado a su rival —dije, sentándome en mi sitio de siempre en la habitación superior—. Seré yo el que se gane a Carlotta, señora Sparrow.

—¿Esa es su idea de amor y conexión? —La señora Sparrow me miró con desconfianza mientras barajaba las cartas—. Estamos hablando de un privilegio profundo y misterioso, lo bastante importante como para recurrir al Octavo, y sin embargo usted habla como si esa muchacha fuera el bote de una de las partidas que se juegan abajo.



—A mí me gusta ganar tanto como a usted —dije, quitándome el abrigo—. ¿No es ese el propósito del juego? Carlotta es el premio supremo: una preciosa paloma, un nido mullido, la seguridad del hogar y un futuro en la Aduana.

—A mí me suena como una jaula. —Colocó las seis cartas que ya conocíamos y empezó a repartir. La Urraca debía tener muchas ganas de hablar, porque apareció en dos rondas—. Sexta posición. La Urraca. ¡Otra vez Tampones! Tiene usted alrededor muchas personas de la industria y el comercio. La Urraca habla y habla sin parar. A usted o sobre usted. Aquí su parloteo podría tener muchas fuentes y asuntos posibles. Es una carta difícil de descifrar. Pero una buena carta. Me gusta la dama que aparece ahí. Y el brazo del caballero apoyado afectuosamente en su hombro. El cinco es el número del cambio y el movimiento. Parece que lo están pasando bien.

Di un sorbo al vaso de cerveza que Katarina me había traído.

—Me figuro que algo tendrá que decir el teniente cuando me vea rodeando con el brazo a su Carlotta. —La señora Sparrow puso los ojos en blanco—. No puedo evitar sentirme inspirado por su don. Lleva usted las cartas en la sangre.

—Simplemente he aprendido a manejarlas. A causa de la Videncia, pues descubrí que me hacían tanta falta como a cualquiera de los que me consultaban. —Durante unos instantes solo se oyó el chisporroteo de una vela—. Yo no nací para ejercer la Videncia, pese a mi nombre, Sofia, que significa «sabiduría». Y no fue ningún don.

—Tomó el mazo y lo igualó con unos golpecitos—. De joven me encantaban las ferias ambulantes y mi buen padre me llevaba siempre que podía: tragafuegos, juglares, acróbatas, gitanos. Un verano, fuimos entusiasmados a ver a un auténtico encantador de serpientes venido de Extremo Oriente. El sótano abovedado de la taberna, donde iba a representarse el espectáculo, estaba atestado de gente y hervía de excitación. Mi padre se abrió paso, me acomodó en un hueco delante de todo y ocupó un asiento unas filas más atrás. Entonces sonó una trompa y el redoble de un tambor, y apareció el adiestrador de serpientes en el vano de la cocina. Era muy moreno, tenía la cabeza envuelta en un turbante de color azafrán y llevaba una túnica preciosa de tela rayada que relucía en la penumbra. Se expresaba en un francés macarrónico que el tabernero traducía pésimamente; pero, como sabe, el francés es mi lengua materna. El hombre de la serpiente explicó que la música era la lengua común de todas las criaturas y que iba a llamar al rey de las serpientes. «*Le Roi*», dijo, y empezó a tocar una trompa larga y delgada. De una cesta negra de junco empezó a salir una gruesa serpiente albina.

»Para entonces el ambiente de la bodega se había vuelto sofocante, en parte por la cantidad de cuerpos hacinados, en parte por el terror que inspiran las serpientes. Aunque yo no sentía ningún miedo. El encantador advirtió que yo le entendía y que me tenía embobada con su espectáculo. Me preguntó si quería tocar al rey de las serpientes y yo asentí. Entonces alzó delicadamente la serpiente albina, le dio un besito en la cabeza y me la entregó. Era de una suavidad maravillosa, y noté el vigor de la criatura mientras se enrollaba alrededor de mi brazo flacucho. La serpiente se quedó inmóvil, y yo, tal como su adiestrador, le di a la encantadora criatura un beso en la cabeza.

»Alguien entre la multitud me llamó Eva, y varios jóvenes dijeron a gritos que tenía que representar su historia. Todos rieron y aplaudieron, tal vez aliviados al oír aquella mención del Libro Sagrado. Alguien arrojó desde el fondo una manzana pasada, que acabó aterrizando en la mesa, y un buhonero borracho vociferó que debería desnudarme también. Mi padre se fue a por él, decidido a pelear con uñas y dientes. Una vieja invocó los nombres de Jesús y Satán, señalando al extranjero, y toda la taberna se convirtió en un campo de batalla. El hombre de la serpiente recogió a toda prisa sus cestas y se escabulló por la cocina, aprovechando la confusión de la reyerta.

»Yo lo seguí con la intención de devolverle su serpiente, pero él ya se había evaporado. En la cocina solo estaba el orondo cocinero, preparando empanadas. Me echó una rápida ojeada, me gritó que me largara y siguió amasando. Pero entonces se detuvo y volvió a mirar, esta vez reparando en la serpiente albina colgada de mis brazos. Rodeó lentamente la mesa con las manos cubiertas de harina y cerró con cuidado la puerta que daba a la bodega.

»—He oído contar la historia, jovencita, y siempre me he preguntado si sería cierta.

»Creí que hablaba de Eva y del Jardín del Edén, y que quería ver la serpiente de cerca. La alcé para que la tocara.

»—No tenga miedo —dije. Entonces el cocinero saltó sobre mí, me arrebató la serpiente de las manos y arrojó a la pobre criatura al caldero que hervía colgado de un espetón. El silbido del vapor y los coletazos de la serpiente albina entre los borbotones del agua todavía me atormentan en sueños.

»—Probaremos el caldo cuando esté cocida —susurró muy excitado—, y entonces tendremos visiones. Mi abuela juraba que era así. Veremos, jovencita, veremos.

»La serpiente estaba muerta ya, flotaba en el líquido burbujeante, y el grueso cocinero tomó un pedazo de pan negro, lo mojó en el caldo y me lo dio con una expresión muy seria. Su enorme corpachón bloqueaba la puerta de la bodega. No podría abandonar la cocina sin probar su mejunje.

»—Pero ¿usted no desea tener visiones también? —pregunté, confiando en hallar una escapatoria. Él sonrió, me hizo una reverencia como si fuera un primoroso caballero y aguardó hasta que me llevé el pan a los labios y empecé a masticar. No tenía el sabor del fuego de Satán, ni el frío glacial del más allá. Era solo un trozo de pan negro mojado. Esboqué una sonrisa forzada y me encogí de hombros, desesperada por salir de allí. El cocinero se hizo a un lado y estalló en carcajadas.

»—Una maldita patraña —resopló, metiéndose un pedazo de masa cruda en la boca—. Solo quería ver si era cierto.

»Corrí a la puerta, puse la mano en el picaporte de hierro... y de repente todo lo que me rodeaba, el mundo entero, se volvió blanco.

Ahora la habitación estaba iluminada únicamente por un candelabro que ardía en la pared, cerca de la mesa, y por el leve resplandor naranja que se colaba bajo la portezuela de la estufa. Apuré mi bebida de un trago.

—El mundo blanco... ¿Esa fue su primera visión? —pregunté.

—Ese color blanco que vi es lo que aparece siempre primero, antes de la visión —respondió la señora Sparrow, estrujándose las manos con angustia al recordarlo—. Cuando me recobré, mi padre me sujetaba en brazos y la mujer de la casa me humedecía la frente con un trapo empapado. El cocinero permanecía lo más alejado posible; le temblaban las manos mientras seguía amasando y trajinando por la cocina, y no quiso acercarse cuando mi padre le pidió ayuda para subirme por la escalera. Aunque estaba mareada, cuando salimos a la calle le dije a mi padre que podía caminar y me llené los pulmones de aire fresco. Él estaba convencido de que me había desvanecido a causa de la excitación, pero, al acercarnos a la bahía del Caballero, reapareció de nuevo aquel blanco cegador. Esta vez seguido de una visión. Vi el agua reluciente, de un tono entre negruzco y morado, y un grupo de barcos que partían con la marea. Los altos mástiles se recortaban contra un cielo iluminado apenas por los primeros albos, y el golpe de las lonas al desplegar las velas espantó a una bandada de gaviotas, que alzaron el vuelo con unos gritos espantosamente

lúgubres. Trazaron un amplio arco sobre las nubes rosadas y el batir de sus alas desató un viento repentino, un vendaval que me derribó en el suelo. Mi padre me llamaba a gritos desde la cubierta del barco más alejado, pero el vendaval se lo llevó fuera de mi vista y continuó soplando por las calles de la Ciudad como un huracán. Y después ya solo hubo silencio. —Enlazó las manos sobre la mesa, mirándolas fijamente—. Cuando volví en mí, le expliqué a mi padre lo que había visto, pero él se limitó a abrazarme. Me dijo que no me apurase, que nada podía parar el viento. El día de San Martín de aquel año, mi padre se ahogó. Iban a encalar una casa en Drottningholm y fue en bote. Se cayó, o lo empujaron, o lo derribó el viento, nadie lo sabe, y lo arrastró una violenta corriente. Esos vientos son un horrible presagio. Por eso temo por Gustavo.

Desvié la mirada y contemplé las sombras del rincón.

—Lo lamento mucho por usted, señora Sparrow.

—Le agradezco que lo comprenda. No muchos lo han hecho. A menudo he deseado ser una simple charlatana...

—Pero poseyendo la Videncia... ¿Es ese el motivo de que se aficionara al juego? —pregunté.

—Sí y no. La Videncia no ayuda a ganar en el juego, pero las cartas eran un recurso para soportar mi situación. Pues las visiones no cesaron con el paso del tiempo. Busqué a otras mujeres abrumadas por una facultad como la mía, para descubrir cómo librarme de ella. Algunas eran farsantes; otras, simples lunáticas. Las auténticas me dijeron que no había vuelta atrás, pero todas tenían sus recursos. Tejían o hacían encaje, servían en cafés y tabernas. Cualquier tarea que te ocupe las manos y la mente puede servir. Yo trabajaba de lavandera y aprendí a jugar a cartas. Jugaba en todas partes, con cualquiera; el juego era mi mejor medio de distracción. Y descubrí que la serenidad que me brindaban las cartas me ayudaba a dominar el caballo salvaje de la Videncia. —Se arrellanó en su silla y puso las manos sobre el regazo—. Entonces, cuando fui a París, tropecé con un libro: *Etteilla, o una manera de entretenerse uno mismo con una baraja de cartas*, por Monsieur ***. Era una filosofía completa y un manual de cartomancia, es decir, de adivinación mediante la baraja ordinaria. Ese libro cambió mi vida, o me la salvó, debiera decir. No solo hallé un modo de utilizar y descifrar lo que veía, sino que descubrí un oficio que podía interesar a cualquiera, desde el cocinero hasta el monarca. De no ser por eso, habría acabado convertida en una chica de las barcas del vertedero o en uno de esos espectros de la fábrica de pólvora del señor Lalin... Eso, claro, después de haberme marchitado como prostituta. Además —dijo, mirándome con una triste sonrisa—, había llegado a dominar las herramientas. Solo me hacía falta descubrir qué podía hacer con ellas.

—Y aquí está ahora, trazando un camino dorado para mí —dije.

—Como esta alegre pareja de su Urraca. —Recogió las cartas, las metió en la baraja y la depositó sobre la mesa—. Ya solo faltan dos más, señor Larsson.

Capítulo once

EL PREMIO

Fuentes: E. L., Señora S., Lady C. Kallingbad

¡Al fin me respondió Carlotta! Por lo visto, el teniente no tenía un parentesco tan cercano con los De Geers como para alcanzar sus bolsillos. Celebramos un picnic apresurado en Djurgården, donde me besó apasionadamente junto a la verja azul y me llamó «querido». Carlotta estaba a mi alcance y el Octavo acabaría de ponerla en mis manos si yo empujaba mis ocho elementos en esa dirección. La apenó que hubiera de abandonar nuestro picnic por el Octavo, pero yo le aseguré que era crucial para nuestra futura felicidad. Había una dulzura en su modo de abrazarme en el muelle que parecía completamente auténtica, y ese sentimiento me acompañó durante todo el trayecto hasta el callejón de los Franciscanos. Hacía un día perfecto y yo caminaba a paso vivo, con la ilimitada energía del amor, mientras ensayaba mentalmente una proposición matrimonial. Cuando entré en el número 35, Katarina me dijo que la señora ya estaba arriba y que había pasado toda la velada allí.

—Está deseosa de entregar el Premio —dije—, ¡y yo dispuesto a recogerlo!

—Ella preferiría no verlo —replicó Katarina a mi espalda con tono sombrío, mientras yo subía los peldaños de dos en dos.

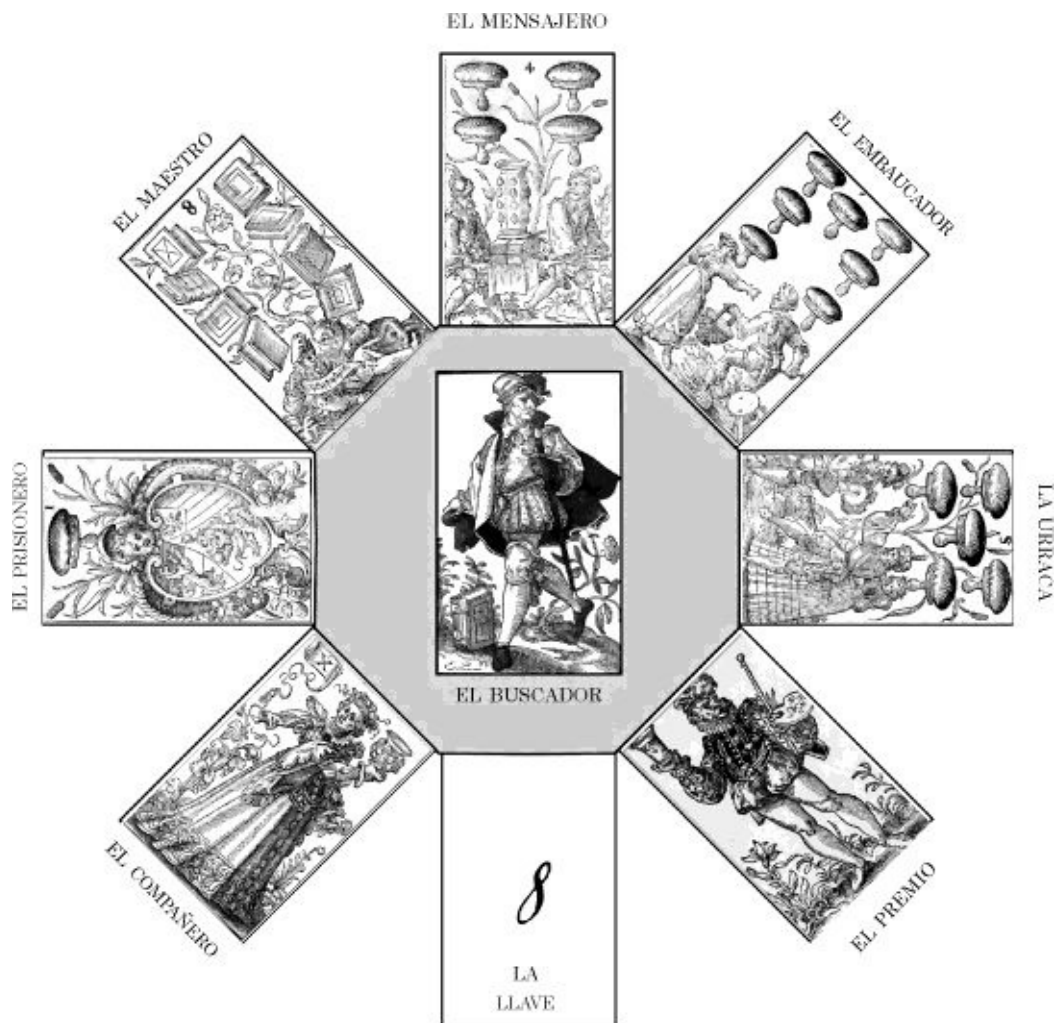
Me senté frente a la señora Sparrow, frotándome las manos con expectación. Había una maceta de lavanda en el alféizar de la ventana y su perfume resultaba embriagador.



—Huelo... el éxito.

—¿De veras? —Alzó al fin la vista hacia mí, con los ojos enrojecidos y el rostro

salpicado de manchas—. Entonces es que no tiene olfato para las noticias.



Me contó que el jefe de policía había pasado por allí con un mensaje de Gustavo: el rescate de la familia real francesa había fracasado. Los habían detenido en Varennes y ahora las cosas solo podían ir mal para ellos. Gustavo permanecería en Aix-la-Chapelle un tiempo para consolar a los emigrados que habían ido allí a esperar a su soberano y para trazar un nuevo plan de acción.

—¿Qué ocurrirá ahora? —pregunté, despojado de golpe de todo mi optimismo. No podía evitar pensar en los hijos de los reyes.

—Si fuese capaz de ver tan lejos, señor Larsson... Pero ahora vamos a echar sus cartas.

Repartió en silencio durante cinco rondas. El murmullo de las conversaciones se filtraba desde el salón de abajo. La simple tarea de repartir pareció distraer a la señora Sparrow y, cuando apareció mi Premio, se concentró totalmente en la carta: la Sota Superior de Copas.

—¿Mi Premio es un hombre? —dije, sintiéndome estafado.

La señora Sparrow me aseguró que era una buena carta para ocupar la posición del Premio.

—Las Copas refrendan la visión de amor y conexión. Y la Sota Superior es un

personaje de mérito. Sostiene la paleta de pintor, lo que indica cultura y refinamiento. Sea quien sea, le ayudará en su galanteo: le proporcionará algo de gran valor. Quizá sea un padre que ofrece la mejor de sus obras: la mano de su hija. Y fíjese bien, hay un lirio. La flor de Francia. —Alzó la vista hacia mí; mi congoja se reflejó en su rostro—. Pero el lirio también creció en Getsemaní en la mañana de Pentecostés. Resurrección. Una carta excelente. —Cogió su libreta y tomó nota de la séptima carta de mi Octavo—. Y ahora debe marcharse, señor Larsson. No estoy con ánimo para jugar esta noche.

Di un traspie en las sinuosas escaleras que llevaban a la calle, como si los temblores de la Revolución en Francia hubieran llegado al corazón de la Ciudad. Era muy tarde para buscar de nuevo el dulce consuelo de Carlotta, pero al día siguiente por la tarde le pediría su mano al señor Vingström. Los lazos del matrimonio me parecían de repente el puerto más seguro.

Capítulo doce

LA LLAVE

Fuentes: E. L., Señora S., A. Vingström.

A las tres en punto, me excusé ante mis amigos y, en vez de ir a tomar café, crucé la Plaza Mayor hacia la tienda de vinos Vingström. Al fin estaba preparado para proclamar mi amor por Carlotta. Cuando llegué, sin embargo, me encontré la tienda cerrada a cal y canto, lo cual me provocó irritación y un extraño alivio al mismo tiempo. Vi que salía del patio una criada y que se detenía a atarse un cordón de las botas, y le pregunté a qué se debía que hubiesen cerrado tan temprano.

—Los Vingström están despidiendo en este mismo momento a su hija, señor, que sale en barco para Finlandia.

—¡Finlandia! —Me pareció que las losas cedían bajo mis pies. Tuve que apoyarme en la fachada para no desplomarme allí mismo—. ¿Iban con un teniente?

La chica se sonrojó y miró para otro lado.

—No. Yo no he visto ni oído nada de un oficial.

—Entonces, ¿por qué se va? ¿Y cuándo volverá?

La criada se miraba fijamente los pies.

—Parece que la señorita Vingström necesita una penitencia por su licencioso modo de vivir y que hay que apartarla de las tentaciones de la Ciudad.

Me hizo una venia y salió corriendo antes de que yo pudiera responder. Pregunté al vendedor de tabaco de la esquina, al carnicero y a varias personas de la misma calle, pero no averigüé nada más. Regresé a casa en un estado de completa incredulidad y me quedé tumbado en la cama hasta que dieron casi las once.

Cuando llegué a casa de la señora Sparrow, ya muy tarde, y subí a la habitación superior, noté un ligero olor a colonia masculina y vi que había quedado sobre el aparador un vaso mediado de un líquido claro.

—¿Es vodka? —pregunté—. ¿Puedo bebérmelo?

—Está usted fuera de sí —dijo ella.

—Se ha ido, señora Sparrow. —Me senté en un sillón, husmeé el contenido del vaso y volví a dejarlo en su sitio. Era agua.

—¿Quién se ha ido?

—¡Carlotta! Desaparecida, ¡así! —Chasqueé los dedos—. Y no he podido averiguar el motivo, dejando aparte una historia infamante que me han contado sobre su vida licenciosa. Le aseguro que conmigo no hubo nada parecido. Yo solo saqué un beso. —La señora Sparrow me dio unas palmaditas en el hombro y llamó para que subieran una botella. Permanecimos en silencio hasta que Katarina trajo vodka y un vaso. Me serví tres dedos y me los bebí de un trago—. ¡La han enviado a Finlandia! ¡Finlandia! ¿Y qué voy a decirle al superior? ¿Que debe esperar a que yo descifre de nuevo mis ocho cartas? ¡Mañana mismo hará que me quiten la capa y me saquen de

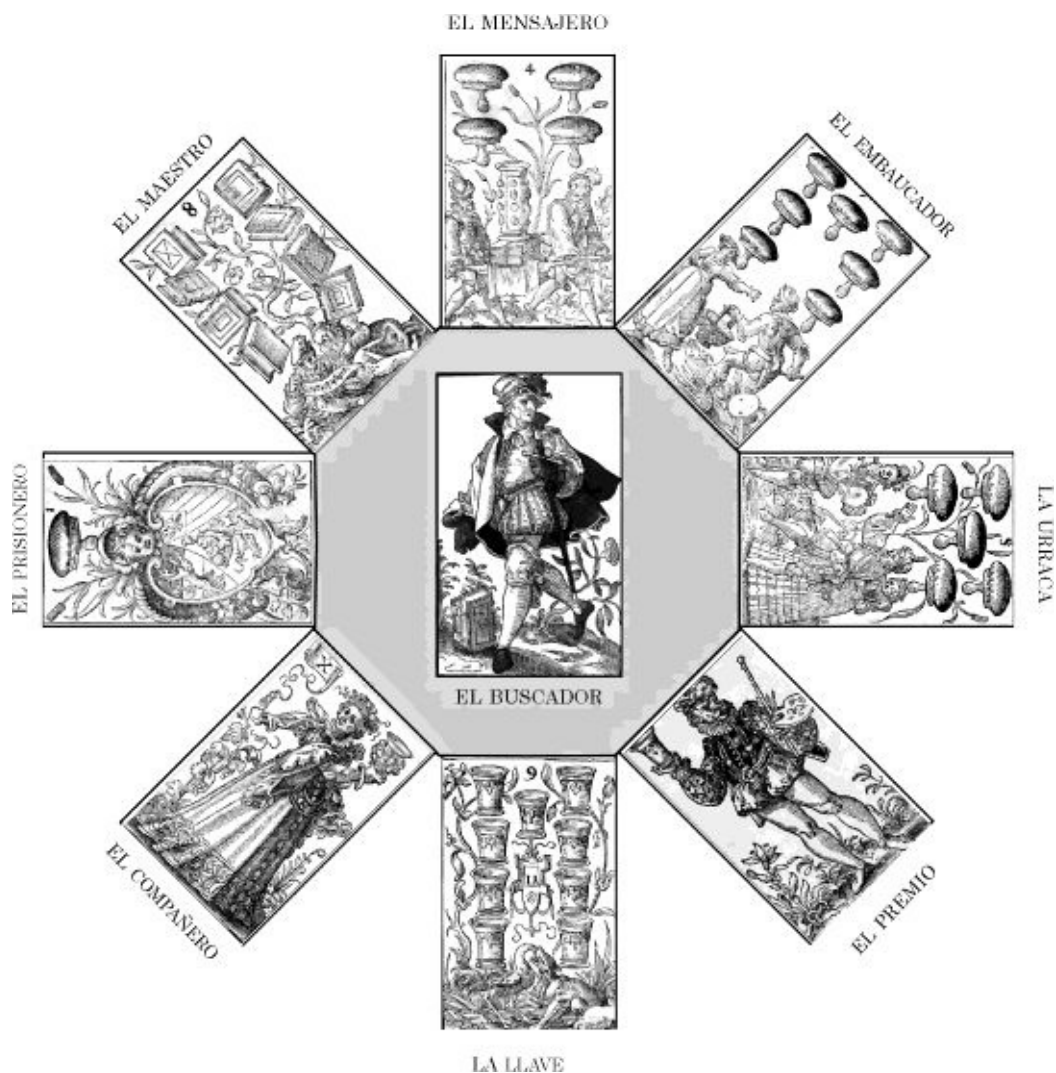
allí de una patada en el trasero! Ya no tiene sentido continuar con el Octavo.

La señora Sparrow se levantó y se acercó a la mesa, donde había quedado el paño extendido desde la noche anterior.

—Yo vi un camino dorado para usted y aún creo en él. Y tenga presente que Carlotta podría no ser una de las ocho personas clave. Su papel podría haber consistido únicamente en acompañarle al lugar del Buscador para partir a continuación.



Me limité a soltar un gruñido. La señora Sparrow puso aparte las siete cartas y el Buscador, y barajó el resto del mazo.



—No debemos darnos por vencidos. Fíjese en el rey y la reina de Francia: tan cerca de su objetivo y luego... Pero siguen adelante. Ya hay nuevos planes en marcha. El joven Von Fersen es persistente y audaz. Gustavo no permitirá que sufran ningún daño. Sigamos adelante. —Me serví otro vaso y contemplé el líquido transparente—. Ya solo queda una carta, venga.

La señora Sparrow mezcló largo rato. Luego me fue pasando la baraja en cada ronda para que cortara. Yo la observaba con atención; repartía de un modo intachable. Fueron desfilando las cartas alrededor del círculo hasta que apareció la Llave: el nueve de Copas.

—¡Copas de nuevo! Eso es bueno, ¿no? —aventuré—. Prefiero tomármelo como una buena señal.

La señora Sparrow no dijo nada. Dispuso cuidadosamente mi Octavo completo sobre el paño. Las manos le temblaban ligeramente. Sin duda debía sentirse aliviada por el hecho de que hubiéramos concluido el proceso. Colocó mi carta en el centro en último lugar. Cerró los ojos y nos quedamos unos minutos en silencio. Las campanas de la Gran Iglesia tocaron las doce; oí en el piso de abajo los pasos de Katarina y la voz del portero; luego se hizo un silencio absoluto. La señora Sparrow abrió los ojos y enlazó sus manos sobre el regazo.

—Ahora que el Octavo está completo, los ocho comenzarán a aparecer, pues las cartas los han convocado. Vendrán como limaduras de hierro atraídas por un imán. Encuéntrelos y podrá modificar el desenlace del acontecimiento que ha de producirse en su vida.

—Quizá me conduzcan hasta Carlotta, o me la traigan de vuelta. —Estudié aquella rueda de la fortuna, llena de esperanzas y personajes desconocidos—. Pero ¿cómo los reconoceré?

—Permanezca alerta y tenga presentes en todo momento las cartas. Verá cómo sus ojos se posan una y otra vez en una misma persona, y cómo sus oídos se habitúan a ese nombre en particular. Se le irán apareciendo todos en sueños y fantasías, en conversaciones, en encuentros casuales que se repetirán con extraña regularidad. Relaciónelos con las claves que le proporcionan las cartas. Y recurra a mí si necesita ayuda.

—No hemos analizado la última carta, señora Sparrow —dije—. He de conocer bien el nueve de Copas para encontrar la Llave.

Ella levantó la vista, con una sonrisa cálida y sincera.

—Tiene usted razón sobre las Copas. Es un palo excelente en esta posición, dado que es amor lo que se ha predicho. Y ahí está otra vez el lirio. Resurrección. Francia. —Se inclinó sobre el diagrama, con las yemas de los dedos en el borde la mesa—. Mire cómo están situadas las nueve copas: las ocho rodeando a una sola: un eco del propio Octavo. El nueve es el último número simple; por tanto, un número de compleción, de cumplimiento y también de una influencia universal. Un buen augurio, diría yo. Excelente en su caso. —Recogió las cartas restantes, hojeándolas a toda velocidad con el dedo índice y creando inconscientemente un espacio imperceptible con el meñique—. Como el Compañero, esta persona tiene un vínculo crucial con el acontecimiento de la predicción.

—Pero no hay ninguna persona en esta carta. —Me incliné para examinarla—. Es un pájaro con la cabeza metida en las fauces de una bestia —dije, temiendo repentinamente que esa carta pudiera ser el símbolo de la verdadera posición matrimonial.

La señora Sparrow dejó el mazo sobre la mesa y cubrió mi mano con la suya.

—Esta es mi carta, señor Larsson. Yo soy su Llave.

Capítulo trece

ARTE ET MARTE

Fuentes: M. F. L., Louisa G.

—¿**E**s que siempre ha de llegar tarde? —le dijo la Uzanne, irritada, a su propio reflejo en el cristal de la ventana. A través de las ramas colgantes de una frondosa haya, distinguió la silueta negra de un carruaje que avanzaba como un escarabajo sobre el fondo azul del lago Mälaren—. ¿Y por qué no podrá ese idiota tomar un bote como todo el mundo?

Sabía muy bien que él no soportaba la idea de llegar con la ropa llena de salpicaduras y el pelo alborotado. Y también le constaba que tenía la costumbre de retrasarse ligeramente con todo el mundo, cosa que habría resultado ofensiva si no fuera porque ella admiraba su audacia. El maestro Fredrik Lind era la primera visita que se dignaba recibir desde que le habían robado el *Casiopea*; de hecho, la primera persona —por encima del rango de los criados— que había decidido ver por su propia voluntad. No es que el maestro Fredrik tuviera ningún rango; el título de maestro era un honor que se había otorgado a sí mismo. Aunque ella jamás se lo discutiría. Su habilidad como calígrafo, su inagotable acervo de cotilleos y la lealtad incuestionable que demostraba a su benefactora no tenían parangón.

La Uzanne cerró los ojos y trató de evocar el peso de *Casiopea* en su mano, el suave marfil de sus guardas, el aroma a jazmín que ascendía de su reverso. Ahora sujetaba un abanico cabriolet con gemas incrustadas que había sido fabricado para Catalina la Grande. Pero nada podía reemplazar a su favorito. Le había escrito a esa mujer, la tal Sparrow, para negociar con ella y volver a adquirirlo. No había recibido respuesta. Volvió a escribir, ofreciéndole un intercambio: un abanico de luto de encaje de Bélgica y un abanico de carnaval inglés con una máscara de Pierrot en lugar de tela. Era una oferta más que generosa. Una semana más tarde, le llegó una seca misiva anunciándole que el *Casiopea* ya no se hallaba en la casa del callejón de los Franciscanos. O bien la mujer mentía o bien había vendido el abanico. En uno u otro caso, encontraría su *Casiopea* al precio que fuera. Entre tanto, mencionó en una carta dirigida al duque Carlos que sospechaba que se hacían trampas en los salones de juego de su nueva adivina, pensando que él tal vez estaría dispuesto a actuar como un caballero galante en socorro de su damisela en apuros. Obviamente, todavía no había conseguido atraerse lo bastante al duque, pues la cortante misiva que este garabateó en respuesta reflejaba su mal genio.

Si *Madame* desea involucrarse en graves asuntos de Estado, no debería distraerse por una bagatela perdida en una partida de cartas. Y puesto que no tiene pruebas del delito, es de muy mal gusto empeñarse en que las ganancias le sean devueltas. Las disputas de juego realmente infamantes se resuelven a duelo, no con una intervención real.

Una buena señal llegó, pese a todo, con esta reprimenda: el duque le enviaba a modo de «consolación» un abanico japonés de seda translúcida con pájaros pintados. Por desgracia, el regalo no hizo más que avivar la furia de la Uzanne. Según dijo un jardinero, arrojó el abanico al lago (de donde él lo rescató luego para venderlo por una buena suma).

Para ella, el robo de *Casiopea* representaba todos los males de la nación: el ascenso de las clases inferiores, la erosión de la autoridad, la debilidad de quienes detentaban el poder y la desaparición del orden. Encontrar el abanico era el primer paso para abordar esos males: una idea que ningún hombre, salvo Henrik, sería capaz de comprender jamás. Ahora bien, su deseo de recuperar el *Casiopea*, ¿no llevaba los ricos ropajes de la avaricia y la venganza? Habría sido fácil encontrar defensores de semejante tesis.

La Uzanne oyó que abrían la puerta principal y que la doncella, Louisa, soltaba una carcajada. Luego le llegó una fina voz de barítono, reverberando en los paneles grises del vestíbulo.

Portugal, España.

Sí, ambas coronas llevé.

Y la de Gran Bretaña también.

Esta noche, confieso, una princesita real ha de dormir en mis brazos.

Como cualquier mademoiselle.

La Uzanne hizo una mueca. Detestaba las canciones tabernarias de Bellman, aquel barriobajero y estúpido Realista, pero la familiaridad del maestro Fredrik con las costumbres del populacho le daba acceso a un estrato social que ella nunca había vislumbrado sino a distancia. El maestro Fredrik llevaba en las venas la poesía del arroyo, lo cual resultaba útil de vez en cuando. Era capaz de producir con su pluma auténtico vitriolo que luego difundía de las maneras más ingeniosas. En una ocasión dejó como un cornudo a un banquero insolente, publicando de modo anónimo en el *Correo de Estocolmo* una oda espantosa que describía las salaces escapadas de su esposa, con rimas como *pudendum/stupendum*. Y un soneto en la revista *Novedades* reveló en otra ocasión que un viejo ministro sufría de almorranas.

La Uzanne cambió su mueca por un semblante sereno y fue a recibir al maestro Fredrik. Este, sudoroso tras el largo trayecto en carruaje, tenía el rostro todavía arrebolado por su esfuerzo vocal, aunque sonreía satisfecho.

—Aquí no hay princesitas, señor; solo esta matrona envejecida que necesita de sus conocimientos. —La Uzanne dejó que él manifestara sus enérgicas protestas ante tal afirmación y luego prosiguió—. Quizás en los próximos meses tenga usted que sufrir más a menudo la molestia del viaje hasta Gullenborg.

—*Enchanté, Madame* —respondió él, con una reverencia de gran elegancia para un hombre tan corpulento. El corte sencillo de sus ropas encubría su predilección por

las telas costosas y la confección exquisita. Su abrigo marrón era de seda italiana y tenía las costuras ribeteadas de un cordón rayado a juego. Los botones eran de cuerno negro tallado y las puntillas que asomaban por sus mangas, de encaje de Bélgica. Llevaba sus zapatos negros primorosamente lustrados; la peluca, limpia y empolvada, y desprendía un leve olor a *eau de cologne* con un matiz de tabaco. El maestro Fredrik usaba guantes en todas las estaciones; él aseguraba que lo hacía para proteger sus útiles de trabajo, aunque era también para mantener suave e inmaculada la piel: para poseer unas manos de aristócrata. Solo las yemas de sus dedos delataban su estatus vulgar, pues pese a mucho restregar mostraban ligeros rastros de tinta—. Así podré satisfacer mi hambre de compañía exquisita —dijo—. He pasado estos meses de verano en el campo, muy al norte, y aquello estaba totalmente desprovisto del alimento adecuado.

La Uzanne abrió la marcha hasta un espacioso salón casi vacío, salvo por un sofá de rayas grises y blancas, una silla blanca de madera con respaldo y asiento tapizados y una mesita auxiliar redonda con un servicio de café. Le indicó la silla con un gesto y ella se acomodó en el sofá. Sirvió dos tazas, le ofreció una al maestro Fredrik y empezó a enumerar las tareas que debía realizar para ella. Iba a necesitar montones de tarjetas e invitaciones para la próxima temporada. La Uzanne iba a reinstaurar su escuela para jóvenes damas y pensaba abrir la inscripción más allá de los límites de la aristocracia.

—Un paso audaz y moderno, *Madame* —dijo el maestro Fredrik, untando de admiración cada sílaba.

—¿Usted cree? —preguntó ella. Ese paso formaba parte de un programa más amplio para inculcar a muchas más jóvenes los sentimientos de los Patriotas: las madres asentirían encantadas, los hermanos menores seguirían el mismo camino, y los padres y hermanos mayores acabarían entrando también en el redil. Los apoyos que Gustavo conservara todavía entre la burguesía podían erosionarse mediante la actitud de las mujeres. Y al continuar con sus lecciones, la Uzanne podría invitar a infinidad de caballeros y oficiales con el doble fin de tenerlos bajo observación y de mantenerse al corriente en los asuntos del ejército y el gobierno—. Y estoy sopesando la posibilidad de un cambio de escenario para el debut. No puede ser en la corte. He jurado no poner un pie allí hasta que sea reimplantada la vieja Constitución. —El maestro Fredrik asintió con un suspiro—. Pero el debut requiere un sello real. Estoy considerando un baile de máscaras en la Ópera Real.

Aspirante él mismo a la nobleza, el maestro Fredrik no pudo ocultar su inquietud ante la supresión de una presentación oficial en la corte, pero enseguida cayó en la cuenta de las ventajas de un baile de máscaras.

—¡Una mascarada! ¡Mi fiesta predilecta! Los plebeyos y los reyes mezclándose libremente.

Y además, una mascarada aseguraba el anonimato.

—Exacto. El rey recibe a todo el mundo, y el duque Carlos también asistirá. Cada

uno vendrá rodeado de un séquito digno de verse. Pero mis jóvenes damas inclinarán la balanza...

—¿Hacia dónde, *Madame*? —preguntó el maestro Fredrik.

—Hacia la reinstauración del orden social —dijo la Uzanne—. Y será el Quinto Estado, las mujeres de mi clase, quien abra la marcha en esa dirección.

El maestro Fredrik la miró perplejo. A ella le asombró que pudiera albergar ambiciones de entrar en la alta sociedad si no era capaz de captar una insinuación tan sencilla. Obviamente, pensó, no podía mostrarle ni un atisbo del plan patriótico que pensaba presentar al duque Carlos. La Uzanne suspiró y le dedicó su sonrisa más seductora.

—Usted asistirá como miembro de mi séquito. Llevaremos unos disfraces magníficos, se lo prometo.

El rostro del maestro Fredrik se iluminó.

—Será una ocasión de regocijo general, *Madame*, ¡no solo para las jóvenes damas y sus madres, sino también para los sastres, los peluqueros, los guanteros, los sombrereros y perfumeros de toda la Ciudad! ¡Y los caballeros harán cola con semanas de antelación!

El maestro Fredrik ya se imaginaba el aumento de su propia clientela, pues las jóvenes competían entre sí celebrando té y fiestas antes de su presentación, y para ello requerían el material de correspondencia más refinado y suntuoso.

—¿Cómo puedo serle útil?

Eso resultaba mucho más fácil de explicar. La Uzanne era muy precisa en cuanto al tipo de papel que prefería, el color de la tinta, cómo debían doblarse los sobres, la cera, los sellos y el plazo exacto y el orden de entrega de todo ello. El maestro Fredrik adoraba esa atención a los detalles y tomó copiosas notas en una libretita que llevaba siempre en el bolsillo. Una vez concluidos estos asuntos, el maestro Fredrik se levantó y se acercó a la serie de puertas cristaleras, que daban a una terraza moteada de sombras desde donde se dominaba un prado que descendía suavemente hacia el lago.

—Su esplendor se refleja en los alrededores, *Madame*. Realmente no se echa nada en falta entre tanta perfección.

La Uzanne dio un suspiro y declaró que, aun siendo cierto en muchos sentidos, ella tenía todavía tres deseos pendientes.

—Permítame ejercer como su genio para poder concedérselos —dijo él con vehemencia.

Ella cerró el abanico y lo dejó sobre su regazo.

—Concédamelos y se convertirá usted en mi amigo máspreciado. —Dio unas palmaditas a su lado. El maestro Fredrik tomó asiento en el sofá—. Mi primera petición se refiere al reposo. No consigo dormir bien desde hace más de un mes. Me gustaría encontrar un boticario discreto capaz de elaborar un preparado soporífero. Alguien familiarizado con ingredientes... potentes e inusuales.

—La botica El León es la indicada para eso. Servicio excelente, total discreción, amplio surtido de preparados. Yo mismo adquiriré allí hace poco polvo de momia egipcia. —Hizo una pausa, para que ella asimilara el nombre de aquel exótico y carísimo remedio curativo—. Hablaré de inmediato con el boticario. ¿Su segundo deseo?

—Necesito una nueva acompañante, de preferencia alguna que no esté familiarizada con los sórdidos enredos de la Ciudad. —La Uzanne aceleró el movimiento de su abanico—. La señorita Carlotta Vingström resultaba encantadora por fuera, pero la corrupción que ocultaba debajo era...

—¿Qué? —preguntó con avidez el maestro Fredrik, irguiéndose en el borde mismo del sofá.

—La señorita Vingström me acompañó a una velada ofrecida nada menos que por el duque Carlos. Era una oportunidad única. Creí que me estaría agradecida, y sus padres la consideraban a salvo bajo mi tutela. Pero ella se confabuló con otros para burlarse cruelmente de mí en una partida de cartas; luego pasó todo el mes de julio viendo a hurtadillas a un sátiro borracho y entregándose por las noches a una depravación incalificable.

El maestro Fredrik se inclinó hacia ella.

—A mí puede contármelo.

La Uzanne le dio golpecito en la muñeca con el abanico.

—Escribí a sus padres, sugiriendo que harían bien en alejar de inmediato a su hija de la Ciudad. Naturalmente, la muchacha sollozó y proclamó su inocencia; es más, declaró que era yo la culpable.

—Qué descaro. —El maestro Fredrik mordisqueó una galleta untada con mermelada.

—Por fortuna, le encontré un puesto en Åbo. —El maestro Fredrik soltó un bufido, recreándose cruelmente en su desprecio a la patética capital finlandesa—. Así pues, necesito a una joven. Una que haga lo que yo diga, y que se muestre agradecida por la oportunidad.

—¿Y quién no lo estaría? Iniciaré consultas de inmediato —dijo el maestro. No había mejor medio de ganarse la gratitud eterna de unos padres adinerados que contribuir a mejorar la posición de sus hijos—. ¿Y su tercer deseo, *Madame*? Si conozco bien los cuentos de hadas, suele ser el más complicado.

—Sí. —La Uzanne se levantó. Se paseó hasta las cristaleras y regresó de nuevo al sofá—. Tal vez habrá oído que he estado ausente de la Ciudad desde el solsticio de verano. Es usted la primera visita que recibo.

—Un honor inmerecido, *Madame*. Y no le quepa duda de que su ausencia se nota y se deplora —dijo el maestro Fredrik—. ¿Cuál es el motivo de su turbación, si me permite preguntarlo?

La Uzanne detuvo el aleteo de su abanico y se quedó tan inmóvil que incluso la mosca que zumbaba sobre su cabeza se posó en el hueco de uno de sus bucles y

enmudeció. Ella puso suavemente la mano en el muslo al maestro Fredrik.

—He sido víctima de un crimen.

Él, alarmado, tomó aire de modo audible. La Uzanne le describió el *Casiopea*, le contó lo ocurrido durante la fiesta del duque Carlos, así como la negativa de la tal Sparrow a negociar, y expresó su deseo de que él removiera cielo y tierra en su nombre.

—¿Puedo ofrecerle primero consuelo, *Madame*, reemplazando ese abanico? Sería para mí un honor.

La Uzanne estranguló el que tenía en la mano.

—Es imposible reemplazar mi *Casiopea*.

El maestro Fredrik hizo una inclinación.

—También lo es mantener oculto mucho tiempo un tesoro semejante, *Madame*. —Tamborileó con los dedos en el brazo del sofá—. El fabricante de abanicos Nordén, en el callejón del Cocinero, vende exclusivamente ejemplares de calidad y sería un comprador posible. Iré a verlo. Todo el mundo tiene precio. Y un talón de Aquiles.

—¿Es ese el artesano sueco? No me había decidido a hacerle una visita, pues su trabajo difícilmente podrá igualar el de los franceses —dijo.

—Es sueco, pero pasó diez años en París aprendiendo el oficio con Tellier. Ahora es un refugiado y ansía hacer carrera. Su esposa, lamentablemente, es papista, pero ambos poseen unos modales excelentes y una apariencia muy agradable. Dicen que él es un artista de gran calibre.

La Uzanne se levantó y caminó lentamente hacia la ventana.

—Quizá *monsieur*...

—Nordén.

—Quizá *monsieur* Nordén quiera ofrecerme una muestra, un ejemplo de su pericia —dijo.

—Sin duda estará dispuesto, *Madame*, aunque su situación financiera es muy precaria.

Ella sopesó esa ventaja adicional.

—Tal vez quiera considerar ese regalo como una tarjeta de visita. Y si es de la suficiente calidad, si es un artista tan refinado como usted asegura, le proporcionaremos clientela. Mi sola recomendación supondría una docena de abanicos. Es más, él podría resultar un invitado interesante en mi conferencia inaugural. Pero antes que nada, mi *Casiopea*.

—Considérelo hecho. —El maestro Fredrik tomó su mano y le estampó un prolongado beso—. ¿Y qué hará cuando *Casiopea* esté de nuevo en su poder?

—Avivar los vientos de cambio, maestro Fredrik —contestó, sonriendo—. Algunos replicarán acaso que un pedazo de piel con varillas en manos de una dama consentida difícilmente podría lograr esa proeza. Pero considere el impacto que tuvo un simple pergamino clavado en la puerta de Martín Lutero. El gesto más ínfimo, con el tiempo, puede poner el mundo patas arriba.

—En sus manos, *Madame*, esa brisa se convertirá en una tempestad —dijo Fredrik—, pero espero que no lleve aparejada una reforma moral de ningún tipo.

—Eso nunca, maestro Fredrik. —La Uzanne sonrió y se arrellanó de nuevo en el sofá de seda a rayas grises y blancas—. Dígame, ¿qué sabe de la actual amante del duque Carlos?

Capítulo catorce

A PUNTO DE FLORECER

Fuentes: M. F. L., J. Bloom, Sra. Lind, El Esqueleto, Papá Berg, Louisa G. y varios miembros del servicio de Gullenborg.

Varias semanas después de que yo la conociera en El Rabo de Cerdo, Johanna se detuvo en la entrada de una angosta calleja que desembocaba en la plaza de los Mercaderes. Se sabía la dirección de memoria desde hacía mucho, pero dejó su maleta en el suelo y examinó una vez más la gastada tarjeta. Observó los edificios, que parecían fundirse todos en uno con sus tonos dorados. Una vez, cuando era más joven, su padre la había llevado a Estocolmo en su visita anual para comprar medicinas especiales para la botica. El recuerdo más indeleble que tenía de ese viaje eran las ropas de brillantes colores que llevaba la gente de la Ciudad: unas prendas tan seductoras que a duras penas había conseguido contenerse para no tocar, oler y hasta saborear los espumosos encajes de color crema, los terciopelos de tono castaño ahumado, las telas de satén frambuesa. Aquel festín de buen gusto no conocía barreras sociales: incluso las vendedoras de los mercadillos de baratijas iban vestidas con sedas que abarcaban todo el arcoíris.

Cuando Johanna finalmente se abriera camino, cuando pudiera establecerse como boticaria, cambiaría todo lo relativo a su persona: sus ropas serían de un paño finísimo embebido de color y perfume; comería lo suficiente para tener curvas; hablaría con las inflexiones de una mujer nacida y criada en la Ciudad; perfeccionaría su francés, mejoraría su latín y aprendería inglés. Cambiaría de nombre, aunque no tal como habían pretendido sus padres.

A finales de primavera, la habían retirado repentinamente de la botica para prometerla en matrimonio con Jakob Stenhammar, un viudo a punto de cumplir los cuarenta y siete años que poseía el único molino de Gefle. Tenía cinco hijos, todos menores de siete años, incluido un bebé que había enviado a la tumba a la señora Stenhammar (aunque circulaban rumores de que Jakob Stenhammar había contribuido a su partida con sus peludos puños rojizos). La señora Grey vio en aquella desdichada familia una oportunidad para que Johanna hiciera una buena obra en el mundo. Johanna lo había visto más bien como el fin del mundo. Elevó plegarias para ser redimida, para liberarse, para recibir una señal. Y Dios se la envió bajo la apariencia de un hombre de la Ciudad que respondía al nombre de maestro Fredrik Lind.

Quizá quedara algún que otro lugareño en los alrededores de Gefle que esperaba bailar todavía en su boda, pero a estas alturas la mayoría ya sabía que ella se había fugado con su dote. Johanna se las había arreglado para falsificar un salvoconducto de viaje, consciente de que la mayor parte de los soldados no sabían leer; caminó cuatro días hasta Uppsala y luego adquirió un billete para llegar en carruaje a la

Ciudad. Había querido asegurarse de que nadie la encontraría, y la Ciudad era sin duda el lugar ideal para desaparecer por completo. Como había comprobado desde que vivía allí, aunque un centenar de personas te viera a lo largo del día, nadie reparaba en ti.

Ahora recorrió la calleja con la gastada tarjeta en la mano. Vio tiendas de telas y de objetos de porcelana; puestos ambulantes de comida, de escobas, pájaros, ollas y sartenes; una botica que le causó un momentáneo espasmo de nostalgia; al menos seis tabernas atestadas de parroquianos; un café situado en una segunda planta, que derramaba sobre la plaza un murmullo de conversaciones y el aroma del café tostado. Se detuvo frente a una casa de cinco pisos, aunque solo del ancho de dos habitaciones, pintada de color amarillo. El número 11. Dejó en el suelo la valija y el maletín de boticario, alisó su esclavina gris y se remitió un mechón de pelo en su sombrero. Gestos más bien inútiles para adecentarse, después de haber pasado la noche en la Gran Iglesia.

Acudió a su llamada un hombre pálido, con una cara alargada y sombría, que la examinó de pies a cabeza por la puerta entornada y susurró «Los criados por detrás» antes de cerrarle en las narices. Ella se apresuró a cruzar el estrecho pasaje que llevaba a la parte trasera. El mismo sirviente la esperaba allí con un aire de creciente irritación; ignoraba de quién podía ser el recado que traía la muchacha. El hombre era tan flaco que las blancas muñecas que le asomaban por las mangas del abrigo podrían haber sido muy bien husos de marfil pulido.

—¿Cómo puedo ayudar a esta joven dama? —preguntó.

Ella le tendió a aquel esqueleto la tarjeta del maestro Fredrik.

—Bien. Pero ¿puedo anunciar quién lo viene a ver?

—La señorita Grey, boticaria.

—Pase y espere aquí, por favor.

Dio media vuelta y desapareció por una puerta azul claro que se cerraba al parecer por su propia cuenta, dejando a Johanna en un pasillo situado entre dos habitaciones. Ambas estaban abiertas y se veían tan impecables y ordenadas como la tienda de un boticario. Había grandes vitrinas cerradas y estantes llenos de tarros, cajas y vasijas, que ocupaban dos paredes enfrentadas. Los frascos de vidrio azul oscuro estaban pulcramente etiquetados: CERÚLEO, BERMELLÓN, OCRE, VERDE VERONÉS. Aquel tesoro de colores le causó a Johanna un leve mareo. Se apoyó en la pared unos instantes hasta que oyó pasos en el vestíbulo. Entonces se irguió, dispuesta a saludar al hombre que había prometido ayudarla.

—¡Señorita Grey! ¿Qué divinidad la ha enviado? —exclamó el maestro Fredrik al cruzar la puerta azul—. Estoy abrumado por un monumental dolor de cabeza, tengo el estómago revuelto y las manos me tiemblan tanto que ni siquiera puedo llevarme una copa a los labios. Anoche hubo una tremenda bacanal y lo que quedaba de su tónico lo consumí hace mucho.

Johanna se quedó un instante con la boca entreabierta; luego se apresuró a abrir el

maletín de boticario que había tomado de su padre y sacó una botella del Tónico de los Excesos. El maestro Fredrik cogió un cuchillo, cortó el sello de cera y, sacando el corcho, bebió directamente de la botella.

—Un milagro —dijo, con una sonrisa que se desdibujó tan deprisa como la luz de una tarde de septiembre—. Aunque semejantes milagros suelen llegar con un sufrimiento aparejado. —La miró, guiñando un ojo—. No parece estar encinta. ¿Lo está?

Johanna meneó la cabeza enérgicamente, sonrojándose de indignación.

—No estoy embarazada. Vengo a hacer negocios, no a pedir caridad, maestro Lind.

—Mi querida señorita, cuando una joven a la que apenas puedo decir que conozco se presenta sola en mi puerta con sus pertenencias en una maleta y mi tarjeta de visita, es inevitable especular. Quizá pueda usted explicarme brevemente qué clase de negocio la trae aquí, pues estoy muy apurado.

Johanna no le contó que había huido para evitar sus nupcias, previstas para septiembre, sino que esperaba mejorar su formación en la Ciudad, inspirada por la visita que el maestro Fredrik había hecho a la botica de su padre la primavera pasada.

Había sido un frío sábado de principios de abril, justo después de mediodía, cuando todas las tiendas cerraban ya para el resto del día. La señora Grey estaba en la iglesia. El señor Grey había recibido una petición urgente para llevar un compuesto de digital y había salido corriendo. Johanna suspiró aliviada cuando oyó que la puerta de la botica se cerraba tras él. Era la hora bendita de su baño semanal. El calentador silbaba en el hogar y la gran tina de cobre, llena de agua caliente, estaba preparada en la trastienda. Con inmenso placer, Johanna se sumergió en el agua. Aún sentía en los brazos y las piernas los pinchazos de las ortigas que había estado recogiendo por la mañana. Cerró los ojos y, entre el vapor y la sensación de comodidad, se adormeció ligeramente. Soñó que oía una voz a lo lejos, el timbre agradable de un barítono cantando una alegre melodía veraniega.

El caballero entró en la tienda en penumbra y la canción subida de tono que venía gorjeando se desvaneció en sus labios. La botica estaba impregnada de una fragancia de especias exóticas que inducía a la calma, y las hileras de cajones y de tarros de porcelana alineados en estantes de nogal detrás del mostrador lo distrajeron unos momentos. Tras inspirar varias bocanadas de aquella densa atmósfera, carraspeó unas cuantas veces y, como no salía nadie, gritó:

—¡Hola! ¡Aquí hay un devoto de Baco en apuros!

Johanna despertó sobresaltada de su ensueño flotante y procuró levantarse con todo el sigilo posible, pero el agua salpicó ruidosamente en el suelo.

—¿Qué es eso? ¿La fuente de la juventud quizá, embotellada en secreto? —dijo a voces el caballero. Y antes de que Johanna pudiera dar un grito, cruzó el mostrador, abrió la puerta de la trastienda y la vio allí de pie, en la bañera, con sus pálidas nalgas ahora totalmente rojas a causa del calor del baño.

—¡Dios mío! ¡Un babuino saliendo del baño! ¡Ave, diosa babuino, pues veo por vuestra forma que sois hembra!

Johanna se envolvió con la sábana de baño empapada, sin saber si debía correr, gritar o volver a sentarse. Solo se oyó el agua goteando durante unos instantes, hasta que el caballero carraspeó una vez más y dijo:

—Vuestras nalgas de color escarlata contra el blanco de la sábana: una mancha de la tinta de la pasión derramada con las prisas del amante en un immaculado papel de lino. Diosa, me inspiráis unos compases de Bellman.

El color de un ángel.

Dos labios y un pecho.

Peligrosamente asomados...

Hizo una reverencia y se volvió.

—Aunque no he venido a cantarle poesías a una ninfa chorreante. He venido a curarme y la esperaré en el mostrador.

Dicho esto, salió de la trastienda. Mientras se secaba a toda prisa, Johanna se preguntó qué sería exactamente un babuino, y si eso significaba que el caballero la encontraba atractiva. Se vistió corriendo y salió a la tienda.

—Maestro Fredrik Lind, de la Ciudad —dijo. Era un hombre de mediana edad, corpulento, bien vestido, con esa cara mullida y salpicada de manchas que habla de las horas pasadas en las tabernas—. Por favor, olvide la naturaleza de nuestro primer encuentro, pero la campana de la iglesia se ha puesto a tocar las doce y la desesperación se ha apoderado de mí. Me han dicho que aquí encontraría el célebre Tónico de los Excesos de la botica de la Corona.

Johanna hizo otra reverencia y fue a buscar una de las botellas de vidrio transparente, que relucían con tonos rojos y dorados en el alféizar de la ventana. Cortó el sello de cera, sacó el corcho y vertió con cuidado una medida en una taza medicinal de porcelana. El caballero se la bebió de un trago, reprimió un estremecimiento y sonrió.

—Asombroso. Ya me siento mejor. —Se volvió hacia la hilera de botellas—. Me llevo esta y una docena más. Estar preparado lo es todo en la vida.

Johanna sintió que le subía un rubor placentero y fue a buscar las botellas. Mientras las colocaba en una caja de madera y las empaquetaba con paja, el maestro Fredrik le miró las yemas de los dedos.

—Dios mío, muchacha, también los tiene encarnados.

Johanna se agarró tímidamente las manos y murmuró que se las había manchado con los estambres secos de lirio que había estado triturando para obtener el pigmento.

—Soy el mejor calígrafo de la Ciudad, conocido sobre todo por los colores de mi tinta. Si el pigmento carmesí que elabora es tan bueno como este tónico rojo, me gustaría comprar un poco.

Johanna tomó con manos temblorosas uno de los frasquitos que usaban para los polvos medicinales, lo llenó de pigmento y, tapándolo con un corcho, lo depositó sobre el mostrador. El maestro Fredrik dejó la botella de tónico que aún sujetaba, le cogió una mano con delicadeza y, abriéndole los dedos, le besó las yemas con veneración.

—Ni un alma en toda la Ciudad habría sospechado que Gefle ocultara tales tesoros. ¡Debe usted venir! Una mujer que ejerciera el papel hipocrático sería una revolución; la población entera reclamaría sus servicios. —Dejó una tarjeta de color crema sobre el mostrador y le apretó un billete en la mano—. Si decide mejorar su posición y venir a Estocolmo, la señora Lind y yo estamos a su disposición.

Hizo una reverencia y salió de la tienda. Sin duda se había equivocado al darle una cantidad tan generosa, pero Johanna no lo llamó. Se quedó mirando aquella fortuna que tenía en la palma de la mano y comprendió que acababa de recibir una señal.

—¿Acaba usted de llegar, señorita Grey?

Johanna salió de su ensueño, sobresaltada por la voz del maestro Fredrik.

—Sí, así es —respondió, pues era cierto que acababa de llegar a la Casa Lind. No mencionó que llevaba en la Ciudad desde junio y que había encontrado trabajo en la taberna El Rabo de Cerdo. Había empleado ese tiempo en aprender el dialecto y en observar las costumbres de la Ciudad, y se había gastado parte de su salario en un mercadillo decente para comprarse un vestido a rayas de color crema y azul aciano y un sombrero de encaje decoroso. No quería presentarse ante el maestro Fredrik con el aspecto de una campesina. El trabajo en la taberna había resultado sencillo al principio, pero el dueño había pretendido muy pronto que hiciera algo más que servir mesas. Viendo que había sustituido una cárcel por otra, Johanna puso un puñado de semillas de estramonio en uno de los toneles de ron y decidió recurrir al maestro Lind. Las semillas no le causarían la muerte a nadie, pero sí podían provocar vista borrosa y accesos de locura entre los parroquianos de El Rabo de Cerdo, haciendo que perdiera su escasa clientela. Ahora era crucial que el maestro Fredrik le diera cobijo.

—He venido en busca de un empleo.

Él la observó, con el dedo índice en los labios.

—Una joven dama, ni demasiado tentadora ni inclinada tampoco a la tentación... ¿Tiene conocimientos de francés?

—*Oui, monsieur*. Y sé algo de latín también. He estudiado botánica y composición de medicinas. Me gustaría trabajar como boticaria, como usted mismo me sugirió, señor.

El maestro Lind abrió los ojos de par en par; una astuta sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

—No podría haber llegado en un momento más propicio, señorita Grey. —Salió al pasillo y dijo, alzando la voz—: Señora Lind, paloma mía, vaya a abrir el armario

ropero. Aquí hay una joven necesitada de ropa nueva.

La señora Lind se afanó entre arrullos y carantoñas. Cuando llegó el mediodía, Johanna había sido agasajada con té y pasteles, y se había lavado, vestido y peinado tal como correspondía a una joven de buena crianza, aunque carente de medios. El maestro Fredrik, que había dejado solas a las damas durante esta transformación, reapareció con un nuevo atuendo: una chaqueta de seda a rayas verdes y azul marino, unos calzones negros y un chaleco también negro con un bordado de peonías de un marfil cremoso que ascendían por la pechera, en torno a los botones plateados. Guiñó un ojo y la examinó.

—Señorita Grey... No puede llevar usted un nombre tan gris. En adelante será la señorita... Bloom, la hija de una empobrecida familia noble de las provincias del norte. Sí, Bloom, una flor. Y una bien singular, a fe mía, de la provincia de Upland.

Tomó un sombrero y una capa del colgador del vestíbulo y llamó a su esquelético criado para que cargara el equipaje de la señorita Bloom.

—Exagere su dialecto norteño, señorita Bloom. Quédese maravillada ante el esplendor que pronto contemplará, como haría cualquier muchacha de pueblo, incluso una con su pedigrí.

—¿Nos vamos? —dijo Johanna, con repentino desasosiego. Se había imaginado que la acogerían el maestro Fredrik y su afable esposa.

—No se inquiete, señorita Bloom. Las habitaciones en casa de *Madame* serán más de su gusto. Y las posibilidades de éxito, infinitamente superiores.

Arrastró con prisas a Johanna al patio trasero, donde aguardaba un tálburi. Subió de un salto, zarandeando el armazón con su formidable corpachón, y le tendió una mano a Johanna para ayudarla a subir. Ella la tomó ligeramente y se apretujó en el rincón opuesto del asiento. El caballo arrancó con una sacudida y cruzó la verja que daba a la plaza de los Mercaderes. El maestro Fredrik chasqueó las riendas y empezó a cantar.

Al trote nos alejaremos presto.

De esta bulliciosa bacanal.

Cuando grite la muerte: «Vamos, compadre, ¡Ya se ha colmado su reloj de arena!».

Viejo caballero, abandone sus muletas.

Y tú, jovenzuelo, acata mi ley también.

La dulce ninfa que ahora os sonrío.

Habrà de llevaros del brazo en un santiamén.

—¿Conocen en el campo la música de Bellman? —preguntó. Johanna negó con la cabeza y él detuvo la marcha bruscamente—. ¿No? Ah, joven, pues si quiere conocer la Ciudad, ¡Bellman es el verdadero maestro!

Dicho esto, hizo restallar el látigo y el caballo volvió a arrancar al son de otro

verso. Avanzaron por el concurrido centro de la ciudad, entre altos campanarios y callejas atestadas de gente y de ganado; pasaron por un puente a la isla del Rey y tomaron una senda muy trillada que discurría junto al lago Mälaren. A un lado se extendían los campos y los bosques, hierba crecida y pinos frondosos. Al otro lado, la deslumbrante superficie azul del lago, salpicada de aves y de rizos de espuma. El aire olía a abeto y a mar, y Johanna aspiró con placer esa fragancia mientras el viento le ponía en los brazos la carne de gallina.

—Bueno, señorita Bloom, ¿y qué la impulsó exactamente a salir de Gefle? —dijo el maestro Fredrik, rompiendo el silencio.

Johanna bajó la vista a sus manos; enseguida volvió a alzar la cabeza y le sostuvo la mirada.

—He venido a buscarme un futuro, señor, y preferiría que mi pasado quedase donde lo he dejado.

El maestro Fredrik detuvo el carruaje.

—En este mismo instante vamos al encuentro de su futuro, y del mío, si es usted la joya que yo creo que es: una muchacha modesta pero bien educada, que sabe leer y escribir, que elabora medicinas... Si supiera cantar y tocar el cistro me la habría quedado para mí y para la señora Lind. —Johanna se sonrojó ante tales cumplidos, pues no estaba habituada a elogios de ninguna clase—. Solo recuerde que la discreción es un rasgo admirable, señorita Bloom. Deje que yo cuente su historia y allane el camino para que llegue usted al corazón de *Madame*.

El maestro Fredrik chasqueó las riendas y el vehículo se puso en marcha nuevamente. Tras una última cuesta, apareció a la izquierda, entre los campos de colza, una alameda formada por dos hileras perfectas de sauces negros, coronados de relucientes hojas verdes. Gullenborg se destacaba al fondo.

—Contemple esa espléndida casa que ya nos hace señas —dijo el maestro Fredrik—. El acogedor tono dorado; los ribetes de un gris acerado. La gravilla... rosa. ¡Gravilla rosa! No esos colores barrocos que se ven en la tundra, ¿eh, señorita Bloom? —Giró por un estrecho sendero antes de llegar a la mansión principal y se dirigieron a un establo de estuco blanco—. Visitaremos a *Madame* a su debido tiempo, pero primero hemos de atender un asunto —dijo, deteniendo al caballo con un tirón y un manotazo adicional.

—Según entendí, es usted el principal calígrafo de la Ciudad, señor —dijo Johanna.

—Así es. Pero *Madame* ha solicitado mi ayuda en otro asunto. Ha encargado un nuevo abanico y, por lo visto, el fabricante, *monsieur* Nordén, que se formó en París, encuentra que los tejidos disponibles en la Ciudad son de calidad inferior. Yo voy a demostrar que no es así. —El maestro Fredrik se bajó del tálburi y le tendió la mano a Johanna—. *Madame* se empeña en que ha de ser piel de pollo. Es una superficie sublime para pintar: ligera, resistente, translúcida. Una textura ligeramente rugosa, pero tan suave que el lápiz y el pincel se mueven por ella como dirigidos por la mano

de Dios. Y pocos, aparte de Dios, se lo pueden permitir —añadió, señalando la casa con la barbilla—. ¿Ha poseído alguna vez un abanico?

—No, señor. No he tenido dinero para ello —dijo Johanna.

—Quizá lo tenga pronto. —El maestro Fredrik se quitó la capa de los hombros, sacó del bolsillo una cajita de rapé de plata, inhaló una dosis generosa y empezó a caminar. Johanna no se había movido de su sitio—. Vamos, señorita Bloom. Esto no es una tienda de abanicos, pero es donde empiezan los abanicos. ¿No siente curiosidad?

Johanna se bajó del carruaje y preguntó si asarían el pollo después de quitarle la piel. Hacía mucho que no comía bien. El maestro Fredrik se rio con ganas y le abrió la puerta del establo, haciéndole una reverencia exagerada. Un peón y un muchacho saludaron al maestro Fredrik, lanzándole miradas furtivas a Johanna.

—Hoy le he traído una muchacha avispada a *Madame* —dijo el maestro Fredrik.

—Ah, *Madame* estará encantada con su aspecto, señorita. Lisa como una tabla, así no crea problemas —dijo Papá Berg—. Al Joven Per pronto lo trasladarán a la casa grande, quizá puedan hacer pareja. Te van a cepillar a base de bien, chico, en lugar de tener que cepillar tú a los caballos.

Le dio una palmada en la cabeza a Per, soltando un estridente cacareo. Johanna volvió la cabeza como para mirar por la ventana.

El maestro Fredrik se frotó las manos con expectación.

—¡Bueno, Papá Berg; bueno, Joven Per! ¿Dónde está la dulce *Clover*?

El hombre abrió un pesebre y entró. Johanna se asomó sobre la barrera de madera para mirar. Papá Berg se había arrodillado junto a una vaca marrón claro, preñada de un ternero, que mascaba heno y miraba inexpresivamente una bala de paja. El Joven Per le rodeó la cabeza con una mordaza, atándola a una anilla del suelo; luego le amarró las piernas con correas de cuero y le dio un par de palmaditas. La vaca dejó escapar un gemido ronco. Entonces centelleó una hoja junto al vientre inflado del animal y un río de sangre manchó la paja amarilla que la rodeaba. Johanna sintió que le fallaban las rodillas. Se agarró a la barrera del pesebre tan precipitadamente que se clavó unas astillas en las palmas. El maestro Fredrik tomó otro pellizco de la diminuta caja de plata.

—Vaya, vaya, maestro Fredrik, tiene usted la suerte del diablo —graznó Papá Berg—. ¡Parece que son gemelos! —Sacó dos becerros de la matriz todavía palpitante y los colocó uno junto a otro sobre un grueso montón de paja—. No se apure, señorita. Los becerros tienen un elegante futuro, ¿verdad, maestro Fredrik? Los limpiaré antes de que se marche; así usted y la señorita podrán echar un vistazo a las pieles. —Le hizo un guiño a Johanna, que todavía se agarraba a la barrera para no caerse.

El maestro Fredrik miró a la pálida y temblorosa joven.

—Usted ya sabía, claro está, que lo de piel de pollo era un modo de hablar, ¿verdad? —Johanna negó con la cabeza—. Es un término del oficio, querida. Un

pollo no bastaría ni para un abanico de bebé. También podría usarse piel de cabrito, pero la Uzanne no tiene cabras; no le gusta cómo huelen.

Se volvió hacia Papá Berg.

—¿Un traguito antes de despellejarlo? ¿El Joven Per ya tiene edad para dar un sorbo? —Los dos asintieron alegremente. El maestro Fredrik sacó del bolsillo de su chaqueta una petaca de plata y se la pasó al hombre—. Venga, señorita Bloom, vamos a preguntar ahora sobre su empleo.

Recuperó la petaca y salieron de los establos para dirigirse a la parte trasera de la casa.

La doncella recibió al maestro Fredrik en la entrada de proveedores y tomó su sombrero y su capa.

—¿Hoy no tiene una canción para mí, maestro Fredrik? —dijo.

—No, Louisa. Se me ha irritado la garganta de tanto cantarle a la señorita Bloom —dijo él, señalando a Johanna.

Louisa la examinó con desdén.

—Un ramillete insólito —dijo, sorbiendo por la nariz.

—Directamente recogido de Upland —respondió él—. Informe a *Madame* de que le he traído un espécimen singular de verdad.

La doncella desapareció por un largo pasillo gris y el maestro Fredrik se sentó con un gruñido en un taburete tapizado. Johanna permaneció de pie, con los brazos rígidos a ambos lados, observando el pulido *parquet* y la abundancia de cristal.

—Sobre todo, no se muerda el labio —dijo el maestro Fredrik—. *Madame* tuvo una vez una criada que no podía parar, y se vio obligada a curarla haciendo que le quitaran varios dientes.

Louisa regresó y los condujo a un salón. Un gran mural decorativo abarcaba tres paredes: una recargada escena de estilo chino, en dorados y esmeraldas, salpicada con flores y pájaros exóticos. *Madame* se hallaba sentada en el centro, frente a un secreter de ébano, examinando un enorme libro de cuero. Bien podría haberse tratado de la emperatriz de un reino mítico, a juzgar por su vestido verde esmeralda, por la perfección de su peinado y por la gracia con la que se volvió hacia el umbral.

—Maestro Fredrik, ¿qué me ha traído?

Él se apresuró a tomar su mano extendida, pero la Uzanne tenía la vista fija en Johanna.

—Una dama joven y refinada que podría ser su acompañante, tal como usted solicitó. Vino a mí buscando empleo, pero yo he pensado primero en *Madame* —dijo el maestro Fredrik, con una inclinación—. Permítame presentarle a la señorita Bloom.

Johanna vaciló un instante; enseguida se aproximó al escritorio e hizo una reverencia, como si estuviera acostumbrada a hacerlo todos los días. La Uzanne se levantó y fue rodeando a Johanna como un tratante de ganado en una feria, mientras elaboraba un detallado inventario: textura y color del pelo, amplitud de hombros,

pechos, torso, caderas, piernas, pies y manos. Cogió el brazo de Johanna y lo apretó ligeramente; luego la miró directamente a la cara.

—Tiene la piel perfecta, pero la han descuidado en los demás aspectos, señorita Bloom. Me pregunto a quién se le ocurriría matar de hambre a un purasangre.

—Ah, proviene de un linaje excelente, *Madame*, un padre docto y noble, y una madre devota. Su flaca constitución obedece sobre todo al piadoso rechazo de la carne: una parte de las creencias religiosas de su madre, por así decirlo.

—¿De dónde es usted, señorita Bloom?

El maestro Fredrik se apresuro a responder.

—Del norte, *Madame*, una ciudad con solo...

La Uzanne alzó una mano.

—Me gustaría oír a la joven.

—Soy, en efecto, de Upland, *Madame* —respondió ella, modificando las inflexiones para desplazar su acento mucho más al norte—. Mis padres sufrieron un revés de la fortuna, como tantas otras familias nobles en estos tiempos. Tengo muy poco, aparte de mi nombre, y este significa cada vez menos.

—Sé muy bien de qué habla, señorita Bloom —dijo la Uzanne, abriendo su abanico lentamente y agitando el aire alrededor de la muchacha.

—Padre y madre se angustiaban con desesperación por mi futuro. Su esperanza era que pudiera abrirme camino sirviendo.

—¿Sabe leer y escribir? —La Uzanne se acercó todavía más a Johanna; la fragancia de su perfume se mezcló con el leve olor a establo que perduraba todavía en los zapatos de la joven.

—En efecto, *Madame* —dijo Johanna—. Tanto el sueco como el francés. Y mi latín es superior al de cualquier chico de mi edad.

—Bien. —La Uzanne asintió. Una peineta con gemas citrinas destellaba en su pelo—. ¿Ha estudiado el uso del abanico?

Johanna respondió con sinceridad, pues no era una destreza que pudiera simular.

—No, *Madame*. No teníamos oportunidad de practicar tales refinamientos.

—La muchacha es demasiado modesta, *Madame*. —El maestro Fredrik se situó junto a Johanna—. Es una experta boticaria. Yo mismo soy uno de sus pacientes.

—Entonces, ¿ha sido adiestrada en la preparación de medicinas y remedios? —preguntó la Uzanne, ahora sonriendo con calidez. Tomó a Johanna de la barbilla y miró sus ojos azul claro.

—Sí, *Madame*. Me enseñó mi padre, que es un hombre docto en todo tipo de compuestos y productos botánicos. Tengo un maletín de preparados a mi disposición.

—Eso podría resultar útil —dijo la Uzanne suavemente, alzando la mano hasta la mejilla de Johanna y dejándola allí unos instantes—. Me gustaría que me hablara más de ello.

Johanna advirtió la rigidez de sus brazos, la tensión de su cuello.

—Conozco todos los remedios comunes elaborados con plantas, pero también

tengo conocimientos sobre otros compuestos más potentes: digital, árnica, belladona florentina, láudano persa, polvos de valeriana y lúpulo, que provocan el más profundo de los sueños. También he recibido lecciones de cocina —añadió Johanna, aunque dudaba que *Madame* quisiera probar las cosas que ella sabía preparar: pan de corteza, carne de reno en salazón e insípida sopa de guisantes amarillos.

—No, querida. La cocinera monta guardia en mi cocina como un duende. Tengo otros planes para usted —dijo la Uzanne—. Será bien recompensada, se lo prometo. —Se volvió con una sonrisa radiante hacia el maestro Fredrik—. Igual que usted.

Johanna observó de cerca el vestido que lucía su señora, un modelo largo de seda esmeralda damasquinada con frunces cosidos llenos de perlas diminutas que iban del cuello a la cintura, y con bordados de vides que descendían serpenteando por las costuras laterales y se desplegaban alrededor del dobladillo de la falda. Al final de cada vid había una flor fantástica a punto de abrirse. Era como si el vestido llevara en sí las semillas del futuro de Johanna; volvió a hacerle una reverencia a la Uzanne, esta vez de un modo más sentido y elegante.

—Fíjese —murmuró el maestro Fredrik—. ¡Quizá debería habérmela quedado para mí!

Capítulo quince

ESTRATOS ESPACIOSOS

Fuentes: E. L., M.F. L.

Desde luego, yo había oído mencionar el nombre del maestro Fredrik muchas veces, pero nunca había tenido motivos para hacer negocios o relacionarme con él. Lo conocí en la Logia Masónica. En una inesperada muestra de humanidad, el superior se apiadó de mí al conocer la repentina desaparición de Carlotta. Me sugirió que su logia sería un lugar adecuado para trabar relación con padres deseosos de desposar a sus hijas con un hombre que compartiera sus creencias. Eso me dio un respiro hasta bien entrado el otoño.

Los masones se reunían en el palacio Bååtska de la isla Blasie, un formidable edificio de líneas severas y blancas columnas, provisto de un sencillo reloj en lo alto del tejado de cobre, justo sobre la entrada, que me recordó que llegaba tarde a mi primera reunión. El maestro Fredrik, un masón con varios años de antigüedad, estaba en el mismo aprieto. Nos apresuramos a entrar juntos y él me tomó desde entonces bajo su ala.

Una tarde de principios de otoño, el maestro Fredrik y yo caminamos juntos hacia la Ciudad tras un largo cónclave. Hablábamos de los derechos de aduana que se aplicaban a los artículos menores que le procuran a uno placer, y ambos coincidíamos en que habría que permitir que tales artículos entraran libremente en el país. Él se detuvo y observó su reflejo en la vidriera de una panadería. Bajo la luz adecuada, y a la distancia precisa, el maestro Fredrik tenía todavía un aire gallardo.

—Los habitantes de los países nórdicos tienen un humor melancólico y se encuentran muy necesitados de alegrías —me dijo mientras estudiaba el estado de su pelo, que había sufrido un poco con el fuerte viento que se había desatado—. Esos pequeños lujos acuden en nuestro socorro.

Mencioné la reciente incautación e incineración de varias cajas de abanicos chinos, y él no perdió tiempo en explicarme su estrecha relación con la Uzanne. Me tomó del brazo, arrastrándome por la calle del Puerto hacia el Jardín Real.

—*Madame* posee sobre los abanicos unos conocimientos enciclopédicos dignos de Diderot, y una colección de ejemplares que sencillamente no tiene parangón, señor Larsson —me dijo el maestro Fredrik, ajustándose el cuello de su abrigo para protegerse del viento. Llegamos a lo alto del parque, con sus avenidas de árboles enmarcando el Palacio Real al otro lado del agua—. *Madame* es una persona de exquisito refinamiento. Sus vestidos, su mobiliario, su hospitalidad... Un árbitro de elegancia. Usted hallaría sin duda en *Madame* un espíritu afín, siendo como es un hombre tan refinado.

—No soy refinado en modo alguno, maestro Fredrik. Tiene usted la terrible costumbre de adularme.

—Reconozco el buen paño cuando lo veo —insistió él. Luego bajó la voz—. *Madame* y yo nos hemos hecho confidentes. Ella recurre a mí para cumplir sus deseos más recónditos.

No pude por menos que reírme, tan ardiente era su tono.

—¿Se está usted confesando, maestro Fredrik?

—¿Confesando? ¡No, por Dios! ¿Acaso ha llegado a sus oídos alguna calumnia en relación con *Madame* y conmigo?

—Nada en absoluto, maestro Fredrik. Aunque nadie ponga en duda su atractivo, por otra parte —añadí.

—*Madame* me tiende su mano de modo amistoso y servicial. Cuando llegue el momento, intervendrá para mejorar mi posición en la corte. Me concederán un título.

—¿Un título? ¿Es lo único que ella le concederá?

Esta vez se echó a reír y se embarcó en una variante de una canción de Bellman, supliendo las partes de clarinete con unos trompeteos muy expresivos de sus labios.

Ta-ta-ra-rí, la Uzanne, sí.

Ta-ta-ra-rá, me sonrío a mí.

Con su sombrero en mano.

De una cinta rosada ornado.

Y con un ramito en el pecho.

¡Faldas con volantes, ay de mí!

Ta-ta-ra-rí, ¡Uzanne, ven aquí!

Ta-ta-ra-rá, ¡que agilidad!

De un salto llega a la ribera.

¡Con esa popa y esa delantera!

Fingí una expresión escandalizada y luego me sumé al coro con una segunda voz.

—Conoce bien esta música —dijo, sinceramente admirado.

—Yo también llamaría «maestro» a Bellman —repliqué con fervor.

Él me dio una palmada en la espalda.

—Nos estamos haciendo amigos, señor Larsson.

Recorrimos en silencio el sendero de grava que descendía hacia el puerto. El sol bajo de la noche confería un tono dorado a los troncos de los sauces enanos. El palacio real se extendía a lo largo de la esquina noreste de la Ciudad: una masa oscura recortándose contra un cielo aún más oscuro. Sentí la punzada de la lluvia en el viento furioso.

—Al parecer tenemos mucho en común, señor Larsson. ¿Puedo ofrecerle un refresco? ¿Una cena temprana, quizá?

Yo debía estar en los muelles antes de una hora, así que la cena quedaba descartada. Pero normalmente me tomaba un café dulce y cargado antes de comenzar mis rondas nocturnas, así que le propuse que hiciéramos una parada en el *Perambulator*, un café instalado en una segunda planta de la calle del Agua. Seguimos el aroma del café tostado por la angosta escalera y encontramos una mesa cerca de

una ventana, por donde entraba el aire fresco. El local resplandecía de luz y estaba atestado de caballeros, que o bien se recuperaban de la borrachera o bien se disponían a hacer estragos con aire festivo. Hicimos nuestro pedido y el maestro Fredrik regresó al que era a todas luces su tema predilecto.

—*Madame* Uzanne posee un singular talento; no hay que subestimarla en modo alguno. Es algo que percibes, siempre que estés dispuesto, eso sí, a aceptar la existencia de un magnetismo personal semejante. Yo, para empezar, nunca he aceptado que sea únicamente lo racional lo que nos gobierna; al contrario, lo racional parece recubrirnos más bien como una prenda que nos ponemos y quitamos dependiendo de la hora.

—Es usted un filósofo elocuente —dije, echando tres terrones a mi taza y revolviendo con la cucharilla.

Él desechó el comentario con un gesto.

—Bueno, ¿quién es el adulador? No, señor Larsson: la filósofa ilustrada es *Madame* y ha de conocerla usted sin falta. A ella sin duda le encantaría trabar conocimiento con alguien que recorre los vericuetos por donde entran en la Ciudad todas esas maravillas que ella luce con inigualable elegancia. —Ahora comprendí el propósito de su generosidad. Yo evitaba ese tipo de enredos y así se lo dije, pero el maestro Fredrik era persistente—. Las jóvenes más atractivas de la Ciudad se reúnen en su salón. Tal vez pueda usted hacer un trueque y acceder a un tipo de belleza dando acceso a otro —apuntó.

El nombre de la Uzanne había ido ascendiendo como la luna en mi firmamento: unas veces lleno y prominente; otras, reducido a una rodaja finísima envuelta en las nubes de la conversación. Quizá, como creía la señora Sparrow, la Uzanne era mi Compañera: una conexión útil en mi búsqueda del ocho. Y acaso a través de ella pudiera saber más sobre la grave situación de Carlotta, o tuviera la oportunidad de defenderla.

—*Madame* va a iniciar una nueva temporada de clases y ha ampliado el espectro para poder incluir a la flor y nata de los estamentos inferiores. —Me miró a los ojos—. La riqueza, señor Larsson. Un bálsamo para los plebeyos. —Dio un largo sorbo de café—. Voy a empezar a trabajar en los anuncios: papel artesanal cremoso de Praga, salpicado de pétalos de lila, con un baño de oro en los bordes y letra de una exquisita tinta verde. Me encargaré de que reciba una. Gratuitamente, desde luego. —Me miró y, como no hice comentario alguno, prosiguió—. Preparar invitaciones extra es de rigor en mi trabajo: una anfitriona descubre con frecuencia que ha olvidado a un personaje importante, o que desea dar coba a alguien. Yo me quedo con las sobrantes. Y le aseguro que están muy solicitadas.

—Una actividad suplementaria muy ingeniosa —reconocí.

El maestro Fredrik se encogió de hombros.

—Le asombraría la cantidad de peticiones que recibo. Al principio lo hacía como un regalo o un favor a personas escogidas. Pronto descubrí que la gratitud solía

expresarse en dinero contante y sonante. La señora Lind está encantada con este arreglo; ella necesita sus galas también. Por no hablar de los chicos. Sus uniformes me cuestan cada uno el salario de un mes. Eso sí, limito esta práctica cuidadosamente y emparejo a los invitados y los eventos tras mucha consideración.

—Me honra ser considerado siquiera —dije.

—Tiene un modo muy fácil de devolver el favor. —Esperé mientras el maestro Fredrik daba un sorbo de café—. ¿No le he oído mencionar el callejón de los Franciscanos? —Moví la cabeza en los dos sentidos: sí y no—. Hubo una fiesta de solsticio de verano en los salones de juego de ese lugar que regenta una tal señora... ¿Cuervo? ¿Mirlo?^[1]

—He oído hablar de esos salones —dije—. Son muy exclusivos.

El maestro Fredrik se inclinó sobre la mesa.

—La fiesta la organizaba el duque Carlos, que es un aficionado a las artes adivinatorias, y amigo íntimo de *Madame*.

Me hizo un guiño, como si él mismo hubiera estado allí.

—Ha de resultar todo un privilegio ser invitado a una recepción semejante —dije.

—Si se lo explico no es para inspirarle envidia, sino para abrirle las puertas de una ocasión única. *Madame* cree que le arrebataron con trampas un abanico durante una reñida partida de cartas de esa fiesta exclusiva, y está deseosa de recuperar su tesoro. Ahí tiene un caso para resolver.

—Soy funcionario de Aduanas, no policía.

—Si yo le ofreciera la oportunidad de conocer a *Madame*, y de servirla, seguro que usted se sentiría impulsado a recuperar su abanico por los medios que fueran necesarios. Y ello redundaría en nuestro mutuo beneficio.

Antes de que pudiera proseguir, se desató un altercado en el otro extremo del café y sonó un estrépito de porcelana haciéndose añicos en el suelo.

—Yo estoy acostumbrado a un ambiente más humilde, maestro Fredrik. Dudo que encajase en semejante compañía.

—Hay estratos más espaciosos por encima de nosotros, señor Larsson. Solo hemos de propulsarnos hacia arriba —dijo tirando de sus guantes marrones de cabritilla—. Pero la cooperación es esencial. Para decirlo en términos vulgares, si usted me da un empujón, yo le ofreceré una palanca. Así es como se labran las fortunas. —Me tendió la mano y yo se la estreché—. Tengo mucho que enseñarle en este terreno, pues yo mismo he trepado mucho más arriba de lo que nadie habría soñado.

—Me beneficiaré de su instrucción, no me cabe duda —dije, y de repente la imagen del ocho de Libros apareció en mi mente: un hombre y una mujer estudiando música juntos: quizás él y la Uzanne, examinando las *Epístolas* musicales de Bellman. Los Libros, además, eran el palo del esfuerzo; y el maestro Fredrik era a todas luces un paladín del ascenso por la escala social. También llegaba a cotorrear como el loro encaramado en las ramas por encima del hombre y la mujer. Estaba

seguro: había encontrado al Maestro de mi Octavo.

Capítulo dieciséis

UN RECADO DE LA SEÑORA SPARROW

Fuentes: E. L., Sra. S, Katarina E.

Celebré aquel mes de noviembre la fiesta de San Martín con una noche enfebrecida de naipes, al final de la cual, ya bien borracho, me empeñé en hacer una consulta en la habitación superior. El Octavo se estaba volviendo acuciante de nuevo: el superior empezaba a impacientarse ante mi falta de progresos. Tenía muchas preguntas que hacerle a mi Llave. La señora Sparrow, hacia las dos de la madrugada, me guio amablemente por la escalera. Lo que recuerdo a continuación es la imagen de ella tratando de despertarme de un profundo sueño. Habían descornado las cortinas y abierto la ventana al aire fresco de un cielo otoñal. Yo tiritaba bajo la manta con la que me habían tapado durante la noche y tomé, agradecido, la taza humeante que me ofrecía. El aroma del café cargado me despejó. Observé la habitación superior, donde por lo visto había pasado la noche. En todas mis visitas anteriores estaba sumida en una penumbra permanente pensada sin duda para los clientes. Bajo la luz intensa de la mañana, no había disimulo posible: las tablas del suelo pedían a gritos un lijado y un buen encerado, las paredes de color marfil estaban rozadas y deslucidas, y marcadas con el fantasma de los cuadros ausentes. Las cortinas azules, lujosas en su día, se veían deshilachadas en los dobladillos, y los sillones tapizados mostraban relucientes peladuras en los brazos. La estufa era el único objeto de la habitación que había envejecido bien. Era de un precioso color verde musgo, con ribetes dorados y una puertita de bronce. Los mosaicos aún conservaban el calor de las ascuas de la noche y yo acerqué el sillón para calentarme.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—La hora del desayuno; y yo estoy muerta de hambre. Tráigase su taza y vayamos abajo. Nunca como en esta habitación y tengo que enseñarle una cosa —me dijo la señora Sparrow.

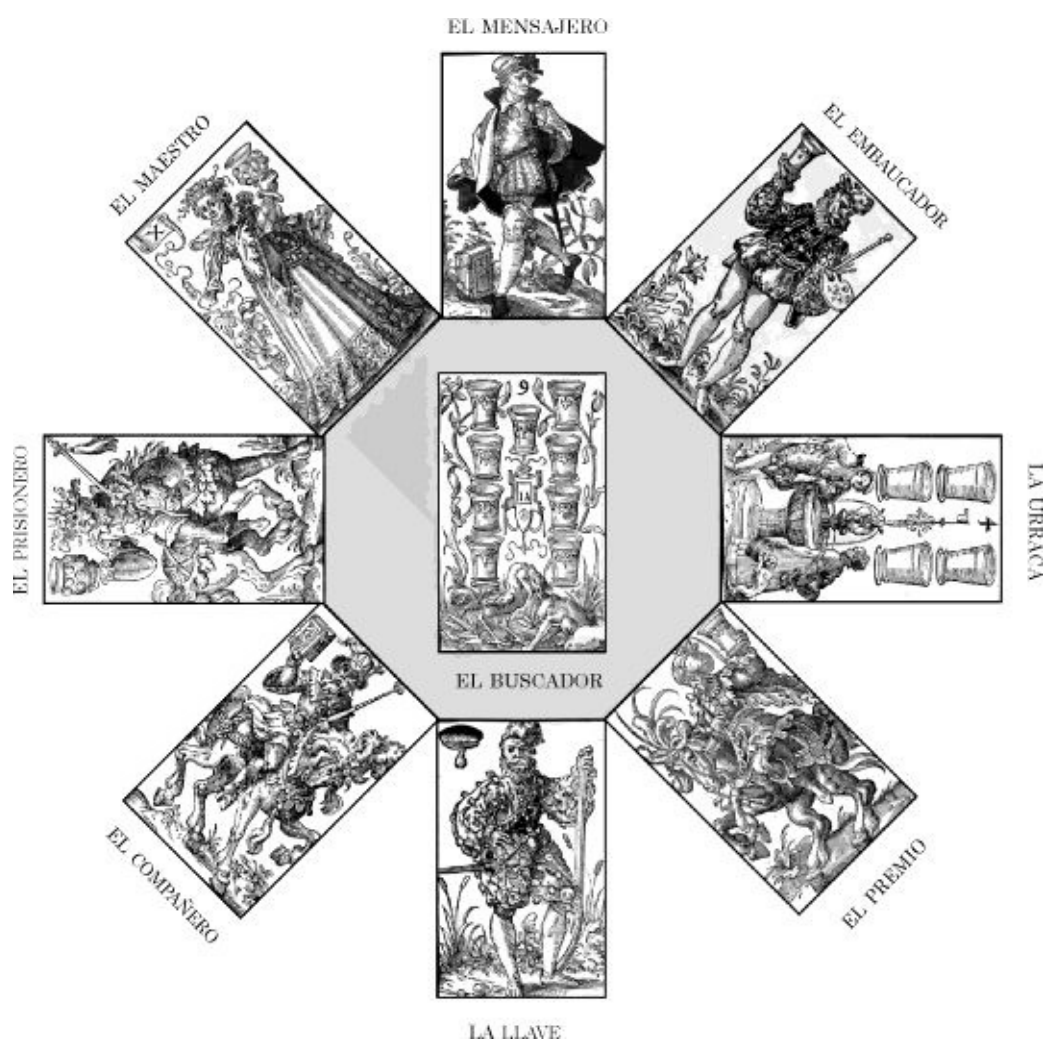
Entramos en el salón de juego, ahora desierto e iluminado por las velas casi consumidas de un candelabro. Las estufas estaban frías y los suelos todavía sin barrer, pues era sábado y esa noche no habría partidas. La gente no salía sabiendo que tenía que estar impecable a la mañana siguiente en la iglesia. En una mesa había un par de quevedos y un solitario guante amarillo; en otra, una zapatilla de mujer. Yo no debía de ser el único juerguista con resaca, a juzgar por la cantidad de botellas vacías de vino y champán desperdigadas por todas partes. Ocupamos la única mesa limpia, cubierta con un mantel blanco, donde ya estaba servido el desayuno: un cuenco de manzanas, pan tostado, un plato de queso, una olla de cerámica con arenques y cebolla, mullidos panecillos de trigo, mantequilla y mermelada. La señora Sparrow le indicó a Katarina con un gesto que se retirara y cerrase las puertas. Solo se colaban unos rayos de sol por las rendijas de las cortinas.

—A Katarina le encanta limpiar después de estas veladas salvajes. Encuentra muchas cosas que la gente se ha olvidado, las vende en un mercadillo de la plaza del Hierro y le sale muy a cuenta —dijo la señora Sparrow—. Está ahorrando para su boda con el portero, ¿sabe? —Yo encajé la palabra «boda» con una mueca y ella me dio una palmadita en la mano—. Paciencia señor Larsson. Paciencia y vigilancia.

Volvió a llenar las dos tazas de café y empezó a saborear el suyo como si fuera un coñac de lo más selecto. Pasaron varios minutos; finalmente dejó la taza.

—He descifrado mi Octavo —me dijo— y deseo mostrárselo.

Metió la mano en el bolsillo de su falda, sacó la baraja alemana y distribuyó las cartas entre los platos y las tazas según el esquema que ahora ya me resultaba bien familiar. Sin embargo, me alarmó ver algunas cartas muy conocidas, incluida la Sota Superior de Libros, mi propio Buscador.



—¿Quiénes son? —pregunté.

—No están confirmadas las ocho. He pasado las últimas semanas intentando descifrarlas, tratando de detectar señales y confirmaciones. Una cosa es segura: estoy rodeada de poder.

Me eché a reír con alivio y unté un panecillo con una gruesa capa de mermelada de fresa.

—Entonces estoy dispensado, señora Sparrow, pues esa Sota con capa roja no puedo ser yo.

—Al contrario: es usted —respondió, levantando la vista con un sobresalto—. ¿Por qué cree, si no, que se la estoy enseñando?

—Usted acaba de decir que estaba rodeada de nobles. Yo soy un plebeyo —protesté.

—Rodeada de poder, señor Larsson, no de nobles. Es lo primero lo que me interesa. —Volvió a concentrarse en el Octavo—. Aquí está mi Compañero, el Rey de Libros. El más noble de los reyes de la baraja, un hombre erudito y refinado. Un hombre poderoso que se entrega plenamente a la vida: lleva el esfuerzo inscrito en su naturaleza. También es un guerrero... ¿ve el casco bajo su corona? Y lleva un cetro rematado con una flor de lis: un vínculo con Francia, sin duda. —Tocó la carta con delicadeza—. Hay muchos hombres que encajan en esta descripción, y en otra época, en otro Octavo, investigaría más allá de la opción más obvia. Pero en estos tiempos, ha de ser él: el hombre que ha sido mi amigo durante tantos años.

—¿El rey Gustavo? —pregunté, sabiendo bien que ella no podía contemplar a otro.

—Y a su lado, el Rey de Vasijas de Vino. El duque Carlos.

—El duque Carlos no es rey —dije, mordisqueando el panecillo.

—Pero está deseoso de serlo. Me ha venido a ver muchas veces desde el solsticio.

—Me sorprende que le haya abierto su puerta de nuevo, dadas sus pérfidas inclinaciones.

—El duque Carlos es el hermano del rey y el gobernador militar de Estocolmo —respondió—. Además, me paga regimiento para que le relate una y otra vez la visión de sus dos coronas: como el cuento favorito para dormir de un niño consentido.

—¿Y le ha tirado las cartas del Octavo a Carlos? Al fin y al cabo, usted tuvo una visión sobre él.

—Se lo pedí. Una vez. No tiene paciencia —dijo, dando unos golpecitos con el índice en el rostro del rey de Vasijas de Vino—. En mi Octavo, el duque Carlos es el Prisionero, y yo voy a mantenerlo bien amarrado. Ya le he advertido de que no le haga ningún daño a Gustavo, o sus dos coronas se desvanecerán. —La miré con desconfianza—. Cualquier adivina que se precie adorna sus consejos —dijo.

—¿Y qué me dice de la Reina de Vasijas de Vino? La misma carta que la de mi Compañera. —Aguardé a que pronunciara el nombre, pero no lo hizo—. La Uzanne.

—¿La Uzanne en el papel de mi Maestro? No. No hay nada que yo desee aprender de ella. Hay cincuenta y dos cartas en la baraja y decenas de miles de personas en la Ciudad. Nosotros dos solo tenemos en común una carta del octógono. Pero me alegro de que haya situado por fin a la Uzanne en su propio Octavo, señor Larsson. Ella le será útil en su búsqueda del amor, estoy segura. —La señora Sparrow tomó una manzana y empezó a pelarla con un cuchillo—. Aquí, la Reina de Vasijas de Vino, mi Maestra, es la esposa del duque Carlos, la Pequeña Duquesa. Una mujer

inteligente, traicionera y muy cercana al trono; los dos se oponen a mi Rey. Fíjese: ella yace junto al duque Carlos en el diagrama, aunque raramente lo haga en la vida real, según lo que oigo decir. —Advirtió que yo arqueaba las cejas—. Las cartas confirman muchas cosas, incluidas las escandalosas. ¿No ve cómo el duque mira para otro lado?

Cortó un pedazo de manzana y se lo metió en la boca.

—¿Y el Mensajero? La verdad, señora Sparrow, no veo cómo encajo yo ahí. Si significa literalmente llevar cartas y paquetes por la ciudad... bueno, cualquiera...

—No para el acontecimiento que presagia mi Octavo. —Puso una mano sobre la mía y noté que se me erizaba el vello del brazo—. Mi Mensajero ha de ir y venir indistintamente por lugares elevados y rastreros sin llamar la atención. Requiere dotes de observación, habilidad para conversar y una discreción intachable. Es ese tipo de persona que se mezcla fácilmente con la multitud, vestida con ropa de calidad pero no ostentosa. Un hombre capaz de aguantar la bebida y de charlar de un modo educado, aunque superficial, con casi todo el mundo. Yo le he visto hacer todo esto en mis mesas. Usted sabe mentir, y también cuándo le mienten. Su oficio le da acceso a cualquier clase de negocio, y su sexo a todos los demás lugares. En suma, es usted perfecto.

No pude evitarlo: me sonrojé ante sus cumplidos.

—¿Qué me dice, entonces, de su Embaucador, la Sota Superior de Copas? También él está entre mis ocho. Es el Premio.

—¿Quién es su Premio, señor Larsson? —preguntó. Reconocí que todavía no lo sabía, aunque creía que se trataría probablemente de algún adinerado compañero de logia con una bella hija. Ella contempló las cartas, ladeando la cabeza—. Mi Embaucador no es alguien con quien usted habría tenido mucho contacto en otras circunstancias, pero quizá llegue a tropezárselo como Mensajero mío. Hemos hecho negocios algunas veces y con resultados extraordinariamente satisfactorios. Se trata del fabricante de abanicos Nordén.

—Me suena su nombre... Es un nuevo miembro de nuestra Logia Francmasónica. Invitado por el maestro Fredrik —dije.

—Nordén es un estudioso de los misterios, y un Realista a carta cabal. Somos espíritus afines en muchos sentidos. —Siguió el recorrido alrededor del octógono y afirmó que la Urraca debía de ser la señora Von Hälsen—. Se ha convertido en una mina de información desde que le devolví su abanico *Eva*. No hay manera de que permanezca callada.

—¿Quién es el Rey de Copas, su Premio? —pregunté—. ¿Y qué me dice de su Llave?

—Tengo cierta idea, pero necesito que mi Compañero me confirme los dos últimos elementos. Estoy esperando que Gustavo venga a verme. O al menos que responda a mis cartas. Ha estado muy... ocupado. —Terminó la manzana, con corazón y todo, y se limpió las manos con una servilleta—. En cuanto a mi Premio,

las indicaciones de Copas son amor y afecto, gracia, refinamiento. Fíjese en el exquisito atuendo extranjero. Es francés, ¿no? Hay cuatro Copas en el octógono, y cada una tiene vínculos con Francia. Nordén regresó de París; la trágica aventura amorosa de la señora Von Hälsen empezó en Bretaña; y yo nací en Reims, en cuya catedral se coronan los reyes de Francia. Fui cada domingo a la catedral hasta los nueve años. En el suelo del templo hay un laberinto en forma de octógono.

—Entonces —dije— el Rey de Copas... ¿es el embajador francés?

—No. Yo creo que es el rey francés —dijo, advirtiendo mi expresión de duda. Tomó su Llave, la Sota de Tampones, y la sostuvo muy cerca de su rostro—. Se han de leer las cartas en conjunto. Mire la Llave. Aquí hay una Sota entre dos Reyes: con una mano en su mosquete y la otra a punto de desenvainar la espada. Aliado con ambos, valeroso, dispuesto a sacrificarse. Lleva un rico atuendo, se trata de un hombre de recursos. Es el conde Axel von Fersen, desde luego... ¿recuerda la visión?

—Pero la fuga fracasó, señora Sparrow.

—Fracasó el primer intento. Pero Gustavo está decidido a salvar al rey francés, pues no solo considera sagrada la monarquía; es que, además, Francia y Suecia han sido aliadas a lo largo de dos siglos y medio. El Sol y la Estrella del Norte están unidos por lazos sagrados que no pueden quebrarse.

Dio unos golpecitos con todos los dedos juntos y me sonrió.

—¿Qué progresos ha hecho con sus ocho?

Comencé con la noticia de que había sido la Uzanne quien había enviado lejos a Carlotta.

—¿No es eso una conexión con mi Compañera? —pregunté.

—En efecto. Una conexión poderosa. Quizá la Uzanne tenga a otra joven para usted.

—No he abandonado del todo la esperanza —insistí, pese a que había oído que Carlotta había ido a parar a una casa señorial en Finlandia y ya había hechizado a un caballero.

—No debe hacerlo —respondió— hasta que pueda acariciar una esperanza mejor. Bueno, ¿qué más?

Le describí la presión implacable del superior, su empeño en que me uniera a los masones para rastrear hijas casaderas, mi reciente vinculación con el maestro Fredrik y la invitación a la clase de la Uzanne.

—¡Excelente! Debe usted asistir y prestar mucha atención a todos los que se relacionen con la Uzanne. Los ocho se verán atraídos hacia ella, tal como mis ocho giran en torno a Gustavo.

—Una cosa más sobre el maestro Fredrik —añadí—. Me ha pedido que busque el abanico de la Uzanne. Me sugirió que empezara por el callejón de los Franciscanos. Por usted.

—¿Ah, sí? —La señora Sparrow depositó bruscamente la taza—. Quizá tengamos que reajustar nuestra estrategia.

—¿Nuestra estrategia? ¿Es que voy a tener que enredarme en ese tipo de pesquisas? —pregunté. Ella se levantó y abandonó el salón, regresando con un escritorio portátil—. ¿Qué ha pasado con el abanico de la Uzanne?

Ella garabateó dos notas, sopló para secar la tinta y las dobló una dentro de otra.

—El *Casiopea* no está aquí, es lo único que puedo decirle. Pero ahora ha de hacerme usted un recado, Mensajero —dijo, poniéndose de pie y hablando de repente de un modo vivaz y enérgico—. La tienda Nordén está en el callejón del Cocinero, justo frente al puente Viejo del Norte y cerca del teatro de la Ópera; es un negocio tan francés que percibirá su aroma a dos calles de distancia. El lunes por la mañana le llevará usted esta carta al señor Nordén. —Tomó un sobre abierto que había reposado todo el tiempo sobre una silla cercana; sacó de su interior una carta, la rompió en pedacitos muy pequeños y la reemplazó con las notas que acababa de escribir; luego selló el sobre con cera—. Usted y yo somos amigos, señor Larsson. No confío en nadie más.

Cogí el abultado sobre con la penosa conciencia de que era la primera vez en muchos años que alguien me llamaba amigo sin mediar el alcohol o un préstamo.

—Pero vaya con cuidado. Existe siempre el riesgo de una traición —dijo.

—Una tienda de abanicos parece un lugar poco propicio para la traición —apunté, guardándome el sobre en la cartera.

La señora Sparrow se levantó de la mesa y caminó hacia la ventana, cubierta con una cortina azul marino. El óvalo de marfil de su rostro resaltaba sobre ese fondo, mientras que su vestido se confundía con los pliegues oscuros. Apartó la cortina de un tirón y contempló el cielo un buen rato.

—La oscuridad cae cada vez más temprano ¿no? —comentó.

Capítulo diecisiete

TENTACIÓN

Fuentes: J. Bloom, varios miembros del servicio de Gullenborg, R. Stutén

— **S**eñorita Bloom, ¿dónde están las telas de Stutén?

Johanna no oyó la pregunta, porque se había quedado absorta mirando el pespunte de plata del zapato de satén crema que estaba limpiando. Los hilos trazaban la silueta de unas iniciales —KEU— cerca del dedo gordo y dibujaban arabescos alrededor de los botones tapizados que ribeteaban la abertura para el pie. El bordado era áspero al tacto: un metal raro obligado a obedecer a una simple aguja y a dar empaque a aquel seductor caparazón de delicado tejido mate. El tacón, curvado hacia fuera, era del rosa de las conchas marinas, para resultar lustroso y cálido a la vez. El interior del zapato estaba forrado de cabritilla de color cera de abeja, y resultaba tan suave y maleable como esta. Johanna pasaba un paño húmedo por esa parte interna con pausada reverencia. Esperaba oler a moho o a sudor agrio cuando se acercó la zapatilla a la cara, pero resultó que albergaba un aroma a cedro.

—¡Señorita Bloom!

La Uzanne había mandado a Johanna a comprar «una bella selección» de telas para vestidos, adjuntando una nota a los dueños para que no pusieran cortapisas a lo que ella escogiera. Ello habría resultado tal vez arriesgado con muchas de las chicas que habían estado a su servicio; en cambio, Johanna había regresado con un surtido impecable de colores y con las cantidades idóneas de tejido. Ni un solo retal había sido sustraído. Hasta ahora, Johanna había resistido todas las tentaciones puestas adrede en su camino: un anillo de plata abandonado sobre un aparador, un plato con media docena de bollos de cardamomo recién hechos, un pañuelito de puntilla olvidado en los jardines... Y además, se iba compenetrando poco a poco con los demás miembros del servicio: recomendaba tisanas curativas para el jardinero, aplacaba a la arisca Louisa con sus modales y hasta había empezado a enseñarle las primeras letras al chico del establo, el Joven Per. Solo la Vieja Cocinera permanecía impasible a sus encantos.

—¡Las telas, señorita Bloom!

—Sí, *Madame*.

Johanna se levantó y corrió al armario donde había dejado las piezas de tejido. Las llevó al salón y las colocó en un asiento de la ventana, donde la iluminación era ideal.

—¿Ha disfrutado su excursión a la Ciudad?

—Ay, *Madame*, encuentro maravillosa la Ciudad. No entiendo por qué nadie habría de querer vivir en otra parte.

La mercería había resultado ser un auténtico baño de color, con todo tipo de sedas derramadas sobre los mostradores, y ondulados pliegues de brocado asomando entre

olas de lino, y rollos de franela apilados en diques para evitar que las cintas se ahogasen. El señor Stutén en persona la había tomado del brazo para que no perdiera el equilibrio.

—Tendrá que ir a la Ciudad a menudo, señorita Bloom, para recoger artículos diversos que nos serán útiles —dijo la Uzanne.

Johanna sonrió al ver que empleaba el plural.

—Será un gran placer, *Madame*.

La Uzanne se acercó a las piezas de tela dobladas.

—¿Cuáles son las tres que constituirían el vestido más seductor, señorita Bloom?

Johanna palpó con delicadeza el borde de cada rollo. Alzó primero una tela verde, del tono de la hoja del sauce en mayo; luego una seda a rayas de color crema y azul huevo de petirrojo, y finalmente un tejido rosa concha, a juego con el tacón de los zapatos que había estado limpiando. La Uzanne examinó las tres, tomándolas una a una y extendiéndolas por el suelo, como un torrente de brotes jóvenes y agua de manantial.

—Una combinación deliciosa, señorita Bloom. Está usted pensando en la estación del otro extremo del año. Y en mis zapatos —dijo la Uzanne. Johanna le dedicó la grácil reverencia que había estado perfeccionando en su habitación—. ¿Quién podría llevar tales colores en esta casa? ¿Louisa?

La Uzanne observó atentamente la cara de Johanna, advirtiendo el movimiento apenas perceptible de cejas que constituía el único signo de su desagrado.

—No, *Madame*. Louisa tiene la tez cetrina. Quizá le quedase mejor a la chica de la cocina, la de piel de color blanco huevo.

—Tal vez —dijo la Uzanne—, pero esa chica es muy angulosa y tiene los pies grandes. ¿Quién más? —Johanna no respondió—. Le leo el pensamiento, señorita Bloom. A la Cocinera, además de ser vieja, le cuelgan los carrillos; las fregonas son unas gemelas feas con la cara picada de viruela, y la chica encargada de los orinales apesta: el hedor impregnaría la tela y ya no se iría más. —Johanna apretó los labios para no contener la risa—. Usted podría lucir estos colores.

—¿*Madame*? —Johanna alzó la cabeza, sorprendida.

La Uzanne fue a sentarse a un tocador de marquetería, frente a un espejo dorado de tres cuerpos, lo que le permitía seguir viendo la cara de la joven. Tenía ante sí una colección de cepillos de plata y peines de cuerno, alhajas y adornos para el pelo, un tarro de alabastro de mariquita pulverizada para enrojecerse los labios, un bote de porcelana lleno de polvo blanco de arsénico para la cara, un frasquito de belladona, una botellita de perfume de París. Manipuló un medallón y lo abrió; en su interior había una miniatura de su difunto marido, Henrik.

—Ya hemos hablado de su habilidad en la preparación de medicinas y tintes.

—¡En efecto! El maestro Fredrik se siente muy aliviado gracias a mis tónicos.

—Yo no tolero los tónicos fuertes. A mí es el insomnio lo que me atormenta, no el alcohol.

La Uzanne aguardó. Johanna echó una ojeada al enredo de telas serpenteantes esparcidas por el suelo encerado.

—Podría preparar unos polvos sedantes, *Madame*. Un preparado que puede aspirar de la tela de su almohada, que perfumará el aire y le procurará un sueño maravilloso. Mi padre me dijo que ese remedio lo usaban los faraones de Egipto. Valeriana, lúpulo y jazmín.

—¿Los faraones? —La Uzanne arqueó las cejas, divertida por las salidas de aquella avispada joven.

—Tengo mi botiquín, pero me harían falta más ingredientes. Algunos instrumentos. Y un sitio donde trabajar con una fuente de calor.

La Uzanne se puso de pie y le indicó a Johanna que la siguiera. Tomaron por la escalera trasera que bajaba al sótano, donde se encontraba la cocina: una estancia cargada del humo de las ollas hirvientes que olía a romero y carne asada. Los murmullos se detuvieron en seco cuando entraron. De repente solo se oía el silbido de un calentador de agua en la chimenea.

—La señorita Bloom trabajará aquí por orden mía. Se la debe tratar con todo respeto.

Las criadas se apresuraron a hacer una torpe reverencia. Toleraban sin rechistar a esas criaturas abandonadas que *Madame* adoptaba —solo para ponerlas de patitas en la calle a su debido tiempo—, porque pensaban que la Uzanne aplacaba así su frustración por no haber tenido hijos.

—La señorita Bloom es docta en artes medicinales y preparará remedios para todos nosotros —dijo la Uzanne, añadiendo que debían proporcionarle a Johanna todo lo que necesitara.

La Vieja Cocinera asintió con aire gruñón y miró a Johanna.

—Tenga presente, señorita, que yo me entero de cuanto se dice y se hace en esta casa.

—Todos confiamos en su contribución, Cocinera, para mantener la reputación de Gullenborg —le aseguró la Uzanne—, y usted me ha enseñado la importancia de alimentar cada deseo.

La Vieja Cocinera no se dejó aplacar con halagos.

—Será usted una dama —le dijo a Johanna—, pero si no le importa se encargará de lavar sus propias cosas, señorita.

—Se cuidar de mí misma, Cocinera —respondió Johanna, mirando el mortero de granito negro que la mujer sujetaba.

—Nada de birlar ni de sisar aquí dentro —dijo la Vieja Cocinera, meneando un dedo de punta aplanada (un tajo descarriado)—. Si la pillo en la despensa, como pasó con la anterior...

—No soy una ladrona —replicó Johanna con frialdad.

—Y mantenga las manos lejos de mis ollas —ladró la mujer, entre una tos creciente que casi ahogaba su regañina.

Johanna apoyó las palmas sobre la tabla de carnicero y miró con firmeza a la Vieja Cocinera.

—Y usted de las mías —replicó.

La Vieja Cocinera enmudeció un momento, aunque enseguida rompió a toser ruidosamente y cruzó los brazos sobre su pecho agitado. La Uzanne le dijo a Johanna al oído: «No le haga caso; es una vieja cascarrabias, pero siempre leal a mí. Pronto la adorará como a una de las suyas».

La Vieja Cocinera observó divertida ese tierno intercambio; ya lo había visto otras veces. Hizo una venia, y tanto ella como las demás doncellas de la cocina reanudaron su trabajo y sus cuchicheos. La Uzanne tomó a Johanna del brazo cuando se dirigían a la escalera.

—No olvide que tiene un oído excelente —dijo, entre susurros—. Mañana irá usted a la botica El León, en el callejón del Cocinero, junto a la iglesia de Jacob. Gullenborg tiene cuenta abierta allí. Tráigase todos los ingredientes que necesite. Y empiece por calmarle esa tos a la Cocinera, señorita Bloom. Toda la casa se lo agradecerá.

Capítulo dieciocho

JOHANNA EN LA GUARIDA DEL LEÓN

Fuentes: J. Bloom, un empleado anónimo de El León.

El León parecía más bien una roñosa casa de empeños, pensó Johanna, no una botica como las que ella conocía. Los frascos y las cajas se amontonaban en precario equilibrio, y el amargo olor a pasta de opio se mezclaba con la fragancia de mirto y bálsamo de limón que impregnaba todo el ambiente. A pesar de su caótico desorden, el local le inspiró una punzada inesperada de nostalgia y también una sensación de temor ante la idea de preparar medicinas serias sin los consejos y la orientación de su padre. Ella conocía los ingredientes correctos. Tendría que ensayar las proporciones.

Al boticario, un hombre de nariz roja e hinchada, le asomaba el pelo grasiento por debajo de la peluca. Mientras estudiaba la lista de Johanna, se rascó la cabeza con la otra mano.

—Olmo rojo, malvavisco, regaliz. Alguien tiene tos. —Levantó la vista—. ¿Ha escrito usted la lista? —Johanna asintió. El boticario volvió al papel y continuó leyendo—: Raíz de valeriana, lúpulo, flores de manzanilla, musgo seco, hierba de San Juan, belladona, beleño, polvo de esteatita, aceite de jazmín. ¿A quien piensa enviar usted al Creador, señorita? Porque con todo esto va a salir un mejunje un poco sospechoso.

—Nadie sufrirá ningún daño —dijo Johanna—. Estoy preparando un remedio para dormir para mi señora.

—Una mujer instruida, ¿eh? Sería más sencillo con una dosis de láudano. —Cogió un frasco azul tapado con un corcho—. Solo una gota, y su señora disfrutará de una larga noche de sueño apacible. Una noche muy larga, si le añade más gotas de la cuenta. —Celebró con una risa ahogada su propio chiste.

—Solo necesito ingredientes secos. En polvo si los tiene, aunque yo misma puedo molerlos.

—No lo dudo, señorita, y tengo algo que podría moler. —Hizo una pausa y sonrió—. *Amanita pantherina* —dijo, alzando la voz y pronunciando cada sílaba de un modo exagerado, como si Johanna fuese dura de oído—. Una rareza poco conocida.

—El hongo falso galipierno —dijo Johanna secamente.

—Vaya, vaya, señorita erudita. Los indios lo llaman soma divino: el narcótico de Dios. También se lo conoce como ayudaherederos; si quiere ofrecer el sueño eterno, solo tiene que ser generosa con la dosis.

—Mi misión es curar, no hacer daño —replicó ella. El boticario se encogió de hombros; puso los ingredientes en bolsas y frascos y los dejó sobre el mostrador. Johanna los colocó con todo cuidado en una cesta y la cubrió con un paño—. ¿Y el aceite de jazmín?

—Esto es una botica, no una perfumería. En la calle del Maestro Samuel encontrará Perfumes Cronstedt —dijo, dirigiéndole lo que él creía una sonrisa seductora—. Ya sabe que el jazmín aviva los sueños también: sueños de una naturaleza en particular. La Tía Von Platen utiliza solo el aceite de jazmín más refinado de Cronstedt para sus ninfas. Aunque quizás usted lo sabe también, ¿no, señorita Marisabidilla?

—No, no lo sabía —dijo Johanna, dándole una nota de crédito.

El hombre examinó la nota y luego la miró a ella con ojos entornados.

—Gullenborg, ¿eh? ¿Así que es usted la nueva protegida de la Uzanne? Ella las colecciona como si fueran gatos extraviados, ¿sabe? Las viste y las mimó un tiempo y luego, a la calle —dijo. La luz de la lámpara de aumento se reflejaba en su rostro lascivo—. Pero usted parece tener pedigrí, a mi modo de ver; ella querrá criarla. ¿Cuál ha dicho que era su nombre, querida?

—No lo he dicho. —Johanna se recompuso la capa con manos trémulas y recogió la cesta, dispuesta a marcharse. Se detuvo un momento en el umbral y le lanzó al hombre una mirada feroz—. No olvidaré explicarle a *Madame* que me ha sugerido el uso del ayuda-herederos —dijo.

—Quedará conmovida por su interés, pero no sorprendida por mis pullas. El León tiene su fama. *Au revoir, mademoiselle.*

Una vez en la calle, Johanna se apoyó en la fachada y respiró hondo, aliviada por haber escapado de El León. Enseguida se enderezó, agarró la cesta con más fuerza y caminó hacia la calle del Parque, donde la esperaba el carruaje, sintiéndose más segura a cada paso que daba. El cerco de su falda de lana virgen rozaba el empeine de sus zapatos nuevos. Iba a hacer el trayecto en un precioso carruaje. Era una empleada apreciada de una casa señorial. Era una protegida.

Aminoró el paso al ver una tienda de abanicos. Seguro que la Uzanne la conocía bien, pues parecía tan bella y refinada como ella misma. Observó una vidriera con dos abanicos expuestos y un estante vacío donde debía haber habido otro. Pensó en el abanico que *Madame* había perdido, *Casiopea*, y atisbó el interior de la tienda. Vio a un hombre que examinaba un abanico de color oscuro desplegado ante él sobre un escritorio; había una capa roja doblada sobre el respaldo de una silla. Era el *sekretaire* que había visto en El Rabo de Cerdo, el que le había dado la tela de encaje y una moneda; se detuvo a observar.

Capítulo diecinueve

LA LECCIÓN DE FRANCÉS

Fuentes: diversas, incluidos E. L., M. Nordén, J. Bloom, Sra. Plomgren, vecinos del callejón del Cocinero y empleados de la oficina de Aduanas.

El lunes a las once me encaminé al callejón del Cocinero para hacer cuanto antes el recado de la señora Sparrow y llegar al trabajo a mediodía. El superior quería mantener una entrevista a solas conmigo y yo había preparado una lista de hijas masónicas. Las inmediaciones del teatro de la Ópera eran un hirviente maremágnum de establecimientos diversos: desde un boticario donde anunciaban cremas blanqueadoras de arsénico hasta un bullicioso tenderete de cintas de colores que atraía a un enjambre de damas. Era una calle consagrada a la vanidad, aunque no me habría imaginado que iba a encontrar la máxima expresión de esa debilidad encantadora en la tienda del fabricante de abanicos Nordén. La fachada, de madera trabajada y pintada de un color gris verdoso, ostentaba una cantidad extravagante de vidrieras de cristal. Los montantes estaban enmarcados de sinuosos arabescos y flores de madera tallada. Pero no todo eran perifollos femeninos, pues los paneles por debajo de los escaparates resultaban sencillos y austeros, y las columnas que flanqueaban la entrada eran de estilo griego clásico con capitel jónico. Muchos, desde luego, se acercaban maravillados a echar un vistazo y se alejaban presurosos, sintiendo que no eran dignos de poner la mano en el picaporte. A mí nunca me han asustado los artículos de lujo, quizá porque sé cómo se adquieren a menudo, pero la verdad es que aquel sitio me hizo vacilar.

Crucé la calle y me detuve ante un escaparate. Los tres estantes tras el cristal estaban forrados de velludillo negro, salpicado con diminutos copos de nieve de papel recortado. Naturalmente, cualquier dama sabía que el cambio de estación exigiría un cambio de vestido, y esos copos eran un recordatorio de que también el abanico habría que cambiarlo. Había un solo modelo en cada estante, a cuál más precioso. Los abanicos de los dos estantes superiores representaban paisajes campestres idílicos, con árboles que iban adquiriendo su tonalidad otoñal y motas de oro auténtico que le conferían al sol pintado una mayor calidez. Ambos transmitían a cualquiera que mirase una sensación de fecundidad y exuberancia: un abanico perfecto para la doncella que pretendiera recoger su propia cosecha. El tercero, el del estante inferior, estaba tendido sobre el velludillo negro, y no derecho sobre un soporte como los otros. Daba la impresión de que había sido colocado precipitadamente, con el semicírculo hacia la calle. La tela, de un azul índigo nocturno, estaba salpicada de lentejuelas, y a mí me recorrió un escalofrío al reconocerlo. Aún permanecía inclinado para escudriñarlo bien a través del cristal y asegurarme de que no era una ilusión creada por la luz y las sombras, cuando advertí que alguien me observaba desde el interior de la tienda. Me dirigí hacia la puerta con aparente despreocupación

y entré.

—*Bonjour* —dije—. Busco al señor Nordén.

—*Bonjour* tenga el caballero de la capa roja. Permítame que le dé la bienvenida, *sekretaire*. Soy la señora Margot Nordén. Debo disculparme porque mi esposo ha salido, pero le atenderé yo misma con mucho gusto.

Margot me ofreció su mano, y a mí solo se me ocurrió besarla. No era una belleza clásica, pero tenía unos rasgos llamativos, el más sobresaliente de los cuales era su nariz afilada. Parecía un pájaro, aunque uno bonito, con su pelo oscuro y sus ojos azules. Su voz y su porte denotaban un gran refinamiento, así que le hice una reverencia antes de nada y miré al suelo mientras le daba mi nombre, avergonzado por mi escaso dominio del francés. Ella pareció encantada de todos modos y me sonrió con mayor calidez.

—Por favor —dijo, indicándome una silla situada frente a un escritorio de estilo femenino—, tome asiento y le serviré un refrigerio. Se está perdiendo el almuerzo quizá, viniendo a estas horas. Debe de traerle aquí un asunto de gran urgencia.

—Debería estar ya en la Aduana, pero deseo cumplir primero mi misión —dije.

Ella sonrió, comprensiva, y se retiró a la parte trasera cruzando unas cortinas. Si tenía uno que perderse el almuerzo, o llegar tarde al trabajo, como ya no me cabía duda de que iba a ocurrir, no podía hacerlo en un lugar más agradable. El local estaba pintado con anchas rayas horizontales de color crema y limón, lo que le daba un aire alegre, y las blancas molduras parecían estratos de merengue que rezumasen del techo. El techo propiamente dicho estaba cubierto con una seda rayada negra y amarilla, situada en el centro y atada a las anchas cintas de otomán que sostenían una gran lámpara de araña. La tienda entera olía a verbena, aceite de limón y cera de abeja. En las paredes brillaban candelabros de bronce con globos de cristal y gruesas velas amarillas, iluminando una serie de láminas enmarcadas con los últimos estilos de París. En la pared del fondo se alzaba un armario bellamente decorado con escenas bucólicas; al lado, había un escritorio idéntico al que yo ocupaba y cuatro sillas más, todas de madera tallada y dorada. El mobiliario era inequívocamente francés, como la delicada Margot, y servía sin duda para indicar la magnitud del desembolso requerido para poseer aquellas obras de arte.

Me quité mi capa roja, la colgué del respaldo de la silla y, tomando asiento, con la cartera en mi regazo, observé a la gente que pasaba por la calle. Pronto regresó Margot, con una sonrisa en su boca deliciosa y una bandeja en las manos, en la que traía una tetera de porcelana y una taza a juego, un plato de crujientes panecillos blancos, un pedazo de paté y varios triángulos de queso aromático. Había también una ciruela tardía, que relucía como la gema singular que sin duda era. Margot encendió las lámparas y se atareó por la tienda mientras yo disfrutaba el almuerzo. Solo al final, cuando ella se mordió el labio mientras yo saboreaba la fruta, comprendí que probablemente acababa de comerme su propia comida. Tales son los impecables modales de los franceses. Ahora me sentí a la vez encantado y en deuda

con ella, y no sabía bien cómo decirle que solo había ido a entregarle una carta a su marido.

—Señora Nordén, es usted una dama de lo más gentil. Debo decirle que he venido...

Margot estaba esperando sin duda a que le diera su entrada.

—... para escoger un abanico para una dama muy especial, claro está. Un abanico es un regalo digno de la realeza, señor, digno de una reina. ¿Acaso hay una dama a la que usted considera su reina? —Dejé que mis pensamientos se demorasen un instante en Carlotta. Pero quizá me esperaba otra aún más encantadora, y mi Octavo habría de llevarme a ella. Ese pensamiento hizo que subiera un rubor a mis mejillas. Margot se rio alegremente—. ¿Qué clase de dama será, así pues? ¿Coqueta? ¿Educada? ¿Tímida? Estoy segura de que es tan encantadora y atractiva como usted, ¿verdad?

Mis mejillas estaban ahora como la grana. Negué con la cabeza y ella volvió a reírse y tomó la llave que llevaba colgada del cuello con un cordón negro. Abrió el armario de la pared del fondo, mientras me hablaba de moda, de nuevos colores y diseños. Deslizó el dedo por las hileras de cajones y se detuvo a medio camino; abrió un cajón, sacó media docena de cajas y las trajo al escritorio.

—Estos son perfectos para la nueva temporada: con un tercio de círculo nada más, a la española. Son algunos dedos más cortos también, de manera que resultan más fáciles de manejar. Así los mensajes que desee enviarle su amiga volarán todavía con más celeridad.

Abrió una a una las cajas y desplegó su contenido ante mí. Yo estaba acostumbrado a ver los abanicos de lejos; pero ahora, al contemplar tan de cerca aquella delicada belleza artesanal, casi me daba miedo tocarlos. Y no obstante, había visto a menudo cómo los tiraban y aporreaban y arrojaban a un lado, y cómo los usaban incluso para dar un golpe irritado.

—Todos me parecen magníficos, y ya veo que son ustedes, los Nordén, unos artistas consumados. Pero yo me he sentido especialmente atraído por un abanico que tiene usted en el escaparate: azul oscuro, con lentejuelas.

Ella frunció el ceño apenas un segundo y enseguida suavizó su expresión con una sonrisa.

—Demuestra usted un gusto muy refinado, *sekretaire*. Lástima que ese abanico ya esté reservado. No debería seguir en la vidriera, pero no he podido evitarlo. Un ejemplar tan excepcional merece estar a la vista.

—¿Qué lo hace tan excepcional? —pregunté.

—Es francés, de finales del siglo pasado. Pero ha sido cuidado con mucho esmero; la tela es extraordinariamente flexible, la cara no tiene arrugas, todas las varillas de marfil siguen intactas, las cuentas de cristal y las lentejuelas del reverso están montadas con extremada precisión, igual que en un mapa.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

Sentía curiosidad por saber si la señora Sparrow lo había vendido; porque, de ser

así, me correspondía un porcentaje. En caso contrario, el maestro Fredrik pretendía apoderarse de *Casiopea* con malas artes, y yo tenía que seguir el juego si esperaba sacar algo.

—Nos lo trajeron para repararlo. —Margot se inclinó hacia mí y bajó la voz—. Voy a participarle este pequeño secreto; se trataba, de hecho, de un retoque. El cliente quería redistribuir las lentejuelas. Yo misma me he encargado de coserlas. No se puede ver, aunque sí se puede sentir.

—Como la magia —apunté.

—Como el amor —replicó Margot.

—Pero ¿por qué habría de molestarse nadie en hacer un retoque que resulta invisible? —pregunté, con la esperanza de deducir las intenciones de la señora Sparrow.

—Tal vez se trate de una especie de broma, o tal vez hay un misterio más sutil en juego. —Fingió una voz enérgica y varonil—. Ya ve, *sekretaire*, los detalles más ínfimos afectan a la geometría y, en consecuencia, a la personalidad y las aptitudes de un abanico. La menor alteración puede producir un cambio en el poder innato que encierra en sí, de tal modo que la mano que lo sujeta pierde o gana poder a su vez. —Se encogió de hombros y me dirigió una sonrisa culpable—. Mi esposo es un artista apasionado y estudia ciencias muy diversas. Él sostiene que un abanico bien hecho puede ser mucho más que una preciosa bagatela: que la geometría puede alinearse con la mano para crear... algo perfecto. Algo poderoso.

No era de extrañar que la señora Sparrow tuviera en tan gran concepto al señor Nordén; eran sin duda espíritus afines.

—Entonces se trata de magia. ¿Usted cree en todo esto?

—¿Sinceramente? No estoy segura. ¿Y usted? ¿No se ha sentido hechizado por un abanico en manos de una dama?

—Me encantaría verlo de cerca —dije.

Margot abrió la vidriera con una llave y me trajo el abanico. Sentí mis dedos como salchichas cuando alcé aquel objeto infinitamente delicado para verlo de cerca. La escena de la cara anterior me pareció repentinamente sombría; un coche funerario y una casa señorial totalmente reñidos con la agradable atmósfera de la tienda; le di la vuelta al abanico, para examinar el lado de las lentejuelas.

—Me sorprende esta distribución tan arbitraria, dado el minucioso detalle del dibujo de la cara.

—Ya me disculpará, señor, pero no hay nada arbitrario en un abanico realmente excepcional. El artista no deja nada al azar —dijo Margot con un punto de orgullo en la voz—. Esto es un mapa del cielo, y el motivo del nombre del abanico. Todo el interés de nuestro cliente se centraba en esto.

Bajé otra vez la vista al abanico y, en efecto, había una lentejuela más grande que las demás, la Estrella Polar, justo en el centro, unos dedos por debajo del borde de la tela. Por encima de Polaris, a la derecha, estaba el «carro menor», la Osa Menor; por

debajo, a la izquierda, la «reina sentada».

—Casiopea, la W celestial. Aunque aquí sea la M celestial. —Margot frunció los labios e hizo una pausa—. Casiopea ha estado sentada en su trono celestial toda la eternidad. Pero, ¿ve usted?, ahora se encuentra cabeza abajo en el abanico que lleva su nombre. Un destino muy indigno.

—¿A quién pertenece? Quizás a alguien cuyo nombre empieza por M y que desea ver su inicial en los cielos como una reina...

—Eso no puedo decírselo. El señor Nordén mantiene una estricta confidencialidad con su clientela. Estoy segura de que ya comprende por qué. —Examinó mi expresión, para comprobar si la había entendido—. Amantes celosos, rivales, matronas chismosas, maridos cornudos...

Lo mismo hacía la señora Sparrow con su clientela. Margot alargó la mano para coger el abanico, pero yo no estaba dispuesto a soltarlo todavía. Me incliné para estudiar más de cerca las estrellas y me vi recompensado con una fragancia floral.

—¿Cómo es que huelo a jazmín? —pregunté.

—Todos los abanicos tienen al menos un secreto.

—Y estoy seguro de que su marido no querrá que me lo cuente tampoco —dije, devolviéndole elpreciado objeto—. Un trabajo primoroso, señora Nordén. No se aprecia ni un pinchazo en ese cielo.

Su rostro reflejó con claridad que le complacían mis elogios y que no estaba muy acostumbrada a escucharlos. Cerró el abanico con un golpe diestro y me miró atentamente.

—Veo que se siente atraído por este abanico y la conexión tiene su importancia a la hora de hacer una compra. Volvamos a centrarnos en usted y en esa dama amiga suya.

Se llevó el *Casiopea* y lo guardó en el armario. Volvió con un montón de abanicos de tonos otoñales: rojizo, pardo, ocre. Los dejó sobre el escritorio, trajo una silla para sentarse frente a mí y empezó a mostrármelos, abriéndolos uno a uno.

—La felicidad es el sentido de nuestro negocio, señor: la felicidad, la belleza y el romance. ¿De qué sirven los abanicos, si no pueden proporcionar estas cosas?

—No se me ocurre, en efecto —dije, indicándole que continuara. Yo sospechaba que era el primer cliente que conversaba con ella en bastante tiempo.

—En París jamás estuvieron en cuestión tales motivos. Hasta que, de repente, nuestro trabajo se convirtió en un símbolo de la injusticia. —Margot se ruborizó.

—Mi querida señora... ¿huyó usted de la Revolución? —pregunté en voz baja. Ella asintió, cerrando los ojos con fuerza—. ¿Corrió un grave peligro?, ¿o tuvieron tiempo suficiente para preparar su viaje... desde tan lejos?

—A mí me pareció una partida muy precipitada. Pero tuvimos suerte de que el señor Nordén contara con un país al que regresar. —Me miró, se encogió de hombros con ese mohín encantador de las francesas y dejó escapar un suspiro—. Ya veremos si el desenlace es feliz.

Parecía tan perdida que hube de hacer un esfuerzo para no tomar sus manos entre las mías a modo de consuelo.

—Por favor, *madame*, si de algún modo puedo ayudarla, espero que recurra a mí. Usted y su marido, claro —añadí.

Ella sonrió con calidez.

—Gracias, *sekretaire*, por sus efusivas palabras. Es usted un caballero poco común para esta Ciudad, que es hermosa pero... muy distinta de todo lo que yo conocía. —Volvió a encogerse de hombros y cerró un grupo de abanicos otoñales—. Le agradezco sinceramente su gentileza —dijo, mirándome a los ojos—. Me llena de contento, y me ayuda a creer que quizás un día llegue a sentirme como en casa.

Me puse de pie (la cartera se me escurrió y cayó al suelo) y, haciéndole una torpe reverencia, tomé su mano.

—Estoy a su servicio, señora Nordén, y puedo empezar a demostrarle mi sinceridad comprándole un abanico. Nos proporcionará felicidad a los dos; y a la destinataria, claro.

Aquello parecía a la vez el colmo de la locura y el más noble acto que podía llevar a cabo en ese momento. Me justifiqué por ese despilfarro pensando que pronto habría de entrar en un salón atestado de jóvenes ansiosas, y que el regalo de un abanico francés me abriría fácilmente los brazos de una de ellas.

—¿Cómo íbamos a olvidarnos de su amiga? —dijo Margot, que parecía aturdida por mi galantería—. Estos hermosos modelos que hay sobre la mesa son muy oscuros, tal como dicta la moda, pero quizás a ella le siente mejor un estilo más ligero. Tal vez un azul. Tengo la sensación de que su dama es rubia.

—En efecto. Y tiene unos extraordinarios... ojos azules —dije mirando los ojos azules de Margot—. Tal vez pueda usted elegirme uno. Creo que el éxito estaría así garantizado.

—Yo le deseo todo el éxito del mundo, señor... Disculpe, se me ha olvidado su nombre.

—Larsson —contesté—. Emil.

—Emil. Un nombre precioso —dijo, y eligió un abanico con varillas de madera de sándalo trabajada que desprendía un misterioso perfume. La cara de la tela blanca de seda estaba cubierta de mariposas en tonos azules y color hueso. En el centro había un gran espécimen de un suave amarillo. El reverso era una imagen de una sola mariposa azul, a punto de salir aleteando por el borde superior del abanico—. Estos son los colores de su país. Y la imagen es de cambio y transformación. Estoy segura de que su amiga lo encontrará muy sugerente.

Asentí, dando mi aprobación, lo cual era una simple formalidad llegados a este punto. Margot sacó una caja negro azulada —el color de la medianoche— del cajón inferior del armario. Con sumo cuidado, deslizó en su interior el *Mariposa* —el día en la noche— y depositó la caja sobre el escritorio. La tapa estaba adornada con una minúscula pepita de cristal, Polaris, reluciendo sobre un banco de nubes en retirada;

parecía como si quisieran dejar atrás sus cuitas francesas para abrazar por entero a la Estrella del Norte.

Margot se sentó, escribió el precio en un pedacito de papel y me lo tendió: una cifra que jamás habría imaginado y jamás revelaré. Dándome cuenta de que no llevaba en mis bolsillos ni siquiera una porción de aquella suma, me detuve unos instantes para dominarme y esperar a que se calmara la palpitación de la sangre en mis oídos. Tuve que emplear toda mi destreza de jugador para mantener imperturbable mi rostro y, por fortuna, en ese momento el reloj de la iglesia de Jacob dio la hora.

—¿Ya son las dos? Ay, señora Nordén, me avergüenza decir que se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta, y yo había de reunirme con un colega para intercambiar unos documentos. Vuelvo en un cuarto de hora; media hora a lo sumo. ¿Me disculpa, por favor? —Vi la consternación apenas disimulada en sus ojos; me tomaba por un farsante, y la verdad es que en cualquier otro momento habría acertado—. No hace falta que lo saque de la caja —añadí con delicadeza.

Ella se sonrojó y desvió la mirada.

—Es usted muy rápido en descifrar una cara, *monsieur*. El negocio ha estado bastante flojo hasta ahora. La clientela que buscamos aún no ha aparecido y los que entran no se sienten inclinados a adquirir artículos tan refinados como los que nosotros producimos. Los abanicos son costosos, cierto, pero no es solo eso. Lo que pasa es que nosotros no estamos... relacionados. Tal vez somos demasiado franceses.

Meneé la cabeza en desacuerdo.

—Uno no puede ser demasiado francés en el Estocolmo del rey Gustavo. Ya lo verá.

Me levanté y tomé mi capa, procurando no darme demasiada prisa, y en ese momento de calma recordé para qué había ido allí.

—Debo confesar que he venido a su establecimiento con más de una misión. Y aunque me siento muy complacido con este abanico exquisito y con el mensaje que transmitirá a mi amiga, en realidad he sido enviado para entregar esto.

Saqué la carta, dirigida sencillamente a M. Nordén, y la dejé en el escritorio junto a la caja de mi adquisición.

Margot me miró con curiosidad y palpó la carta, pero no llegó a cogerla.

—El señor Nordén regresará más tarde.

—Espero que esté aquí cuando vuelva. Sería un honor conocer a un artista tan consumado —dije, haciendo una reverencia y saliendo. Me detuve dos tiendas más allá para inspirar unas cuantas bocanadas de aire fresco. La atmósfera íntima del local me había aturdido en cierto modo. El sol brillaba con ganas y en ese momento, entre la luz deslumbrante, me pareció ver a la joven Grey de la taberna El Rabo de Cerdo. Se encontraba a veinte pasos y parecía estar observándome. Si en efecto era la misma criada, había mejorado mucho: se la veía más rellenita, como si le hubieran dado mejores raciones, y llevaba el pelo con un aderezo a la moda. Su ropa, sin ser

extravagante, quedaba a una distancia astronómica de su miserable indumento original. Alcé una mano para saludarla y la otra para protegerme los ojos y vislumbrarla mejor, pero ella se volvió rápidamente y subió a un carruaje que ostentaba el blasón baronial.

—¡Las llaves pequeñas abren grandes puertas, sin ninguna duda! —grité cuando ya se alejaba, mientras me preguntaba qué puerta habría abierto para ocupar un asiento tan refinado.

Solo hube de recorrer unas manzanas por la calle del Gobierno para llegar a las oficinas de un banquero conocido mío. El hombre se mostró comprensivo y me extendió un pagaré por el total, motejándolo como la Locura de Afrodita y el Rescate de Venus. Era un día para las mujeres, no cabe duda, pues cuando regresé al callejón del Cocinero me llamaron la atención dos damas bulliciosas que se encontraban frente a la tienda Nordén. Eran madre e hija, ambas vestidas con colores algo estridentes y tejidos demasiado brillantes, y ambas usando un tono demasiado estentóreo para disponerse a visitar un establecimiento tan refinado. Aun así eran dos bellezas: la madre algo marchita; la hija en plena floración, aunque tal vez con un día o dos de más: mi variedad predilecta.

—Acabo de tener el placer de hacer una compra aquí —dije, impulsado por el hechizo de la preciosa muchacha. Ella me estudiaba con cierto interés y juraría que sus labios se entreabrieron como si fuera a responderme, pero entonces se interpuso la madre, hablando con excitación y chasqueando los labios.

—¿Está hoy el joven señor Nordén? —preguntó.

—No hasta más tarde, pero está la propietaria, la encantadora señora Nordén —respondí. Ellas no parecieron nada complacidas con la noticia y se apartaron de la entrada para deliberar entre cuchicheos. Justo cuando estaban a punto de darse media vuelta para marcharse, divisaron a un hombre apuesto que venía desde la calle del Parque. Un clamor de excitación salió de ambas damas mientras se ajustaban sus chales y sus faldas, sacaban sus abanicos y empezaban a desatar con ellos un auténtico ciclón.

—Ahí está el señor Nordén —dijo la madre con rendida admiración—. ¿No es la viva imagen de un caballero?

Mientras él recorría a paso vivo la calleja con su capa de color castaño y sus altas botas negras, yo tuve que admitir que era la encarnación de la moda y la elegancia. Se inclinó al llegar y se quitó el sombrero, mostrando no una peluca ni un aderezo de peluquero, sino una mata de pelo marrón oscuro que le caía alrededor de los hombros, al nuevo y revolucionario estilo. Yo, en comparación, con mi testa empolvada y llena de bucles, me sentí como si llevara un animal muerto en la cabeza, y juré que hablaría con mi peluquero para que renovara mi aspecto, al menos en la medida de lo posible para un *sekretaire* del gobierno.

—Señor Nordén, admiro enormemente el trabajo de su establecimiento. Acabo de hacerle una compra a la señora Nordén y me dispongo ahora a completar la

transacción —dije, tendiéndole la mano. Pero la dama mayor se abrió paso entre nosotros antes de que él pudiera responder.

—Es un gran honor conocerle, señor. Soy la señora Plomgren. Y esta es mi hija, la señorita Anna Maria Plomgren. Venimos del atelier de la Ópera a hacer averiguaciones para la adquisición de varios abanicos.

Nordén hizo todo un alarde de cortesía, besando sus manos y elogiando el colorido de sus vestidos. Obviamente, los nuevos negocios cobraron prioridad frente a un dinero ya ganado. Nordén ofreció su brazo, y la señora Plomgren le dio a su hija un ligero empujón para que fuese ella quien lo tomara. Sentí una punzada de celos, aunque enseguida fue reemplazada por el aplomo y la confianza: yo tenía el Octavo, y las conexiones entre la Uzanne y su constelación de damas me daban ventaja.

—Señor Nordén, he dejado una carta para usted —le grité, más que nada para captar la atención de Anna Maria. Ella se detuvo y me miró un momento antes de ser escoltada hacia el interior. ¡Sus ojos también eran azules! Oí un bufido de impaciencia y vi, al volverme, que la señora Plomgren estaba esperando a que le ofreciera mi brazo. Pero justo cuando lo hacía, la puerta de la tienda se abrió de golpe y salió Margot con el paquete en la mano.

—¡*Sekretaire!* —exclamó—. La impaciencia lo ha aturrido, o quizás estas damas le han resultado demasiado tentadoras. —Me volví con brusquedad excesiva, soltando a la señora Plomgren, que no se cayó en la acera de milagro. Margot me entregó la caja azulada, meneando un dedo con aire burlón—. Su amiga se habría sentido muy decepcionada. Aunque, por otra parte, quizá yo soy demasiado ansiosa. A un funcionario de Aduanas como usted jamás se le habría escapado el auténtico premio.

Me sonrojé, le hice una reverencia y le di las gracias, disculpándome por mi estupidez. Guardé la caja en mi cartera y le entregué el pagaré a Margot, que se lo metió discretamente en su canesú; luego se volvió hacia la señora Plomgren, dirigiéndose a ella en francés. La mujer, a la que había pillado desprevenida, apretó los labios y meneó la cabeza.

—La tienda le va a encantar —le dije a la señora Plomgren—. Y el sueco de la señora Nordén es excelente, pero quizá pueda usted ayudarla a aprender mejor el acento de la Ciudad. He oído mencionar la Ópera, lo cual quiere decir sin duda que es usted una experta en elocución.

Hice una inclinación y miré cómo Margot guiaba al interior a la mujer —esta con su orgullo intacto— para comprar abanicos.

Eran casi las tres, y no me había presentado a la reunión con el superior. Mis colegas debían de estar con toda seguridad en el café, así que crucé el puente, pasé junto a una bulliciosa multitud apiñada frente a la entrada del palacio y tomé por la calle Larga Oeste hasta El Gato Negro, pensando qué excusa iba a inventarme.

Uno de los tres *sekretaires* que se hallaban presentes estaba quejándose de las dispendiosas costumbres de su esposa, que se empeñaba en mantenerse al día en

cuestión de moda.

—Al menos —dijo— hasta que empieza a florecer.

Hizo un gesto circular sobre su propia panza, bastante considerable también, y todo el mundo se echó a reír. Yo le dije que, fuera cual fuese el tamaño de la barriga de su mujer, la pasión por la moda podía arruinarlo igualmente. Sin confesarle la magnitud de mi propia extravagancia, le expliqué que había visitado la tienda Nordén, donde la adquisición de un solo abanico podría costarle el salario de un mes. Todos manifestaron su desdén por tales lujos franceses, pero yo dejé caer que una tienda de abanicos era un lugar idóneo para tropezarse con hermosas damas. La conversación pasó a centrarse en la tienda de los Nordén y así salió a la luz que la regentaban dos señores Nordén. Dejé mi taza con tanta fuerza que derramé el café. El hermano mayor era el artista. El menor era un dandi, el apuesto vendedor que las damas perseguían en tropel. Quizá, siendo socios en la empresa y hermanos, no importaría quién recibiera la carta de la señora Sparrow. Debía confiar en el juicio de Margot y notificarle a la señora Sparrow que había cumplido su encargo.

—Los hermanos Nordén forman un excelente equipo —dijo el *sekretaire* Sandell— y probablemente un delicioso equipo con la bella esposa, una francesa auténtica. —Todo el grupo estalló en risotadas y silbidos; yo me sonrojé furiosamente—. ¿Qué ha pasado, señor Larsson, para que hayamos logrado que se ponga como la grana? Yo creía que usted ya lo había visto y oído todo, incluido el misterio de la santísima trinidad.

Me puse a toser y respondí por señas que un trocito de pastel se me había ido por el camino equivocado, lo cual no hizo más que aumentar la guasa general. Yo empezaba a sentirme como si realmente se me hubiera atascado algo en la garganta, pero no era el trozo de pastel.

—La señora Nordén no es una mujer que merezca ningún insulto. Son ustedes unos groseros —dije, encolerizado, y me levanté para regresar a la oficina. Ellos no pararon de reírse de mí durante el camino hasta la puerta y también en la calle, pero yo desfilé tan erguido como un capitán de la Guardia Real hasta la oficina de la Aduana, en la calle del Negro. Era absurdo que sintiera la necesidad de defender a Margot, pero había algo placentero en ello; algo honroso incluso. Me vinieron entonces a la cabeza las palabras de la señora Sparrow: se produciría una cierta atracción, un magnetismo que me indicaría la presencia del ocho. Pero me apresuré a restregarme la cara con las manos para borrar la idea. Necesitaba una esposa, no una amante. ¿Y qué haría yo con una papista, además, por encantadora que fuera?

Ya en la Aduana, me senté ante mi escritorio para ponerme al día con el papeleo desatendido durante la mañana. Pero antes de que me hubiera instalado del todo, apareció el superior. No dijo una palabra, pero alzó una ceja con aire inquisitivo. Yo abrí mi cartera y saqué la caja de Nordén.

—He comprado un regalo de compromiso. Me he quedado casi arruinado —dije.

Él hizo un gesto de aprobación y declaró que le complacía mucho ahorrarse la

molestia de tener que buscarme un sustituto, añadiendo que esperaba que el anuncio de las amonestaciones se publicara cuanto antes en el *Correo de Estocolmo*. Me quedé unos minutos manoseando la caja cuando se marchó, preguntándome cómo me las arreglaría para llegar a Anna Maria, y de pronto advertí que era más grande y más ancha de lo que yo recordaba. En su interior, acurrucado en un forro de terciopelo negro azulado, estaba el *Mariposa*, con una cinta de satén azul colgada de la anilla plateada del remache. Margot había añadido ese toque festivo: felicidad, belleza, romance. Entonces recordé de nuevo sus palabras: «A un funcionario de Aduanas como usted jamás se le habría escapado el auténtico premio». Si no hubiera conocido bien las artimañas de los contrabandistas, no habría tenido la idea de deslizar, entre el forro de terciopelo y la caja, un abrecartas que tomé del escritorio de Sandell. Debajo del *Mariposa*, en su propio envoltorio, estaba el *Casiopea*. Había también un pedazo de papel con dos líneas escritas con la letra picuda de la señora Sparrow:

Manténgalo bien escondido.

Ya le diré cuándo enviarlo.

Capítulo veinte

UNA TRIANGULACIÓN EN LA TIENDA DE ABANICOS

*Fuentes: diversas, incluidos M. Nordén, L. Nordén, Sra. S., operarios de la tienda de abanicos, padre Johan D** (católico).*

Los días eran ya demasiado cortos, y las lámparas de aceite demasiado caras para seguir trabajando mucho más allá de las seis, así que solo quedaba Margot en la trastienda. Había diversas piezas semicirculares de madera colgadas del techo, y mazos y prensas ordenados sobre las mesas; la estufa, en un rincón, arrojaba un resplandor a través de la rejilla de la portezuela de hierro. El calor que reinaba allí era una ventaja para los operarios, pues los materiales no se podían trabajar en un ambiente frío. Margot alzó la vista de la tela que estaba puliendo en la prensa al oír que se abría la puerta del taller.

—Tiene que felicitarme —dijo Lars, estirándose los puños plisados de lino que asomaban por las mangas de su chaqueta—. He conseguido tres ventas a la Ópera Real y un desafío artístico para mi hermano. Todo en una misma tarde.

Margot fruncía la frente; cada pliegue del abanico era esencial: una mota de mugre o una mancha de aceite podían arruinar una tela preciosa. Pero la buena noticia iluminó su rostro.

—¿Tres ventas? ¿A la Ópera Real?

Lars se subió a un taburete de pintor.

—Veremos si mi hermano sabe estar a la altura de los elogios que le he hecho. Tres nuevos abanicos. Idénticos. ¿Qué le parece, señora Nordén?

La sonrisa de Margot se desvaneció.

—Christian no hace duplicados. ¡Y tenemos un armario lleno de abanicos que vender!

—En efecto. Pero esos trillizos nos ayudarán a venderlos, porque difundirán a los cuatro vientos el nombre de nuestro taller. Creo que este va a ser el primero de muchos encargos múltiples. Es más: nuestro futuro está en la cantidad: en producir abanicos tal como las fábricas producen porcelana.

Margot estrujó la bayeta que tenía en la mano, esparciendo un aroma de aceite de limón.

—Ninguna mujer con estilo llevaría un sombrero o un traje que sea el duplicado del de su vecina. ¿Por qué habría de usar un abanico de esa clase?

Lars jugueteó con un delgado pincel provisto de cuatro pelos de marta cibelina.

—Las copias son mucho menos costosas tanto para fabricarlas como para comprarlas. Pero ¿cuál es la razón principal de su éxito? —Señaló el retrato en miniatura de una dama en la tela de un abanico—. La moda, y su hermana la envidia. Ambas incitan a gastar.

—Los Nordén buscan la excelencia, no la envidia.

—Los Nordén deberían buscar ante todo el beneficio. —Lars dejó el pincel y giró el taburete para encarar a Margot—. Sé que la tienda está pasando apuros, pero no debería ser así. Hemos de adaptarnos a los tiempos: abanicos confeccionados más deprisa, materiales más baratos, duplicados. Se acerca un nuevo siglo. ¿Acaso cree que puede detener la marcha del progreso?

—Ya he visto lo que los hombres llaman la marcha del progreso, estimado hermano. —Margot siguió puliendo, ahora con furia—. Convendría detenerlo.

Lars se paseó lentamente alrededor del taller para hacer un alto junto a Margot.

—Un caballero de capa roja, un *sekretaire*, se ha dirigido a mí frente a la tienda, pero yo estaba ocupado con las Plomgren. Ha dicho que había dejado una carta para el señor Nordén.

—Era para mi esposo —dijo ella, ajustando la lámpara.

Lars se acercó aún más.

—Yo soy el señor Nordén.

Margot se irguió frente a él.

—*Non*. Mi esposo es el dueño de la tienda. Y a usted no le interesaría la clienta que ha enviado esa carta; es una mujer vieja de escasos medios que envió su abanico a reparar.

—¿Acaso la ha leído? ¿Cómo se atreve?

—Claro que la he leído. Christian y yo estamos casados. No tenemos secretos. —Lars la cogió de la muñeca, pero ella conservó la serenidad—. Si cree que puede leer la carta, *voilà*.

Margot se sacó la carta del bolsillo de la falda. Lars desdobló lentamente la pequeña cuartilla, escrita con una letra negra y larguirucha. La examinó atentamente, acercándosela a la cara; luego la dejó sobre la mesa con estudiada indiferencia y se dirigió hacia la puerta del patio.

—Lástima que nunca se haya aplicado usted a aprender francés, *monsieur* —murmuró Margot a su espalda. Se frotó las manos con un trapo limpio y alisó la carta sobre la mesa, allí donde la luz de la lámpara arrojaba un cálido círculo.

Monsieur Nordén.

El portador de esta carta, *monsieur Larsson*, es un amigo y socio mío, simpatizante de nuestra causa. A él se le ha de entregar el abanico de la constelación que usted ha modificado con tanta destreza. Por favor, incluya la nota adjunta en el envoltorio del abanico. Es esencial que todo este asunto y el paradero del abanico continúen siendo un secreto. Su maestría, su discreción y sus conocimientos no quedarán sin recompensa. Como muestra de mi gratitud, adjunto el doble de la tarifa acordada.

Saludos.

S.

Margot dobló la carta repetidamente hasta convertirla en un cuadradito y volvió a

guardársela en el bolsillo, donde la sentía como un ascua incandescente. Ella amaba a Christian; no podía culparlo por el proceso demencial que los había acabado depositando en la Ciudad. La vida de Christian giraba en torno a los abanicos; ellos lo habían llevado a Francia en su adolescencia para trabajar como aprendiz del gran maestro Tellier. Christian conocía todos los refinamientos del oficio, hasta la tensión exacta del clavillo adornado con piedras preciosas que mantenía sujetas las varillas. Era capaz de rechazar una pieza de papel vitela por algún defecto que nadie más podía distinguir. Sabía pintar miniaturas que eran la envidia de los maestros y fabricantes de las casas reales. Pero no poseía el encanto adecuado, crucial para aquella clase de negocio. Cuando se hallaba en compañía femenina, parecía que Christian se hubiera encontrado con un antiguo amor: el abanico, no la mujer. Nada más conocer a la dueña, manifestaba todo su entusiasmo, pero solo dirigido al abanico, por desgracia. Era capaz de interrumpir una conversación para anotar una fórmula del pegamento que estaba elaborando. En mitad de una partida de cartas, se excusaba para ir al muelle a esperar la llegada de un cargamento de varillas de marfil procedente de China. En un baile, descubría de inmediato el abanico más extraordinario y se empeñaba en ser presentado, sin considerar la edad ni el estatus conyugal de la dueña.

Fue en una ocasión semejante cuando conoció a Margot. Christian estaba conversando con la vieja y oronda viuda de un noble, que llevaba casualmente un modelo cabriolet muy singular —pasado de moda, pero de excelente calidad—, cuando una joven dama le dio un golpecito con su abanico. Menuda y morena, con una nariz afilada, la joven le pidió que bailara con ella para ganar una apuesta que había hecho con su señora. Margot no abrió su abanico en toda la noche, aunque lo había pedido prestado como parte de la apuesta y sabía que tenía un valor excepcional. Christian ni siquiera se lo pidió. Por una vez, dejó de pensar en telas, varillas, guardas y ribetes.

Su rápida unión dio lugar a un matrimonio feliz, y, con la ayuda de Margot, Christian aprendió a dirigirse a las clientas de la tienda Tellier con la debida atención; también hizo amigos con los cuales se pasaba las noches perdiendo a las cartas y hablando de los odios que se incubaban bajo la superficie exquisita del París de 1789. Un día de verano, se presentó en la tienda de Tellier una multitud rugiente exigiendo abanicos impresos —¡copias!, ¡impresas en papel!— que sirvieran para educar al pueblo. *Monsieur* Tellier, reprimiendo su furia, reaccionó con helada cortesía. Declaró que él no sabía nada de impresión ni de papel; que solo entendía de arte. Escupió en la acera al alejarse la chusma, pero tenía la frente fruncida y los puños crispados. Cuando aquellos incidentes empezaron a repetirse, Tellier le dijo a Christian que se marchaba a Bélgica una buena temporada. Tal vez él debería pensar en algo parecido, añadió. Un día todo volvería a la normalidad. Hasta entonces, el taller Tellier permanecería cerrado.

Cuando Versalles fue saqueado y la Bastilla tomada, en julio de 1789, la patrona

de Margot, una rica aristócrata del estado de Hesse, anunció que se volvía a su tierra y que todo el personal sería despedido en octubre. La dama les pagó a todos el salario de medio año, y a Margot, su preferida, le dio varias joyas y un abanico barroco italiano *découpé*, digno de una reina. Margot se apresuró a coser esos objetos de valor en el dobladillo de un abrigo de Christian, consciente de que los necesitaría más adelante. De mala gana, hablaron de mudarse al lugar natal de Christian: Estocolmo. En el otoño de 1790, sin trabajo ni perspectivas, siguieron por fin la Estrella del Norte.

La Ciudad no era ni mucho menos tan primitiva como Margot se había temido; la gente era educada e iba bien vestida. Muchos hablaban francés. En el teatro Bollhus se representaban dramas franceses. El rey era sin duda un monarca ilustrado: incluso permitía que los seguidores de la iglesia católica romana practicaran su fe. Margot sollozó de felicidad cuando asistió por primera vez a una misa, celebrada en los salones francmasones del Distrito Sur. Christian, que había vuelto a la fe luterana por motivos prácticos, se sintió favorablemente impresionado por la francmasonería, un movimiento tan ilustrado como para permitir un uso semejante de su sede. Poco después se afilió a una logia, y fue allí donde conoció al maestro Fredrik Lind. Este, como artista que era también, instó a Christian a convertir su tienda en un foco de atracción de la cultura francesa y prometió ayudarle a establecer conexiones beneficiosas.

Los ahorros de la familia Nordén se invirtieron en la remodelación del local del callejón del Cocinero. No era el emplazamiento ideal, pero sí el que ellos podían permitirse, y contaba con unas habitaciones decorosas arriba. Contrataron a Lars, el hermano de Christian, que había permanecido en la Ciudad mientras este vivía en París, para que encandilara a las damas. Los Nordén habían rezado para que el gusto, propio de la era Gustaviana, por todo lo que fuera francés y refinado les ayudara a prosperar, pero todavía un año después seguían esperando que sus plegarias fuesen atendidas.

Las campanas de la iglesia tocaban las ocho cuando Christian regresó por fin a casa. Besó a Margot y luego la apartó para observarla bien.

—¿Qué sucede? —dijo, mirándola con recelo.

Ella se encogió de hombros.

—Yo no he dicho nada.

—Pero parece que pase algo —dijo él, quitándose la capa y frotándose las manos para calentárselas—. Siento llegar tarde. He estado en la logia y tengo una noticia excelente. Pero primero cuéntame lo que te preocupa.

Margot sacó la carta del bolsillo, se la dio a Christian y luego se sentó en el taburete de pintor.

—Tu hermano se empeñaba en que era para él, pero yo no se la he traducido.

—Correcto, correcto. Es asunto nuestro, y hemos jurado absoluta confidencialidad.

Desplegó la cuartilla y se acercó a la luz.

—No le caigo bien a tu hermano.

—Tonterías, Margot. Lars no tiene nada contra ti; simplemente está demasiado encariñado conmigo. —Leyó la carta y levantó la vista al terminar—. ¡El doble! Ese *Casiopea* nos ha dado una suerte fantástica, Margot.

—Es un soborno, querido.

—No. ¡Es un gesto de gratitud! La señora S. tiene sus motivos.

—¿Y qué significa eso de «simpatizante de nuestra causa»?

—Ah, nuestra señora S. es hija de Reims. Estuvimos hablando de Francia y de todos los esfuerzos de Gustavo para salvar al rey.

Christian levantó la vista al techo, como si estuviera recordando su apresurada huida hacia al norte, pero Margot tomó su rostro con ambas manos y le obligó a prestarle atención.

—La política nunca será tu terreno. Nuestro terreno es el romance y el arte.

—Estoy encantado de ser tu cliente en cuestión de romance. Y ahora tenemos un cliente en el terreno del arte. —Christian le estrechó una mano—. Margot, me han invitado a dar una conferencia sobre abanicos —dijo con voz estridente de emoción— en casa de *Madame* Uzanne: el faro de las artes, de mi arte, en la Ciudad. Me dirigiré a su clase de jóvenes damas. ¡Venderemos montones de abanicos!

Margot apartó la mano que se había llevado un instante a los labios y lo besó.

—¿Cómo se ha producido ese milagro?

—Gracias a mi hermano —respondió Christian. Margot frunció el ceño—. No, no mi hermano Lars, sino mi hermano de logia: el maestro Fredrik Lind. Es el calígrafo de *Madame* Uzanne y me ha prometido que nos ayudará a hacer relaciones. Ha llegado nuestra hora, Margot. Nos abriremos paso por fin. El maestro Fredrik me ha propuesto que le envíe a *Madame* un regalo. He pensado quizás en el *Mariposa*.

—Lo he vendido hoy. Al mensajero que ha traído la carta. Y lo ha pagado todo.

Christian echó un vistazo a la parte delantera de la tienda, al armario lleno de abanicos.

—Qué pena. Lo echaré de menos.

—¿Pena? Señor Nordén, este es un día lleno de buenas nuevas. ¡Por fin! —Margot le arregló a Christian el cuello de la camisa y luego se detuvo y le puso las manos sobre los hombros—. Hoy han venido a la tienda dos damas de la Ópera. Han encargado tres abanicos. Tres idénticos.

La cara de Christian se quedó en blanco.

—Dios mío. No tengo nada que ponerme.

—¿Has oído lo que te he dicho? —dijo Margot.

—Quizá podría pedirle prestada una chaqueta a Lars. Últimamente se ha vuelto todo un dandi. Las clientas están prendadas de él. Tiene una corta de color escarlata, con un galoneado negro, absolutamente regia. A *Madame* le encantaría.

—Christian.

Él la atrajo hacía así y le besó la cabeza.

—Bueno, quizá si le pido la chaqueta verde de la temporada pasada ya será suficiente para que me dejen pasar de la puerta, aunque no lo bastante para causar un revuelo entre las damas. —La soltó lentamente; la luz se había extinguido en su rostro—. Te he oído, Margot. Estoy dudando.

Se acercó a la mesa y corrigió escrupulosamente el orden de los pinceles. Margot encendió una vela y apagó la lámpara de aceite.

—¿Acaso podemos hacer otra cosa? —Cerró con llave la puerta trasera y Christian bajó las persianas. Fueron a la parte de delante a comprobar todos los cerrojos. La tienda estaba sumida en la oscuridad y las rayas amarillas de las paredes apenas se distinguían a la luz parpadeante de la vela—. Quizá sea una señal. Las buenas noticias vienen de tres en tres: relaciones, un encargo y la *Mariposa* que ha volado —susurró Margot.

Christian la estrechó contra su pecho y apagó la vela.

—Buenas noticias por fin.

Capítulo veintiuno

EL PROGRESO DEL PEREGRINO

Fuentes: E. L., parroquianos de El Rabo de Cerdo.

La luz de noviembre era como una capa de pintura gris y el aire estaba impregnado de humedad, así que encendí una vela para que pareciese de día y para prestarle un poco de calidez a la mañana del domingo. Había despertado con un espantoso dolor de cabeza, aunque solo me había tomado un vaso de un ron extraño en El Rabo de Cerdo. Nadie conocía el paradero de la chica de gris, la tal Grey, aunque el tabernero la maldijo como si fuese la hija de Satanás y me dijo que me daría aquel tonel de ron si se la traía para propinarle una buena paliza.

El superior se estaba impacientando de nuevo y trataba de acorralarme después de cada servicio dominical, escoltado por un par de solteronas huesudas. Mi falta de progresos empezaba a resultar incómoda y los esquinazos continuos se habían convertido en una penosa rutina. Pero ahora la decisión del superior de cumplir la amenaza de reemplazarme tenía fecha: el 5 de enero, la Epifanía. Así pues, el sábado había anunciado en el café que iba a salir de la Ciudad para visitar a una posible prometida y a su familia y que no me verían en el banco habitual de la iglesia. En realidad, quería aprovechar para trabajar en mi Octavo. Los gritos con los que la señora Murbeck maltrataba a su hijo en el piso de abajo mientras salían hacia la iglesia constituían una alegre señal. Ahora me quedaría en paz durante al menos tres horas.

Tenía en la mesa un fajo de papel de oficio que había «rescatado» de la oficina. Tomé la pluma y una hoja y dibujé los ocho rectángulos del Octavo alrededor del cuadro central. Marqué con letras bien gruesas el nombre de la Uzanne en el lugar de mi Compañera; nuestra conexión aumentaba de día en día. Su preciado abanico estaba en mi habitación: una ficha muy alta que utilizar en la partida cuando tuviera las cartas adecuadas. La inminente conferencia en Gullenborg prometía muchas posibilidades, si no respuestas directas.

El Prisionero. Anna Maria estaba atrapada bajo el yugo de su madre, quería que la pusieran en libertad. A mí me habría encantado liberarla, o atraparla entre mis brazos en todo caso. El hecho de que la hubiera conocido frente a la tienda de abanicos, cuando el *Casiopea* estaba punto de caer en mis manos, era una conexión evidente con la Uzanne. Subrayé su nombre con una sinuosa rúbrica y varias rayas.

El Maestro: el instructivo maestro Fredrik.

Sopesé la posibilidad de situar al hijo Murbeck como Mensajero, pero al final decidí dejarlo en blanco.

¿El Embaucador? O mejor, la Embaucadora. Aunque no tuviese ningún vínculo con la Uzanne, quedaba bien claro quién era por la imagen de la carta. No soportaba escribir su nombre, así que me limité a poner Sra. M. Ahora bien, ¿cómo podría

utilizarla para mis propósitos?

Estudiando el trío que aparecía en la carta de la Urraca, descubrí de pronto... ¡a Margot con los hermanos Nordén! Sin duda había una línea recta entre una tienda semejante y la Uzanne. Margot conocería a todas las damas de la Ciudad, a sus hijas y sobrinas casaderas, y entre su clientela solo había mujeres de posición muy desahogada. Además, seguro que Margot hablaría favorablemente de mí. Escribí su nombre completo en mi esquema, seguido de un signo de admiración. ¡Ella debía de saber dónde vivían las Plomgren!

El Premio era todavía un problema irritante; los hombres de mi logia se mostraban recelosos ante mis indagaciones sobre sus hijas solteras. Y ninguno de ellos parecía poseer una pátina de refinamiento y cultura. Le preguntaría al maestro Fredrik; era tarea suya, al fin y al cabo, como Maestro.

La Llave. La señora Sparrow me estaba abriendo con el Octavo un mundo nuevo. Gracias a sus vínculos con el rey y al linaje aristocrático de mi Compañera, acaso podría encaramarme a una posición mucho más elevada de lo que jamás había soñado. Tal como había dicho la joven Grey: las llaves pequeñas abren grandes puertas. Ella ya había cruzado el umbral y hollaba un camino dorado. Pronto lo haría yo también, pensé.

Capítulo veintidós

UN PELDAÑO MÁS DE LA ESCALERA

Fuentes: diversas, incluidos L. Nordén, Sr. y Sra. Plomgren, G. Tavlan, Red Brita, dos sastres, un soldado sin identificar, algunos vecinos del callejón de Ferken.

La señora Plomgren dio unas palmadas.

—Alegra esa cara, tesoro. El estreno es la semana que viene y nosotras tenemos que vestir a un magnífico trío: un cabo, un hombre del departamento de justicia y un cantante que se encarga de las farolas del Distrito Sur. —Le dio a su hija un pellizco en la mejilla—. Ponte un poquito de colorete, cariño. Olvídate del farolero; pero los otros dos... ¿quién sabe si no les gustaría llevarse una esposa, además de su atuendo? Quién sabe, ¿eh?

—Lo sé yo. Y la respuesta es un no tajante —contestó Anna Maria, enrollándose las mangas y ajustándose las horquillas del pelo. Un teatro de ópera no era lugar para encontrar prometido. En ese mismo momento veía los pantalones arrugados y las piernas desnudas del escenógrafo jefe, Gösta Tavlan, detrás de un enorme decorado con un lago encantado, cuya agua pintada temblaba a cada empujón que le propinaba con el trasero.

Matrimonio. Ya lo había probado una vez y no había salido bien. Su madre parecía creer que el siguiente sería distinto.

Anna Maria trabajaba con sus padres en el taller de la Ópera, haciendo disfraces y accesorios de *atrezzo*. Ella había adquirido también ciertas dotes de actriz a base de estudiar los modales y la manera de hablar de los patronos, los actores y los miembros más ricos de la audiencia que ocupaban los palcos. Anna Maria deseaba sentarse nada menos que en el palco número tres de la Ópera, en la planta principal, y sabía que sus dotes teatrales serían clave para tal ascenso. Cuando tuviera en exclusiva el palco número tres y ocupara una silla dorada cubierta de brocado blanco, muy por encima de la chusma sudorosa que al final del primer acto se apretujaba contra las tablas del escenario, sabría cómo dirigirles desde lo alto una plácida sonrisa y cómo hacer un comentario que entrañara a la vez familiaridad y condescendencia. Entonces poseería todo un guardarropa, no un vestido teñido y remodelado con accesorios de *atrezzo* que procedía del legado de una dama difunta. Entonces estaría a unos pasos del rey y le devolvería su saludo con una sonrisa bien ensayada y una humilde reverencia que reuniera todo el aroma de su odio reconcentrado.

En su juventud, Anna Maria pensaba que tal vez lograra sus propósitos de un modo convencional, es decir, mediante un enlace estratégico. Estudió atentamente a Sophie Hagman, una bailarina encantadora que había ido a caer con toda elegancia en los brazos del hermano más joven del rey, Federico Adolfo. La señorita Hagman tenía una vida perfecta, un lujoso apartamento y medios más que suficientes; y podía actuar con toda libertad como una bailarina de categoría y relacionarse con todo tipo

de gente: desde la realeza hasta los artistas e intérpretes. Sophie Hagman era una mujer respetada, incluso en la corte, sin haberse casado con nadie. Para colmo, el apuesto duque Federico al parecer la amaba de verdad. Se mirara como se mirase, un arreglo ideal. Por desgracia para Anna Maria, aunque el desfile de posibles amoríos que iban y venían por las ornadas puertas de la Ópera resultaba mareante, nadie parecía interesado en otra cosa que no fuera un refrescante intermedio o un desahogo físico. En lugar de eso, ella se había casado con un soldado y había descubierto los dramas de la guerra.

Cuando Anna Maria tenía diecisiete años, un sobrino de la señora Plomgren había aparecido acompañado de un apuesto camarada de su regimiento, Magnus Wallander. Anna Maria reconoció en él a un hombre capaz de manejar todo el ardor que ella llevaba dentro y ambos se volvieron inseparables; nadie habría podido afirmar cuál de aquellas dos llamas juveniles ardía con más fulgor. Se celebró una boda apresurada y tomaron unas habitaciones justo a la vuelta de la esquina del callejón de Ferken. Los vecinos se reían del vigor y la lozanía de sus juegos. Pero después el juego se volvió menos alegre. «No usan palabras de ninguna lengua cristiana —le dijo Red Brita, una vecina, a mamá Plomgren—, solo chillidos y aullidos capaces de atraer a la casa al mismísimo Lucifer. Temo por su hija, señora Plomgren, pues tiene el genio de un beduino enloquecido. Alguien terminará malherido, como le sucedió a mi propia sobrina de Norrköping, que ahora yace enterrada, y cuyas tres hijitas están en el asilo».

En 1789, cuando Magnus Wallander fue llamado a filas para combatir en Finlandia, en la guerra del rey contra los rusos, la pareja y su hija pequeña se mudaron a las habitaciones de los señores Plomgren, en la calle Larga Este. Anna Maria estaba muy contenta con la perspectiva de la marcha de Magnus: contenta sobre todo por la seguridad que le proporcionaba la casa de sus padres. Sería un modo de ahorrar dinero, y allí contaría además con ayuda y protección. Magnus se sentía menos entusiasmado con aquel arreglo, pues ponía trabas a su carácter, a sus arrebatos de ira y de lujuria, y era incluso más probable que allí su temperamento acabara haciendo estragos. No podía esperarse que Anna Maria, ocupada con su bebé de dos meses, pudiera controlar a su marido. Ella lo intentaba, lo intentaba por todos los medios. Pero cuando Magnus empezó a usar al bebé como peón para sus juegos, fue solo la orden de reclutamiento del rey lo que la salvó de cometer un asesinato. «Que se encargue algún soldado ruso, o la bala perdida de un compañero de armas —le dijo a su madre—. Que perezca ahogado, o por mordedura de rata, o por el cólera; cualquier medio será bueno. Rezo para que suceda pronto y muy lejos. Así no tendré que volver a verlo».

Un año más tarde, un silencio antinatural se había apoderado del hogar de sus padres: las ventanas, el espejo y todo el mobiliario estaban cubiertos de grueso paño negro, y la casa parecía incluso demasiado pequeña para una familia de insectos: mal ventilada y oscura, iluminada tan solo con el resplandor de las velas blancas que

señalaban el camino hasta la sala de estar. No se oía ninguno de los ruidos que antaño llenaban aquellas habitaciones: los gritos, las bofetadas, los gemidos.

El padre de Anna Maria, recordando las tradiciones de su juventud en el campo, se había empeñado en que trajeran unos abetos para decorar las jambas de la puerta. Y allí estaban, segados de un tajo por la parte de arriba, flanqueando la entrada. Las ramas esparcidas por el sendero hasta el interior de la casa creaban una alfombra fragante que mantenía alejados los malos espíritus y amortiguaba el ruido de las pisadas. «Así no les cabrán dudas a los vecinos y no podrán chismorrear. Así sabrán con certeza que ha ocurrido por fin», le había dicho el hombre a su hija. Los vecinos ya lo sabían. Anna Maria percibía con horror cómo dejaban de hablar en el mercado, cómo se sonrojaban en la panadería y bajaban la mirada en la carnicería, donde un becerro colgaba de un gancho tras el mostrador. Pero todos acudirían igualmente: los vecinos y los amigos e incluso los extraños entrarían en la casa guarnecida con dos abetos y subirían los tres pisos a las habitaciones sumidas en la oscuridad, que olían a cadáver, a pino y a *kringlor* con azafrán: esos grandes panes con forma de *pretzel* que se servían siempre en los velatorios. La gente raramente se perdía ese tipo de invitación de tono macabro, con comida y bebida gratis, aunque el calor y el hedor pudieran acortar la visita.

Anna Maria observó cómo colocaba su madre las tazas y platos que les habían prestado los amigos, pues ella había destrozado la mayor parte de la vajilla familiar arrojándosela a su marido. Aquel había sido también un juego que habían disfrutado en su día. A Magnus le brillaban los ojos de placer ante ese bombardeo furioso e inútil, hasta que ella echaba mano de una munición más peligrosa. Él era militar; sabía golpear cuando el enemigo empezaba a cansarse, pero antes de que estuviera desesperado. La reducía entre sus brazos y la poseía despiadadamente, poniendo fin a un conflicto cuyo propósito era, de hecho, llegar a aquel punto. Solo se entendían combatiendo; su hostilidad desataba una irresistible explosión.

Cayó un plato al suelo y la señora Plomgren soltó una maldición entre dientes. Anna Maria permanecía sentada en el ancho banco de cocina que le servía de cama. Tenía las mejillas encendidas y los labios demasiado rojos para semejante ocasión. No estaría bien que apareciera tan poco afligida, pensaba la madre, pero ella no podía evitar ser tan hermosa.

—El trabajo lo cura todo, tesoro; el trabajo honesto —dijo, tocándole el brazo con delicadeza—. Ve a comprar agua fresca al carro de la plaza. La criada ha ido a la panadería y va a haber multitud de gargantas secas.

Anna Maria asintió y se levantó para ir a buscar los cubos al jardín trasero. Tuvo que cerrar los ojos al salir al sol, después de tantas horas en la penumbra. Las gallinas cacareaban enloquecidas ante un gato; vio a un par de vecinas que la espiaban desde detrás de las cortinas. Ella las miró desafiante, con los puños apretados, como dispuesta a darles un sopapo.

Cogió el yugo y los cubos y recorrió el breve trayecto hasta la plaza del Mercader,

donde la vida proseguía como siempre. Un grupo de militares bebía cerveza en unas mesas al aire libre. Reían y cantaban, contentos de estar otra vez en casa, hasta que uno de ellos la identificó.

—¿Señora Wallander? —gritó. Ella siguió adelante, cabizbaja y arrastrando los pies, y llenó los cubos en el carro del agua. Él insistió, levantando aún más la voz—. ¿Señora Wallander?

Era inútil fingir. Sintió una oleada de cólera ardiente, pero se dominó y replicó con la frialdad de las losas que pisaba.

—Si se dirige a mí, ahora soy la señorita Plomgren. Ya no soy la señora Wallander. Pero la conocí. Y me encarga que le diga usted de su parte al hombre que lleva ese apellido que es un gusano diabólico y que su verga sifilítica es el bastón pestilente de Satán. Que se pudra en el infierno y que le machaquen la cabeza una y otra vez durante toda la eternidad.

Escupió en el suelo y aguardó, pues aquellos hombres habrían sido capaces de defender al mismísimo Lucifer si hubiera lucido los colores de su regimiento. No se oyó ninguna respuesta, solo una brisa que sacudió la ropa tendida del callejón y el graznido de una gaviota en lo alto. Anna Maria notó el sudor que le cubría la frente. Por primera vez en mucho tiempo se sintió viva.

Un hombre se levantó al fin, un capitán entrado en carnes, con el uniforme húmedo de cerveza, y esbozó torpemente una reverencia.

—Mejor haría en no hablar así de él, señorita, eh, señora Wall... gren. El capitán Wallander ha muerto, pero como un héroe. El rey le ha concedido el grado de comandante. Estamos bebiendo ahora en su honor y luego pensábamos ir a darle la noticia y la insignia que ganó a tan alto precio.

—Lo único que me importa es cobrar su pensión.

El capitán se miró las botas.

—Cuando se reinstauren las pensiones, quizá. El dinero para tales lujos se ha ido al fondo del Golfo de Finlandia, donde yace ahora su héroe.

—¿Y ni un chelín para mí? ¿Ni siquiera sus botones?

El sol, y el calor, y las noticias, los chillidos repetidos de la gaviota, los abetos cortados de un tajo y los *kringlor* de azafrán, con esas formas serpenteantes que se doblaban sobre sí mismas como ochos ladeados, y la vajilla de porcelana, y el *brandy* que había bebido en el desayuno... todo se confabuló para que Anna Maria soltara de improviso una carcajada: la carcajada de una bruja de pesadilla o de un duende disfrazado de bella muchacha, la risa de los condenados en el fin del mundo.

—¿Un héroe, dice? ¿Un héroe? ¡Forúnculos de pus en el culo del héroe!

Anna Maria soltó los cubos, corrió hacia el capitán borracho y, agarrándolo del brazo, lo arrastró para que la siguiera.

—Tienen que venir de inmediato a la que fue su casa a traer esas nuevas. Los estamos esperando con comida y bebida y los brazos abiertos; allí encontrarán unas habitaciones frescas y umbrías donde reposar y donde hablar de su bravura en la

guerra. Luego les hablaré yo de sus proezas aquí, en el seno de su familia.

Los hombres se levantaron y la siguieron, sombríos y recelosos. Uno de ellos recogió los cubos. Anna Maria dobló la esquina, encabezando la marcha, y se detuvo ante los marchitos abetos. La entrada estaba llena de gente que acudía al velorio.

—Ahí está la obra del capitán Wallander —dijo Anna Maria, señalando con gesto teatral el piso superior—. Su hija de cuatro meses, con el cráneo machacado en uno de sus arrebatos de ira, entregada a mis cuidados hasta la llamada del cielo. —Se volvió hacia los soldados en la puerta—. Si no estuviera muerto ya, sería azotado en la plaza del Hierro, asado en un espetón en los Jardines del Rey y arrojado a la fosa común de Rullbacken junto con toda la escoria de la tierra. ¡Héroe! Escupo sobre esa palabra, y escupo sobre el rey demente que le concede semejante título y no deja nada para la viuda. Que su jodida, sodomita y diabólica majestad se apresure a reunirse con su héroe, primero en las aguas muertas del océano y luego en los sofocantes abismos del infierno. —Escupió a las botas del capitán y, dando media vuelta, cruzó el umbral para subir las escaleras mientras se limpiaba la saliva de la cara—. Entren, caballeros, y miren de frente el heroísmo de su camarada. Era una niña preciosa, mi Annika; o al menos lo era antes de que ese héroe la arrojara al suelo porque me negaba a chuparle la verga.

Los hombres desfilaron junto a la caja blanca adornada con estrellas doradas para mirar el bulto diminuto, la cara cubierta con un paño blanco, todo rodeado de mirto y ramas de boj. No tomaron nada y se retiraron todos en silencio.

Anna Maria se sentó en el portal, agarrándose la cabeza con las manos y tarareando para sí, hasta que la señora Plomgren la hizo entrar para despedir el féretro, pues ninguna de las mujeres fue a la iglesia. La criatura iba a ser enterrada en la iglesia de Jacob, donde habían comprado un cuarto de parcela a una familia que también había perdido un hijo.

El señor Plomgren atornilló la tapa de la caja blanca y puso una guirnalda de mirto encima. Anna Maria se le acercó.

—Las piernas... ¿las tenía atadas? —Él asintió en silencio; nadie quería que el muerto volviera a caminar; incluso un muerto que no había llegado a gatear—. ¿Y en qué dirección yacía, padre? ¿Dónde está la cabeza? —Él señaló el extremo que tenía más cerca y Anna Maria cerró los ojos con alivio al ver que estaba tan seguro—. Sobre todo que salga con los pies por delante, padre; si no, volverá. Con los pies por delante.

El señor Plomgren asintió, pues conocía bien los tormentos que aguardaban a la casa de donde había salido un muerto con la cabeza por delante. Ya no tendrían reposo jamás; y bastantes problemas había en aquella casa sin el espectro de un bebé que había perecido víctima de la violencia. Bastante habían sufrido ya.

La señora Plomgren abrazó a su hija con fuerza.

—Te repondrás, tesoro. Yo me encargaré de que vuelvas a ser feliz.

Y así, el señor Plomgren y un sastre de la Ópera tomaron el ataúd —más ligero

que el polvo, blanco como la leche—, se lo cargaron al hombro y salieron a la calle, donde había un cielo azul radiante. Caminaron lentamente, dejando atrás el castillo; cruzaron por el puente a la isla del Espíritu Santo y, pasando junto a la Ópera, llegaron a la iglesia de Jacob, donde enterraron a la niña. El aire apestaba con los vapores de la podredumbre y los hombres se llevaban a la nariz ramitas de enebro mientras el sacerdote recitaba las oraciones. Eso había sucedido dos años atrás. Ahora había que pensar en el futuro.

Anna Maria estaba sentada ante un tocador provisto de un pequeño espejo, en la segunda planta del taller de la Ópera. Se sacó del bolsillo un estuche redondo, extrajo un pedazo de algodón enrojecido, escupió en él y se secó los labios. Ensayó distintas caras frente al espejo hasta que vio a un caballero a su espalda, en el umbral, con una caja negro azulada en las manos y la mirada fija en su reflejo. Estudió unos instantes a Lars sin darse la vuelta. Un cuerpo bien formado, un rostro atractivo. El pelo lo llevaba según el último estilo en boga; lucía ropa elegante y bien cortada: chaqueta y pantalones de lana azul, calcetines crema sin ningún roto y un bonito gorro de piel bajo el brazo. Anna Maria se levantó lentamente y se volvió.

—¿Puedo ofrecerle ayuda? —dijo, ladeando la cabeza con una sonrisa.

Lars se inclinó con un gesto ampuloso, dejó la caja sobre una mesa y tomó su mano para besársela.

—Una entrega, encantadora señorita. Del taller Nordén.

—¿Señor Nordén? ¿Es usted? —dijo ella con falsa timidez, dejándole su mano unos segundos más de la cuenta.

—Yo soy —dijo, con otra reverencia— el más feo de los dos.

—Me gustaría conocer al más apuesto en tal caso, pues usted tiene un aspecto muy agradable.

—El más apuesto está casado, y felizmente, me temo. Pero un sapo y una princesa siempre hacen buena pareja.

—No soy una princesa, y ya he tenido un sapo —dijo Anna Maria—. Acabo de librarme de su veneno. Yo sí busco a un príncipe, pero como muestra de cortesía, señor Sapo, puede decirme su nombre de pila... ¿No era Christian Nordén?

—Ah, no, querida señorita, Christian es como se llama mi hermano, el guapo. Yo me llamo Lars.

Anna Maria sintió que le subía un cálido rubor por el cuello y las mejillas y, aunque trató de dominarlo, no lo consiguió.

—*Enchantée* —dijo, alargando el brazo para tomar el paquete, pero Lars le cogió la mano de nuevo.

—Y usted aún no me ha dicho su nombre, lo que es una gran injusticia.

La señora Plomgren apareció con mucho alboroto y un aire de encantada alarma.

—Pero qué tenemos aquí, mi querida niña... Señor, ¿podemos ofrecerle nuestra ayuda? Ah, hum... ¡señor Nordén!

Lars le soltó a Anna Maria la mano de mala gana y se llevó a los labios la de la

madre.

—Es en sus expertas manos donde me han ordenado que entregue mi paquete, señora Plomgren.

Ella frunció los labios, soltó un gritito y, retirando la mano, dio una palmada.

—Así que el paquete... claro, el paquete. Hay unas piezas singulares dentro —dijo. Lo cogió, lo apretó contra su pecho como si fuera una muñeca y llevó a Lars y Anna Maria a una mesa de trabajo junto a la ventana, donde tendrían la luz necesaria—. Estábamos esperando con ansiedad la llegada de estas maravillas, ¿verdad, tesoro, verdad que sí? Encargadas expresamente por el duque Carlos en persona para la función, por recomendación de una distinguida dama que lo sabe todo sobre abanicos —susurró, retirando la tapa con cuidado y atisbando dentro. Un sutil aroma de hierbaluisa impregnó el aire. Había tres cajas azules idénticas sobre un forro de terciopelo azul, cada una con una diminuta pieza de cristal que centelleó ante sus ojos. La señora Plomgren le hizo un guiño a su hija—. Vamos, cariño, muéstrale al señor Nordén tu arte.

Anna Maria escogió una caja, sacó el abanico de dentro y lo palpó, comunicándole el calor de su mano. Era deliciosamente siniestro. Cerrado, parecía una pequeña cimitarra, porque las guardas eran curvas y terminaban en punta, y además estaban cubiertas con una reluciente hoja de plata. El remache del eje tenía un granate incrustado.

—Ya no recuerdo, madre... ¿Hay un asesinato en esta ópera?

—Todas tienen un asesinato, tontina; todas —la regañó ella.

Anna Maria abrió el abanico sin ruido, pliegue por pliegue: un truco que había practicado durante meses antes de dominarlo. Cuando hubo desplegado el último pliegue utilizando solo la fuerza del dedo meñique, sostuvo el abanico con la cara hacia fuera para que pudiera verla su madre. No desvió la mirada de su expresión admirada, consciente de que Lars tenía los ojos clavados en ella. La señora Plomgren se inclinó hacia el abanico y una sonrisa asomó lentamente a sus labios. Tenía ante sí un objeto extraordinariamente trabajado y sus ojos, entornados para enfocarlos mejor, cobraron un ligero brillo de lágrimas.

—Es exactamente lo que esperábamos, señor Nordén, exactamente —dijo la señora Plomgren—. ¿Qué dices tú, tesoro?

Anna Maria alzó el abanico ante sus ojos. Estaba construido de modo que pareciese antiguo, con una apertura completa de 180 grados. Las varillas, de marfil, muy pegadas entre sí, solo resultaban visibles en un cuarto de su longitud. Lo más llamativo era la tela, de doble cara. El reverso había sido pintado para que pareciese una partitura, con lentejuelas de plata marcando las notas. Le dio la vuelta al abanico para examinar la cara, que representaba una máscara grotesca de piedra desgastada. La boca se abría con horror mientras que los ojos estaban perforados con aberturas ovales veladas con una malla negra, que constituían sendas mirillas por donde mirar sin ser visto.

—Tiene la cara de un monstruo, señor Nordén —dijo Anna Maria, abandonando por un momento su tono coqueto.

—Es de la ópera *Orfeo*, querida. Representa una a de las tres furias que guardan las puertas del Hades —dijo su madre—. Veamos el trío completo.

Anna Maria abrió el mellizo y luego el trillizo, y los colocó sobre la mesa. Los tomó uno a uno, abriéndolos cada vez sin que se notara que movía en absoluto la mano, empujando los pliegues y retorciendo el remache.

—Hay uno ligeramente descompensado y con el eje muy rígido, de modo que el movimiento no es del todo como yo quisiera. Pero aparte de eso, es una delicia manejarlos y son del tamaño adecuado. —Lars entreabrió la boca, impresionado por aquella exhibición de conocimiento—. Dígale a su apuesto hermano que es un gran artista, y que las damas del taller de la Ópera Real le aplauden con entusiasmo.

—¿Y qué hay del hermano más feo? ¿No merece un pequeño aplauso también por una entrega impecable?

Anna Maria y su madre aplaudieron, obedientes; luego la señora Plomgren se centró de nuevo en los abanicos.

—Vamos a poner a dormir a estas bellezas en un sitio donde permanezcan sanas y salvas —dijo cogiendo el último y cerrándolo con destreza de un solo golpe. Colocó los tres en sus cajas y envolvió todo el paquete con un paño.

—Si no le importa, señor Nordén, más tarde los examinaremos a conciencia. Ya nos encargaremos personalmente de llevarlos a la tienda si requieren algún ajuste —le dijo Anna Maria a Lars, dibujando con sus labios una sonrisa que era una réplica de la de su madre, pero mucho más joven, mucho más húmeda, mucho más roja.

—La tienda está a solo un paso de aquí. Será un honor si vienen a vernos.

—El próximo lunes, entonces, a la hora del té —soltó a tontas y a locas la señora Plomgren.

Lars se inclinó ante las dos damas y salió, no sin lanzar una última mirada desde la puerta.

—Un segundo acto, querida, y uno muy apuesto también —dijo la señora Plomgren dándole un codazo a su hija.

Capítulo veintitrés

EN GUARDIA

Fuentes: M. Nordén, Sra. Plomgren (ebria).

Las Plomgren, madre e hija, avanzaron por la calle del Gobierno, sujetándose la una a la otra y aferrándose a las paredes para intentar maniobrar sobre la capa de hielo formada durante la noche. Al llegar a la tienda Nordén, vieron una vidriera iluminada con velas donde se hallaban expuestos unos abanicos de seda roja y dorada, embellecidos con plumas diminutas insertadas entre los pliegues. La señora Plomgren le apretó el brazo a su hija.

—Le ha sacado brillo a la tienda para recibirte, fíjate. Compórtate con dulzura, ¿eh? Con dulzura.

—¿No me he puesto demasiado *rouge* en los labios? —dijo la joven—. No quiero parecer una ramera.

—Un delicioso pastelito de ciruela pareces, cariño, delicioso,^[2] y eso no tiene nada de malo. Hueles muy bien, además. Lirio de los valles. Una fragancia muy inocente —añadió la madre, golpeando discretamente con los nudillos el vidrio de la entrada.

Lars las recibió con reverencias y floridos modales, y con un aroma de limón y pasteles en el ambiente caldeado. El local, con sus paredes a rayas amarillas, estaba a aquella hora escasamente iluminado y el techo apenas se distinguía en la penumbra. Las lámparas temblaron un instante, proyectando sus sombras en la pared, al abrirse y cerrarse una puerta interior; y allí estaban Margot y Christian, cargados con las bandejas del té.

—¿Ya están ustedes aquí? —dijo Christian.

—Lo que quiere decir mi marido, claro, es que son bienvenidas a nuestra tienda, señoras, y que nos hemos retrasado un poco en los preparativos para su visita. Estamos encantados de recibir las —dijo Margot en francés. Las Plomgren la miraron con una sonrisa forzada pintada en la cara.

—¿No les importaría que habláramos en sueco, señoras? Mi esposa necesita practicar. ¿Verdad, mi amor? —preguntó Christian dejando la bandeja y secándose las manos en los pantalones—. Como ella dice, les pedimos disculpas por nuestro retraso.

Se acercó a la señora Plomgren, le besó la mano y se presentó.

—¿Así que es usted el maestro? —dijo ella.

—Sí, sí, y esta es la señora Nordén —respondió Christian—. Hemos vivido en Francia bastante tiempo y nunca sabemos muy bien qué modales o qué lengua usar. Espero no haberlas ofendido.

—Oh, no. Nosotras trabajamos en el teatro, así que estamos habituadas a unos modales y un lenguaje de lo más atroces, ¿no es cierto, tesoro? —dijo alegremente la

señora Plomgren.

—Somos grandes admiradoras de sus abanicos, señor Nordén —dijo Anna Maria— y queríamos ver con nuestros propios ojos la fuente de semejante magia.

Christian y Lars acogieron el cumplido con una reverencia, cosa que dejó pasmada a Margot y le hizo derramar una gota de leche mientras preparaba el té.

Lars se acercó a Anna Maria y tomó su mano.

—Yo ya le he hablado a mi hermano de su magia personal, señorita Plomgren. No vemos manejar a menudo nuestros abanicos con semejante destreza, y nos duele ver que nuestro arte yace inerte en una mano. Quizá quiera usted ofrecerle una demostración a él y a su esposa.

La señora Plomgren manifestó su aprobación con un gorgorito. Christian sacó un abanico de su estuche y se lo ofreció a Anna Maria.

—Se llama *Diana*. Está hecho para la alada ligereza.

Anna Maria lo abrió lentamente, notando el peso de las guardas y observando la tela de pergamino con entredoses de encaje. La cara representaba una escena de caza, una arquera a punto de disparar. Cerró el abanico a la mitad, luego a un cuarto, luego a un octavo. Su audiencia aguardó el chasquido final, pero en vez de cerrarlo, volvió a abrirlo del todo, dejando un suspiro en el aire, como si un pájaro hubiera desplegado sus alas. Entonces Anna Maria empezó a abanicarse a una velocidad mareante y la brisa hizo temblar la llama de la lámpara. Enseguida se detuvo y le entregó a Margot el abanico.

—El encaje no es una elección muy afortunada para una cazadora —dijo—, pero Diana puede abatir a un venado incluso rodeada de redes.

La señora Plomgren y Lars aplaudieron, pero Christian permanecía con la vista clavada en el techo.

—¿Quién es su maestro? —dijo al fin.

—He aprendido yo sola —respondió Anna Maria.

—Sola con la ópera —la corrigió la señora Plomgren, sentándose ruidosamente y cogiendo un pastelillo de mazapán.

—Hay una experta de gran renombre en la Ciudad. *Madame Uzanne* —dijo Christian, todavía mirando la lámpara de araña—. Me han contratado para dar una conferencia en su casa a mediados de diciembre.

—¡A mí se me ha ocurrido la misma idea, Christian! —Lars se situó junto a su hermano y también levantó la vista hacia la lámpara—. Me imagino que *Madame Uzanne* estará interesada en alguien con la destreza de la señorita Plomgren. Y yo diría que su presencia le brindaría a tu charla un elemento dramático que contribuiría a fascinar todavía más a las jóvenes damas.

Margot miró a Lars con incredulidad.

—No es eso lo que pensaba. —Christian parecía perplejo—. Voy a hablar de la geometría del abanico e iba a preguntarle a la señorita Plomgren qué teorías tiene al respecto.

—¡Bah! —La señora Plomgren hizo un ademán, desechando la idea—. A las jóvenes les interesa Venus, no Apolo.

—Tal vez la señorita Plomgren podría ir contigo en calidad de acompañante —sugirió Lars.

La madre de la joven abrió los ojos de par en par, como si estas palabras le hubieran franqueado las puertas del futuro.

—Sí —musitó—. Mi pequeña ciruela constituiría un complemento maravilloso. Ella hará lo que le digan.

Anna Maria se volvió hacia Lars.

—Si ha de ser beneficioso para el taller Nordén...

Margot los miró a los dos, entornando los ojos.

—No estoy muy segura de la etiqueta de esa invitación. Solo Christian ha sido invitado.

—Aquí, en nuestra Ciudad, se alienta la actividad de los artistas igual que en París, señora Nordén —dijo Anna Maria—. Seguro que un séquito será bien recibido. E incluso esperado. Nosotros también tenemos *égalité*, pero sin revueltas ni sangre.

—¿Es así, Christian? —preguntó Margot.

—Créala, señora Nordén. Mi ciruelita está muy versada en las costumbres de la Ciudad —dijo la señora Plomgren; pero de repente frunció el ceño—. Ay, querida, habrá que pagar un trineo.

—Las señoras Plomgren viajarán con nosotros —dijo Lars.

—¿Es que usted también piensa ir? —preguntó Margot.

—¡Naturalmente! —dijo Lars. Y mirando a la señora Plomgren, añadió—: La señora Nordén le hará compañía a usted.

—Yo no pensaba acudir —dijo Margot, lanzando una mirada de pánico a su marido.

Christian se encogió de hombros y esbozó una sonrisa, como si hubiera perdido una pequeña apuesta que podía proporcionarle una victoria más grande.

—A *Madame Uzanne* esto no le va a gustar —murmuró Margot, meneando la cabeza—. A mí no me gusta nada.

—¿Por qué no? —exclamó Lars, acercando una silla para Anna Maria—. Traiga una taza para mí, señora Nordén. Estas damas y yo hemos de conocernos mejor.

Capítulo veinticuatro

UNA INVITACIÓN ACEPTADA

Fuentes: E.L., M. F. L.

El maestro Fredrik se apresuró a dejar los papeles que tenía entre manos y rodeó su escritorio para estrecharme la mano.

—¡*Madame* estará encantada de contar con usted en su conferencia!

—No hay palabras para expresar mi gratitud, maestro Fredrik —dije—. Presiento que esta visita tendrá para mí enormes consecuencias.

—Para nosotros dos, señor Larsson.

El maestro Fredrik me había recibido en su taller, una muestra singular de confianza, y me había presentado a la señora Lind como su «hermano de logia». Parecía jadeante y desaliñado cuando entré, pero ante un comentario mío me aclaró que él siempre se sentía «transportado» por su trabajo. Yo me había esperado más refinamientos en aquel lugar, pero los únicos objetos que delataban al próspero artesano eran un espejo con un historiado marco dorado, colgado enfrente de su escritorio, y el gran armario cerrado que se alzaba al lado. En los estantes empotrados había cajas pulcramente apiladas de papel fino, frascos de tinta, plumas, cuchillas, lacre de todos los colores, plegaderas de hueso y varios instrumentos de su oficio. La habitación olía vagamente a *eau de lavande*.

—Será usted una adquisición inestimable para *Madame*, estoy convencido. Me encargaré de presentarlo como es debido, pero al principio déjeme hablar a mí, para allanar el camino. —El maestro Fredrik se inclinó sobre el escritorio, suspirando—. *Madame* es como el sol en el firmamento de verano, sin duda, así que comprendo que tema ser abrasado por su resplandor. Pero no debe albergar temor alguno, señor Larsson. Yo seré su guía celestial. —Sacó un cuchillo de un cajón, tomó una larga pluma blanca y empezó a recortar el cañón—. ¿Ya se lo he contado? *Madame* ha aceptado mi propuesta de que su primera sesión se consagre por entero a explicar la misteriosa geometría del abanico, bajo la guía de nuestro hermano Sirius. —El maestro Fredrik captó mi expresión perpleja; yo era un desastre para nuestros pseudónimos masónicos. Él puso los ojos en blanco ante mi ignorancia—. El señor Nordén, del callejón del Cocinero. Un artesano dedicado a la fabricación de abanicos. Y un masón de tercer o cuarto nivel, además. Un hombre cabal. Pero, claro, dejar que el coloquio de *Madame* lo dirija un comerciante, ¿no es muy osado? ¡Sí! ¿No es un gesto que refleja el espíritu de los tiempos? ¡Sí! ¿Cree usted que esa asamblea de jóvenes damas espera semejante erudición? ¡No! Ellas estarán esperando que se hable del lenguaje del abanico, todo Eros y Afrodita; en cambio, *Madame* apunta más bien a Apolo y Atenea. Lo cual debería aumentar el entusiasmo que ya siente usted por asistir.

Le confesé que me había comprado ropa nueva. Él se rio con regocijo.

—Y para redondear la velada, ¡lo más probable es que se juegue a las cartas!

—¡Miel sobre hojuelas! —exclamé.

—En efecto, esas jóvenes criaturas no soportarían pasarse la tarde entera estudiando. Y las apuestas serán altas. Esas muchachas tienen traseros generosos y bolsas abultadas —me dijo, alargando el brazo por encima del escritorio y haciéndome cosquillas bajo la barbilla con el extremo de la pluma—. Y *Madame* ofrece una mesa como raramente tienen ocasión de ver las personas de su posición, estimado amigo.

El maestro Fredrik se ofreció a compartir conmigo su trineo para ir a Gullenborg. Yo nunca había vivido un principio de curso parecido. 199.

Capítulo veinticinco

TERRENO RESBALADIZO

Fuentes: diversas; básicamente: M. Nordén, Louisa G.

Los tres Nordén y las dos Plomgren se apretujaron en un trineo alquilado para hacer el trayecto a Gullenborg. El cielo estaba de un azul cristalino y una nueva capa de polvo de nieve blanqueaba el paisaje. El clima se había vuelto gélido quince días atrás y la capa de hielo tenía ahora el grosor de una cabeza de caballo. Christian suplicó aun así que tomaran igualmente la ruta terrestre, pues esa costumbre de viajar por vías fluviales congeladas le resultaba alarmante; pero los preparativos de las damas para acicalarse los habían retrasado mucho y el lago era sin duda la ruta más rápida. Cuando el hielo emitió un horrible crujido, causado por algún desplazamiento bajo la superficie, los caballos se encabitaron. Christian y las damas gritaron de pavor; Lars se echó a reír. Las historias que contaba el cochero sobre la gente ahogada el pasado invierno en aguas heladas, con caballos y todo, tampoco ayudaban demasiado. Margot estrechó la mano de Christian entre las suyas y todos se distrajerón cantando canciones al son de las campanillas de los arreos. Cuando este recurso se agotó también, Anna Maria se animó a hablar.

—Señor Nordén, ¿por qué no ensaya su charla con nosotros? —preguntó.

—Sí, tal vez debería —respondió Christian, todavía con los párpados bien apretados—. Es una visión general de los elementos geométricos del abanico, empezando por el círculo, y requiere un análisis matemático...

—Señor Nordén, con el debido respeto, las jóvenes damas no suelen estar interesadas en matemáticas —dijo Anna Maria.

Margot se quedó desconcertada ante el desparpajo de la joven, pero mantuvo su semblante sereno.

—¿Y qué tema sugeriría usted, señorita Plomgren?

—Solo hay uno cuando se trata del uso del abanico —dijo.

—¿Se refiere al amor?

—No, señora Nordén. Me refiero a la conquista.

—¿Y qué hay de la belleza? —dijo Christian, olvidándose del hielo por un momento—. ¿Y de la felicidad, y del arte?

—Son elementos del abanico, pero no su propósito primordial —respondió Anna Maria.

—Yo pensaba que era para ahuyentar a las moscas —dijo Lars.

La señora Plomgren fingió que le daba un cachete.

—Es usted la única persona práctica de todo el grupo.

El trineo se detuvo lentamente ante la sencilla magnificencia de Gullenborg. Los pilares de piedra que se alzaban del lago y flanqueaban las escaleras de acceso estaban rematados con antorchas; más allá, los faroles, medio hundidos en los bancos

de nieve, relucían a lo largo del sendero, que había sido despejado y cubierto de gravilla rosa recién rastrillada.

—Mejor que vaya usted por la entrada principal, señor Nordén, ya que es el invitado de honor. Nosotros, que no tenemos invitación, habremos de ir por la parte trasera y confiar en que nos cedan unos asientos. Vamos, tesoro, pero cuidado con el hielo —dijo con vivacidad la señora Plomgren, haciendo gestos a los demás para que la siguieran.

Christian recorrió el sendero iluminado por los faroles hasta la puerta principal y vaciló un momento antes de alzar la aldaba de latón. Dio unas palmaditas a su cartera y dedicó una oración de gracias a su hermano de logia. El maestro Fredrik, en efecto, no solo había hecho posible aquella visita, sino que le había inspirado los términos de la nota formal de introducción y agradecimiento dedicada a su anfitriona. Esa nota cumpliría varias funciones, según el maestro Fredrik: rendir homenaje a *Madame Uzanne*, cosa que ella apreciaba por encima de todo; comunicar ciertos hechos de interés a todas aquellas damas que quizá se pasaran la conferencia dormitando o charlando; e indicar la ubicación de la tienda para atraer la clientela a su puerta. El maestro Fredrik era una persona práctica y artística a la vez, una naturaleza dual que raramente se hallaba entre los hombres ordinarios. Christian había escrito dos docenas de notas con sencilla letra masculina en un papel blanco vulgar.

CONFERENCIA

La Geometría del Abanico Christian Nordén Callejón del Cocinero, Isla del Norte, Estocolmo.

16 DE DICIEMBRE, 1791

Dedicada a la baronesa Kristina Elizabet Louisa Uzanne Inspirada por la Orden del Abanico, Fundada por Su Majestad Real Louisa Ulrika en el año 1744.

Estimadas damas, Son ustedes las afortunadas beneficiarias de los incomparables conocimientos de Madame Uzanne a través de sus lecciones privadas. ¡Ciertamente afortunadas! Encantadora anfitriona, espejo de belleza y elegancia, estimada dama de la Corte y una de las grandes estudiosas y coleccionistas de abanicos del mundo entero. Pondré todos mis esfuerzos para ser un digno instructor. C. N., fabricante de abanicos.

Christian alzó la aldaba y la dejó caer.

—Esta habitación resulta extremadamente sepulcral.

El eco de las palabras de la Uzanne reverberó por el salón vacío. Louisa, la doncella, encendió de inmediato los candelabros de pared y las estufas de cerámica. La Uzanne había programado la clase de manera que la luz entrara exactamente cuando ella lo necesitara, pero en ese momento el sol no había rodeado todavía la casa y cada bocanada de aire creaba una helada nubecilla de vapor. La Uzanne supervisó las diez mesas laqueadas de blanco con elegantes patas de madera tallada, cada una provista de cuatro sillas de respaldo redondo. Había sillas adicionales y

bancos con cojines alrededor de toda la estancia para las personas deseosas de asistir que inevitablemente habrían de presentarse. Ese mismo marco acogería cómodamente a las invitadas y daría cabida al refrigerio y a las partidas de faro y Boston *whist* que quizá vendrían a continuación, si la conferencia resultaba demasiado aburrida o las jóvenes demasiado estúpidas. A los criados de la casa no se les había escapado el creciente interés que *Madame* manifestaba desde el verano por las cartas. Había partidas interminables y lecciones particulares con personajes dudosos que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada.

—Es bueno para las jóvenes, pues las cartas deben manejarse con tanto cuidado como un abanico —le había dicho la Uzanne a Johanna.

Una doncella que corría con un cubo y un cepillo a fregar el vestíbulo una última vez se detuvo un instante para hacer una reverencia. La Uzanne le hizo un gesto para que se apurase y, al echar una ojeada por la ventana, vio que venía un hombre de aire nervioso, con un abrigo mal ajustado aunque elegante. Ella sabía identificar la ropa alquilada y la precipitación atropellada de quienes se presentaban ante las personas pudientes.

—La puerta, Louisa. Ya ha llegado el fabricante de abanicos —gritó. Se alisó el pelo frente al espejo, se arrancó una hebra canosa y, abriendo el abanico, se situó majestuosamente en el punto más impresionante del salón.

Christian le hizo una profunda reverencia para ocultar el rubor de sus mejillas. La Uzanne llevaba su pelo oscuro ahuecado, lleno de rizos en lo alto y sujeto con una peineta reluciente que daba la impresión de poder soltarse fácilmente. Lucía un vestido largo de ese singular verde claro que se ve a veces en el horizonte durante el crepúsculo. Era de seda, con adornos de brocado; el canesú, bajo y ceñido, estaba ribeteado de hileras de encaje gris oscuro; las mangas de tres cuartos, del mismo encaje gris, le permitían sacar partido de sus brazos esbeltos. Sus manos resultaban perfectas, con las uñas de un rosado reluciente y los dedos no del todo extendidos. Jugeteaba con el abanico abierto en la mano izquierda, lo cual significaba que podía acercarse y hablarle.

—*Madame*, es para mí un honor encontrarme en su presencia. —Christian trató de besarle la mano, pero, cuando iba a posar ya sus labios reseco, ella la retiró con delicadeza. Él volvió a erguirse—. Sabía que solo usted sería capaz de manejar el abanico de semicírculo con tan extraordinaria distinción.

La Uzanne le hizo un gesto complacido.

—Un regalo perfecto, señor Nordén. Me encanta el mango corto; y la hoja tan ancha con rosas estampadas me trae la imagen de un jardín suntuoso. Es un abanico hecho para el verano, pero capaz de caldear una estancia en invierno, también. Le he dado un nombre que me resisto a pronunciar en voz alta. —Christian abrió la boca para decir algo—. Ahora, señor Nordén, aguarde si es usted tan amable en el pasillo de servicio hasta que las jóvenes damas hayan llegado.

Christian sintió una oleada de calor en su rostro. Se inclinó hasta tocarse casi las

rodillas con la nariz y se mantuvo en esa posición hasta que los pasos de ella sonaron lejos.

A través de una puerta de un panel de la pared, Louisa lo llevó al pasillo de servicio, donde había una estrecha silla de madera. El aire olía a alquitrán de pino y a rata muerta y, durante la siguiente media hora, la enorme casa permaneció en silencio, salvo por el sonido ocasional de unos pasos apresurados.

Capítulo veintiséis

LA GEOMETRÍA DEL CUERPO

Fuentes: E. L., diversos invitados y criados de Gullenborg, M. Nordén, L.

*Nordén, Srta. Bloom, Teniente R.J., Sr. V***, M. F. L., Srta. Beech.*

El maestro Fredrik y yo llegamos puntualmente a la una. Él me dijo que tenía asuntos que atender primero, pero me aseguró que escogería el momento ideal para proceder a presentarme. Yo le contesté que no debía molestarse por mi causa y me fui a un rincón para observar a mis anchas. Debo reconocerlo: Gullenborg era un escenario intimidante. El sol arrojaba por las ventanas del norte y el oeste lánguidos rectángulos sobre el *parquet*. La luz de las velas destellaba en los candelabros con espejo de las paredes y en la gran araña de cristal colgada justo en el centro. El salón abandonó su aspecto gris y apagado para adquirir la apariencia de un mareante jardín a medida que las damas fueron entrando y arremolinándose en corrillos: sus recatados vestidos parecían elaborados ramos de color pastel y la fragancia embriagadora de sus perfumes y sus jóvenes cuerpos impregnaba el aire. Charlaban, cuchicheaban, exhibían sus vestidos. Todas salvo una. Una joven que iba con un sofisticado vestido de brocado verde-gris ribeteado con una cinta de color rojo vino. El vestido le quedaba un poco grande, como si lo hubiera tomado precipitadamente de su hermana mayor, pero su silueta se marcaba aun así con flexibilidad y elegancia. Manteniéndose algo apartada y sin hablar con nadie, aunque observando con vivo interés a las bulliciosas debutantes, resultaba, en comparación, extraordinariamente seductora. Se volvió en mi dirección; aquella piel de alabastro era digna de un cuadro o un poema. Pero cuando ascendió un rubor rosado a sus pálidas mejillas y sus ojos se clavaron en mí con asombro, ya no me cupo duda de que la había visto en otra ocasión. Encontré al maestro Fredrik ocupado en alguna maniobra relacionada con las tarjetas de visita de las invitadas, y le pregunté si conocía el nombre de la joven.

—Tiene un extraordinario parecido con una muchacha que conocí la pasada primavera. En una taberna de Skeppsholmen.

—Imposible, señor Larsson —dijo, guardándose en el bolsillo un fajo de las mencionadas tarjetas—. Procede del norte, de una familia noble de buen linaje. Es la señorita Johanna Bloom.

—¿Señorita Bloom? ¿Está seguro?

—¿Duda de mi palabra? —El maestro Fredrik me lanzó una mirada de advertencia—. La señorita Bloom es la nueva protegida de *Madame*. Yo mismo se la proporcioné.

—Entonces la he visto en la isla del Rey, cerca de la calle del Gobierno. Estoy seguro.

—Bueno, es posible. —El maestro Fredrik bajó la voz—. *Madame* la envía de vez en cuando a la Ciudad para que se relacione con la gente; la está preparando para

algún fin especial. No me sorprende que se sienta atraído por ella. La Vieja Cocinera cree que es una bruja, y es obvio que *Madame* está hechizada.

La sensación de que conocía a aquella joven, más su proximidad a mi Compañera, me provocó un hormigueo en la nuca.

—Quizá podría usted presentarnos —dije.

Él me rodeó paternalmente los hombros con un brazo y me arrastró en la dirección opuesta.

—Haré mis averiguaciones, pero *Madame* suele ponerse muy protectora con sus acompañantes. Se esmera en buscarles un buen partido, si es en eso en lo que está pensando. Y bien que hace en pensarlo, señor Larsson. Me gusta su ambición —dijo, estrechándome un poco más de la cuenta con el brazo—. Pero sin el consentimiento de *Madame* no puede tentar a la señorita Bloom con los encantos de un paseo. ¡Pobre de ella! Hubo una muchacha aquí no hace mucho, una criatura deliciosa, que cayó en... Ah, me llama *Madame*. Ya le contaré después los detalles picantes.

—Lo espero con impaciencia —dije. Se refería a Carlotta, desde luego. Sentí que se me crispaban las manos, aunque fue solo un instante. La época en la que yo habría defendido su honor había pasado ya hacía mucho, y me habían llegado noticias de que se había enamorado y era sumamente feliz. ¡En Finlandia! Aunque estaba claro que Carlotta no formaba parte de mi Octavo, mis pensamientos se volvieron hacia las ocho personas que lo integraban. Tenía todavía varios espacios por llenar, y un acontecimiento significativo que impulsar. La señora Sparrow decía que las ocho se agruparían en torno a la Uzanne y ahora mismo estaba presente en el salón una buena parte de la élite de la Ciudad. Entre el torbellino de jóvenes damas casaderas, había un buen número de madres y señoritas de compañía, vestidas con los tonos más sombríos; al menos una docena de caballeros y otros tantos jóvenes oficiales «prestados» del regimiento del duque Carlos para tentar a las jóvenes. La Uzanne había añadido un grupito de actores franceses del teatro Bollhus, con cuyo entusiasmo y encantadora conversación siempre se podía contar, y varios diplomáticos rusos también, para enterarse tal vez de los planes más recientes que albergaba la emperatriz Catalina para Suecia.

De pie junto a la entrada más alejada del salón, había un puñado de personas que no parecían saber muy bien qué hacer. Me costó unos instantes reconocerlas, como cuando ves a la familia del pescadero en el *ballet*: Margot Nordén, el apuesto hermano y las Plomgren. Margot parecía cansada y nerviosa; a su marido no lo veía por ningún lado. El hermano, por su parte, parecía un gallo pavoneándose con su chaqueta roja y sus ojos relucientes. Sin duda el maestro Fredrik les había arrojado ese hueso succulento a los Nordén; la presencia de las Plomgren era un misterio, en cambio. La exquisita Anna Maria parecía intimidada y perdida en aquella excitante compañía, y su madre la vigilaba sin descanso. Sentí un ligero respingo en mi pecho: la Prisionera. Ahí estaba mi Octavo, tomando forma.

Se oyó el chasquido de un abanico abriéndose de golpe. Todos los ojos se

volvieron hacia la Uzanne. Su silueta era un fino trazo verde sobre las paredes grises.

—Sean todos, apreciadas alumnas, honorables invitados, muy bienvenidos. Siéntense, por favor.

La concurrencia se dirigió hacia los asientos, los más ambiciosos pugnando por ocupar las primeras filas. El grupo de los Nordén, juiciosamente, se acomodó en un banco cerca de las puertas cristaleras y dejó las mesas a las personas con invitación. El maestro Fredrik se había reunido de nuevo conmigo y encontramos un hueco entre los actores franceses en una mesa reservada para los caballeros. El salón quedó en completo silencio, salvo por el rítmico aleteo de docenas de abanicos. La voz de la Uzanne se derramó entonces sobre nosotros como miel caliente, acogiendo a los jóvenes procedentes de todos los estamentos de la sociedad, saludando a sus acompañantes y haciendo los honores a los valientes oficiales y los distinguidos caballeros que se encontraban presentes. Luego dio las gracias a los invitados «sorpresa», que darían chispa a la reunión. Era obvio, por la postura encogida de Margot, que la asistencia del grupo de los Nordén no estaba prevista.

—Es un honor muy especial para mí contar entre nosotros con el general Pechlin —dijo. Los militares y las madres prorrumpieron en aplausos, complacidos por la presencia de aquel político legendario. Las muchachas ni siquiera se volvieron a mirarlo; no tenían ni idea de por qué habrían de hacerlo—. Confío en que el general no encuentre nuestra clase... tediosa. Usted me dijo con toda claridad que las mujeres carecen de armas.

—Nuestro mutuo amigo, el duque Carlos, insiste en que reconsidere mi opinión —dijo Pechlin.

—Empecemos pues. —La Uzanne cerró su abanico, convirtiéndolo en un dorado bastón de mando—. Lo primero que han de comprender es la importancia del movimiento de despliegue.

El ambiente cobró súbita animación. Las jóvenes se levantaron para practicar, abriendo y cerrando sus abanicos. Se oían risitas sofocadas y exclamaciones de frustración mientras la Uzanne se movía en torno a ellas, corrigiendo, elogiando, observando. Las muchachas eran encantadoras; las había de todas las formas y colores, como en el surtido de las vidrieras de la confitería el día de la coronación. Advertí que Johanna se había mezclado con las demás y que practicaba su movimiento de despliegue sin demasiada soltura. La pobre Anna Maria seguía pegada a su madre y custodiada por el hermano Nordén, y ni siquiera había abierto su abanico. La Uzanne se detenía a hablar con las madres y las damas de compañía, cuyos rostros se iluminaban por tan cálida atención. Durante el ejercicio se sirvieron bebidas en las mesas de los caballeros, donde se conversaba animadamente sobre el Parlamento que iba a convocarse muy pronto y sobre el estado espantoso de la nación.

Una nueva palmada impuso orden en la sala.

—Vuelvan a sentarse, señoritas. —La Uzanne parecía complacida con su

obediencia instantánea, aunque no tanto con su facilidad para relajarse—. Deben aprender que cada movimiento crea una forma, y cada forma, un sentido. Tener presentes estos detalles es el primer paso hacia la maestría. Y de ahí la disertación de hoy del señor Christian Nordén.

Todas las caras se demudaron al oír la palabra «disertación»; un murmullo de suspiros y de abanicos cerrándose creó una sutil marea de protesta por debajo de los aplausos dispersos. Una doncella abrió un panel de la pared del fondo, provocando una repentina corriente de aire, y le hizo señas a alguien para que saliera. De inmediato emergió un hombre bien parecido y todavía en la flor de la vida, que caminó hasta la cabecera del salón y dejó un montón de papeles sobre una silla. La parte trasera de su chaqueta verde botella se veía manchada de sudor desde donde yo estaba. Esperó muy erguido a que *Madame* le diera la señal de comenzar. Ella, sin embargo, se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—Acabo de enzarzarme, señor Nordén, en una acalorada discusión y confiaba en que pudiera arbitrar usted en la disputa. —Christian hizo una inclinación y aguardó—. Yo creo que el uso de un abanico requiere conocimientos y un exhaustivo estudio. Incluso el lenguaje más básico del abanico consiste en una serie de movimientos establecidos con todo rigor para que tanto las damas como los caballeros puedan comprenderlo. Mi amiga la señora Beech sostiene, sin embargo, que una podría manejar un abanico con la misma facilidad siguiendo los principios flexibles de la inspiración. ¿Qué opina usted?

Me incliné hacia el maestro Fredrik.

—¿Quién es la señora Beech?

—Sirve en la casa de la Pequeña Duquesa, la esposa del duque Carlos —me susurró con aire de complicidad—. Y la joven llena de granos del vestido lavanda es la hija de la señora Beech.

—Obviamente, las Beech deben de tener otro propósito que añadir gracia y belleza a la reunión.

—La señora Beech es un personaje clave en la mecánica del amor. Se encarga de quitar de en medio a la Pequeña Duquesa —me dijo con un guiño.

Volví a observar el delicado juego que se desarrollaba ante nosotros. Los músculos de la cara de Christian se contraían visiblemente mientras se debatía con sus pensamientos; su respuesta podía enaltecerlo y convertirlo en proveedor de la aristocracia o hundirlo para siempre en el infierno de los mercadillos callejeros.

—Me temo que coincido con las dos —dijo. *Madame* cerró su abanico. La señora Beech arrugó la nariz. El jardín de bellezas permanecía totalmente inmóvil, como un lecho de rosas en una cálida noche de verano, antes de que se desate la tormenta—. Creo que el manejo apropiado de un abanico es una rama de la matemática. De la geometría, para ser exactos —prosiguió Christian. La Uzanne alzó lentamente su abanico y se lo apoyó con delicadeza en la mejilla derecha: sí. La expresión de Christian pasó del azoramiento de un colegial al aplomo y la solemnidad del maestro

artesano que era—. La geometría es una parte del estudio matemático con unas reglas que deben cumplirse —dijo, con una venia dedicada a *Madame*—. Pero al mismo tiempo requiere imaginación —añadió con otra venia para la señora Beech, cuya doble papada se agitó con gratitud. Hubo en el aire un aleteo al desplegarse de nuevo los abanicos y empezar a moverse con una lentitud que denotaba la atención expectante—. Dos son las formas básicas que constituyen la esencia del abanico: el cuadrado y el círculo. Es decir, lo masculino y lo femenino, lo material y lo espiritual. Del cuadrado y el círculo puede resultar cualquier otra forma: el rectángulo, el triángulo, el octágono, la espiral; y, a partir de estas, una infinidad deslumbrante de combinaciones.

Pensé en el acto en la señora Sparrow y en su Divina Geometría y me pregunté si no sería Christian también un estudioso de esa ciencia. Resultaría interesante interrogarlo después acerca del octágono y del significado del ocho.

—Tengo la fortuna —prosiguió— de dedicarme al estudio de los secretos de la antigua geometría. He leído las obras eruditas de... —El aire expectante de las jóvenes se transformó de golpe en una expresión totalmente vacía—. Como quizá sepan ustedes, el gran enigma de la cuadratura del círculo ha sido objeto de reflexión durante siglos. Hay una teoría que sostiene que la procreación... —Risitas. Murmullos. Chistidos. Christian sudaba profusamente y sacó un pañuelo para secarse la frente.

Solo la Uzanne parecía concentrada en sus palabras.

—¿No podría explicarlo tal vez de un modo más elemental para que lo entiendan estas damas? —dijo volviéndose hacia sus discípulas, que enmudecieron en el acto.

Christian observó las caras ausentes de las jóvenes y luego miró a Margot con expresión desesperada. Su esposa le dirigió una mirada tan dulce, tan llena de amor, que hasta yo recordé la filosofía que Margot había formulado en la tienda: los abanicos existían para aportar felicidad, belleza y romance. Christian carraspeó y se obligó a sonreír.

—Toda esa teoría solo sirve para conducirnos al instrumento terminado, cuyo único propósito es proporcionar felicidad, belleza y romance. La dama que llega a usarlo con maestría posee un poder especial —dijo con una reverencia a la Uzanne—, pues esta es la geometría que erigió el Templo de Eros. —Tras este anuncio, se relajaron las posturas y sonó un murmullo de seda en inequívoca señal de aprobación—. Llegarán ustedes a aprender con facilidad los movimientos que constituyen el lenguaje del abanico, pero estoy seguro de que su auténtica educación irá mucho más lejos: a esa geometría me refiero. No es una disciplina rígida, como la geometría de las páginas de un manual, pero es asombrosamente verdadera, y tan fluida como la realidad que nos rodea. Aquellas que la practican aprenden a percibir un círculo perfecto. Saben trazar una línea recta desde un punto A hasta un punto B con un solo gesto. Conforman con facilidad triángulos de todas las especies. Paralelas, intersecciones, figuras complejas... todas están al alcance de su mano. Esta es la

geometría del cuerpo.

—¿Y para que puede servirnos esta geometría, señor Nordén? —preguntó la Uzanne.

—*Madame*, yo soy de la creencia de que esta geometría es capaz de crear cualquier cosa que pueda usted imaginar. Cualquiera —repitió—. En pocas palabras, puede construir un edificio de su elección: un palacio o una cárcel.

La Uzanne le sonrió de tal modo que un observador neutral habría podido creer que se avecinaba una apasionada aventura amorosa.

—Tengo pensado construir uno de cada.

Hubo una pausa incómoda y enseguida todos los invitados prorrumpieron en aplausos con educado entusiasmo. Nordén parecía extremadamente aliviado mientras hacía reverencias a diestro y siniestro. Pero el momento de gloria quedó bruscamente interrumpido cuando una de las damas, una joven jugosa como un albaricoque, con un pelo muy rubio enroscado en un aderezo imposible, alzó su abanico para intervenir.

—*Madame* Uzanne, por favor, ¿cuándo vamos a aprender el lenguaje del abanico?

Un murmullo de asentimiento se extendió en el acto entre las demás muchachas. *Madame* Uzanne cerró su abanico y se lo metió entre los dedos, desatando algunos gritos sofocados entre las damas de mayor edad. El gesto, obviamente, no era un cumplido.

—Disculpen si he dado por supuesto que estaban más adelantadas de lo que están. Habremos de empezar por el principio. Aunque sin duda debe de haber alguna joven que haya logrado dominar estos principios básicos y que pueda unirse a mí para hacer una demostración.

Ni una sola dama se movió. Entonces se oyó un bisbiseo en la parte lateral del salón, junto a las puertas vidrieras, y luego un rumor de sedas y unos susurros de ánimo. Finalmente, se elevó desde el banco la voz de la señora Plomgren.

—Aquí hay una dispuesta a unírsele, *Madame*, una mano con un abanico que ha servido en la Ópera Real. La señorita Anna Maria Plomgren, mi hija, me enorgullece decirlo, y un auténtico tesoro.

Anna Maria se había puesto ya de pie. Tenía la cara encendida de la excitación, y los ojos brillantes bajo las pestañas caídas. Yo había subestimado su ardor.

Se acercó a la Uzanne, le hizo una venia y aguardó. La impaciencia la impulsó a mecerse sobre la punta de sus zapatos hasta que captó una severa mirada de *Madame*. Entonces se quedó totalmente inmóvil, a excepción de sus dedos, que se contraían sobre las pulidas guardas del abanico.

—Señorita Plomgren, me gustaría que abriera su abanico y que me indicara cuándo está lista para recibir mi mensaje —le dijo la Uzanne.

Era una petición de lo más sencilla, una maniobra básica que se lo revelaría todo. Anna Maria abrió hábilmente el abanico de un golpe seco, se lo pasó a la mano

izquierda y lo situó justo sobre su corazón. Los caballeros se quedaron de golpe tan fascinados con la clase como las jóvenes damas. Y no les hacía falta ningún intérprete: Anna Maria constituía su propio lenguaje. Me eché hacia delante, arañando el suelo con la silla, con la esperanza de que mirara en mi dirección, pero ella no apartaba los ojos del rostro de la Uzanne.

—¿A qué hora tiene previsto que se sirva el refrigerio?

Anna Maria cerró el abanico hasta que solo quedaron visibles tres varillas. Lo hizo sin bajar ni una vez la vista, siempre concentrada en los ojos de la Uzanne y con una leve sonrisa planeando sobre sus labios.

—¿Y cómo indicaría que le gustaría sentarse a mi lado? —preguntó la Uzanne.

Anna Maria alzó el abanico parcialmente abierto, todavía con la mano izquierda, y se cubrió la mitad inferior de la cara, aunque la sonrisa seguía brillándole en los ojos.

—Ahora me gustaría que me dijera adiós —dijo la Uzanne.

Anna Maria cerró lentamente el abanico, lo sujetó por el borde de la tela y se llevó el clavillo a los labios. No era ese el gesto que la Uzanne esperaba, ni tampoco una insinuación que le hubiera dirigido jamás una mujer: «Bésame». Los ojos de la Uzanne se abrieron de modo casi imperceptible y bajo sus mejillas empolvadas floreció un levísimo rubor. Parecía haberse quedado petrificada. El salón estalló en un aplauso admirado, redoblado por varios «bravos» de Lars.

La Uzanne volvió en sí.

—Jóvenes, observen los beneficios de una práctica asidua y el efecto apabullante de un golpe inesperado. Señorita Plomgren, continúe por favor su demostración mientras yo observo —dijo.

Todas las muchachas se removieron en sus sillas y estiraron el cuello para seguir cada movimiento. Anna Maria caminó con aplomo entre ellas, respondiendo a las preguntas con un deje de desdén y reajustando sus dedos sin esfuerzo aparente. Lars la seguía como un lacayo dispuesto a servirla. Muy pronto las alumnas se pusieron de pie para practicar, charlar y enviar sus mensajes a los caballeros. Johanna se encontraba entre ellas con una expresión recelosa y el abanico agarrado como si fuera una porra. Ella sabía identificar con facilidad a una rival, aun cuando dicha rival fuese de humilde extracción.

La Uzanne observaba a Anna Maria de cerca.

—Señorita Plomgren, su lugar está en Gullenborg. Me gustaría emplear sus servicios como ayudante para las sesiones semanales de práctica que se celebrarán entre las conferencias formales —le dijo, extendiendo una mano.

Anna Maria le hizo una reverencia teatral digna de un bis exigido por aclamación. Yo oía los gorgoritos de la señora Plomgren, todavía sentada en el banco, ante aquel inesperado ascenso de su hija. Un ascenso que ella misma iba a aprovechar.

—Continúen —dijo la Uzanne, y su declaración fue seguida por un rumor de abanicos y de charla excitada.

Volví mi atención hacia Christian. Quería pedirle un favor relacionado con mis ocho personajes emergentes. Él había dado por supuesto al concluir la disertación que debía retirarse y estaba recogiendo sus extravagantes cartas de presentación. La Uzanne se aproximó, tomó una de las hojas y la leyó. Él aguardó rígidamente su reacción.

—Me complace que haya rendido homenaje a la madre del rey Gustavo, la difunta reina Luisa. Con ella, tuvimos por fin a una regente que supo ejercer apropiadamente su papel: faro de cultura, servidora de la nobleza, soberana simbólica. Su época fue designada como la era de la libertad, señor Nordén. La era de la libertad. Ella despreciaba a su hijo Gustavo —dijo.

Margot había advertido a Christian de que dejara la política de lado y él se apresuró a asentir con cortesía.

—Me temo que no estoy al corriente, *Madame*. He vivido muchos años en Francia.

A la Uzanne le complació aquella finta y lo tomó del brazo.

—Me han intrigado sus teorías, señor Nordén. Tanto los alquimistas como los filósofos han llamado geometría a la confluencia del arte y la ciencia, lo cual equivale, en una palabra, al abanico, ¿no cree? —Christian coincidió con entusiasmo—. Dígame, ¿cree que el poder del abanico reside en el instrumento o en la mano que lo maneja?

—Una mujer de sus dotes y el abanico perfecto serían la combinación ideal.

Ella emitió un suspiro afectado y le soltó el brazo.

—Mi abanico perfecto se perdió. —Escrutó atentamente la expresión de Christian, buscando algún rictus en sus labios o un leve fruncimiento de su frente. Las pesquisas del maestro Fredrik en las tiendas de abanicos habían resultado infructuosas, pero quizás ella pudiera llegar a donde él no podía—. En la cara figuraba un carruaje negro en el crepúsculo; era tan atractivo que arrancó a un rey del lecho de su reina. Daría cualquier cosa por recuperarlo.

—Comprendo bien su pasión, *Madame* —dijo él con toda sinceridad—. Cada abanico que sale de la tienda representa para mí como una muerte. Una filosofía nefasta para un negocio, me temo. —Christian levantó la vista al techo y dio un golpe en una mesa—. ¿Qué tenía su abanico que le causa tanta nostalgia?

—Habla usted en pretérito, pero mi abanico simplemente desapareció y yo lo encontraré. Se llama *Casiopea* y perteneció a una mujer muy influyente, una mujer cuyo camino pretendo emular. —Christian le dirigió una mirada inquisitiva—. *Madame* de Montespan, la primera amante del rey Sol. Ella le dio varios hijos, creo recordar, pero hay quien dice que los verdaderos poderes de la Montespan eran de naturaleza más oscura.

—Lo oscuro no podría formar parte de su naturaleza, *Madame*.

—A veces, señor Nordén, nos vemos obligados a recurrir a lo oscuro. —La Uzanne se interrumpió y le tendió la mano, permitiendo esta vez que los labios de

Nordén reposaran en su piel—. Es esencial que mi fabricante de abanicos posea un perfecto conocimiento de mis deseos. Confío en que esta sea una colaboración larga y fructífera.

Dicho esto, dio media vuelta y se dirigió hacia el embajador ruso, enfrascado en una conversación con el general Pechlin.

Christian se sentó en una de las sillas libres y cerró los ojos un instante para contener las lágrimas de alegría que estaba a punto de derramar. Cuando me acerqué, parecía distraído y no paraba de recorrer con la vista el salón.

—¿Puedo ofrecerle mi ayuda? —le pregunté—. No nos hemos visto antes, pero soy cliente de su tienda y conocí allí a la señora Nordén. Soy el *sekretaire* Larsson.

—Gracias, *sekretaire*, por frecuentar nuestro negocio y por el interés que demuestra. Encantado de conocerle —dijo, estrechándome la mano con calor—. Y disculpe mis modales. Estoy deseando compartir una buena noticia con la señora Nordén.

—Tenemos muchas cosas en común, señor. Pertenece a la misma logia y he hecho amistad también con el maestro Fredrik. Conozco asimismo a una cierta señora S. —Su expresión se volvió recelosa; yo no ignoraba que mantenía una estricta confidencialidad en su negocio—. Me estaba preguntando si podría usted hacerme el favor de una presentación. A otra clienta suya, la señorita Plomgren. —Antes de que pudiera responderme, la Uzanne hizo una seña pidiendo atención. Su silueta se recortó, oscura, sobre el blanco resplandeciente de la nieve que se divisaba por las puertas cristaleras. El salón enmudeció y los invitados regresaron a sus asientos—. Volveré a hablar con usted al terminar la clase —le susurré.

La Uzanne ya tomaba la palabra.

—Agradecemos a la señorita Plomgren su demostración del lenguaje del abanico —dijo. Hubo algunos aplausos dispersos—. Ella compartirá su destreza y sus conocimientos con todas ustedes en los próximos meses. Cuando concluyan su instrucción en Gullenborg, dominarán este lenguaje por completo. Pero eso no es más que el balbuceo de un niño comparado con lo que viene después, una vez adquiridos esos rudimentos. Están aquí para aprender mucho más. —Se inclinó hacia delante para subrayar sus palabras, como si estuviera revelando un secreto—. Hablo de Seducción.

Las jóvenes asintieron, como si ya lo supieran. Los hombres se limitaban a mirar y contener el aliento. La Uzanne permaneció inmóvil, agitando el abanico a la altura de su pecho.

—El movimiento de Seducción es la primera fase de la batalla, y en sus manos, jóvenes damas, tienen a su disposición una de las armas más útiles. Una de las pocas eficaces.

Caminó hacia una mesa de caballeros que quedaba a mi derecha. Pechlin y otros tres hombres murmuraban entre sí, bajando la voz, absortos en una discusión que no podían dejar.

—La Seducción es una virtud que trasciende cualquier lenguaje y aprovecha todos nuestros atractivos. El perfecto dominio de semejante poder puede parecer intrascendente. Pero si desean triunfar han de saber cómo dirigir la atención de aquellos a quienes desean conquistar.

Ahora todos los miembros de la mesa de Pechlin cayeron bajo su hechizo. Todos, salvo un joven muy llamativo con un chaleco blanco y negro, que continuó hablando. El maestro Fredrik, una fuente de información permanente, se inclinó junto a mí.

—Es Adolph Ribbing, un enemigo jurado del rey al que Pechlin corteja. Ribbing mató al caballerizo de Gustavo en un duelo por una mujer, y *Madame* lo quiere en su campo.

La Uzanne cerró su abanico, lo posó en la mejilla de Ribbing y giró su cabeza hacia ella con delicadeza.

—La atención no se puede imponer, pero sí alentar. —La cara de Ribbing le quedaba a la altura de la curva del estómago; él alzó los ojos hacia los suyos—. Cautivar es el primer paso de la comunicación. —Sin pestañear, le deslizó el abanico por el cuello y se inclinó sobre él, con sus pechos abultando sobre los ribetes de encaje—. Ofrezcan algo de interés y obtendrán algo a cambio.

Retiró el abanico y le imprimió un rítmico movimiento vertical, echándole a Ribbing el aire en la cara. Las mejillas y los labios de la Uzanne se fueron encendiendo. Un mechón de pelo se le soltó y cayó dando tumbos sobre la piel de su cuello.

—¿Qué servicio puedo ofrecerle, *Madame*? —preguntó Ribbing.

—De eso hay que hablar siempre en privado —respondió ella—. Pero lo diré para instrucción de mis alumnas. Compromiso.

Hubo una oleada de suspiros entre las muchachas. El joven caballero se ajustó la chaqueta.

—El matrimonio es algo muy serio, *Madame* —dijo con rigidez.

—Entonces nos comprometeremos en algo que no sea el matrimonio —respondió, abanicándole la cara con lánguidos movimientos en ocho. Acercó los labios a su oído y le susurró un mensaje confidencial.

El salón entero había quedado hechizado; solo el débil tictac del reloj de la repisa de la chimenea parecía impulsarnos en el tiempo. La Uzanne se volvió hacia sus alumnas y las animó con un gesto a tomar ejemplo. Muchas jóvenes se mordieron el labio, frustradas por su falta de conocimientos y experiencia. Tomaron aun así sus abanicos y empezaron a lanzar miradas y mensajes elementales a los oficiales y caballeros. Las madres y las señoritas de compañía les daban su aprobación, las alentaban con gestos a actuar con más osadía. Y las jóvenes se apresuraban a aceptar el desafío; se giraban para sacarle partido a su figura, rozaban sus senos con un antebrazo desnudo, arqueaban ligeramente los dedos sobre las guardas de sus abanicos. Los murmullos y los cuchicheos, tanto de las autoras de los mensajes como de sus destinatarios, así como de quienes los observaban, se veían subrayados por

alguna risa ronca y ahogada. Se oían fragmentos de canciones subidas de tono, gemidos y hondos suspiros. Los abanicos aleteaban, caían, lanzaban estocadas. El bullicio fue aumentando de volumen y de ritmo hasta que la estancia se llenó con un zumbido en el cual no se distinguía ya una sola palabra. Solo vibraba el sonido del deseo.

—*Madame*, ¿qué servicio podría ofrecerle yo? —dijo suavemente el maestro Fredrik y empezó a tararear una canción licenciosa con su grave voz de barítono.

Christian fue a buscar a Margot. Lars seguía a Anna Maria como una sombra; la señora Plomgren sonreía locamente. Johanna se había quedado junto a la pared con una expresión próxima al pánico pintada en la cara. Yo me alegré de encontrarme sentado a una mesa, pues tenía los pantalones abultados y sudaba profusamente.

Louisa permanecía junto a la puerta de servicio aguardando instrucciones.

—Mis invitados sin duda están hambrientos. Me parece que es hora de tomar un refrigerio —dijo la Uzanne.

Cuando los criados hicieron su entrada cargados con bandejas de plata, la voracidad se adueñó de la concurrencia. Pedían champán, licuado de fresas, hielo, batido de chocolate. Los camareros se apresuraban a satisfacer sus deseos; traían platos con pasteles esponjosos, fruta fresca, tartas de limón y trufas de chocolate. Las doncellas de cocina subían a hurtadillas del sótano y echaban un vistazo con gran excitación. Hasta la Vieja Cocinera atisbaba por la puerta entreabierta, aturdida ante la visión de la voraz multitud. La Uzanne, cuya mano reposaba en el hombro de Ribbing, lo observaba todo con la mirada de un científico y la sonrisa de una cortesana victoriosa.

Cuando la concurrencia quedó saciada, la Uzanne chasqueó su abanico. La estancia, ahora que ya descendía la oscuridad de la tarde invernal, volvió a convertirse en un salón gris perla lleno de invitados atentos y pendientes de sus palabras. Solo Pechlin se mostró del todo indiferente, pues se puso a bostezar y se levantó para mirar el reloj.

—¿Ven cómo la Seducción lo cambia todo? —dijo la Uzanne—. Pueden cambiar el curso de la historia. Lograr que incluso los hombres más poderosos queden... desarmados. —Ribbing tomó su mano y la besó. Ella la retiró lentamente y volvió a situarse en la cabecera del salón—. La Seducción es como el despliegue del abanico: ofrece muchos placeres, pero constituye solo el primer paso. Si no consiguen dominar el movimiento de cierre, todo lo que desean les puede ser arrebatado. Y las consecuencias pueden resultar... dolorosas. —Se colocó de perfil, su largo cuello arqueado por el recuerdo de un gran pesar. Un murmullo envolvió todo el salón. Cundieron las miradas compasivas entre las madres y los caballeros de más edad, que habían conocido a su Henrik—. Hacia el mes de marzo estarán listas para su debut. Hablarán el lenguaje del abanico como si fuera su lengua materna. Serán capaces de ejercer la Seducción y alcanzar un clímax victorioso. Pero deben seguir fielmente mis instrucciones. Nos reuniremos aquí cada semana en condiciones menos formales, sin

la presencia de estos apuestos caballeros, que podría distraerlas, y sin conferencias cuyo sentido pueda... escapárseles. Entre tanto, deben practicar sin cesar, observar a quienes las superan, pedir ayuda cuando sea necesario. Y seguir practicando hasta que ya no puedan cerrar la mano en torno a las guardas. Recibirán una lista que enumera las habilidades que han de adquirir cada semana. Les sugiero que consideren también cómo se presentan en público. Ahora ya no son muchachas; son mujeres y deben asumir su poder. —Un excitado parloteo se desató entre las jóvenes, pero cesó en cuanto la Uzanne se dispuso a proseguir—. Les prometo que su debut será inolvidable, pero debo decirles ahora que no se celebrará en la corte. La corte es una cáscara vacía. —Hizo una pausa deliberada, pero no se oyó ni un solo murmullo de consternación—. Su debut tendrá lugar en el último baile de máscaras antes de Cuaresma. Será el umbral de una nueva vida para todas nosotras.

—¿De qué habla? ¿Anda buscando un nuevo marido? —le susurré al maestro Fredrik.

Él se encogió de hombros y me respondió con un cuchicheo.

—¿Tiene alguna importancia?

—Tal vez no.

Confieso que yo estaba embelesado. La Uzanne había convertido los enredos del amor en un juego en el que había que comprometerse. Pero el compromiso cobraba aquí un sentido mucho más amplio, y no el que le atribuía el superior al pensar en mí. Una vez que hubiese adiestrado a estas jóvenes, cualquiera de ellas podría resultar una pareja extraordinariamente interesante y taimada. Dedicué una silenciosa oración de gratitud a la señora Sparrow y al Octavo; y a mi Compañera, la Reina de Vasijas de Vino.

La Uzanne cerró su rutilante abanico y lo bajó; su brazo trazaba una curva sinuosa.

—Caballeros, lamento que no hayamos tenido tiempo para las cartas, pero estas jóvenes están aquí para aprender, no para jugar. Les invito a acudir de nuevo el 16 de enero para que puedan observar el punto intermedio de su transformación y la introducción de los cruciales movimientos de cierre. Alumnas, estimados invitados, la lección de hoy ha concluido.

La Uzanne le hizo un gesto a un lacayo, que empezó a abrir las puertas del vestíbulo.

El maestro Fredrik se apartó de la mesa y se puso de pie.

—Vamos, señor Larsson —dijo, obligándome a levantarme. Me tomó del brazo y me arrastró a la cabecera del salón, donde la Uzanne recibía cumplidos y reverencias y despedía a sus invitados. El gallardo Ribbing era el primero de la fila, pero curiosamente su actitud parecía más propia de un diplomático que de un amante. Se inclinó con vigor y se llevó una mano al corazón, un gesto de lealtad y vasallaje.

—*Madame* acaba de captar a otro aliado en la batalla por el dominio —me susurró el maestro Fredrik—. Pechlin no está nada contento con la deserción de

Ribbing, ¿ve? —Ladeó la cabeza hacia el general, que emprendía una rápida retirada—. A ella le encanta el juego, señor Larsson.

Al aproximarnos, vi que la Uzanne se hallaba flanqueada por las señoritas Plomgren y Bloom. Ellas se miraban de soslayo, ambas con idéntica expresión, como si la otra hubiera robado los cubiertos de plata. Anna Maria se encontraba cercada por su madre, radiante de felicidad, y por un Lars que casi jadeaba. Hice un intento de captar la mirada de Johanna, pero ella no se volvía hacia mí.

—Sublime, *Madame* —dijo el maestro Fredrik con una elaborada reverencia digna de un actor—. Permítame que le presente a mi colega y hermano de logia...

—*Enchantée*. —La Uzanne me tendió su mano, pero estaba mirando a la señora Beech, que volvía al palacio del duque Carlos. Tomé aquella mano suave y delicada, sorprendido por su calidez, y aguardé sin saber muy bien qué hacer. El maestro Fredrik inclinó la cabeza y frunció los labios. Me apresuré a besarle la mano a la Uzanne y percibí una leve fragancia de jazmín mientras ella la retiraba.

El maestro Fredrik me tomó del brazo para que me adelantara un poco más.

—El *sekretaire* Larsson está en la oficina de la Aduana, *Madame*. Posee un amplio conocimiento de las remesas de importación, así como una discreción impecable.

—Tengo la facultad de poner mis manos en los artículos más insólitos —dije.

Mi mirada regresó a Johanna, que finalmente me devolvió la atención. Pero no con la expresión alegre de quien reconoce a alguien. Todo lo contrario. Percibí una chispa casi imperceptible de temor y me asaltó súbitamente la idea de que tal vez sí fuese Johanna Grey. En tal caso, no tendría ningún interés en cortejarla, aunque sí, y mucho, en saber cómo se las había arreglado para saltar de El Rabo de Cerdo, llegar a manos del maestro Fredrik y acabar aterrizando en la casa de una baronesa. Era una habilidad que podría servirme.

—¿Artículos insólitos? El *sekretaire* es... —La Uzanne se volvió, al fin interesada, y notó hacia dónde se torcía mi mirada.

—... es un estrecho colaborador de la policía también, con la cual trabaja codo con codo para lograr que los criminales sean llevados ante la justicia —añadió el maestro Fredrik.

—Un excelente contacto, sin duda —dijo ella—. ¿Y cómo es que se encuentra hoy en Gullenborg? ¿He cometido algún crimen?

Me quedé sin habla y le hice una reverencia. Se me había pegado la lengua al paladar.

—Ja, ja. Su único crimen, *Madame*, es la perfección —dijo el maestro Fredrik, acudiendo en mi socorro. Y añadió, bajando la voz—. El *sekretaire* ha venido invitado por mí. Parece que ha oído hablar del antro del callejón de los Franciscanos, y va a ayudarnos a recuperar los bienes robados de su excelencia.

Madame Uzanne frunció ligeramente los labios.

—Maestro Fredrik, es usted el genio de la lámpara. Tenga la seguridad de que

también sus tres deseos se cumplirán. —Se volvió hacia mí—: Y a usted, *sekretaire*, ¿qué deseo puedo concederle?

—El *sekretaire* no está casado, *Madame* —susurró el maestro Fredrik.

—Viene usted en busca de compromiso y seducción —dijo ella, sonriendo ahora calurosamente—. Entonces confío en verle en nuestra segunda conferencia pública, si no antes.

Capítulo veintisiete

LA DIVINA GEOMETRÍA

Fuentes: E. L., M. Nordén, M. F. L.

Christian estaba con Margot en el sendero de entrada de Gullenborg, arrebolado de dicha, repartiendo las notas antes desechadas y que ahora le quitaban de las manos. Hubo un clamor de protesta cuando las hojas se agotaron: aquellas jóvenes damas solo aceptarían ahora los abanicos de un reputado maestro como él. Aguardé cerca, observando el desfile de posibles candidatas que iban saliendo en grupos de tres o cuatro.

—Puede usted partir con mi trineo cuando guste, señor Larsson —me dijo el maestro Fredrik, acercándose a mí furtivamente con una cara radiante—. Tengo un conciliábulo con *Madame*.

—Asegúrese de llevar los pantalones puestos —le dije. Él me dio un codazo amistoso y se escabulló. Christian oyó la conversación y me dirigió una mirada perpleja—. No tengo ni idea de lo que se propone... Usa palabras demasiado abstrusas.

—¡*Sekretaire* Larsson! ¡Encantada de volver a verle! —dijo Margot, dándose la vuelta y sonriendo—. Lamento no haberle saludado dentro. Necesitamos su ayuda.

Christian asintió con el ceño fruncido.

—Si no es molestia.

—Por lo visto, nuestro vehículo para regresar a la Ciudad ha desaparecido. ¿Podríamos viajar juntos? —me preguntó.

—Y preferiblemente por tierra —añadió Christian, a todas luces incómodo—. Ya he tenido bastante excitación por hoy.

Le aseguré que pensaba tomar el camino y que su compañía convertiría el viaje en un placer. El aire, afuera, producía una impresión glacial en comparación con el calor del salón. El cielo brillaba apenas con un ligero resplandor azul y las nubes habían adquirido un tono agrisado a medida que caía la noche. Lars y las Plomgren estaban subiéndose a otro trineo con la señora Beech, quien le había solicitado a Anna Maria unas clases adicionales para su hija. La señora Plomgren irradiaba felicidad por el éxito inaudito de la velada.

—Un ascenso meteórico el de la señorita Plomgren —dije, entristecido—. Ya nunca lograré alcanzarla.

Margot ladeó la cabeza mientras contemplábamos cómo se alejaba el hermoso trineo.

—Mejor no hacer una captura de la que no pueda deshacerse luego.

—¡Margot! —la reprendió Christian.

—Entonces, ¿cree usted que puedo apuntar más alto, señora Nordén? —pregunté. Ella asintió con seriedad.

Nos apretujamos en el trineo del maestro Fredrik y nos envolvimos en las mantas de piel que yacían sobre los asientos. El olor a paja seca que subía del suelo se mezclaba con el perfume de la señora Nordén. El trineo se puso en marcha de una sacudida, acompañado por el tintineo de las campanillas, y enseguida nos internamos en el bosque.

—Le felicito por su conferencia, señor Nordén. Una excelente jornada de trabajo. Y parece que le rendirá beneficios.

—Así lo esperamos, sinceramente. El futuro de nuestro negocio depende ahora del patrocinio de la Uzanne.

La señora Nordén se apretó contra su marido.

—Así será. Lo presiento.

—Debo hacerles una pregunta, en su calidad de expertos en el arte del abanico. ¿Cómo se las ha arreglado la Uzanne para hacer que todo el salón se volviera tan...?

—¿Geométrico? —apuntó Christian. El comentario le arrancó una carcajada a Margot, quien se puso a imitar a la Uzanne, colocando a su marido en el papel del hombre del chaleco a rayas. Nosotros compartimos su buen humor, aunque Christian insistió en que la geometría había sido el verdadero motivo de que la lección resultara tan perfecta y acabada.

—Yo he pensado que quizá se trataba de una forma de magia —reconocí—. Sin duda habrán visto que ese caballero, y el salón entero, estaban completamente hechizados. En un momento dado nadie se movía; y, al siguiente, apenas era posible impedir que cada cual manifestara algún deseo.

Christian atrajo a Margot hacia sí y la tapó con la manta hasta la barbilla.

—La ciencia y la magia siempre están cerca, señor Larsson, la una persiguiendo a la otra. El portento diabólico del año pasado es ahora una propiedad de la física. Los cielos que antaño fueron el reino de los dioses se conciben hoy como un sistema de planetas y estrellas que se mueven en órbitas de precisión matemática. Y no obstante, hay personas que siguen realizando prodigios carentes de explicación: se curan de un contagio mortal, alzan un árbol caído para liberar a sus camaradas en plena batalla, ven visiones que presagian el futuro, mueren y vuelven a alzarse vivos... Actuamos sabiamente manteniendo la mente abierta a ambas cosas.

Nos quedamos en silencio, contemplando las altas sombras del bosque a ambos lados del camino reluciente. Los faroles de la trasera del trineo iban dejando una estela de humo azul. Aparte del gemido de los árboles, solo oíamos el redoble amortiguado de los cascos y el chasquido del látigo del cochero.

Nos bajamos del trineo cerca del teatro de la Ópera y Margot me preguntó si quería ir a cenar a su casa. Me pilló desprevenido, pero no tenía otros planes y los acompañé al callejón del Cocinero. Me sacudí la nieve de las botas en el umbral y entré en la tienda, que estaba completamente a oscuras. Margot encendió los candelabros de la pared, cuya luz arrojaba sombras oscilantes sobre las paredes a rayas y por el techo cubierto de tela. Luego extendió un mantel sobre uno de los

escritorios, trajo tres finas velas de cera de abeja y las encendió. Comimos un ragú de cordero que había preparado con antelación, acompañado de pan y manzanas especiadas. Hablamos de París y de los desórdenes que se avecinaban, de los progresos y las calamidades que podían producirse. Ellos me hablaron de sus patronos y sus amigos, de las reuniones que celebraban allí: picnics, fiestas de disfraces, cenas en la azotea de la tienda de *monsieur* Tellier. Ambos reconocían que se sentían solos en la Ciudad, y yo era uno de los nuevos vínculos que acababan de establecer: yo, el maestro Fredrik, y ahora la Uzanne. Uno de los Nordén era sin duda un elemento de mi Octavo.

—No puedo dejar de pensar en su geometría, señor Nordén —dije, entregándole mi plato a Margot, que empezaba a despejar la mesa—. ¿Realmente cree que es la base de la vida?

—Las matemáticas en conjunto. —Christian se limpió la comisura de los labios—. Yo lo he visto. Lo he sentido.

—Nuestra mutua amiga, la señora S., comparte su interés. Ella se siente especialmente cautivada por el octógono.

Christian se arrellanó en su silla al oírme mencionar la figura de ocho lados.

—Cualquiera se sentiría cautivado si la estudiara con atención, señor Larsson. Forma parte de una serie de formas geométricas que constituyen un alfabeto masónico estructural. Hay un método para trazar el octógono llamado Divina Geometría.

—He oído hablar de ello.

—¿A los francmasones? —preguntó, sorprendido.

Meneé la cabeza.

—No he ascendido allí tanto como usted. Conocí su existencia gracias a nuestra amiga, la señora S. Ella la usa como base de un sistema de adivinación con cartas llamado el Octavo.

—Me parece un nombre excelente para tal empeño —observó Christian—, pues evoca los libros italianos de pequeño formato. Cada Octavo contiene una historia.

—¿De qué naturaleza es su consulta, señor Larsson? —me preguntó Margot.

—Amor. Y conexión —dije sonrojándome.

—La preocupación más común en estos casos. —Margot se levantó con una sonrisa y salió con una bandeja llena de platos.

La expresión de Christian se suavizó mientras la seguía con la mirada; luego volvió a centrarse en mí.

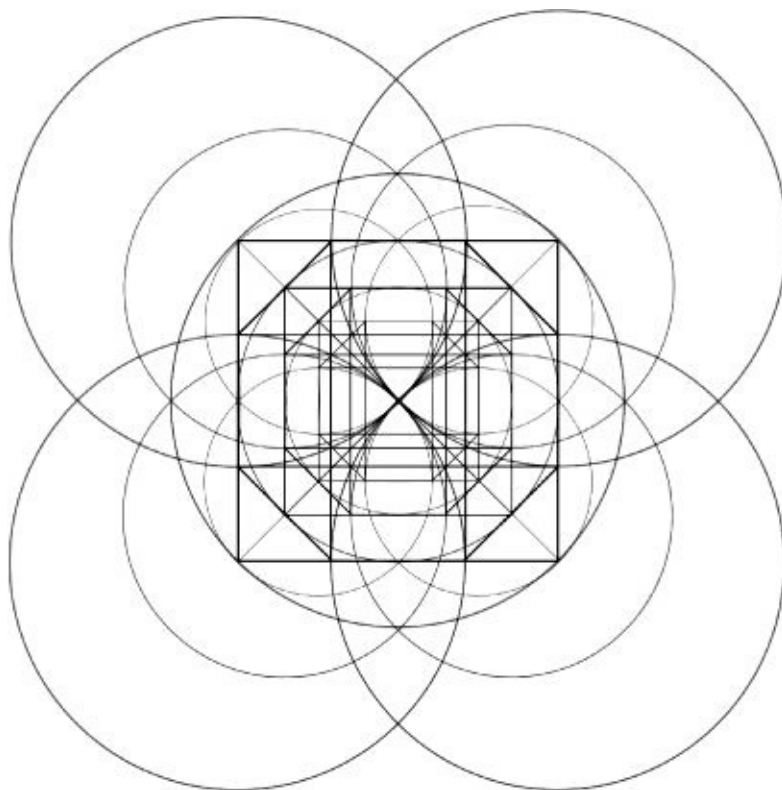
—El número ocho posee enormes resonancias en muchos terrenos: música, poesía, religión. Las fuentes bautismales de casi todas las iglesias tienen forma de octógono; vaya y compruébelo por sí mismo.

—Ya he sido bautizado, se lo aseguro —dije.

—Sí, sí. Pero un bebé lloriqueante hundido en el agua del octógono no es más que el principio. La forma de la que procede es infinita en cualquier dirección. La

posibilidad de renacimiento siempre se halla cerca. —Se levantó de la mesa—. ¡Tiene usted que ver esto, señor Larsson!

Fue rápidamente al taller y regresó con un gastado cuaderno con tapas de piel.



—La forma puede expandirse sobre sí misma, con conexiones concéntricas cada vez más grandes o más pequeñas: un universo de dimensiones microscópicas o siderales, dependiendo del alcance de su interrogación. Yo veo en esta forma una rúbrica del Ser Supremo —prosiguió. La cara se le iluminaba de júbilo ante aquella prueba matemática de la Divinidad—. ¿Y sabe nuestra amiga que la Divina Geometría es el núcleo de muchas estructuras complejas? —Pasó rápidamente las páginas hasta llegar a una serie de dibujos—. Hay una teoría según la cual muchas estructuras sagradas proceden del octógono. El estudio de templos antiguos, de bibliotecas y catedrales demuestra que esta figura constituye la base de su configuración. Si presta atención, verá combinaciones del octógono por todas partes. Con la Divina Geometría podría edificar una ciudad, señor Larsson. Una ciudad sagrada de verdad.

Contemplé el cuaderno y contuve el aliento. Tenía ante mis ojos una extensión de las teorías de la señora Sparrow, presentada a la luz diáfana de la ciencia.

—¿Sería posible tomar prestado este cuaderno? Creo que la señora S. apreciaría como un tesoro estas revelaciones.

Christian vaciló, bajando la cabeza y cerrando con fuerza los ojos, como si tratara de discernir un mensaje celestial escrito en el dorso de sus párpados. Finalmente, me miró.

—Son muy pocos los que conocen de verdad el poder de esta ciencia —dijo en

voz baja. Yo asentí—. La señora Sparrow no debe compartir esta información con nadie más, aparte de usted. ¿Está dispuesto a hacer un juramento solemne?

—Sobre el Libro Sagrado y sobre *El cielo y el infierno* de Swedenborg, si lo desea —dije, alzando la mano derecha.

Nordén me dio una palmada en el hombro.

—Es usted un recipiente del Divino Conocimiento. Espero que esté preparado para las consecuencias.

Me incorporé a medias, en mi ansiedad por coger el libro de notas, sintiendo que había atrapado un premio importante.

—Es una muestra de extraordinaria generosidad por su parte, señor Nordén.

—Dígale a nuestra amiga que, cuando haya estudiado la cuestión, me gustaría que la comentáramos por extenso, pues ella posee sin duda sus propias teorías —dijo, cerrando el cuaderno con su cordón de seda.

—Así es, en efecto —concluí.

Nordén me lo entregó.

—Nadie más debe verlo.

Sujeté el cuaderno sobre mi corazón y luego lo deslicé en el bolsillo de mi chaqueta. Margot había vuelto a la mesa, pero estaba pálida y demacrada.

—¿No tienes hambre, mi amor? —le preguntó su marido, sentándose a su lado. Ella miró su plato, todavía lleno de comida, y meneó la cabeza.

—¿Se encuentra bien, señora Nordén? —pregunté.

—Me sentiría mucho mejor si nos llamaras Margot y Christian. ¿Somos amigos, *n'est-ce pas*? —Se apoyó en su esposo y cerró los ojos, con una sonrisa en los labios—. Y me encuentro bien, Emil, pero confieso que estoy muy cansada.

—No tanto, sin embargo, como para no poder hacer un brindis por nuestro nuevo amigo —dijo Christian. Volvió al taller y regresó con un afilado cuchillo, tres copas y una botella de champán auténtico que, según dijo, había estado reservando—. Un brindis, pues, por el arte y la felicidad.

—Y por el romance —añadió Margot.

—Es un honor compartir esta ocasión —dije, alzando mi copa—. Seguro que la Uzanne enviará mucha clientela a vuestra magnífica tienda.

Ellos se miraron con intensa alegría.

—Cierto, Emil, pero eso es solo una nota añadida a una felicidad mayor. Vamos a tener familia —dijo Christian. Me puse de pie, con la boca abierta y la copa junto a mis labios—. Un bebé. Para la primavera. Lo venimos esperando desde hace mucho.

Bebimos los tres. El líquido efervescente era casi demasiado especial para tragárselo, y lo mismo sucedía con la emoción. Conservo como un tesoro ese momento: el aroma a aceite de limón, la calidez del local con sus rayas amarillas iluminadas por las velas, el delicioso champán, los modales encantadores y la imagen de ellos dos, que apuntaba a una profunda conexión con el mundo y con todas las cosas, con todas las personas que contenía: el Octavo expandiéndose hasta el infinito,

lo cual me llenó de contento y de pena a la vez. Quizá porque era algo indescriptiblemente maravilloso y porque yo no lo tenía. Quizá nunca llegaría a tenerlo si no lograba configurar mis ocho elementos a tiempo. Terminé mi copa y tomé mi capa roja del respaldo de la silla.

—Ay, Christian, te has puesto demasiado filosófico —dijo Margot— y ahora Emil se marcha.

—Al contrario, Margot —contesté—. Es solo para recordar esta noche perfecta, con cada uno de sus espléndidos detalles, por lo que me retiro en este tierno instante. Vuestra compañía me ha dado mucho en qué pensar. Os doy las gracias y os deseo buenas noches.

—Entonces has de venir de nuevo la semana que viene, y la otra y la otra —dijo Margot.

Los dejé y volví a la Ciudad cruzando el puente. Al llegar al callejón de los Franciscanos, giré sin pensarlo y me encaminé a casa de la señora Sparrow, pero el portal estaba cerrado a cal y canto, y todas las ventanas, oscuras.

Capítulo veintiocho

SUEÑO PERTURBADO

Fuentes: varios boticarios, J. Bloom, Louisa G., M. F. L.

Después de perder el *Casiopea*, los sueños de la Uzanne se sumieron en el caos, atormentados por el espectro de una nación devastada por los ignorantes y los plebeyos. Mientras el verano daba paso al otoño, se le hizo imposible dormir y se apoderó de ella un redoblado fervor patriótico que le dictaba, a altas horas de la noche, largos y encendidos monólogos ante el espejo de su tocador. La Uzanne pensaba que, si la nación había de recuperar la cordura, ella habría de pasar a la acción. Y se comprometió al más alto nivel cuando las lluvias de noviembre se encontraban en su apogeo: el duque Carlos entró en su lecho. Pero él exigía cada vez más de sus noches, y aquel creciente estado de extenuación comenzó a convertirse en un estorbo. Ella necesitaba estar en perfectas condiciones; necesitaba dormir. Hacia el mes de diciembre, dependía por completo de su nueva protegida.

—Señorita Bloom —la llamó una noche, poco después de la primera conferencia —, los polvos.

Johanna se apresuró a entrar en el oscuro aposento, donde solo se hallaban encendidas las lamparillas de noche. El viento aullante zarandeaba los postigos de toda la casa. Tenía en la mano un frasco azul de cerámica cuyo contenido era el resultado depurado de varias semanas de trabajo. Johanna nunca había elaborado unos polvos soporíferos, aunque había visto cómo los preparaba su padre y sabía qué ingredientes eran eficaces. Para asegurarse, primero había ensayado diversas variantes en el gato de la Vieja Cocinera, un minino atigrado de color naranja llamado *Sylten*. Le soplaban en la cara una pizca y los polvos le cubrían los bigotes un instante para desvanecerse enseguida. La cuarta variante dejó a *Sylten* profundamente dormido detrás de la leñera en cuestión de minutos. La Vieja Cocinera advirtió su ausencia al día siguiente, al ver que no cumplía su misión con los ratones, y trató de reanimarlo con una hogaza de pan que se había llenado de bichos, pero no hubo manera de despertar a *Sylten*, que permaneció como una lechuga mustia pese a todos los esfuerzos. Tuvieron que pasar dos días más para que volviera en sí por completo. En la siguiente prueba que hizo Johanna con él, *Sylten* despertó a las ocho horas, justo a tiempo para el desayuno.

Pero Johanna sabía que un gato no era un espécimen idóneo para una prueba. Una tarde, a solas en su cuarto, vertió unos granitos de polvo bien molido en la palma de su mano. En cuanto inclinó la cabeza e inspiró hondo, la fragancia de jazmín envolvió su rostro. Al cabo de un minuto, los tensos músculos de su espalda se aflojaron, su visión se volvió borrosa y el edredón de la cama la atrajo de modo irresistible. Cuando despertó, la negrura de la noche llenaba su habitación y ella sentía una serenidad que no había experimentado desde su primera infancia en Gefle,

antes de la muerte de sus hermanos, antes del exacerbado fervor religioso de la señora Grey.

Durante las semanas siguientes Johanna recurrió a los criados de la casa, preguntándoles si no les gustaría probar sus polvos. Ella anotaba los ingredientes y las cantidades, el método de administración, el tamaño del sujeto, así como la naturaleza y la duración de su sueño. Fue haciendo ajustes hasta que todos los que habían hecho la prueba quisieron más. Louisa decía que era como el sabor singular de las naranjas: una vez que lo habías probado, querías un gajo más. El deseo de la Uzanne se cumplía ahora cada noche. No había dormido tan bien desde las noches dichosas antes del encarcelamiento de Henrik. Hizo que Louisa se trasladara a una habitación en el tercer piso, de manera que Johanna pudiera dormir en el ancho banco tapizado situado a los pies de su cama, para administrarle los polvos tan pronto como la llamase.

—Deje el frasco en la mesita, señorita Bloom, por si volviera a despertarme durante la noche —dijo la Uzanne mientras observaba cómo esparcía Johanna por las almohadas el polvo con aroma a jazmín—. O por si aparece ese visitante habitual de mi lecho y me procura más molestias que placer. Su paciencia es muy reducida y sus atributos, todavía más.

Johanna había visto con frecuencia el magnífico carruaje, y vislumbrado la figura embozada del duque Carlos, a veces demasiado borracho para cubrirse la cara.

—Podría preparar unos polvos aún más fuertes, si usted lo requiriese, *Madame* —dijo Johanna con una risotada, mientras se limpiaba en la falda los restos de polvo de los dedos.

—Una idea sugestiva, Johanna. —La Uzanne tomó una de las lamparillas y se sentó ante su tocador, sacándose las horquillas del pelo—. Necesito un preparado lo bastante fuerte como para inducir un sueño de doce horas seguidas. ¿Podría conseguírmelo? —preguntó, dándose unos toques de crema blanqueadora en la cara y extendiéndola con los dedos.

—Sí, *Madame* —respondió Johanna—. Añadiría *Amanita pantherina* a los polvos —explicó, ansiosa por mostrarse competente—. Es un hongo llamado a veces «falso galipierno».

—Un nombre curioso.

—En la India se conoce como soma divino. Provoca un sueño parecido a la muerte y también visiones, *Madame*, de naturaleza erótica —dijo Johanna, tratando de recordar qué más había dicho el boticario de El León.

—Suenan perfecto. —La Uzanne le tendió su cepillo de marfil.

—Pero el galipierno es peligroso, *Madame*; debe utilizarse con sumo cuidado. Yo solo conozco sus propiedades cuando se ingiere. Quizá los polvos no tengan el mismo efecto.

—Confío en que lo averigüe. Es muy importante para mí. Johanna tomó el cepillo y alzó la espesa melena de la Uzanne, dejando su cuello al descubierto.

—Mañana mismo iré a El León, pero insisto en probar el galipierno yo misma antes de que lo emplee *Madame*.

—No, de ningún modo. Es usted demasiado valiosa. Y esos polvos no son para mí.

Johanna notó cómo se relajaban sus hombros y le cepilló el pelo con largas pasadas regulares. Obviamente, el duque Carlos se estaba convirtiendo en un auténtico incordio.

—Coincido en que debe usted descansar, *Madame*, y sería de ayuda que quienes la rodean durmieran profundamente.

La Uzanne se echó a reír.

—No, Johanna. Esto es para otro hombre. Uno al que pretendo dominar todavía más, por completo. —La Uzanne miró a su protegida en el espejo. Una breve pausa en las pasadas del cepillo había delatado su inquietud. Aguardó la pregunta, pero esta no llegó a producirse, cosa que la complació—. Tengo aún otro desafío para su habilidad como boticaria, señorita Bloom. El duque Carlos carece de heredero. Ha sido sometido a todo tipo de tratamientos, mágicos o no, pero sospecho que la Pequeña Duquesa es estéril, y las coristas de *ballet* no desean hijos y acuden a El León a buscar un remedio. Concebir un hijo del duque sería... un sacrificio que estoy dispuesta a hacer. Es algo que el general Pechlin no puede darle.

—¿*Madame*? —susurró Johanna, dejando de cepillarle el pelo.

La Uzanne se dio la vuelta en su taburete y la agarró de la muñeca con fuerza.

—Veo su mirada incrédula. Me considera demasiado vieja.

—No, *Madame*, no. Sin duda es usted capaz de dar a luz... Pero quizás el duque no... Usted y su esposo nunca... —Johanna bajó la cabeza. Era un asunto demasiado íntimo incluso para una protegida, y las consecuencias demasiado imprevisibles.

—A Henrik y a mí no nos preocupaba que no hubiera llegado ningún hijo; sentíamos que aún había tiempo de sobras. Todas las alegrías posibles, ¡todas!, me las arrebató Gustavo. —Le soltó la mano a Johanna—. En cuanto al duque Carlos, existen remedios, ¿no?

Johanna asintió, pero no sabía nada de tales compuestos, salvo los cuchicheos que había pescado a veces en la trastienda de la botica en Gefle. Se preguntó cómo podría evitarse un escabroso diálogo con el boticario de El León.

—Estupendo. Entonces me los preparará. —La Uzanne se aplicó la crema blanqueadora en la mano derecha, poniendo especial cuidado en una manchita marrón que le había salido inesperadamente en verano—. Y mientras está en la Ciudad, señorita Bloom, me resultaría útil que hiciera otras averiguaciones.

Johanna reanudó el cepillado.

—Nada me hace más feliz que ser útil, *Madame*.

—El maestro Fredrik se trajo a un *sekretaire* a la conferencia. Creo que usted también se fijó en él.

Johanna se agachó para ocultar una sonrisa involuntaria, fingiendo que

desenredaba un nudo imaginario en la cabellera de la Uzanne.

—No me habría fijado para nada en él, pero lo he visto alguna vez en la Ciudad, *Madame*. Tenía algún negocio entre manos con el fabricante de abanicos, el señor Nordén.

—Me gustaría saber más acerca de ese *sekretaire*. Pero debe informarse con discreción.

—*Madame*, puedo volverme invisible si lo desea.

—Para todo el mundo, salvo para mí. —La Uzanne contempló la imagen de ambas en el espejo—. Tiene todo el aspecto de una dama, Johanna. Se me ocurrió durante la conferencia que deberíamos ocuparnos de su casamiento.

—Yo... no me siento preparada para dar ese paso —dijo Johanna, cuidando de mantener regulares las pasadas del cepillo y la expresión de su rostro impasible.

—Debe aprender que las alianzas estratégicas son cruciales. Necesitaremos el consentimiento de sus padres.

Johanna dejó el cepillo en el tocador, trenzó en silencio el pelo oscuro de la Uzanne y lo ató con una cinta.

—Lo que usted decida, *Madame*, sea lo que sea, me llenará de dicha. Les escribiré para solicitar su aprobación.

La Uzanne se puso de pie y le dio un beso en la frente.

—Lo mismo haré yo.

Johanna entrelazó las manos a su espalda para evitar que le temblasen.

—¿Puedo preguntar en quién piensa *Madame* para mí?

—Puede preguntarlo, pero no se lo voy a decir aún. Entre tanto, le alegrará saber que su hermana se alojará en Gullenborg hasta la fiesta del debut.

—Yo no tengo hermana —musitó Johanna.

La Uzanne se metió en el lecho. Una ligera nube de polvo fragante ascendió de la almohada en torno a su cabeza.

—Me refiero a la señorita Plomgren. De hecho, ya viene cada semana para adiestrar a las jóvenes. Y la encuentro bastante... fascinante. Quizás aprenda usted algo de ella.

Capítulo veintinueve

EL OCTAVO DE ESTOCOLMO

Fuentes: E. L., Señora S.

Diciembre era normalmente un mes melancólico para mí, con la oscuridad más espesa que nunca, la falsa alegría de las festividades y los largos meses de invierno todavía por delante. El agua negra de Norrströmmen discurría bajo el hielo como si fuera el agua de la Estigia, y las montañas de la Ciudad eran casi infranqueables. Mi actividad en la Aduana se reducía bastante, pues en los muelles apenas había tráfico y los almacenes estaban vacíos. Pero a medida que se aproximaba 1791, sentía un vigor genuino y una especial excitación al ver que los ocho iban entrando en juego. El maestro Fredrik me había facilitado generosamente los datos de los invitados de la Uzanne que él conocía y yo estaba preparando unas cartas de presentación para un grupo selecto de ellos. Podía consultar a Margot sobre mis elecciones; sus rasgos de pájaro me convencían de que ella era la Urraca. Necesitaba para mis cartas un Mensajero, que bien podría ser el chico Murbeck, siempre que su madre, mi Embaucadora, no se interpusiera. También tenía pensado visitar a las Plomgren, siguiendo un impulso sincero y ardiente, aunque muy poco práctico, en vista de que la familia carecía de bienes y de título. Anna Maria encajaba a la perfección en el papel de la Prisionera de mi ocho, y yo me imaginaba a mí mismo como el héroe que habría de liberarla. O tal vez su padre sería el Premio y me ofrecería a su hija. En todo caso, Anna Maria poseía ambición y belleza, y tal vez llegara muy alto de la mano de mi Compañera.

Y luego estaba Johanna, cuyo misterio pedía a gritos una solución. Su pálido semblante surgía a menudo en mis pensamientos, y si realmente era hija de una casa noble, quizá fuese digna de ser cortejada. Si no, ella tenía algo que ocultar y acaso pudiéramos hacer un trueque. La experiencia me había enseñado que tales habladurías podían convertirse en un festín usadas correctamente. Caí en la cuenta de que ese intercambio de información podía significar que mi Urraca era Johanna, y no Margot. En la carta aparecía una mujer joven atendida por dos caballeros. Tal vez yo era uno de ellos.

Estos eran los pensamientos que me daban vueltas en la cabeza mientras salía de la Aduana una tarde de diciembre y subía penosamente por la calle del Negro. Estaba cruzando la plaza Mayor cuando divisé a la señora Sparrow caminando a toda prisa, con un chal marrón oscuro que se inflaba a su espalda como una vela al viento. La seguí a través del mercadillo y por la calle Trångsund, el angosto pasaje que desembocaba en la Gran Iglesia. Inexplicablemente, sus habitaciones del callejón de los Franciscanos habían permanecido oscuras durante la semana anterior; incluso la reja del patio estaba cerrada. Y yo estaba ansioso por verla: quería informarla con detalle de la deliciosa clase de la Uzanne, mostrarle el cuaderno de Nordén y, por

encima de todo, pedirle consejo acerca de mi Octavo. Pero cuando doblé la esquina y tomé la cuesta de la Gran Iglesia había desaparecido. Lo único que se me ocurría es que hubiera entrado en la catedral, así que volví sobre mis pasos hasta el pórtico principal.

En el templo hacía un frío atroz; olía a piedra húmeda, a velas apagadas. La luz del exterior apenas entraba y solo había lámparas de aceite chisporroteando a lo largo de la nave. Caminé lentamente por el pasillo central, atraído por el brillo del altar de plata. La magnífica estatua de san Jorge y el dragón se alzaba en las sombras; las coronas de oro macizo tallado suspendidas sobre los púlpitos parecían accesorios de *atrezzo* en el decorado de un palacio. Una llama danzaba en lo alto del candelabro de bronce, como había venido haciéndolo durante más de cuatrocientos años. Allí no había nadie. Mi respiración parecía casi el único sonido en toda la iglesia, hasta que me llegó desde el fondo un eco de pasos arrastrados y un crujido de hielo.

Avancé muy despacio, deteniéndome junto a cada uno de los inmensos pilares para escuchar. Un goteo cristalino me guio hasta el atrio, donde la señora Sparrow se encontraba inclinada sobre la pila bautismal de piedra, con la cara entre las manos, casi tocando el agua.

—La he estado buscando —susurré. Ella se aferró a la pila, sobresaltada, pero enseguida suspiró con alivio—. No se ve luz en sus salones desde hace una semana. ¿Ha estado enferma? —Meneó la cabeza—. ¿Y por qué ha venido a una iglesia?

—Yo no soy refractaria a la iglesia, señor Larsson. Creo en los espacios sagrados. Estaba confundida a causa de mi Octavo y he venido a buscar orientación —cuchicheó, secándose los ojos con la punta del chal—. Hasta ahora, no he recibido ninguna.

—Quizá la haya recibido yo. Para dársela a usted. —Saqué el cuaderno del bolsillo de la chaqueta y se lo ofrecí. La señora Sparrow lo abrió y examinó los dibujos mientras yo le hablaba de las teorías de Nordén sobre geometría y conexión, sobre las formas variadas e infinitas del Octavo y la construcción de la ciudad sagrada—. Hay algunos aspectos de la Divina Geometría que usted no fue autorizada a conocer.

—Hasta ahora —dijo la señora Sparrow. Sus ojos relucían, y noté un ligero temblor en sus labios cuando finalmente levantó la vista—. Es usted un Mensajero excelente, Emil.

—Me ha llamado por mi nombre de pila —advertí, sorprendido.

En ese momento se abrió chirriando una puerta cerca del altar. Un escuálido diácono cruzó a toda prisa el pasillo central; atisbó un momento entre las sombras, como si fuéramos apariciones, y aceleró hasta llegar a la última hilera de bancos. Se aferró al panel lateral, como si fuera a servirle de escudo.

—Te conozco, mujer. Tú eres la adivina del rey y no queremos verte aquí —siseó. Luego me miró a mí—. ¿Y quién eres tú, con esa capa roja? ¿Un *sekretaire* de la oficina de Satán?

—Los dos somos estudiosos de la divinidad, señor.

La señora Sparrow se acercó al diácono, que dio un paso atrás.

—Dudo que tú puedas saber nada de Dios, Padre Todopoderoso —replicó él, exhalando una nube de vapor.

—Hemos de marcharnos —le susurré a la señora Sparrow. Pero ella estaba rígida de rabia, con los puños caídos como dos pesos, e hizo una mueca cuando la rocé, moviendo solo la boca, como si acabara de tragarse un trozo de carne podrida. Cerró con fuerza los párpados y apretó las mandíbulas. Entonces adiviné lo que sucedía—. Señora Sparrow —musité, sujetándola firmemente del brazo y arrastrándola a un banco, donde nos sentamos los dos muy juntos.

—No me mire —murmuró.

—¿Qué ocurre? —preguntó el diácono. Su cara pálida y espectral se destacaba en la penumbra.

—Está enferma, necesita sentarse —respondí.

—No estoy enferma. —La señora Sparrow se soltó y se puso de pie para encarar al diácono—. Venga, observe a un alma abrumada por el conocimiento de la Cifra Eterna.

Volvió a sentarse y crispó las manos sobre el regazo; el cuerpo totalmente rígido, los ojos cerrados.

—¿Qué está haciendo? —siseó el diácono.

Me volví para mirarlo de frente.

—¿No ve que está enferma?

—Esto no es una enfermedad, es el mal —gritó, acercándose al banco y agarrando mi capa.

Pero los ojos de la señora Sparrow habían vuelto a abrirse y se movían desorbitados hacia el techo. Abrió la boca bruscamente y su lengua salió disparada, tironeando hacia abajo, como si quisiera escapar de la garganta. Empezó a sacudir la cabeza con toda la violencia de la visión que inundaba su mente, y un gemido estrangulado salió de sus labios. El ruido era lo peor de todo: como un durmiente atormentado por una pesadilla espantosa de la que no habría de despertar jamás. No sé cuánto tiempo duró esa convulsión, pero finalmente cerró los ojos y derrumbó la cabeza sobre el pecho. El diácono la miraba consternado. El silencio del templo constituía un inmenso alivio. Tomé la mano inerte de la señora Sparrow, que estaba húmeda de sudor. Ella alzó lentamente la cabeza y abrió los ojos, con las pupilas negras y relucientes.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

—Voy a contarles mi visión. —Se volvió de lado para mirarnos al diácono y a mí—. Aparecía un hombre que afirmaba poseer el conocimiento de la sabiduría universal. Era Hermes Trimegisto.

—¿Cómo te atreves a pronunciar aquí el nombre de un mago pagano? —cuchicheó el diácono.

Ella se incorporó hasta ponerse de pie frente a él.

—Decía que las verdaderas lecciones de la Divina Geometría se manifiestan aquí, en la Gran Iglesia, ante mí: los anillos concéntricos del cuadro del parhelio, el triángulo sobre la entrada. Pero muy especialmente, el octógono. Y no solo en la pila bautismal. —Señaló hacia arriba, y el diácono y yo seguimos la línea de su dedo hacia el techo—. Así como es arriba, es abajo.

El diácono puso una cara de espanto, como si un demonio hubiera grabado una blasfemia indeleble en el templo. Yo me levanté para mirar mejor. Por encima de nuestras cabezas, los nervios de cada altísima bóveda se unían para formar los radios de una rueda de ocho lados, creando una línea conectada de octógonos que sostenían el peso de los muros y mantenían el techo en su sitio.

—Quédese aquí, *sekretaire*, o quienquiera que sea, y vigile a esta bruja hasta que lleguen la autoridades —musitó el diácono.

Normalmente no habría temido la aparición de la policía del barrio, sobre todo porque no habíamos hecho nada malo, pero nunca resultaba aconsejable implicarlos en asuntos de la iglesia; ellos solían ponerse del lado de Dios.

—Vámonos ya —dije, arrastrando a la señora Sparrow hacia el pasillo. A ella se le enganchó un pie en el banco. El diácono corrió hacia el campanario para dar la alarma. La señora Sparrow espabiló cuando las campanas empezaron a repicar y los dos nos apresuramos hasta la puerta y salimos a la calleja.

—Lléveme a casa, Emil. Tengo que explicarle lo que significa realmente esta visión. —No se la veía asustada en absoluto; de hecho, más bien parecía una persona que acabara de presenciar un drama apasionante—. Y dele la vuelta a su capa; el forro oscuro no será tan fácil de vislumbrar. —Me puse la capa del revés y me envolví mejor el cuello con la bufanda.

La luz del día había desaparecido; daba la sensación de que fuese medianoche, pese a que acababan de dar las cinco. Caían grandes copos de nieve mullida, y descendimos a toda prisa por la cuesta de la Gran Iglesia para llegar enseguida al callejón de los Franciscanos, atestado de gente que volvía a casa a cenar. Ninguno de los dos pronunció una palabra durante el trayecto. La cortina de nieve contribuía a ocultarnos, pero yo solo respiré a mis anchas cuando llegamos al número 35 y cerramos la puerta con llave. Mi alivio duró muy poco.

—¿Qué ha pasado aquí, señora Sparrow? —pregunté, mirando el salón con incredulidad. Las sillas estaban desperdigadas y el suelo lleno de cristales; había una mesa completamente volcada. No se veía a Katarina por ninguna parte.

—Me he mantenido en la sombra una semana para dejar que las cosas se calmaran —dijo sacudiéndose la nieve del chal—. Las visitas del duque han fomentado la aparición de una clientela pendenciera. Patriotas, en su mayoría. La policía ya no interviene.

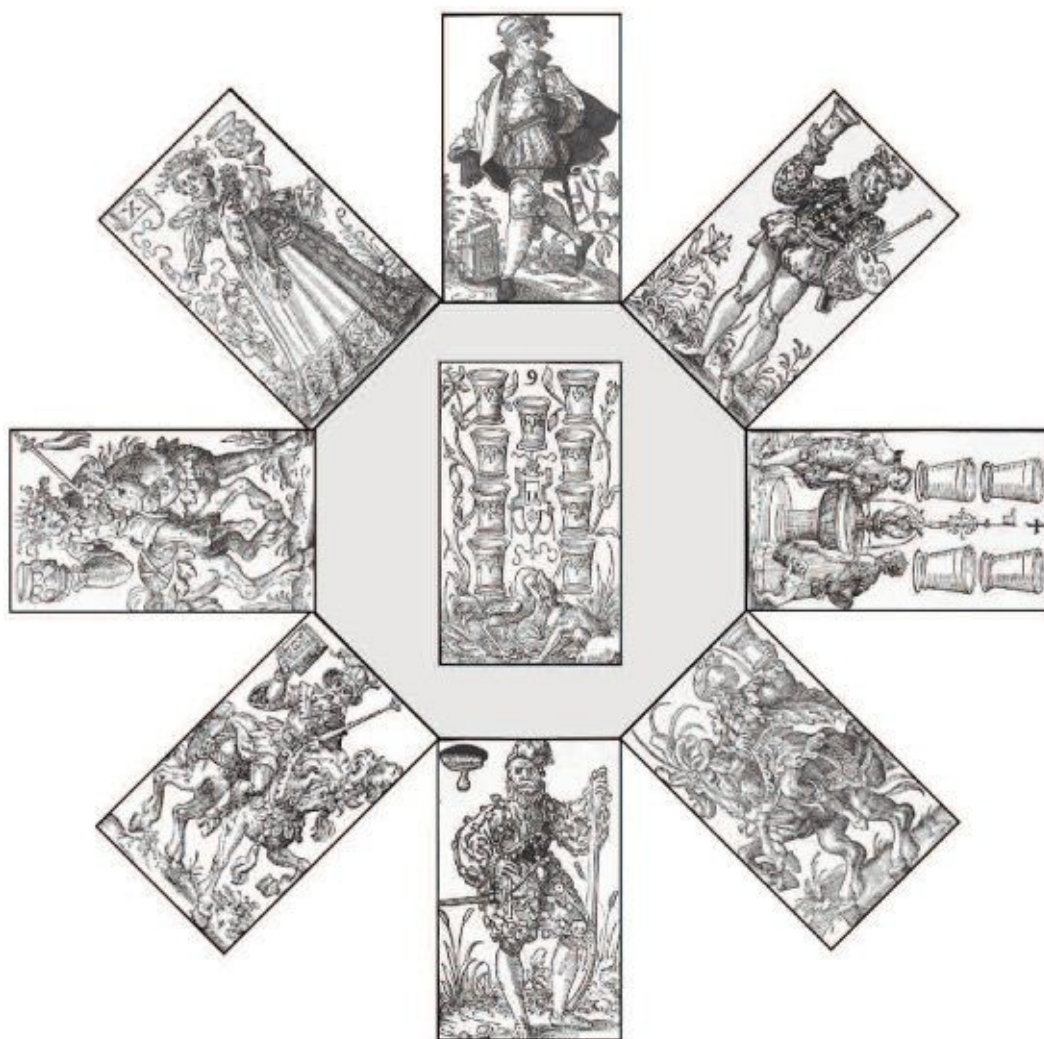
—Pero usted cuenta con la protección de Gustavo.

—Mi lealtad al rey está en cuestión. —Encendió las lámparas y vi una expresión

de tristeza en su rostro—. La conexión del duque Carlos conmigo ha trascendido, así como la cantidad de Patriotas que se introducen en mis salones. Pensaba mantener atrapado al duque y servir de este modo al rey, pero los consejeros de Gustavo no lo han interpretado así. No creo que el propio monarca fuese capaz de tratar tan mal a su amiga. —Una sonrisa astuta asomó a sus labios—. Pero eso lo vamos a arreglar, Emil, pues ahora veo con claridad. —Se alejó velozmente por el pasillo—. Prepare una mesa. Voy a buscar las cartas.

Enderecé mi mesa favorita del rincón y coloqué las sillas alrededor, ahuecando cojines para dos. La tela verde estaba salpicada de migas de pastel y hojas de tabaco; las sacudí lo mejor que pude y luego encendí el candelabro de la pared. La señora Sparrow reapareció y extendió las cartas de un Octavo. En su ansiedad se le cayeron algunas de la baraja.

—Usted ya vio una vez mi Octavo. El acontecimiento central consiste en proteger a mi Compañero y en impulsar el rescate del rey francés. —Repasó rápidamente el mazo, sacó cinco cartas más y reordenó la configuración—. Y aquí está usted. Amor y conexión: ese sigue siendo su acontecimiento central.

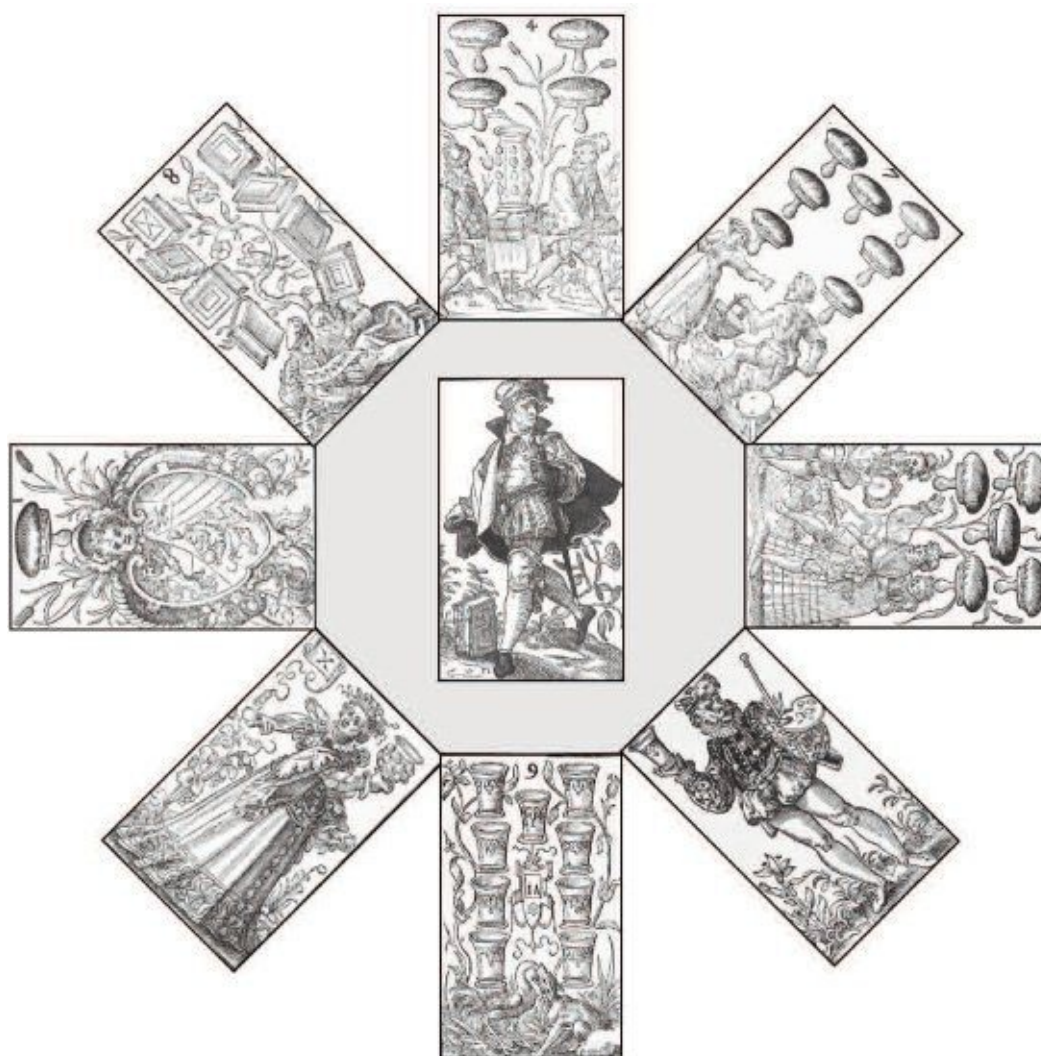


Acercó las cinco cartas restantes de su Octavo para reunir las mías.

—El señor Nordén dijo que la Divina Geometría podía construir la ciudad

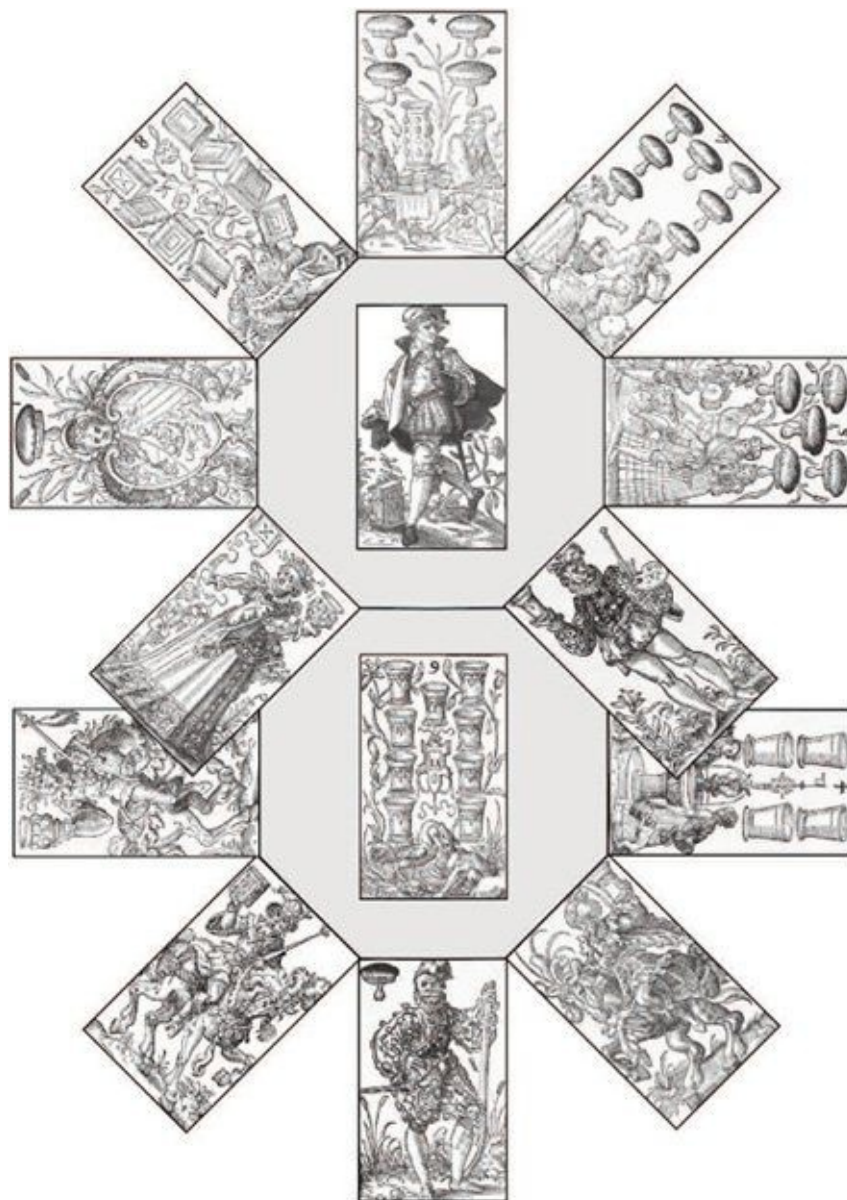
sagrada, pero Jerusalén queda muy lejos. Lo que yo veo aquí es la Ciudad, y la configuración de su futuro depende de nosotros dos —susurró—. Esa forma es un ocho, la combinación de dos partes para crear algo de más valor, un valor tal vez infinito. El Octavo de Estocolmo.

Observé el punto en donde las dos configuraciones se solapaban.



—¿Está diciendo, entonces, que compartimos tres de nuestros ocho personajes? —pregunté—. Antes no lo creía así.

—Antes no lo comprendía del todo. Nuestros dos octavos encajan como las bóvedas de la Gran Iglesia, mejor aún, como los engranajes de un gran reloj. —Su rostro se había iluminado con el júbilo de una revelación—. Mire aquí: Nordén es mi leal Embaucador, pues ha modificado el *Casiopea* a la perfección y con el mayor secreto. Pero como cualquier buen Embaucador, me había ocultado algo hasta que... *voilà!* —Abrió el cuaderno de Nordén por la página de los octógonos conectados—. Nordén ha demostrado ser para usted el Premio: él le entregó estas notas con la máxima discreción. Un premio más que suficiente para nosotros dos.



—Me ha dado más que eso —reconocí, pensando en su cálida acogida y su generosa amistad—. Pero ¿qué hay de la Reina de Vasijas de Vino? Creía que usted había dicho que su Maestra era la Pequeña Duquesa.

La señora Sparrow tamborileó con los dedos sobre el cuaderno de Nordén.

—La Pequeña Duquesa era mi manera de eludir una verdad que no quería reconocer: la Uzanne tiene algo que enseñarme. —Sus dedos se detuvieron en seco—. ¿Usted fue a Gullenborg a su primera conferencia? —Asentí—. Pues empiece por el principio. Necesito saber todo lo que pueda.

Traté de transmitirle la belleza del escenario, la abundancia de los refrigerios, el torbellino sensual de muchachas en flor y caballeros apuestos y la exquisita orquestación de deseo que la Uzanne había dirigido con su abanico.

—Fue... mágico —dije.

—De veras, Emil... ¿va a caer bajo el influjo de esa mujer siguiendo los impulsos de su miembro? Cualquiera puede conjurar la lujuria. —Resopló enojada—. Promover ese pecado cardinal no requiere la ayuda del demonio ni ningún

encantamiento; ni siquiera una habitación oscura. —Se arrellanó en la silla, frunciendo el ceño—. Claro que esto no es más que un ejercicio preparatorio para otros pecados más importantes que, sospecho, alberga en su ánimo. Imagínese lo que habría logrado si hubiera tenido el *Casiopea* en sus manos —murmuró.

Lo pensé un instante y no pude evitar que asomara una maliciosa sonrisa a mis labios.

—Me habría encantado presenciarlo —dije.

—Piense con su cerebro esta vez, por favor. Todo el mundo sabe que la Uzanne y su difunto esposo trabajaban en secreto para apartar a Gustavo del poder. Pero Henrik sucumbió en la batalla. La venganza puede encender la mecha; y la «seducción» de la que ella habla tiene un cariz militar.

—Reconozco que las jóvenes damas eran un arma letal.

—¿Estaba el duque Carlos? —preguntó, sin hacerme caso.

—No, pero cierta señora Beech, de la casa del duque, fue presentada como si fuese una noble ella misma, lo que desató la especulación de que la Uzanne codicia al marido de su vecina. Ahí tiene un pecado de importancia.

La señora Sparrow se arrellanó en la silla.

—Una prueba más que confirma mi Octavo y la naturaleza política del acontecimiento vaticinado.

—Debería abandonar sus teorías de traición —dije—. El general Pechlin sí estaba presente y parecía totalmente aburrido ante la falta de intriga y conspiración política. A la Uzanne solo le interesan las batallas de las mujeres.

—De las verdaderas batallas de las mujeres nunca escriben los hombres, y raramente hablan de ellas, así que no tiene usted ni idea de su naturaleza —dijo la señora Sparrow—. La Uzanne no está interesada en las exiguas habilidades amatorias del duque Carlos, y dispone de su propia fortuna. A ella le interesa el poder, el más embriagador de los deseos. Lo que está haciendo es colocarse cerca del trono: del trono del duque. Pretende darle la corona a Carlos.

—¿Cortándole la cabeza a Gustavo con su abanico? —bromeé.

La señora Sparrow se alisó la falda y me lanzó una mirada fulminante.

—Mire bien las cartas. Esto no es un juego de flirteos superficiales. Para nadie.

Me acerqué a la ventana y entreabrí la cortina. Un farolero encendió en la acera de enfrente una farola, arrojando una veta dorada sobre la pared del edificio y la calle nevada.

—¿Qué me propone que haga? —le pregunté.

Ella se inclinó sobre la mesa y tomó otra vez la Reina de Vasijas de Vino.

—Debe acercarse todavía más a su Compañera para encontrar cuanto antes a sus ocho. Ya solo faltan quince días para la próxima conferencia de la Uzanne. Observe cada encuentro, fíjese en cada invitado, escuche las conversaciones mantenidas entre susurros. Entre tanto, gánese un puesto más sólido junto a ella. Tiéntela con la posibilidad de obtener artículos de contrabando. Ofrézcase a investigar el robo de la

señora Sparrow. Prométale encontrar el abanico. Y asegúrese de mantener el *Casiopea* a buen recaudo. Solo cabe esperar, cuando llegue la hora de que regrese a su poder (pues el abanico volverá a manos de su dueña, eso es seguro), que la modificación practicada baste para neutralizar su fuerza. —Advirtió mi expresión y meneó la cabeza—. Sigue usted escéptico, pero la oscura magia del *Casiopea* puede llevar a cabo mucho más que un truco de salón. He investigado. La propietaria original del abanico causó grandes daños: rituales de magia negra, envenenamientos, encarcelamientos, muertes. La Uzanne está llena de una energía que complementa la oscura procedencia del *Casiopea*. Será otra vez igual. Ella aspira a derrocar al rey.

Estaba claro que aquel abanico tenía más significado y poder de lo que yo imaginaba.

—Tengo bien escondido el *Casiopea*, señora Sparrow —dije, volviendo a la mesa. La verdad era que la caja estaba a plena vista en mi habitación. La señora Murbeck la había abierto una vez cuando yo había salido y había desplegado el *Mariposa*, pero no me había dicho nada del *Casiopea* oculto debajo.

La señora Sparrow frunció los labios, decepcionada.

—Ha perdido usted su aire imperturbable de jugador. Le aconsejo que vaya con ojo, porque, le guste o no, ahora está metido en un juego a gran escala y las apuestas son mucho más altas de lo que quiere reconocer.

Estudí los octógonos entrelazados y vi que mi tierna predicción de amor y conexión se hallaba en serio peligro, como cuando las olas de una tempestad se alzan para aplastar un bote.

—Cualquiera diría al mirarlo que lo han sentenciado a la horca —me dijo.

—Yo solo pretendía asegurarme un enlace beneficioso, no implicarme en una conspiración política.

—¿No son lo mismo? —dijo en son de broma, aunque no dejó de advertir mi inquietud—. Seréne, tendrá usted su Octavo. La visión de amor y conexión era real.

—Pero esta combinación de los dos... El acontecimiento de su Octavo es de tal magnitud...

—¿Le parece que una perspectiva de amor y conexión es poca cosa? Debería ensanchar su modo de ver las cosas, Emil. Estos son los mayores tesoros de la vida. —Tomó las dos cartas de los Buscadores, la suya y la mía—. ¿No lo ve? Un Octavo no anula el otro. Todo lo contrario, nos reforzamos mutuamente en nuestros objetivos. Como en el techo de la Gran Iglesia. O si prefiere un ejemplo más secular, como cuando colaboramos para dar un «empujón» a una partida. O vencemos juntos, o no sacamos nada en absoluto.

Afuera, en la calle, un vigilante dio la hora —las ocho— y luego su voz se perdió por la cuesta de la Gran Iglesia. Me levanté para irme, alegando que tenía trabajo en el Distrito Sur.

—¿Quiere que venga a verla en Navidad? —le pregunté, pensando que estaría sola como yo.

—Es usted muy amable, pero no. Los días en torno al solsticio están cargados de indicios y orientaciones. Ya le avisará Katarina cuando deba venir. —Recogió las cartas con un par de gestos raudos e igualó el mazo pulcramente—. Feliz Navidad, Emil. Pero no olvide que este nuevo año habrá de traernos motivos de celebración: salvaremos a nuestro rey y también a la casa real francesa. ¡Y usted hallará su senda dorada!

—¡Magnífico! —dije con la falsa alegría que solía gastar durante las vacaciones.

Abrí yo mismo la puerta principal y bajé lentamente las escaleras para salir a la calle desierta, toda cubierta de blanco. Los faroles invernales que chisporroteaban en lo alto me fueron guiando de un charco de luz a otro por el callejón del Sastre. Las habitaciones de la señora Murbeck estaban a oscuras y el gato de la casa me recibió con un maullido. Una vez arriba, avivé el fuego de la estufa para ahuyentar la humedad que envolvía la habitación como un sudario. Me senté a mi escritorio y dibujé un número ocho en la capa de polvo que se había acumulado sobre el tablero. Parecía improbable que el amor y la conexión vaticinados pudieran surgir de aquella forma, por muy divina que fuera su inspiración. Pasé la mano por el centro, borrando una ancha franja, y me metí en mi cama solitaria.

SEGUNDA PARTE

1792

Pero llegó otra época.

Parecía como si nosotros mismos, hastiados de nuestra felicidad, fuéramos ya incapaces de soportarla.

Como si ese secreto anhelo que impulsa al hombre a desear un cambio en su condición no fuera a permitirnos disfrutar por más tiempo de nuestra tranquilidad.

GUSTAVO III, DE UN DISCURSO A SU ÚLTIMO PARLAMENTO, FEBRERO DE 1792.

Capítulo treinta

EPIFANÍA

Fuentes: E. L, Señora S., Katarina E., Sra. M.

Enero de 1792 arde en mi memoria como un surtidor de fuegos de artificio en el cielo oscuro de Año Nuevo. El recuerdo que guardo de esa época se ve intensificado tal vez porque siempre nos complace creer que estamos dotados de una visión profética, pero puedo jurar que yo no recordaba ningún mes cargado de una tensión tan exquisita. El hielo en las empinadas cuevas era tan traicionero como siempre; la nieve, igualmente abundante y engorrosa; y las toses, estornudos y fiebres, tan incesantes como en cualquier otro invierno. Pero había algo distinto en el aire y, para bien o para mal, el cambio siempre acelera el pulso y agudiza los sentidos. Para muchos de nosotros, aquella fue la última ascua ardiente antes de que toda una era se convirtiera en cenizas: el carruaje vacío frente a la casa señorial, el polvo centelleante dispersado por el viento.

La nación estaba dividida en dos: los Realistas y los Patriotas formaban filas; el fervor crecía a medida que se acercaba el Parlamento, que había de celebrarse en la remota Gefle. En la Ciudad todo el mundo se había quedado horrorizado ante la elección de una población tan humilde. De este modo, sin embargo, alejando el Parlamento del territorio base de los Patriotas, el rey podía controlar la participación y garantizar su supremacía. El viaje resultaba caro y penoso en enero. Y a la mitad de los miembros de la Casa de los Nobles le fue denegado el salvoconducto de viaje con pretextos discutibles.

En las tabernas y cafés se decía que Gustavo pretendía recomponer el gobierno, restringiendo a veinticuatro los escaños de la nobleza y otorgando a los plebeyos la mayoría efectiva. Los Realistas proclamaron que era la medida de un gobernante ilustrado, pero los Patriotas montaron definitivamente en cólera. Ahora veían a Gustavo como una amenaza mortal para la estabilidad de Suecia que había que extirpar por cualquier medio. Cundían los rumores de traición.

La gente esperaba el estallido de una revolución o una ola de represión que se nos habría de llevar a todos por delante, y la visión desde el borde del abismo era vertiginosa. La Ciudad parecía tanto más deslumbrante a causa del peligro; los juegos de cartas, los bailes, las partidas de billar, los conciertos, los espectáculos y las cenas adquirían un frenético aire festivo: como si hubieran de ser los últimos.

Eran las tres de la tarde del 5 de enero: la Noche de Reyes, el final de las fiestas navideñas y la última noche de juerga antes del oficio solemne de la Epifanía. Una pálida luz azul asomaba en el cielo por el oeste: apenas un levísimo indicio del cambio de estación que no habría de llegar sino varios meses más tarde. Ya se me echaba encima el día en el que debería hablar de mi matrimonio con el superior, y ese habría de ser con toda probabilidad mi último día como *sekretaire*. Abrí una rendija

de la ventana para que entrara el aire fresco. Mientras empezaba a envolverme la corriente, oí la voz de Katarina en el pasillo del piso de abajo. Estaba discutiendo con la señora Murbeck, diciendo que debía entregarme en mano la misiva que traía. Abrí la puerta y bajé las escaleras.

—No puedo permitir que anden entrando y saliendo mujeres jóvenes en nuestras habitaciones, señor Larsson —dijo mi casera, con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho.

—Señora Murbeck, es usted el último baluarte de mi desvencijada reputación, pero le aseguro que esta joven simplemente me trae un mensaje de una dama de edad avanzada.

La señora Murbeck soltó un carraspeo escandalizado y nos dejó solos, dando un portazo. Katarina se tapó la boca con la mano, asaltada por un acceso de tos. Había un velo de inquietud en sus ojos y apretaba los labios con fuerza.

—La señora dice que vaya usted vestido de paisano, no como *sekretaire* —susurró, entregándome un sobre diminuto. Hizo una venia y se fue. La nota decía: «A las 6».

Con el pelo sencillamente peinado, me puse una raída chaqueta gris de cuello alto, un sobretodo azul marino de lana y una bufanda alrededor de la cara para protegerme del frío. Las calles de la Ciudad hervían de gente, como correspondía a la festividad, pero yo sentía una creciente tensión a medida que me acercaba al callejón de los Franciscanos. La entrada estaba en silencio y en la escalera resonó solo el eco de mis pasos. Allí no había jueguistas.

Katarina entornó la puerta cuando llamé y vaciló un instante.

—¿Señor Larsson? —susurró. Asentí; ella abrió solo lo justo para que me deslizara dentro y volvió a cerrar con llave. Al fondo del gélido pasillo distinguí un débil resplandor que venía de la sala principal de juego.

—¿No hay jugadores esta noche? —Mi voz reverberó en la oscuridad.

—La señora dice que ya no habrá más cartas hasta primavera, y menos mal. Los acompañantes del duque han trastornado el ambiente por completo. Más pendencias que apuestas —explicó, parando un momento para sonarse—. Aunque dice la señora que sí recibiremos a los buscadores de la buena fortuna. Yo me alegro. Sin clientes, no tendré que trabajar.

Nos dirigimos a la entrada del salón y Katarina me indicó con un gesto que entrara. Había una mujer en una de las mesas, mirando a través de la ventana la torre de la Gran Iglesia, cuyas campanas tocaban en ese momento las seis. Me daba la espalda, y las velas encendidas sobre la mesa recortaban su silueta en la penumbra. Llevaba la peluca arreglada con un estilo que no había vuelto a ver desde niño: absurdamente elevada y muy blanca. Su pálido vestido crema también era antiguo: una recargada *robe à la française* con miriñaque y grandes faldas plisadas que llegaban hasta el suelo. Un abanico desplegado reposaba sobre la mesa junto a una copa vacía y un montón de papeles. Pensé que tal vez se tratara de una actriz del

teatro Bollhus con mal de amores, que aguardaba a que la recibiera la señora Sparrow entre una función y otra.

—*Pardon... Mademoiselle?* —dije. Bajo la luz indecisa era imposible deducir su edad. La mujer se volvió con la rigidez y la lentitud que exigían el peto y los corsés. Llevaba un pañuelo blanco sobre el pecho. Tenía la cara muy empolvada y las mejillas brillantes de colorete.

—Siéntese, Emil, por favor. Tenemos poco tiempo —me dijo la señora Sparrow. Sus dientes relucían en el óvalo de los labios rojos de carmín.

Observé su rostro, buscando a mi amiga bajo aquella máscara. Parecía una cortesana avejentada cuyo vestido y modales se hubieran quedado anclados en otro tiempo, el de su gloria o su ruina. Me senté finalmente.

—Confieso que me siento asombrado, señora Sparrow, al verla con... esta indumentaria inusual.

—No lo dudo. Katarina me ha ayudado a prepararme y todavía no consigue reconocirme. —Se sacudió una miga del canesú; las capas de encaje de sus mangas seguían pesadamente el movimiento de sus manos.

—Así que Gustavo ha respondido al fin a sus cartas —le dije, con una sonrisa.

—No. No me ha respondido. Pero yo he aprendido una lección de mi maestra, la Uzanne. Utilizaré las armas de mi sexo y lo buscaré en la Ópera. El rey va allí casi cada noche, y si una dama conocida se le acerca, la buena crianza exige que la salude. Él siempre ha sentido debilidad por el encanto femenino, ya que no por el sexo. Solo necesito unos momentos para exponerle mi punto de vista.

Asentí, aprobando su estrategia.

—¿Y cuál es la idea que le quiere transmitir? —pregunté.

Ella se levantó con una gracia extraordinaria para una mujer nada habituada a unas ropas tan extravagantes y engorrosas, y empezó a pasearse entre las mesas.

—Que debe actuar de inmediato para salvar al rey francés. He estado escuchando a mis clientes y hablando con los amigos que aún tengo en la policía. Gustavo está trabajando incansablemente para levantar un ejército europeo y marchar sobre París en primavera; Austria y Prusia firmaron el pasado agosto un acuerdo para unirse a su iniciativa. Él ha enviado espías para estudiar todas las rutas posibles desde el punto de partida de la invasión en Normandía. Pero quizá no llegue a vivir para verlo. Las fuerzas de la oposición en la Ciudad se vuelven más fuertes y radicales cada día. —La señora Sparrow aferró el respaldo de la silla—. Si Gustavo quiere sobrevivir, no puede esperar hasta la primavera. Axel von Fersen se siente angustiado por el fracaso del pasado verano en Varennes y está listo para actuar. Ahora mismo se encuentra en Bruselas, con los medios necesarios para entrar en las Tullerías y liberar a los cautivos. Gustavo debe sancionar su plan antes de partir para Gefle; debe enviar a Von Fersen a París sin dilación y rescatar al rey antes de que el Parlamento concluya.

—Pero ¿por qué va a salvar eso del peligro a Gustavo?

—Un acto tan heroico lo convertirá en una leyenda; su nombre se volverá

inmortal y sus enemigos se arrugarán ante el resplandor de su gloria. Europa recuperará la estabilidad; la monarquía y el orden quedarán restablecidos. Y millones de francos franceses llegarán a la Ciudad en señal de gratitud. Es esto último lo que calmará los ánimos y volverá a granjearle a Gustavo el favor de los nobles.

—Ah. Así que todo se reduce al dinero. —La señora Sparrow me dirigió un mohín con los labios que me recordó a Margot y volvió a sentarse frente a mí—. Entonces, ¿el acontecimiento central de su Octavo es ahora... salvar la monarquía francesa? —Sentí que me acaloraba mientras lo decía.

—El hecho central de mi Octavo es el mismo que antes, salvar a mi querido amigo Gustavo. Rescatar a Luis XVI es un medio glorioso para lograrlo, ¿no cree? —Cogió el abanico—. Hasta que eso suceda, los dos debemos proteger a Gustavo de todo mal.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque nuestros Octavos están entrelazados; un hecho impulsará el otro. No puede ser de otro modo. Usted tiene ante sí un sendero de oro y lo alcanzará antes si trabajamos juntos.

Me sentí repentinamente mareado: su grandiosa ambición parecía mover el suelo bajo mis pies, y la enfermedad larvada que me había atormentado durante días se apoderó de todo mi cuerpo.

—Creo que necesito una copa de *brandy* —dije, ajustándome el cuello de la chaqueta.

—Sí, un *brandy*. Lleva todo el rato carraspeando, Emil; quizá tenga la garganta inflamada.

Llamó a Katarina, que trajo enseguida dos copas limpias, una garrafa de agua y una polvorienta botella de coñac.

—¿Puedo irme ya, señora Sparrow? —preguntó Katarina.

—Aún no. —Observó a la criada, que, con una venia, se retiró a toda prisa a la cocina—. Está asustada. Y no es de extrañar. Los salones vacíos y los bolsillos vacíos no son nada en comparación con lo que vendrá si cae la monarquía. —La señora Sparrow se sirvió agua—. Usted, Emil, se maravilla de mi fervor monárquico, pero yo lo llevo en la sangre. —Dio un largo trago—. El apellido de nuestra familia era en realidad Roitelet, que significa «reyezuelo». El reyezuelo es conocido como el rey de los pájaros, el pequeño rey. Me habría gustado conservar mi nombre aquí, pero un funcionario negligente lo tradujo mal cuando llegamos de Francia y se convirtió en Sparrow, gorrión. Yo, sin embargo, siempre seré Roitelet en el fondo de mi corazón. —Cerró los ojos—. Mi padre creía en la monarquía por encima de todo, incluso más que en la Iglesia, y me transmitió ese credo. Decía que todo lo bueno que nos había sucedido en este mundo procedía de dos reyes: Luis XVI y Gustavo III, el Sol y la Estrella del Norte, las luces que nos habían guiado en este mundo. Estos veinte años de reinado de Gustavo han visto un florecimiento que acaso nunca volvamos a ver. El rey merece presenciar la culminación de esa visión. Su legado no puede ser la caída

de la gran Casa de Wasa. Ni el mío el legado de una charlatana. —Abrió los ojos, recogió la carta que reposaba entre ambos y le dio la vuelta lentamente con dos dedos—. Gustavo prometió protegerme siempre, pero parece que últimamente lo ha olvidado. Tengo que recordarle que trae mala suerte maltratar a un reyezuelo. Lo sabía usted, ¿verdad? La desgracia sobreviene con toda seguridad. Todo el mundo sabe que el reyezuelo del día de San Esteban trae la bendición del Año Nuevo.

—Pero el día de San Esteban los niños salen a matar al reyezuelo y lo llevan de casa en casa, clavado en una estaca y con las alas desplegadas. El rey es sacrificado por el bien común.

—El Octavo de Estocolmo cambiará esa tradición. Este nuevo año conservaremos vivos al reyezuelo y al rey.

Me terminé el *brandy* de un trago. Imaginé una jaula, o peor, un manicomio para el reyezuelo. Pero la señora Sparrow no pareció advertir mi silencio. Se levantó, tomó una vela y me indicó con una seña que la siguiera hasta el fondo del salón. Encendió un candelabro en la pared, justo frente a una mesita auxiliar cubierta con un pesado paño de damasco que llegaba hasta el suelo. Con un floreo de prestidigitador, retiró el paño y dejó a la vista un buró de madera con incrustaciones de arce y roble, rematado con un tablero de mármol. Se sacó una llavecita que llevaba colgada del cuello con una cadena y abrió el cajón inferior. Me asomé y vi un montón de manteles pulcramente doblados. Y también lo que había debajo.

—¡Cuánto dinero!

Ella me tomó de la barbilla y acercó mucho su rostro al mío, con los ojos tan relucientes como las monedas del cajón.

—Sí, así es. He trabajado duro toda mi vida, y quiero conservarlo a buen recaudo. Una vez que Gustavo haya partido para asistir al Parlamento, los Patriotas se dejarán llevar por la ira y tratarán de arrasar la Ciudad. Perseguirán a todos los aliados que tiene el rey, incluso a un pajarito insignificante.

—Pero usted puede jugar a dos bandas —dije—. Pida protección al duque Carlos.

—El duque Carlos me clavaría en una estaca si con ello acelerase su coronación. —Acercó una silla al buró y sacó los manteles del cajón. En realidad eran sacos con cordón. Se sentó y empezó a llenar uno—. ¿Piensa ayudarme o no?

Más de una docena de sacos repletos —una fortuna en billetes y monedas— fue a parar a un baúl de madera que sacamos de una carbonera del cuarto trasero. La señora Sparrow puso encima una capa forrada de piel para camuflarlo y cerró la tapa con llave.

—¿Qué voy a hacer con todo este dinero?

—Vamos, Emil, ¿acaso cree que debe guardarlo usted? Ya basta con que conserve el *Casiopea* en sus habitaciones. —Ajustó el cajón inferior, ahora vacío, lo cerró con llave y volvió a cubrir el buró con el paño—. También usted puede ser objeto de indagaciones antes de que pase mucho tiempo. Sus habitaciones no serán entonces más seguras que las mías.

—¿Indagaciones? ¿Por qué motivo?

—Es usted amigo mío. Y está el asunto del abanico.

—Nadie sabe nada del abanico —dije, volviendo a pensar en el fisgoneo de la señora Murbeck—. ¿O sí?

Ella me miró fijamente.

—*Casiopea* lo sabe y, si puede, hallará el medio de regresar a su dueña. Así es como funcionan los objetos mágicos. Mire todo lo que ha ocurrido desde que yo me lo quedé.

Bajamos el baúl por la escalera de servicio y la señora Sparrow le dijo a Katarina que fuese a buscarme un coche. Aguardamos unos minutos, escuchando el golpeteo de la lluvia en los postigos. Finalmente oí que había llegado el trineo.

—Necesito que entregue este baúl y que cuide de él hasta que quede a buen recaudo. Mantenga la boca cerrada —cuchicheó, entregándome un saquito lleno de monedas—. Para pagar el trineo y por las molestias.

—¿Adónde debo ir?

—Al callejón del Cocinero, a casa de mi Embaucador. —Un signo de interrogación se dibujó en mi rostro—. Los Nordén son mi mejor y mi única opción. Viven encima de la tienda y mantendrán a salvo mi dinero hasta que Gustavo haya regresado.

—Pero ellos son conocidos Realistas, y Margot una extranjera; católica, además.

—Los Nordén gozan del favor de la Uzanne por ahora, así que el duque Carlos se encargará de que no los hostiguen. Y Christian y Margot son amigos míos. También lo son de usted. Estamos de suerte. —La señora Sparrow me dirigió una sonrisa deslumbrante, preñada de excitación y esperanzas. Lo recuerdo muy bien, porque fue una de las últimas que vi durante una larga temporada—. Ganaremos la partida. Ya verá. Las apuestas son altas, y las cartas ganadoras configurarán el mapa del mundo definitivamente. ¿Se ha parado a pensarlo, Emil? Estamos jugando por la venida del reino, como en el padrenuestro.

Nos echamos a reír con ganas, aunque evocándolo ahora creo que había un sutil trasfondo en nuestra risa: la mía era chillona y nerviosa; la suya tenía el timbre oscuro de la locura.

—Ahora hemos de apresurarnos los dos —dijo—. El telón se alza a las nueve en punto.

Fuimos al vestíbulo, donde tomé mi sobretodo y mis guantes de manos de Katarina. El portero llamó al cochero para que lo ayudase con el baúl.

—Ya puedes irte, Katarina —dijo la señora Sparrow. La cara de la criada se transfiguró de alivio. Aguardamos hasta que desapareció en la oscuridad, siguiendo a toda prisa al portero. La señora Sparrow me tomó de los hombros y me los apretó con un vigor sorprendente.

—No sé cuándo volveré a verlo. Mis habitaciones ya no son seguras. Debo desaparecer hasta que concluya el Parlamento.

—Pueden pasar meses —dije, sintiendo que se me agarrotaba la garganta con una extraña sensación de pérdida.

Ella asintió.

—Es maravilloso haber recibido el regalo de un Mensajero que ha resultado ser mucho más de lo que yo jamás habría imaginado. —Me besó con ternura en la mejilla—. Un hijo, a decir verdad. Adiós, Emil.

Capítulo treinta y uno

EL MENSAJERO

Fuentes: E.L., M. Nordén, un cochero anónimo.

Febril, subí al trineo y le grité al cochero la dirección. El vehículo olía a lana húmeda y colonia de hombre; también ascendía un aroma a pino de la alfombra de ramas que habían esparcido por el suelo para absorber el barro y la nieve. Puse los pies sobre el baúl; reparé en que me faltaba la hebilla del zapato izquierdo. Dentro de aquel baúl había una cantidad suficiente para costearse hebillas de plata durante años.

Sería muy sencillo decirle al cochero que diera media vuelta y se dirigiera a Stavsns. De allí podía pasar a la isla de Arena, buscar al capitán Hinken, subir a bordo del *Henry* y zarpar con una pequeña fortuna. Cerré los ojos; traté de imaginar una vida lujosa en Copenhague, o tal vez más al sur, en Fráncfort. Pero sabía que no iba a pasar del callejón del Cocinero. Yo era un hombre de la Ciudad y siempre lo sería, ahora que la señora Sparrow me había atado definitivamente con un beso maternal. Quizás era eso lo que significaba para ella amor y conexión.

El cochero chasqueó las riendas con un golpe ligero y nos abrimos paso entre la nieve y el hielo hacia la calle Larga Oeste, infestada de juerguistas dispuestos a celebrar la Noche de Reyes. En Brinken, la empinada cuesta que llevaba al palacio real, la multitud era ya más dispersa. Pasamos junto a la mole amenazadora de la Gran Iglesia y luego giramos y salimos al patio del castillo.

—No hay luz esta noche en las habitaciones de su majestad, ¿lo ve? —me gritó el cochero, volviéndose—. Quizá ya haya salido para Gefle. Ha enviado por delante su trono de plata en un trineo tirado por seis caballos. Pasará fuera tres o cuatro semanas, como mínimo. O toda la eternidad, como máximo, si lo que dicen por ahí es cierto.

—¿Qué rumores son esos, cochero?

—Uy, dicen toda clase de cosas. Algunos aseguran que Pechlin planea una revuelta Patriota y que hará que la reina ocupe el lugar de Gustavo como una simple marioneta.

—¿Una reina danesa? Jamás. ¿Y el duque Carlos?

—En efecto. Al duque le gustaría quedarse el trono, pero no puede quitar a su hermano por la fuerza. Dicen que utilizará a la marina para hacer desaparecer a Gustavo. Otros creen que los plebeyos se llevarán al final el gato el agua, y que no tendremos rey ni nada.

—¿Y usted qué dice?

El hombre escupió en la calle una bola de tabaco, recelando de pronto de mis preguntas.

—Gustavo sigue siendo el rey, ¿eh?

Continuamos en silencio hasta el callejón del Cocinero. El cochero detuvo al caballo con un violento tirón.

—Una celeridad extraordinaria; y un diestro manejo del trineo con todo este hielo del demonio —dije, pagando la tarifa y añadiendo una propina desorbitada. Él mordió el anzuelo, esbozando una sonrisa con la comisura de los labios—. Me pregunto si sería tan amable de ayudarme a subir este baúl a casa de mi vieja tía, que vive ahí arriba. Ha estado enferma, y necesita estas medicinas y esos libros durante su convalecencia.

Hice tintinear las monedas en mi bolsillo y él se bajó de un salto y agarró el asa del baúl para sacarlo del trineo.

—¿Libros y medicinas? —se quejó—. Esto debe de estar lleno de piedras, para cargarle los bolsillos a su tía y lanzarla a echar un buen trago.

Bajamos el baúl con mucho trabajo y entramos torpemente en la casa. La escalera estaba oscura y apestaba a comida. Oí el sonido amortiguado de una conversación, las risas de un niño, un tintineo de porcelana. Al llegar al cuarto piso, estaba sin aliento y dejamos el baúl en el suelo.

—Nada como el trabajo honrado —comentó el cochero, hurgándose en los dientes con la uña del pulgar—. Es lo que les haría falta a todos esos personajes de alto copete, ¿no cree, señor? —Asentí, pues tampoco tenía aliento para decir gran cosa—. Los que trabajan duro merecen tener voz y voto, y ganarse una recompensa, ¿no? —Yo no sabía si pretendía enzarzarse en una discusión sobre política o sobre su propina, así que no respondí. Él alzó la vista hacia lo alto de la escalera. No había ningún indicio de vida allá arriba—. Su tía quizá ya no necesite estos pedruscos; parece que se ha cansado de esperarle y se ha ido a reunirse con el Creador por su cuenta. ¿No podemos dejar el baúl aquí hasta después del funeral? Pesa como un demonio.

Hice tintinear las monedas suavemente en mi bolsillo, como si sopesara su propuesta, y le dirigí una triste sonrisa.

—Ella querría que lo lleváramos hasta arriba.

Subimos penosamente el baúl hasta el último piso, le di al cochero una cantidad excesiva de monedas y él se escabulló de prisa por la escalera. Me quedé en un trecho iluminado por la ventana que daba al patio, escuchando los ruidos casi inaudibles que sonaban tras la puerta de los Nordén: un murmullo apenas y las mullidas pisadas de unos pies descalzos en el suelo de madera. Pensando que tal vez abriría la señora Nordén, me estiré las mangas y me ajusté los pantalones. Estaba cepillándome el pelo con los dedos cuando se abrió la puerta tan violentamente que poco me faltó para rodar escaleras abajo. Ahí estaba Margot, con un cuchillo de trinchar en la mano.

—¡Margot! —grité, con el corazón desbocado—. ¡Soy yo, tu amigo Emil!

Ella aguzó la vista en la oscuridad, aún aferrando el cuchillo.

—¡Dios del cielo! ¡Emil! Te ruego que me perdones. Estoy en guardia con todos los rumores que corren últimamente.

Respondí con una entrecortada pero florida disculpa de mi parte, mencionando varias veces a la señora Sparrow y señalando el baúl que esta se había empeñado en que llevara de inmediato, sin una nota de advertencia, lo cual era típico de los bárbaros modales de mi país, etcétera, etcétera. Ella dejó al fin el cuchillo en un aparador de la entrada y encendió una lámpara de aceite, pidiéndome que pasara. A la luz del farol advertí que su rostro se había llenado y me fijé en la curva de su vientre, que ya abultaba bajo el canesú. La entrada olía ligeramente a pescado frito y a lavanda. Los muros estaban encalados de blanco; el suelo, de planchas de madera, se hallaba cubierto con una alfombra trenzada. En una pared había un crucifijo de latón, como en cualquier buen hogar luterano o católico.

—Christian está terminando un abanico, y ha de quedarle absolutamente perfecto. Tal vez se comporte con brusquedad. Lo entiendes, ¿no? —me dijo.

Yo asentí.

—Quizá si pudiera hablarle un momento desde la puerta...

—Tampoco es que vaya a morderte —comentó, riéndose—. Pasa.

Cruzamos el umbral cargando el baúl entre los dos y atravesamos el pasillo hacia la habitación del fondo. La puerta estaba entornada y una cálida luz se derramaba en la penumbra. Margot llamó suavemente con los nudillos y entonó un saludo cantarín asomando la cabeza.

—¿Qué ocurre? —respondió una voz irritada.

—Tenemos una visita —dijo Margot, y tiró de su extremo del baúl para indicarme que podíamos pasar. Empujó con la cadera, abriendo la puerta de par en par y descubriendo un extraordinario resplandor. Nunca había visto tantas velas encendidas en una habitación pequeña, y tuve que cerrar los ojos unos instantes para habituarme. El color limón de las paredes era el mismo que el de las rayas de la tienda de la planta baja. Había media docena de espejos enfrentados, que reflejaban interminablemente la luz, tres o cuatro armarios desaparejados y un lecho con cortinas en un rincón.

Depositamos el baúl en el centro de la habitación, junto a un pequeño escritorio portátil frente al que se encontraba Christian sentado. Estaba ajustando el clavillo de un abanico con la ayuda de una lupa. Las varillas, de marfil, eran muy sencillas; la tela, gris, tenía finas líneas plateadas en el ribete superior y a lo largo de cada pliegue. Parecía, en conjunto, como si los rayos de la luna salieran de la mano que lo sujetaba.

—¿Qué dama de la Ciudad tiene un gusto tan sencillo y elegante? —pregunté.

—Ah, sí, es un abanico elegante, pero su sencillez no deja de ser aparente. El secreto se revela en manos de su dueña.

—¿La Uzanne? —dije. Él asintió—. ¿Y cuál es el secreto? Tu esposa me ha dicho que cada abanico tiene uno.

Christian levantó la vista un instante, con una expresión más relajada al tratarse de su tema predilecto.

—Eso debe revelarlo la dama, pero te daré una pista —contestó—. La pluma de ave que contiene el abanico elevará hasta lo más alto sus habilidades y atrapará a

aquel al que ella desea.

Estudié el abanico. No había ninguna pluma a la vista.

—Un bello acertijo, Christian. Pero a mí me inquietaría proporcionarle a la Uzanne un arma tan poderosa. Después de la demostración que ofreció, está claro que sería capaz de hechizar a la guardia real y al mismísimo rey, y de abatirlos con toda facilidad.

—La Uzanne podría con todo un regimiento, en efecto, y dejaría una larga fila de sábanas tibias y desordenadas por el camino —dijo Christian, abriendo y cerrando el abanico para probarlo—. Ella es un soldado de Eros, ¿no?

Margot permanecía detrás de su marido para no estorbarle.

—Recuerda que nuestro negocio es el arte, querido, no la guerra —dijo.

—Confío en que la Uzanne te haya enviado a su regimiento femenino para armarse como es debido —apunté—. Esas jóvenes damas parecían deseosas de perfeccionar su técnica.

Christian esbozó una sonrisa forzada y le echó una mirada a Margot antes de responder.

—El negocio no ha estado a la altura de nuestras esperanzas, aunque creemos que esas jóvenes acabarán descubriendo las ventajas de poseer un abanico Nordén. Y su inminente debut nos permitirá pasar el invierno y llegar a una estación más luminosa. —Volvió a levantar la vista, ahora con una sonrisa genuina—. Hay un bebé en camino, ¿sabes?

—Lo sabe, Christian. ¡Fue el primero en saberlo! —dijo Margot.

Noté la mezcla de alegría y de temor en sus rostros. Christian cerró el abanico gris, se levantó y me estrechó la mano.

—¿Qué te trae a nuestra casa en la Noche de Reyes? Me habría imaginado que estarías celebrándolo con el resto de la gente, siendo un joven soltero.

—Quizá todavía vaya a celebrarlo, pero nuestra mutua amiga me ha pedido que ejerciera de mensajero —dije.

—Ha traído el baúl de *madame Sparrow* —susurró Margot.

—Ah —dijo Christian. Me estrechó con más fuerza la mano—. Así que ya está llegando a la Ciudad.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Él me soltó la mano, pero permaneció inmóvil.

—Así es como empezó en Francia, Emil. La señora Sparrow vino a vernos justo después de Navidad, el día de San Esteban. Hablamos largo y tendido de geometría, de nuestros dos reyes, de los paralelismos entre nuestros países, de la oscuridad que se está abatiendo sobre Francia. Y concebimos un plan por si tales cosas llegaban a pasar aquí, en la Ciudad.

—¿Qué plan? —pregunté. Margot y Christian se miraron. Ambos permanecieron callados. El hecho de que la señora Sparrow me hubiera besado como a un hijo apenas una hora atrás pero no me hubiera revelado sus verdaderos planes me provocó

un nudo en la garganta. Solté una risotada, pese a todo—. Bueno, ella te llama su Embaucador, Christian, y supongo que contarle arruinaría toda la gracia.

—Esto no es una broma, *sekretaire* —dijo Margot—. Es la guerra.

Al oír esa palabra me puse muy tieso, como anticipando un golpe. Abrí la boca para disipar sus temores, pero solo acerté a mirarme los zapatos, que se me estaban poniendo rígidos.

—Perdonadme, por favor —dije—. Tendría que haber dejado los zapatos en la puerta.

Ellos me miraron con perplejidad y compasión.

—Estás alterado —señaló Margot—. Te voy a traer un poco de agua.

Salió a toda prisa y regresó enseguida con una taza de agua tan fría que me dolió al tragarla. La irritación de mi garganta se había convertido en un dolor palpitante y me ceñí aún más la bufanda alrededor del cuello.

—Nos encantaría que te quedaras a cenar con nosotros, Emil —dijo Margot.

—No, gracias —me apresuré a responder; me sentía demasiado confuso para comer y no quería hablar más de la tormenta que se avecinaba—. Mañana es la Epifanía y quiero celebrarlo como si esta fuera mi última noche.


—Muy bien, Emil. La Cuaresma llegará muy pronto —dijo Christian, dándome la mano—. Nos veremos en la próxima conferencia de la Uzanne. —Hizo un gesto hacia el escritorio, donde relucía el abanico gris—. Ya verás que no tiene nada de sencillo.

Le hice una inclinación y besé la mano cálida y pequeña de Margot, procurando no demostrar mi ansiedad por huir. Yo estaba tratando de mantenerme a flote en medio de aquella gran oleada de acontecimientos que rebasaba mis conocimientos, mi experiencia y mis deseos. Bajé precipitadamente la escalera, confiando en encontrar un trineo que me llevara en un abrir y cerrar de ojos a la calle Baggens, donde podría fornicar hasta aturdirme y olvidarme de todo.

Capítulo treinta y dos

EL PALCO NÚMERO 3

Fuente: J. Bloom

— ustavo no ha llegado aún, *Madame*, y el palco real está vacío —dijo Johanna, bajando los prismáticos.

La Uzanne dio un golpe con el abanico cerrado sobre el brazo de su butaca. La orquesta empezó a afinar sus instrumentos. El público iba regresando a sus asientos, reanimado por la conversación y los refrigerios del entreacto.

—No ha venido nadie de categoría esta noche. Ahora no viene nadie, salvo los plebeyos —siseó la Uzanne.

—Si solo asisten los plebeyos, ¿por qué ha venido usted, *Madame*? —preguntó Anna Maria.

—Incluso la tarta más agria atrae a un hombre hambriento, señorita Plomgren. Yo tenía la esperanza de captar la mirada de su majestad. Él consideraría mi presencia como una oferta de reconciliación y aún se sentiría más hambriento.

—Una idea horrible —dijo Anna Maria, echándose hacia delante desde las sombras de su asiento de segunda fila—. ¿Hemos de quedarnos a ver el último acto?

—El último acto es siempre el más dramático. Y si Gustavo se presenta, se fijará también en usted. Otras bellezas menos notables se las han arreglado para obtener su favor.

—No deseo su favor, solo su defunción —susurró Anna Maria.

—Señorita Plomgren, debe aprender usted que la seducción es una fase crucial de la batalla. Si logra aproximarse con su apariencia más tentadora, podrá obtener la pensión de su marido antes de tomar venganza.

—¿Venganza... contra quién? —preguntó Johanna. Se hizo un silencio incómodo—. Dicen que su majestad posee un extraordinario encanto —añadió al fin.

—El encanto es propio de serpientes. A mí ya me han picado alguna vez. —Anna Maria alargó el brazo entre los asientos y estrechó la mano libre de la Uzanne.

—La señorita Bloom hace bien en señalar las dotes de Gustavo. Una debe ser consciente en todo momento de las cualidades de su oponente; y el encanto es un elemento decisivo de cualquier arsenal, sobre todo entre serpientes y mujeres. Y ahora suélteme, señorita Plomgren. Me hace daño.

Johanna apoyó la mano en el brazo de la butaca de la Uzanne, poniendo cuidado en no rozarla siquiera.

—*Madame* prometió abstenerse de asuntos políticos esta noche. Ya sabe que le perturba el sueño. —Johanna examinó a la audiencia otra vez con los prismáticos—. Ahí hay algo más divertido, *Madame*. Abajo, en el *parquet*. Una mujer vieja vestida con una *robe à la française*, ¡como si estuviéramos en 1772! —Le pasó los prismáticos a la Uzanne—. Está mirando hacia aquí, como si la conociera a usted.

Los lacayos de librea apagaron las velas de los candelabros de la sala y encendieron las mechas de las candilejas. La audiencia quedó sumida en la penumbra. La Uzanne examinó la silueta oscura de la señora Sparrow durante un rato que pareció un minuto entero.

—Una vieja emigrada francesa, sin duda, que ha venido aquí a mendigar refugio. *Pathétique* —dijo, bajando los prismáticos lentamente y dejándolos sobre su regazo—. Pero esa vieja podría ser una visión de mi futuro: la aristocracia perdida, desbancada por el gobierno de la chusma.

La araña de cristal, ahora apagada, ascendió hacia el techo entre chirridos, izada por varias manos enguantadas de blanco que tiraban de las gruesas sogas doradas. El público se instaló en sus butacas, bisbiseando y acomodando los largos vestidos y los rígidos abrigos, a la espera de que comenzase el drama.

—No podemos aguardar al baile de máscaras —prosiguió la Uzanne—. Actuaremos en Gefle, cuando Gustavo convoque a su Parlamento.

—¿Actuar... cómo? —preguntó Johanna en voz baja.

La Uzanne enfocó el palco real vacío con los prismáticos.

—Hay que encantar a la serpiente y ponerla a buen recaudo.

—Yo lo haré —susurró Anna Maria.

Apartándose los prismáticos de los ojos, la Uzanne se giró en su butaca para mirar fijamente a Anna Maria.

—¿Lo haría?

—Ya sabe que sí. Con placer.

—Es la mejor manera —dijo la Uzanne. Alargó el brazo y le rozó la muñeca a Johanna con sus dedos cálidos—. ¿Ha preparado el falso galipierno que le pedí? —Johanna asintió. Había ido a El León y molido los hongos secos hasta convertirlos en un polvo finísimo—. Excelente. ¿Y lo ha probado?

—Aún no, *Madame*.

—Debe hacerlo.

—¿Es... al general Pechlin a quien desea subyugar? —dijo Johanna, intuyendo que no, pero con la esperanza de equivocarse.

—La adoro a usted, mi ingenua de Upland —dijo la Uzanne sonriendo y volviendo su atención al escenario, donde ya se alzaba el telón del último acto—. Pero no hará falta. Pechlin se ahorcará con sus propias manos cuando yo haya terminado.

Capítulo treinta y tres

LA CALLE BAGGENS

Fuentes: E. L., Hans el Largo, Capitán H.

Cuando salí de casa de los Nordén, el callejón del Cocinero estaba prácticamente desierto. Solo había un hombre acurrucado en un portal para cobijarse de una violenta tromba de lluvia y granizo. Para llegar a la calle Baggens habría de caminar penosamente al menos media hora. Me envolví la cara con la bufanda y me sujeté el sombrero. Las campanas de la iglesia de Jacob estaban dando las nueve y media. Debí de infundirle valor al hombre del portal, pues echó a andar y me siguió todo el trecho hasta el puente, cuyas tablas negras relucían sobre el hielo que había abajo. Me encorvé bajo el vendaval, cerré los ojos y agarré la barandilla para no desviarme. Rodeé el palacio por el muelle y tomé la cuesta del Castillo hasta el Palacio de la Moneda, atajé por el callejón de la Casa de la Pelota, crucé la plaza del Mercader y doblé por fin en la calle Baggens. La casa más famosa del pasaje estaba bien disimulada: era un edificio de tres pisos, sobrio y achaparrado, pintado de un naranja oxidado y con un tejado marrón de teja.

Era allí donde la Tía Von Platen regentaba un lupanar con las putas más encantadoras de Escandinavia. La sencilla puerta de madera tenía una aldaba de bronce con la forma de un querubín mirando por encima del hombro, y su trasero en pompa era el pomo que el visitante debía asir: la única indicación de las maravillas celestiales que le aguardaban dentro. La tapa de la mirilla chirrió al deslizarse; estaban evaluándome desde el otro lado, examinando si parecía rico, si iba armado o tenía secuelas de la sífilis. Aunque era temprano y el establecimiento de la Tía Von Platen no entraba en plena actividad hasta más tarde, un buen negocio siempre está listo para recibir a la clientela, y la puerta se abrió enseguida.

—¡*Sekretaire!* Casi no lo reconocía. ¿Qué ha sido de su capa roja?

Di un paso atrás, sorprendido; yo no era un cliente tan habitual como para que me reconocieran y me costó unos instantes identificar al centinela. El capitán Hinken, pues de él se trataba, se asomó y escrutó la calle en ambas direcciones. Algo le llamó la atención. Seguí su mirada y vi una silueta que desaparecía por el callejón de la Escuela Alemana.

—La noche es oscura, pero lleva usted una sombra de todos modos.

—No soy tan importante para merecer esa clase de sombra, Hinken, ni siquiera bajo el sol más radiante.

Él soltó una risotada y me indicó que entrase. El vestíbulo tenía el aire de un palacio turco y de sus blancas paredes colgaban miniaturas representando distintos placeres. Las baldosas del suelo mostraban intrincadas figuras doradas y azules, y la araña del techo y los apliques de las paredes eran de latón trabajado de Arabia. Había un narguile y un taburete de cuero repujado sobre el cual la Tía sentaba a la más

joven de sus pupilas, envuelta en velos, durante las horas de mayor ajetreo. El aire estaba saturado de la soporífera fragancia del jazmín.

—¡No le he visto desde aquel día en El Rabo de Cerdo! Estaba convencido de que vendría a cobrar antes —me dijo Hinken.

Eché un vistazo al taburete vacío.

—Solo he venido para...

—¡Para rematar el negocio y tomar un trago entre amigos! —Me cogió del brazo con firmeza, pero, en lugar de llevarme a través del umbral velado con una cortina que conducía a la dicha, abrió de un empujón un panel de la pared del fondo—. Pase a mi oficina, señor.

Justo al entrar había una silla y un cántaro de agua, una escoba, un bastón de madera pulida y una barra de hierro. Hinken me guio hasta el fondo de un oscuro pasillo, donde topamos con una escalera empinada y desigual. Tres pisos más arriba, las escaleras nos dejaron por fin en un corredor escasamente iluminado por un candelabro de aceite y dos lucernas. Hinken se sacó un llavero del cinturón, abrió la habitación del fondo y encendió una vela.

—Esta es la *suite* real, aunque pocos reyes se dignarían a venir aquí. Da igual, yo he de estar preparado para desalojar en un periquete —dijo, señalando en un rincón su baúl y su bolsa de lona preparada. La habitación era espaciosa, pero el techo abuhardillado resultaba incómodo. Su desnudez me recordaba mi propia habitación. Hinken me indicó que me sentara en un sillón andrajoso.

—Tiene una habitación más espaciosa que las putas —observé.

Él llenó dos vasos de aquavit.

—La Tía Von Platen considera que las grutas de Venus han de ser lo más íntimas posible —respondió—. Y partir las habitaciones en dos y en tres... bueno, haga usted mismo el cálculo. Yo he seguido su ejemplo con las literas del *Henry* para la travesía de primavera; hay tal demanda para embarcarse que la tripulación dormirá por turnos y nadie irá por eso más incómodo.

—¿Adónde piensa ir, capitán? ¿A Jauja?

—¡En cierto sentido, sí! En cuanto sea primavera, zarpo rumbo al oeste, hacia la nueva república de América. Hay grandes oportunidades allí. Bueno, vamos a lo nuestro: hay una litera para usted, si quiere. Mi plan es dejar la Ciudad y hacer borrón y cuenta nueva, porque no habrá vuelta atrás. Lo considero un pago más que cumplido por el favor que me hizo.

—Yo nunca abandonaré la Ciudad, capitán, pero digamos que la litera es mía para negociar. ¿Cuánto puedo sacar por un pasaje al oeste?

—¿Para una persona de su categoría? Quinientos riksdalers. Si fuera un marinero de primera o una mujer hermosa, yo mismo le pagaría esos quinientos. Y deje que le dé un consejo gratis, que es la razón por la que estamos aquí, en la *suite* real, y no abajo —dijo echándose hacia delante—. No vaya a ver a las putas —susurró—. Hay una atroz enfermedad contagiosa que ya se ha llevado a dos a la tumba, y más habrán

de seguirles. La Tía no quiere que se enteren los clientes, pero nosotros somos amigos, señor Larsson, ¿no?

—Conoce usted mi nombre —dije.

—Me lo dijo un pajarito: una tal señora Sparrow me buscó, siguiendo una recomendación de usted.

Yo no recordaba haber recomendado a Hinken a nadie, ni siquiera a la señora Sparrow.

—A ella le gusta mantener una buena reserva de licores —dije—. Mejor será que la trate con honradez, o hará que los espíritus oscuros le sigan los pasos. Es una vidente, ¿sabe?

—Claro que lo sé, pero ella no vino a echarme las cartas. Ni a comprar licor de contrabando. Vino a preguntar por un pasaje al norte, a Gefle. Yo le dije que tendría que ir por tierra en esta época del año. Su señora Sparrow me hizo una oferta muy generosa, aun así. Le falta una carta o dos tal vez, ¿no? —Esperé mi comentario, pero yo me abstuve—. ¿Y qué tal le fue a usted?

—¿El qué?

—Esas cartas que la Sparrow le estaba echando y que eran un asunto tan candente el pasado verano. Era el ocho del chino, ¿no? ¡Iba usted a casarse!

Volvió a llenar los vasos.

—Era el ocho, sí. Pero la señora Sparrow lo llama el Octavo. Ahora me encuentro en mitad de ese proceso —dije—, pero no estoy casado. Todavía.

—¡Así que ese es el futuro que usted vislumbra en la Ciudad! ¿Cómo se llama, para que pueda brindar por ella? —dijo.

—No estoy autorizado a decirlo; ella no ha aceptado. —No podía creer mis propias palabras; yo no tenía ninguna necesidad de mentir a Hinken, pero aquella perspectiva de amor y conexión había adquirido, extrañamente, una vida propia—. Mi Octavo no está completo todavía.

—Por su Octavo entonces. —Hinken apuró el vaso de un trago—. Sea lo que sea.

—Por los ocho.

Me tragué el licor, con la garganta en llamas, dejé el vaso y, cuando me levantaba para irme, me di en la cabeza contra el techo inclinado. Hinken se echó a reír.

—¡Cuidado, no vaya a perder la cabeza, señor Larsson!

Le estreché la mano y bajé las escaleras. La casa empezaba a despertar y se iba llenando de ruidos. Una palangana reclamada a gritos, una discusión por una zapatilla, una canción de amor tarareada. Ahora sí había una muchacha sentada en el vestíbulo. El vestido, completamente blanco, le caía desde los hombros dibujando un pecho turgente. Pero la advertencia de Hinken había apagado mi ardor; me había impulsado más bien a huir y a pillar una borrachera que me condujera al olvido y a la negra inconsciencia.

Capítulo treinta y cuatro

SEDICIÓN

Fuentes: E. L., M. F. L., tabernera de El Pavo Real.

Me instalé en El Pavo Real, una taberna diminuta junto a la cuesta Alemana que regentaba una vieja viuda con mala vista y peor oído. Había sido mi refugio y mi escondite durante una semana, desde la Epifanía. Mi plan, esa noche, como en las siete últimas, era beber hasta perder el sentido y pasarme toda la mañana en la cama, enviando aviso a la Aduana de que me encontraba enfermo. Hasta ahora, al superior no le había parecido adecuado despedirme. Acababa de pedir mi segundo ponche cuando entreví a través de la penumbra llena de humo que el maestro Fredrik cruzaba la puerta.

—Vaya tiempo de perros, y yo tendría que estar en casa con la señora Lind. Ya habrá empezado a preocuparse —dijo con una sencillez sorprendente mientras se quitaba la capa y se sentaba a mi mesa.

Pedí otro ponche caliente.

—Maestro Fredrik, es toda una sorpresa.

—En efecto. No frecuento este barrio. —Se quitó los guantes y se apartó el pelo de la cara—. Pero usted sí últimamente.

Recordé la silueta oscura que había visto frente a la casa de los Nordén, y luego en la calle Baggens. De hecho, tenía la sensación de que me observaban desde hacía una semana, pero había desechado la idea, tomándola por un temor irracional inducido por el alcohol y los rumores políticos.

—Ha estado siguiéndome. Me viene siguiendo desde la Noche de Reyes.

Advertí por su expresión que había dado en el clavo. Él sorbió su ponche, recobrándose.

—Ha tenido usted varias sombras últimamente, y su constante ebriedad lo ha convertido en un objetivo fácil.

—No hay nada de interés que descubrir, maestro Fredrik. ¿Y a quién podría interesarle, además?

—Al contrario, hay varios motivos de interés. *Madame* ha instigado ciertas pesquisas. —Miró fijamente un nudo de la madera y luego vació el contenido de su jarra—. Alguien ha destapado su estrecha relación con el establecimiento de juego de una tal señora Sparrow, donde el pasado verano se produjo un vergonzoso episodio de latrocinio. Francamente, me asombra que no me revelara usted su familiaridad con esa pajarería. Somos hermanos de logia, para empezar, y habíamos establecido una especie de alianza, ¿no es así?

—Una omisión fruto de la timidez, no de la culpa. No parecía correcto revelar mis secretos más íntimos a alguien a quien estaba empezando a conocer. Quizás hubiera servido para predisponerle contra mí desde el principio. —Levanté la vista,

confiando en que se tragara esta empalagosa confesión—. Todos tenemos nuestras debilidades.

—En efecto. —El maestro Fredrik me miró a los ojos y desvió la vista—. Y al parecer tiene usted una debilidad por los abanicos. Ha sido usted visto varias veces en la tienda Nordén, del callejón del Cocinero.

Sacó del bolsillo un pequeño frasco de pomada y empezó a restregársela por las manos, mientras esperaba una explicación. Yo me había puesto más rojo que un cerdo rustido.

—Era por una mujer —musité.

—Ese interés por los abanicos realza todavía más su posición. —Se levantó y se puso el abrigo y la bufanda—. Vamos, señor Larsson. Caminemos un poco.

—¿Ahora? —exclamé.

Él ya estaba en la puerta, así que tomé mis prendas de abrigo y echamos a andar por la calle Nueva hacia el norte, a paso tranquilo. Era una noche serena, iluminada por las estrellas, y hacía un frío agradable. Pasó tintineando un trineo por la plaza del fondo sin que el ruido de los cascos, amortiguado por la nieve, se oyera apenas; luego volvió el silencio.

—Al parecer, yo he sido el menos importante de los espías de *Madame*; a mí me han otorgado el papel de mensajero. La señorita Bloom está ahora mismo en la Ópera y no podía ocuparse de ello —dijo el maestro Fredrik.

—¿La señorita Bloom? —Sentí un calor en las mejillas—. ¿También ella me ha estado siguiendo?

—Ella parece muy dispuesta a hurgar en su vida.

—No veo qué podría querer de mí la señorita Bloom. —Aquella protegida de mi Compañera, tan pálida y callada, tal vez era más peligrosa de lo que parecía, y se me ocurrió que acaso tuviera un lugar entre mis ocho—. ¿Qué dice esa pequeña urraca?

—Puede interrogar en persona a la encantadora y avispada señorita Bloom, pues *madame* Uzanne requiere su presencia en Gullenborg. El 16 de enero, a la una, en su segunda disertación sobre el uso del abanico. *Madame* me indicó que se sentiría muy disgustada, extraordinariamente disgustada, si no lograba convencerlo de la... necesidad acuciante que ella siente de que acuda usted sin falta.

—¿Acuciante? —dije, interrumpiéndolo—. Me parece una palabra muy fuerte. Yo ya tenía pensado asistir; ella misma me invitó.

—*Madame* cree que puede hacer un mayor uso de sus cualidades y desea contar con seguridad con su asistencia.

—¿Acaso voy a instruir a sus jóvenes damas en las artes del juego? —pregunté, desconcertado por aquel repentino interés en mis actividades—. ¿Voy a enseñarles juegos de manos?

—En efecto, juegos de manos es exactamente lo que *Madame* requiere, pero no de parte de sus jóvenes alumnas. —El maestro Fredrik me tomó del brazo y me llevó hacia el puente de los Frailes—. *Madame* busca a un hombre capaz de entrar en los

salones de la Sparrow para sustraer cierto objeto.

—¿De qué objeto se trata? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—De un abanico que *Madame* llama *Casiopea* —respondió.

—¡Pero ese abanico lo perdió hace meses! —exclamé, apartando el brazo.

—*Madame* quiere recuperar su abanico. A cualquier precio.

—No comprendo que una mujer que posee montones de...

—Centenares de abanicos —me corrigió el maestro Fredrik.

—... que una mujer que posee muchísimos más abanicos de la cuenta pueda dedicar tales esfuerzos a recuperar uno que ella misma perdió en el juego.

El maestro Fredrik enlazó las manos a la espalda, como un gran filósofo que sale a dar un paseo inspirador.

—*Madame* Uzanne es una artista, señor Larsson. Los elementos del instrumental de un artista son difíciles de justificar con ninguna lógica, pero ella necesita ese abanico para hacer su trabajo. Tener el *Casiopea* en sus manos le brinda cierta misteriosa seguridad, un flujo de energía especial. No tiene sentido para quienes no llevan a cabo esa práctica. Pero si alguien se llevara las herramientas de mi oficio, yo me sentiría violado en lo más íntimo y también buscaría el modo de recuperarlas por cualquier medio. *Madame* le ha hecho repetidamente ofertas más que generosas a la Sparrow. Le ha escrito cartas muy sentidas, reconociendo la ilógica naturaleza de su apego, con la esperanza de que esa Sparrow se conmoviera. Ha amenazado con recurrir a más altas instancias; de hecho, le ha rogado al duque Carlos y ha conferenciado con el mismísimo obispo Celsius, pero la Sparrow cuenta con alguna protección especial. En resumen, *Madame* ha sido totalmente desairada.

—Tarde o temprano, todo el mundo acaba perdiendo en el juego —dije.

—*Madame* nunca pierde. Nunca. Si no consigue usted recuperar el *Casiopea* a hurtadillas, habrá que cortarle las alas a esa pájara. *Madame* le facilitará los detalles.

—Así que se va a rebajar para vencer.

—Hará cualquier cosa para vencer. —Se metió las manos en los bolsillos y continuamos andando por la calle desierta—. ¿Puedo hablarle con franqueza? —Asentí—. *Madame* ha injertado su abanico en la rama de la política, una inclinación a la que renunció tras la muerte de su marido, Henrik... para gran alivio de muchos, debería añadir. Todo el mundo confiaba en que habría de centrarse en distracciones más apropiadas. Pero desde este verano se ha apasionado de nuevo por la política. Ahora circulan cartas entre Gullenborg y la residencia del duque Carlos, en Rosersberg, dos veces al día, y un carruaje recorre el trayecto entre ambas al menos dos noches a la semana. Hay una miniatura del duque Carlos sobre el escritorio de *Madame*.

—Eso parece una distracción apropiada.

—No se trata del mero juego amoroso que usted supone. Desde que regresé a la Ciudad en agosto, me reclaman en Gullenborg casi a diario. Y la compañía allí está integrada exclusivamente por patriotas fanáticos. Las conversaciones resultan...

alarmantes por el vitriolo que arrojan sobre el rey Gustavo. Ella compone panfletos sediciosos y costea su distribución. Está obsesionada con la propagación de la Revolución de Francia y se hace llevar diariamente las últimas noticias. Ha contratado espías para que asistan al Parlamento de Gefle disfrazados de miembros del clero con voto. Mantiene correspondencia con el embajador ruso, suplicándole a la emperatriz Catalina una intervención armada.

Me detuve en la espesa sombra que había entre las farolas de la oficina de correos y me cercioré de que estábamos solos.

—Eso es traición. ¿Cómo sabe usted estas cosas?

—Yo soy su amanuense —susurró—. Escribo sus cartas.

—¿Y por qué me lo explica a mí?

—Somos amigos, señor Larsson. Y no estoy familiarizado con estos juegos de altos vuelos.

Caminamos en silencio.

—En las cartas —dije— cada jugador cree que hay algo que podría ganar. Si no corazones, ¿qué es lo que quiere *Madame*? ¿Diamantes?

—Bastos, creo yo, de la naturaleza más violenta —respondió—. *Madame* está desarrollando un juego pérfido y colocando las cartas en su sitio. Ay de aquel que no se someta.

—¿Quién recibirá el primer golpe?

—Yo. —Se inclinó hacia mí, pálido y sudoroso—. Cuando insinué que usted quizá no estaría dispuesto a realizar los servicios de un vulgar ladrón, *Madame* me amenazó. Me amenazó a mí, el maestro Fredrik Lind, que la he servido en cuerpo y alma durante tantos años, ¡que me he convertido prácticamente en su esencia en tinta! Ha amenazado con deshacerse de mí si no consigo reclutarlo a usted por la fuerza. La noticia de que ya no gozo de su favor se propagaría enseguida y perjudicaría seriamente a mi negocio. —Los ojos del maestro Fredrik brillaban con aire suplicante—. Tengo esposa y dos hijos.

Advertí el miedo y la humillación que sentía, y confieso que casi me apiadó vislumbrar el talón de Aquiles en su armadura normalmente tan sólida. Pero ¿éramos amigos? Hasta ahora solo había habido entre nosotros una incómoda lealtad basada en el provecho personal. Pero si yo quería llevar a buen puerto el acontecimiento que me había sido vaticinado, necesitaba todas y cada una de las cartas de mi Octavo.

—¿Así que el triunfo en esta partida es un abanico? Parece una fruslería en el juego de altos vuelos que me describe.

—*Madame* ve el *Casiopea* como un prisionero aristocrático de la chusma, como un símbolo de la nobleza misma amenazada de muerte. Considera que su restitución es imprescindible para asegurar el futuro bienestar de la nación.

—Entonces, la Uzanne ve su abanico como algo... ¿mágico?

—No, no, señor Larsson. Lo ve como si fuera ella misma —respondió, subiéndose las solapas hasta las orejas.

Y yo lo tenía en mis habitaciones.

Sentí la oleada de energía que precede a las apuestas muy arriesgadas. Si el fin se aproximaba, bien podía participar. Le puse una mano en el hombro.

—No sé resistirme a una buena partida. Dígale a *Madame* que estoy a su servicio.

El maestro Fredrik me cogió la otra mano entre las suyas.

—Fantástico, fantástico. ¡Esto sí que es fraternidad de la buena!

Soltó un gran suspiro y, desencajado de alivio, se desplomó en un banco de piedra desde el que se divisaba el canal de la isla del Caballero, una franja de hielo negro rayada por las cuchillas de los trineos.

Me senté a su lado. Sentí en la parte posterior de los muslos un frío gélido, mientras que la garganta me ardía como la mecha de un surtidor de fuegos de artificio.

—No puedo prometer que vaya a someterme a ella, maestro Fredrik, pero soy un jugador y sí puedo prometer que emplearé todo mi arte.

Capítulo treinta y cinco

PACIENTE

Fuentes: E.L., Sra. Murbeck, M. Murbeck, Sr. Pilo, varios boticarios y médicos de la Ciudad

— **E**sto es una peste asténica según la enciclopedia del doctor Brown — proclamó Pilo, guiñando los ojos bajo la luz de la lámpara de aceite que sostenía en lo alto. Noté la fría y pulida superficie de su lupa sobre mi mejilla ardiente—. Una temible infección pustulosa que podría ascender hasta al canal auditivo, asentarse allí y reventar finalmente en el cerebro.

La señora Murbeck ahogó un grito bajo su pañuelo y retrocedió unos pasos, desviando la mirada, como si la visión misma de mi cuerpo pudiera resultar contagiosa. El señor Pilo (me resulta imposible llamarlo doctor) poseía una larga nariz bulbosa que parecía un reptil rojo surcado de venas, y la retorció ante mis ojos mientras se me acercaba aún más y me ajustaba la lupa en el interior de la boca. Percibí un olor a alcohol bajo su aliento de menta, pues chupaba continuamente unas pastillas inglesas que iba sacando de un bote de hojalata.

—Hemos de actuar de inmediato —me dijo— y recurrir a mi elixir tonsilar especial.

—Sí —grazné, pues mi voz casi había desaparecido—. Me esperan en Gullenborg en tres días y debo recuperarme.

Estaba sudoroso, febril y decaído, y lo único que deseaba era un bálsamo calmante que me aliviara el ardor de la garganta y me bajara la fiebre. Yo casi nunca había necesitado atención médica, pero mi aspecto, mi voz y mi desvanecimiento en la puerta misma de la casa habían alarmado a la señora Murbeck. Entre ella y su hijo, Mikael, me habían subido a mis habitaciones. Yo les supliqué que me dejaran, que lamentarían su amabilidad conmigo, pero la señora Murbeck me reprendió con severidad y envió a su hijo a buscar al médico de la familia.

—Nada de fiestas, señor. Desde luego, no en tres días. Acaso nunca más —dijo Pilo jovialmente, y a continuación pidió pluma y papel y escribió una receta que había que llevar de inmediato a El León. La señora Murbeck arrugó la nariz al oír el nombre de ese establecimiento, pero ella no se atrevía a contradecir a aquel hombre de ciencia, que casualmente era además su cuñado. Pese a lo tardío de la hora, y a que era domingo, la puerta de El León se abriría en cuanto resonara el tintineo de una moneda en la vidriera de cristal.

—Esto es un elixir milagroso —dijo Pilo, firmando la receta con una rúbrica—. Dormirá muchas horas, pero despertará curado y como nuevo; mientras la hierba mora calma el dolor y limpia los humores, la supuración de la garganta quedará desterrada. Tiene el beneficio añadido de reducir cualquier tumor del bazo. —Le tendió la receta a la señora Murbeck y le dijo que no había tiempo que perder—.

Entre tanto —añadió, volviéndose hacia mí—, debe hacer gárgaras cada hora con el agua salada más caliente que pueda tolerar. Vaya tomando té con miel y un chorro de coñac; todo el que pueda ingerir. No debe levantarse de la cama bajo ningún pretexto, salvo para vaciar la vejiga y los intestinos; y cambie las sábanas cuando estén empapadas. Pero es esta fórmula de mi invención lo que se encargará realmente de curarlo.

Me hizo un guiño y me entregó su exorbitante minuta por los servicios prestados. Si no me hubiera encontrado tan mal, habría protestado violentamente.

Pilo recogió su cartera y salió con la señora Murbeck. Oí sus voces en la habitación de delante mientras él le contaba la espantosa historia de un enfermo reciente aquejado de una dolencia similar y al cual había arrancado del abrazo de la muerte con sus tiernos cuidados. El sueño me venció enseguida: un sopor agitado en el que las sábanas parecían retorcerse como cadenas y del que despertaba aterrorizado en la oscuridad, con la garganta en llamas y todo el cuerpo dolorido. Agradecí al cielo que la señora Murbeck me hubiera dejado en la mesilla un cabo de vela ardiendo en un vaso azul; era a la vez una lámpara votiva y un faro consolador, para que no despertase y creyera que estaba muerto y que me habían confinado en un infierno solitario decorado como mi alcoba.

Más tarde, oí que la puerta se entreabría chirriando y entreví la oscura silueta de la señora Murbeck, que iba mascullando entre dientes por el precio de la medicina y por la falsa cortesía del boticario de El León. Traía una bandeja con un vaso y un gran frasco marrón, y me sirvió una medida de espeso jarabe. Yo no acertaba a sujetar el vaso a causa de la tiritona y me lo sostuvo ella.

—Bébaselo y duerma, señor Larsson. No puede usted saber qué planes tiene Nuestro Señor para usted más allá del día de hoy, y parece que su plan ahora mismo es que se entregue al reposo y la oración. Si ha de ser su reposo eterno, lo sabremos en un día o dos.

Me alzó con un brazo para que no se derramara ni una gota de la preciosa medicina. El olor del jamón que había freído para la cena todavía impregnaba su vestido y se combinaba agradablemente con el aroma a *brandy* y anís del elixir. Sus dulces cuidados me reconfortaron, pese a todo el dolor, y me pusieron al borde de las lágrimas.

—Señora Murbeck, yo creía durante todos estos años que estaba usted contra mí. Me ha engañado. Es una Embaucadora benevolente. ¿Conoce a mi Compañera, la Uzanne?

—Vamos, vamos, no diga tonterías y bébase la medicina. Ahí está, buen chico.

Era un líquido repulsivamente empalagoso, y me dolía al tragar, pero hice lo que pude. La señora Murbeck me dejó un paño húmedo en la frente y, cuando ya salía de la habitación, se puso a mascullar otra vez.

—Pobre hombre, tan solo, tan tremendamente solo —decía una y otra vez. Hasta que ya no oí más que el zumbido de la fiebre en mis oídos, y luego nada.

Capítulo treinta y seis

DOMINACIÓN

Fuentes: M. F. L., J. Bloom, M. Nordén, L. Nordén, Sra. P., Louisa G., varios caballeros y oficiales, criados de Gullenborg, jóvenes damas anónimas de la Ciudad

— **F**o lo entiendo... —dijo la Uzanne, dejando una larga pausa. El maestro Fredrik miró sus engrasados zapatos de cuero negro, que relucían alegremente en ese momento de ignominia—... señor Lind.

Esta humilde designación resonó como el martillazo definitivo del juez al sentenciar a un condenado. El maestro Fredrik optó por la mitad de la verdad.

—*Madame*, le aseguro que hablé con el señor Larsson hace solo tres días. Él se mostró entusiasmado ante la oportunidad de servirla, *Madame*: extasiado. Declaró que era el más alto honor de su miserable...

—Yo pensaba hacer participar al señor Larsson en la demostración de hoy con la señorita Plomgren —lo interrumpió ella.

El maestro Fredrik sugirió la otra mitad de la verdad.

—Quizás haya caído enfermo.

—Dejé bien claro que su presencia aquí era responsabilidad de usted. Ha arruinado mis planes. —Deslizó su abanico entre los dedos de la mano derecha mientras se movía alrededor del maestro Fredrik como si este fuera un montón de excrementos en su camino. Luego se detuvo en seco—. Además, han llegado a mi conocimiento ciertas predilecciones personales suyas. Me temo que esas repugnantes revelaciones me impedirán recomendarlo al duque Carlos para un ascenso de posición.

—¿Qué predilecciones? ¿De quién ha recibido una información tan calumniosa y vil?

—De nuestra señorita Bloom —replicó ella.

—La señorita Bloom no me conoce, *Madame* —dijo el maestro con voz temblorosa.

—Pero usted declaró que la conocía; usted me la presentó a mí. Yo confié en ese conocimiento también, señor Lind.

Dicho esto, sin dirigirle siquiera la mirada, la Uzanne fue a recibir a sus invitados.

El maestro Fredrik buscó con la mirada a Johanna por todo el salón. Los puños se le crisparon pensando en su esbelto cuello blanco, pero no logró localizarla entre la multitud de voluptuosas mujeres. Tiernas flores en diciembre, las jóvenes damas habían madurado ya y constituían un fruto tentador. Sus abanicos eran ahora una extensión de sus manos y sus brazos, los cuales habían adquirido la elegancia que correspondía a su aristocrático adiestramiento. Ahora enviaban sus mensajes con rapidez y seguridad. Las telas de sus vestidos, oscuros brocados y terciopelos de compleja textura, de corte ceñido y bajo, pedían una caricia a gritos. Sus perfumes

eran almizcleños y misteriosos; sus labios y sus mejillas exhibían rubores de expectación y de *rouge*. Los caballeros que merodeaban al acecho tenían la energía contenida de fieras enjauladas. Los actores del teatro Bollhus, considerados «demasiado franceses», no se encontraban presentes esta vez y sus asientos habían sido ocupados por los amigos de tez morena del cónsul ruso. Los oficiales suecos invitados habían empezado a beber *schnapps*. El maestro Fredrik se apresuró a buscar un sitio entre los caballeros y tomó asiento justo cuando la Uzanne, con un golpe seco de su abanico, acalló a todos los presentes y los obligó a ocupar sus lugares precipitadamente.

El bajo cielo invernal que se veía por las ventanas era bastante más oscuro que las paredes de tono gris perla del salón. La araña no estaba encendida. Los criados corrieron de aquí para allá, bajando la mecha de los candelabros de aceite y echando las cortinas; la estancia cobró un ambiente nocturno. Todos los ojos se centraron en la Uzanne: una esbelta figura de terciopelo verde oscuro, con una vela en la mano y un pañuelo crema sobre el canesú que reflejaba el brillo de la llama. A la luz vacilante, en el ambiente frío del salón, bien podría haber sido un ángel aparecido junto al lecho de un moribundo.

—En nuestra primera conferencia formal, aprendimos de un genuino artesano algunas nociones de la geometría oculta tras un abanico. —Hizo una inclinación hacia Christian, que se había ruborizado—. Empezamos a conocer su lenguaje amoroso gracias a una invitada sorpresa dotada de un talento natural, que se ha convertido desde entonces en una de las instructoras favoritas de todas ustedes. —Puso el abanico sobre su corazón y miró a Anna Maria, que estaba cerca, lista para intervenir—. Y yo concluí la conferencia con una demostración práctica de la Seducción: el poder de atracción del abanico. Desde ese día han sido unas alumnas diligentes, y veo que su aprendizaje se encuentra muy avanzado. Pero no podemos detenernos en la Seducción. Debemos pasar a la Dominación.

Hubo exclamaciones y risitas, y un oficial que ganduleaba al fondo del salón gritó: «¿No es ese el proceso natural, *Madame*? ¿De la seducción a la dominación conyugal?». El comentario provocó un coro de abucheos y de risas.

La Uzanne le dirigió al oficial una sonrisa indulgente, pero no respondió.

—No se trata solo de cautivar, hay que ir más allá. La meta de todas ustedes es tomar a un cautivo y hacer lo que deseen con él. Hoy les mostraré una forma de Dominación que podría servir para capturar a un rey.

El salón entero se quedó en silencio. La Uzanne hizo un gesto casi imperceptible con el mentón. Johanna, que había permanecido tan inmóvil como una figura pintada, cobró vida nerviosamente. Se levantó y caminó deprisa hasta un aparador situado bajo un gran espejo, captando su propio reflejo. Su cara pálida, sobre el vestido verde mar, se veía afeada por un ceño y una frente fruncida. Hizo un esfuerzo para desprenderse de la tensión. El cajón chirrió en medio del silencio cuando tiró de él y lo abrió. Estaba vacío, salvo por un objeto: un abanico corto, con una doble tela de

piel extraída de los becerros gemelos que ella había visto sacrificar en el establo el verano anterior. La piel estaba teñida de un tono gris paloma, y ribeteada de bandas de plata. Las varillas, de madera lacada, eran negras y sencillas, y el mango tenía solo dos dedos de ancho. El pliegue central del reverso había sido rematado con un bolsillo provisto de una finísima malla en ambos extremos: el inferior cerrado con una solapa y abrochado con una cuenta de marfil ensartada. Dentro de ese bolsillo había una pluma de cisne recortada y desprovista de barbas que había proporcionado el maestro Fredrik. Era una pluma de maestro calígrafo y su cañón hueco constituía un receptáculo ideal para la tinta. Ahora en cambio enviaría un mensaje de polvos perfumados.

Christian había fabricado muchos modelos con «refinamientos» en París y aseguraba que el funcionamiento del abanico era impecable. La pluma de cisne mantenía su contenido intacto hasta que el ángulo de la tela y la fuerza del aire soplado eran los adecuados. Entonces el finísimo polvo escapaba de su receptáculo al tiempo que los pliegues del abanico difundían un aroma de jazmín. A Johanna le habían temblado las manos al llenar la pluma aquella mañana. La Uzanne quería que la demostración saliera perfecta: el polvo soporífero debía provocar una reacción instantánea de relajación y reposo absolutos. Las partículas de falso galipierno constituían un ingrediente peligroso. Por primera vez Johanna tenía miedo de verdad.

Ella había probado los nuevos polvos cuatro veces. La primera con *Sylten*, el gato de la Vieja Cocinera, a la cual fue imposible consolar cuando el cuerpo rígido del animalito apareció bajo el estante inferior de la despensa. La mujer incluso le hizo a Johanna el signo contra el mal de ojo. Ella ajustó de nuevo los ingredientes. La segunda y tercera prueba las llevó a cabo consigo misma. En una ocasión vomitó y se quedó desmayada tres horas. En la otra, durmió doce horas seguidas, entre sudores y pesadillas. El cuarto ensayo lo hizo con un voluntario: el Joven Per, el chico del establo, que se había mudado a la casa señorial y estaba deseoso de ayudar a Johanna. Ella le había empezado a enseñar las primeras letras y él se había interesado por sus medicinas. Johanna se libró así con alivio de otra terrible experiencia, y su alivio fue aún mayor cuando el Joven Per, tras dormir siete horas como un bebé, despertó hambriento y descansado. Pero Johanna no sabía quién sería hoy el sujeto de la experiencia y no había podido calibrar la dosis.

Contuvo el aliento mientras cruzaba el salón; los tacones de sus zapatos nuevos resonaron en medio de un silencio imponente. Le entregó el abanico a la Uzanne y, sin poder contenerse, se frotó las manos contra la tela oscura de su vestido. Ya estaba esperando una mirada furiosa de reprimenda, pero no hubo nada parecido. La Uzanne observaba a los miembros de la audiencia, que se echaban hacia delante en sus asientos.

—El duque Carlos me dijo una vez que las mujeres van armadas con abanicos y los hombres con espadas. ¿Lo recuerda, general Pechlin? —El hombre la miraba con una expresión vacía—. Tal vez la memoria le falle. Pero el duque está aprendiendo

hasta qué punto es cierto, y a mí me gustaría mostrar un nuevo método que he ideado.

»Esto va a ser una prueba para muchos de nosotros. Veamos, primero, si mi fabricante de abanicos me ha armado bien. —Abrió y cerró el abanico una buena docena de veces—. Peso ideal, acabado exquisito, movimientos perfectos —le dijo a Christian, cuyo alivio se hizo patente en la curva de sus hombros—. ¿Está afilado, señorita Bloom? —Johanna, con los ojos bajos, asintió—. Entonces, a las armas, señorita Plomgren. Vamos a poner a prueba también su destreza. A usted le pertenecerá la victoria... o la infamia.

La Uzanne le entregó a Anna Maria el abanico gris y esperó hasta que el salón volvió a enmudecer.

—La Seducción es la danza de la atracción —dijo—. De ahí pasamos a la Dominación. —Una de las jóvenes dejó escapar una risita, pero fue silenciada por las severas miradas de sus compañeras—. Por desgracia, el *sekretaire* Larsson no se halla hoy aquí —dijo, recorriendo con la vista la estancia en penumbra, como si este fuera a aparecer por la pura fuerza de su voluntad—. Pero Nordén el joven... Usted parece más que dispuesto a colocarse bajo el poder de la señorita Plomgren. ¿Está preparado? —Lars se puso de pie con entusiasmo—. Quizá deba quedarse un rato después de la lección. Tal vez incluso tenga que pasar la noche aquí. —Este comentario levantó una oleada de murmullos y risas ahogadas—. Necesitamos un lugar confortable para que tome asiento el señor Nordén.

Pechlin se levantó, guio a un grupo de oficiales a un cuarto adyacente y varios de ellos cargaron un sillón tapizado y lo trasladaron al salón. Pechlin permaneció de pie en el pasillo.

La Uzanne le indicó a Lars que se sentara. Anna Maria se adelantó, abriendo el abanico con una lentitud casi dolorosa.

—Imagine que ha logrado atraer a una persona que suscita su más profunda pasión, ya sea la del amor o la del odio. —La Uzanne evocó en su mente la cara fofa de Gustavo—. Una vez seducida la persona, debe usted tomar el control. Puede avivar el fuego con el abanico o enviar una fresca brisa que lo extinga. Hoy observaremos esto último. —Hizo una seña y Anna Maria se acercó a Lars todavía más—. Es más fácil cuando se trata de alguien dispuesto a subyugarse.

Gustavo buscaba con desesperación las atenciones de su amada aristocracia, en especial de las damas de la corte, a las que él adoraba y que lo habían rehuído reiteradamente.

—Acérquese todo lo posible al hombre deseado.

La Uzanne viajaría a donde se hallaba el Parlamento: su sola presencia causaría sensación, como una rama de olivo ofrecida a su rey.

—Imprímale al abanico una inclinación hacia abajo, mostrando el reverso. Luego bájelo y súbalo lentamente, sin dejar de mirarlo a él a los ojos, infundiéndole confianza.

Se acercaría a Gustavo del brazo del duque Carlos; Gustavo creía que su hermano

era incapaz de cometer traición.

—Cuando haya captado su atención, envíele, con un soplo dirigido a lo largo de la varilla central, un beso dulce y gentil para sellar la promesa del fuego que habrá de desatarse.

La Uzanne se imaginó la escena: soltaría el polvo y miraría cómo caía Gustavo. Luego gritaría alarmada y los hombres del duque Carlos introducirían al rey dormido en un gran carruaje. Gustavo ni siquiera notaría cómo alzaban la corona de su cabeza.

—Sosténgale la mirada hasta que él desaparezca y la Dominación sea completa.

El carruaje llevaría a Gustavo a un barco con destino a Rusia. La emperatriz Catalina, su prima y su jurada enemiga, lo retendría allí. El duque Carlos sería nombrado regente. La Uzanne sería la primera amante y la salvadora de la nación.

—Ahora —dijo.

Anna Maria apuntó con el abanico a Lars, que permanecía rígidamente sentado y muy atento. Lo inclinó primero hacia abajo y luego hacia arriba, hacia el rostro risueño del joven, y entonces sus labios teñidos de rojo soplaron suavemente a lo largo del pliegue central. Johanna contuvo el aliento y sintió que se le encogía el estómago de miedo; veía cómo salía el polvo del bolsillo de malla, formando una nube ligera justo a la altura de la nariz de la víctima. Lars lo inhaló y se encogió de hombros para indicar que no sentía nada. Y súbitamente su mirada empezó a ablandarse y todo su cuerpo se aflojó.

—Soy tu prisionero —le dijo a Anna Maria; luego suspiró y cayó hacia atrás; una de sus manos fue a posarse en el centro de su regazo.

Las jóvenes damas tuvieron que apretar los labios para contener la risa; los oficiales se burlaron en voz alta. Los demás invitados murmuraron nerviosamente ante aquella pantomima; seguro que estaba ensayada. Pero las sonrisas y las muecas desaparecieron enseguida cuando vieron que Lars no se movía. Su cabeza quedó ladeada, con los ojos desorbitados, y entre sus párpados entornados se veía una ranura blanca. Los murmullos y los gritos se elevaron en torno a él. Johanna se apoyó contra la pared, presa de una fuerte sensación de náusea. Incluso la Uzanne se irguió ligeramente y retrocedió al ver la mirada ciega de Lars. Anna Maria cerró el abanico e, inclinándose sobre él, puso el oído en su pecho.

—Duerme —dijo, con los ojos relucientes—. Disfruta del más dulce de los sueños —añadió, señalando su regazo con un gesto.

La Uzanne se golpeó la palma con la punta del abanico.

—Magistralmente ejecutado, señorita Plomgren. Me maravilla su aplomo.

Anna Maria hizo una reverencia.

—Gracias, *Madame*.

—Vamos a ofrecer a nuestros invitados una visión más cercana de la Dominación.

La Uzanne extendió la mano para que le diera el abanico gris y las dos empezaron a recorrer la estancia, enfriando los ardores (si no de la pasión, al menos del escepticismo y el temor) mesa por mesa, y comenzando con los caballeros. Una ligera

fragancia de jazmín flotaba en el aire. Las jóvenes damas se relajaron en sus sillas, las zapatillas se les escurrieron de los pies con un golpe amortiguado. Los abanicos yacían desplegados sobre las mesas, las manos acariciando apenas las guardas. Incluso los caballeros instalados en los bancos del perímetro recibieron los efectos sedantes de aquella maniobra envolvente y quedaron apoyados contra la pared con los ojos entornados. La Uzanne, Anna Maria y Johanna se reunieron cerca de la puerta que daba al vestíbulo, donde la brisa fresca entraba por una ventana abierta. El salón se había quedado en completo silencio, dejando aparte el rítmico murmullo de la respiración de los invitados, ahora reclinados unos contra otros como marionetas, algunos caídos sobre las mesas y usando los brazos cruzados como almohada.

—Señorita Bloom, un compuesto excelente —aseguró la Uzanne.

—Así que ella está detrás del arte de la Dominación —concluyó Anna Maria, estudiando a Johanna.

—Pero, *Madame*, es imposible hacer dormir a un salón entero con un solo abanico —susurró Johanna.

—¿Cómo lo ha logrado, *Madame*? —preguntó Anna Maria con avidez—. Me encantaría aprender.

—Debería usted saberlo por el teatro, señorita Plomgren. El verdadero arte consiste en hacer que la gente crea. El resto es arte escénico —dijo la Uzanne, con un rubor de excitación bajo el polvo de sus mejillas. Se volvió hacia Johanna—. El señor Nordén se despertará mañana, ¿no es cierto, señorita Bloom? —Johanna asintió con la mirada fija en el suelo—. Así lo espero. Ahora baje a la cocina y dígame a la Cocinera que prepare café muy cargado para servir con los pasteles. No quiero a toda esta gente aquí al anochecer, reclamando una cena tardía.

La Uzanne tomó a Anna Maria del brazo y se alejó.

Solo dos invitados no habían sucumbido a la Dominación. Pechlin había acudido a observar a su rival en el favor del duque Carlos y había comprobado que ella era, en efecto, una digna adversaria. Pero no se quedó para agradecerle la velada a su anfitriona. Cuando la Uzanne se dirigió al vestíbulo con Anna Maria del brazo, él giró sobre sus talones, tomó su bastón y su abrigo de manos de Louisa y salió por la puerta principal.

La otra persona que había permanecido despierta se removía en el salón. Había cerrado los ojos y contenido el aliento cuando la Uzanne pasó con el abanico. Aunque más bien había sido la ira su verdadera defensa. Aguardó hasta que el reloj de la repisa de la chimenea dio tres suaves campanadas. Margot se levantó entonces y siguió a Johanna por el pasillo de servicio hacia la cocina.

Capítulo treinta y siete

CONVERSACIONES ACALORADAS

Fuentes: M. Nordén, J. Bloom, Lil Kvast (doncella de cocina), M. F. L., Louisa G.

Margot cogió de la manga a Johanna al pie de la escalera.

—Unas palabras, señorita Bloom.

Johanna apartó el brazo, apresurándose hacia la cocina.

—He de hacer mi trabajo.

—Es de su trabajo de lo que quiero hablar —dijo Margot, sujetándola de la muñeca. El rostro de la Vieja Cocinera se contrajo en una sonrisa al advertir la turbación de Johanna.

—Cocinera —espetó Johanna con dureza—, quizá debería mostrarle la salida a esta dama. Ha llegado a la cocina por error.

—Yo no acepto órdenes de usted —respondió la anciana, y se volvió hacia la doncella para indicarle que hacían falta más rollos de mazapán.

—Qué lástima que los invitados estén dormidos por un hechizo y no puedan probar sus deliciosos pasteles —dijo Margot.

—¡Hechizos para dormir! —La Vieja Cocinera se irguió alarmada—. Solo una persona en esta casa es capaz de lanzarlos, y ahora mi *Sylten* duerme para siempre. —Alzó una mano hacia Johanna con el pulgar entre el índice y el dedo medio, formando el signo contra el mal de ojo. Johanna palideció—. Vi el polvo en sus bigotes, y fue usted quien lo hizo —dijo la Cocinera.

—¿Qué hay de mi cuñado? ¿Despertará? —preguntó Margot, negándose a soltar a su cautiva. Johanna asintió—. ¿Cuándo?

—Esta noche. A más tardar, por la mañana.

—O quizá nunca —dijo la Vieja Cocinera—. Si no fuera por el cariño que le tiene mi señora...

—Deje que me encargue yo de ella, *madame*. —Margot arrastró a Johanna para que no las oyeran y la empujó contra la basta puerta de madera de la bodega—. ¿Qué diablura andan tramando? Sí, usted. Usted y su señora.

Johanna tragó saliva y desvió la mirada.

—No lo sé. De veras no lo sé. Es por deseo de *Madame* por lo que preparo esos polvos para dormir. Lo del gato fue una equivocación —susurró.

Margot estudió su rostro; la joven estaba turbada y asustada.

—Pues que sea su última equivocación, señorita Bloom —dijo, hablando despacio, con su sueco elemental—. Mi marido es fabricante de abanicos, un artista. Necesita... una *bienfaitrice*, ay, cuál es la palabra... una persona que hable bien de él, que lo apoye. Pero si sucede algo maléfico con los abanicos de *Madame*, tiene que decírmelo ahora. El nombre Nordén no debe tomar parte en ello. ¿Lo ha entendido?

Johanna bajó la mirada y volvió a asentir, apartando el brazo.

—No sé nada de sus planes —susurró en francés.

—Pues será mejor que lo averigüe —dijo Margot, tomándola de la barbilla—. Si mi cuñado sufre algún daño, usted acabará en la cárcel. Pero si arruina la reputación de Nordén, el castigo será mucho peor. —Margot la soltó y se acercó de nuevo a la Vieja Cocinera—. *Madame*, su señora solicita que suban un café bien cargado al salón para despertar a la concurrencia. Hemos de contrarrestar la obra del demonio mientras podamos. —Margot subió los primeros peldaños, pero se volvió una vez más hacia Johanna—. *Réveillez-vous, mademoiselle*. Despierte.

El aroma del café y el tintineo de la porcelana en los carritos fueron despertando a los invitados; salvo a Lars, que roncaba pacíficamente en su sillón. Los criados recorrieron una a una las cortinas de las ventanas, tras las cuales se vislumbraban las oscuras siluetas de los árboles sobre la luz lívida del crepúsculo invernal. La concurrencia disfrutó de un suntuoso refrigerio, pero las conversaciones se mantenían en un apagado murmullo, puntuado de largas pausas y de ojeadas inquietas dirigidas a Lars. Las madres temían por el estado del joven; las alumnas se preguntaban si llegarían a poseer algún día tal destreza; los caballeros se aseguraban enfáticamente unos a otros que ellos jamás sucumbirían de semejante modo. Pero el café bien cargado y los pasteles los reanimaron enseguida a todos y, al cabo de una hora, las risas y el rumor de los abanicos desbarataron toda solemnidad. El maestro Fredrik observaba en silencio y aguardó hasta que Johanna tomó una taza de café y removió el azúcar con manos trémulas.

—¡Señorita Bloom! —gritó el maestro, acercándose presuroso hacia a ella; sus zapatos repicaron sobre el *parquet* como una pareja de escarabajos—. Permítame un minuto, señorita Bloom. —La guio hacia un par de sillas situadas junto a la pared. Tomaron asiento, pero él no le soltó el brazo—. Quiero decir, señorita Grey —añadió. Ella lo miró, sobresaltada—. Ya veo que recuerda su verdadero nombre. —El maestro le tomó la mano y la estrechó con fuerza—. Se ha difundido una vil calumnia sobre mí, señorita Grey. Tan vil, en efecto, que podría poner en peligro mi ascenso de posición. —Se inclinó y le susurró al oído—. ¡*Madame* afirma que la informadora fue usted!

Johanna se puso rígida.

—Le he visto muchas veces en la plaza del Hierro comprando vestidos de segunda mano que obviamente pensaba ponerse usted mismo. Su interés y su placer eran obvios. Las historias solo pretendían divertir.

El maestro Fredrik palideció; las venas de sus sienes empezaban a abultar de ira.

—¿A usted qué le importa lo que yo compro? ¡Tengo esposa, estúpida chismosa! —Pellizcó el dorso de la mano de Johanna—. No olvide sus deudas, señorita Grey. ¿Acaso no recuerda al caballero que la rescató, primero de El Rabo de Cerdo y luego del viaje de vuelta a casa que usted quería evitar por todos los medios? Yo la rescaté, señorita Grey. ¡Yo!

—Soy consciente de lo que le debo, maestro Fredrik —dijo Johanna con una

mueca de dolor, mientras sentía que el manto de seguridad que la envolvía se desmoronaba a cada palabra.

—No crea que yo he descuidado el deber de investigar por mi parte, señorita Grey —siseó—. Hay un tal señor Stenhammar que todavía anda buscando a su prometida. Según parece, tiene la intención de castigarla como es debido, una vez que la haya arrastrado a su lecho pestilente.

—Es usted un auténtico caballero, señor Lind, por rescatar a la señorita... ¿la señorita Grey?, de una unión atroz.

La Uzanne, del brazo de Anna Maria, se había plantado ante ellos. Las dos mujeres rebosaban a todas luces de placer por haber pescado aquella preciosa perla de información.

—Pero ahora parece que tiene usted una controversia con ella.

—En efecto. —El maestro Fredrik se puso de pie, apretando con más fuerza la mano de Johanna y arrastrándola tras él—. Esta tal Grey ha mancillado mi nombre.

La Uzanne se inclinó junto a su oído con una sonrisa en los labios, como si fuera a ofrecerle el más jugoso chismorro.

—Todo el mundo ha pecado, señor Lind. Unos de modo más terrible que otros. Estoy segura de que la señorita Bloom merece ser absuelta. No lo estoy tanto en su caso. —La Uzanne arrancó a Johanna de la tenaza del maestro Fredrik—. Debo recordarle que la señorita Bloom está a mi servicio. No vuelva a ponerle la mano encima.

Enlazó del brazo a Johanna y se alejó hacia el otro extremo del salón. Anna Maria las siguió. El maestro Fredrik se quedó allí de pie; alzó sus manos temblorosas. Olían a la pomada de cera de abeja que usaba para mantenerlas suaves. Así permaneció unos minutos, consciente de que *Madame* lo tenía al borde del abismo.

La Uzanne sentó a Johanna en un banco, cerca de la cabecera del salón, y abrió el abanico con un golpe seco para reclamar la atención. La charla se interrumpió, todo el mundo depositó las tazas y los tenedores en las mesas, y un chasquido audible de abanicos respondió a la llamada.

—Nuestro debut puede parecer un sueño lejano, pero les aseguro que es un sueño que veremos realizado, y que será una noche que nunca olvidarán. El Parlamento de Gustavo en Gefle tal vez resulte... demasiado extenuante para que podamos contar con su asistencia, pero sepan que el duque Carlos ha prometido presidir la recepción.

Una oleada de comentarios excitados se transmitió de un abanico a otro. Lars se removió en su sillón y soltó un gemido, aunque era de placer. Hubo algunos aplausos y gritos de hurra para el valeroso voluntario.

—¿Tan pronto despierto, señor Nordén? —preguntó la Uzanne con una nota de alarma en la voz. Él asintió y volvió a desplomarse en el sillón, de nuevo dormido al parecer. La Uzanne le lanzó a Johanna una mirada de reproche.

—Pero, *Madame* —preguntó una nerviosa alumna—, ¿cómo vamos a ejercer con maestría la Dominación para entonces?

La Uzanne miró a sus alumnas.

—Jóvenes, han de practicar con diligencia en las semanas venideras. Y deben llevar un abanico digno de su adiestramiento. Ni papel impreso ni recuerdos baratos de Pompeya; es más, los abanicos italianos son por lo general demasiado vulgares. Los españoles se fabrican en Francia, así que pueden servir. Los franceses son los mejores, y los Nordén son lo mejor de Francia que la Ciudad puede ofrecer. El abanico gris paloma con el que hoy han visto conquistar al señor Nordén constituye un ejemplo perfecto. Yo diría que los Nordén están en condiciones de proporcionar un abanico de tales características a cada alumna.

Christian se sonrojó e hizo una reverencia. Margot, que se hallaba sentada a su lado, frunció el ceño, desconcertada. Las jóvenes celebraron con grititos su alegre y personal interpretación de aquella inesperada generosidad.

Aunque atontado, Lars estaba ya lo bastante despierto como para captar una oportunidad comercial.

—¿Y qué abanico podemos proporcionarle a usted, *Madame*?

—Para mí solo existe un abanico, señor Nordén, y usted no lo tiene: *Casiopea*.

—¿Y quién es *Casiopea*? —preguntó Lars mientras volvía a elevarse alrededor un alegre bullicio. La Uzanne describió con todo detalle su abanico, habló de su desaparición, del pesar y la cólera que le causaba su falta. Lars se rascó el cogote, con expresión reconcentrada, y se volvió aún medio dormido hacia Christian—. Pero, hermano, ¿no había un abanico semejante en nuestra tienda el pasado verano? Seguro que lo recuerdas.

Christian miró a Margot, que frunció los labios y meneó ligeramente la cabeza. Él carraspeó.

—Debes de estar soñando, querido hermano.

La Uzanne tuvo que emplear todo el dominio de sí misma para no perder la calma y acercarse a Lars con elegancia.

—¿Usted piensa que mi abanico estuvo en su tienda? —Él se encogió de hombros y asintió, adormilado—. Pero ¿quién lo dejó allí? ¿Y quién se lo llevó de nuevo?

Margot se levantó y le hizo una venia.

—*Madame*, tengo un vago recuerdo de un viejo abanico francés que trajo un mensajero. Estuvo allí poco tiempo, para una pequeña reparación, y fue enviado de nuevo a su dueña, creo que una dama de Alsacia. No tengo la seguridad de que fuera su *Casiopea*.

La Uzanne se sentó al lado de Lars, tomando su mano.

—Tener la seguridad sería beneficioso para su tienda.

Lars miró a la Uzanne, tenso e ilusionado. Percibió el terror en el rostro de Christian, sintió que la mirada de Margot lo taladraba. Luego se fijó en Anna Maria; sus ojos, brillantes de excitación, lo evaluaban en aquella batalla por el dominio en el seno familiar.

—En efecto, *Madame*, el abanico que describe estuvo allí para una reparación. Yo

no me encontraba presente cuando llegó, pero sí cuando fueron a recogerlo. El cliente era francés. Él, o tal vez ella, envió una carta firmada solo con la inicial S., pero esa carta mencionaba también a *monsieur*... Larsson.

La Uzanne cerró el abanico y lo sujetó con firmeza para dominar el temblor de su mano.

—¿Y puede usted localizarme a ese *monsieur* Larsson?

Lars intentó levantarse, pero no pudo.

—*Madame*, revisaré el recibo para sacar más información —dijo con una reverencia sentada.

Ella acarició la mejilla de Lars con el borde de su abanico.

—La tienda Nordén posee al fin una mente comercial —dijo, y se levantó para dirigirse a sus inquietas alumnas—. La señorita Plomgren trabajará con ustedes en la secuencia de Dominación hasta la hora de marcharse.

Anna Maria asintió y dio un golpecito para captar la atención general. Un murmullo de abanicos acompañó a la Uzanne mientras se abría paso entre los invitados con aparente despreocupación.

—Señor Lind —dijo. El maestro Fredrik alzó la vista del plato lleno de migas de pastel que tenía en el regazo, todavía con un pedazo atascado en la garganta. La Uzanne se detuvo al llegar a su altura; él se apresuró a levantarse y a hacer una reverencia—. El señor Nordén asegura que alguien llamado Larsson conoce el paradero de mi abanico. ¿Cree usted que se trata del mismo señor Larsson que me presentó en diciembre? —En su cara empolvada, blanca como una hoja de papel, se veía escrita una furia helada—. ¿Un jugador que podría haberle ganado un abanico a las cartas a una tal señora S.? —El silencio fue respuesta suficiente—. ¡Hágalo venir ahora mismo!

El maestro Fredrik se limpió la boca con la servilleta.

—*Madame*, temía contárselo antes, pero ya está confirmado... He enviado a un mensajero para asegurarme: el señor Larsson está en casa, gravemente enfermo con la peste invernal —dijo, con voz tensa y aguda—. Su vecina, la señora Murbeck, cree que se encuentra entre la vida y la muerte. Está buscando a los parientes más cercanos.

La Uzanne le dio la espalda al maestro Fredrik, tamborileando con el abanico en la palma de la mano.

—¿Los ha encontrado? —dijo.

Él meneó la cabeza con solemnidad.

—El señor Larsson solo tiene hermanos de logia: yo mismo y el fabricante de abanicos Nordén.

La Uzanne se volvió de nuevo hacia él; su leve sonrisa le dio al maestro Fredrik un rayo de esperanza. Ella se le acercó hasta el punto de incomodarle. El maestro sintió su aliento en la cara, una mezcla de jazmín y pomada de rosa.

—Vaya a visitar a su hermano de inmediato. Si él le ha dado mi abanico a alguna

enamorada, se encargará usted de comprarlo de nuevo utilizando sus propios fondos. Si lo ha vendido, habrá usted de localizarlo y sustraerlo. Si por algún motivo tiene todavía a *Casiopea* en su poder, debe usted recuperarlo por cualquier medio. ¿Queda claro? —Fredrik asintió—. Regresará a Gullenborg solo cuando lo haya logrado. —El maestro volvió a asentir, con una mano en la garganta—. Ya ha dado otras veces un traspíe en la ejecución de sus deberes, señor Lind, y las heridas que sufriría por una caída con un vestido de volantes y unos tacones de mujer serían fatales. —La cara del hombre se tornó lívida—. Ah, sé muchas cosas de usted, señor Lind. La señorita Bloom ha demostrado ser una espía muy dotada. Pero hay una cosa que no he averiguado: ¿qué sucede con los jóvenes militares cuyo padre oculta perversos secretos? Pregúnteselo a sus hijos, señor Lind, o al oficial que los tenga a sus órdenes. Dudo que salgan mejor parados que el propio pederasta.

El plato de porcelana se le escapó al maestro Fredrik de los dedos y se hizo añicos, pero ninguno de los presentes oyó el estrépito ni el tintineo de los trozos rodando por el suelo. Estaban totalmente absortos en la conversación, usando el lenguaje del abanico.

Capítulo treinta y ocho

DELIRIO Y CONFESIÓN

Fuentes: E. L. M. F. L., Sra. M., Mikael M., Pilo.

Cuando el maestro Fredrik llegó junto a mi lecho, yo acababa de despertar de un delirio de veinticuatro horas (el resultado de media cucharada del mejunje de Pilo) plagado de espíritus enloquecidos del mundo de los vivos y de los muertos. Durante todo ese tiempo me cuidó la señora Murbeck, yendo y viniendo continuamente con la tierna dedicación que una mujer habría mostrado por su propio hijo. Fue durante una de sus visitas cuando llegó el maestro Fredrik, quien se presentó como mi hermano.

—Oh, gracias a Dios Todopoderoso. Al fin viene alguien de la familia a asistir al señor Larsson en su última hora. He removido cielo y tierra —dijo la señora Murbeck, tomando al maestro Fredrik del brazo y arrastrándolo escaleras arriba.

—Solo somos hermanos de logia —explicó el maestro, dando unas palmaditas en su mano cálida y mullida—, pero parece que estoy destinado a estar presente en su agonía.

La señora Murbeck dio un suspiro de alivio.

—Temía que fuese a dejarnos sin que nadie le prestara atención, salvo yo misma y la Sociedad de Oración para Damas que presido. Envié recado a su lugar de trabajo, pero solo me respondió el superior y, cuando supo que el señor Larsson se había contagiado, no se atrevió a visitarle.

—¿Y no ha temido usted por su propia salud, señora Murbeck? —preguntó él.

La mujer meneó la cabeza.

—Tal como usted, considero que es mi deber cristiano. Si Dios quiere que muramos todos, Él hará que así sea.

El maestro Fredrik asintió gravemente.

—Tal vez sea esa Su voluntad. —Se quitó el abrigo y los guantes—. ¿Puedo hablar en privado con el señor Larsson?

La señora Murbeck le hizo pasar y se ofreció a subirle un té. Él tomó asiento en la única silla que había junto a la cama y la mesilla de noche, que constituían todo el mobiliario de mi alcoba. Curiosamente, no recuerdo en absoluto el atuendo del maestro Fredrik aquel día. Solo vi su rostro, normalmente fresco y despejado, pero ahora enrojecido por la inquietud, con las cejas arqueadas en una expresión de alarma. Aguardó hasta que oyó los pasos de la señora Murbeck en la escalera.

—No será la enfermera más alegre del mundo, pero al menos es abnegada —dijo con franqueza, dejando de lado su floreado lenguaje habitual. Me limité a asentir. Hablar me causaba dolor—. Señor Larsson, la situación parece muy grave. ¿Hay alguien con quien deba contactar en su nombre? ¿Alguna última voluntad? ¿Algún asunto pendiente, por así decir?

Le indiqué que desearía sentarme; necesitaba moverme, y la rigidez de mis miembros parecía casi permanente. El maestro Fredrik se levantó y me cogió por debajo de los brazos, alzándome con facilidad. Sus manos y sus brazos eran asombrosamente vigorosos para un hombre de apariencia tan regalada. Las axilas me dolían, pero sentí que los pulmones se me llenaban más profundamente en esa nueva posición. El maestro Fredrik permaneció de pie junto a mi lecho.

—¿Quiere que descorra las cortinas? Esta habitación está oscura como una tumba.

Tomé un sorbo de agua para comprobar el estado de mi garganta. Estaba mucho mejor, así que me bebí el vaso entero y me atreví a decir unas palabras.

—Déjela oscura. Me duelen los ojos, y no me hace falta verle mejor la cara. Ya lo conozco bien.

—¿Lo bastante bien? —El maestro Fredrik soltó una risa amarga y se sentó—. Eso es lo que imaginamos, señor Larsson; es lo que imaginamos. Pero mientras venía ahora hacia aquí, me he dado cuenta de que nosotros solo estamos unidos por una endeble combinación de circunstancias y algunos rituales de logia. —Permanecemos en silencio un momento, reflexionando en esta verdad—. Yo conocía su grave estado desde ayer. Estaba en la tienda de guantes alemana y oí hablar a la señora Murbeck de la funesta situación de su vecino, un caballero soltero de la oficina de Aduanas, un hombre solitario que salía con frecuencia por las noches. Pregunté después por el nombre del caballero. Cuando el maestro guantero dijo «Emil Larsson», declaré que no conocía a esa persona.

Me aclaré la garganta.

—Yo habría hecho igual, salvo que no habría preguntado. Pero por algún motivo ahora está usted aquí.

El maestro Fredrik levantó la vista al techo, como si un espíritu planeara sobre él, instándole a hacer una confesión.

—Hablaré con claridad. La Uzanne cree que usted tiene en su poder algo que le pertenece, o al menos que conoce usted su paradero: *Casiopea*.

El maestro Fredrik escrutó mi rostro con atención, pero yo cerré los ojos y me recosté contra el cabecero de la cama.

—¿Qué lleva a la Uzanne a pensar que yo tengo un abanico? —pregunté.

—Se lo dijo Nordén.

La imagen de la carta, el cinco de Tampones, me vino entonces a la cabeza: dos hombres y una mujer. Los Nordén.

—¡La Urraca! —murmuré. El maestro Fredrik me miró alarmado, como si estuviera delirando—. Christian Nordén.

—No Christian. Fue el hermano, Lars. Deseaba complacer a la Uzanne. E impresionar a esa ciruelita madura, sin duda —dijo.

Me había enterado demasiado tarde de su verdadera identidad, y la Urraca había jugado contra mí.

—Nunca había pensado en Lars Nordén —dije, derrumbándome otra vez sobre las almohadas.

—Nadie había pensado en Lars. Hasta ahora —dijo el maestro. Recorrió muy despacio con la vista la habitación escasamente amueblada—. Bueno, Emil. ¿Qué sabe de ese *Casiopea*?

Parecía una estupidez negar el menor conocimiento.

—El abanico lo perdió la Uzanne en una partida de cartas con la señora Sparrow. La historia se comenta con mucha guasa entre los círculos de jugadores. Es llamativo que una dama de sus recursos sea tan mala perdedora.

—¿Y la Sparrow todavía lo tiene?

—No. Ella creía que el abanico estaba hechizado. —Tosí y me serví otro vaso de agua, porque tenía la garganta seca—. Pero podría rastrear su paradero, si quiere.

—Redundaría en el beneficio de ambos —dijo el maestro Fredrik con voz temblorosa.

—¿Cuál es la recompensa?

—¿La recompensa? Salvar varias vidas será la recompensa: la mía, de entrada, y la de mi esposa y mis hijos.

—¿Acaso la Uzanne va a ejecutar a todos los Lind por un abanico? —Me eché a reír, pero enseguida sufrí otro acceso de tos.

—Si no consigo recuperar ese abanico, seré expuesto a la vergüenza pública. Será mi ruina.

—Expuesto... ¿por qué?

El maestro Fredrik se levantó y miró la calle por una rendija de las cortinas, como si la Uzanne pudiera haberlo seguido.

—Soy el calígrafo principal de la Ciudad. Me ha costado muchos años llegar a perfeccionar mi arte, y mis métodos no son ortodoxos. —Me encogí de hombros, pues eso no me parecía motivo para causar la ruina de nadie—. En los inicios de mi carrera, me esforzaba por ser lo más coherente posible en el curso de cada encargo: a veces hasta doscientas invitaciones o tarjetas idénticas. Mientras que la primera docena pueden salir con un aire alado y perfectamente femenino, es muy fácil que la mano de un hombre se imponga y acabe imprimiendo su estilo; y en tal caso, no hay más remedio que empezar de nuevo. Así pues, desarrollé la estrategia de imaginarme a mí mismo como el autor de la invitación: el anfitrión o anfitriona, por así decirlo. Me imaginaba dónde se sentaban, lo que pensaban, lo que comían y la ropa que llevaban puesta. Era un método mágico, señor Larsson, y mi arte floreció.

—El uso de la imaginación difícilmente puede considerarse poco ortodoxo en un artista —dije.

—Cierto, pero, en mi afán por alcanzar la maestría, adopté la práctica de caracterizarme para el papel. Al principio era una operación bien sencilla: me ponía mi mejor peluca y un elegante chaleco para encarnar a un caballero, y unas joyas de la señora Lind para encarnar a una dama. A medida que mis clientes aumentaron de

categoría, sin embargo, el proceso se volvió más elaborado y cobró más importancia para mi éxito. He sido el fiel servidor de la Uzanne durante muchos años. He traducido su ser en tinta exquisita, en hojas perfumadas, en sobres humedecidos; los he sellado y he entregado yo mismo, cuando ha sido necesario. Me he esforzado en convertirme en ella. La señora Lind disfrutaba los frutos de esa pasión y me animaba a adoptar una apariencia tan perfecta como la de cada letra trazada sobre el papel. Fui adquiriendo un amplio guardarropa: visos, corsés, miriñaques, enaguas, vestidos, faldas, abrigos, chalecos y accesorios diversos, que la señora Lind se encargaba de arreglar a mi medida. Los tenía guardados en un armario de mi taller cerrado con llave. —Empezó a pasearse, con las manos detrás, como si estuviera debatiendo en la Academia—. Ahora ya solo trabajo con vestuario. Me pongo uniformes, disfraces de caballero de la corte; hasta conseguí una vieja túnica de senador. Pero también llevo zapatos de baile con lazos y tacones rojos, me pinto los labios, me engancho lunares en el mentón, luzco pelucas y miriñaques, rocío la habitación de *eau de lavande*. Es una inmersión total del espíritu.

Me vino a la cabeza la imagen de su carta en el Octavo: el hombre y la mujer sentados juntos bajo un árbol florecido.

—Me había intrigado ese armario tan lujoso en un taller —le dije—. Y el gran espejo de la pared.

—¡Usted también tiene uno! —exclamó, señalando la otra habitación.

—El mío lo uso para practicar con las cartas. Es el mejor modo de aprender.

—¿Lo ve? —Agitó un dedo ante mí—. Usted también tiene un instrumento femenino para su trabajo.

Me sentía demasiado débil para reírme o mostrarme ofendido, pero a decir verdad tenía ganas de ambas cosas y él me lo notó en la cara. Yo había visto en las tabernas muchos sainetes subidos de tono en los que aparecían «doncellas» de lo más dudosas, y en los bailes de máscaras más refinados esa práctica era muy bien acogida. Por no hablar de las cosas que había visto en los salones de la calle Baggens.

—No es una ninguna perversión —dijo el maestro Fredrik con firmeza—. Es el secreto de mi genio.

A mí me parecía un método privado e inofensivo; hasta la señora Lind estaba en el ajo. Y sin embargo, muchos se sentirían horrorizados; en especial aquellos que ocultaban tales prácticas en su propia intimidad. Las consecuencias serían funestas.

—No es cosa mía cómo ejerce su oficio —dije—. Pero ¿por qué me lo cuenta a mí?

—Para que conozca los espurios fundamentos de la amenaza de la Uzanne, que alcanza también a la señora Lind y a nuestros hijos, quienes no tienen conocimiento de mis métodos. —Se volvió a sentar y se inclinó hacia mí—. Y me confieso ante usted porque uno puede decirle cualquier cosa a un moribundo.

Me recorrió un escalofrío y se me puso la carne de gallina en los brazos. Miré la sombra danzante que la luz de la lámpara votiva arrojaba en la pared. No podía

apartar los ojos de aquella sombra, que adoptó la forma de una joven dama de movimientos gráciles. La sombra se detuvo junto a la cama, se sentó en una silla invisible y pareció aguardar mis palabras. Yo me eché hacia atrás sobre la almohada y sufrí un acceso de temblores. La figura se levantó alarmada de su silla invisible: un enjambre de sombras serpenteantes se alzó para atraparla. Ya era demasiado tarde para mí. No había encontrado a mis ocho. Di un grito y traté de incorporarme, pero estaba derrengado.

—¡No me deje, señor Larsson! Aún no —dijo el maestro Fredrik, levantándose tan deprisa que la silla cayó hacia atrás—. Voy a buscar a la señora Murbeck y al médico.

—No, no —rogué, temblando de pies a cabeza—. Quédese conmigo, por favor. Siéntese.

El maestro Fredrik asintió solemnemente y enderezó la silla, pero no se sentó. Se inclinó sobre mí, con el temor y la inquietud pintados en su rostro.

—¿Tiene algún último deseo?

La sombra se sentó de nuevo, se alisó las faldas y empezó a disolverse al avivarse repentinamente la llama de la lámpara.

—Dígale que no he logrado encontrar a mis ocho, y que lo lamento —susurré.

—¿A quién? —preguntó.

—Sparrow.

Me sumí en un agitado duermevela que se prolongó durante horas innumerables. La raya iluminada bajo las cortinas se ennegreció, volvió a brillar de azul, se desvaneció una vez más. A ratos abrían las ventanas para orear la habitación y vaciaban el orinal. La señora Murbeck traía el té, y la cena y el almuerzo, pues yo me encontraba allí las bandejas cuando despertaba. Una cuadrilla de acróbatas saltó de la esquina y se colgó de los candelabros mientras me cambiaban el camisón. Un pajarito marrón voló en círculo alrededor de la roseta de yeso del techo, que floreció para convertirse en una cara pálida y vigilante. Luego esa visión se disolvió por sí misma y dejó tras de sí un oscuro octógono espumoso. La lámpara votiva de mi mesilla se convirtió en un farol y luego en una farola. La sombra de la joven reapareció y se sentó debajo, abanicándose con el *Mariposa*. Vi que el maestro Fredrik se situaba a su lado, y era él quien sujetaba el abanico. Tosí y pronuncié su nombre, y la sombra y el abanico se evaporaron. Él se volvió rápidamente, con los ojos enrojecidos y llorosos, no sé si a causa de una enfermedad o del llanto.

—¿Qué día es hoy? —pregunté.

—Diecinueve.

—¿Lleva tres días conmigo?

El maestro Fredrik se sonó la nariz con un trompeteo estridente y se sentó una vez más a mi lado.

—Quizá le asombre que me haya quedado velándolo, Emil. No ha sido una decisión prudente, pero me sentí obligado a hacerlo. Primero con la esperanza de

recuperar quizá el abanico de la Uzanne y salvarme. Después, bajo la constatación de que necesitaba tiempo para sopesar qué, o a quién, pretendía salvar. —Tomó un libro de la mesilla—. La señora Murbeck ha dejado aquí su Biblia. ¿Le leo una historia? —preguntó.

Alcancé el vaso de agua, que me bebí reconfortado, y volví a cerrar los ojos.

—Preferiría algo más animado.

—Muy bien. Le confieso que he pensado mucho en estos tres días en Carl Michael Bellman.

Me recliné sobre la almohada. Una salaz canción tabernaria resultaba más alegre que recitar «El Señor es mi pastor».

—Una noche de verano, hace ya muchos años, dos amistades recién adquiridas me invitaron a una suntuosa cena de medianoche en el paseo de la Ribera, y yo estaba deseoso de impresionarles —empezó el maestro Fredrik—. Aguardamos una hora para tomar un bote en el muelle Skeppsbron y finalmente se acercó una remera con una barca, y de excelente humor por una vez. Su barca se mecía agradablemente, el farol de proa se hacía guiños a sí mismo en el agua, el aire era refrescante. Estábamos a punto de partir cuando apareció un grupo de cuatro hombres y nos preguntaron a gritos si podían unirse a nosotros, pues la hora era tardía y los botes, escasos.

»La mujer de la barca empezó a soltar juramentos, diciendo que era demasiada carga y que ni con la ayuda de diez demonios podría llevarnos al otro lado a fuerza de remos. Yo no quería exponer a mis refinados amigos a aquella pandilla de borrachos andrajosos, y me puse del lado de la remera utilizando los términos más insultantes. Uno de los intrusos, un borracho de edad indeterminada, me acercó los morros a la cara y una oleada de vapores etílicos escapó de sus fauces abiertas. El hombre llevaba un cistro bajo el brazo y se mantenía en equilibrio agarrándose de mi hombro.

»—Soy el trovador del rey —dijo—, y compondré a modo de pago una canción para ustedes.

»Mis compañeros eran incluso más esnobs que yo, pero parecían divertidos por ese músico borracho. Sacaron dinero suficiente para complacer a la mujer y nos amontonamos todos en el bote, que al principio se ladeó y a punto estuvo de volcar. Nos fuimos equilibrando poco a poco y nos deslizamos por el agua en silencio, dejando aparte el rítmico chapoteo y el crujido de los remos. El hombre empapado de ron empezó a afinar su cistro y, cuando las cuerdas emitieron las notas adecuadas, se puso a tocar y a cantar. El sonido de su voz se veía acrecentado por efecto del agua y de la humedad del aire; cada nota se destacaba como una estrella en la noche de terciopelo. Incluso la mujer de los remos se detuvo para escuchar, y todos nos mecimos al compás de su canción. En un momento dado, nos unimos a él, logrando una armonía como no he escuchado jamás desde entonces. Bajo el cielo de las horas azules, con el sol de verano flotando en el horizonte, el bote parecía suspendido en su propio universo, y era como si la música se inscribiera en un rincón secreto de mi corazón.

—Esto es mucho mejor que un salmo —dije.

—Uno de mis compañeros me susurró que aquel hombre era realmente el trovador privado del rey, el gran Bellman. Yo me levanté para estrechar su mano y dije:

»—Espero oír un día su música en mejor compañía.

»Él me miró con curiosidad y respondió:

»—Está usted rodeado de amigos. Esa es la mejor compañía que hay.

»Entonces me dijo que iba a cantarme una canción como había prometido.

El maestro Fredrik se aclaró la garganta:

Un músico borracho en un bote.

Preguntóse estupefacto si un esnob.

Flotaría o se iría a pique ipso facto.

Y con un empujón fue y le dijo:

Atento a mi lección, caballero.

La mano que vea a su alcance.

Úsela en buena hora de asidero.

—Y fue y me tiró del bote de un empujón. Yo estaba convencido de que iba a ahogarme, pero Bellman y sus compinches me sacaron rápidamente de aquellas aguas negras como la tinta. En eso he estado pensando estos tres días.

—¿En ahogarse? —pregunté, notando que mis sábanas estaban más empapadas que si me hubieran lanzado a mí por la borda.

El maestro Fredrik se sacudió una hilacha del dobladillo de su chaqueta.

—Yo había creído que Bellman quería decir que debía aferrarme a la oportunidad de lograr un ascenso de posición. Él mismo era un modelo de ese tipo de comportamiento: siempre detrás del rey Gustavo y de los aristócratas para ganarse su favor y su dinero. Me atuve a su lección, pues, y me pasé la vida escalando la torre del rango social: por fuera, lamentablemente, pues no tenía acceso a la escalera. El talento era una cuña en la pared, igual que el interés, el halago, un barniz refinado, una lengua rápida y unos oídos alerta. Me valí de los utensilios más fáciles de aguzar y trepé muy alto también. Pero siempre he seguido a Bellman desde aquel bautismo. De una punta a otra de la Ciudad, en tabernas y posadas apestosas a orines, con criadas picadas de viruelas, rameras rancias, parroquianos borrachos y gente penderciera. Sentía que tal vez había algo que me había perdido. Cada vez que oía a Bellman, volvía a esa noche de verano y hallaba un profundo sentimiento de conexión. En estos tres días junto a su lecho, he comprendido que ese era el mensaje que él quiso transmitirme.

—Amor y conexión —dije.

—No sé bien qué manos tendré aún a mi alcance. Las de la señora Lind y mis

hijos, gracias a Dios. Y espero que la suya, Emil. —Advertí que la caja azul del abanico estaba en la mesilla. El maestro Fredrik siguió mi mirada y se ruborizó—. No es el abanico que busca la Uzanne. ¿Le sorprende que haya registrado la habitación sin permiso? —Meneé la cabeza; sabía muy bien que yo habría hecho lo mismo, y probablemente mucho antes—. Un abanico no le sirve de nada a un moribundo, a menos que piense dirigirse al infierno, y anoche la señora Murbeck y yo creímos que estaba usted al borde de la muerte.

—He decidido hacer otros planes —dije, con los ojos cerrados—. Pero antes tengo que saber qué planea la Uzanne.

El maestro Fredrik se echó hacia delante y bajó la voz.

—La Uzanne anda tramando algo muy siniestro, eso es seguro. Yo presencié el ensayo de su traición en la última conferencia; ella lo llama Dominación. El papel de la víctima recayó en Lars, pero estaba previsto que lo hiciera usted. Y la señorita Bloom elaboró con sus conocimientos de boticaria unos polvos traicioneros para uso de las damas.

—¿Que lo hiciera yo? ¿Y qué me dice de la señorita Bloom? —Un hormigueo me recorrió el cuero cabelludo.

—Ya le contaré, ya, de esa falsa flor —dijo el maestro Fredrik con aire lúgubre—. Había un potente narcótico en un bolsillo del abanico y, al soplárselo a la víctima en la cara, el infeliz cayó en un profundo sueño. La Uzanne ha estado ensayando los polvos con sus criados, y la Vieja Cocinera asegura que mataron a su querido *Sylten* mientras los probaban. Pero a la Uzanne no le basta con un felino, ella apunta mucho más alto. —Bajó aún más la voz—. Temo que pretenda anular al rey, alterar su mente o someterlo con alguna droga. Al duque Carlos lo tiene dominado. Ella se hará con las riendas. Y el látigo le seduce.

—¿Nadie ha avisado a la policía? —pregunté.

Él puso los ojos en blanco, como si yo fuese idiota.

—¿Quién iba a atreverse? Y nadie lo creería; menos que nadie el rey. Gustavo recibiría a la Uzanne con los brazos abiertos, tan deseoso está de reconciliarse con su aristocracia. Pero ese abrazo sería el fin de Gustavo y el fin de la estabilidad, aunque sea frágil, de la que gozamos ahora en Suecia.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros?

—Me gustaría fingir que no lo sé, decir que eso está en manos de Dios. Pero nosotros hemos de decidir si queremos ser esas manos, Emil. El diablo prospera gracias a nuestra indiferencia. —El maestro Fredrik se levantó; tenía la ropa arrugada y manchada—. Hemos de averiguar qué piensa hacer exactamente la Uzanne y cuándo. Tal vez podamos mantener nuestra alianza, Emil, pero esta vez con un objetivo más noble. Y nunca mejor dicho —añadió, sonriendo.

—Es cierto que hay más posibilidades con un aliado.

—Habría que ganar tiempo y recuperar el favor de la Uzanne, pero solo hay una moneda que ella esté dispuesta a aceptar.

Yo también sentía que debía ganar tiempo: tiempo para ponerme en contacto con la señora Sparrow y preguntarle cuándo debía enviarse el abanico, y adónde. La sinceridad del maestro Fredrik parecía auténtica, aunque no había ninguna garantía de su duración. Quizá se sintiera más inclinado a seguir la máxima de «Dios ayuda a quien se ayuda».

—Una especie de pagaré, tal vez —le dije al maestro Fredrik. El arrugó el ceño—. Envíele a la Uzanne un mensaje explicándole que ha pasado estos tres días a mi lado, con gran riesgo para su salud, naturalmente, y que ha obtenido mi promesa de conseguir su abanico de inmediato. Pero al encontrarse junto a mi lecho, el gran doctor Pilo nos ha impuesto a ambos una breve cuarentena, por temor a extender el contagio. Dígale que iré a Gullenborg en cuanto pueda hacerlo con plena seguridad. Entretanto, yo recuperaré el abanico y usted tratará de averiguar más sobre sus oscuros manejos.

—¡Excelente! Ni siquiera ella osará desafiar la cuarentena este invierno; los muertos se amontonan en el Distrito Sur como leños congelados, en espera de que los entierren.

Tomó su abrigo y sus guantes y se envolvió el cuello con la bufanda.

—Una cosa más —dije, agarrándolo de la manga—. ¿Qué hay de la señorita Bloom?

Me miró con recelo, como si mi pregunta tuviera un tono que él no me había oído antes.

—Bueno, no es Johanna Bloom, sino Johanna Grey y, si bien es avispada, no es noble en modo alguno: de ninguna manera un buen partido. Yo utilicé sus miserias en mi favor, lo admito. Su madre tiene unas fanáticas creencias religiosas y prometió a la muchacha para un matrimonio espantoso. El novio era un bruto violento y los vecinos casi parecían entristecidos por perderse las palizas. —Se estremeció—. La señorita Grey huyó y recurrió a mí sin apenas conocerme el pasado mes de agosto. Compadézcala, Emil; ahora está escalando la torre como hice yo en su día, y ha llegado lejos, pero no comprende que no hay escapatoria para una mujer. —Se levantó lentamente y se estiró—. Y ahora debo volver a casa con la señora Lind. Han sido demasiados días fuera, y ella es mi punto de apoyo. Es esencial que siga contando con su benevolencia.

Me incorporé apoyándome en un brazo.

—Maestro Fredrik, le agradezco mucho su compañía.

—Por alguna razón nos vemos metidos juntos en esta aventura, como si fuera una fatalidad que no pudiéramos evitar —dijo—. Hay hombres que se ven empujados a la amistad por las circunstancias, pero eso no los hace menos amigos.

Dicho esto, el maestro Fredrik hizo una reverencia y se despidió. Oí cómo se alejaba el taconeo de sus zapatos. En la habitación de delante, sin embargo, se detuvo y se volvió hacia mí.

—Agarre la mano que tenga a su alcance, Emil Larsson.

Capítulo treinta y nueve

FE

Fuentes: E. L., Sra. M., Mikael M.

Una convalecencia de casi tres semanas me había devuelto en gran parte la salud, pero me temía una recaída y había permanecido en cama. Una mañana me desperté ante un recuadro de cielo azul y vi a la señora Murbeck alzándose sobre mí con una carta que había llegado en el primer correo.

—Esto debería sellar su recuperación. ¡Nunca había visto un papel y un lacre semejante! —exclamó.

—Abrámosla —dije, sabiendo que ella no saldría de allí sin enterarse al menos del nombre del remitente.

Tomé el sobre para examinar la letra. Llevaba semanas aguardando noticias de la señora Sparrow, pero conocía su letra picuda y no era aquella. Husmeé la solapa por si dejaba escapar algún perfume característico; no capté ninguno. Habían aplicado un sello sobre el lacre verde, pero solo consistía en un ribete de cuentas alrededor de un círculo vacío. Abrí la solapa, desgarrando el borde del sello, y saqué la carta. Era de un papel muy suave, con motas plateadas y bordes festoneados. Tenía un margen de color verde, pero no había ningún mensaje.

—Nada —dije, enseñándole la carta—. Está en blanco, ¿verdad, señora Murbeck? Espero no sufrir más alucinaciones...

Se la di. Ella la examinó y pasó un dedo por el dorso.

—Se nota la marca de algo puntiagudo —dijo. Tomó la lámpara votiva y la acercó al papel—. Una vez fui al teatro... una sola vez, la verdad, pero recuerdo que había una pared oscura y vacía que cobraba vida cuando encendían lámparas detrás. —Miró bien la carta—. Me parece distinguir una línea. No, dos.

—¿Qué dice?

Aproximó aún más la llama.

—Ah. El calor está haciendo aparecer las letras. No son muchas, señor Larsson. Dice: «Visita...» y una fecha. A ver, «8 de febrero». ¡Es hoy! No distingo la hora. Aquí, aquí está: «Espéreme», dice, y luego... No puedo leer las palabras siguientes. Y a continuación, unas iniciales. Creo que una C, o una G tal vez. No, no, una C con una floritura.

—¡Carlotta! —exclamé con alegría, y entonces el papel prendió y empezó a quemarse. La señora Murbeck lo arrojó al suelo con un grito. Salté de la cama y, tomando el frasco de jarabe de Pilo, apagué la llama con el espeso elixir. La señora Murbeck jadeaba del susto, con una mano en el corazón.

—Ha salvado usted la casa de un incendio —dijo con lágrimas en los ojos—. Y se ha quedado sin su precioso elixir.

—Vamos, señora Murbeck —dije, recostándome de nuevo—. Esto no es nada

comparado con lo que usted ha hecho por mí.

Ella se serenó con un gran suspiro.

—La carta se ha quemado.

—No importa —dije, tomando su mano y besándosela con galantería. Sentía como si la carta hubiera encendido los pensamientos que se agazapaban en mi interior —. Esa C. me lo dice todo. ¡Significa que voy a renacer!

—Pero ¿por qué esa Carlotta iba a escribirle con tanto secreto? —preguntó la señora Murbeck, repentinamente suspicaz.

—Ella fue expulsada cruelmente de la Ciudad y no desea que su verdugo se entere de su regreso. Quizá le ha llegado noticia en su exilio de que he estado al borde la muerte —respondí, pensando en mi Octavo, que se iba completando por sí mismo.

La señora Sparrow me había instado a ser paciente y, después de todo, ¡ahora resultaba que Carlotta era la elegida! Ella me devolvería a mi antiguo ser: me aseguraría mi capa roja, me traería una infinidad de noches alegres jugando a las cartas y retozando en un cálido lecho conyugal.

—Mándeme de inmediato a la criada para que limpie mis habitaciones, señora Murbeck. Ponga agua a hervir para un buen baño: tengo tanta roña como un caldero viejo, y un hedor igual de pestilente —dije, incorporándome de mi lecho de enfermo definitivamente—. Si hay narcisos en el mercado, que la chica traiga un tiesto bien grande. Y un haz de ramas de sauce para hacerlas florecer. Aquí va a ser primavera ahora.

Abrí las ventanas y ventilé las habitaciones hasta congelarme casi, mientras me preparaba para recibir a mi visitante. El cielo despejado prometía una tarde soleada. Los narcisos que trajo la criada no solo aportaban su belleza al ambiente, sino también una fragancia fresca y deliciosa. La señora Murbeck iba y venía, ansiosa y ajetreada, como si yo fuera su segundo hijo y ella estuviese a punto de conocer a mi prometida.

—Mi sillón queda de maravilla en ese rincón —dijo—. Déjelo ahí para la visita, por una vez que recibe a alguien. Le he traído un almohadón y mi mejor chal de cachemira para ponerlo encima. Es una suerte que tenga un espejo. A una dama siempre le complace un espejo a mano. He preparado a toda prisa un bizcocho y tengo nata preparada. Me pondré a montarla en cuanto haya acompañado a la dama a su habitación. ¿Quiere que mande primero a mi hijo para avisarle? Él sube de tres en tres las escaleras y puede esconderse en el rellano.

Meneé la cabeza.

—No hace falta, señora Murbeck; no hace falta. Yo ya estoy listo, y usted ha hecho mucho más de lo que le correspondía para ayudarme. —Me interrumpí. Quizá se trataba de una visita clandestina. Carlotta no querría que la Uzanne se enterase de que había vuelto—. A decir verdad, señora Murbeck, quizá será mejor que monte la nata y traiga la bandeja ahora; así podré recibir yo solo a mi invitada, sin necesidad

de interrupciones.

—Ah, ya veo. —Se detuvo y se quedó de repente tan inmóvil que creí que había sido víctima de un hechizo—. Ah. Bien, señor Larsson —dijo por fin, parpadeando—. Lo considero un hombre honorable, pero como casera suya debo pedirle su palabra solemne de que no pretende mancillar la reputación de esta casa con relaciones ilícitas.

—Jamás, querida señora. No tengo ni idea del propósito de la visita de mi amiga. Pero en este momento no hay entre nosotros un vínculo romántico —expliqué, muriéndome de ganas de mantener una relación ilícita.

—Bien. No me gustaría que hubiera chismorreos —apuntó con firmeza. Pero una sombra de decepción nubló su rostro y no pudo evitar un suspiro—. Le confieso que, viendo ese papel delicioso y ese lacre verde, había albergado la esperanza de que Dios le hubiera concedido un bello romance.

—Tan pronto he de mantenerme casto como seguir los dictados de Cupido... ¿En qué quedamos, señora Murbeck?

—Ya lleva usted mucho tiempo soltero, y pronto estará demasiado avinagrado para cualquier mujer, salvo para una enfermera de pago. Tal vez esa dama pueda ayudarle a sortear un destino tan penoso.

—Acaso solo desee devolverme un guante que me dejé una vez en la tienda de su padre.

—Nadie envía una nota secreta por un guante —replicó la señora Murbeck, yéndose hacia la escalera—. Montaré la nata cuando oiga la puerta y subiré yo misma la bandeja. Así nos evitaremos que hablen de más las criadas.

Si alguien tenía posibilidades de hablar de más era la propia señora Murbeck, desde luego, me dije sofocando la risa. El reloj de la Iglesia Alemana había tocado ya las once, y me senté a esperar en mi sillón, ensayando entre susurros distintos saludos, preguntándome cómo llevaría ahora el pelo Carlotta y si todavía usaría aquella pomada con olor a naranjas. Se me ocurrió preguntarme si volvería a tener ocasión de comerme otra naranja. Solo había comido una en mi vida: un regalo de Navidad que recibí una vez en la mesa del señor Bleking. Yo había hincado el diente directamente en la piel y su gusto amargo constituyó para mí una sorpresa, aunque no desagradable. El señor Bleking se echó a reír y mondó la piel en una larga tira. Me comí la fruta y guardé la piel, colgándola de una ventana. La fragancia duró muchos meses antes de que se convirtiera en una reseca espiral marrón. Debí adormecerme pensando en las naranjas, pues desperté con un hilo de baba en la barbilla y oí unos golpecitos en la puerta. Por la luz que entraba por la ventana, ya era media tarde. No podía ser la señora Murbeck la que llamaba, pues ella solía dar unos porrazos de alguacil. Me levanté, me restregué la cara y fui a recibir a mi Carlotta.

Capítulo cuarenta

ESPERANZA

Fuentes: M. F. L., Louisa G., doncella de cocina

—¿**D** su hermano Larsson? La Uzanne estaba sentada en el otro extremo del salón, jugueteando con el abanico gris que tenía desplegado sobre su escritorio. Se hallaba de espaldas y se cubría la nariz y la boca con un pañuelo.

—Promete acudir en cuanto las pústulas de su rostro y su cuello hayan sanado, pues podrían reventar en cualquier momento y propagar la enfermedad —dijo gravemente el maestro Fredrik, que llevaba un gran gorro de piel y tenía la parte inferior de la cara envuelta en una seda oscura.

—¿Ha conseguido mi *Casiopea*? —La Uzanne volvió la cabeza para mirarlo.

El maestro Fredrik cerró los ojos, como si ella fuese la Gorgona.

—Esperemos que sí.

—Esperar es para los débiles, señor Lind. —La Uzanne se volvió de nuevo hacia su escritorio—. Sospechaba que sucumbiría usted y ya he decidido emplear recursos más enérgicos. Ahora que ha superado la cuarentena, haga alguna cosa útil.

—¿Cómo podría servirla... exactamente? —preguntó él.

—Quiero que me envíe en el correo de la mañana tres muestras de invitación para la fiesta de debut —explicó. El maestro Fredrik suspiró de modo audible; el papel y la tinta no acarreaban problemas—. Debo escoger de inmediato, pues saldré de viaje en unos días y las invitaciones han de estar listas a mi regreso.

—¿Adónde piensa aventurarse en un mes tan inhóspito, *Madame*?

—Tengo asuntos que resolver en el Parlamento de Gefle —dijo ella. El maestro Fredrik ladeó la cabeza como si no hubiera oído bien—. Y ahora váyase, señor Lind. No hace falta que vuelva otra vez a Gullenborg... hasta que yo lo necesite.

—Le deseo un viaje fructífero y seguro, *Madame*.

Hizo una inclinación y salió del salón. El estómago le rugía de los nervios.

Una doncella pasó junto a él con una bandeja de té, dejando tras de sí el cálido aroma de un pudín de arroz.

—Mejor que vaya a la cocina a calmar su estómago, maestro Fredrik. La Vieja Cocinera no permite que salga nadie hambriento de esta casa —le dijo antes de desaparecer en el estudio.

—Sí, claro. ¡La Cocinera!

En la cocina, el aroma a leche y vainilla se combinaba con el intenso hedor de un espléndido conejo extendido sobre un bloque de madera de arce. La Vieja Cocinera tenía a su lado un vaso con un dedo de un líquido rojo transparente y una única flor blanca sumergida.

—Una vez más su arte culinario me ha hechizado. El aroma de su pudín me ha

envuelto al pasar por el vestíbulo. ¿Me concederá una porción de viajero para resistir el trayecto?

La Vieja Cocinera soltó una risotada.

—¿Tiene las costuras bien holgadas para hincharse?

La mujer se secó las manos en el delantal y le sirvió un gran plato de pudín y una generosa porción de cotilleo doméstico a cambio de las monedas que el maestro Fredrik siempre le daba.

—A *Madame* se la llevan los demonios desde que llegaron las primeras noticias del Parlamento y apenas come, así que puede usted repetir, si quiere. Anda como loca; sale precipitadamente a ver al duque y regresa furiosa a las horas más intempestivas. Tiene a esa Bloom componiendo toda clase de hechizos. —Le entró un acceso de tos reseca. El maestro Fredrik dejó el pudín a un lado; se le había pasado de golpe el apetito. Ella vació el vaso de un trago y dio un suspiro de alivio—. Aún desconfío de las medicinas de la Bloom, la verdad, después de lo que le pasó a *Sylten*, pero *Madame* no admite calumnias y obligó a la chica a beberse este mejunje primero para demostrar que no hacía ningún daño. El resto de la casa se tomaría cualquier cosa que ella les diera. Creo que al Joven Per le dio una poción amorosa. Ese mentecato comería polvo o estiércol si ella se lo pidiera. —La Vieja Cocinera sacó una botellita del tónico rojo de detrás de un tonel de agua, llenó el vaso y tomó otro trago—. Y todos andan mendigando sus polvos para dormir. —Echó un vistazo alrededor y susurró—: Sé dónde esconde esos tubos. —Le hizo un guiño al maestro Fredrik—. Si necesita ayuda en la cama, puede llegar a convencerme.

—No, no. Yo casi nunca tomo elixires, y jamás un preparado para inhalar. Ahora ya ni siquiera rapé —dijo el maestro Fredrik, levantándose—. Pero me alegra saber que va a conservar usted la salud. Soy un devoto de su cocina. —Arrojó el resto del pudín en el cubo de basura aprovechando que ella se había vuelto para buscar una olla—. ¿Dónde está ahora nuestra pequeña boticaria? La señora Lind tiene retortijones y confiaba en que ella podría prepararle un tónico.

—Ah, la Bloom salió hace una hora con una cesta. Iba a ver a un tal señor Larsson, en el callejón del Sastre.

—Creo que es un hermano de mi logia —dijo el maestro Fredrik, levantando la voz sin querer.

La Vieja Cocinera se acercó, con un gran cuchillo en la mano, y se inclinó junto a él. Su cálido aliento olía a *schnapps* de saúco.

—Confieso que la muchacha tiene sus dotes curativas cuando quiere, pero mejor será que vigile usted a su hermano. Nunca había visto tanta solicitud por un enfermo: pasteles de miga, paté del fino, una gruesa salchicha, tiernos panecillos blancos con corteza de manteca... —Se relamió los labios y cortó el conejo en trozos con destreza—. Pero también algunas medicinas. La señorita Bloom se ha llevado dos frascos. El primero bajo la supervisión de *Madame*: un jarabe dorado en una botellita azul. El segundo lo ha llenado la Bloom a solas; bueno, sin contarme a mí, que la estaba

espiondo. —Dejó el cuchillo y tomó una olla de cobre del colgador, metiendo la carne cruda con la mano desnuda—. Era parecido a mi tónico rojo, pero tampoco podemos estar seguros, ¿no cree?

—En efecto, no podemos —dijo el maestro Fredrik, recogiendo el abrigo y la bufanda—. Gracias, Cocinera. Estoy en deuda con usted, como siempre.

Dejó un buen montón de monedas y subió a toda prisa las escaleras para montar en su trineo.

—Al final del callejón del Sastre, rápido —le dijo el maestro Fredrik al cochero, envolviéndose en su abrigo para protegerse del aire frío y húmedo.

El hombre se volvió hacia él.

—No se puede llegar al final del callejón del Sastre en trineo. La herrería que hay en lo alto de la cuesta funde toda la nieve.

—Lléveme lo más cerca que pueda —ordenó el maestro Fredrik.

Se tapó con la manta del asiento y dejó que sus manos debatieran debajo. La derecha insistía en que fuese de inmediato a casa de Emil Larsson, pero la izquierda le instaba a dirigirse primero a la papelería. Olafsson cerraría puntualmente a las cuatro y media. Si llegaba un minuto más tarde no podría terminar su trabajo a tiempo para el correo de la mañana, y *Madame* poco necesitaba ya para causar su ruina.

—¡Ay, señora Lind, hijos míos! ¡Vosotros no tenéis ninguna culpa! —gimió en voz alta. Se echó hacia delante y le gritó al cochero—. Si me deja en la calle de la Reina antes de las cuatro y media y lleva un mensaje a la casa Murbeck, del callejón del Sastre, a las cinco, le pagaré el doble de su tarifa.

El maestro Fredrik oyó el chasquido del látigo y se vio arrojado contra el asiento por el impulso con el que partieron los caballos.

Capítulo cuarenta y uno

CARIDAD

Fuentes: E. L., Sra. M., Mikael M., J. Bloom.

§ onaron de nuevo unos golpes discretos en la puerta, aunque esta vez más acuciantes. Que Carlotta hubiera conseguido pasar la barrera de la señora Murbeck era prueba de su vehemencia. Echándome primero un vistazo en el espejo para alisarme el pelo, fui y abrí muy despacio. Ya me imaginaba la deliciosa tez dorada de Carlotta, el aroma a naranja de su pomada, sus labios de albaricoque suplicando un beso. Y allí estaba, sí. Pero solo en mi fantasía, pues en el rellano había una persona muy diferente: la muchacha de la pálida cara oval, con un mechón de pelo marrón cenizo asomando bajo su gorro y las mejillas enrojecidas de frío. Iba toda de gris, y más bien parecía la criada de El Rabo de Cerdo que la protegida de la aristocrática Uzanne. Noté que mi ilusionada sonrisa se desmoronaba y convertía en un gran «oh» de incredulidad.

—¿Usted? —dije con grosería—. Apenas tengo tiempo, señorita... Bloom. Espero una visita importante.

—Señor Larsson —dijo ella, tranquilamente—. Yo soy su visita.

—No. He recibido una carta de ella esta mañana, firmada con una C. —alcé la voz, decepcionado.

—Yo se la envié.

Me incliné hacia su rostro ruborizado.

—Ah, pero a mí me han dicho que es usted la señorita Bloom. ¿Acaso tiene otro nombre?

—Usted ya lo conoce, señor Larsson. Mi nombre es Johanna Grey, pero dejé de usarlo por buenos motivos. —Desvió la mirada—. Me sorprendió que no lo revelase usted.

—No soy un chismoso, sino un hombre práctico. —Me asomé a la balaustrada de la escalera para ver si había alguien más, pero todo estaba en silencio—. ¿Cuál era la intención de ese mensaje tan hermético?

—Cabía la posibilidad de que la entrega la hiciera otra persona. Era crucial que me esperase antes de entregarse a su apetito, *sekretaire*. La carta estaba firmada con una G., por Grey. Y convenía que no supiera que era yo quien venía a verlo, por temor a que se negara a recibirme —explicó.

—Aún podría —repliqué, apoyando el brazo en la puerta—. ¿Cuál es exactamente el carácter de su visita?

—Es una visita caritativa —dijo, echando una mirada a la cesta que llevaba del brazo, cubierta con un paño blanco almidonado que no impedía que se escapara un aroma a manjares recién salidos del horno—. La Uzanne se ha enterado de su infortunio y desea... terminar con su enfermedad.

—Ah. Bueno.

Me detuve para rectificar mi actitud. Quizá la Uzanne, convencida de que iba a recuperar su abanico de inmediato, pretendía acelerar mi convalecencia. El plan para ganar tiempo estaba surtiendo efecto. Y tal vez Johanna poseyera información útil que intercambiar. Asentí y alargué el brazo para coger la cesta, pero ella la agarró con más fuerza y no se movió. Me llegó desde abajo el chasquido de la puerta de la señora Murbeck; estaba escuchando. Johanna frunció el ceño.

—Necesito que hablemos un minuto. A solas —dijo.

—Le concederé un minuto, pero no más. Es usted una pálida sustituta de la señorita C. a la que yo esperaba —señalé, tomándola del brazo sin ninguna delicadeza y haciéndola pasar. Johanna fue dejando el contenido de la cesta en el aparador. Había pequeñas vasijas de conservas y mantequilla fresca, un paté sustancioso y una salchicha reluciente, dos hogazas de pan recién hecho y varios pasteles envueltos en un paño. Se me empezó a hacer la boca agua—. Agradezco mucho el interés de *Madame* por mi bienestar.

Johanna sacó dos frascos de cristal del fondo de la cesta, tapados con corcho y sellados con cera.

—Esta visita no está relacionada con su bienestar, señor Larsson, sino con el bienestar de la Uzanne.

—Me ha enviado medicinas —dije, cogiendo el frasco azul—. Pero ¿son las artes curativas lo que ella le hace practicar, o más bien las artes oscuras?

Ella se detuvo un instante ante mi acusación y luego depositó el segundo frasco con suavidad sobre la mesa.

—Soy boticaria. Si sigue mis instrucciones, se pondrá bien enseguida. La botella transparente contiene un tónico que posee un sabor amargo, pero que contribuirá a acelerar su recuperación. El frasco azul lo he preparado a petición de la Uzanne. Es delicioso y balsámico y acaba con todos los pesares. Le recomiendo que no lo pruebe siquiera.

Alcé el frasco azul con un brindis.

—Entonces empezaré por él —dije, tomando un cuchillo y recortando el sello. Olía a miel, con un toque de nuez moscada y una dosis de excelente coñac.

Johanna me detuvo cuando me llevaba el frasco a los labios.

—Es usted conocido en la Ciudad como un temerario parroquiano de las tabernas. A nadie le extrañaría que se bebiera la botella entera. La Uzanne añade que a nadie le importaría.

Sonreí.

—¿A nadie le importaría que me emborrachara?

—A nadie le importaría que se muriera.

Di un paso atrás, dejando el frasco sobre la mesa.

—¿Quiere sentarse y tomarse un café, señorita Bloom?

Fui a la puerta y, al abrirla, encontré a la señora Murbeck tan pegada contra ella

que a punto estuvo de dar una voltereta.

Entró, dejó la bandeja y me entregó una nota.

—Acaba de llegar. De su hermano Fredrik —cuchicheó—. Y esta joven, ¿es ella?

Negué furiosamente con la cabeza y me metí la nota en el bolsillo. Me apresuré a hacer las presentaciones y le señalé a la señora Murbeck la puerta con un gesto brusco. Ella alzó las cejas escandalizada, como si tal cosa fuera de lo más indecorosa, y se puso a servir el café y a cortar pedazos de bizcocho, sonriéndole todo el rato a Johanna. Finalmente se retiró a su puesto de escucha en el pasillo. Corrí las pesadas cortinas de la entrada para amortiguar nuestras voces.

—Hay algo que usted y su señora desean, aparte de la noticia de mi muerte —dije.

Johanna no miraba a ningún punto en concreto. Advertí que había aprendido muy bien a enmascarar sus sentimientos.

—*Madame* asegura que tiene usted en su poder un objeto que le pertenece.

—A través del maestro Fredrik se le envió el mensaje de que le entregaría ese objeto en cuanto me recuperase —respondí.

—*Madame* no desea esperar.

—¿Y cómo iba usted a quitarme ese abanico si me negaba?

—Una vez bebido el frasco, era solo cuestión de tiempo. Sus habitaciones no son tan grandes ni contienen tantos muebles.

—Una estúpida misión, señorita Bloom. Sería usted acusada de mi muerte y enviada a la cárcel.

Johanna levantó la vista; su rostro sereno era un enigma.

—No habría necesidad de culpar a nadie; usted se habría provocado la muerte a sí mismo. Y la Uzanne quiere que permanezca en Gullenborg, pues le soy útil. Aunque al final me verá obligada a irme.

Metió un terrón de azúcar en su café y lo removió lentamente; el tintineo de la cucharilla en la porcelana sonó ahora ruidosamente mientras ella hacía una pausa.

—¿Por qué abandonar un nido tan mullido y exquisito?

—Sigue siendo una jaula.

Se echó un vistazo en el espejo y se quitó la bufanda de lana que llevaba alrededor del cuello.

—¿Y qué dará usted a cambio para ser libre?

—Yo le he salvado la vida, señor Larsson. Creo que ahora me toca a mí pedir un favor.

La observé con atención. Tenía ante mí un rostro que no era capaz de descifrar. Me levanté y entorné una rendija de la ventana, pensando que un soplo del aire gélido de febrero me ayudaría a aclarar mis ideas.

—¿Y bien? ¿Cuál es el precio que ha fijado?

Johanna se acercó y se situó junto a mí. Olía a jazmín y tenía las yemas de los dedos levemente manchadas de rojo. Su respiración agitada delataba al fin sus

nervios.

—Tengo entendido que trabaja en la Aduana y conozco cómo funciona el transporte marítimo. Necesito un pasaje para marcharme. Tengo el dinero.

—¿Pagará usted misma el billete? Me sale muy barata mi vida.

—Y quizá necesite un sitio donde esconderme hasta que pueda zarpar el barco.

—¿Nada más? —Me volví y me encontré su rostro muy cerca.

—¿Tiene el abanico? —preguntó Johanna.

Vacilé, pero no perdía nada por enseñárselo. Seguía teniendo la intención de hablar con la señora Sparrow antes de enviar el *Casiopea* a ninguna parte. Fui a la alcoba, volví con una camisa de muselina doblada, no especialmente lujosa, y se la tendí a Johanna. Ella se sentó sin ninguna prisa y la desdobló cuidadosamente, como una gobernanta supervisando la ropa planchada. Cuando apareció la caja azul del abanico, se limpió bien las manos en la falda antes de quitar la tapa. Luego abrió el *Mariposa* y lo examinó con una expresión de felicidad en la cara.

—Es precioso —dijo, levantando la vista.

—El *Mariposa*. Lo compré para mi prometida.

No añadí más y ella no hurgó en el asunto. Cerró el abanico y lo depositó sobre la mesa.

—Cualquier mujer apreciaría un abanico como este. Cualquiera salvo una.

Cogí la caja y, usando las púas de un tenedor, alcé cuidadosamente el forro de terciopelo por un lado y dejé que el *Casiopea* cayera en las manos de Johanna. Ella lo abrió y observó la tela, la solemne escena del carruaje vacío.

—Qué panorama más triste —dijo.

Le dio la vuelta al abanico y examinó el reverso, la seda azul índigo con sus relucientes lentejuelas y sus cuentas de cristal. La observó un buen rato antes de decir nada.

—Aquí está Casiopea, bajo la Estrella del Norte —dijo, deslizando un dedo a lo largo de cinco cuentas, con una expresión de placer—. El fabricante fue muy escrupuloso con las estrellas. Aquí está el esposo de Casiopea, el rey Cefeo y, justo en la base, su hija Andrómeda. El vientre del Dragón, Camelopardalis, Triangulum; y aquí está Perseo, el rescatador de la hija.

Su perspicacia para los detalles era impresionante.

—A mí nunca se me han dado bien los clásicos —musité.

Ella se echó a reír.

—¿Acaso cree que yo he estudiado a los clásicos, señor Larsson? Mi padre era boticario y necesitaba un ayudante en quien pudiera confiar. A mi madre solo le interesaba la oración y mis hermanos habían muerto, así que solo le quedaba yo. —Cerró el abanico y volvió a abrirlo—. A veces, cuando estábamos trabajando, él me explicaba los antiguos mitos griegos; y luego, por la noche, me mostraba sus homólogos en los cielos. —Johanna volvió a recorrer la «W» con el dedo—. La reina Casiopea sacrificó a su hija Andrómeda para apaciguar a una horrible serpiente. La

dejó encadenada a una roca —explicó removiéndose en la silla—. Era una madre cruel, y el padre no hizo nada.

—No es infrecuente.

—No —dijo, mirando con el ceño fruncido el abanico, que descansaba en su regazo.

—Así que usted se fugó.

—Sí. Yo no dejaré que me sacrifiquen o encadenen.

—¿Y cómo termina la historia? —pregunté.

—La hija fue rescatada.

—Y a la reina Casiopea le otorgaron un trono en los cielos.

Levantó la vista y su aire ceñudo se disipó.

—Eso es lo que creen muchos, porque los mapas de las estrellas son estáticos. Pero la reina fue castigada por su crueldad y su arrogancia, y encadenada a la Estrella del Norte, de manera que gira eternamente alrededor del Polo. Quizás haya esperanza incluso para mí. —Examinó nuevamente el abanico estrellado y su rostro se iluminó una vez más con el placer de un descubrimiento—. Hay un error en este firmamento. Deliberado, diría yo. Casiopea está invertida.

Comprendí ahora que, con esa inversión, la señora Sparrow había pretendido romper la magia de Casiopea y mostrar a la reina cabeza abajo, despojada de su poder. Pero quería escuchar lo que decía Johanna al respecto.

—¿Y por qué habría que invertirla? —pregunté.

Ella apretó los labios de un modo encantador y dejó escapar lentamente una sonrisa, a medida que se perfilaban sus ideas.

—Es un insulto sutil, creo yo, poner cabeza abajo al personaje que da nombre al abanico. Quizá sea un juego entre damas.

—Así es, pero no del tipo que yo me figuraba. —Alargué la mano hacia el abanico, pero Johanna no lo soltó—. Ni es una clase de juego que a mí habría gustado jugar, si lo hubiera sabido.

—Ni a mí —dijo sencillamente, mirándome a los ojos.

—Y la Uzanne, ¿qué sabe de este cielo divino? —pregunté.

—Solo que es azul, que está adornado con lentejuelas y que encierra un oscuro secreto. Quizá tampoco a ella se le daban bien los clásicos, señor Larsson. —Johanna tocó el cañón vacío de pluma que recorría la varilla central—. Ella pretende protagonizar su propia historia. Piensa viajar hasta el Parlamento, en Gefle —dijo, con un encogimiento de hombros que delataba un sentimiento de inquietud, pese a su apariencia serena—. Quiere tener su abanico para cuando se encuentre con el rey.

—Yo asistí a su conferencia sobre la Seducción. Y no parece que causara ningún daño, aparte de provocar pensamientos pecaminosos, si acaso. Y el maestro Fredrik me ha descrito la demostración de la semana pasada. También él se asustó, pero lo que hizo la Uzanne se parece más bien a la magia de un charlatán ambulante.

—Su actuación en Gefle no será tan divertida, señor Larsson. No conozco todavía

los detalles, pero ella es una conspiradora con el disfraz ideal: nadie sospecharía que una dama aristocrática pudiera tramar otra cosa que simples naderías.

—¿Y usted pretende actuar como cómplice de la Uzanne?

—Actuar, sí —dijo—. Si no represento mi papel, ¿cómo voy a enterarme de más cosas? Por eso ha de darme usted el abanico.

Oí cómo crujían en el pasillo los zapatos de la señora Murbeck mientras cambiaba de posición.

—Y si regresa sin el *Casiopea*, ¿qué ocurrirá? —pregunté.

Johanna miró el carruaje negro, el cielo anaranjado de la tela, y plegó el abanico.

—La serpiente devorará a la joven. La reina vendrá a por usted. Y luego habrá muertes, sin ninguna duda: muertes de mayor trascendencia que las nuestras.

Pensé en el Octavo de Estocolmo, dos figuras entrelazadas que se transformaban la una en la otra, más poderosas cuando se combinaban.

—¿Hay alguna muerte de menor trascendencia? —le pregunté. Ella no respondió, pero volvió a colocar el abanico en la caja—. Señorita Bloom, si vuelve con las manos vacías, seguro que el resultado será sombrío. ¿Podemos concluir entonces que el retorno de *Casiopea* podría tener el efecto opuesto?

Me miró con curiosidad, ladeando la cabeza de tal modo que el sol vespertino trazó una línea dorada en su pelo.

—¿Y qué efecto sería ese?

—La esperanza de un renacimiento —respondí.

—Siempre cabe la esperanza. —Johanna vio la tira de papel bajo el *Casiopea*, un trazo de color crema en el forro de terciopelo azul. Lo cogió y lo leyó en voz alta—. «Manténgalo a buen recaudo. Ya le diré cuándo enviarlo». ¿Qué significa esto?

De pronto, recordé la imagen del as de Tampones: un rostro de querubín por encima de dos leones regios, a punto de enfrentarse en un escudo de armas. Y junto a la cara del ángel, un pajarito susurrando un mensaje. Una oleada de entusiasmo me recorrió de pies a cabeza: ¡mi Prisionera!

—Quiere decir que un gorrión me ha enviado un mensaje urgente —dijo—. Usted es una de mis ocho.

—Ocho ¿qué?

—Personas. Es una forma de adivinación llamada el Octavo.

—Lo recuerdo. Habló usted de ello aquella noche en El Rabo de Cerdo —dijo—. Se había comprometido en matrimonio.

Me llevé la taza a los labios y me bebí el café, a pesar de que estaba frío y desabrido.

—Las cosas no salieron como había previsto.

—¿Qué futuro le predijo la vidente? —preguntó.

—Un camino dorado. —No dije «amor y conexión», pues me pareció que sonaba ridículo y temía haber hablado ya demasiado—. Lo curioso es que mi Octavo empezó por una exigencia de casarme en contra de mi voluntad.

Ella se echó hacia delante y asintió, con un brillo de solidaridad en los ojos.

—Igual que mi fuga a la Ciudad. Por lo visto, tenemos también en común esa aversión al matrimonio.

—Sí. ¿De veras fue eso lo que la trajo aquí?

Me habló de su vida gris en Gefle, de su compromiso con el viudo Stenhammar y su encuentro con el maestro Fredrik, de cómo había entrado a trabajar en El Rabo de Cerdo y cómo se había convertido en la señorita Bloom. Me explicó que Gullenborg había constituido al principio un paraíso de colores y placeres sensuales y que más tarde se había convertido en un lugar de trabajo donde sentirse útil.

—Pero nada es lo que parece; pronto estaré atrapada.

—Es usted la Prisionera de mi Octavo, y yo estoy destinado a liberarla —dije, tomando su mano y llevándola a mis labios.

Ella engarzó la mía con los dedos.

—¿Y todos los demás que la Uzanne tendrá pronto cautivos?

—Necesitaré su ayuda, Johanna, pero juntos podemos cambiar a nuestro favor el curso de unos acontecimientos de gran trascendencia, y sacar a la Uzanne de la partida.

Capítulo cuarenta y dos

UNA ALIANZA DE ADVERSARIOS

Fuentes: M. F. L., J. Bloom

«**A**hora o nunca, sin más dilación. ¡ÉL debe responder de sus actos! ¡ÉL ha administrado desastrosamente la nación y permitido que fuera destruido el pueblo! ¡El Primero del Reino, el que instigó una guerra de ladrones y vendió nuestro pueblo al Turco, el que lo atenazó con una dictadura, el Cobarde y Arrogante Canalla!».

El maestro Fredrik recogió de la acera el panfleto pisoteado y volvió a tirarlo como si fuese un ascua ardiente.

—¡Por Dios bendito, la Uzanne está empapelando la Ciudad con mensajes de sedición! —exclamó.

Una ráfaga de viento recogió el pérfido impreso y lo mandó revoleando por encima de los tejados para descender de nuevo e inflamar en otra calle a otro ciudadano. Con el paquete de papel de carta y de sobres de solapa triangular bajo el brazo, el maestro Fredrik se apresuró hacia el callejón del Sastre, rezando para que el cochero hubiera cumplido con su deber. Se detuvo en seco junto a la vidriera de la panadería, llena de hileras perfectas de bollos de carnaval: doradas cúpulas marrones de pan dulce con cardamomo, espolvoreadas de azúcar glasé. Se palpó el bolsillo, buscando una moneda, y ya se iba hacia la puerta del establecimiento cuando captó un reflejo en el cristal: una muchacha con capa gris y una cesta en el brazo.

—El diablo me ha desviado de mi camino, disfrazado de pastelillos rellenos de nata —le dijo a su propia imagen, y acto seguido se volvió y llamó a la joven—. ¡Señorita Bloom!

Johanna avivó el paso y el maestro Fredrik trotó tras ella lo más aprisa que pudo.

—Es usted la señorita Bloom, ¿no? —preguntó, jadeante, sujetándola de la capa—. Deduzco que ha ido a ver al señor Larsson. —Una expresión de temor cruzó el rostro de la joven, aunque enseguida asintió—. ¿Ha llegado mi nota mientras estaba allí?

—La casera ha subido una nota, sí. —Johanna se bajó aún más la capucha.

El maestro Fredrik suspiró con alivio.

—¿Así que ha llevado a cabo una misión caritativa? —Johanna asintió; el maestro Fredrik la atrajo hacia sí—. Ella la ha enviado a buscar el abanico. —Johanna no replicó—. Yo iba a encargarme de llevárselo personalmente, junto con el señor Larsson.

—*Madame* no podía aguardar a que un hombre hiciera una tarea propia de una mujer —dijo Johanna, tratando de zafarse.

—Lleva unos guantes preciosos —apuntó el maestro Fredrik, soltando su capa—. Bellos y prácticos. El gris oscuro disimula la mugre, pero el bordado anuncia una

mano hermosa. Son de ella, ¿verdad?

Johanna lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—He de volver a Gullenborg, maestro Lind.

—Está cuidando a un enfermo, señorita Bloom. Y eso lleva su tiempo. —Tomó su mano con delicadeza y recorrió con el dedo la línea bordada del guante—. Nuestra estimada señora colecciona todo aquello que sea bello y práctico al mismo tiempo. Sus abanicos son el ejemplo principal. Pero *Madame* también colecciona personas útiles y bellas: como nosotros. Bueno, yo soy útil, pero difícilmente puedo considerarme bello. Dios sabe que lo intento. —Se echó a reír, pero se detuvo al ver la expresión acongojada de Johanna—. No obstante, creó cosas útiles y bellas. Me pregunto si también se siente usted coleccionada, viviendo en su lujosa mansión, luciendo sus preciosos guantes, adquiriendo día a día un aspecto más bello, y siendo de tan extraordinaria... de tan crucial utilidad.

—Yo necesitaba un puesto. No pretendía formar parte de una colección.

—Ah, pero así es. Lo sé, porque yo mismo he estado clavado allí con alfileres durante largo tiempo. —El maestro Fredrik se inclinó hacia Johanna y bajó la voz—. Quedamos tan firmemente clavados que llegamos a creer que no podemos actuar como criaturas dotadas de libre albedrío. Pero debemos hacerlo. —Le estrechó la mano con más fuerza—. ¿Qué hay de las medicinas que le ha ordenado la Uzanne que llevara al señor Larsson?

—¿Cómo sabe lo que me han ordenado que trajera?

—La cocina de una gran casa es la despensa de los secretos, señorita Bloom —dijo el maestro Fredrik—, y la Vieja Cocinera los sirve con su cazo cuando le place.

—Le prometo que él se recobrará, diga lo que diga la Cocinera. Yo jamás... —farfulló Johanna.

—Jamás, ¿qué?

Johanna miró de frente al maestro Fredrik.

—Jamás le haría daño a un inocente. Mi intención es impedirlo.

Su piel empezó a cubrirse con el sarpullido de un llanto inminente. El maestro Fredrik aflojó su tenaza, pero no le soltó la mano.

—Está helando, señorita Bloom, y hoy es miércoles. La señora Lind tendrá preparado un cuenco de sopa de guisantes caliente y unos crepes recién hechos para la cena. Necesitamos un sitio para hablar en confianza. Incluso los enemigos más acérrimos pueden formar alianzas en tiempos de guerra.

Capítulo cuarenta y tres

EL RETORNO DE CASIOPEA

Fuentes: Louisa G., J. Bloom.

Johanna oyó un ruido de tacones que se aproximaba. Era evidente, por los andares garbosos, casi propios de una danza, que la Uzanne se había enterado ya de su éxito. Inspiró hondo varias veces y se miró los zapatos, todavía húmedos por la nieve, hasta que oyó la voz.

—Va vestida en consonancia con su antiguo nombre. ¿Acaso pretende adoptarlo de nuevo?

La Uzanne se echó a reír al ver su expresión de alarma.

—Espero que no, *Madame* —respondió Johanna, con una mirada que pretendía ser pícaro—. Quería pasar desapercibida.

—Pues está destinada a florecer —dijo la Uzanne, y se dio media vuelta, indicándole que la siguiera—. Louisa, traiga algo de comer. Algo delicioso —le dijo al pasar a la doncella.

La Uzanne se detuvo ante una puerta con paneles, sacó una llave que llevaba colgada de la pulsera y abrió con un chasquido. Era la primera vez que Johanna pisaba el sanctasantórum de la colección y su corazón empezó a palpar mientras entraba en la habitación, mal ventilada. Aquello parecía más bien el tesoro de un dragón, no un archivo con centenares de delicados abanicos: había un abigarrado revoltijo de cómodas, cajas de madera y armarios, con mapas, cartas y facturas amontonados por todas partes. En la mitad inferior de las paredes se sucedían las hileras de estrechos cajones, y por encima de cada hilera había un nicho semicircular empotrado, con un abanico expuesto tras una puerta de cristal herméticamente cerrada. El nicho central se encontraba vacío, y fue junto a él donde se detuvo la Uzanne. Sus manos se abrían y cerraban, crispadas, con nerviosa expectación.

—¿Lo tiene?

Con una inclinación, Johanna le entregó la caja, que llevaba envuelta en su chal.

—Confieso que me alegra desprenderme de él. La adivina le dijo al señor Larsson que el abanico poseía un poder mágico.

La Uzanne dejó el fardo sobre su escritorio y se puso a deshacer el nudo con la ansiedad de un amante ante unos lazos de encaje demasiado tozudos. Por fin, se llevó las guardas de marfil a los labios. Luego miró a Johanna con ojos brillantes.

—¿Cree usted en la magia, señorita Bloom?

Johanna vaciló, preguntándose si se trataría de otra prueba.

—¿Qué clase de magia?

—Cualquiera. La de un abanico, por ejemplo.

—Hay cosas, sin duda, que no puede explicar la ciencia. Ni la Iglesia —dijo Johanna.

—Exactamente —dijo la Uzanne, manejando el abanico, abriéndolo y cerrándolo una y otra vez—. No lo habría creído hace un año, pero mire cómo ha hallado *Casiopea* el modo de volver a mí cuando más lo necesitaba. Está ansioso por llevar a cabo la tarea para la que fue creado. Igual que nosotras.

Louisa llamó a la puerta y entró con una bandeja cargada de pasteles de almendra y rodajas de naranja escarchada. La depositó en una mesa y se quedó merodeando junto a la entrada para poder escuchar.

—¿Ha sido difícil conseguirlo, Johanna? —preguntó la Uzanne.

—En absoluto, pero he tardado más de lo que habría querido. Él se sentía conmovido por el gesto caritativo de *Madame* y no paraba de hablar. También parecía hechizado por el abanico.

—¿Y las medicinas?

—El señor Larsson ha abierto el frasco azul de inmediato con un cuchillo, pero no se lo ha bebido en mi presencia. Le parecía de mala educación —dijo Johanna.

—Tenía sus modales, el señor Larsson. Y un porte atractivo. Lástima, la verdad. Quizás habría llegado a ser útil. Por un momento lo consideré como un posible partido.

Johanna pensó con alivio que tenía las mejillas rojas por el frío y que no se le notaría el rubor que le estaba subiendo.

—¿Para quién, *Madame*? Ninguna de sus alumnas se conformaría con un *sekretaire*.

—¿No? Yo creía que la señorita Plomgren preferiría un mercenario que un petimetre. Y el joven Nordén está salivando, pero no tiene ni idea de lo agria que es esa ciruela. Ni de lo pasada que está.

Johanna abrió los ojos con asombro; la Uzanne se echó a reír y se acercó a la ventana para examinar su tesoro a la tenue luz del norte. Palpó los dos lados de la tela del *Casiopea* y recorrió cada varilla con el índice, como una madre que examinara las heridas de su hijo extraviado.

—Confío en que esté en perfectas condiciones, *Madame* —dijo Johanna. Una gota de sudor le asomó en la raíz del pelo.

La Uzanne giró el abanico y observó el reverso. Las constelaciones relucían débilmente; la reina cabeza abajo apenas se distinguía bajo la luz mortecina.

—Ah, el abanico es el mismo. La diferencia está en mi conciencia de lo poderoso que es realmente, y en mi voluntad de sumar a su poder mi firme resolución. En eso radica la magia.

Colocó el *Casiopea* en el nicho central con la tela de cara, ajustó el marco de cristal y lo cerró con llave. La doncella, que se había pegado a la pared para escuchar, no pudo contener la tos y la Uzanne se giró y le lanzó una mirada fulminante.

—Louisa, ¿es que te has tragado las necesidades de la Cocinera y has venido a espiar? Ve arriba y empieza a hacer el equipaje. —Aguardó a que la doncella se escabullera apresuradamente y cerró las puertas del estudio—. Y usted tiene que bajar

a su laboratorio improvisado, Johanna. Necesito unos polvos para dormir aún más fuertes de lo que había pensado: unos que garanticen un día y una noche enteros de profundo reposo para un viajero que se dirige al extranjero. ¿Tiene ingredientes suficientes para elaborarlos?

—Yo... no estoy segura. Es un sueño muy prolongado y requeriría llevar a cabo unos ensayos.

—Cierto. La siesta del señor Nordén durante nuestra lección fue mucho más breve de lo que usted había previsto.

—Me sería útil conocer la talla de ese viajero —dijo Johanna.

La Uzanne hizo una mueca.

—Es muy parecido al duque Carlos. Pero más viejo y entrado en carnes.

Johanna vaciló.

—*Madame*, puede decírmelo con franqueza. Sin duda se refiere al general Pechlin. Lleva usted tiempo quejándose de su intromisión en las relaciones que mantiene con el duque.

—Ah, no. Ese hombre es muchísimo más peligroso que Pechlin. —La Uzanne se volvió hacia su escritorio y jugueteó con su abanico gris y plata—. Su cabeza se ha vuelto demasiado gruesa para su corona. Tiene que responder de sus actos, Johanna. Hay que despacharlo de una vez.

Ella entrelazó las manos para que no le temblasen.

—¿*Madame*?

—El Joven Per no es el sujeto ideal para un ensayo, pero parece muy encariñado con usted. Ofrézcale una dosis generosa como recompensa por su diligencia en el estudio. Quiero que haya probado los polvos antes de nuestra partida.

—¿Adónde vamos? —preguntó Johanna.

La Uzanne cerró el abanico y le puso la mano en la mejilla.

—Vendrá a Gefle conmigo. Será como un debut para usted sola. Casi como si fuera... mi hija. Saldremos pasado mañana, al alba. Y no olvide meter en el equipaje sus mejores galas —dijo la Uzanne, como si aquel viaje penoso para cometer alta traición fuese un picnic campestre—. Una cosa más, Johanna: la Cocinera ha difundido una enorme ración de calumnias, y usted es el principal ingrediente. No hay que fiarse del resto de la servidumbre.

—Ya no puedo escribir ni una letra más, señorita Bloom —dijo el Joven Per. Estaba encorvado sobre la mesa de la oscura cocina, tomándose un cuenco de sopa de guisantes amarillos.

—Ha trabajado muy duro, Joven Per, y casi son las diez —dijo una voz suave y encantadora—. Se merece un largo y agradable descanso.

—¿*Madame*! —exclamó Johanna, volviéndose hacia la escalera. El Joven Per se levantó de golpe y se puso firmes.

—Señorita Bloom. —La Uzanne echó un vistazo alrededor y vio que estaban solos—. Esperaba verla en pleno trabajo con su alumno, pero por lo visto he llegado

demasiado tarde. —El Joven Per se apresuró a buscar su pizarra, pero la Uzanne meneó la cabeza—. Es hora de dormir, y la señorita Bloom tiene unos polvos que le gustaría poner a prueba.

El Joven Per asintió, sonriendo.

—Muy bien.

Johanna dejó su libro sobre la mesa.

—Yo... no estoy del todo lista. Las proporciones...

—La Cocinera me dijo dónde está guardado el frasco, señorita Bloom. Tráigamelo aquí.

Johanna cogió el taburete de la chimenea y fue a la despensa. Encaramándose al estante más alto, alargó el brazo hacia el húmedo muro de piedra y notó el tacto liso del bote de cristal. Aguardó un momento; luego dio un grito y lo arrojó al suelo. Emergió de la despensa pálida y temblorosa.

—Lo siento, *Madame*. Lo siento.

El muchacho se adelantó con vivacidad.

—Vamos, ya la ayudo yo, señorita Bloom. Aquí hay un cuenco limpio y un cuchillo para recoger los polvos. Yo me encargo.

—Gracias, Joven Per —dijo la Uzanne.

Las dos mujeres observaron desde el umbral cómo el muchacho limpiaba el estropicio, recogiendo los fragmentos de cristal, tamizando los polvos de color gris blanquizco y metiéndolos en una vasija limpia.

—Ya está —dijo, tendiéndosela a la Uzanne.

—Primero tome una porción generosa para usted. Dormirá la mar de bien esta noche, y está dispensado de sus deberes por la mañana.

El muchacho hizo una venia y derramó en su mano un montoncito blanco.

—*Madame*, yo... —farfulló Johanna—. No está ensayado del todo.

—Precisamente por eso, ¿no?

Él se llevó la mano a la nariz e inspiró hondo.

—Huele muy bien —dijo—. Como usted, señorita Bloom.

—No tanta cantidad, Per, por favor —suplicó Johanna.

La Uzanne sujetó a Johanna del brazo con firmeza.

—Deje que tome todo lo que quiera.

Antes de un cuarto hora, el muchacho se había quedado profundamente dormido en el suelo. Casi dos días después, mientras la Uzanne y Johanna montaban en el carruaje que había de llevarlas a Gefle, el Joven Per fue trasladado al establo. Estaba sin conocimiento pero vivo, con los rasgos tan hinchados que no se le reconocía. El médico no sabía con certeza en qué estado despertaría, suponiendo que despertara. La Uzanne se arrellanó en el carruaje y se cubrió con la manta de piel.

—Buen trabajo, Johanna. ¡Casi treinta y seis horas! Ya podría estar ahora a medio camino de San Petersburgo.

Capítulo cuarenta y cuatro

AMAR TU TRABAJO

Fuentes: M. Nordén, L. Nordén

— **C**hristian, haz que tus abanicos hablen de los Nordén, no de la Uzanne — suplicó Margot.

Él ni siquiera la miró. Cogió con unas pinzas un cristal tallado y lo sostuvo bajo una lupa con lámpara.

—Tiene un defecto —murmuró.

—Christian, nosotros no debemos tener nada que ver con sus planes. No debemos tener nada que ver con ella. —Margot se levantó, vio que él estaba sopesando si reemplazar o no la piedra defectuosa y salió de la habitación con un portazo.

—Demasiado tarde, mi amor. —Christian levantó la vista—. Y mira todo el trabajo que nos ha llegado gracias a esto.

—¿Demasiado trabajo? ¿Es eso lo que la saca de quicio? —preguntó Anna Maria, abriendo la puerta y entrando en el taller, seguida de Lars. Se detuvo ante la hilera de abanicos de seda gris, alineados sobre un lienzo blanco, cada uno impecablemente plegado bajo sus guardas de ébano—. ¡Copias! ¡Al fin! —le dijo a Lars con alegría.

—Todas las jóvenes de tu clase de Dominación han pedido el mismo abanico, mi preciosa ciruela.

—¿Copias? No, señorita Plomgren, nosotros no hacemos copias —dijo Christian—. Estos no son exactamente iguales.

—Con tres docenas más y un anuncio en *Novedades*, el día después del debut podríamos cobrar el triple de lo que cuesta fabricarlos —dijo Anna Maria, tomando a Lars de los hombros.

Christian levantó la vista de su trabajo, con el ceño fruncido a causa de una tachuela de la guarda que se le resistía.

—¡Tres docenas más! Ya casi estoy arruinado con estos. El maestro Fredrik se ha hecho rico solamente con los cañones de pluma.

—¡Nosotros eliminamos la exquisitez! —exclamó ella—. ¡Las copias sencillas pero abundantes provocarán una avalancha!

—Una avalancha no es la meta del taller Nordén, señorita Plomgren —dijo Christian, concentrándose para encajar un diminuto clavillo adornado con una piedra—. La meta es el arte.

Anna Maria empezó a abrir los abanicos de seda, uno a uno.

—Pocas se merecen su maestría, Christian; y muchas pagarán por un modelo menos refinado. Ese es el arte de hacer dinero.

Christian colocó el último abanico con los demás, sobre el lienzo blanco, y aguardó a que dejaran de temblarle las manos para que quedara perfectamente paralelo.

—¿Y qué hay del alma que se pone en el trabajo?

Anna Maria abrió el abanico que Christian acababa de terminar, sujetándolo ante su rostro perpendicularmente y escrutando la perspectiva de las varillas.

—¿El alma? Ninguna de esas idiotas tiene alma suficiente para percibirla. Ni siquiera para reparar en ese diminuto medallón insertado en la guarda izquierda.

Christian colocó sus utensilios en pulcra formación sobre la mesa, tomando especial cuidado con una lezna muy afilada.

—Señorita Plomgren, usted trabaja en la Ópera. ¿Ha asistido a alguna función?

—Estuve la otra semana en el palco número tres —dijo ladeando la cabeza, como para recibir la luz de las candilejas—. *Orfeo*. Con *Madame Uzanne*.

—¿Y advirtió que todos los miembros de la audiencia captaban los matices de la música?, ¿que seguían la partitura?, ¿que sentían la pasión de Orfeo por su Eurídice?

—No. —Se encogió de hombros, riéndose—. Dos o tres de ellos, quizá. La mayor parte estaba durmiendo. Mirando su reloj de bolsillo. Leyendo el programa. Comiendo caramelos. Hablando. Los demás se miraban unos a otros. ¡Me miraban a mí!

—Y en vista de ello, ¿deberían los cantantes prescindir de la intención del compositor, de la poesía del libreto? ¿Saltarse las notas más agudas? ¿Abrir la boca y rebuznar como burros?

Anna Maria se volvió hacia Lars.

—¿Qué demonios tienen que ver los burros con los abanicos?

Lars reparó en una tela que Christian estaba pintando para la señora Von Hälsen.

—¿Eso es piel de pollo? Christian, ¿es que te has vuelto loco? ¡Nos vamos a arruinar!

Anna Maria dio un puñetazo en el banco de trabajo.

—¿Y qué demonios tienen que ver aquí los pollos?

Capítulo cuarenta y cinco

EL ÚLTIMO PARLAMENTO

*Fuentes: lacayo de Gullenborg, J. Bloom, Sra. S., Capitán J*** de la puerta norte de la Ciudad.*

Un carruaje negro de viaje con patines se encontraba detenido en la puerta norte de la Ciudad, con los caballos humeantes de sudor bajo las mantas de lana. El orondo cochero, envuelto en un grueso abrigo invernal, llamó con los nudillos a la ventanilla, cubierta de hielo y empañada por el aliento de las pasajeras que iban dentro. La puerta se entreabrió apenas y el hombre deslizó una mano por la rendija para calentársela un poco.

—*Madame Uzanne*, dicen que la respuesta oficial todavía puede tardar horas. Será mejor volver a la Ciudad y esperar allí los salvoconductos de viaje.

La puerta se cerró con un golpe violento; de no ser por los guantes forrados de piel, le habría roto los dedos al cochero. El hombre aulló una retahíla de maldiciones; enseguida atisbó un pálido rostro pegado a la ventanilla, escuchando.

—La hija de perra puede morirse congelada y derretirse en el infierno —masculló, caminando otra vez pesadamente hasta el cobertizo de los soldados—. Y su bruja también.

Había una buena pista excavada en la nieve, pues desde que había sido convocado el Parlamento habían pasado muchos trineos cargados de hombres y objetos de lujo hacia el norte. El cochero se sacudió la nieve de las botas y entró en el cobertizo, que olía a lana mojada, a mugre, col hervida y semillas de alcaravea.

—Ella asegura que el duque Carlos ha autorizado su presencia en Gefle y que los documentos deberían estar aquí.

—El duque pasó hace dos días, y la Pequeña Duquesa iba con él. —El capitán escupió en el fuego, provocando un silbido entre las brasas—. No hay papeles que valgan. La Pequeña Duquesa tolera a las bailarinas de *ballet*, pero no a una baronesa.

—Vaya y dígaselo, amigo mío. Yo quiero conservar la cabeza y volver a casa —dijo el cochero, calentándose junto a la estufa—. Esa mujer es de hielo y no se irá si no la obliga a dar media vuelta una mano muy firme.

Se desató una discusión para ver quién transmitía el mensaje. Reunieron unas pajas para echarlo a suertes, y ya iban a repartirlas, cuando las campanillas de un nuevo trineo anunciaron que había más viajeros reclamando paso.

—Por las llagas de Cristo, ¿quién será ahora? —rezongó el capitán. Se puso los guantes y caminó hacia un pequeño trineo, más apropiado para breves trayectos por la Ciudad que para un viaje de veinticuatro horas. Una mano pálida y delgada apareció por la rendija de la puerta y le entregó al capitán una carta sellada con lacre rojo. Él la miró un momento y la desgarró. Se fue irguiendo a medida que la leía. Al terminar, levantó la vista y devolvió la carta con una reverencia.

—Puede seguir adelante, señora Sofia Sparrow. Buen viaje.

El conductor sacudió las riendas del trineo y los dos caballos desaparejados, uno negro y otro marrón, partieron en dirección a Uppsala para dirigirse a continuación a Gefle. El tintineo de las campanillas de los arcos reverberó alegremente en el aire gélido, pero el grito que salió del negro carruaje de la Uzanne, cuya puerta se había entreabierto, hizo que el capitán y sus hombres se volvieran sobresaltados. La Uzanne se plantó en el peldaño inferior del carruaje.

—¿Por qué se permite pasar a ese coche plebeyo y no al mío?

—Porque ese viajero tenía una carta timbrada y sellada por el rey Gustavo en persona —gritó el capitán sin acercarse.

—¿Y cómo se llama ese viajero?

—Eso es asunto del rey, no de usted —replicó. La Uzanne lo miró como si no entendiera su idioma—. Será mejor que regrese a su mansión y a sus abanicos, *Madame Uzanne*. El Parlamento no es lugar para una dama.

Capítulo cuarenta y seis

MÁSCARAS Y VESTIDOS

Fuentes: L. Nordén, M. F. L., Louisa G.

Lars se adelantó apresuradamente hacia la Uzanne y le besó la mano con los modales de un cortesano. No cabía de contento por asistir a aquella reunión íntima en su *boudoir*. Era un signo inequívoco de superioridad frente a Christian. Le complacía haberse puesto su nueva chaqueta de brocado y sus botas relucientes como un espejo.

—*Madame*, soy su más devoto...

—Devoto —repitió Anna Maria desde su sitio en el sofá.

—... servidor. ¿Y su viaje, *Madame*? Confío en que haya sido fructífero —dijo Lars.

—¿Fructífero? No, señor Nordén, nada más lejos de la realidad —dijo la mujer, retirando la mano—. El duque Carlos y yo teníamos un plan valiente y generoso para que la nación recuperase la cordura. Pero me han denegado el derecho a viajar. —Se paseó del tocador a la ventana y se detuvo a observar al Joven Per, que cojeaba por la gravilla rosa arrastrando una pierna—. Me han llegado muchos informes de Gefle. Nobles sumisos, clérigos impíos, burgueses ingenuos, campesinos borrachos vomitando sus sobornos por las esquinas. Gustavo ha regresado victorioso a la Ciudad y planea reformas, por así llamarlas, más radicales: una extirpación completa del Primer Estado. Eso será el fin de Suecia. —Volvió lentamente a la mesita del tocador y tomó una máscara blanca de lentejuelas—. Así que en último término mi viaje ha resultado... inspirador. Mientras que cuatrocientos Patriotas y el duque Carlos no han sido capaces de nada, yo estoy dispuesta a actuar con decisión.

El maestro Fredrik dejó de jugar con los flecos verdes de la borla de la cortina e hizo una venia.

—*Madame*, me pregunto si podría decirnos...

—Permanezca en silencio, señor Lind. Está usted aquí a prueba —dijo la Uzanne, sentándose frente al tocador—. Su propuesta de ofrecer en castigo las invitaciones del debut no asegura la continuidad de su presencia aquí. —Las tres visitas observaron en silencio a la Uzanne mientras se ponía la máscara y se inspeccionaba en el espejo—. El debut de las jóvenes damas en el baile de máscaras habría constituido una celebración de los acontecimientos históricos de Gefle, pero el debut mismo constituirá ahora el acontecimiento histórico, tal como pretendía al principio. Un evento mucho más dramático de lo planeado inicialmente.

Anna Maria le apretó la mano a Lars.

—Espero que podamos asistir —dijo.

La Uzanne se puso de pie, se acercó a Lars y le ajustó una correa de la manga del abrigo.

—Precisamente por eso están aquí. Y hay un miembro más en nuestro séquito. Señorita Plomgren, vaya a buscar a la señorita Bloom, por favor.

Anna Maria miró a la doncella que merodeaba en el pasillo, pero reprimió la protesta que se le iba a escapar y salió. Todos oyeron sus gritos en el sótano. Enseguida se deslizó Johanna en el tocador, bajo la mirada de todos los presentes.

—Estamos hablando del debut. —La Uzanne le cogió el antebrazo con dos dedos y se lo apretó—. Ha engordado usted muy bien al lado de la Cocinera, señorita Bloom. El disfraz le sentará de maravilla. —Le hizo una seña a Louisa, que abandonó su puesto en la entrada y regresó con un vestido largo sobre sus brazos extendidos—. Pruébeselo para que lo veamos. Estoy segura de que los caballeros lo agradecerán.

Cuando Johanna emergió de la habitación del otro lado del pasillo, con la cara encendida y el pelo recogido con horquillas, la conversación se interrumpió de golpe. Ella misma se quedó paralizada mirando su reflejo en el gran espejo. Era como si todos los tiernos matices de la primavera se hubieran concentrado de pronto en ella. Un verde claro constituía la base del vestido. El canesú rígido era un prodigio de bordado: largos zarcillos rizados de hilo de plata que sostenían capullos coral y rosa a punto de florecer, preñados con la promesa de las dulces bayas maduras. El escote era lo bastante profundo como para realzar la turgencia de sus pechos, y el ribete de encaje crema ocultaba apenas el nacimiento de los rosados pezones, empujados hacia arriba con corsés de ballenas. La falda, flotando en un mar de enaguas, estaba surcada de cintas entrelazadas de color crema; en las intersecciones, había ramilletes de diminutas flores de seda de color lila, rosa, coral, crema y morado. Una franja de cuatro dedos de esas mismas flores prodigiosas bordeaba el cerco del vestido. El abrigo a juego le quedaba ceñido del cuello a la cintura y luego caía con holgura, mostrando un forro a rayas de satén crema y azul huevo de petirrojo. De la parte de delante colgaban a intervalos cintas azules a modo de cierres, aunque no estuvieran pensadas para atarse. Las mangas acampanadas del abrigo terminaban por debajo del codo y daban paso a una cascada de encajes que llegaba casi a la muñeca. Johanna observaba absorta el espejo; aunque no se miraba a sí misma: miraba aquel vestido que poseía todos los colores que siempre había soñado. Tocó el borde de la manga, como para comprobar que era real.

—Está usted... transformada, señorita Bloom —tartamudeó Lars. El maestro Fredrik aplaudió con entusiasmo.

—Entonces —dijo Anna Maria, ladeando la cabeza y apartando la vista de su rival—, ¿qué disfraz llevaré yo, *Madame*?

La Uzanne se volvió.

—El dominó veneciano es el disfraz preferido por los Patriotas esta temporada.

La furia de Anna Maria era casi visible.

—¿Voy a ir... de muchacho?

—No simplemente de muchacho, sino de príncipe estudiante. Estará a mi lado para estudiar y aprender. Y Gustavo tiene un ojo especial para la belleza de ambos

sexos, así que no pasará desapercibida, estoy segura. —Alzó su abanico gris y plata—. Este ejemplar estará esta noche en sus manos. Si lo maneja bien, podrá usted darle nombre y reclamar su propiedad.

—¡Una prenda digna de una reina! —Lars se situó junto a Anna Maria, ahora más aplacada—. Y si mi bella ciruela va a vestir de caballero, ¿los caballeros de verdad llevarán vestido?

—Me gusta la idea de verlo con un vestido, señor Nordén. Es usted lo bastante lindo para ser un hombre. ¿Qué dice, señor Lind? Debe de ser como un sueño hecho realidad.

El maestro Fredrik inspiró hondo.

—*Madame*, confío en que complazca mi curiosi...

—¿Su curioso apetito, señor Lind? Por supuesto —dijo la Uzanne, frunciendo el ceño en son de burla—. Pero en lo que se refiere a su glotonería, será mejor que comience antes de hora con el ayuno de Cuaresma si pretende caber en su vestido.

—¿Sus jóvenes alumnas también irán con dominó? —preguntó Lars—. Se sentirán muy apenadas si no pueden exhibir sus atributos, como desearán todos los caballeros.

—No, señor Nordén. La tarea que se les ha encomendado es preparar el ambiente de la sala. Cada una tiene asignado uno de los hombres de Gustavo, al cual debe atraer y dominar. Han de presentarse sin duda como mujeres. —La Uzanne se puso al lado de Johanna y la contempló en el espejo—. Está usted en su apogeo, Johanna, y tendrá un papel estelar. Será la princesa sin máscara y me seguirá a un paso de distancia. Pero no podrá bailar ni flirtear con los caballeros que acudan en manada. Estará concentrada en un solo hombre. —La Uzanne le recogió un mechón suelto detrás de la oreja—. Conocerá al rey, Johanna. Si hace bien su papel, podrá quedarse el vestido.

—¿Y dónde lo luciré después? —preguntó Johanna, con la cara repentinamente desprovista de color.

La Uzanne le quitó un hilo del canesú y alisó los encajes de la manga.

—Habrà una nueva corte con el tiempo. Pero primero pensemos en el baile de máscaras. Gustavo recibirá el mensaje que yo iba a entregarle en Gefle, aunque esta vez con más pasión.

—¿Qué mensaje? —preguntó Lars, con un aire estúpido y atolondrado pintado en la cara.

La Uzanne se paseó lentamente del tocador a las ventanas, abriendo y cerrando el *Casiopea*.

—Que para los auténticos patriotas, ningún sacrificio es excesivo por amor.

La habitación se quedó en completo silencio; solo se oían las ráfagas de viento que zarandeaban las ventanas. Un destello de comprensión cruzó el rostro de Anna Maria. Se sonrojó y entornó los ojos con placer.

—Señorita Bloom, el trineo llegará en un cuarto de hora. Vuelva a ponerse la ropa

de calle y vaya a hacer su recado a la Ciudad —ordenó la Uzanne—. Señor Lind, las invitaciones para el debut y las entradas deben enviarse dentro de dos días, y las tarjetas para la celebración posterior al baile, en una semana. No hace falta que vuelva a Gullenborg hasta después del gran acontecimiento. —El maestro Fredrik frunció el ceño y se apresuró a retirarse. Sería difícil mantener su alianza con Johanna a distancia—. Señor Nordén, quiero que acompañe a la señorita Bloom a la Ciudad y que se asegure de que regresa sin contratiempos. —Lars se levantó con entusiasmo y le hizo una reverencia—. A la vuelta, escóltela a mi alcoba y encárguese de que Louisa cierre con llave. Un mozo del establo abrió subrepticamente mi reserva de medicinas y su avidez a punto estuvo de resultar fatal. Los criados culpan a la señorita Bloom y la Vieja Cocinera quiere su cabeza. —Anna Maria se levantó también con entusiasmo y cogió de la mano a Lars—. Señorita Plomgren, usted se quedará para probarse y ajustarse los pantalones.

Anna Maria se desplomó de nuevo en el sofá, inmóvil como una serpiente al sol, y observó a Johanna mientras se retiraba del tocador; la cola de su vestido parecía un arroyo de flores primaverales.

Capítulo cuarenta y siete

JOHANNA EN LA GUARIDA DEL LEÓN, II

Fuentes: J. Bloom, L. Nordén, empleado anónimo de El León.

Johanna aguardó frente al mostrador de El León, mirando un tarro polvoriento de cristal lleno de un brillante líquido verde. El empleado salió de la trastienda y le dirigió una mirada lasciva.

—Ha florecido usted, señorita Bloom. Las cabezas se vuelven a su paso. Los negocios deben de andar muy bien.

Johanna lo miró, pálida e inexpresiva.

—Necesito un poderoso sedativo que pueda molerse en polvo. El más potente que tenga.

—¿No le bastó con el falso galapierno? —preguntó. Johanna no respondió—. En polvo, dice... y potente.

El hombre tamborileó unos momentos con los dedos en el mostrador; luego se detuvo para sacarse la mugre de la uña del pulgar.

—¿Tiene antimonio? —preguntó ella. El boticario no respondió de entrada. Solo quien abrigara intención de matar pediría algo semejante—. Hay un lobo en las inmediaciones de la casa.

—¿Un lobo, eh? Ya me lo imagino, querida. —Dio una palmada y se echó a reír—. Bueno, un lobo tal vez no se tomaría el antimonio, es demasiado amargo. Pero tengo unas morillas que pueden resultar muy sabrosas para un estofado definitivo.

—¿Quiere decir falsas morillas? —dijo Johanna. Él asintió—. ¿Se pueden triturar en polvo?

El boticario se encogió de hombros.

—Nunca lo he probado, pero puede ensayarlo con su lobo.

Preparar ese tóxico resultaba peligroso; el solo hecho de inhalar en un espacio cerrado el polvillo que se levantaba al tritutarlo podía causar efectos nocivos. Pero su potencia era segura. La ingestión de falsa morilla resultaba fatal. La inhalación del polvo molido también había de serlo. La Uzanne sería esta vez el sujeto del ensayo y la víctima.

—¿Lo tiene aquí, en la tienda? —preguntó.

—Ah, yo siempre tengo falsa morilla para una señorita como usted. Pero tendrá que venir a la trastienda y abrir bien la boca —dijo el hombre, señalando con la cabeza la puerta de su taller.

Johanna se inclinó sobre el mostrador, mirándolo a los ojos.

—Tengo a un acompañante esperando en el carruaje. Seguro que preferiría darle él mismo una paliza antes de llamar a la policía. Y *Madame Uzanne* lamentaría verse obligada a denunciarlo ante el gremio.

El boticario adoptó un aire grave, entrelazando las manos.

—Mis disculpas, señorita Bloom. Creía que se había mudado a la calle Baggens, que suele ser el destino final de la mayoría de jóvenes que pasan por Gullenborg. Dígale a *Madame* que estoy como siempre a su servicio.

—Meta las falsas morillas en un tarro de cerámica, con una tapa bien ajustada y tráigalas de inmediato —dijo Johanna—. Y me llevaré también un buen paquete de antimonio, por si a esa fiera no le gustan las setas.

Capítulo cuarenta y ocho

UN MONEDERO ABULTADO

Fuente: L. Nordén

— **M**e niego a llevar vestido —dijo Lars, cuyo corpachón abrumaba la sillita dorada de la tienda Nordén. El local estaba vacío y los postigos cerrados; una sola vela alumbraba las paredes a rayas amarillas—. Yo llevaré la túnica de un gran sultán que ordena ejecutar a su harén actos indescriptibles.

Anna Maria abrió el armario de los abanicos y empezó a sacar cajones y a inspeccionar los ejemplares.

—He oído que el dominó veneciano es el colmo de la moda, y a ti tal vez te favorezca ese sencillo uniforme.

—Es un aburrido disfraz de Carnaval, mi querida ciruelita. Yo prefiero el color. —Lars se levantó y, acercándose por detrás, se pegó a Anna Maria.

—Entonces, ¿te parece que resultaré aburrida?

—Tú quedas atractiva con cualquier prenda. O sin ninguna.

—Oye, Lars, ¿dónde está el último abanico gris y plata? Lo dejé aparte para mí. —Hubo una pausa: el tiempo suficiente para que ella se zafara de su acoso—. ¿Lo has vendido? —Él se agachó para ajustarse la media—. ¿O lo has dado en prenda?

—No me habías dicho que era para ti. Lo he... lo he vendido.

—¿A quién? —Anna Maria le pasó la mano por el pelo y de repente se lo agarró con fuerza y tiró, obligándolo a ponerse de pie—. ¿Acaso a tu nueva amiga, la señorita Bloom? ¿Hiciste una parada al salir de El León para enseñarle el taller? —Lars trató de apartar la cabeza, pero no pudo. Anna Maria tiró aún más—. ¿Qué tiene que decir, señor Nordén?

Él le agarró la mano y sintió la violenta tensión de sus dedos.

—Era solo un abanico, ciruelita. No te enojas tanto.

—¿Es que tú nunca te enojas? —preguntó ella.

—No soy propenso al enfado, preciosa —replicó Lars, poniéndole el brazo en la espalda.

—Entonces debo enseñarte las ventajas de esa intensa emoción —dijo Anna Maria, tirándole del pelo con la fuerza suficiente para arrancarle una mueca de dolor—. Encierra un gran poder.

—Yo prefiero el poder del dinero —dijo él, empujándola contra la pared e inmovilizándola.

—Lástima que tú no lo tengas, ni tampoco los medios para obtenerlo. Yo prefería a un hombre con ingresos, un *sekretaire* bien situado.

Anna Maria sonrió, advirtiendo que la respiración de Lars se aceleraba, igual que la suya.

—Podría sorprenderla, señorita Plomgren, con mis emociones y mi abultado

monedero.

—Veamos ese monedero —dijo ella, tirando de su cinto hasta que los botones saltaron al suelo.

Capítulo cuarenta y nueve

UNA LAMENTABLE CONFUSIÓN

Fuentes: M. F. L., Sra. Lind

— Estas invitaciones son mi obra maestra, señora Lind. Ahora domino a la perfección los resortes del verdadero carácter de *Madame* —dijo, mirándose al espejo.

—Oh, sí, son preciosas, Freddie. Y malvadas.

La señora Lind se inclinó hacia él, pero no llegó a tocar con los labios las mejillas impecablemente empolvadas de su marido.

—Gracias, paloma mía —dijo él, repasando, una a una, las invitaciones al baile de máscaras: la hora, el lugar, la dirección, la fecha. La fecha—. Qué fácil es confundir un seis con un nueve. Las jóvenes damas llegarán con una pizca de retraso.

—¡Tres días, señor Lind!

—Lo cual no detendrá a la Uzanne, pero la distraerá e irritará, como el aguijón de una abeja.

—Se puede uno morir de una picadura de abeja, ¿sabes? —dijo la señora Lind.

—¡Entonces yo seré la abeja reina! —Le pellizcó la mejilla a su esposa y empezó a quitarse el peto verde—. ¿Los chicos estarán fuera todo el día?

—Todo el día, toda la noche y también mañana el día entero. Han ido a la guarnición de Norrköping.

—¿Vamos a jugar, entonces?

—Freddie, mi amor, eres el más travieso de los hombres —dijo ella, rodeando el escritorio y sentándose en su regazo.

Capítulo cincuenta

CARNAVAL

Fuentes: E.L., M. F. L., el Superior, Walldov, Sandell, Palsson y varios parroquianos de El Gato Negro.

A mediados de febrero había vuelto a trabajar en la Aduana, aunque estaba flaco y pálido y me sentía como los narcisos de mi habitación, ya marchitos y desprovistos de fragancia. Cada tarde, a las tres, iba a El Gato Negro con mis colegas a tomar café. Observaba a aquellos cinco o seis hombres que llevaban años y años reuniéndose allí todos los días. Apenas sabía nada de ellos. Había uno o dos que habían tratado de hacerse amigos míos, y me preguntaba si yo habría desempeñado un papel en el Octavo de alguno de ellos, facilitando un acontecimiento de sus vidas con mi indiferencia. Ya era hora, pensé un día, de hacer algo más que eso. Presté atención. Me enteré de que la mujer de Palsson acababa de dar a luz unos gemelos; Walldow cantaba de vez en cuando en el coro de la Ópera; Sandell era un voraz lector de novelas inglesas. Cuando me tocó a mí hablar, en vez de eludir sus preguntas como de costumbre, reconocí que aguardaba angustiado el regreso de mi buena amiga la señora Sparrow, cuyas habitaciones estaban cerradas a cal y canto. Hablé con admiración del rey Gustavo y de sus planes para renovar la nación con un sistema de gobierno moderno. Admití mis sentimientos por una joven que se hallaba en poder de un ama despótica y cruel; hablé de las noches que había empleado en mis intentos para introducirme secretamente en su prisión. Hasta ahora, no lo había logrado ni una sola vez, y no me atrevía a enviar una carta mediante el correo por temor a que los dos fuéramos castigados. El superior asintió, comprensivo, y reparó en mis manos trémulas. Dijo conocer bien mis penas. Mis colegas, con expresiones de aliento y palmaditas en la espalda, consiguieron que me escocieran los ojos y se me llenaran de lágrimas.

Regresé a mis habitaciones extrañamente reconfortado y me acosté en la cama, decidido a dormir unas cuantas horas antes de abordar mis tareas nocturnas. Me encontraba en ese estado de sopor entre la vigilia y el sueño cuando sonó un fuerte golpe en la puerta. Me levanté tambaleante y abrí el pestillo.

—Tiene buen aspecto, Emil. Ha mejorado mucho, como predijo la señorita Bloom. ¿Le apetece un bollo de Carnaval?

El maestro Fredrik tomó asiento para desenvolver el paquete de la panadería sobre la mesa, como si fuera un frágil tesoro.

—La señora Murbeck no lo aprobaría. Se ha convertido en una guardiana estricta de mi dieta. Además, tengo muy poco apetito —contesté—. Pero ¿qué hay de la señorita Bloom?

—Una gran mujer. Lo ha salvado a usted... la señora Murbeck, quiero decir. Y la señorita Bloom...

Me senté frente a él.

—La muchacha que usted llamó «falsa flor» no hace mucho.

—Una flor singular que yo no había sabido apreciar como merecía. —Se quitó el abrigo y lo dejó en el respaldo de la silla—. La señorita Bloom y yo hemos formado una alianza.

—¿Qué clase de alianza?

El humor jovial del maestro Fredrik se esfumó.

—Una alianza contra la Uzanne. La señorita Bloom y yo creemos que planea un acto de Dominación como clímax del baile de debut. Aunque usted y yo ya sospechábamos que la Dominación era de oscura naturaleza, no habíamos adivinado hasta qué punto. La señorita Bloom sostiene que la Uzanne alberga intenciones asesinas.

—Querrá decir que corren rumores de asesinato —dije—. Lo oigo en todas las tabernas.

—No, Emil. La Uzanne ha encargado a la señorita Bloom que prepare un polvo letal. Será la perdición de Gustavo.

—Suponiendo que sea cierto —dije, reacio a admitir que se tratase de una amenaza real.

El maestro Fredrik meneó la cabeza ante mi escepticismo.

—Hemos de actuar como si lo fuera, y tenemos la intención de desbaratar los planes de la Uzanne de todas las maneras posibles, por insignificantes que sean. Me he encargado de que las jóvenes damas no se hallen presentes y pretendo provocar otras distracciones esa noche. En cuanto a los planes de la señorita Bloom... —El maestro Fredrik se encogió de hombros—. Ella prefiere no contármelos por miedo a convertirme en cómplice, o quizá para evitar que me vaya de la lengua en un momento de debilidad. Sabia estrategia, sin duda. Pero yo pienso que la señorita Bloom nos salvará a todos. Ella está lo bastante cerca como para hacer daño. Ha accedido a explicarme todo lo que observe en Gullenborg. Por desgracia, yo he sido desterrado de allí hasta después del baile de máscaras.

—Puedo ir a verla yo —dije levantándome.

—No puede. —Cogió con aire abstraído un bollo de Carnaval y abrió la boca para dar un mordisco, pero se detuvo—. La Uzanne cree que está muerto.

—Pero puedo decir que fui milagrosamente salvado... —dije.

—Su salvación fue adquirida... —El maestro Fredrik me señaló con el bollo.

—... por las medicinas que ella envió.

—... con un abanico.

La conversación se interrumpió. El maestro Fredrik dio un gran mordisco y lamió con la lengua la dulce nata que se le escapaba por la comisura de los labios.

—La señorita Bloom me lo contó. Y le perdono, Emil. Todo será para bien al final. Si yo no hubiera estado al borde del abismo el tiempo suficiente, no habría recobrado el juicio. Y esa jugada sitúa a la señorita Bloom en mejor posición para

asestar el golpe. —Fredrik sacó un pañuelo y se limpió los labios—. La devolución del *Casiopea* ha estrechado el vínculo de esa muchacha con su señora. Con los lazos inquebrantables del amor.

Cogí un bollo, pero lo volví a dejar.

—¿Amor?

—Así es. La Uzanne ama a la señorita Bloom como a una hija. —Dejó su bollo mordisqueado sobre el envoltorio y escrutó mi rostro—. ¡Ah! Veo que usted alberga sus propios sentimientos.

Me sentí cazado, y confuso, ante su comentario, pues no estaba seguro de la naturaleza de mis sentimientos.

—Es una joven fascinante —dije. Él me miró con una expresión tan cálida y comprensiva que me sentí como un idiota y traté de explicarle que ella era solo una parte de un mecanismo más complejo que estaba dirigiendo mi vida: el Octavo—. Esta cartomancia es un descubrimiento de la señora Sparrow, pero quizá la conozca usted a través de las enseñanzas masónicas, en las que se designa como Divina Geometría.

—No lo conozco. ¿Cómo es que la señora Sparrow posee secretos de la hermandad que yo aún debo descubrir?

—Ha contado con varios maestros. Christian Nordén ha sido el más reciente. Son muy amigos, y él se encuentra varios peldaños por encima de usted en la logia —dije.

—¿Y usted cree en ese Octavo?

—Estoy convencido de su realidad, pues ha cambiado mi vida por completo. De lo que dudo es de mi capacidad para sacarle partido.

—¿Y qué le puede aportar exactamente?

Le hablé de la búsqueda de mis ocho elementos y de cómo podría ejercer, al encontrarlos, una presión a mi favor en el acontecimiento central que me había sido vaticinado.

—Por ejemplo, el hecho de colocarlo a usted en la posición de mi Maestro me hizo prestar más atención a sus palabras. Y usted, frente a un alumno tan entusiasta y lleno de admiración, se sintió inclinado a ayudarlo a alcanzar su objetivo. Sin las claves que proporciona el Octavo, tal vez yo no habría tratado de establecer una conexión con usted.

—Magia práctica —dijo—. Empieza a gustarme esa teoría del Octavo. ¿Y cuál es el acontecimiento central?

—Amor y conexión.

—De ahí la señorita Bloom —infirió con una sonrisa.

Para mi propia sorpresa, no protesté ante semejante suposición, aunque tampoco la confirmé, y él siguió sonriéndome de una manera absurda.

—Es más complicado que eso. —Le hablé del Octavo de Estocolmo, es decir, de mi conexión con la señora Sparrow y de la amenaza ahora bien real a Gustavo—. Ello me da la esperanza de que tal vez podamos ejercer una influencia crucial sobre el

gran complot que está tramando la Uzanne. Basta un pequeño giro de los acontecimientos para que todo el resto cambie de dirección. Y ahora mismo, en esta habitación, nosotros dos estamos ejerciendo una presión juntos.

—¡Le produce a uno una vertiginosa sensación de posibilidades! —exclamó. El sol invernal se colaba oblicuamente por la ventana e iluminaba mi bollo de Carnaval intacto. El maestro Fredrik le echó una ojeada y sus dedos se removieron inquietos, como si cada uno retara a los demás a agarrarlo.

Tomé el dulce, aspiré su intenso aroma a cardamomo y le di un mordisco, metiéndome en la boca un trozo de masa y sorbiendo la parte de dentro para saborear la nata y el mazapán.

—Pienso asistir al baile de máscaras.

—¿Y qué hará? ¿Gritar «¡fuego!»? ¿Ayudarme a derribar a la Uzanne?

—Podría hacer cualquier cosa —respondí—. Pero una es segura: liberaré a mi Prisionera, la señorita Bloom, y el Octavo quedará al fin completado.

Capítulo cincuenta y uno

EL PAJARITO ENLOQUECIDO

Fuentes: E. L., Sra. S., Katarina E., R. Ekbald.

El 6 de marzo, cuando me disponía a salir de casa para ir a la Aduana, la señora Murbeck asomó la cabeza al pasillo.

—Ayer llegó una carta, pero no regresó usted hasta muy tarde. ¿Ha vuelto a Gullenborg otra vez? —Soltó una especie de cloqueo y meneó la cabeza, apenada—. No considero sensato que se quede por las noches delante de la casa de su dama con la esperanza de entrar. Muy poco decoroso, señor Larsson. Mejor haría presentándole una petición honesta a su guardiana.

Durante semanas había acudido cada noche a Gullenborg disfrazado de mil modos, con la esperanza de encontrar una vía de acceso, o a alguien que me la facilitara a cambio de un soborno. Pero todo había sido en vano hasta el momento. Las habladurías sobre Johanna, sin embargo, sí se filtraban por las grietas: ahora los criados temían sus conocimientos y señalaban al Joven Per. La Vieja Cocinera quería que la metieran en la cárcel, aunque en cierto sentido ya lo estaba, pues la Uzanne tenía a Johanna siempre cerca o la mantenía a buen recaudo. Observé la cara afable y poco agraciada de la señora Murbeck, tan llena de inquietud, tan absolutamente crédula.

—Tal vez podría presentar usted una honesta petición en mi nombre —dije.

—¿Cómo? ¿Yo?

—Quizá la dueña y señora de la señorita Bloom considere beneficioso rodear a Johanna de un espíritu de arrepentimiento cristiano —expliqué—. La Uzanne mantiene una estrecha relación con el obispo Celsius y usted lleva consigo la recomendación de la Gran Iglesia y de la Sociedad de Oración para Damas.

La señora Murbeck se irguió ante la mención de su piadoso grupo de devotas.

—Me sé todas las oraciones de memoria.

—Sí, y podría llevarle a ella noticias mías. —La señora Murbeck arrugó la nariz ante una estratagema tan obvia—. Si accediera a actuar de portavoz tanto del Señor como de mí mismo, nuestra gratitud sería enorme. —Ella cruzó los brazos, con las manos firmemente metidas en las axilas, como para evitar que fuesen a agarrar mi soborno sin su permiso—. He pensado que yo podría enseñarle a leer y escribir más allá de lo que requiere el catecismo. También a su hijo, aunque para estimularlo a él tal vez tenga que utilizar novelas. Sería un precio pequeño el que los Murbeck habrían de pagar a cambio de un mundo entero.

Al principio pensé que no me había oído, o que no deseaba aprender, pero luego sus manos volaron con toda libertad.

—¿Yo y mi hijo, instruidos? ¡Dios bendito! —La mujer me abrazó y todo, roja de gratitud y de lágrimas—. Iré cada noche a Gullenborg si lo desea. No solo la señorita

Bloom saldrá ganando.

Le tendí la mano para sellar el trato, pero ella me dio otro caluroso abrazo, cosa que me hizo reír. Luego se secó los ojos y me entregó la carta que había llegado. Reconocí la letra picuda en el acto. Había regresado de Gefle.

—Empezaremos nuestro intercambio esta noche —dije, apresurándome hacia la puerta. La profunda inspiración de la señora Murbeck significaba claramente que sí.

Las calles estaban despejadas de nieve en los trechos donde daba el sol: una señal de que había un cambio en el aire. Llegué a la casa de gablete escalonado del callejón de los Franciscanos, subí a toda prisa las escaleras y me planté en la entrada, temblando de frío, expectante, lleno de preguntas y de conversaciones imaginadas. Llamé con un redoble juguetón. No acudió nadie, así que volví a llamar de modo más formal. Nada. Lo intenté de nuevo, esta vez con la ruidosa e inquietante insistencia que suele reservarse para los infractores de la ley. Al fin, retiraron los cerrojos con una serie de chasquidos y se abrió la puerta. Pero no fue Katarina quien me recibió.

La señora Sparrow iba con un vestido de terciopelo azul comido por las polillas y con un montón de chales encima. Parecía como si hubiese llevado aquellas prendas una semana, y el desagradable hedor que desprendían así me lo confirmó. Se había recogido el pelo castaño en un moño, apoyado fláccidamente en la nuca y reluciente de aceite, del que escapaban algunas hebras grises. Su cara estaba más delgada, y blanca como el yeso; pero aun así sonreía ampliamente, y sus grandes ojos castaños relucían con un fuego fanático. Las manos, otrora vivaces, las llevaba enlazadas frente al pecho.

—¡Emil! ¡Está usted flaco como un fantasma! —exclamó; al menos su voz era la de siempre.

—Señora Sparrow, he sufrido una gravísima enfermedad, pero volveré a engordar. ¿Qué le ha sucedido a usted?

—He estado en una peregrinación, Emil, en una peregrinación santa y fructífera. ¡Pase, pase!

Me tiró del brazo para que entrara. Mi aliento se condensaba ante mí en nubes de vapor. El lúgubre salón se hallaba solo iluminado por la luz que se colaba entre las gruesas cortinas, las cuales se habían desprendido en algunos trechos de sus argollas. Un olor a comida rancia, medias usadas y orines flotaba en el aire gélido.

—¿Dónde está Katarina? ¿Es que se ha metido en su lecho matrimonial y no ha vuelto a salir? —pregunté.

—¿Cómo? Ah, Katarina. Sí, le dije que se marchara y se casara enseguida. Los ocho estaban en su sitio y la envié... la envié... Ya no recuerdo adónde la envié. Ella lloró, eso sí lo recuerdo. Y dijo que volvería. Solo he de avisarla.

—Le convendría hacerlo cuanto antes, si recuerda su paradero. No puede recibir invitados con la casa en este estado.

—Para mí se han terminado los invitados, Emil. Ya no los necesito.

La señora Sparrow empezó a caminar por el pasillo y yo la seguí. Se detuvo

bruscamente ante un aparador de nogal y trazó un cuadrado y un círculo en la capa de polvo que lo cubría; las motas danzaban en un rayo oblicuo de luz que entraba por la ventana. Ella se quedó un rato mirando aquellas dos figuras, como olvidada de mi presencia.

—Pero necesita usted clientes para sobrevivir —dije al fin.

Me miró con un regocijo lunático.

—¡Que tenga que oír eso de usted! —Borró el dibujo y me estrechó la mano, como si acabáramos de conocernos—. ¿Se tomará conmigo una copa de *brandy*, caballero? —dijo con solemnidad—. Tal vez haya todavía una botella abierta en el salón principal.

—Seguramente nos hará bien a los dos —respondí, dirigiéndome a la sala de juego.

Cuando abrí las puertas, me recibió una ráfaga de aire tan frío que se me llenaron los ojos de lágrimas y sentí una punzada de dolor en los pulmones. Las ventanas estaban abiertas de par en par y la nieve había entrado dentro, dejando una capa de polvo blanco sobre las molduras del zócalo. Había sillas volcadas, vasos rotos y garrafas que habían estallado al congelarse el agua. Junto a la repisa de la chimenea se alineaban siete u ocho orinales, todos llenos aunque por fortuna congelados, lo cual indicaba que Katarina había estado fuera una semana y nadie había entrado allí desde entonces. Atisé una botella de armañac en un aparador y utilicé una servilleta tirada en el suelo para cogerla.

La señora Sparrow había desaparecido cuando regresé, pero vi un destello de luz en su alcoba, al fondo del pasillo. En la habitación había una estufa encendida y el ambiente, más caldeado, estaba impregnado por fortuna de una intensa fragancia a almidón y alcanfor. Una vela ardía en la mesilla e iluminaba débilmente un cuerpo totalmente tendido sobre la cama. Era un lecho muy alto y tenía un escabel al lado. Me subí y vi que era la señora Sparrow quien yacía como un lívido obispo de cuerpo presente. Llevaba un camisón blanco limpio y una bata a juego, ribeteada de extravagantes encajes, así como un gorro de dormir con cintas de satén y campanillas bordadas. Tenía los pies ceñidos en unas exquisitas zapatillas blancas de punto, con ribete de tafetán y ramas y pájaros bordados.

Acerqué a la cama una silla de respaldo recto y me senté, pero ella permaneció en silencio.

—Una ropa de dormir exquisita —dije por fin.

—Hace mucho tiempo tuve la visión de que moriría en la cama —dijo con tono impasible, todavía sin abrir los ojos—. Quiero estar bien vestida cuando encuentren mi cuerpo.

—¿Está enferma, señora Sparrow? ¿Llamo a un médico? ¿O a un sacerdote?

Subí de nuevo para tomarle el pulso. Ella se incorporó y me agarró la mano.

—No estoy enferma, Emil. Me acuesto así cada noche, pues cada noche podría ser la última. Pero a decir verdad esta noche es el final de algo: mi Octavo está

completo y el acontecimiento se ha puesto en movimiento.

Me explicó que todo empezó a encajar la Noche de Reyes, cuando finalmente prestó atención a su Maestra. Su visita a la Ópera con aquel suntuoso disfraz le había abierto la puerta a Gustavo, que llegó durante la última escena y la recibió en el palco real. Gustavo la había invitado al Parlamento en Gefle, donde podrían conferenciar a sus anchas.

—El viaje en trineo se prolongó durante dos días a través de un paisaje totalmente blanco que excitó mi Videncia. Me vi inundada de visiones; cada noche descifraba las luces danzantes de la aurora boreal, mientras el viento susurraba sobre el ocho infinito en las ramas desnudas. Pero lo que vino tras esa travesía mística, Emil, fue una dura prueba para mi voluntad de llegar a mi Compañero. Cada día acudía a los gélidos despachos en donde se reunían los delegados, pasando frente a los carámbanos helados de vómito que colgaban de las ventanas de los salones. Había pocas mujeres presentes, criadas y prostitutas aparte. Me trataron con desdén, me escupieron, me amenazaron con detenerme. Las calles estaban infestadas de soldados, todos en tensión por los rumores de asesinato. Inspiré sospechas y me detuvieron. Pero él me vio finalmente. Me vio. Y volvimos a reunirnos. —Se acomodó el gorro de dormir y se secó los ojos, por cuyas comisuras se le escapaban lágrimas de alegría—. Gustavo me prometió que se encargaría de llevarlo a buen fin.

—¿Qué fin? —pregunté.

—El fin de mi Octavo. ¡Mi Llave ya está en camino para abrir la puerta! Gustavo ordenó a Axel von Fersen que partiera de Bruselas con las credenciales de un diplomático destinado a Portugal. Von Fersen entrará en las Tullerías y saldrá con el rey y la reina de Francia.

—Lo describe como si fuera un juego de niños —dije—, aun en el caso de que Von Fersen diera su vida.

—Von Fersen es sin duda la Llave perfecta. El amor abre todas las puertas.

—¿Seguro, señora Sparrow? —Me levanté y cerré la puerta para mantener caldeada la habitación—. ¿Y qué hay de las amenazas que pesan aquí, en la Ciudad, sobre el rey Gustavo: los Patriotas, el duque Carlos, la Uzanne? Los rumores de asesinato son incesantes y estoy al corriente de un complot que podría triunfar antes de que Von Fersen llegue siquiera a París.

—Con más razón hay que actuar de inmediato —susurró—. Debe hallar usted el último de sus ocho elementos y colocarlos en su sitio. Luego todo el conjunto se pondrá en marcha. —Se reclinó de nuevo y cerró los ojos—. ¿Aún no ve cómo se conectan nuestros Octavos? El Octavo de Estocolmo lo cambiará todo.

Tras unos minutos de silencio, supuse que se había quedado dormida. Aticé el fuego de la estufa y luego fui a su estudio y le escribí una nota a la señora Murbeck, pidiéndole que viniera la criada de inmediato al callejón de los Franciscanos y que subiera pan y una sopa sustanciosa de la taberna de la esquina. Llamé de un silbido a un chico que cruzaba el patio y en un santiamén se presentó en la escalera de servicio,

encantado de llevar mi mensaje por un chelín. A continuación fui a la cocina. El barril de agua estaba lleno y, a juzgar por el olor, parecía que se podía beber. Katarina había dejado una lámpara de aceite, un pedernal y madera suficiente para la chimenea. Encendí la lámpara y el fuego, y puse el calentador de agua a hervir. El calor y la luz contribuyeron a disipar el miedo que me abrumaba los hombros y el cuello. No me costó encontrar una tetera, tazas, platos y cucharillas, pues todo estaba tan bien ordenado como en la cocina de un barco. La puerta de la despensa no tenía echada la llave, y allí encontré hojas de té, azúcar, una bolsa con una lata abollada llena de castañas, un cajón con rebanadas de pan duro envueltas en papel y un tarro sellado de mermelada de arándanos rojos. Cuando el té estuvo preparado y las castañas asadas, coloqué el desayuno en una bandeja de plata deslucida y volví junto a la señora Sparrow.

Parecía como si un vendaval hubiera barrido la habitación en mi ausencia, desparramando los papeles por todas partes. La señora Sparrow había bajado de su catafalco y, sentada junto a la mesilla, se encorbaba en el círculo de luz sobre una hoja cubierta de dibujos, musitando entre jadeos y suspiros. Yo ya estaba completamente desconcertado a aquellas alturas.

—Señora Sparrow, tiene usted que comer o, si no, vendrá el Coco y se la comerá —dije con un tono de reprimenda parecido al que empleaba la señora Murbeck con su hijo. Al servirle el té, me temblaban tanto las manos que la taza tintineaba y parte del líquido se derramó en el platillo. Le puse cinco terrones de azúcar y le tendí la taza—. Los cajones están casi vacíos. ¿Es que va a usted a cenar al Gato Negro?

La señora Sparrow alzó la taza, aspirando el vapor.

—No he cenado nada últimamente. El Octavo infinito abrume al cuerpo y suprime sus necesidades. —Volvió a dejar la taza intacta—. Quiero que vea el Octavo como yo lo veo, Emil. Lo he estado esquematizando en todos sus sentidos. —Se levantó y se afanó de aquí para allá, recogiendo y tirando papeles, igualando el fajo sobre la mesa para mantenerlo ordenado—. Mire: el Octavo se conecta en muchas direcciones, pero en el centro de todas ellas está el rey de Francia. Mire aquí, mire —repitió, lanzándome un montón de hojas y barajando las demás una y otra vez, como si fueran un gran mazo de cartas.

Las páginas se hallaban cubiertas de octógonos en caprichosas combinaciones: cuadros, cruces, rectángulos, pirámides, toda la geometría entraba en juego en aquellos diagramas demenciales. Mientras yo hojeaba la serie de dibujos, la señora Sparrow recogió los papeles restantes sin dejar de hablar con excitación.

—No importa cómo se configuren los Octavos. Ahí, en el esquema cruciforme, verá al rey francés en el crucero. En la brújula está en el punto central; todos los reinos irradian de él. Ah, la espiral. La fuente. Hay tantas y tantas formas, Emil. ¿Cómo es que no lo ve? Esto es la Divina Geometría y, sea cual sea la figura que tomemos, el rey francés ocupa la posición clave. Es el centro del centro. Nosotros giramos en torno de él como los planetas alrededor del Sol. Y en el centro del

universo de los reyes está el rey de Francia. Así es el mundo. Así es el mundo ahora y eternamente. Si el rey francés desaparece, nuestro mundo desaparece con él. Por eso ahora parece a punto de esfumarse, de salirse de la órbita otorgada por Dios. En tal caso, quedaremos todos a la deriva.

Dejó caer sus diagramas y, presa de una furia repentina, empezó a rascarse con ambas manos el cuero cabelludo, atormentada por sus locas ideas o por un ejército de piojos.

—Quizá un día no muy lejano ya no haya monarcas —dije, recogiendo las páginas.

Esto la detuvo en seco. Tomó la taza, ladeándola de tal modo que el té le goteó por la pechera del camisón.

—El mundo no está preparado para regirse por sí solo.

—Tiene usted muy mal concepto de nuestros congéneres.

Ella reflexionó y durante unos momentos contempló el cielo desvaído de marzo.

—He pasado con ellos mucho más tiempo que usted. La gente quiere líderes. Necesita líderes. —Yo le hice notar que el deseo de reformas se extendía por toda Europa y que el propio Gustavo quería cambiar los usos antiguos. La señora Sparrow meneó la cabeza—. No importa lo que usted o yo pensemos. El Octavo se constituye igualmente y alguien gobernará, con corona o sin ella. Las mejores perspectivas para nuestra nación dependen de la suerte del rey francés. —Empujó al suelo las demás hojas que tenía en el regazo, murmurando para sí—: El rey francés. El rey francés.

Tomé la taza de su mano y volví a llenársela, añadiendo lentamente los terrones de azúcar y dejando que la rotación de la cuchara nos calmara un poco a los dos. Ella dio unos sorbos de té y ambos permanecimos en silencio unos minutos.

—Tiene que comer, señora Sparrow. Necesitará toda su energía para apuntalar el trono —dije dulcemente.

Ella soltó una risa estridente, que parecía la del trapero de la plaza del Hierro, y luego empezó a toser. Tenía los ojos húmedos a causa de la tensión y se los secó con la manga.

—¿Dónde está *Casiopea*?

—¿Tenemos que hablar de eso ahora? No se encuentra usted bien —supliqué.

—Yo soy su Llave. He de saberlo.

Ahora sus manos revoloteaban alrededor de su rostro, junto a sus mejillas y su boca. Le conté lo sucedido en su ausencia: mi enfermedad, la Dominación, el indiscreto cotorreo de Lars, mi Urraca; la ayuda de Christian y Margot, a quienes yo consideraba mi Premio. Le hablé por último de los esfuerzos de mi Maestro y luego de mi Prisionera para hacerse con el abanico.

—¿Y? —preguntó, ansiosa, echándose hacia delante.

—La señorita Bloom tenía... un motivo más apremiante. Y después leyó las palabras que usted me había dejado escritas. Y encajaban tan bien que le di el abanico. Sentí que usted se encontraba allí en espíritu.

Ella se llevó las manos a la boca, musitando entre los dedos; se agachó para recoger algunos de sus papeles y los sostuvo muy cerca de sus ojos.

—*Casiopea* ha regresado con la Uzanne. Ah, sí, ahí está. Mire. He ampliado nuestro diagrama, Emil. He repartido el resto de la baraja alrededor de nosotros. Su Prisionera es la Maestra de la Uzanne —dijo—. Un tapiz precioso, ¿verdad? Ve, aquí está su Compañera. Su Maestro se ha vuelto contra ella y su Prisionera será liberada. —Levantó la vista de golpe y sofocó un grito—. No ha nombrado a su Mensajero. Ni a su Embaucador.

—Hay una persona que podría ser uno de los dos. —Le expliqué el papel de la señora Murbeck durante mi convalecencia; que yo creía que estaba en contra de mí, pero que había demostrado ser un ángel. Y que ahora había accedido a actuar como mi mensajera—. ¿Podría ser ambas cosas?

—¿Murbeck? —dijo la señora Sparrow—. En la carta de su Embaucador aparece una mujer de lengua afilada regañando a un hombre acobardado. ¿Es ese su verdadero carácter? —Le expliqué que la señora Murbeck era extremadamente bondadosa y que, aunque regañara a su hijo, lo amaba y trataba de criarlo bien—. Y la carta de su Mensajero representa a un hombre; se trata de un hombre sin lugar a dudas. Quizá la señora Murbeck sea simplemente una amiga. —Me sujetó de la manga, atrayéndome hacia sí. Noté el olor rancio de su aliento y de su cuerpo mugriento—. ¡Debe encontrar a estos dos últimos cuanto antes! Una decisión en apariencia insignificante de cualquiera de sus ocho elementos puede trastocar todo el panorama. La promesa de amor y conexión pende de un hilo. Y la Corona se halla en juego. —Al mirar su cabeza desde arriba, vi un piojo gris que se deslizaba por la raya de su pelo—. Necesitamos al rey francés —musitó—. ¿No dije que trajera *brandy*?

Oí una débil llamada, liberé mi manga de sus dedos huesudos y fui a abrir. Era la señora Murbeck en persona.

—¿Así que este es el antro de perdición? —dijo con un regocijo apenas disimulado—. ¿Dónde está la adivina?

La guie primero a la cocina, donde dejó sus cestas y paquetes; luego la llevé ante la señora Sparrow, que no le prestó la menor atención. Cuando volvimos a la cocina, la señora Murbeck me describió sus planes, que se iniciarían con un tratamiento contra los piojos e incluirían oración, canto de himnos y unas clases de punto para que la señora Sparrow contara con alguna ocupación útil. Le di dinero para que reabasteciera la despensa y ella prometió informarme más tarde.

—Volveré a casa puntualmente para mi lección, señor Larsson, y para traerle buenas noticias de su amiga.

La señora Sparrow no alzó la vista cuando me despedí. Recogí mi capa roja de la silla del vestíbulo y ya iba a levantar el pestillo cuando me llegó su voz desde el fondo del pasillo.

—*Vive le roi!*

TERCERA PARTE

El final del siglo

*Ah, la muerte es un oso temible.
Devora cada día y cada hora de vida.
El gorrión y el águila por igual.
Reciben su golpe cruel y caen abatidos.
Todas las criaturas se inclinan ante su ley.
Pero Baco sonrío... y yo también.*

CARL MICHAEL BELLMAN, «Canción de Fredman, núm. 19».

Capítulo cincuenta y dos

EN RELACIÓN CON LA SEÑORITA BLOOM

Fuentes: *J. Bloom, Louisa G.*

La Vieja Cocinera se le escurrió de las manos el plato de la cena, que estaba casi intacta, y la fina porcelana se hizo añicos en el suelo del estudio. Los trocitos de carne y los grumos de salsa le salpicaron en los zapatos y las coles de Bruselas con beicon rodaron hasta la chimenea.

—Ay, *Madame*, disculpe, pero mis manos me están pidiendo que hable. —La Vieja Cocinera no se apresuró a limpiar el estropicio. Se limitó a retorcerse las manos y a limpiárselas en el delantal—. Es en relación con la señorita Bloom.

—Sí, Cocinera —dijo la Uzanne, alzando la vista de su carta.

—Ya sé que está usted encariñada con la muchacha, y Louisa dice que nos ha hecho mucho bien a todos en Gullenborg. Pero yo tengo mis dudas, *Madame*. Serias dudas.

—¿Qué la mueve a pensar así? —La Uzanne se puso de pie y rodeó la mesa de su estudio.

La Vieja Cocinera hizo una mueca y se arrodilló para recoger los trozos de cerámica.

—En primer lugar, está el Joven Per. —No se atrevió a mencionar a *Sylten*; un gato muerto no significaba nada para su señora. Pero el chico ya era otra cosa; todavía no se había recobrado del todo—. La muchacha frecuenta mucho El León últimamente y se cuida de guardar bien sus maléficos paquetes en los cajones. No deja que nadie se acerque al sitio donde trabaja. La he visto con la nariz y la boca tapadas con un pañuelo para no respirar lo que está moliendo.

—Tal vez tenga los pulmones inflamados y sensibles. Ya sabe lo molesto que llega a ser eso. Y el mismo Joven Per le ha explicado que actuó con descuido. No obstante, usted sigue culpando a la señorita Bloom.

—Es solo que no quiero que *Madame* sufra ningún daño, ni tampoco nadie de Gullenborg.

—Su inquietud me impulsa a tomar medidas, Cocinera —dijo la Uzanne, poniéndole una mano en el hombro—. Deje el estropicio. Bajemos a la cocina y acabemos con esto. No quiero más discordias.

La Vieja Cocinera se levantó lentamente; su pesada respiración se había convertido en un agudo resuello. Los pasos de ambas resonaron en el pasillo desierto mientras se dirigían a la puerta de la bodega. Gullenborg estaba en silencio; la mayor parte de los criados se había ido a dormir. La Vieja Cocinera giró la llave y vaciló ante de abrir la puerta.

—¿Por qué habría de estar encerrada si no fuese un peligro?

—La mantengo encerrada porque pienso que ella está en peligro. Y usted ha

contribuido a ello.

La Uzanne tomó a la mujer del brazo y le dio un ligero empujón hacia la escalera. La Vieja Cocinera se volvió a mirar a su señora varias veces mientras descendían, pero no pudo distinguir su rostro en la penumbra.

Johanna aguardaba, muy rígida, junto al bloque de carnicero. La lámpara de la mesa estaba encendida y el calentador empezaba a silbar.

—Prepárele un té a la Vieja Cocinera, señorita Bloom. He bajado para poner paz entre ustedes de una vez por todas.

La Cocinera ocupó su silla junto al fuego, recelosa pero a sus anchas en aquel pequeño reino suyo, donde incluso se atrevía a tomar asiento mientras su señora permanecía de pie.

—¿Por qué me llama de repente Vieja Cocinera? —dijo, echándose hacia delante.

—Traiga el abanico gris y plata, Johanna. Espero que lo haya preparado como le he pedido.

—¿Y el té? —susurró Johanna.

—¿Ve lo considerada que es la señorita Bloom, Vieja Cocinera? —dijo la Uzanne, sentándose en un banco frente a la mesa—. Su bienestar antes que nada.

La cocina se quedó en completo silencio; solo se oía el chorro del agua en las tazas y el tintineo de la cucharilla en el bote de hojalata. Ese lapso de tiempo mientras preparaba el té fue suficiente para que Johanna se pusiera frenética. Ahora que el compuesto estaba listo, ella ya no servía de mucho, más bien constituía un problema. La Uzanne quería ensayar los polvos y se había traído a la Vieja Cocinera para subyugarla. No tenía adonde huir. Y si giraba el abanico hacia la Uzanne como pretendía, seguro que la Vieja Cocinera estaba dispuesta a interponerse y morir por su señora. Johanna repartió las tazas y las tres mujeres fueron soplando y dando sorbos al té humeante; la Vieja Cocinera trataba de sofocar su tos persistente.

—Quiero explicarle a la Vieja Cocinera qué clase de compuesto me está preparando, señorita Bloom —dijo la Uzanne—. Ella cree que abriga usted la intención de causar daño. —Johanna la miró con los ojos muy abiertos—. Es más: me gustaría enseñarle a la Vieja Cocinera el efecto de ese compuesto. —Johanna no se movió—. Es esencial para que podamos despejar el ambiente de una vez por todas.

Johanna dejó su taza en el bloque de madera y se sacó el abanico del bolsillo, envuelto firmemente en un pañuelo.

—¡Esa servilleta es de las buenas! —clamó la Cocinera.

La Uzanne se levantó y se situó junto a Johanna.

—La Vieja Cocinera es un equivalente casi perfecto: edad, altura, peso... y una falta de testículos indudable —dijo en voz baja—. Hágalo, Johanna. Ha asistido usted a mi clase, y la señorita Plomgren dice que imita usted sus movimientos a la perfección. Me consta que ha estado practicando.

—*Madame*, yo... —Johanna desenvolvió lentamente el abanico, cuidando de no derramar los polvos—. ¿Es así como he de sujetarlo?

Lo abrió torpemente y lo volvió de cara, manteniendo la guarda pegada a las tres últimas varillas.

—¿Qué?, ¿otra de sus pociones para dormir? —La Vieja Cocinera dejó la taza en el suelo y se incorporó trabajosamente de la silla—. Pues no va a haber más brujería en mi cocina.

—*Mi cocina* —dijo la Uzanne, y le arrancó el abanico de las manos a Johanna. Con dos rápidos movimientos, volvió el reverso hacia arriba y sopló en la base del cañón hueco, impulsando los polvos hacia la cara de la Vieja Cocinera. La mujer tosió y farfulló, agitando las manos; luego se detuvo y aguardó. Johanna contuvo el aliento, todavía sin saber cuál sería el efecto de la falsa morilla. No ocurrió nada. La Uzanne se echó a reír, como si fuera el Día de los Inocentes—. ¿Ve, Vieja Cocinera? Es solo un soporífero ligero —dijo, mirando a Johanna—. Ahora siéntese y bébase el té. La señorita Bloom le hará compañía hasta que esté lista para acostarse. La guerra ha concluido.

Miraron cómo subía la Uzanne las escaleras —el brillo de la vela rodeaba su figura con un halo— y oyeron cómo se cerraba la puerta del sótano con un chasquido. El sucesor de *Sylten* se despertó de su siesta y fue a sentarse frente a la Vieja Cocinera, ronroneando en su regazo. Pero aparte de los breves accesos de tos y del murmullo de un ratón, no se oía nada. Media hora después, la Vieja Cocinera estaba roncando.

Johanna se levantó y subió las escaleras de puntillas, pero arriba la puerta seguía cerrada. Oyó las campanadas amortiguadas de un reloj dando las once. Volvió a la cocina y se tendió en el banco. Los pensamientos se agolpaban en su mente. Tal vez las falsas morillas habían sido despojadas de toxicidad mediante ebullición, o estaban demasiado pasadas, o resultaban inocuas en polvo. Tendría que usar antimonio, pero ¿cómo iba a sorprender sola a la Uzanne? ¿Y qué haría la Vieja Cocinera cuando despertase? Miró las ascuas palpitantes, rojas sobre las fauces de ladrillo tiznado, y pensó por primera vez en el infierno. ¿Cómo había ido a parar a un lugar tan frío y precario, que sin duda era el portal del demonio: un lugar en el que ella misma veía a la Vieja Cocinera como un ensayo y donde sus conocimientos estaban destinados a hacer daño?

El sueño acabó venciendo a Johanna, pero unas horas más tarde despertó sobresaltada, con la cara de la Vieja Cocinera muy pegada a la suya. En el hogar solo quedaban brasas, pero Johanna vio con claridad su boca entornada y sus ojos abiertos de par en par. Percibió el vago aroma a chocolate de la falsa morilla, un chiste cruel de la naturaleza.

—No me encuentro bien, señorita Bloom —susurró.

La Vieja Cocinera chasqueó los labios varias veces y fue a sacar un cazo de agua del barril. El gato, arrancado bruscamente de su siesta, se estiró perezosamente y subió de un salto sobre el pecho de Johanna. La Vieja Cocinera bebió ávidamente y, de pronto, arrojó el cazo y se agarró el estómago con ambas manos. Dio media vuelta

y corrió hacia el cubo de desperdicios que guardaban en un cuartito trasero; el ruido de su cuerpo mientras expulsaba todo su contenido resultaba ensordecedor en mitad de la noche. Johanna oyó el golpe sordo de una caída, el choque de los miembros derrumbados y el resuello y los estertores de unos pulmones agónicos. No había ningún antídoto. Johanna alzó el cuerpo cálido del gato hasta su rostro, cerró los ojos e inspiró el olor de su pelaje hasta que se hizo el silencio otra vez.

Capítulo cincuenta y tres

LOS IDUS DE MARZO

Fuentes: E.L., J. Bloom, doncella de cocina.

La doncella de cocina rebuscó en el llavero; tenía a su lado a un criado silencioso para protegerla.

—La Sociedad de Oración para Damas nos ha avisado que vendría usted, diácono. Han dicho que sus plegarias no tenían la fuerza suficiente después de lo ocurrido —dijo.

—Es deber del clero asistir al pecador y enfrentarse al demonio cara a cara. Doy gracias a Dios por esta oportunidad.

—Mejor démelas a mí primero. —La doncella extendió una mano y se guardó la moneda; luego abrió la cerradura—. Le ruego que me perdone, diácono, pero el espíritu de la Vieja Cocinera sigue atrapado en el cuarto de los desperdicios, así que no voy a bajar con usted.

En cuanto crucé el umbral, ella volvió a cerrar con llave. Su voz me llegó amortiguada a través de la puerta de madera.

—Tres golpes bien fuertes cuando quiera salir —dijo—. El criado se quedará esperando. La señorita no puede subir si no es en presencia de la Uzanne.

Oí que la doncella se alejaba a toda prisa, como temiendo que se la tragara la lóbrega escalera.

—Señorita Bloom —dije en voz baja—. Le traigo la redención.

Abajo todo estaba en silencio. No se oía el silbido de los calentadores hirviendo ni el estrépito de cacerolas habitual en el reino de la Vieja Cocinera. Solo brillaba la luz parpadeante del hogar, que trazaba sombras alargadas y franjas amarillas sobre las baldosas. Di un respingo al ver que asomaba una cabeza por la esquina.

—Váyase, padre —me susurró—. Ya es tarde para la salvación.

—He pagado muy bien por el honor de salvarla —dije, bajando las escaleras.

Johanna me miró como si fuese un fantasma; enseguida me arrastró hacia la cocina y me murmuró al oído:

—Hable en voz baja. Se quedan a escuchar detrás de la puerta.

La cocina estaba caldeada y sumida en la penumbra; los blancos azulejos reflejaban la luz del fuego y una lámpara de aceite iluminaba débilmente la larga mesa de roble.

—¿Dónde está la Uzanne? —preguntó Johanna.

—Se consuela en el lecho del duque Carlos. O ella lo consuela a él. Todos los soberanos sienten recelo de los Idus de Marzo —respondí. Johanna se relajó visiblemente—. Gustavo teme en especial este día. Pero es de mañana, del 16, de lo que debería tener miedo. —Me quité el sombrero clerical y la sotana que me había prestado el maestro Fredrik, y desenrollé la bufanda con la que llevaba envuelta la

cara—. Yo lo tengo.

Un guisado de cebada y buey impregnaba el aire de un aroma intenso y sabroso. Johanna fue al hogar para removerlo.

—¿Tiene hambre, señor Larsson? —preguntó.

No respondí, pero ella me llenó un cuenco con el cucharón. Luego se sentó junto al fuego en un taburete de tres patas. Yo me instalé en la mesa, desde donde la veía mejor.

—¿Qué pasó con la Vieja Cocinera? —pregunté.

—La Vieja Cocinera fue el ensayo de la tragedia de mañana.

Eché un vistazo a la puerta del cuarto de los desperdicios.

—¿Y cómo se producirá esa tragedia?

Un tronco de pino rodó entre chisporroteos fuera del hogar; Johanna lo empujó con el pie hacia el fuego.

—El primer acto corresponde a la Seducción. Esa parte de la velada será ligera y divertida. La Uzanne y la señorita Plomgren irán con máscara y vestidas de hombre. Las jóvenes damas se presentarán disfrazadas de la manera más seductora. La Uzanne y la Plomgren se concentrarán en Gustavo mientras que su camarilla se ocupará de los hombres leales al rey. Utilizarán la libertad que otorgan las máscaras en su provecho. El segundo acto es siniestro. Usted se perdió la conferencia sobre Dominación, pero me consta que el maestro Fredrik le explicó su contenido. Las jóvenes han cargado sus abanicos de talco perfumado o de afrodisíacos de El León, pero la Plomgren lleva el abanico gris y plata preparado aquí, en la cocina de Gullenborg. *Casiopea* estará listo como munición de reserva, pero la Uzanne no se ensuciará las manos si puede evitarlo. —Johanna se volvió sobre su taburete para mirarme—. Yo no llevaré ningún abanico importante; la Uzanne me cree demasiado torpe después de lo ocurrido anoche con la Vieja Cocinera. Pero estaré junto a ellas en la apoteosis final. Me presentaré como una doncella sin máscara, destinada a ejercer de chivo expiatorio. Si fracasa el plan o se descubre el complot, la Uzanne me señalará a mí, como si entendiera de golpe el envenenamiento del Joven Per y el asesinato de la Vieja Cocinera. Ella clamará que ignoraba mis malvadas maquinaciones. Le habré resultado útil, ¿no cree?

Su voz parecía tranquila, como si estuviera describiendo una escena de una obra teatral. De pronto, sin embargo, se cubrió la cara con las manos.

—Quizá todavía podamos cambiar el desenlace —dije, pensando en el Octavo—. ¿Puede salir de Gullenborg? Yo he intentado liberarla, pero la tienen bien atrapada.

—Mi papel aquí no ha concluido. Si ella me llama más tarde esta noche, haré lo que debo hacer y saldré por la puerta principal. Si no, partiré en un carruaje de cuatro caballos mañana por la noche para acudir al baile de máscaras. —Johanna removió con energía los troncos; algunas llamas aisladas se elevaban aquí y allá, arrojando un resplandor rojizo en su rostro—. La Uzanne me cree incapaz de Seducción y Dominación, pero yo demostraré que soy la más consumada de sus alumnas. Me

situaré a su lado y me ofreceré como voluntaria. Llevaré un abanico mortal por mi propia cuenta: una copia gris y plata del suyo, confeccionada por el maestro Nordén. De un modo u otro, me propongo cambiar su final. De un modo u otro, me acabarán atrapando. Mi final es lo único seguro.

Dejé en el suelo el cuenco de comida sin probarla siquiera; el nuevo gato se lanzó ávidamente sobre los trozos de carne.

—Lo único seguro es que debe huir.

—No hace falta. Ya no tengo nada más que perder. Es como si estuviera muerta.

Me levanté y me puse a su lado, junto al fuego.

—Está usted muy viva, Johanna.

Ella contempló las ascuas, como si no me hubiera oído.

—He sido arrogante y estúpida. He exagerado el alcance de mis conocimientos de boticaria y he justificado mi contribución a sus planes, creyéndome inocente porque solo elaboraba los polvos letales pero no los administraba. Cada decisión que tomaba, creía tomarla por mí misma. Pero si cae el rey, el duque Carlos será nombrado regente; los Realistas serán castigados y la Uzanne se deshará del hijo de Gustavo. ¿Quién sabe dónde terminará todo esto y cuántas vidas quedarán arruinadas? ¿Se da cuenta del alcance de mi insensata conducta?

—Todos somos insensatos a veces —dije—, pero ninguno de nosotros está solo. Siempre están los ocho.

Pensé en la carta de mi Mensajero, ese hombre próspero que cargaba objetos valiosos, pero miraba atrás con inquietud. En ese momento supe al fin quién era.

—Esperaba que se quedase usted en la Ciudad. Pero ya no es posible, ¿verdad?

—Ella negó con la cabeza—. No me he ocupado de buscarle pasaje en un barco, como le prometí. Pero lo resolveré esta noche. Y también le buscaré un refugio. Tiene que asistir al baile de máscaras mañana por la noche. Después, quedará libre.

Sonaron unos golpes ligeros pero acuciantes en la puerta del sótano. Oí que se abría con un chirrido y luego la voz asustada de la doncella:

—Va a tener que enfrentarse con otro demonio, diácono. ¡La Uzanne ha regresado de improviso! Deje un puñado de monedas, ya que lo he avisado, y márchese.

Arrojé las monedas sobre la mesa para que lo oyera la doncella y, volviéndome hacia Johanna, susurré:

—Le enviaré mañana un mensaje a través de la señora Murbeck para decirle dónde y cuándo nos encontraremos. Busque a Orfeo en el baile para que la saque del infierno.

La silueta de Johanna se recortaba sobre el cálido resplandor del hogar; su rostro permanecía en la sombra, pero percibí su deseo de que la tocara. Y eso hice.

Capítulo cincuenta y cuatro

PREPARATIVOS

Fuentes: E. L., M. F. L., Sra. Murbeck, Sra. Lind, El Esqueleto, vendedores de chucherías.

Me pasé la mañana del 16 en la Aduana fingiendo que trabajaba y arreglé las cosas para quedar libre por la noche. Le dije al superior que iba a ver a la muchacha de mis sueños y que pensaba manifestarle mis intenciones. Cuando el reloj de la Gran Iglesia dio las cinco, me excusé y me apresuré hacia el callejón del Sastre. Las calles estaban oscuras, pues las farolas no se encendían después del 15 de marzo, pero aún quedaba un atisbo de luz en el cielo. La música del equinoccio inminente sonaba sobre las losas de piedra con su goteo constante y con los crujidos ocasionales del hielo que se desgajaba de los tejados. A las seis, la señora Murbeck llamó por fin a mi puerta con té y con noticias: había estado en Gullenborg.

—Hay un gran alboroto en la casa —dijo, entrando precipitadamente—. Qué podía esperarse después de la muerte repentina de la Vieja Cocinera.

—¿Y mi carta a la señorita Bloom? —pregunté.

—A la Uzanne no se la veía por ningún lado. Louisa dice que está muy afligida por lo de la Cocinera; que no ha dormido y se ha pasado todo la noche paseando de aquí para allá.

—¡Mi carta, señora Murbeck!

—No me han permitido ver a la señorita Bloom, pero le he dejado la nota a la doncella de la cocina.

—¡A la doncella! ¿Le ha dado unas monedas?

—¡Por supuesto que no! ¡Están de luto, no pensando en el dinero! —exclamó la señora Murbeck—. No van a asistir al baile.

—¡¿Cómo?!

—Bueno, no puedo decir con seguridad que no vayan a asistir, pero no deberían. —Percibió mi expresión de pánico—. En fin, tal vez encuentren las fuerzas para seguir adelante. Mejor que se prepare, señor Larsson. Déjeme ver su disfraz. —Sostuve las distintas piezas para someterlas a su inspección—. ¿Solo esto? La capa de lana es espantosamente lúgubre, y va a tener picores toda la noche con esas medias. La lira es lo único decente. ¿Y dónde está la máscara? —preguntó.

—No tengo —dije, asombrado de mi propia estupidez.

Me puse en el acto el abrigo y bajé corriendo para dirigirme a los puestos de baratijas del muelle del Castillo. Confiaba en que todavía quedara alguien allí.

—Una máscara —dije jadeando cuando llegué.

—Casi se me han agotado. ¿De qué color?

La vendedora iba envuelta en un abrigo rojo que le venía muy grande y llevaba en la cabeza un gorro negro ribeteado con plumas de colores.

—Gris, creo. El disfraz es casi todo gris.

—¿Gris? Esto es una mascarada, no una procesión de Cuaresma. Llévase una blanca, con adornos. ¿Plumas, lentejuelas o galoneado? También tengo una con alitas a cada lado. Y una preciosa máscara turca con un fino velo —propuso, hurgando en sus sacos y cajas.

—¿Nada más sencillo?

—Una dama no llevaría nada sencillo.

Pensé de repente en el maestro Fredrik: en mi ansiedad por Johanna, había olvidado comunicarle nuestro plan.

—No, no. La máscara es para mí —dije. La vendedora de baratijas me ofreció, enfurruñada, una sencilla máscara blanca y tomó a cambio una suma desorbitada. Corrí a la plaza del Mercader con la esperanza de encontrar a mi amigo en casa.

Me abrió el criado esquelético y me anunció que el horario de negocios había concluido, pero yo entreví en la penumbra a la señora Lind, que retorció angustiada las puntas de su chal.

—¿Señora Lind! Soy Emil Larsson, el amigo de su marido. Debo hablar con el maestro Fredrik de inmediato. En relación con la fiesta de esta noche.

Ella se me acercó precipitadamente, me arrastró dentro y cerró de un portazo. Luego se volvió hacia mí, con ojos enrojecidos, y se llevó los dedos a la boca para morderse las uñas.

—Le he pedido que no vaya, pero él se empeña —dijo.

—Lo hace por usted —respondí. Ella asintió, llorosa—. Y por mucha más gente. No se hace una idea de cuánta.

La señora Lind me hizo pasar y llamó a la puerta del taller.

—¿Freddie? El señor Larsson ha venido a verte.

Se abrió la puerta y me envolvió una fragancia de *eau de lavande*. Entré en el tocador de un gran profesional, cerrando la puerta tras de mí.

Capítulo cincuenta y cinco

EL CARRUAJE NEGRO

Fuentes: E. L., J. Bloom, lacayo de Gullenborg.

A las diez en punto crucé el puente Viejo del Norte hacia la Ópera, aspirando ese aire límpido y cristalino de las noches de finales de invierno. El maestro Fredrik había encontrado un disfraz más adecuado, pero mi túnica blanca y mi dorada clámide griega resultaban demasiado livianas incluso bajo mi capa de lana más gruesa. Me paseé por la plaza con el aire más despreocupado que pude y, a la tercera vuelta, observé furtivamente un imponente carruaje negro con blasón baronial. Los caballos humeaban y el cochero los estaba cubriendo con una manta para aguantar la espera. El carruaje se recortaba sobre las ventanas de una taberna, cuyo resplandor anaranjado bañaba la calle y se disolvía en el cielo salpicado de estrellas. La presencia del carruaje significaba que la Uzanne seguía viva, pero no que Johanna estuviera con ella. Me calé la máscara y, al acercarme aún más, oí voces dentro. El lacayo permanecía con los brazos cruzados, vigilando atentamente el carruaje.

—¿Quién va ahí? —pregunté.

—*Madame* Uzanne y sus muchachas.

—¡Sus hijas! Ah, no lo sabía.

—No son sus hijas. Más bien sus mascotas.

—¿Morenas o rubias, esas mascotas?

—Una de cada, pero la morena... esa ciruela...

Se relamió el pulgar y se lo metió en la boca del modo más obscuro justo cuando se abría la puerta del carruaje y se bajaba un esbelto príncipe, con la capa negra sobre el hombro y el sombrero y la máscara en la mano. Es decir, me pareció un chico un momento, pero era imposible ocultar aquellos pechos, y el pelo no lo llevaba recogido del todo al modo masculino.

—Estaba segura de que usted advertiría cuál de nosotras podía servirla mejor. Compartimos los mismos sentimientos hacia él, *Madame*, y su abanico está en las mejores manos —dijo Anna Maria con tono excitado—. ¿La señorita Bloom se presentará pese a todo sin máscara, como estaba previsto?

—La señorita Bloom... esa es la otra —me susurró el lacayo—. No tan madura, pero vestida como la mismísima primavera. Un revolcón bastante pasable si no puede ponerle las manos encima a esa ciruela succulenta.

—Váyase ya, señorita Plomgren —dijo la Uzanne con calma—. Basta de preguntas.

—¿Y mi entrada? —preguntó Anna Maria, extendiendo la mano.

Un volante de papel cayó aleteando al suelo. La ciruela lo recogió y echó a andar enojada hacia la Ópera. La seguí a unos cuantos pasos de distancia, pensando que tal vez podría interrogarla cuando nos hubiéramos alejado. Mientras caminábamos, oí

que iba maldiciendo a la Uzanne, maldiciendo su disfraz, maldiciendo a Lars y maldiciendo al hombre disfrazado de oso que se cruzó en su camino. Cuando ya iba pronunciar su nombre, un sultán con barba se interpuso entre nosotros y la tomó del brazo. Ella lo apuntó con el dedo y se puso a maldecirlo aún más. Aquella mujer tenía la lengua más viperina del mundo, mientras que el hombre, intimidado, parecía dispuesto a someterse a su picadura. Era una representación en carne y hueso de la carta de mi Embaucador, y el vínculo con mi Compañera no dejaba lugar a dudas. Me detuve en seco. Los ocho se hallaban al fin en su sitio y mi Octavo estaba completo.

Mi Mensajero ya estaba preparado. Ahora era crucial empujar a mi Embaucadora a mi favor, pero el sultán ya se la llevaba adentro. Tendría que sorprender a Anna Maria más tarde, cuando estuviera sola. Volví al carruaje.

—Esa flor que va ahí dentro, ¿estará abierta a una aventura con un caballero? —dije, sacando mis últimas monedas y deslizándoselas al lacayo. Él se encogió de hombros—. Dígale que vaya a encontrarse con su Orfeo a la casa naranja de la calle Baggens tan pronto como pueda liberarse. Hay una aldaba con forma de querubín y la contraseña es «Hinken». Dígale que yo la sacaré del Hades.

El lacayo sonrió, burlón, y lanzó las monedas al aire, haciéndolas tintinear en su palma.

—¿Para llevarla al paraíso, no? —dijo—. Muy bien, pero mejor que se vaya ahora. A *Madame* no le gusta que distraigan a sus mascotas.

Si la doncella de la cocina le había dado a Johanna mi nota, sabría que habíamos de encontrarnos en el vestíbulo antes de empezar el baile. No le había dejado por escrito la ubicación del refugio por temor a que interceptasen la carta. Pero esperaba que Johanna huyera de inmediato, que evitara asistir a la mascarada y se ocultara en la calle Baggens hasta que hubiera terminado todo.

Ahora no podía hacer nada, salvo esperarla dentro. El teatro de la Ópera se extendía a lo largo del flanco oriental de la plaza, confiriendo con sus majestuosas columnas y sus simétricas hileras de ventanas un fondo solemne a la riada de juerguistas que se dirigían a sus puertas. En lo más alto del edificio campeaba el blasón real y, debajo, el nombre GUSTAVUS III en relieve dorado. La entrada estaba abarrotada de criaturas disfrazadas de toda laya. Había una fila de espectadores aparte, todos vestidos con ropa vulgar, que pagaban una pequeña suma para sentarse en el patio de butacas y mirar. Le entregué mi entrada a un ujier y me abrí paso hacia el interior.

Capítulo cincuenta y seis

UNA MASCOTA PELIGROSA

Fuentes: J. Bloom, lacayo de Gullenborg.

Johanna y la Uzanne se hallaban sentadas frente a frente en el carruaje. Su aliento formaba nubes de vapor, y las ventanillas estaban empañadas y cubiertas de carámbanos de hielo.

—Tiene todo el aire de una joven baronesa, señorita Bloom —dijo la Uzanne, apartando la manta que las abrigaba a las dos.

—*Madame* es siempre muy amable.

Johanna asió su abanico y sintió en la palma la presión del paquete de antimonio bajo su guante de cuero color crema.

—No soy amable. Soy sincera. Y espero que lo sea usted conmigo. —La Uzanne se sacó un sobre del bolsillo y lo abrió—. Esta carta ha llegado con el correo de la mañana. Me preguntaba qué opinaría usted de ella. —Johanna solo acertó a asentir estúpidamente, pero sintió que todos sus músculos se tensaban. Ahí estaba la nota que Emil había prometido enviarle—. Es solo una frase. ¿Se la leo? —La joven volvió a asentir, entrelazando las manos nerviosamente—. «*A minuit il ne sera plus; arrangez vous sur cela*» —leyó la Uzanne.

—«A medianoche él ya no estará; prepárese para ello» —tradujo Johanna, abriendo los ojos con perplejidad.

—Al parecer, muchas otras personas han recibido exactamente el mismo mensaje. ¿Sabe usted quién ha enviado esta carta? —preguntó la Uzanne.

—No, *Madame*, no —dijo Johanna, todavía mareada de alivio y también por el descaro insolente de aquellas palabras.

—Yo sí —dijo la Uzanne, arrojando el papel al suelo del carruaje y pisoteándolo con su bota—. El hombre que ha de beneficiarse de todo esto. Un hombre demasiado cobarde para encontrarse presente en el asesinato de su hermano, aun cuando lo haya deseado, aun cuando haya rezado para que se produjera y visitado a numerosos charlatanes para que se lo confirmaran. Su único deseo es anunciarlo. —Dio un golpe en la pared del carruaje, lo que indujo al lacayo a abrir la puerta—. Cierre, lacayo, y aguarde a que llame dos veces. Aún no hemos terminado de hablar —dijo, recobrando la compostura—. Si no me sintiera obligada por mi Henrik, si no albergara en mi corazón un océano ilimitado de amor por él y por Suecia, tal vez avisaría yo misma al jefe de policía Liljensparre. —La Uzanne se acomodó su sombrero de tres picos y se colocó sobre la cara una media máscara blanca salpicada de lentejuelas—. Sé hace mucho que el duque Carlos es un hombre codicioso y estúpido y he procurado recordar siempre que esas son cualidades admirables para un rey fantoche. Se le puede llevar fácilmente del miembro. —Frunció los labios, como si acabara de tragarse un pedazo de carne podrida, pero enseguida se arrellanó en el

asiento y sonrió—. ¿Ha estado alguna vez con un hombre, Johanna?

Johanna se inclinó hacia ella, apretando con fuerza el paquete en la palma de la mano.

—No, nunca —susurró, fingiendo estar embelesada.

La Uzanne deslizó un dedo enguantado de satén por el borde del canesú de Johanna, insinuándolo bajo la tela lo suficiente como para rozarle el pezón.

—Puede ser un auténtico placer, se lo aseguro, y yo fui la más afortunada de las mujeres en mi matrimonio. Pero a veces es solo un vil deber que una se ve obligada a cumplir. Por Dios. Por patriotismo. Por amor. Ningún sacrificio es excesivo. —La Uzanne tomó las manos de Johanna—. Sus polvos para dormir han sido mi salvación muchas noches con el duque Carlos, Johanna. Ya sé que la he puesto a prueba y que le he cortado las alas pese a sus servicios y su lealtad. Pero era solo para mantenerla a salvo. —Miró a Johanna a los ojos y deslizó los dedos por las palmas de sus guantes—. Quiero conservarla en Gullenborg, Johanna. La señorita Plomgren será la sacrificada esta noche, ella... ¿Qué es esto?

Johanna apartó la mano de un tirón, pero no lo bastante deprisa. La Uzanne la apretó con tal fuerza que los ojos de Johanna se llenaron de lágrimas.

—Me está ocultando algo, mi preciada mascota.

Le quitó el guante, le separó los dedos y, cogiendo el recuadro de papel, lo desdobló con sumo cuidado. La Uzanne levantó la vista, cerrando rápidamente la mano.

—¿Qué es esto, boticaria?

—Antimonio.

La Uzanne se guardó el paquetito en un bolsillo y empujó a Johanna contra el asiento.

—¿Y para quién es?

—Era para mí, por si fallaba —sollozó Johanna, volviendo la cara para el otro lado.

La Uzanne pegó los labios a su oído.

—Entonces es una cobarde y ya ha fallado.

Johanna se aflojó, como si hubiera sido derrotada, y entonces empujó a la Uzanne con todas sus fuerzas. Pero esta golpeó el techo dos veces con los nudillos y el lacayo abrió la puerta de inmediato. Johanna se apresuró a bajar, pero la Uzanne la agarró del vestido, reteniéndola—. Sujétela bien, lacayo. —El hombre subió a la cabina y se apretó con todo su corpachón contra Johanna. La Uzanne aprovechó para quitarse los guantes; luego se inclinó sobre la muchacha y, apartando los metros de seda bordada, le deslizó las manos frías por el canesú y las faldas—. ¡Aquí esta! —exclamó, sacando el abanico gris de un bolsillo interior—. La señorita Plomgren decía que usted había robado un abanico de los Nordén y yo no hice caso, creyendo que era envidia. Pero había subestimado sus recursos, señorita Bloom.

Volvió a sentarse con toda tranquilidad frente a Johanna, que se retorció bajo el

tosco abrazo del lacayo.

—¡Usted cuide dónde pone las manos! —dijo al fin la Uzanne, y aguardó a que volviera la calma—. Y pensar que había llegado a apreciarla; que iba salvarla del sacrificio que estoy a punto de hacer, tal como haría una madre por su hija. Pero usted no es ninguna niña, Johanna Grey. Ahora es una mujer, y le ha llegado la hora de desposarse. —Johanna estaba rígida; el lacayo la apretujaba contra el rincón—. ¿Alguna vez se ha preguntado cómo será tener al señor Stenhammar entre las piernas? He sabido que la gente del pueblo lo llama el Gusano Blanco. Antes de que acabe el mes de marzo la entregaré yo misma a ese demonio, y si Gefle no fuese un pueblo tan espantoso, me quedaría para bailar en su boda. —Abrió la puerta y se bajó del carruaje—. La muchacha se queda encerrada dentro —dijo, poniéndose los guantes y apuntando al lacayo con un dedo cubierto de bordado blanco—. Y usted espere fuera. Tengo intención de entregar a una virgen.

El lacayo bajó de un salto y la puerta se cerró con un chasquido. Johanna pegó la cara contra el cristal y vio cómo la Uzanne, tapándose con una mano enguantada la boca y la nariz, esparcía el antimonio por los adoquines del suelo.

—Guárdeme el abanico de la muchacha, lacayo. Lo voy a necesitar más tarde. Si no apareciera o presentara algún desperfecto, pediré usted de rodillas el reposo de la tumba.

El lacayo se metió el abanico en un bolsillo interior y observó cómo desaparecía la Uzanne en el teatro de la Ópera. Luego abrió la puerta y se asomó en la cabina. Johanna se incorporó a medias, con la esperanza de negociar de algún modo su huida, pero el lacayo la sentó otra vez de un empujón.

—Había antes un caballero que ha pagado por usted —dijo—. Ha dicho que se llamaba Orfeo y que venía a sacarla del infierno. —Johanna se irguió y se alisó el pelo y la tela verde del vestido—. Quería llevarla a la casa anaranjada de la calle Baggens y follársela como un macho cabrío: él y su amigo Hinken. Bueno, pues si yo no puedo, ellos tampoco.

Cerró de un portazo y pegó la cara al cristal: la nariz aplastada y deforme, los dientes negros y aguzados.

—Ahora está usted bien metida en la laguna Estigia, mocita. Lástima que siga siendo virgen, pero *Madame* se empeña en ello.

Johanna sintió un escalofrío que partía de sus hombros y recorría todo su cuerpo. Se dio la vuelta, temblando, y se tapó con la manta del carruaje. El lacayo bajó del estribo y se sacudió el uniforme, pateando el suelo para ahuyentar el frío.

—Maldita sea esa mujer. Todo se lo queda para ella.

Capítulo cincuenta y siete

EL BAILE DE MÁSCARAS, 10 DE LA NOCHE

Fuentes: M. F. L., L. Nordén, varios invitados.

An vestido reluciente de seda cobriza, una peluca alta adornada con mariposas, guantes amarillo limón, zapatillas verdes con cintas cobrizas... Eran con diferencia las mejores prendas que el maestro Fredrik se había puesto jamás. Lástima que los peligros de la velada hicieran que transpirase como un marinero en el trópico y que se le formaran grandes manchas marrones bajo las axilas. Procuró pegar los brazos al cuerpo y mover solo los antebrazos y las muñecas, afectando una actitud ligera y alegre. Lars, con una túnica azul oscuro de sultán y un turbante moteado de alfileres con pedrería, permanecía junto al maestro Fredrik observando el escenario atestado de gente. Los miembros de la orquesta, todos con dominó veneciano, colocaban sus atriles y preparaban sus instrumentos. Había entre la concurrencia una gran cantidad de bufones y lecheras, de hadas y demonios. También docenas de dominós negros con sombrero redondo y máscara. El ambiente se fue cargando de escotes perfumados, de pechos realzados, de mejillas y labios pintados de *rouge*, de oleadas de risas pícaras, de mangas de encaje, de zapatos lustrados y de máscaras variadas; y de la misma pregunta en todos los labios: «¿Quién es usted?».

—Debe de haber un centenar de dominós venecianos. No reconozco a nadie —murmuró Lars a través de su falsa barba negra—. ¿Cómo? ¿Él, aquí? —Se irguió y miró a su hermano Christian, que se abría paso entre el gentío—. ¡No estaba invitado!

—Cualquiera puede comprar una entrada, señor Nordén, pero Christian debería volver a casa con su Margot —dijo el maestro Fredrik en voz baja—. Este no es el debut que él imagina. Trataré de acelerar su marcha. —Un joven y apuesto lord se acercó y pellizcó las generosas nalgas del maestro Fredrik—. Discúlpeme pero... Ah, señorita Plomgren, usted. ¿Dónde está *Madame*? ¿Y la señorita Bloom?

—Señor Nordén —dijo Anna Maria, sin hacer caso del maestro Fredrik y apretándose contra Lars—. Evoca usted toda la magia de las *Mil y una noches*. Me gustaría estar encerrada con usted en un castillo.

—¿Dónde está *Madame*? —insistió el maestro Fredrik.

Anna Maria lo miró por encima del hombro.

—¿Quién es usted? ¿La Montaña de Cobre? —El maestro Fredrik arqueó una ceja exageradamente pintada. Anna Maria le arregló el turbante a Lars—. Cuando empiece la música, has de bailar conmigo.

Él respondió con un largo beso y le deslizó la mano por la espalda, posándola en la curva de su trasero.

—¿Quién es usted? —le preguntó el maestro Fredrik a Christian, que finalmente había logrado llegar hasta ellos.

Este se alzó la máscara de cera sobre la cabeza y bajó la mirada hacia su capa de

color magenta, que había sido ribeteada a toda prisa con cordón dorado.

—Margot me había hecho una mitra y la idea era disfrazarme de papa, pero pensé que tal vez podría interpretarse mal.

—Sabia decisión. El catolicismo es perjudicial para los negocios —dijo el maestro Fredrik—. Pero me deja perplejo su asistencia, señor Nordén. La intención de *Madame* era que fuese su hermano quien representara al taller.

—Son mis abanicos y quería estar presente el día de su debut. —Christian se envolvió en su manto y levantó la vista hacia el almacén de tramoya, una gran maraña de cuerdas y telones pintados—. Son tan ligeros como palomas, y del mismo tono delicado del gris. Parecen duplicados perfectos, pero no son copias. —Sonrió con el orgullo de los secretos de su oficio—. Las jóvenes damas impondrán su dominio. Por cierto... ¿dónde están las damas? —preguntó, escrutando la multitud.

—Las jóvenes siempre llegan tarde, señor Nordén. A veces con horas y horas de retraso —dijo el maestro Fredrik con una risa demasiado ruidosa. Tomó a Christian del brazo—. Venga, veamos si hay señales de sus abanicos cerca de la mesa de los refrigerios. Yo tengo que encontrar a la señorita Bloom.

Los dos hombres se alejaron del brazo por el lateral del escenario y bajaron las escaleras hacia el vestíbulo.

—Confieso que estoy aquí por un motivo menos noble, maestro Fredrik —dijo Christian—. Quedó entendido entre las jóvenes damas que la Uzanne costearía los abanicos de su debut. Todavía tenemos que cobrar.

—Señor Nordén, este no es lugar para negocios —dijo el maestro Fredrik—. Es más, sería mucho mejor para el negocio si volviera usted a casa con la señora Nordén. —El reloj dio las diez y media y el primer violín emitió la nota de afinación—. Tengo entendido que está encinta.

Capítulo cincuenta y ocho

EL BAILE DE MÁSCARAS, 11 DE LA NOCHE

Fuentes: M. F. L., L. Nordén, H. von Essen, invitados al baile, miembros de la orquesta, incluidos el trompetero real Örnberg y el director Kluth

— **F**uro, *Madame*, que encarna usted a un duque impresionante —dijo el maestro Fredrik, haciendo una reverencia exagerada y tratando luego de tomarle la mano y besársela—. No resulta en modo alguno una transformación desafortunada.

—No puedo decir lo mismo, señor Lind —replicó ella, apartando su mano enguantada—. ¿Dónde está la señorita Plomgren?

Christian se acercó precipitadamente, se detuvo en seco y se llevó la mano al corazón.

—*Madame*.

—¿Usted?

—Mi entusiasmo por sus brillantes alumnas y sus abanicos me ha impulsado a venir. Ardía en deseos de ver cómo alzaban el vuelo —dijo Christian, inclinándose—. ¿Llegarán pronto las jóvenes damas? Todavía no he visto a ninguna.

La Uzanne se volvió hacia el maestro Fredrik.

—Yo solo he venido a verla a usted, *Madame*. No me interesan las muchachas —dijo el maestro Fredrik.

—¡Las necesito! Vaya a buscarlas y tráigamelas de inmediato —ordenó la Uzanne.

—*Madame*, respecto a los abanicos de las jóvenes... —empezó Christian—. Yo esperaba... Contamos con el pago de... La señora Nordén y yo...

La Uzanne no oyó nada. Estaba buscando el *Casiopea* en el bolsillo interior de su chaqueta de brocado, pero la detuvo la mano llena de anillos del maestro Fredrik.

—No puede usar un abanico, *Madame*. Ha venido usted como un duque, no como una duquesa.

La Uzanne lo miró con los ojos entornados. El maestro Fredrik desplegó su propio abanico y lo agitó con celeridad.

—Miraré a ver si las debutantes están en el vestíbulo —dijo, esperando encontrar allí a Orfeo—. ¿Le traigo también a la señorita Bloom?

—La señorita Bloom no asistirá. Está indispuesta y se ha quedado esperando en el coche.

El maestro Fredrik palideció bajo la gruesa capa de polvos.

—*Madame* —saludó, inclinándose, y se alejó a toda prisa hacia el vestíbulo.

—¡Señorita Plomgren! —dijo la Uzanne. Anna Maria, que flirteaba con un hombre vestido con un traje hecho de naipes, alzó la vista. No llevaba la máscara. Tenía las mejillas rosadas y los labios llenos y mordidos—. Venga —le dijo la

Uzanne, poniéndole una mano en el brazo—. Y debe ponerse la máscara.

—¡Orfeo! —gritó el maestro Fredrik desde el lateral.

—¡Sultán! —exclamó Anna Maria, escabulléndose de la Uzanne y arrancando a Lars del abrazo de una pastora cubierta de lentejuelas—. Vamos a bailar.

—No. Usted se queda aquí —dijo la Uzanne.

Anna Maria se cruzó de brazos, enfurruñada. Justo cuando la irritación iba a llegarle a la lengua, un murmullo recorrió todo el salón. Alguien había alzado la mano y señalaba la ventana redonda del fondo, a través de la cual se veían los rostros del rey Gustavo y del caballero real, Hans Henric von Essen. Habían terminado su *soupeé* en las habitaciones del rey de la planta superior y estaban observando ahora a la multitud desde la ventanita de la escalera privada.

—Ya viene. —La Uzanne buscó en la chaqueta y sacó el *Casiopea* del bolsillo. No lo desplegó; se limitó a sujetarlo firmemente, apretando las guardas con fuerza hasta que la superficie de marfil adquirió el calor de su piel—. Lo haremos nosotras, señorita Plomgren. Usted y yo. Seremos heroínas —dijo, y volvió a calarse la máscara de lentejuelas.

Anna Maria miró de soslayo a la Uzanne: su exquisito traje masculino, su alfiler de diamantes, su piel y su pelo empolvados de un blanco fantasmal.

—¿Y qué hay de la señorita Bloom...?

La Uzanne siguió centrada en su objetivo.

—Vamos. Ahora.

Capítulo cincuenta y nueve

DESAPARECE LA SEÑORITA BLOOM

Fuentes: *J. Bloom, lacayo de Gullenborg*

— **E**stoy a punto de congelarme, maldita sea, así que me voy a echar un trago, pero usted no se mueva. A *Madame* no le gusta que sus zorras se escapen —dijo el lacayo a través del cristal cubierto de escarcha—. Sería azotado, y yo la azotaría a usted.

Johanna estaba acurrucada bajo la manta del carruaje; le castañeteaban los dientes y había perdido la sensibilidad en los dedos de las manos y los pies. Echó el aliento en el cristal y lo restregó para abrirse una nueva mirilla; observó al lacayo hasta que la puerta de la taberna se cerró tras él. No le resultó difícil forzar la manija; el verdadero cerrojo había sido el propio lacayo. Johanna se echó por encima un sobretodo de lana que había bajo el asiento del cochero y corrió, resbalando sobre los adoquines helados, hasta la puerta de la Ópera. Aún llegaban algunos rezagados.

—Su entrada —dijo un ujier con peluca.

—Está dentro, así que... —Intentó pasar de largo, pero él levantó la mano con gesto imperioso—. *Madame* Uzanne. ¡Ella está dentro y tiene mi entrada!

—¿Y cómo voy a saber quién es su *madame* en este manicomio? Ande, lárguese.

—Mire, mire. Ahí va mi amigo el señor Larsson. Allí, en el vestíbulo. —Agitó la mano frenéticamente.

—Ah, ya veo. Esa clase de *madame*. ¿Va usted disfrazada de chica de las barcasas del vertedero? —preguntó el ujier, echando un vistazo al sobretodo. Johanna arrojó la prenda al suelo, mostrando su espléndido vestido—. Eso es un truco barato, chochito. Vuelve a la calle Baggens de donde has salido.

El ujier agarró a Johanna del brazo con una mano, recogió el sobretodo con la otra y, de un empujón, los mandó a ambos a los adoquines de la calle. Luego se volvió y cerró la puerta.

Capítulo sesenta

EL BAILE DE MÁSCARAS, CERCA DE MEDIANOCHE

Fuentes: E. L., M. F. L., L. Nordén, trompetero real Örnberg, director Kluth, H. von Essen, F. Pollet, comandante Gedda, numerosos invitados a la mascarada.

A guardé una hora en el vestíbulo de la planta baja, pero Johanna no apareció, de manera que volví a subir la escalinata, crucé el parque y subí al escenario, confiando en que estuviera allí, encadenada a la Uzanne. Había un alboroto desenfrenado, un auténtico Carnaval, a pesar de que ya habíamos entrado en Cuaresma. La música atacaba un *fortissimo* y el fragor de las conversaciones no le iba a la zaga, pero de repente hubo una pausa y una aglomeración al fondo del escenario, mientras se elevaba una oleada de murmullos. El rey Gustavo.

Fue entonces cuando descubrí a la Uzanne, un duque imponente todo de blanco. Junto a ella había un apuesto príncipe, la ciruela morena, todavía sin su máscara. Christian, con una capa magenta, se mantenía algo apartado, con las manos en una posición de súplica o agradecimiento; no estaba seguro. Avancé hacia ellos a empujones, entre una masa de gente, y me coloqué bien la máscara.

—¿Cuál será el disfraz de Gustavo? —preguntó Anna Maria—. Me han dicho que una vez apareció escoltado por cuatro osos danzantes, y que cagaban tanto que el baile acabó antes de hora.

—El actor principal irá vestido de dominó; ya ve que ha llenado el escenario de ellos —dijo la Uzanne, apuntando con su abanico hacia la orquesta—. Pero él será el más elegante de todos. Resultará fácil identificarlo.

—*Madame*, le repito una vez más que aún no hemos cobrado... —volvió Christian a la carga.

Ella ladeó la cabeza, como desconcertada por aquella grosera alusión al dinero.

—Debían debutar esta noche. ¿Dónde están? —La Uzanne se giró, dándole la espalda—. No pienso pagar por algo que no me sirve de nada. Habrá de recaudar el importe entre esas jóvenes damas.

—*Madame*, ellas creían que los abanicos eran un regalo y se negarán... —farfulló Christian, con la cara oscura de ira.

—Cualquiera se negaría ante tamaña grosería. —La Uzanne no se dignó a mirarlo siquiera—. Vaya a sentarse con los espectadores, señor Nordén.

—*Madame*, mi esposa...

—Pues vuelva a casa con ella, señor Nordén, y váyase preparando para cerrar la tienda.

Christian buscó con la mirada a su hermano, quien bromeaba con una condesa que repartía pasteles de una cesta.

—¡Lars! —gritó—. Ayúdame.

Lars se volvió, frunció el ceño y negó con la cabeza. Christian se quedó inmóvil

un momento; luego se dirigió a los asientos de los espectadores, con la cara lívida y la vista en el suelo.

—Nord... —empecé a gritar, pero noté un pellizco en el brazo.

—¡Chissst! —susurró el maestro Fredrik—. No hay tiempo para consuelos. Ha llegado la hora y nos hemos quedado solos. La señorita Bloom está encerrada en el carruaje. —Sentí que se me encogía el estómago y me volví, dispuesto a correr a la plaza, pero él me sujetó del brazo con determinación—. Ella está a salvo por ahora, y este es su Octavo, ¿no? Yo me ocuparé de la Uzanne. Usted dele un mordisco a la ciruela, pero vaya con ojo.

Me arrastró hacia las damas, riendo y parloteando, como si aquella fuera la fiesta más divertida de su vida.

Seguimos el avance del rey Gustavo mientras se abría paso lentamente entre la multitud, tomado del brazo de Von Essen. Gustavo se reía, relajado. Iba de dominó, con una capa negra, una máscara blanca y un sombrero de tres picos ribeteado de plumas blancas. Llevaba prendida del pecho la Orden del Serafín, un blanco reluciente justo por encima de su corazón. Los juguistas giraban y giraban al son de una contradanza, y la masa, enardecida de placer y de ponche, empujó a la Uzanne y a Anna Maria hacia la orquesta. No se podía hablar; la única forma de comunicarse era con la mirada o por gestos. Una riada de súbditos fluía entre la marea de los danzantes para acercarse al rey, y la Uzanne se sumó a la corriente y fue acercándose poco a poco, siempre con Anna Maria a su lado. Nosotros nos encontramos al final justo detrás de ellas. Hubo una pausa en la música y le hice una seña al maestro Fredrik.

—¡MADAME UZANNE! —aulló el maestro Fredrik a su espalda—. ¡EL DUQUE CARLOS! ¡LA ESTÁ LLAMANDO!

Ella se detuvo y aguardó unos instantes; luego se giró en redondo y le dio con *Casiopea* un latigazo en la cara, dejándole un tremendo verdugón rojo. El maestro Fredrik se llevó la mano a la mejilla, con los ojos brillantes de lágrimas.

—El duque no está aquí esta noche, hombrecillo perverso y retorcido —siseó ella—. ¿Creía que no lo iba a saber?

El maestro Fredrik la agarró de la muñeca con la otra mano y se la estrujó hasta arrancarle una mueca.

—¡NO, MADAME. ÉL LA LLAMA! —gritó—. ¡ÉL Y CARL PECHLIN...!

Se elevó un murmullo en torno a ellos; entonces la orquesta volvió a tocar y el resto de sus palabras se perdieron. Varios dominós se acercaron en el acto y arrastraron al maestro Fredrik con brutalidad, derribando su peluca y desgarrándole una manga. Lo empujaron hacia el lateral y lo perdí de vista. Un apuesto dominó sin máscara ayudó a la Uzanne a sentarse en una silla pese a sus protestas, creyendo que estaba conmocionada por el ataque. Era Adolph Ribbing; no había olvidado su promesa de servirla.

Anna Maria se quedó sola.

Me apreté contra ella, disculpándome suavemente entre su pelo fragante. Ella se detuvo y me dejó que me apretara todavía más; no era difícil entrar en intimidades en aquella masa de cuerpos anónimos.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Orfeo —respondí—. He visitado el Hades y tengo un mensaje para usted.

—Si el remitente se llama capitán Magnus Wallander, no hay respuesta.

—No conozco a nadie con ese nombre. El mensaje procede de alguien muy por encima del grado de capitán —dije, tomando su blanda mano y besándola.

—Su voz me resulta familiar. ¿Quién es usted? —inquirió, manteniendo sujeta mi mano.

—Ya se lo he dicho: Orfeo, aquí presente para rescatarla de la perdición. —Tenía las manos cálidas y sus dedos hallaron el camino para acariciarme la palma de la mano—. La malvada ha dejado a la muchacha gris afuera y planea empujarla a usted, y no a ella, al infierno. Aun hay tiempo para huir si viene conmigo.

Anna Maria sonrió; sus labios rosados se destacaron sobre el fondo blanco de sus dientes. Enlazó su brazo con el mío y, justo cuando yo lo estaba estrechando, sentí una mano arisca en mi hombro.

—El príncipe ya tiene escolta —dijo Lars.

Vacilé durante un compás.

—Entonces pónganse sus máscaras y aléjense bailando —dije, soltándola de mala gana—. Lo más lejos posible. Deprisa.

Anna Maria me miró airada e hizo ademán de arrancarme la máscara. Lars detuvo su mano.

—Muy impropio, ciruelita. Vamos. La música ha empezado.

—Pídemelo por favor —dijo—. Estoy harta de que me den órdenes como si fuese un perro.

Lars la besó tiernamente en los labios.

—Por favor, mi dulce y jugosa ciruela, concédeme el honor de este baile.

—Así está mejor —dijo. Lars le hizo una breve reverencia y se alejó tras ella. Anna Maria se volvió a mirarme varias veces, miró otras tantas a la Uzanne y desapareció en el baile.

Centré mi atención en el rey. Gustavo se hallaba frente a la orquesta, observando a los bailarines, satisfecho por las efusivas atenciones de sus súbditos y por la alegre animación del último baile de máscaras. Alguien abrió una ventana y la ráfaga helada que recorrió la sala levantó un coro de protestas. Algunas partituras habían salido volando, pero la orquesta prosiguió de todos modos. Había una multitud de dominós alrededor de Gustavo y la Uzanne empezó a avanzar de nuevo hacia él. Necesitaba aproximarse lo bastante para que el rey la viese. Gustavo jamás se desentendería de ella. Ordenaría a los dominós que se alejaran para poder charlar los dos *tête a tête*. La Uzanne lo tenía ya cerca y acariciaba la guarda del *Casiopea* con el pulgar, trazando un círculo alrededor del remache. Me abrí paso para alcanzarla. Sonó un grito y un

estallido de risas en el grupo que rodeaba al rey, y la Uzanne se sobresaltó. Abrió el *Casiopea* con sumo cuidado y susurró sobre su tela: «Ahora». Tenía la cara iluminada de felicidad y expectación; pronto sería una heroína para la gente de su clase. Para su país. Para el mundo. Empezó a mover el abanico con lentitud y elegancia, aguzando el oído para captar las palabras y sensaciones que le traería, enviando corrientes de aire que desarmarían a quienes se interpusieran en su camino. Pero lo único que oía era la música, y nadie le prestaba la menor atención. Gustavo se alejó.

—Algo no funciona —murmuró, dejando de mover el abanico.

El carruaje negro aguardaba en el centro de la tela, con la silenciosa casa señorial detrás. El cielo presentaba exactamente el mismo llameante crepúsculo anaranjado que se desvanecía en tonos índigo. Las lentejuelas del reverso centelleaban. Palpó el cañón con cuidado, procurando no remover el contenido. Todo estaba tal como debía. La Uzanne se abanicó de nuevo apuntando hacia el rey, empeñada en que levantara la vista y la viera. Era una maniobra que ejecutaba con la misma naturalidad con que respiraba.

—¡Señorita Plomgren! ¡Aquí! —gritó, volviendo la cabeza. Gustavo echó un vistazo, pero la Uzanne no captó su mirada.

—La señorita Plomgren está bailando —dije en voz baja.

—No creo que nos conozcamos —respondió la Uzanne, cerrando el *Casiopea*.

—Oh, sí nos conocemos, aunque jamás podríamos ser amigos. —Me cuidé de no acercarme demasiado, consciente de su destreza y de lo que contenía su abanico—. Le traigo un mensaje de la vidente. Dice que las estrellas no están alineadas en su favor. Que su destino ha sido alterado.

—¿Quién es usted?

Alargó el brazo hacia mi máscara, pero le aparté la mano. Ella abrió el abanico y lo inclinó en mi dirección, con el reverso vuelto hacia arriba.

—Tal como el amor, no puede verlo, pero puede palparlo —dije, tratando desesperadamente de distraerla, confiando en que el rey se retirara, rezando para que ella no soplara a lo largo de la varilla central. La campana de la iglesia de Jacob dio los tres cuartos. Casi medianoche.

La Uzanne bajó la vista al reverso del abanico, cuyo intenso azul absorbía la luz. Una cuenta de cristal le envió un centelleo desde lo alto de la varilla central: la Estrella del Norte en fase ascendente, con Casiopea suspendida debajo. Tocó la seda resiguiendo con los dedos las huellas de la aguja, allí donde había estado la W de la constelación. Entonces levantó la vista hacia mí, aunque no con alarma.

—¡Ha sido alterado! Pero yo también. ¿Acaso cree que temo la horca? —susurró. Y de pronto se escabulló entre la gente, avanzando a trancas y barrancas hacia el rey. Oí que lo llamaba—. ¡Majestad! ¡Majestad! ¡Aquí!

El rey la vio por fin y su rostro se iluminó, sorprendido y satisfecho. Se volvió hacia Fredrik Pollet, que era su ayuda de campo, le susurró unas palabras y alzó la mano para saludar a la Uzanne.

Me fui tras ella, apartando a la gente a codazos. Mis gritos se perdían entre el bullicio de risas, música y conversación.

—¡La Uzanne! ¡Deténganla! ¡Deténganla!

Me abalancé hacia delante, casi la tenía a mi alcance. Pero Ribbing había seguido a la Uzanne para protegerla y me derribó al suelo de un empujón brutal. Resonó un tambor. Me puse trabajosamente de pie justo cuando la oscura masa de dominós que rodeaba al rey se abría bruscamente, como obedeciendo a una señal. El director levantó la vista con irritación y garabateó una nota en su partitura, pero la orquesta continuó tocando y los bailarines siguieron girando en círculos concéntricos sobre el escenario.

Vi que Gustavo agarraba del brazo a Von Essen y que se dirigían a un banco junto a la pared. La Uzanne estaba apenas a tres pasos cuando un grupo de soldados formó un estrecho círculo alrededor del rey. Uno desenvainó la espada y gritó:

—¡Cierren todas las puertas y no dejen salir a nadie! ¡El rey ha recibido un disparo!

Sonó un fragor de címbalos y un estrépito metálico mientras se derrumbaban los atriles y los músicos salían corriendo. Los gritos y chillidos llenaron el aire. Había criaturas fantásticas corriendo en todas direcciones. Una Cleopatra se desmayó y la arrastraron a un ala del escenario. El comandante de brigada Gedda se quitó la peluca y corrió entre la multitud con su vestido de mujer, espada en ristre. Un hombre gritó: «¡Fuego!», pero nadie lo oyó; el pánico se había adueñado de todos.

Yo estaba otra vez cerca de la Uzanne, y la expresión de horror de su rostro era auténtica; movía los labios, pero no se oían sus palabras en medio del caos. Me acerqué aún más.

—¡Pechlin! —aulló. Cerró el *Casiopea* de un golpe seco y asió las guardas con fuerza. Sus lágrimas trazaban regueros en los polvos de arroz de su rostro—. Ay, Henrik, te he fallado.

La guardia del rey bajaba retumbando por la escalera trasera y ya sonaban más gritos para que cerraran todas las puertas. Nadie debía salir. Todos los invitados serían registrados e interrogados. Si la atrapaban, todas sus oportunidades se perderían irremisiblemente. La Uzanne cerró los ojos y se llevó el abanico a los labios. Luego bajó el brazo, abrió el *Casiopea* y lo arrojó en medio del escenario. Oí el crujido de las varillas pisoteadas y vi cómo desgarraba su tela un aguzado tacón rojo. La Uzanne se abrió paso entre la multitud para fingir que prestaba ayuda a Gustavo, y yo corrí a buscar a Johanna.

Capítulo sesenta y uno

RETENIDOS E INTERROGADOS

Fuentes: E. L., M. F. L.

La confusión y el pánico que sacudían el teatro de la Ópera se aplacaron poco a poco y dieron paso a una angustiada espera. Nadie estaba autorizado a abandonar el edificio sin ser interrogado primero por la policía.

—Johanna ha desaparecido. Y Gustavo ha recibido un disparo. —Me había sentado en una delicada silla dorada que un músico había dejado abandonada en un ala del escenario—. Mi Octavo ha concluido y yo he fallado, maestro Fredrik.

Él se quitó una peca de la cara y se frotó el morado que empezaba a salirle en la sien.

—No estoy seguro de que esto sea el fin.

Contemplé el escenario. Habían dejado encendidas las candilejas y, de vez en cuando, se veía deambular de un lado para otro a algún juerguista disfrazado, con todo el aire de un personaje extraviado de pesadilla. Había partituras y máscaras pisoteadas por todas partes. Los atriles y las sillas de la orquesta estaban dispersos y volcados, como si una tempestad hubiera arrasado el escenario. Un solitario zapato con hebilla, un pañuelo verde esmeralda y un abanico pisoteado yacían abandonados a poca distancia de donde yo estaba. El maestro Fredrik empezó a tararear una melodía melancólica en clave menor.

Fugaz es nuestra vida en la tierra.

Los años desaparecen veloces.

Apenas nacidos al júbilo y el contento.

Ya nos vemos metidos en un féretro...

Me levanté y caminé bajo las candilejas para recoger el abanico roto. Ya no contenía ningún rastro de polvos. Con mi capa de Orfeo, envolví el *Casiopea* cuidadosamente.

Capítulo sesenta y dos

PALCO NÚMERO 3, ESCENA 2

Fuente: ninguna.

Anna Maria se inclinó sobre la barandilla del palco número 3 y observó a la multitud agolpada a sus pies. Un coro de voces se elevaba hacia la araña, ahora apagada, que se encontraba suspendida sobre sus cabezas.

—Dicen que solo es una herida superficial. Lars ha ayudado a trasladar al rey a sus habitaciones de arriba —explicó con los ojos brillantes de excitación. Varias personas de los palcos adyacentes se volvieron a mirarla, con rostros fantasmales y asustados—. El asesino estaba justo al lado del rey. ¿Es posible tener tan mala puntería? —susurró Anna Maria.

Christian alzó la cara, cubierta de lágrimas.

—¿Es que deseaba que hubiera tenido éxito ese asesino despiadado?

—Solo quería decir que, cuando estás tan cerca del éxito, parece una lástima dejarlo escapar.

—¿Eso cree? —El tono de reproche de Christian era evidente.

Anna Maria se volvió hacia él.

—Lo que creo es que esas lágrimas no son solo por el rey. La perfección de sus abanicos habría enriquecido a la casa Nordén. Si la gente los hubiera visto; si pudieran copiarse.

—Y si pudieran cobrarse, señorita Plomgren. —Christian se cubrió la cara con las manos—. He invertido demasiado en ellos. Tendremos que cerrar la tienda.

Anna Maria se sentó a su lado y le puso la mano en el brazo.

—Tal vez haya un modo de conservar la tienda en la familia. Tal vez podría vendérmola a su hermano y a mí.

—Usted no posee el espíritu necesario y Lars tampoco —replicó Christian con tristeza—. ¿Y de veras cree que él tiene semejante cantidad de dinero?

—Pues sí. Lars ha sido afortunado en el juego —contestó Anna Maria—. No se lo ha contado a usted, porque temía que se consumiera todo en ese arte perfecto y exquisito que nadie aprecia.

Christian eludía su mirada.

—Así es como se acaba el mundo, señorita Plomgren. Yo ya lo he presenciado antes.

—Eso depende de usted, Christian.

Anna Maria retiró la mano y sacó el abanico gris de la faja de satén de su cintura, abriéndolo en silencio. Sonaron unos golpes en una puerta del pasillo. La policía llegaría pronto para interrogarlos también a ellos.

—Estoy cansado de luchar —dijo Christian, recostándose hacia atrás con los ojos cerrados.

—Sí, claro que lo está, mi querido futuro cuñado. —Anna le puso la mano libre en la mejilla con la misma delicadeza que si se tratara de su bebé enojadizo. Mantenía abierto el abanico gris, cuyas franjas de plata apenas relucían en la penumbra del palco—. Una buena noche de sueño le hará mucho bien.

—Margot sabrá lo que hay que hacer —dijo Christian.

—Desde luego que sí —dijo ella, inclinándose sobre su rostro—. Ahora, Christian, abra un momento los ojos y mire el futuro —le susurró. Anna Maria sostuvo el abanico horizontalmente y luego, siguiendo los precisos movimientos que había aprendido de la Uzanne, sopló a lo largo de la varilla central del cañón oculto lleno de finos polvos enriquecidos con falsa morilla que estaban destinados al rey Gustavo—. El *ancien régime* ha muerto, hermano. Yo soy el futuro.

Capítulo sesenta y tres

EL PUENTE VIEJO DEL NORTE

Fuente: J. Bloom.

Johanna se agazapó junto a un pilar del puente Viejo del Norte. El aliento se le helaba en los mechones rebeldes que le colgaban por la cara. El sobretodo del cochero no la protegía de aquel frío gélido. Mordió el borde de la solapa para que no le castañetearan los dientes y sintió en la lengua un gusto de lanolina. La calma era allí tan densa y profunda como la costra de hielo a lo largo de la orilla del Norrströmmen. Nadie entraba ni salía de la Ópera. Había cuatro guardias militares en la entrada, manteniendo a raya a la multitud que se iba formando y que aguardaba en silencio. A través del aire frígido le llegaba algún grito aislado: «¡Traición!», «¡Asesinato!», «¡Revolución!».

El hielo parecía negro y sólido en la orilla, pero más adentro se resquebrajaba a trechos para dar paso a una corriente en la que se reflejaban los destellos de los faroles sibilantes de las balaustradas. De vez en cuando la sobresaltaba un ruidoso crujido; solo faltaban cinco días para el equinoccio de invierno, y el hielo estaba aflojando su tenaza sobre la Ciudad. El lago Mälaren se cobraba siempre una víctima o dos en esta época del año: alguien lo bastante estúpido para creer que una estación perdura indefinidamente. Johanna se preguntó si caminar sobre el hielo quebradizo no sería tal vez un modo de salvación. El sufrimiento resultaría muy breve mientras se la tragaban las aguas oscuras y la arrastraban bajo la vítrea superficie, paralizándole el corazón de inmediato. Luego todo se volvería negro. El negro encerraba todos los colores. Quedaría apresada en el interior de un prisma, pues. En un paraíso de luz.

Tenía los dedos totalmente rígidos, así que metió las manos dentro del abrigo y las escondió bajo los brazos para calentárselas una última vez. Palpó la tela perfecta de su canesú, la suave seda verde y las rígidas ballenas del corsé, el áspero hilo de plata del bordado. Sintió el suave roce de los encajes de las muñecas, los mismos encajes que enmarcaban sus pechos, nunca tan expuestos como esta noche, nunca tan osados y tan hermosos. La larga falda crujía, apretujada, bajo su abrigo. Si hubiera llevado su antigua ropa, sus ropas grises, no habría titubeado. Pero el vestido era como un montón de dedos. Sentía la presencia de la costurera dando puntadas, del artesano que confeccionaba las ballenas de cuerno, del fabricante de botones, encorvado sobre diminutos pedacitos de perla y plata, de la encajera de bolillos, del tintorero, del mercero, del tejedor: todas esas manos la retuvieron en la ribera.

Johanna se agachó para hacerse una almohada de nieve. Su madre se había criado en los bosques del norte y le contaba historias de gente que se quedaba dormida sobre la nieve en lo más crudo del invierno. Había un sueño ardiente que sobrevenía cuando el frío era demasiado insoportable; un vivo calor que fluía desde la cabeza hasta los

miembros, hasta la punta misma de los pies. No importaba si las extremidades estaban ennegrecidas a causa de la congelación cuando aparecían los cuerpos; la mayoría tenían en la cara una suave sonrisa. Se tendió en el suelo y metió bajo el vestido las piernas, cubiertas con medias blancas, y los pies calzados con zapatos de cabritilla. La Estrella del Norte y Casiopea brillaban en lo alto. Temblando violentamente, Johanna cerró los ojos. Trató de imaginarse su bañera de la trastienda, humeante en el frío aire otoñal, cuando el sol se colaba a través de los frascos de elixir y trazaba franjas de colores en la pared; la toalla blanca sobre la silla, el té de escaramujo que tomaría cuando estuviera bañada. Su padre. Su madre. Sus hermanos, sanos y salvos. Los clientes vociferando en la botica. Sus voces se fueron elevando más y más hasta que el velo negro del sueño gélido se alzó como una cortina. No era un sueño, sino un alboroto que crecía por encima de ella.

Con piernas vacilantes, se arrastró hasta la calle. Una docena de antorchas humeantes iluminaban a una multitud que se aproximaba al puente Viejo del Norte. Había cuatro oficiales a caballo, seguidos de un estafalario desfile: pierrots y colombinas, arlequines, pastores, ángeles, pachás y ciudadanos con ropa normal que habían despertado con la conmoción general. Un grupo de dominós venecianos caminaban a un lado, cargados con instrumentos de cuerda y viento, como una orquesta ambulante aguardando la orden de tocar. En el centro de la comitiva iba un carruaje espléndido; y en su interior, sentado en un sillón de cuero, había un hombre derrumbado hacia un lado. Solo se oía con claridad el redoble de los cascos y el chisporroteo de las antorchas. Los apagados murmullos de la gente sonaban como las aguas de marzo del hielo derretido, que se llevaban el invierno hacia el mar.

Aquella visión sacó a Johanna de su sopor, haciendo que la sangre volviera a bombear por sus brazos y piernas. Acabó de trepar y se sumó a la muchedumbre. Cuando dio un traspié, un zorro la agarró del brazo y la ayudó a pasar por la calzada resbaladiza del puente para subir hacia el palacio. Al llegar a la columnata de la entrada, cinco soldados alzaron al hombre con su sillón y, sacándolo del carruaje, se dirigieron a la puerta. El hombre malherido se inclinó y dijo, mirando a la multitud: «¡Soy como el papa! ¡Me llevan en procesión!».

Johanna se volvió hacia una mujer disfrazada de bailarina de harén, que sollozaba abiertamente.

—¿Quién es? ¿Qué ha pasado? —preguntó.

La mujer llevaba un ligero velo escarlata y, de sus ojos ribeteados de *kohl*, descendían las lágrimas en negros regueros.

—¡Su majestad! Le han disparado, pero creen que sobrevivirá.

—¿Disparado?

Johanna se quedó totalmente inmóvil mientras la multitud se abría paso a empujones y seguía a su rey por el interior del palacio. El mundo que la rodeaba empezó a girar y se desvaneció en las tinieblas, y Johanna cayó desmayada.

Capítulo sesenta y cuatro

REGRESO AL NIDO

*Fuentes: E. L. M. F. L., Sra. Murbeck, sekretaire K.L.***, Sra. Sparrow, Katarina E., invitados diversos.*

El maestro Fredrik y yo aguardamos sentados dos horas hasta que nos interrogaron y nos dejaron salir. Él se fue a su casa, para reunirse con la señora Lind y con sus hijos. Yo corrí a la plaza de Jacob para buscar a Johanna, por si aún seguía encerrada en el carruaje de la Uzanne, pero todos los coches de categoría habían partido ya. De camino a la calle Baggens, recé para que el lacayo le hubiera dado mi mensaje y Johanna estuviera en la casa anaranjada. Las puertas de la Tía Von Platen, sin embargo, estaban cerradas a cal y canto y nadie acudió a mis porrazos. Corrí entonces a la plaza del Mercader, por si Johanna se había ido a casa del maestro Fredrik, pero la señora Lind me explicó, sollozante, que este había salido y que Johanna no estaba allí. Para entonces, estaba a punto de congelarme bajo la tela liviana de mi disfraz, así que me encaminé al callejón del Sastre y subí a mis habitaciones para ponerme ropa abrigada y mi mejor capa roja. Desperté a la señora Murbeck y le di la trágica noticia; luego recorrí a toda prisa las callejas y plazas oscuras para dirigirme al único punto de la Ciudad donde había luces y sonaban voces, es decir, al patio exterior del palacio real. Quizá Johanna se había visto arrastrada hacia allí por el gentío. Pero no la veía por ninguna parte.

—¿Qué noticias hay? —le pregunté a otro *sekretaire*, mientras observaba la aglomeración ante la puerta de los apartamentos reales, donde la masa forcejeaba y trataba de entrar.

—Gustavo yace en los aposentos de gala. No había dormido allí desde su noche de bodas, hace más de veinte años. —Se detuvo para tomar un pellizco de rapé—. Tampoco aquella fue una noche feliz. Pero sobrevivió.

Me abrí paso hasta el interior de los aposentos aduciendo un encargo disparatado de mi oficina, y hallé un revoltijo de ciudadanos de toda laya, desde aristócratas hasta simples plebeyos. Ministros y oficiales mezclados con pajes, costureras, sastres y taberneros. Ni rastro de Johanna o de la Uzanne. Hacía calor allí dentro y olía a sudor y lana mojada. A miedo, también. Gustavo yacía en el lecho, consolando a las visitas, repartiendo palabras de aliento, estrechando manos trémulas de súbditos afligidos. Cuando logré acercarme, sus ojos se cruzaron con los míos por un instante. «El rey de los pájaros os manda saludos», dije. No sé si Gustavo me oyó, porque en ese momento se volvió para recibir al duque Carlos y su hermano menor, Federico Adolfo, ambos pálidos y acongojados. El buen doctor Olof af Acrel ordenó entonces despejar la habitación, puesto que el aire se había vuelto irrespirable, y todo el mundo, salvo los más allegados al rey, se vio expulsado a las calles frías y deprimentes. Eran casi las tres de la madrugada.

Me sorprendí tomando el camino familiar que llevaba al callejón de los Franciscanos, todavía con la débil esperanza de que Johanna supiera llegar allí si todo lo demás fallaba. Viendo una raya de luz entre los espesos cortinajes, subí a toda prisa las escaleras y me armé de valor para enfrentarme con la depauperada señora Sparrow, a la que había dejado en manos de la señora Murbeck. Pero quien me abrió la puerta fue Katarina y, para mi sorpresa, la entrada brillaba a la luz de las velas, el suelo estaba resplandeciente y el calor de las estufas permitía que las damas presentes llevaran los hombros desnudos. Retrocedí instintivamente hacia la escalera.

—Ha regresado usted, Katarina —dije, desconcertado ante semejante transformación—. Y los salones...

—La señora Sparrow me llamó hace una semana. Nuestro gorrión se ha recuperado.

—¿Y hay juego en una noche como esta?

Katarina salió y me estrechó las manos entre las suyas.

—Ella se alegrará de verle, señor Larsson. Se encuentra en un estado de gran agitación, y las cartas son su único consuelo.

Le di mi capa.

—Gracias, señora... ¿Ekblad, es ahora?

Katarina asintió. Una sonrisa le llenó de arrugas los ojos.

—Espere ahí. Ella vendrá a buscarlo en cuanto esté lista —dijo, señalándome las mesas.

En el salón principal, envuelto en una nube de humo, había al menos una docena de jugadores tomando té y café. No se oía el bullicio de ninguna apuesta, solo el tranquilo movimiento de las cartas. Los únicos comentarios entre cada mano, e incluso durante el juego, se referían al intento de asesinato. Dos de los jugadores que habían asistido al baile tejían historias con sus propios recuerdos y con las habladurías que circulaban. No me molesté en corregirlos ni en añadir mis observaciones. Me limité a sentarme y escuchar. Las especulaciones sobre el asesino o asesinos se centraban en La Perrière, el actor y conocido jacobino, y en los Patriotas aristocráticos encabezados por el general Pechlin. Los espectros de la revolución y de la represión se cernían sobre nosotros y, al final, preferimos volcar toda nuestra atención en las cartas para no darles pábulo.

Al cabo de una hora sentí una mirada clavada en mi nuca. La señora Sparrow, todavía delgada pero con el aire de su antigua apariencia, me hizo un gesto de saludo cuando me giré. Me levanté y tomé su mano, fría y suave.

—Tiene... buen aspecto —dije.

—Estoy cambiada —contestó, y me dio un beso en la mejilla—. Todo ha cambiado. Venga conmigo, Emil.

La seguí a la habitación superior y nos sentamos en los dos sillones junto a la estufa.

—Me sorprende encontrarla aquí.

—He tratado de llegar a él cuando lo he sabido, pero los hombres del duque estaban apostados en la puerta y no me dejaban entrar. Mañana lo intentaré de nuevo. —Se meció ligeramente en el sillón, como deseando correr allí de inmediato—. Al llegar a casa había un grupo de clientes esperando abajo y he decidido abrir. Siempre es un consuelo compartir la pena, aunque sea en este contexto. —Sacó una baraja del bolsillo y empezó a mezclar; el tacto y el sonido eran como un bálsamo para ella—. Pero usted estaba allí. Cuente.

Se lo conté todo: las cosas que habían pasado en el baile de máscaras, cómo habían entrado en juego los ocho, la confusión que me había dominado, la sensación de fin del mundo y, por encima de todo, mi completo fracaso.

—Esto es lo único que he sacado después de todos nuestros esfuerzos —dije, tendiéndole el maltrecho *Casiopea* que había recogido en el escenario—. Ya no está cargado.

Ella tomó el abanico y estudió las pulidas guardas de marfil; luego se echó hacia delante y puso una mano sobre la mía.

—Es un hermoso trofeo. Una muestra de cómo cambia la historia con un solo gesto.

No respondí; no veía por qué la sustitución del veneno por una bala había de ser para mejor.

La señora Sparrow se levantó y se acercó a la ventana, separando las cortinas. Había ajeteo en la calle a semejante hora; la gente se dirigía a palacio para velar al rey.

—La esperanza se mantiene en varios frentes. Hace dos días llegaron noticias de Bruselas; Von Fersen consiguió llegar a las Tullerías y pasó la noche con el rey y la reina de Francia. Luis no quiso irse solo con Von Fersen, alegando las promesas a su pueblo y el amor a su familia, pero accedió a reunirse con las tropas de la coalición cuando se produzca su avance. Es posible que Gustavo se recupere y reúna a los ejércitos de Europa en primavera. Este atentado contra su vida galvanizará incluso a los soberanos más reticentes.

La señora Sparrow se apartó de la ventana y se situó a mi espalda.

—Esta noche has desafiado a Hades por amor, Orfeo.

—¿Cómo sabe cuál era mi disfraz?

—Bueno, por la señora Murbeck. Ella es mi Urraca: ella y su hijo, apoyados en la fuente del cuatro de Copas. Ella podría ser la fuente misma, a decir verdad. Es una excelente fuente de información. Y me la envió mi Mensajero, además —añadió, colocando suavemente una mano en mi hombro—. Fue ella quien me habló de la señorita Bloom.

Ahora el peso de la larga noche se abatió sobre mí. Sentí mis dedos helados al frotarme los párpados.

—Igual que Orfeo, he fracasado.

—No. Simplemente es que el Octavo de Estocolmo todavía no está completo. —

Rodeó el sillón y me apartó las manos de los ojos—. Míreme, Emil. Tenga fe, y piense que a su Compañera no le gusta perder. Debe seguir adelante hasta que se haya completado. Juró hacerlo.

Capítulo sesenta y cinco

LA TÍA VON PLATEN ACOGE A UNA CRIATURA EXTRAVIADA

Fuentes: Capitán H., Tía von P.

Contemplaron a la muchacha desmayada. Yacía lívida y con los labios todavía azulados. Tenía desgarrados el canesú y el dobladillo de su exquisito vestido y le faltaba uno de los zapatos de piel de cabritilla blanca con tacón de coral rosa.

—Se ha desmayado frente al palacio. Ha habido una desbandada de pánico y poco le ha faltado para que la pisotearan, o para morir congelada. —El hombre disfrazado de zorro miró a la Tía von Platen de reojo—. Ha vuelto en sí un momento, cuando la he arrastrado dentro para que entrara en calor, y ha dicho que la trajera a la casa anaranjada de la calle Baggens.

—¿Pensaba follársela o vendérmela? —preguntó la Tía Von Platen, ajustándose con recato la bata de seda azul pavo real que se había echado encima precipitadamente.

El zorro movió sus orejas.

—Soy un cristiano, no comercio con carne.

—Yo creía que esa era la moneda cristiana por excelencia.

—La joven ha dicho un nombre: Hinken.

La Tía abrió la puerta disimulada del vestíbulo y gritó por el hueco de la escalera:

—Capitán, aquí hay algo para usted.

Los pasos de Hinken resonaron pesadamente en la escalera junto con el eco de la melodía que iba tarareando. El capitán se detuvo en seco al ver a Johanna tirada en el suelo.

—Santo Dios, no me diga que hay que enterrar otro cadáver.

—No, no. Solo está desmayada. No vaya a darle una idea equivocada al caballero —lo regañó la Tía, inclinándose sobre Johanna para examinar sus pendientes—. Ha preguntado por usted, capitán. ¿Estaba esperando a alguien esta noche?

—Sí, Tía. Esperaba a alguien, pero no a una muchacha —dijo Hinken—. Y encima necesitada de cuidados. —Se rascó la barbilla, mascullando maldiciones para sí, y se volvió hacia la Tía—. Usted sabe bien cómo remendar a las criaturas extraviadas.

—No regento una casa de reposo —replicó la Tía con un bufido. Hinken metió la mano en el bolsillo y sacó una gruesa moneda de oro. Ella sonrió y le dio una palmada juguetona—. ¡Zalamero! Pero no más de una semana. No me sobra sitio. —El zorro dio media vuelta para retirarse, cumplida ya su misión—. ¿Cómo? ¿De veras va a marcharse sin hacer una visita a las damas? Hemos decidido abrir esta noche, pese a todo. —El zorro volvió a ponerse la máscara y meneó la cabeza—. Bueno, al menos ayúdeme a subir a la chica por la escalera —dijo la Tía—. Y que no los vea

nadie. Arruinaría el ambiente.

—¿Es que no sabe que han disparado al rey?, ¿qué ambiente quiere que haya? — preguntó Hinken.

La *madame* se encogió de hombros.

—Pues no parece ir mal para los negocios.

Capítulo sesenta y seis

ARTE O GUERRA

Fuente: M. F. L.

Desde la ventana de su taller, el maestro Fredrik miraba cómo pasaba la gente en tropel por la plaza del Mercader. La noticia había corrido por la Ciudad como la pólvora, propagándose de punta a punta con los sollozos y los jadeos de millares de bocas. Los Lundgren, que alquilaban las habitaciones de la tercera planta, habían anunciado que saldrían para Gotemburgo tan pronto como estuviera permitido viajar, como si el fin del mundo tuviera límites geográficos.

El maestro Fredrik sacó una copa de cristal de una vitrina y abrió la botella de oporto que guardaba desde hacía tiempo. Las manos le temblaron pese a la calma que trataba de imponerse y derramó un poco al servirlo, dejando manchas de color rojo oscuro en el fajo de cuarenta sobres blancos que acababa de cerrar. La Uzanne había exigido que se enviaran a la mañana siguiente del baile; iba a ofrecer una recepción. Las manchas parecían meteoros: una imagen de la destrucción del cielo y la tierra. El segundo advenimiento. Las invitaciones debían consumirse en las llamas. Se rio ante aquel acceso de piedad inédita en él, pero la risa le duró poco. Era el final, en efecto.

Arrojó todo su trabajo a la chimenea y observó cómo se ennegrecían los sobres hasta reventar y deshacerse en cenizas. Luego llamó a la señora Lind, pero no hubo respuesta. Había salido a buscar a los chicos y todavía no había regresado. Se acercó con calma al armario del pasillo y sacó su abrigo forrado de piel de conejo y su bastón con mango de marfil, pero dejó los guantes de cabritilla en el estante. Se dirigió a la explanada del Castillo, donde se había reunido la multitud, pero al llegar al callejón del Cuervo dobló hacia el este, hacia el agua, y luego de nuevo hacia el sur. Al otro lado de la esclusa estaba el Distrito Sur y la taberna del Lince.

—Esas salpicaduras de vino... no eran meteoros, sino música. Tengo que encontrar a Bellman.

Capítulo sesenta y siete

LA SUITE REAL

Fuentes: E.L., Capitán H., J. Bloom.

En el trayecto de vuelta desde la casa Sparrow al callejón del Sastre, donde quería procurarme unas horas de sueño, volví a pasar por el negocio de la Tía Von Platen. Afuera había un animado grupo de caballeros: un grupo muy nutrido teniendo en cuenta la hora. Hinken les cerraba el paso, intercambiando pullas y bromas con ellos, pero provisto de una tremenda herramienta de hierro por si las cosas se salían de madre. Capté su mirada y me indicó con un gesto que fuera por la parte trasera.

—En mi habitación —dijo.

—¡Aquí hay que hacer cola! —gritó un hombre, bastante airado.

—Conozco sus costumbres, magistrado. Y no le gustaría lo que tengo en mi habitación —dijo Hinken, sonriéndole lascivamente al hombre, que retrocedió en silencio.

Me deslicé por la puerta de la cocina entre dos muchachas, ambas envueltas en gruesas mantas y fumando en pipa de arcilla, y les pregunté el camino más rápido para llegar a la habitación de Hinken. Me señalaron un angosto pasillo que enlazaba con la escalera principal. Crucé a toda prisa aquel túnel fétido, que olía a agua de rosa, jazmín y orines, y ascendí por los tres negros tramos de escalera que llevaban a la *suite* real, subiendo los peldaños de dos en dos. Llamé suavemente a la puerta de Hinken; volví a llamar al ver que nadie respondía. El desván estaba oscuro y silencioso, y algo más caldeado por el calor que subía del resto de la casa; temí que ella estuviera profundamente dormida, o gravemente herida, y que no fuera a despertar. Pero entonces oí su voz.

—Esta habitación está ocupada toda la noche.

Me pegué a la puerta, como si pudiera fundirme con la plancha de madera.

—Eso es lo que esperaba, Johanna Bloom.

El clic del cerrojo y el chirrido del picaporte fueron como las notas iniciales de una canción, y entonces ella apareció ante mí, con la cara iluminada por la débil llama de una lámpara de junco. Tenía el pelo húmedo y desgreñado; un prolongado corte deslucía su pálida mejilla, y su silueta quedaba oculta bajo un sombrío atuendo masculino, sin duda propiedad de Hinken. Pero la mirada que depositó en mí era inmaculada, de un prístino azul. Entré en la habitación; ella se apresuró a cerrar. El amanecer teñía las paredes con una luz fría y desangelada. Una gaviota graznaba afuera, saludando a los panaderos, que ya se dirigían a hornear el pan de la mañana.

—Así que ella ha triunfado, al final —dijo Johanna.

—No. Ha fallado. Lo intentó un hombre armado con una pistola, pero Gustavo los ha derrotado a todos —dije—. Está vivo.

Johanna colocó la lámpara de junco en la mesilla y se quedó de pie rígidamente, con las manos enlazadas.

—Volverá a intentarlo.

—He estado esta noche en los aposentos de Gustavo, Johanna; había multitud de amigos y admiradores. No se atreverá.

—La conozco; soy su protegida. Estoy segura de que se atreverá. —Bajó la vista al suelo, meneando la cabeza, y me miró de nuevo—. También yo volveré a intentarlo.

—Déjalo, Johanna. Ella no puede llegar a Gustavo, pero sí puede llegar a ti. —Le separé las manos y las tomé entre las mías—. Quédate aquí escondida hasta que zarpe el barco de Hinken.

—¿Y adónde irás tú? —preguntó—. ¿De veras crees que puedes librarte de sus redes?

No respondí durante unos instantes; nunca había pensado en marcharme a ninguna parte.

—Yo soy de esta Ciudad —dije al fin—. No tengo adonde ir.

Sus manos se escabulleron de las mías; sentí su calidez en mi cara, sus palmas mullidas en mi barba naciente.

—Hay todo un mundo, Emil.

Algo de eso atisbé en el beso que me dio.

Capítulo sesenta y ocho

ATENDIENDO A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS

Fuentes: E.L., Capitán H., M.F. L., L. Nordén, M. Nordén, Sra. S., Sra. Lind, Red Brita, varios dolientes y vecinos.

Llegué mucho antes de la hora acordada y tomé asiento en la parte trasera de El Rabo de Cerdo, que estaba casi desierto. Cuando apareció Hinken, me levanté tan bruscamente que el banco se volcó con gran estrépito.

—Cálmese, Emil. Su carga está a salvo —dijo en voz baja, enderezando el banco y sentándose a mi lado—. Podría haberme dicho que el pasajero iba a ser una mujer.

El tabernero vino a atendernos y le pedimos cerveza y el plato del día. En cuanto se alejó, Hinken se inclinó sobre la mesa.

—Le está sacando un buen rendimiento al favor que me hizo, *sekretaire*. Incluiré los gastos adicionales en los que he incurrido. Me gusta esa muchacha.

Se echó a reír al ver mi afligida expresión. Llegaron las jarras de cerveza y dos cuencos de anguila al vapor con salsa de hoja de toronjil y pan negro para rebañar.

—Tengo que verla —dije.

—Ella me ha explicado el aprieto en el que está metida. En el que están metidos, vamos. —Alzó la jarra hacia mí—. Manténgase alejado de la calle Baggens; seguramente lo están vigilando. —Argumenté con calor que no era probable; la Ciudad estaba totalmente volcada en el estado de Gustavo. Hinken meneó la cabeza ante mi ingenuidad—. *Sekretaire*, mi vida es como un juego incesante de persecuciones, una sucesión de capturas y huidas. Conozco las reglas. —Su larga experiencia superaba sin duda mis conjeturas—. Usted no pierda de vista sus cartas, y yo no perderé de vista mis mercancías —dijo, metiéndose un grueso pedazo de anguila en la boca—. Y vuelva a dedicarse a las cartas. Así no pensará tanto en la señorita Bloom.

Seguí su consejo, por doloroso que fuera, y me mantuve alejado de la casa anaranjada. Aquella noche jugué a cartas en el salón de la señora Sparrow y, a la mañana siguiente, volví a montar guardia en la explanada del Castillo, frente al palacio. El ambiente empezaba a adquirir un aire festivo, pues desde los aposentos reales llegaban noticias de que Gustavo se recuperaba. Había puestos de castañas asadas y braseros con pinchos de carne, y los tenderetes de baratijas se habían desplazado desde el muelle y hacían su agosto vendiendo retratos del rey y banderines con las tres coronas. Un grupo de guardias uniformados permanecía apostado en la entrada del patio exterior, protegiendo a la nobleza que desfilaba con sus carruajes. A raíz del atentado se habían producido actos de violencia contra los aristócratas, pues la población culpaba abiertamente a la Casa de los Nobles.

Ya no volví a acceder al aposento real después del 16, pero quienes entraban y salían informaban con generosidad: había visitas de extravagante indumentaria

cargadas con regalos no menos extravagantes; enemigos eternos que venían en desagravio y salían deshechos en lágrimas, arrepentidos de su locura; los tres mejores cirujanos de Suecia estaban de guardia las veinticuatro horas; la bala no había sido extraída, pero Gustavo se encontraba bien despierto; ya se sentaba en un sillón y se sentía mucho mejor; Gustavo se había reído con el embajador de Rusia; Gustavo había tomado una copiosa cena, seguida de unos helados de postre; el duque Carlos lo visitaba continuamente; a la reina, en cambio, apenas se la veía. Cuando pregunté por la Uzanne, nadie supo decirme nada.

El clima se estaba suavizando, lo cual era una ventaja para quienes aguardábamos allí. Fue en un día de aquellos, soleado y de fuerte viento, cuando el maestro Fredrik vino corriendo a mi encuentro completamente desolado.

—¿Es posible que no se haya enterado?

Miré alrededor, pero la gente parecía tranquila.

—¿Qué sucede? —pregunté—. ¿Le han extraído la bala?

—No, Emil. Es Christian. Christian Nordén. Ha fallecido.

Me costó un momento asimilar aquella funesta noticia; y entonces casi me fallaron las rodillas. El maestro Fredrik me sujetó del brazo y me puso derecho. Fuimos a buscar la relativa intimidad que ofrecía la vasta columnata.

—La señorita Plomgren dice que Christian se desmayó la noche del baile, abrumado por la perspectiva del duro interrogatorio al que iba a ser sometido. O quizá bajo la conmoción del brutal atentado contra el rey.

—Pero esos no son golpes mortíferos, maestro Fredrik —dije, agradecido por el brazo que me ofrecía y lleno de remordimientos, al mismo tiempo, por no haber ayudado a Christian cuando lo había visto tan afligido en el baile.

El maestro Fredrik se apartó de la zona iluminada por el sol y bajó la voz.

—La señorita Plomgren dice que está deshecha de dolor y que no logra recordar ningún detalle. —Hizo una pausa con el ceño fruncido—. Por lo que explican, fue como si Christian se hubiera sumido en un profundo sueño y ya no hubiera despertado.

Esa afirmación no me pasó desapercibida.

—La Uzanne —susurré.

—Confieso que he sacado una conclusión similar. —El maestro Fredrik se interrumpió y reparó en un gurrño aplastado sobre los adoquines—. Me siento responsable en parte.

—Todos lo somos —respondí.

—¿Sabe que la señorita Plomgren es ahora la señora Nordén? —dijo. Meneé la cabeza, abriendo unos ojos como platos—. Ella va a hacerse cargo del taller Nordén junto con su nuevo esposo, Lars. Asegura que ahora el negocio florecerá. —El maestro Fredrik volvió a interrumpirse y recogió un guante femenino pisoteado—. Aunque me temo que será de un modo que difícilmente habrá de convenirle a la viuda y a su próximo hijo.

Margot.

Las vidrieras de la tienda Nordén estaban cubiertas con crespones negros; una lámpara votiva iluminaba un despliegue de abanicos negros. Los vecinos cuchicheaban afuera en corrillos. En la puerta había una corona de boj colgada, pero Margot se había negado a flanquear la entrada con abetos segados de un tajo, tal como había sugerido Anna Maria, calificando de bárbara la costumbre. En el interior, ahora despojado de todo su encanto, el ataúd reposaba sobre dos pequeños escritorios. Había media docena de dolientes sentados en sillas de madera dorada, prestadas del teatro de la Ópera (una gentileza de las Plomgren). Margot parecía haber encogido y perdido todo su color, pese a su avanzado estado de gestación. El señor Plomgren miraba a su hija con una expresión de indisimulada felicidad. La señora Plomgren, por su parte, levantaba inventario de todo, dando golpecitos impacientes con los tacones. El maestro Fredrik tomaba café junto a la señora Lind. La vecina, Red Brita, entró en la trastienda, donde se servían los refrigerios, y reapareció con un *pretzel* de azafrán. Anna Maria, llorosa y con velo, se aferraba al afligido hermano, Lars. Pero al oírme entrar levantó la vista, y yo percibí el pánico bajo el velo negro de su sombrero.

Margot era católica y Christian luterano, así que ningún sacerdote o pastor iba a venir a rezar los responsos. El maestro Fredrik accedió a leer el salmo 23 y los hombres seguimos al coche fúnebre hasta la esclusa. No cruzamos al Distrito Sur, sino que volvimos para el almuerzo fúnebre; el terreno, que justo empezaba a ablandarse, aún no estaba en condiciones para un entierro, así que el féretro se almacenaría con los demás muertos del invierno para aguardar a la primavera.

Solo después de que casi todo el mundo se hubiera marchado me senté al fin junto a Margot. Ella, con la mirada perdida en un punto invisible, meneó la cabeza.

—Todo desaparecido. Todo. Mi esposo, la tienda, mi país, mi nuevo rey, mi futuro. Solo he de pensar en el niño, y no se me ocurre qué debo hacer —dijo.

Yo no sabía qué decir, así que permanecimos sentados en silencio. Bajé la vista a los pies de Margot, cruzados a la altura del tobillo; sus zapatos, limpios y lustrados, terminaban en una punta curvada hacia arriba. Las suelas se veían arregladas y repintadas de azul marino. No eran los zapatos de una mujer que fuese a acabar abandonada. Finalmente, volvió a prestar atención a lo que le rodeaba y dijo:

—He perdido toda conexión con este lugar.

Me incliné hacia ella y percibí la fragancia a hierbaluisa característica del taller. Contemplé su cara, demacrada y pálida; sus labios, agrietados y mordidos; el surco profundo de preocupación entre sus cejas. Contuve el aliento; tomé su mano y, dándole la vuelta, tracé con el dedo una línea en la palma.

—Nosotros estamos conectados, Margot. Tú eres una de mis ocho. —Ella me miró, perpleja—. Yo te ayudaré. Es lo único que has de saber ahora mismo.

Ella esbozó una tenue sonrisa y volvió la mano para entrelazar sus dedos con los míos.

—Gracias, Emil. Voy a necesitar a mis amigos.

Capítulo sesenta y nueve

NARANJAS SANGUINAS

Fuentes: E. L., Dr. Olof af Acrel, visitas presentes en el aposento real, Capitán Jo.

C***

Al día siguiente reanudé mi guardia frente al palacio. Allí me encontré al superior, que compartía mi afecto por el rey Gustavo y también mi desaliñada apariencia; ninguno de los dos había dormido muy bien desde el atentado ni se había preocupado de arreglarse. Dedicábamos el día a velar con inquietud al enfermo. Las noches él las consagraba a rezar y yo, a jugar y a pasearme por la calle del Negro hasta la calle Baggens, desde donde me asomaba a atisbar la casa anaranjada. El superior y yo estábamos comentando las últimas noticias procedentes de la cámara real cuando divisé su silueta en la otra punta de la columnata. En realidad, lo que vi primero fue la cesta llena de fruta, que relucía entre la masa gris de la multitud. La cesta la llevaba una niña de unos siete años, con un pelo tan rubio que casi parecía blanco y un abrigo de terciopelo del color del amanecer. La cría portaba la cesta como si contuviera las joyas de la corona, con un aire de temor y de orgullo pintado en la cara. Alguien le traía un tesoro de naranjas sanguinas españolas al rey malherido. Era la Uzanne.

La muchedumbre le iba abriendo paso a la niña. La Uzanne la seguía muy erguida. En una mano llevaba, cerrado, un abanico gris de seda con adornos de plata; la otra la mantenía extendida por encima del hombro de la niña, aunque sin tocarla, como si la dirigiera hacia delante con su simple magnetismo. La Uzanne sonreía, radiante, también. Grité su nombre y me abrí paso entre el gentío para plantarle cara, para volcar las naranjas de la cesta e impedir que entrase, pero los guardias, viendo mi aspecto desgreñado y mis ojos inyectados en sangre, me retuvieron. Volví a llamar a la Uzanne y ella giró entonces la cabeza. Apenas pudo disimular su irritación.

—¿*Sekretaire*? —dijo.

—*Sekretaire* Larsson, *Madame*. Nos conocimos en una de sus conferencias.

Entornó ligeramente los ojos.

—¿Se encuentra usted... bien?

—Sí, *Madame*, me salvó... —Me detuve antes de pronunciar el nombre de Johanna o de formular una acusación que jamás podría demostrar. La gente de alrededor había enmudecido y escuchaba atentamente—. Creo que me salvó su generosidad, *Madame*. Quería darle las gracias en persona, pero mi convalecencia ha sido muy prolongada y el contagio era mortal.

Ella se giró del todo y dio un par de pasos hacia mí, dejando sola a la niña rubia con la cesta de fruta.

—¿Así que le resultaron beneficiosas las medicinas?

—La que me tomé, sí. La otra botella se rompió. Lástima, porque esa muchacha

suya me prometió un reposo incomparable. —Meneé la cabeza, fingiéndome apenado—. Confío en que ella le devolviera el abanico, *Madame*. Habría deseado tener el placer de hacerlo yo mismo.

La Uzanne se inclinó hacia delante.

—Me parece que nos hemos visto más de una vez...

—Me confunden a menudo con otros —dije, estrujándome entre la multitud para poder acercarme más.

—Eso siempre puede ser útil. —La Uzanne alzó el abanico, como si fuera a abrirlo, pero se detuvo—. Me ha brindado un gran servicio, *sekretaire*. Quizá, cuando esto haya terminado, podrá serme útil de nuevo. Me ha desaparecido otra cosa.

—Cuando haya terminado... ¿el qué? —pregunté, abalanzándome hacia ella. Un guardia me sujetó del brazo y me lo estrujó hasta que sentí que iba a quebrarme el hueso—. ¿Cuándo haya terminado de asesinar al rey? —chillé.

La Uzanne se volvió y, rodeando a la niña con el brazo, la guio hacia dentro. Seguí gritando mientras ellas desaparecían por el corredor abarrotado que llevaba a los aposentos de Gustavo; enseguida me expulsaron del patio exterior con una patada brutal por vociferar como un loco.

Aguardé hasta mucho después de oscurecer, pero no la vi salir. Cuando pregunté a quienes venían de la cámara real, me dijeron que la Uzanne había pasado un cuarto de hora con su majestad, proclamando su amor a Suecia y dándole aire con su abanico. Ella le había dicho que lo ayudaría a reposar, cosa de la que el rey estaba muy necesitado en sus padecimientos. Todos los testigos aseguraban que la Uzanne había ejecutado alguna forma de magia, pues su majestad no había reposado tan bien en muchos años.

Capítulo setenta

EQUINOCCIO

Fuentes: E. L., Sra. S., Capitán H.

Los días se sucedieron borrosamente; la combinación de temor y esperanzas me producía un zumbido constante en los oídos y una crispación nerviosa en los miembros. Solo me relajaba cuando repartía una mano de cartas. El juego en el callejón de los Franciscanos volvía a practicarse a pleno ritmo, e incluso los clientes de artes adivinatorias comenzaban a acudir con sus consultas. La policía tenía instrucciones de proteger a la señora Sparrow y las órdenes emanaban directamente del gobernador militar de la Ciudad, el duque Carlos. Este no había olvidado a la adivina que había visto sus dos coronas, y una de ellas la tenía ahora al alcance de la mano.

—Ya ha llegado el equinoccio de primavera —oí que decía Hinken a mi espalda. Era medianoche, 23 de marzo—. Sentiré no ver cómo florecen las primeras campanillas.

—¿Y por qué? —pregunté, distraído por un jugador que parecía ver mis cartas antes de que yo las sacara a relucir.

—Porque estaremos navegando, *sekretaire*. He venido a despedirme.

—Triunfo —dijo mi verdugo.

Desplegué las cartas sobre la mesa y me volví hacia Hinken.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Cuando suba la marea. Dentro de cinco horas. —Llevaba en las manos un plato de lenguado preparado con vino blanco y salsa de mejillones, y se lo llevó a la nariz, aspirando con deleite—. La última cena. ¿Viene?

Sentí el bombeo de la sangre en los oídos y la mirada de esfinge de la señora Sparrow clavada en mí desde la otra punta del salón. Mi oponente recogió las monedas y las juntó con la pila de sus ganancias.

—Si voy... ¿adónde?

—A despedirse, *sekretaire*. Usted cedió su litera, ¿recuerda?, y el *Henry* está lleno hasta los topes. Nuestra pasajera aparecerá tarde, cerca de las cuatro y media. —Agitó su tenedor ante mí—. No vaya a presentarse a casa de la Tía Von Platen tampoco. Me arrancará las pelotas si hay jaleo.

La primera mañana de la primavera, al menos oficialmente, no resultó digna de la retórica de un poeta. La penetrante humedad se condensaba en ondulados jirones de niebla y la oscuridad era tan espesa hacia el este que le hacía a uno dudar de la existencia del Sol. Pero las antorchas crepitaban al viento y las voces de los marineros, libres por fin de las ataduras del invierno, resonaban con excitación. Había cuatro barcos a punto de zarpar y el muelle Skeppsbron estaba a rebosar; todos se afanaban en cargar a bordo las últimas provisiones.

La encontré cerca de la proa del *Henry*, sentada junto a un cajón de ruidosas gallinas, con la mirada perdida en el mar. No me abrazó, ni se puso de pie. Ni siquiera me sonrió; se limitó a envolverse mejor con su capa gris.

—¿Por qué te sientas aquí fuera con el ganado, Johanna? Hay un cobertizo caliente ahí cerca —dije.

—Las gallinas me ayudan a recordar en qué me había convertido, y por qué me voy. —Al fin se volvió hacia mí con una expresión indescifrable—. ¿Ha ido ya en tu busca la Uzanne?

Le conté lo de las naranjas sanguinas, la niña rubia y el abanico gris con adornos de plata.

—Solo la he visto una vez, pero se presenta allí cada día.

—Así que al final logrará todo lo que desea —dijo Johanna.

—No. No lo logrará.

Cogí su pálida mano; quería insistir en que se quedara, decirle que estaba seguro de que solo necesitábamos hallar a sus ocho; que podríamos detener a la Uzanne y que todo acabaría bien. Pero ya no estaba seguro de nada. Lo único indudable era que la Uzanne no debía atrapar a Johanna Bloom. Un nudo en la garganta me impedía hablar. Me saqué del bolsillo la caja del abanico y se la apreté en la mano. Johanna la abrió con tiento, como si pudiera saltar una serpiente de su interior, y contempló el abanico que reposaba sobre el forro de terciopelo azul. Lo desplegó de un solo golpe y la seda blanca centelleó a la luz de las antorchas, mientras que las mariposas azules y amarillas parecían cobrar movimiento con el juego de luces y sombras. Johanna volvió a cerrarlo enseguida, pliegue por pliegue, con una destreza que era el resultado de horas de práctica, y lo metió otra vez en la caja.

—No, Emil. El *Mariposa* era para tu prometida. —Puso la tapa y me devolvió la caja—. Yo jamás te encerraría en una clase de vida que no deseas.

Aparecieron dos marineros y se llevaron las gallinas, dejando una estela de plumas y cloqueos histéricos. Ella me abrazó entonces y la capa gris se le escurrió, dejándole un hombro al descubierto. Llevaba un vestido del color de un cielo de junio.

No hay nada más que contar de ese día.

Capítulo setenta y uno

UN RATO DE REPOSO

Fuentes: E. L., guardias y criados de palacio.

Continué montando guardia frente al palacio de Gustavo otros ocho días, pero no volví a ver a la Uzanne; quizá se le permitía utilizar una entrada privada, pues los testigos aseguraban que estaba allí todas las mañanas para atender a su majestad, al parecer a petición del duque Carlos en persona. Yo atosigaba a los guardias constantemente; suplicaba que me dejaran hablar con Gustaf Armfeldt, con Elis Schroderheim o algún otro amigo leal de su majestad, para contarles lo que sabía: que la Uzanne pretendía causar un daño mortal. Pero lo único que conseguí fue que todos me rechazaran y me acusaran de lunático: Gustavo había derramado lágrimas de alegría al ver que ella regresaba a su lado. La Uzanne, por su parte, siempre traía algún regalo singular; una piña, por ejemplo, que a punto estuvo de causar un motín en el aposento del enfermo. Y siempre llevaba el mismo abanico gris con adornos de plata bien aferrado en su mano exquisitamente enguantada.

—Además, *sekretaire* —me dijo un guardia—, el asesino ya ha sido capturado: un antiguo paje de su majestad, el capitán Jacob Johan Anckarström.

—¿Cómo va a ser el asesino si el rey está vivo? —repliqué.

El guardia me miró a los ojos.

—Yo he estado en la habitación. Ya le queda poco.

Me contó que muchos no salían de allí; que dormían en colchones extendidos por el suelo; que no comían, que sollozaban calladamente o cuchicheaban entre ellos. Habían colocado una mampara en torno al lecho del rey. En una mesita frente a esta había una lámpara de aceite con pantalla de papel: era la única luz permitida en la habitación durante la noche, y su vacilante claridad arrojaba sombras extrañas e iluminaba de modo fantasmal las figuras pintadas que observaban desde el techo. Había un reloj colgado de una columna. El rey preguntaba una y otra vez qué hora era. Tosía sin cesar. Su herida empezaba a pudrirse, y el hedor impregnaba el ambiente.

El 29 de marzo de 1792, su majestad el rey Gustavo III de Suecia murió. Sus últimas palabras fueron: «Tengo sueño; un rato de reposo me hará bien».

Capítulo setenta y dos

LA CLEMENCIA DEL REY

Fuentes: E. L., Sra. S., El Correo de Estocolmo, testigos de la ejecución, espía de la policía, Pastor Roos, L. Gjörwell.

Todo pareció marchitarse en la Ciudad mientras los árboles se cubrían de hojas, y yo caminaba por las calles primaverales como un inválido, igual que muchos otros cuyo mundo se extinguía lentamente ante sus propios ojos. Ahora se podía estudiar la calamidad además de padecerla y, a medida que emergían los detalles, se iba imponiendo la oscuridad. Solo un día después de la muerte del rey Gustavo, se cerró la investigación sobre el asesinato por orden del duque Carlos. De las doscientas personas que el inspector jefe Liljensparre relacionaba con el asesinato, solo cuarenta fueron sometidas a interrogatorio. De esas cuarenta, solo catorce acabaron detenidas y encerradas. Los encarcelados vieron pronto que la prisión se transformaba en una estancia campestre, con fiestas y cenas ofrecidas a los amigos y familiares. Esos catorce acusados de conspiración, de todos modos, debían afrontar un juicio y se exponían a acabar en la horca, una vez que el hombre que había disparado el tiro fue públicamente decapitado y destripado.

Pero el rey Gustavo extendió su legendaria clemencia incluso más allá de la tumba. El duque Carlos, en efecto, proclamó que su hermano le había obligado en su lecho de muerte a hacer un juramento sagrado: nadie, salvo Johan Jakob Anckarström, debía ser ejecutado por el crimen. Asombrosamente, nadie en la abarrotada habitación del rey agonizante había oído esta misericordiosa resolución: nadie excepto el duque Carlos. Trece de los conspiradores fueron enviados al exilio; el decimocuarto, el general Pechlin, fue condenado a cadena perpetua en la cárcel de Varberg, donde el duque Carlos podía mantenerlo a salvo.

El sangriento espectáculo público de la ejecución de Johan Jakob Anckarström tuvo lugar en Skanstull, en un precioso día primaveral de fines de abril; el 27 para ser exactos. Yo no asistí, pero oí los detalles en el salón de la señora Sparrow, donde pasé aquel día entero, así como gran parte de la noche. Después de decapitar y cortar la mano derecha al asesino, dejaron que el cuerpo se desangrara por completo. La cabeza y la mano fueron clavadas en lo alto de una estaca, junto a la horca. El cuerpo fue destripado y troceado, y amarrado a una rueda; los restos se dejaron pudrir al sol.

Antes de que pasara un mes, los huesos estaban mondos y lirondos. El hijo del rey Gustavo, de trece años, subió al trono y el duque Carlos fue nombrado regente. Los Realistas fueron sistemáticamente exiliados o desposeídos de sus puestos. Los Patriotas y la aristocracia regresaron al poder, y la Uzanne se dispuso a convertirse al fin en la Primera Amante.

Capítulo setenta y tres

POLVO Y CORRUPCIÓN

Fuentes: Luisa G., Nueva Cocinera.

La Uzanne se «retiró» a Gullenborg durante el juicio y ejecución de Anckarström, resistiendo el impulso de ocupar un lugar en el palco de espectadores, detrás del duque Carlos. Pretendía mantener las distancias y esperar a que el baile político, siempre bronco tras un acontecimiento semejante, adoptara un ritmo reconocible. La Uzanne aguardaba un mensaje de palacio, pero el duque Carlos no la llamó jamás. Nadie la llamaba. Una tarde lluviosa de mayo, justo antes del jueves de Ascensión, la Uzanne se sentó en su silencioso estudio y contempló la única vitrina de su colección que permanecería siempre vacía. Mirar aquel hueco la llenaba todavía de rabia; era lo único que sentía ahora, aparte de la necesidad ocasional de comer y dormir. El reloj de la repisa de la chimenea estaba dando las siete cuando sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¿Sí? —preguntó con voz estridente.

La Nueva Cocinera se mordió el labio, todavía insegura del lugar que ocupaba en Gullenborg.

—Una cena caliente la reconfortará, *Madame*. El chico del establo me trajo hace unos días unos conejos muy rollizos. Ya llevan colgados el tiempo suficiente y servirán para hacer un sabroso ragú. —La Nueva Cocinera inspiró hondo y prosiguió—. Si me permite, *Madame*, ha adelgazado usted demasiado.

—Tiene razón, Cocinera —dijo la Uzanne, observando su reflejo en el cristal oscuro de la ventana—. ¿Y cómo sabe que me gusta tanto el conejo?

—Es parte de mi trabajo saberlo. —La Nueva Cocinera hizo una venia, contentísima de haber mantenido aquella conversación, y se apresuró a bajar de nuevo a la cocina—. Esta noche lograremos enterrar el recuerdo de la Vieja Cocinera —murmuró a los conejos desollados, que colgaban de unos ganchos de la despensa—. ¿Qué dijo ese caballero que le gustaba a ella más que nada, eh, conejitos? Tiras de zanahoria tan finas como cerillas. Unas cebolletas perladas, pero no muchas, para que no parezcan ordinarias. Una salsa espesa con romero y un chorro de vino de Borgoña. ¿Y dónde estaban esas...? —masculló, rebuscando entre los tarros. La Nueva Cocinera cogió el taburete del hogar, se subió encima y tanteó por el fondo del estante más alto hasta que su mano tropezó con la lisa y fría curvatura de un bote apoyado contra la pared. Desenroscó la tapa, metió un dedo y se lo acercó a la punta de la lengua, pero no llegó a probarlo—. ¡Aquí están! Tal como me dijo el *sekretaire*: los hongos secos que le pirran a *Madame*. Morillas molidas en polvo. Dignas de un rey, así dijo.

Los dos conejos se transformaron en el más succulento de los platos: tiernos bocados bañados en una salsa oscura y espesa. La Uzanne quiso repetir; un cumplido

casi inaudito.

—Era exactamente lo que quería —dijo, dejando el cuchillo.

—Estoy aprendiendo los secretos de la Vieja Cocinera, *Madame*. —La Nueva Cocinera estaba arrebolada de placer—. He encontrado el polvo de hongos secos en el estante más alto, como me habían dicho.

La Uzanne tenía los ojos cerrados y el rostro inmóvil, pero se aferró al escritorio como si fuera a caer por un precipicio.

—¿Dicho?, ¿quién?

—Un *sekretaire*. Me explicó que había perdido usted una cosa y que quería que él la ayudara a encontrarla. —La Nueva Cocinera temblaba de excitación ante su éxito — ¿Le apetece ahora algo dulce, *Madame*?

—No, Cocinera —respondió la Uzanne, volviéndose hacia la vitrina vacía de la pared—. Tengo un poco de sueño; un rato de reposo me hará bien.

Capítulo setenta y cuatro

ESTOCOLMO, DESPUÉS

Fuentes: E.L., varios.

A sí concluyó la era gustaviana y comenzó otra era, la mía. Durante el año que siguió al asesinato empleé mucho tiempo en investigar las historias de mis ocho personajes. Rastreando información en salones de juego, cocinas, tiendas, tabernas, casas señoriales, archivos, iglesias y oficinas del gobierno, reuní, recompuse y bordé sus vidas hasta formar un tejido con el que me revestía cuando tenía la sensación de que mi vida era del todo intrascendente; y lo hubiera sido, desde luego, sin la urdimbre de las demás vidas.

Aparte de la inspirada vidente (y fullera ocasional) que era mi amiga la señora Sparrow, componían mi Octavo una dama aristocrática, una muchacha de pueblo que solo vestía de gris, un calígrafo, un contrabandista, un petimetre, una arpía y un fabricante de abanicos junto con su esposa francesa. Algunos de ellos estaban unidos por vínculos comerciales; otros mantenían el más íntimo contacto; y otros, en cambio, habían estado vinculados de modo muy superficial: un nombre que habían oído, una cara entrevista entre una multitud. Y no obstante, todos ellos estaban conectados conmigo y a través de mí, y dieron lugar a mi renacimiento.

LA COMPAÑERA.

Kristina Elizabet Louisa Uzanne.

—En la iglesia de Jacob —dijo Louisa, cogiendo otro pastel de mazapán—, y suerte ha tenido de conseguir una parcela, porque es un sitio muy popular. —Se metió en la boca el pastelillo blanco y lila y prosiguió—. Es una tumba excelente; la tierra se cubre enseguida de mantillo y sus huesos reposarán junto a los mejores de su clase. Varios obispos aguardan allí la resurrección. —Louisa carraspeó y dio un ruidoso sorbo de té—. El duque Carlos envió una hermosa corona; no imponente, pero adecuada. No podía asistir, dijo. La corte tampoco. Vino su hermana, eso sí. Desde Pomerania, nada menos. Y un primo de Finlandia. No podrían haber parecido más contentos.

Nos habíamos sentado en un saloncito de Gullenborg, la única estancia de la planta baja que no se hallaba en reformas. Los nuevos propietarios estaban fuera; Louisa se aprovechaba cuanto podía y, cuando yo me había presentado, había ordenado a la Nueva Cocinera que nos subieran un té suntuoso.

—¿Y adónde piensa ir ahora? —le pregunté, sacudiéndome las migas que ella había soplado hacia mí.

—¿Irme? —Se limpió la boca delicadamente con una servilleta almidonada—. A ninguna parte, *sekretaire*. La hermana ha vendido la casa, con contenido y todo. Y yo he sido contratada por la nueva señora. Es una recién casada, dulce y rolliza como un

pastelillo de miel. E igual de plebeya, también. Su padre es comerciante de vinos, pero ella pescó a un lord finlandés en Åbo y deseaba con vehemencia quedarse con Gullenborg. Al parecer había pasado un tiempo aquí, instruyéndose bajo la tutela de *Madame*. —Suspiró y se mordió el labio—. Yo fingí que la recordaba, pero la verdad es que pasaban por aquí montones de muchachas. Qué curioso que *lady* Carlotta haya desmantelado el estudio y vendido todos los abanicos a un caballero de San Petersburgo. —Me hizo un guiño de lo más morboso—. Dicen que para la emperatriz Catalina la Grande.

LA PRISIONERA.

Johanna Bloom.

Tenía ante mí la carta, sobre la mesa de El Rabo de Cerdo. Doblada, con el dorso en blanco, sellada con un lacre índigo pero sin ninguna marca. Hinken se dio la vuelta, como para respetar la intimidad de un encuentro real entre dos personas. Me obligué a actuar lentamente; palpé el papel, me lo llevé a la cara, olí el sello de lacre quemado y sentí en los labios el cosquilleo de su borde festoneado. Besé la cara de la carta, donde figuraba mi nombre escrito de su puño y letra, y deslicé el índice bajo la solapa para romper el sello. El delicado papel cedió y se abrió enseguida, mostrando los renglones escritos con su letra nítida y redonda.

Johanna decía estar bien, me describía Charleston como una ciudad de belleza indescriptible, decía que sus habitantes eran gente cálida y encantadora. Pero la carta venía a ser como la cara de un abanico que oculta detrás un rostro humano. Y ese rostro yo podía descifrarlo.

—Es desdichada —dije, levantando la vista hacia Hinken—. Dice que no puede soportar el tráfico.

Advirtió mi expresión perpleja.

—El tráfico de esclavos, *sekretaire*. Estaba hablando de trasladarse al norte.

Sentí en la boca de mi estómago que una crisálida daba un golpecito en la pared de su capullo. Volví a doblar la carta y me la guardé en el bolsillo de la pechera.

—La Ciudad está al norte —dije.

EL MAESTRO.

Maestro Fredrik Lind.

—La casa Lind parece no haber cambiado pese a los acontecimientos —le dije al maestro Fredrik.

Él levantó la vista de su escritorio, con la pluma en el aire.

—¿Le importaría no hablarme hasta que acabe esta línea?

Esta vez iba vestido como un oficial del ejército. Había mantenido su posición de calígrafo principal de la Ciudad sirviendo a todas las personas de categoría, salvo a los integrantes del círculo íntimo del duque Carlos. Cuando terminó, el maestro

Fredrik limpió la punta de la pluma y se bajó del taburete.

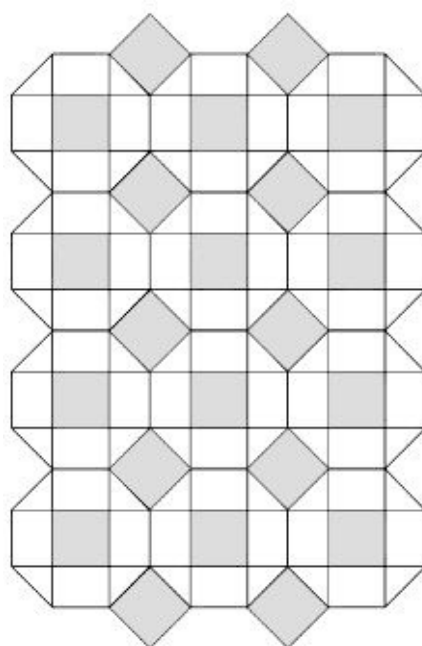
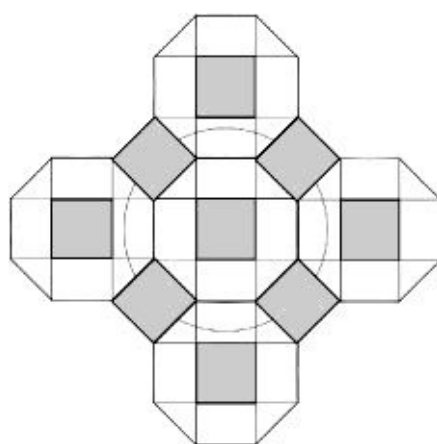
—Todo ha cambiado —dijo simplemente. Eso incluía su vocabulario pomposo y su uso permanente de guantes: ambas cosas habían desaparecido tras el asesinato; afirmaba que su propia piel tenía categoría suficiente y necesitaba airearse después de tantos años sofocada—. Pero ahora... ¡voy a darle una sorpresa! —exclamó—. He estado estudiando el Octavo. Suma más que ocho.

Fredrik tomó varios rollos de papel de un casillero de su escritorio y los llevó a la mesa que había junto a la ventana, donde brillaba un poco más la débil luz del norte.

—El trabajo de Nordén y de la señora Sparrow me ha abierto un nuevo mundo; lo he puesto negro sobre blanco.

Desenrolló uno de los papeles y lo aplanó con las manos.

—Si nos fijamos en la pauta que se repite, entonces el ocho puede considerarse un mecanismo de engranaje. De este modo... Y podemos expandirlo, como hizo la señora Sparrow.



»Esa pauta del Octavo se extiende infinitamente en todas direcciones, tal como un suelo de baldosas en una habitación ilimitada. He empezado a dibujar este cuadro,

Emil, comenzando con su Octavo de Estocolmo. Y puesto que el acontecimiento central ya ha ocurrido y ha extendido sus ondas desde aquí, me he tomado la libertad de ir añadiendo nombres. Quizás usted pueda ayudarme a rellenarlo.

—Debería participar también la señora Sparrow, maestro Fredrik —dije—. Es una invención suya, en realidad.

Así que llevamos el cuadro al callejón de los Franciscanos y subimos a verla a la habitación superior.

—Señora Sparrow —empezó el maestro Fredrik, desenrollando el papel con un floreo extravagante—, ha sacado usted a la luz la clave del Maestro Constructor. Si hubiera nacido hombre, sería nombrada gran maestre de la Logia Francmasónica.

La señora Sparrow sollozó al ver el cuadro y dijo que la Cifra Eterna le resultaba ahora más real que nunca. Al fin había sido plasmado gráficamente el alcance del Octavo para que todo el mundo pudiera verlo y comprenderlo.

EL MENSAJERO.
Capitán Hinken.

—América es un continente oscuro, *sekretaire* —me dijo Hinken, haciendo señas a la criada—. Aunque muy interesante para visitar. ¡Y provechoso! —Soltó un largo silbido—. Se puede hacer mucho dinero. Mucho, ya lo creo. Llevé un cargamento de tabaco a Dinamarca y me saqué mucho más en tres meses de lo que gané en nueve navegando por el Báltico. Zarparé de nuevo la próxima primavera. Hay una litera libre.

Jugueteé con un plato de alubias. Él esperaba que me enrolara sin más, pero la tormenta de otoño aullaba por las rendijas del marco de la ventana, y yo no podía imaginarme un viaje tan duro por el océano, y con un destino tan incierto.

LA URRACA Y LA EMBAUCADORA.
Lars Nordén y Anna Maria Plomgren Nordén.

—Me gusta mucho esa muchacha. Mucho, mucho, mucho —me confesó Lars una noche de borrachera en El Pavo Real. Aún no quería marcharse a casa, aunque ya había sonado la campana de la última ronda y pronto se encontraría en la calle bajo la lluvia—. La señorita Blooooooom. —Estaba a punto de caerse de la silla a aquellas alturas—. Una flor sencilla, pero una flor al fin y al cabo, ¿no? Aún conserva la flor intacta, según parece.

Si no hubiera resultado tan ridículo, quizás habría hecho algo más que enderezarlo en su asiento con brutalidad.

—Pero usted se ha ganado la mano de la encantadora ciruela —dije—. La mitad de los hombres de la Ciudad la seguirían hasta la otra punta de Suecia y de vuelta solo para echar un vistazo.

Él frunció el ceño y dio un zarpazo al aire lleno de humo. —Tengo un árbol

entero de ciruelas podridas. La madre y el padre se han venido a vivir con nosotros y trabajan en la tienda; ahora la Ópera está cerrada casi todo el tiempo.

—¿Todavía fabrican abanicos?

—No, no. Es decir, no Abanicos con puñetera mayúscula. Vendemos montones de modelos baratos impresos en Inglaterra, que nosotros remodelamos con plumas y encajes. Y también nos dan buenos beneficios las chucherías, chales, cintas y baratijas que hemos puesto a la ventana. Las ciruelas no quieren que la tienda sea tan francesa. —Se inclinó hacia mí—. ¿Conoce a alguien que pudiera estar interesado en comprar la fachada? Vamos a cambiarla la semana que viene.

La pena que sentí al escuchar este último detalle fue excesiva, así que me levanté para irme.

—Lars —dije, cogiendo mi abrigo—, ¿todavía tiene Anna Maria el abanico gris y plata? El que llevó en el baile de máscaras.

—Noooooo, lo vendió. Aquel y todos los que pudo agenciarse. Por una fortuna, señor Larsson. Recuerdos del asesinato —dijo, orgulloso; luego trató de enfocar mejor mi rostro—. ¿Estaba usted allí? No recuerdo haberle visto.

EL PREMIO.

Christian Nordén/Margot Nordén.

Margot y su hijo recién nacido se mudaron a unas habitaciones de la última planta del número 35 del callejón de los Franciscanos, llevando consigo el baúl lleno de dinero de la señora Sparrow. Esta resultó ser una tía espléndida y los mimó como si fueran de la familia.

—La habitación superior está animada al fin con el tipo de espíritu ideal —aseguraba la Sparrow, aunque aporreaba el techo con la escoba cuando el llanto del bebé se volvía demasiado ruidoso para sus clientes. Yo visitaba a los Nordén a menudo y procuraba ser para ellos lo que nunca había sido antes del Octavo: un amigo constante y considerado.

La Noche de Todos los Santos de 1792 cené allí un pato asado con ciruelas secas y patatas fritas. Nos bebimos la mayor parte de una botella de Sancerre y comentamos las noticias de Francia. Era como si la conmoción por el asesinato de Gustavo se hubiera propagado hacia el sur en oleadas y llegado a Francia con tal fuerza que la civilización se había desmoronado allí, mientras que en Suecia las cosas permanecían en calma. Circulaban historias estrambóticas y sanguinarias. Decían que, al salir del teatro, la gente debía volver a casa pisando los miembros humanos que había esparcidos por las calles. La lista de atrocidades era interminable: las Masacres de Septiembre, el humillante encierro del rey y la reina en la torre del Temple (mientras enseñaban a su hijo a injuriar a sus padres y a llamar puta a su madre); la danza demencial de *La Carmagnole*, las cabezas expuestas en estacas de madera en las calles y, en fin, el nuevo instrumento para llevar a cabo una ejecución

eficaz: la *guillotine*. El rey Luis XVI sería sometido a juicio.

—Me alegra tanto que estés aquí, y no en París —dije.

—Gracias, Emil. Yo también me alegro de estar aquí —respondió Margot—. Me resistí con gritos y llantos a venir a la Ciudad. No quería salvarme si no podía ser en París. Pero ¿qué sabía entonces del amor?

—Amor —repetí.

Le hablé a Margot de mi admiración por Christian, le expliqué que él había sido el Premio de mi Octavo al brindarme el conocimiento de la Divina Geometría y la oportunidad de observar lo que era la maestría artística.

—Él me enseñó lo que es el amor a los detalles más minúsculos. Y lo que es amar a una mujer.

Ella frunció el ceño e hizo aquel delicioso mohín.

—Pero tú posees esas mismas cualidades, Emil. Solo hay que sacarlas a la luz con la debida atención. —Bajó la cabeza, pero sonriendo—. O sea, con la atención de una persona que te ame.

Reinaba el silencio en la habitación, pero yo oía cómo palpitaba la sangre en mis oídos y noté mis manos húmedas y calientes mientras las enlazaba con crispación. Me había preguntado muchas veces cómo iba a arreglárselas Margot y me la había imaginado en tesisuras que prefería no pronunciar.

—Tal vez tú... —empecé, volviéndome hacia ella—. Tal vez nosotros podríamos...

Ella alzó la cabeza: los ojos azules, la nariz afilada, una sonrisa pícaro en los labios. Pero al ver mi expresión, su sonrisa se desvaneció.

—*Non, non, non*. —Meneó la cabeza y entrelazó las manos en su regazo, cerrando los párpados. Luego la sonrisa reapareció, pero matizada de tristeza esta vez—. Eres muy amable, Emil, un caballero y un hombre generoso. Pero la pieza que falta en tu corazón no soy yo. Nosotros somos amigos. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte a llegar a ella.

LA LLAVE.

Señora Sparrow.

—Yo siempre seré el pájaro del rey —me dijo— y usted su Sota.

Estábamos a finales de marzo de 1793. Nos habíamos puesto a jugar al piquet, nuestro nuevo juego favorito, en la habitación superior. La ventana estaba abierta y el aire nocturno nos traía un perfume de jacintos de la jardinera del alféizar. La señora Sparrow llevaba el vestido de luto que se ponía desde el 16 de cada mes hasta el 29.

—Una Sota errante —dije, barajando las cartas—, derrotada por una reina traicionera.

—Pero piense que todo sería mucho peor si la Uzanne hubiera logrado su propósito en el baile de máscaras. E imagínese lo que habría pasado si hubiera

seguido viva. Usted, para empezar, no habría conservado la vida. El duque Carlos habría tenido una consejera ambiciosa y malvada y, posiblemente, un heredero. —Se quitó de la boca la pipa con la que estaba fumando y me apuntó con ella—. Le hizo usted un gran servicio a la nación.

La miré entornando los ojos.

—¿Qué quiere decir exactamente?

Yo no le había contado a nadie las instrucciones que le había dado a la Nueva Cocinera.

Ella me miró con cara impasible de jugadora.

—Quiero decir exactamente lo que he dicho.

—Pero ¿qué importa ya todo eso? Gustavo ha muerto —dije con tristeza.

—Sí. Sí importa. Él puso en marcha muchas cosas que nadie podrá detener. —Entrelazó las manos y cerró los ojos—. Todavía lo veo como cuando era un joven príncipe en París, cuando estaba a punto de salir a la escena pública, lleno de vida, de encanto e inteligencia. Ay, todo lo que habría llegado a hacer. Y Luis XVI también ha desaparecido ahora.

—Un terrible comienzo para este nuevo año —dije.

La señora Sparrow suspiró.

—Dicen que las calles de París se hallaban en completo silencio mientras la carreta lo llevaba a la *guillotine*. Era como si la gente supiera que había escogido la locura y que su decisión traería una forma de gobierno muy distinta de la que aplicaba ese rey afable y bondadoso.

—Tal como hemos visto también en la Ciudad, señora Sparrow.

Estocolmo, en efecto, había perdido buena parte de su gracia y encanto inmediatamente después de la muerte del rey Gustavo y se estaba sumiendo en una suerte de languidez provinciana. El nuevo gobierno bajo la regencia del duque Carlos era más proclive a la guerra que al arte, y Carlos había encontrado un nuevo consejero aún más siniestro en el místico barón Reuterholm. El hijo de Gustavo, el rey Gustavo Adolfo, era un muchacho inestable y extraño que carecía de la inteligencia y el encanto de su padre.

—No nos vendría mal un rey francés —dije, solo a medias en broma, mientras ganaba al fin una mano.

Ella dejó las cartas sobre la mesa.

—Debo contarle una cosa. Una visión.

—No, por favor, señora Sparrow.

—Esa visión iba dirigida a mí, aunque de hecho puede aplicarse a muchos. —Dio una chupada a la pipa y el aroma del tabaco curado con manzana inundó la habitación—. La noche antes de que el Parlamento de Gefle concluyera, Gustavo me recibió como a su mejor amiga y mandó un mensaje a Von Fersen para que ejecutara aquel osado intento de rescate en París. —Aspiró una bocanada de humo y soltó una «O» perfecta—. Me llegó entonces la visión de un escudo del color de una noche de

verano, cuando la cúpula del cielo se vuelve casi violeta y adquiere un tono azul desvaído hacia el horizonte. En el escudo estaban las tres coronas y las tres flores de lis, símbolos de Suecia y de Francia. Todas se disolvieron a la vez hasta desaparecer, dejando un pacífico espacio en blanco, como una mañana tras la ventisca. Dormí toda la noche por primera vez en muchos meses. La Visión no me ha visitado desde entonces.

—¿Y qué significa?

—Significa que el Octavo de Estocolmo se extiende mucho más allá de lo que imaginábamos. Vendrá un rey francés —susurró.

EL BUSCADOR.

Emil Larsson.

Varias manos más tarde, yo iba perdiendo una suma considerable y me levanté para tomar un poco el aire junto a la ventana. El callejón de los Franciscanos estaba en completo silencio; solo se oía el murmullo de una fina llovizna.

—Señora Sparrow, ¿qué ha pasado con el *Casiopea*?

—¿Lo quiere? —me preguntó.

Yo no sabía si estaba bromeando, pero meneé la cabeza.

—No, ya he tenido bastante de abanicos; son demasiado peligrosos para mí.

La señora Sparrow se levantó, fue al aparador y lo apartó de la pared con cuidado. Abrió un cajoncito oculto bajo el tablero y sacó una caja azul. Dentro estaba el *Casiopea*. Lo desplegó cuidadosamente, guiando las varillas rotas, y contempló la escena hecha jirones de la casa señorial vacía. Se acercó a la ventana y me ofreció el abanico.

—Dudo que pueda venderlo ahora —dijo. Le di la vuelta para mirar su cara estrellada y reseguí la línea de la W puesta del revés bajo la Estrella del Norte—. Pero no estoy segura de que haya perdido la magia que poseía —añadió, extendiendo la mano para recuperarlo.

—La era de la magia está concluyendo, señora Sparrow.

Cogió el *Casiopea* y lo cerró lentamente, buscando los pliegues, alisando los rotos y los desgarrones hasta que la tela quedó a salvo entre las guardas de marfil.

—Espero que no, francamente. Nos hacen falta igualmente el día y la noche, Emil. ¿Dónde estaríamos sin la renovación que nos proporciona dormir, sin la inspiración de los sueños, sin el sobresalto del despertar? No quisiera vivir en un mundo en el que los magos fueran reemplazados por burócratas, cuyo único truco consiste en hacer desaparecer el tiempo y el dinero. Prefiero el viejo sistema; al menos dejaba un margen para maravillarse y hacerse preguntas.

—¿De veras creyó que era posible detener a la Uzanne cambiando unas cuantas lentejuelas? —pregunté.

—Es que sí sirvió para detenerla, al menos el tiempo suficiente para que usted

cambiara el curso de los hechos. Así es como funcionan estos objetos tan poderosos.

—¡Pero si no evité nada! —Di un puñetazo en la pared—. El Octavo no salvó a Gustavo, y desde luego no me salvó a mí.

Ella volvió a sentarse ante la mesa y desplegó sus cartas en abanico con un gesto rápido y elegante.

—Quizás el Octavo de Estocolmo posea su propio marco temporal y el verdadero acontecimiento central tarde años en manifestarse. O quizás el esquema ampliado le está esperando todavía.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Usted no ha concluido. El sendero dorado, Emil. Amor y conexión.

Me senté y volví a coger mis cartas. Tenía una combinación prometedora, pero no podía concentrarme y sentía un calor que me subía a la cara.

—¿Amor y conexión? Ya conozco el amor y la conexión ahora, pero el camino que trazan es traicionero y está lleno de pesares. He perdido mucho más de lo que he ganado. Lo he perdido todo.

Ella juntó sus cartas y me estudió.

—Es usted todavía *sekretaire*, sigue ganando dinero en el juego. La amenaza del matrimonio ha desaparecido ahora que el superior ha sido trasladado a la oficina de Lotería. Tiene usted amigos y colegas en la Ciudad y es recibido en muchos hogares como si fuera de la familia. Todavía es un hombre joven y libre de hacer lo que le plazca. ¿Qué ha perdido?

Ordené mis cartas por palos y las desplegué sobre la mesa, en señal de que había terminado.

—He perdido el rumbo —dije.

La señora Sparrow reflexionó unos instantes y dejó también sus cartas.

—No ha perdido el rumbo. Ha perdido el ímpetu. O alguien se lo ha robado.

Era muy rápida con las manos, así que no advertí cómo lo recogía de nuevo. Solo vi que se iba hacia el rincón y abría el *Casiopea*. Me puse de pie con un grito de sorpresa y luego, asombrosamente, de dolor, y vi que la señora Sparrow abría la puerta de la estufa y arrojaba el abanico a las brasas ardientes. Observamos cómo se ennegrecían y ondulaban las guardas de marfil, y cómo estallaba la tela en un chisporroteo que se elevó muy alto en el interior de la estufa. La señora Sparrow se restregó las manos en la falda, como si acabase de realizar una tarea inmundada.

—El renacimiento es un movimiento hacia delante —dijo—. Vaya y conclúyalo ya, Emil. Vamos.

Último capítulo

EL FINAL DEL SIGLO

Fuentes: E. L., Hinken

—¿**E**stá usted de acuerdo, entonces, en que el siglo feneció unos años antes de lo previsto? —pregunté.

Hinken asintió solemnemente, frunciendo los labios.

—Sí, estoy de acuerdo. El siglo ya ha muerto.

Estábamos encorvados sobre una mesa de tablones cepillados, ante un plato de galletas duras y dos tazas de café dulce y cargado. Una vela protegida tras el vidrio de un farol arrojaba un rectángulo de luz amarillenta e iluminaba el rostro de Hinken. El balanceo del oleaje y el suave crujido de los cabos eran un alivio después de las violentas tempestades que habíamos sufrido durante lo que a mí me pareció una eternidad. Era mi primera visita a la cocina en casi diez días y me sentía débil después de tan terrible experiencia, aunque contento de poder contarme entre los vivos.

—Para ser exactos, el certificado de defunción diría «marzo de 1792» —añadí.

—En Suecia, quizá. Pero dada la posición dominante de Francia, yo apostaría por el mes de enero pasado. 1793. —Hinken soltó un silbido que pretendía evocar el sonido de una hoja afilada cortando el frío invernal para ir a tropezar con el cuello de Luis XVI—. O quizás habría que retroceder al 89, cuando fue tomada la Bastilla y asaltado el Palacio de Versalles. Quizás ese fue el final.

Me levanté y entreabrí la portilla para que entrara el aire fresco del mar en aquel espacio angosto, que apestaba a beicon, sudor y brea. Era la primera vez en diez días que un olor cualquiera no me provocaba arcadas.

—No, 1789 fue el principio del fin —dije—. Fue el año en que conocí a la señora Sparrow. Todos los Octavos de todos los asesinos se pusieron en movimiento aquel año. Yo no veía aún lo que se avecinaba, de igual modo que el rey Gustavo no veía la bala ni el rey Luis la hoja de la guillotina.

Hinken dio un sorbo a su café.

—Usted solo me parece medio muerto.

—El viaje todavía puede acabar conmigo —dije.

Dejó la taza con un golpe seco.

—¿Y qué si así fuera? Podría estar muerto de verdad a estas horas, o en la cárcel, o solo en sus habitaciones miserables: un burócrata envejecido y temeroso que mira cómo pasa el siglo lentamente y cómo lo va haciendo picadillo a él y a la Ciudad.

—Todavía no he cumplido los treinta, Hinken.

Soltó un bufido y las arrugas alrededor de sus ojos se marcaron más profundamente mientras sonreía.

—Entonces aún tiene un poco de tiempo para acabar ese Octavo suyo.

Sacó su pipa de arcilla blanca y la llenó, y ese sencillo gesto me hizo sentir una repentina añoranza de la Ciudad y de la señora Sparrow, del maestro Fredrik y la señora Lind, de Margot y su bebé, de la señora Murbeck, incluso de Lars Nordén.

—Si es que tal cosa existe —añadió Hinken.

—Sí, ya lo creo —dije, sintiendo la brisa que entraba por la portilla—. Si llegas a conocer las cartas y prestas atención, puedes ver cómo va tomando forma a tu alrededor. El maestro Fredrik ha dibujado un esquema. Dice la señora Sparrow que si vives lo suficiente puedes rastrear su itinerario hacia atrás. Yo creo que el Octavo existe en una dimensión propia, determinando lo que sucede aquí y ahora, remontándose al pasado, ejerciendo su influencia en el futuro: como un gran edificio erigiéndose eternamente. Si decides entrar, renacerás sin la menor duda. El Octavo es la arquitectura de las relaciones que creamos entre nosotros y con las que construimos el mundo. —Toqueteé la caja del abanico de Nordén que siempre llevaba encima, palpando la pulida piedra de la Estrella del Norte montada entre relieves redondeados que representaban unas nubes lejanas. En el interior estaba el *Mariposa*, aguardando—. A través del Octavo he hecho el bien en cierta medida. Estoy conectado. Amo.

Nos quedamos un rato en silencio, bajo la luz escasa del farol, que dejaba la mitad de nuestro cuerpo sumida en una sombra azulada. El barco avanzaba expulsando agua a ambos lados y provocando unas olas sibilantes que rompían contra el casco como si lo hicieran contra la orilla. Era como un ritmo burlón, que venía a recordarme que, a su debido tiempo, abandonaría aquel círculo vacío e infinito de agua y cerraría al fin la forma acabada de mis ocho elementos.

Hinken se puso de pie y recogió su pipa.

—Venga arriba a mirar la luna, *sekretaire*. Verá que el viaje vale mucho más la pena de lo que parece.

—Gracias, estoy bien aquí —dije, temiendo que en cuanto atisbara el océano agitado volvería a las andadas.

—Venga, Emil. Ahora estamos en aguas más cálidas y calmadas, y ya lleva demasiado tiempo encerrado en su camarote.

Trepamos por la empinada escalera de mano. La campana del barco tocó ocho veces: el turno de medianoche. Por lo demás, reinaba el silencio en cubierta. El tono índigo del cielo era delicado y profundo; las estrellas, un impresionante despliegue de lentejuelas. El agua oscura, más allá de la estela espumosa del barco, parecía de seda. Los nubarrones que se amontonaban a popa, cargados con las tormentas que nos habían amargado el viaje durante casi todo el trayecto desde Dinamarca, se desvanecieron al fin, tragados por la noche. Me volví hacia proa; una gibosa luna creciente se había elevado de las profundidades y su centelleante reflejo se extendía frente al barco en dirección oeste. Llené mis pulmones con el aire fresco de un nuevo siglo y empecé a recorrer al fin el sendero dorado.



La visión de la señora Sparrow

El duque Carlos ejerció como regente cuatro años, pero quien gobernaba Suecia en realidad era su consejero, el barón Reuterholm: un extravagante personaje descrito como el Robespierre sueco. En 1796 el hijo de Gustavo III, Gustavo IV Adolfo, se convirtió en rey al alcanzar la mayoría de edad y el duque Carlos se hizo a un lado. Un gobernante extraño y aislado, Gustavo IV Adolfo se vio obligado a abdicar en 1809, tras las desastrosas guerras con Francia y Rusia que llevaron al país al borde de la ruina. El duque Carlos se convirtió al fin en rey de Suecia y adoptó el nombre de Carlos XIII.

Con la salud deteriorada y sin ningún hijo, el duque Carlos/rey Carlos requería un sucesor. El Parlamento nombró a un príncipe danés como heredero presunto, pero este falleció de forma inesperada (incitando el asesinato de Axel von Fersen, aunque esa es otra historia). El teniente general Carl Mörner contactó con otro candidato... sin el consentimiento del Parlamento. Su nombre era Jean Baptiste Bernadotte, había nacido en Pau y era mariscal del ejército de Napoleón. Mörner le ofreció a Bernadotte el puesto de heredero al trono de Suecia. Bernadotte aceptó. Viendo los beneficios que entrañaba una nueva alianza con Francia (dado el avance imparable de Napoleón por toda Europa), el gobierno acabó accediendo. En 1810 Bernadotte llegó a Estocolmo y, con el tiempo, empezaría a gobernar el país con gran destreza.

En 1814 el duque Carlos se hizo con su segunda corona al convertirse en rey de Noruega. Murió en 1818 y Bernadotte se transformó en el rey Carlos Juan XIV de Suecia. Los Bernadotte siguen gobernando Suecia todavía hoy, y la voz de la señora Sparrow resuena a través de los siglos: *Vive le roi!*

Miguel Siles	Una mujer construadora	Conde Nº	Hans al largo	Juan Soyel	Duque de El Líbar	Joseph Kraus	Milo Laf	Gruberg- Edlmann
	Sra. P. de El Pato Real	Hans de El Gran Negro	Pir Hilberstein	Anna Maria Lorenzen	Johan Kjellgren	Maja Sissa Winkler	H. H. Björkman	Maxim Karl
madona Gün	Sot Pålson	Sot Sandell	Sot Röhlén	El sepión	Carl Michael Bellman	Zoborani de El Ralo del Corral	Göf Gruberg	Una doncella melanchol
	C. F. Adhvarner	Arvids Lilberg	Peter Ebbel	Katarina Ebbel	Tia van Platen	Capitán Höfken	Sra. Plüngen	Red Eria
corrijón Siles	Sophia Hugman	Anna Lena Pili	Duque Pili	Historia de El. ave	Majest Fridrik	Jesús María Plüngen	Sr. Plüngen	Mauro de don Sagor
	G. C. von Dihels	Boris Kallingshuf	Papa Berg	Johan Pir	Johanna Blom	Emil Larsson	Lari Månke	Un jugador arrogante
Eli Söderström	Duque Fridrik	Leona G ^{na}	Carlota Fingerman	Yvonne Cucerna	A. Udén	C. S. M. Månke	Sra. Fin Hillen	Monsieur Tillier
	Una dama dama	Sophia Magdalena	Adolph Mandel	La Doña Duseña	Duque Garin	Sofie Sparre	Sra. Månke	Michael Marbet
Ulla Hjelm	Sofia Aberina	Gustaf A. Rosendahl	Sra. Roth	General Carl Fridrik	Roy Gulberg III	Nari Laf. XII	Stall van Holsten	Louis Jean Dupon
	Gustaf Arnfeldt	Conde Bude	Carl Peter Liljehorn	Clas Hern	Jacob Johan Andersson	Ant van Perren	Maria Antonette	Madone Elizabeth
corrijón Siles	Madeline Rudenskiöld	Duque Bart	Auguste Jof Liljehorn	Tara Bilbo	Adolph Rühög	General de Basil	Germaine Nober	Maximilien Ruhopierre
	Nise Aberg	Un ochter dissidat	Charles DeGor	H. H. von Esen	Charlotte DeGor	Sofie van Perren	Valérie Lambert	Conde de Provence
Una mex	Gustaf Andersson	Berthold Rindberg	Nils Lafsson	Auguste de Roussart	Jule Clary	Napoleón Bonaparte	Désiré Clary	Jean Baptiste Bernadotte

Agradecimientos

El acontecimiento que haya de sobrevenirle al Buscador, sea cual sea, está conectado con una serie de ocho personas. Y las ocho han de estar en su sitio para que el acontecimiento se produzca.

SRA. SPARROW.

A mis ocho:

- Agente Amy Williams.
- Editor Lee Boudreaux.
- Editora adjunta Abigail Holstein.
- Maestros y consejeros Nicola Morris y Jeanne Mackin.
- «*Bookhandlare*» med mera Lars Walldov y Lars Sandell.
- Mi Llave, Erik Ulfers.

Como en el cuadro del maestro Fredrik, los ocho se expanden hacia fuera en grupos de personas no menos influyentes.

Muchas gracias a:

- El espléndido equipo de Ecco.
- La extraordinaria agente de derechos extranjeros Susan Hobson.
- Los primeros lectores: Margaret S. Hall, Snezjana Opacic, Kina Paulsson, Mindy Farkas, Audrey Sackner-Bernstein, Robin Jacobs, Gia Young, Dan Nemteanu, Christof Dannenberg, Martha Letterman, Michele Carroll, Carolyn Bloom, Christie LaVigne, Anilla Cherian, Rick Engelmann, Sally Boyle, Ailleen Engelmann, Lynn Grant, Brian Grant, Teri Goodman, Therese Sabine, Char Hawks, Carm Bush y Rita Engelman. Gracias por apechugar con esos borradores interminables (a veces más de uno) y por animarme a seguir adelante.
- Autores All/Decatur Island Writers: Lynn Grant, Carla Norton, Rachel Goldstein y Marisa Silver.
- La comunidad del Goddard College, con un especial recuerdo para la difunta Cynthia Wilson.
- Lynn Schmeidler y Wild Geese Writers.
- La Sociedad Escandinava Americana de Nueva York por su apoyo y reconocimiento.
- La aprendiz del laberinto Ann Van den Berghe.
- Agneta Lindelöf, por aquella visita a *Kulturen* en Lund hace tantos años.
- Coleccionista de abanicos Donna Thompson.
- Compañera de viaje Martha Letterman.

—Mi madre, Rita, cuyos abanicos fueron un elemento de gracia y refinamiento intrigante mientras yo crecía.

—Lilly y Nia Engelman Ulfers, pruebas concluyentes de que la vida es maravillosa.



KAREN ENGELMANN nació y creció en el Medio Oeste americano y se trasladó a Suecia tras acabar sus estudios universitarios de diseño y dibujo.

Vivió en la ciudad de Malmö durante ocho años, tiempo en el que se impregnó de la historia de Suecia y de la manera de ser de sus habitantes, y se trasladó después al estado de Nueva York con su marido y sus dos hijas. El Octavo es su primera novela.

Notas

[1] Se refiere a la señora Sparrow (gorrión). Las alusiones a los pájaros al hablar de ella se repiten otras veces, igual que las alusiones a las flores al referirse a la señorita Bloom (en inglés, flor)... <<

[2] Plomgren significa «rama de ciruelo», de ahí el apelativo cariñoso de «ciruelita» que recibirá a menudo la señorita Plomgren. <<